

JESÚS CAÑADAS

LOS NOMBRES MUERTOS



Lectulandia

H. P. Lovecraft ha recibido una propuesta imposible: buscar el Necronomicón. Un libro maligno que no existe, a pesar de que todo el mundo crea que sí. Y Lovecraft lo sabe por una razón: porque es su más célebre invención literaria.

En 1919, el escritor Howard Phillips Lovecraft escribió el relato «El Sabueso». En sus páginas se mencionaba por primera vez el Necronomicón, un tomo de magia negra rodeado de una siniestra leyenda. Doce años después, la viuda de un multimillonario neoyorquino convence a H. P. Lovecraft de que lidere una expedición para encontrar el supuesto libro maldito.

Acompañado de los escritores Frank Belknap Long (Los perros de Tíndalos) y Robert Erwin Howard (Conan), Lovecraft se embarcará en una búsqueda desde su Providence natal hasta el Londres de la moribunda sociedad Golden Dawn o el Berlín de entreguerras, pasando por mortíferos acantilados portugueses o ruinas enterradas bajo la ciudad de Damasco.

En la telaraña de secretos que rodea el Necronomicón, Lovecraft y sus compañeros se enfrentarán a peligros mortales, cultos olvidados y sociedades secretas dispuestas a matar por averiguar la verdad sobre el libro. Su expedición se convertirá en una trepidante aventura en la que se cruzarán con personajes como Aleister Crowley, Arthur Machen o un joven J. R.R. Tolkien.

Jesús Cañadas recupera el misterio de los clásicos Weird Tales en una novela políticamente incorrecta y con un final que nunca imaginarías

Lectulandia

Jesus Cañadas

Los nombres muertos

ePub r1.0

OZN 23.03.14

Título original: *Los nombres muertos*

Jesus Cañadas, 2013

Retoque de portada: OZN

Editor digital: OZN

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Durante ese tiempo reanudó sus artículos periodísticos sobre astronomía.
Empezó a formar un círculo de corresponsales. Entró en el movimiento del
periodismo amateur y adquirió amigos personales.
Y leyó cierto libro.

L. SPRAGUE DE CAMP, Lovecraft, una biografía.

El paisaje que un hombre ve, ojos afuera, acostumbra a ser el reflejo de lo que
esconde, ojos adentro.

ALBERT SÁNCHEZ PIÑOL, La piel fría.

Todos creen que Lovecraft se lo inventó, pero yo sé la verdad.

ALAN MOORE, La cosa del pantano.

PRÓLOGO

LAS ALIMAÑANAS DESCARNADAS

Es de noche, pero la ciudad no duerme. No está acostumbrada. El salón está sumido en un silencio que no merece ese nombre, macerado en el zumbido de varios aparatos. No hay luces encendidas, ni velas, ni santos. No hacen falta. La misma estancia parece estirarse y contraerse emulando una garganta de mármol; las baldosas ajedrezadas se mueven al compás de una marea tardía. El aire está viciado, pero eso no es una novedad.

En el centro, ella espera.

La noche se tuerce. Se abre una puerta que parece estar muy lejos. El dintel escupe a un hombre cansado y polvoriento. No tiene aspecto de estar volviendo a casa. No tiene aspecto de tener adónde volver. Todo su cuerpo es una amalgama de millas apelmazadas. El zumbido en el aire casi desciende ante su presencia. Casi.

El hombre duda. Ella espera.

Por fin, se acerca con pasos irregulares. No tiene un guión que seguir, aunque ha imaginado esta escena miles de veces, una por cada paso que le ha acercado a esta noche. Se detiene ante ella, deja que le estudie, que le reconozca. A ella poco le importa. Lo único distinguible en él, lo único que ella quiere reconocer es el mazo de hojas sudorosas y ajadas que se aprieta bajo su brazo, atadas torpemente con un hilo de bramante.

Tras las ventanas, la luna les mira.

La luna me mira. La luna es un ojo enorme y giboso. Una maligna herida en el cielo ignoto. Su pálida luz se vierte sobre mí. Me siento terriblemente solo, abandonado. Huérfano. Ignoro quién soy, dónde he estado, qué ha sucedido. Pero sé, con la certeza del condenado a muerte, lo que va a pasar a continuación.

Camino en mitad de un erial renegrido, como un recién nacido que empieza a dar sus primeros pasos. Se me eriza la piel, el poco vello que cubre mi desnudez se encrespa. El zumbido de millones de insectos anega mis oídos. Va a suceder. Ya vienen.

Les siento antes que oírles. Mis ojos se elevan hacia el cielo extraño, repleto de estrellas que arañan su superficie de obsidiana con un siniestro resplandor. Un horrendo batir de alas anuncia su presencia. Sus siluetas se insinúan en el horizonte.

Les veo. Son enormes, sus garras relucen como la piel de una pantera en el resplandor de la noche. Sus cornamentas saludan al cielo. Sus cuerpos podrían haber sido humanos antes de que la semilla de la maldad arraigase en su espíritu. Ahora son una espantosa masa de oleosos músculos y tendones. Se retuercen en

pleno vuelo, aletean furiosamente en mi dirección. Nada puedo hacer sino verles descender en picado. Empujado por un desconocido azar o por una fuerza de voluntad ajena, me obligo a buscar sus ojos, a mezclar su terrorífica mirada con la mía. Sin embargo, donde deberían estar sus rostros solo descubro una negrura insondable.

Antes de que pueda elevar un grito de auxilio hacia dioses que nunca responderán a mi llamada, uno de ellos desciende sobre mí. Intento cubrirme, escapar. Pero todo es inútil. Sus garras se hunden en mi estómago con una violencia salvaje. Una fuerza demencial hace que mis pies se despeguen del suelo. La bestia me eleva con ella. Lo único que puedo hacer es agitar laxamente mis brazos. Incomprensiblemente, unas incontrolables y desconcertantes cosquillas sacuden mi estómago.

Es entonces cuando el monstruo pronuncia mi nombre.

Alguien pronuncia mi nombre.

Me revuelvo ante el contacto de una mano sobre mi hombro. El sueño sigue pegado a mi piel. Estoy sentado en mi cama, cubierto por un batín empapado en sudor. Mi gorro de dormir ha desaparecido. Puede que las sábanas lo hayan devorado, como todas las noches. Tengo frío.

En algún lugar del piso de arriba, alguien grita con tanta fuerza que parece estar siendo torturado.

A mi lado, una mujer me palmea la espalda.

No llego a reconocerla hasta escuchar su voz.

—No pasa nada. Es ella. Está gritando en sueños otra vez. Tranquilo. Debes de haberla oído mientras dormías y has tenido una pesadilla. No te preocupes.

No respondo. Me aparto un poco de ella cuando intenta rodearme con sus brazos. Me balanceo en la cama al mismo ritmo que los gritos se desgranán sobre nuestras cabezas. Mi mirada está vuelta hacia algún punto perdido en mi memoria, un rincón al que no puedo, no quiero, no me atrevo a acercarme. Los recuerdos pasan dedos de escarcha por mi nuca. Las garras. Oh, sus garras.

—Tranquilo —repite, ignorando los gritos—. Deja que te ayude a relajarte...

Su mano se desliza por debajo del batín. Salto de la cama en cuanto nuestras pieles se tocan. No puedo evitarlo, y tampoco me molesto en ocultar mi vergüenza. Ella hace lo mismo con su disgusto. Un nuevo grito hace añicos este silencio de plata. Tengo que decir algo. Está esperando a que diga algo. Di algo.

—No era una pesadilla cualquiera —digo, y sé que eso no es lo que debería haber dicho—. Era la pesadilla.

Un mohín aparece en su rostro.

—Ha vuelto.

Asiento. No hay mucho más que decir. Ella se reclina hacia atrás. Las sombras

engullen sus facciones.

—Será mejor que vayas arriba, Howard.

—Si lo hago, no sé qué pasará con mi cordura.

—Empiezas a hablar como un personaje de tus historias.

Me encojo de hombros.

—Siempre he hablado así.

Me doy la vuelta sin esperar su reacción. No puedo, no quiero, no me atrevo a enfrentarme a ella. Temblando de frío y miedo, giro el picaporte de la puerta. Los gritos se han extinguido. Me detengo un instante. Inspiro hondo. Desde el pasillo, la noche me devuelve la mirada.

—Gracias por cuidar de mí, querida —digo—. No sabes cuánto te aprecio.

Vuelvo la cabeza. A mi espalda, la cama sigue vacía. La huella de un solo cuerpo, de mi cuerpo, se dibuja en sus estrechas dimensiones. Fuera, la nieve se amontona en el alféizar de la ventana. La luna ha escondido la cara tras una bandada de nubes.

Suspiro. En una esquina de la habitación hay un voluminoso bulto cubierto con una sábana. Hace meses que no hago esto. Me sorprende ver cuánto polvo ha acumulado en este tiempo. Cierro los ojos con la fuerza de un niño aterrorizado en su cama. Poco a poco, muy despacio, levanto la sábana. Siento la presencia de lo que hay debajo, como el aliento de una bestia que respirase a pocas pulgadas de mí.

—¿Quién eres? —me oigo susurrar—. ¿Quién eres?

Aprieto los puños. Estoy sudando a pesar del frío. Vete. Vete, vete, vete. No lo hagas. Me cuesta un esfuerzo supremo, pero empiezo a entreabrir los párpados. Atisbo una silueta.

Corro la sábana de un manotazo. Me apoyo contra la pared. El corazón me late con fuerza, en el pecho, en las sienes. Estoy seguro de que cada latido será el último. Me equivoco en todas las ocasiones.

Arriba, los gritos se reanudan.

Salgo al pasillo, a oscuras.

Solo.

PRIMERA PARTE

EL 454 DE LA CALLE ANGELL

Se puede traducir libremente como El libro de los muertos. Ha sido encuadernado en carne humana y escrito con sangre. Trata de invocaciones, demonios y todas esas fuerzas que habitan en los rincones oscuros del reino de los hombres. Las primeras páginas advierten que esas criaturas aún perviven, durmientes, pero no están muertas.

De la película *Posesión infernal*.

El clásico fraude: ficción presentada como hecho. El fraude descrito aquí es el opuesto: hecho presentado como ficción.

ANTON WILSON, *The Illuminatus! Trilogy*.

Belknapius

26 de agosto, 1931

La casa se desperezaba. Era la última en despertarse del vecindario, y lo hacía al revés que el resto de las casas. Comenzaba por el tejado, como un ligero temblor en la chimenea que habría sido alarmante en otras circunstancias, quizá en otro país. Luego se extendía por los tablones amarillos, longitudinales y gastados algunos, otros remendados a lo largo de los años. Por las capas de pintura y los gritos y los velatorios y las lágrimas y los partos que habían tenido lugar entre aquellos muros. Se entretenía en los balcones laterales, vacilaba en la herrumbre de la escalera de incendios, y terminaba desplomándose con un gran bostezo frente a la puerta del porche verde.

No era extraño que la casa de la calle Barnes fuese la última en despertarse, conociendo los hábitos nocturnos de su ocupante.

Sonaron unos golpes débiles. Se repitieron.

La puerta se entreabrió, apenas lo suficiente para que asomase la cabeza de una mujer canosa, que se apresuró a esconderse de nuevo tras la ella. Tosió. Dentro de la habitación, las sábanas se estremecieron. Bajo ellas, una voz murmuró algo ininteligible.

La mujer dijo a su vez algo que puso a prueba la mala recepción que había en las profundidades de la cama.

—¿Qué? —dijo el hombre bajo las sábanas.

—Te llaman por teléfono —repitió la mujer—. ¿Recuerdas que nos pusieron el teléfono esta semana?

—No. —Estaba claro que el hombre estaba molesto—. Tía, bien sabes que a estas horas proletarias soy incapaz de asimilar cualquier tipo de dato epistemológico. Es más, eres muy consciente de que desconozco toda información relativa al mantenimiento de la casa, no importa la hora del día que sea.

—¡Qué cosas tienes! —exclamó ella con un apunte de humor.

—¿Puedes decir a quien llama que haga el favor de honrar la noble memoria del excelso Alexander Graham Bell después de la hora del almuerzo?

—La hora del almuerzo ya ha pasado, querido.

—Oh —fue la apreciación del hombre.

Quedó en el aire la conversación entre la tía y su sobrino, ninguno de los dos realmente seguro de cómo continuar. Fue la mujer quien terminó arrugando el silencio y arrojándolo lejos.

—Le diré al señor Long que vuelva a llamar a la hora de la cena.

El hombre se irguió al instante. Su cabeza estaba tocada por un sombrero con borlón que llevaba mucho tiempo acumulando pelusas y otros residuos de la vida cotidiana. El borlón caía por encima de un rostro de profundas ojeras, ni demasiado contento ni demasiado consciente. Pestañeó repetidas veces, ahuyentando un sueño pegadizo.

—¿El señor Long? —repitió—. ¿Está al teléfono?

—Desde hace ya cinco minutos —informó ella, reprobadora—. No es muy educado tener a alguien esperando tanto tiempo. Y menos aún a alguien que llama desde Nueva York.

—Tía —atajó—, me encomiendo a tus celebérrimas habilidades sociales para disculparte en mi nombre, así como para rogarle que vuelva a llamar en el plazo de una hora.

—¿Una hora?

—Un caballero necesita no menos de ese intervalo de tiempo para estar presentable, incluso si se trata de una conversación telefónica. —Miró a ambos lados de la cama—. ¿Has visto mi bacinilla?

—Tenemos cuarto de baño.

—Ah, claro. —El interpelado torció el rostro—. A veces no recuerdo que llevamos tres décadas de este insidioso siglo veinte hasta después del desayuno. Hablando de lo cual...

—El almuerzo estará listo para cuando hayas bajado, querido. Hay sopa de alubias.

Desde la cama, el hombre se inclinó unos cuarenta y cinco grados, hasta que su mirada tropezó con el resto de su tía, parapetada detrás de la puerta.

—Eres la luz de mi vida, tía.

—Qué encantador eres cuando quieres —dijo ella, desechando sus palabras con un gesto que contradecía el regocijo en las arrugas de sus ojos.

Cerró la puerta. Él se quedó unos segundos más sentado en la cama. Perezosos rayos de sol atravesaban la ventana, como si pasearan por el aire enrarecido. El resplandor dolía en los ojos. Hacía calor; presentía que su buen humor pronto se desperezaría y saldría de la hibernación a la que lo obligaba el clima de Providence. Se preguntó qué razón habría tenido Belknapius para llamarle por teléfono en lugar de escribirle. La respuesta, se dijo mientras se levantaba, tardaría lo mismo que el almuerzo en estar lista.

El teléfono sonó una hora más tarde, mientras se encargaba de dar buena cuenta de la sopa de alubias. Ensayó una mueca de afectado disgusto delante de su tía.

—Ah, la barbarie toca a nuestra puerta bajo el incómodo ropaje del progreso. Disculpa, tía.

Levantó el auricular como quien recoge del suelo un pájaro muerto, y del mismo

modo se lo llevó al oído.

—Está usted estableciendo línea directa con ignominiosos abismos de insondable maldad y putrescencia venida de un lugar jamás horadado por la insignificante criatura que los ilusos dan en llamar ser humano —anunció a través del aparato. Tía Lillian se cubrió la boca con la mano—. ¿Qué se le ofrece?

—¡Están pasando! —masculló una voz al otro lado de la línea—. ¡La lluvia ha emborronado los sellos del suelo! Jamás habría previsto un temporal tan fuerte. Sale humo de la pared. ¡Socorro! Ya se acercan... ¡que alguien me ayude! ¡Oh, Dios, sus colmillos!

Las esquinas de la boca junto al teléfono se curvaron.

—Belknapius, te sugiero que elimines el melodrama de esa escena. Que un caballero esté a punto de ser devorado por horrendas entidades surgidas de más allá del espacio y el tiempo no es razón suficiente para que pierda la compostura.

Se oyó una risita al otro lado de la línea.

—Esperaba una crítica semejante por tu parte. Pensaré en ello. Aunque creo que demasiada flema a la hora de afrontar el horror definitivo le restaría fuerza al final.

—En tal caso, mi consejo es un desmayo oportuno. Siempre funciona.

Los dos compartieron una risa en la distancia.

—Me sorprende, empero, que hayas decidido empañar tus manos y envenenar mis oídos utilizando semejante instrumento incivilizado de comunicación. ¿Qué le ha sucedido al afilado conversador epistolar que tanto he llegado a admirar? ¿Te has levantado en armas contra la figura del entregado Michel Strogoff y sus hermanos de sangre?

—Nada más lejos. Ha surgido algo, y he preferido llamarte. Es más rápido, aunque sé que detestas la tecnología.

—No es que la deteste. Es que la desprecio, la aborrezco, la repudio, la vilipendio, la denigro, la escarnezo. Abjuro de ella hasta tal punto...

—Me gustaría que nos viésemos.

—¡Qué maravillosa idea! Nuestra casa está siempre abierta para los Long. ¿Contaremos con la presencia de tus excelsos progenitores? ¿Cuándo deseáis deleitarnos con una visita a nuestra opulenta pero no por ello menos honrada ciudad?

—Ya estoy en Providence. Te estoy llamando desde la Biblioteca John Hay.

La prominente mandíbula se descolgó, mostrando por primera vez en aquel día una emoción auténtica.

—Estaré allí en diez minutos —dijo y, desacostumbrado como estaba a usar el teléfono, colgó antes de recibir respuesta.

Sentado como un chiquillo en los escalones que subían a la entrada de la Biblioteca John Hay, Frank Belknap Long repasaba los últimos tres días de su vida. Tenía la pajarita desabrochada, la chaqueta doblada sobre un brazo y el sombrero en

el regazo. Decoraban su rostro una perilla casi adolescente y un fino bigote donde se acumulaba el sudor. Tenía aire de mosquetero entradito en carnes o de poeta de provincias en busca de mecenas. Habría disfrutado del contacto del sol de Providence, de no ser por la inquietud que sentía, una suerte de zumbido que no dejaba de importunarle desde hacía días. Sabía que solo la persona a quien esperaba sería capaz de aliviar ese desasosiego que se había estado colando en sus pensamientos. Ardía en deseos de contárselo todo.

—¡Cuidado!

El grito le sacó de sus ensoñaciones. La advertencia llegó acompañada de un ruido de cristales estrellándose contra las escaleras de la entrada, a menos de dos metros de él. Frank Long se levantó sobresaltado. El corazón se le desbocó en el pecho, y al instante sintió cómo el aire se negaba a abandonar sus pulmones. Su garganta se cerraba. Se tambaleó un par de pasos, boqueando como un pez fuera del agua. Se obligó a cerrar los ojos y se apoyó contra la escalera. Tranquilo, repitió en su cabeza las palabras del doctor Mitchell, un mantra que llevaba escuchando desde que tenía ocho años. Tus pulmones dejan pasar el aire. El aire te atraviesa. No puedes hacer nada para evitarlo. No te estás ahogando. Relájate. Respira. Deja que se abran las vías respiratorias. No necesitas aire. Tus pulmones dejan pasar el aire...

Esta vez no fue un ataque muy fuerte. La sensación de tener un candado aprisionando su pecho desapareció en pocos segundos. La sustituyó una calma de rodillas temblorosas. Volvió a abrir los ojos. Respiraba.

Miró hacia arriba. Sobre su cabeza, una viga de madera asomaba por una ventana hecha pedazos. La ventana devoró la viga, y en su lugar apareció una cabeza de rasgos cetrinos.

—Lo mismo digo —jadeó Long, aún incapaz de reunir suficiente aire como para gritar—. Tengan cuidado.

El hombre gritó algo más en un idioma que Long estimó italiano o portugués. No parecía muy amigable. Se apartó de los escalones, temiendo quizá que el próximo trozo de ventana que cayera no fuese accidental. Teniendo en cuenta que buena parte de la fachada principal estaba cubierta de andamios en los que se afanaba un pequeño destacamento de obreros, Long prefirió esperar a su amigo en la acera de enfrente.

Segundos más tarde, vio perfilarse la familiar silueta por la calle College. El hombre que se acercaba levantó un brazo en un gesto que pretendía ser lánguido sin conseguirlo. Medía un buen metro ochenta. Habría parecido incluso más alto gracias al sombrero, pero su postura encorvada y sus andares desgarrados disimulaban lo que de otro modo habría sido una figura imponente. Desde la última vez que se vieron había perdido mucho peso, todo el que había ganado durante los dos años que vivió en Brooklyn, no lejos de la casa de los Long. Ahora que ese capítulo de su vida había concluido, una curiosa mezcla de alivio, abatimiento y resignación le acompañaba

allá donde iba como una segunda sombra. Aun así, todavía tenía la energía de un hombre de cuarenta y un años recién cumplidos. Por mucho que se empeñase en negarlo.

Llegó hasta él fingiendo una falta de resuello que estaba lejos de sentir, y que sus ojos traicionaban con la picardía de un chiquillo. Como siempre, Long le perdonó la pose. En justa correspondencia, el hombre le tendió una mano grande y cálida, que estrechó la suya con debilidad de enfermo. En la otra mano sostenía un catalejo con aspecto de haber sido usado muchísimas veces. Lo agitó en el aire.

—Lo he visto todo —dijo—. Ha sido un intento de homicidio en toda regla.

—No ha sido para tanto. ¿Siempre llevas contigo ese aparatejo?

—Un caballero siempre tiene que estar preparado para cualquier contingencia astronómica, Belknapius. Imagina por un instante que una supernova estallase de repente a una distancia lo suficientemente cercana como para que nosotros, nimias criaturas mortales, pudiésemos apreciarlo desde nuestro insignificante y polvoriento rincón del universo. —Sonrió—. Además, sin mi telescopio portátil habrías perdido un valioso testigo ocular de la agresión premeditada que acabas de sufrir.

—Estas cosas pasan —dijo él, quitándole hierro al asunto.

—Curiosamente, pasan con más frecuencia cuando se encarga arreglar la fachada de un edificio a un puñado de sucios retrógrados con ínfulas de ser humano, surgidos de algún infecto agujero en las entrañas de la Tierra... —Bajó la voz al comprobar que los obreros les miraban—. Del que nunca se les debió haber permitido escapar.

—De veras, no ha sido nada.

—Espero que no te hayas contagiado de algo en su proximidad, Belknapius. Un caballero debe extremar las precauciones a la hora de tratar con estas criaturas. Y también confío en que tengas preparada la mejor de las excusas por haber obligado a tu abuelo a caminar esta larga distancia —le reprendió en tono débil, afectado—. Mis piernas ya no son lo que eran.

—Jamás fueron gran cosa —bromeó él.

—Tienes más razón de la que crees. En cierta ocasión, un agente de la ley amenazó con multarme por caminar demasiado despacio. ¿Puedes creerlo? Ya nadie respeta una edad venerable como la mía.

—Puede que empiecen a respetar esa edad venerable cuando la alcances.

—Ah, Belknapius. Que el afecto que me profesas no obnuble tu raciocinio. En este pecho hundido se estremece un corazón cansado que haría palidecer como un colegial al hombre que enseñó a coser al sastre que confeccionó el vestido de novia de la abuela de Cagliostro.

Frank Long asintió, a sabiendas de que era imposible sacar a su amigo de la fijación de sentirse un anciano. Ya ni siquiera recordaba cuándo había empezado a autodenominarse el Abuelo de los demás escritores de su círculo de amigos, ni

cuándo ellos habían entrado en el juego. Era una impostura tan inofensiva como él mismo.

Degustaron unos instantes aquel silencio compartido entre los dos, que Long no se atrevió a romper, a sabiendas de lo que vendría luego. Su amigo se encargó de hacerlo.

—¿Vas a revelarme el misterio que envuelve tu visita a la John Hay? No dejes de preguntarme cuál será el enigmático motivo que te ha impedido venir directamente a presentar tus respetos a tu abuelo. Sólo podría tolerar tamaña ofensa si aduces que te estás documentando exhaustivamente para una novela que tendrá a Providence como protagonista absoluta.

Long notó cómo la duda demudaba su rostro. No se dio cuenta de que se había llevado la mano al bolsillo de la chaqueta hasta que vio que él se había fijado en su gesto.

—¿Hay algún sitio cerca donde podamos tomar un té y hablar?

—Por supuesto. Conozco una mansión lúgubre y tenebrosa que dispone de un amplísimo abanico de horrores inenarrables. Aunque, te lo advierto, no esperes encontrar en ella esa ignominia que llaman café americano o la depravación del té sin limón ni crema.

—Me parece una idea estupenda.

Echaron a andar por la calle Prospect. Long se extrañó cuando su amigo giró a la derecha en la primera esquina, adentrándose en la calle Waterman.

—Creía que íbamos a tu casa.

Él se detuvo unos instantes. En su mirada se entrevió una súplica que no se atrevía a formular.

—He pensado que podríamos alargar el camino con un paseo...

—... y pasar por el 454 de la calle Angell. —Long comprendió—. ¿Por qué no intentas recuperar la casa? Sabes que a ninguno de nosotros le importaría hacerte un préstamo.

—Jamás —respondió de inmediato, en un susurro débil pero decidido. Su voz, ya aflautada de por sí, subió un par de tonos—. Un caballero y leal súbdito del rey Jorge nunca acepta caridad, ni siquiera de sus más allegados compañeros de armas.

Frank Belknap Long hizo un gesto ecuánime. En los últimos años, había aprendido a leer en las variaciones de tono de su mentor, que podía expresar una amplia gama de emociones dentro de su aguda modulación.

—Me está apeteciendo ese paseo —dijo, conciliador—. Seguramente me preparará para los postres de la señora Lillian Clark Phillips.

Caminaron hasta el cruce con la calle Angell. Pasando junto al número 454, Frank Long observó a su acompañante. No se detuvo ni aminó la marcha, pero sus ojos no se apartaron ni un instante de la casa mientras la tuvieron a la vista.

Ninguno dijo nada.

—¿Y bien, Belknapius? —preguntó, una vez dado el último bocado al bizcocho cubierto de helado.

Frank Long le miró interrogativamente.

—Antes de esta succulenta elipsis, ibas a aclararme tanto el motivo de tu repentina aparición como el de tu misteriosa parada en la Biblioteca John Hay.

El estudio en el que se encontraban no era antiguo. No había muebles victorianos en las esquinas acumulando polvo y anécdotas. No había un escritorio de dimensiones mastodónticas junto a la ventana, ni una calavera sobre él, ni una vela sobre la calavera. No se había cometido ningún asesinato allí dentro. No había quinqués mohosos, ni una biblioteca enorme y desordenada. No había perchero que soportase el peso de innumerables gabardinas anacrónicas, que quizá jamás habían sido usadas ni desde luego volverían a usarse. En aquel despacho no había sitio para mayordomos de patillas como muslos de cebra, ni para mesitas de té de tres patas cubiertas de arabescos. No había ni habría nunca pasadizos detrás de las estanterías. Sin embargo, todo aquello estaba de algún modo presente en aquella anodina habitación de la casa en la calle Barnes. El estudio que su amigo se merecía estaba ahí, invisible pero superpuesto a lo que veían sus ojos. Era como si su sola presencia contaminase con el fantasma de otro tiempo la despiadada realidad de un despacho de clase media. Le acompañaba la sombra de la época a la que había decidido pertenecer.

—¿Y bien? —repitió.

Long tragó otro pedazo de bizcocho. Era incapaz de comer dulces con su misma voracidad. Se ajustó las gafas y se recolocó la pajarita. Sacó algo del bolsillo y se lo tendió. Era un sobre negro, plisado y elegante, abierto por un lado. Los ojos de su amigo hicieron una pregunta. Los de Long asintieron. Sacó el contenido y lo observó con cuidado. Cuando levantó la vista, un cúmulo de emociones se daba cita en su expresión. Ninguna era del todo positiva.

—¿De dónde has sacado esto?

—La recibí hace cinco días.

—Como broma, reconozco que está conseguida, aunque coincidirás conmigo en que entra irremediabilmente en el terreno del mal gusto.

Frank Belknap Long levantó una mano.

—No tienes ni idea de la historia que hay detrás de eso.

Él le clavó aquellos dos ojillos de ardilla que iban tan a juego con su voz. Cerró el sobre y se lo devolvió.

—Te lo agradezco, Belknapius. No obstante, cualquiera que sea esa historia, no me interesa.

—Pero...

Un leve cabeceo frenó su lengua. Su amigo se acercó a la ventana. Fuera hacía un día soleado que él habría descrito con al menos cinco epítetos.

—Supongo que estás al corriente de que el señor Fansworth Wright ha rechazado mi cuento sobre la Antártida.

—Creo recordar que en tu carta le llamabas «ese taimado mercachifle fariseo, embaucador y filibustero» —apuntó él, reprobador.

—Lo sé, lo sé. Y no deja de ser lo que la madre naturaleza, con esa impasible indiferencia que a nosotros se nos antoja crueldad, ha dispuesto para él y para los de su especie. Asimismo es cierto que, debido a mi predisposición natural a la ociosidad, sumada a mi incapacidad para cualquier actividad productiva, espero siempre una recompensa desproporcionada ante el más mínimo esfuerzo que la vida me requiera. Pero he de admitirlo, Belknapius: mis patéticas fantasías sobre el continente helado son de lo peor que jamás ha sido escrito. No importa cuánto trabajo me costase mecanografiarlas y enviárselas a Wright. Está claro que no era material digno de ser publicado en *Weird Tales*, y así me lo hizo saber ese taimado mercachifle fariseo, embaucador y filibustero.

Suspiró. Long supo ver que estaba tomando aire para una nueva perorata.

—Y no es el único fiasco que ha sufrido tu abuelo, Belknapius. Recientemente, los editores de Putnam & Sons han rechazado la colección de relatos que ellos mismos me solicitaron. Tras estas noticias se esconde torpemente una ineludible verdad que me obliga a dejar atrás mi airada reacción y aceptar la demoledora realidad en su más crudo e inapelable rostro.

Dejó pasar unos segundos, mientras contemplaba la calle bañada por el sol a través de la ventana. Los chotacabras le espiaban desde los árboles, como si también ellos esperasen la conclusión.

—He resuelto no volver a escribir.

La mandíbula de Frank Long cayó.

—Pero ¿qué dices?

Él se volvió y le miró a los ojos.

—Howard Phillips Lovecraft es un mal escritor.

Long se dejó caer en el sofá como si hubiera recibido una bala en pleno corazón.

Lovecraft prosiguió:

—Para los estándares de la literatura real, yo ni siquiera existo. Lo mejor, tanto para mi estado anímico como para mi delicadísima salud, es mantenerme alejado de los disgustos y decepciones que la carrera literaria dispensa a las personas sin talento. No soportaría que mi vida se acortase a causa de una idea obcecada que resulta a todas luces imposible. Sería injusto para mis tías.

Long abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. Simplemente, no sabía qué decir. Siempre se había sentido como una hormiga arrastrada por el torrente verbal de

su mentor. Poco a poco, la frase que había querido pronunciar se escurrió de entre sus labios.

—¿Has hablado de esto con Sonia?

Lovecraft le dio la espalda y volvió a inspirar hondo, varias veces. Así, enfrentado a la claridad del verano de Providence, con su raído traje gris y su postura abatida, parecía más que nunca el cuervo disfrazado de hombre que decía ser.

—Sonia Greene y yo mantenemos un contacto cada vez más esporádico. Tengo entendido que está embarcada en un viaje por Europa. Espero que en el Viejo Mundo sea capaz de encontrar lo que este se ha visto incapaz de proporcionarle.

—¿Os habéis visto desde el divorcio?

—Divorcio —repitió Lovecraft, con un deje soñador, acariciando el marco de la ventana como quizá jamás lo había hecho con su ex esposa—. Ignominiosa palabra. Te ruego que no vuelvas a pronunciarla en este sanctasanctórum, Belknapius. Un caballero de Providence no se divorcia. A lo sumo, deja libre el amor que no ha sabido hacer florecer.

—Disculpa... —estaba diciendo Long, cuando se oyeron golpes en la puerta.

—Howard —se oyó la voz amortiguada de su tía al otro lado—. ¿Queréis más bizcocho? ¿Más café?

La gravedad en el rostro de Lovecraft se relajó al instante, como si alguien hubiese aflojado una válvula de escape para los terrores que se apoderaban de él; terrores mucho más implacables que los que volcaba en sus historias.

—Por mi parte, sí a ambas preguntas, tía. Puedes traer una segunda ración para cada uno. Yo comprometo mi honor a que daré buena cuenta de lo que sobrepase la capacidad de Belknapius.

—Ya lo he hecho, querido —dijo ella tras la puerta—. Traigo raciones dobles. ¿Te importaría abrirme?

Lovecraft abrió la puerta con un gesto teatral. Al otro lado había una señora chaparra y casi oblonga, que no habría resultado inverosímil sentada en una mecedora dentro de un cuento de Perrault. Entró con cimbreantes andares de caldero animado. Sostenía una bandeja con dos generosos trozos de bizcocho y dos tazas humeantes. Según se le antojó a Long, hacía equilibrios entre la bandeja que sostenía y el apretadísimo moño que abultaba la parte trasera de su cráneo, tan grande como una cabeza de bebé. Sintió una pizca de ternura. Tía Lillian no había cambiado desde la primera vez que la vio, aquella lluviosa tarde hacía diez años en el cementerio de Swan Point.

Depositó la bandeja en la mesita. Long vio que también había en ella una pequeña montaña de cartas cerradas.

—Te he traído la correspondencia de hoy, querido —anunció tía Lillian, depositando un beso en la mejilla de Lovecraft, quien retrocedió unos centímetros

antes de inclinarse para recibirlo—. Estos días tienes menos que de costumbre.

—Me temo que el volumen seguirá decreciendo en lo venidero, tía —replicó él, el semblante serio, mientras la acompañaba a la puerta—. Te agradezco tus atenciones. Sin ti me hallaría en las más absolutas tinieblas.

—¡Qué cosas dices, Howard!

La puerta se cerró tras ella.

—Comprenderás, Belknapius. —Lovecraft se volvió hacia él—, que dadas las circunstancias, el motivo de tu visita despierta en mí un interés decididamente infinitesimal.

Long sostuvo el sobre ante él, como una advertencia.

—¿No te pica siquiera la curiosidad por saber quién anda detrás de esto?

—El picor, amigo mío —dijo Lovecraft, volviendo a adoptar su pose afectada—, es para plebeyos. Los caballeros no sufren más que vapores y, ocasionalmente, algún desvanecimiento ardoroso.

—Te comprendo, Howard —contestó Long, ignorando su teatro—, pero escucha al menos lo que he venido a contarte.

Lovecraft dio un largo lametón a la cuchara embadurnada en chocolate casero.

—Está bien, Belknapius. Te concederé la merced de mi atención. —Esbozó una sonrisita satisfecha—. Tienes justamente el margen de tiempo que tardaré en enviar este bizcocho a la entropía.

Y Frank Belknap Long comenzó su historia, que había estado rumiando todo el camino desde Nueva York, por el único punto en el que le parecía posible hacerlo.

Aquel segundo cielo

23 de agosto, 1931

Frank Long observaba el edificio desde el otro lado de la calle. Llevaba haciéndolo casi una hora, incapaz de decidirse a entrar. No podía quedarse allí más tiempo; aquel barrio no era seguro. Pasaban junto a él tipos embutidos en gabardinas con las solapas alzadas, rostros ceñudos y aspecto inquietante. Podía jurar que le miraban de reojo, de forma tan cortante como el aire que llegaba del Hudson. Comprobó que tenía la pajarita en su sitio y se arrebujo en el abrigo. Aquel verano en Nueva York solo tenía de verano el nombre.

Habían pasado ya las once de la noche, pero se sentía incapaz de entrar. Ignoraba lo que podía esperarle detrás de esas puertas. La enorme masa del edificio parecía advertirle. Las decisiones tienen consecuencias, Belknapius. Si decides entrar, tendrás que enfrentarte a lo que te encuentres. O quizá era simplemente su imaginación inflamada por aquel sobre y lo que contenía.

Se reprendió. Estás soñando despierto. Dio un paso hacia la otra acera, y volvió a retroceder. Pasó junto a él otro grupo de caballeros embutidos en gabardinas. Se preguntó por enésima vez por qué tenía que ser precisamente aquel dichoso edificio. Siempre había estado rodeado de un aura de mala suerte. Accidentes, cancelaciones, el suicidio de un obrero que se había arrojado desde lo alto después de enterarse de su despido... por no hablar del espantoso suceso del año anterior, que le había costado la vida a su dueño. A pesar de la fastuosa ceremonia de apertura, la mayoría de los pisos seguía sin alquilar. Estaba demasiado lejos de la estación central, del distrito económico, de los hoteles. Resumiendo, de la vida. Long se preguntó qué conversaciones tendría el viento consigo mismo dentro de aquellos pasillos vacíos. Quiso anotar la frase para usarla en alguno de sus relatos, pero jamás llegaría a hacerlo.

Pasó un taxi frente a él. Dentro, un hombre volvió la cabeza en su dirección. Long alcanzó a ver la brasa de un cigarrillo que se iluminaba en la oscuridad. Por alguna razón que no llegó a comprender, se le aceleró el pulso. El taxi se alejó, y él miró el reloj. Las once y veinticinco de la noche. Esto es una locura. Lárgate de aquí. Se subió el cuello de la gabardina y se encaminó calle arriba, hacia la civilización.

No había dado ni cinco pasos cuando se detuvo.

¿Y si mañana te preguntas qué habría pasado? ¿Y si vuelves a preguntártelo pasado mañana? ¿Y si nunca dejas de hacerlo?

—Córcholis —dijo, tratando de obviar la idea de que a su madre no le gustaría ese lenguaje.

Entró en el edificio, echando un único vistazo a las grandes letras doradas encima de la puerta principal, entenebrecidas por la negrura que engullía la calle: empire state building.

El recibidor principal se le antojó estrecho hasta la claustrofobia. Una alfombra de un tono rojo oscuro se extendía desde sus pies hasta el otro extremo del recibidor. Long pensó en una lengua enferma. Al fondo, detrás de una mesa que le llegaba a la altura de las rodillas, un portero vestido con uniforme del mismo tono que la alfombra le miraba fijamente. Long se acercó a él, la vista clavada en el suelo.

—Buenas noches —saludó—. Yo... esto... eh...

El conserje le escrutó desde la coronilla hasta la punta de los zapatos. Long se sobresaltó cuando le habló.

—Tiene usted cara de estar buscando a alguien, hijo. Pero, sea quien sea, no creo que esté aquí. Aquí no viene nadie.

Fue incapaz de dar con la más mínima réplica. En lugar de eso, rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó el sobre. Se lo enseñó al conserje. Este lo leyó con una sorpresa que evidenció apretando los labios.

—Planta setenta y nueve —dijo. Long seguía mudo, la inseguridad había raptado su voz y se la había llevado a algún confín del planeta—. Los ascensores se encuentran en el primer piso. Coja el último de la derecha, es el único que sube hasta allí.

Él abrió la boca para darle las gracias, pero solo consiguió asentir. El hombre meneó la cabeza. Long subió, ruborizado.

Mientras esperaba el ascensor sintió que todas las esquinas albergaban monstruos dispuestos a devorarlo, criaturas oscuras agazapadas en los márgenes de su visión, detrás de cada ángulo del primer piso. El baño dorado de las columnas le daba un aspecto de palacio durmiente, del laberinto de espejos en el que se pierden los niños.

La campana del ascensor le hizo dar un brinco.

Pulsó el botón. Su estómago temblaba a causa de la sensación de velocidad. Se recolocó las gafas. Nunca en su vida había subido a tanta altura en tan poco tiempo. Sintió un poco de vértigo, lo cual aumentó su preocupación, pero un nuevo tintineo impidió que se abandonara a más elucubraciones.

Las puertas se abrieron, y la sensación de irrealidad se multiplicó.

Delante de él había un pasillo alargado, con un suelo de líneas desiguales que parecían extenderse en zigzag hasta un horizonte no tan lejano. Paredes rugosas. Lámparas de neón. A ambos lados había puertas batientes, que parecían a punto de abrirse y revelar quién sabía qué secretos. Tras ellas se insinuaba una luz blanca. El silencio estrangulaba.

Si en algún momento estuvo cerca de volverse por donde había venido, fue entonces. Hizo ademán de pulsar el botón de la primera planta, pero titubeó. Fuera lo

que fuese lo que estaba pasando, no podía volver a casa y olvidarlo.

El ascensor emitió un nuevo sonido y las puertas empezaron a cerrarse. Long reprimió un grito de sorpresa.

Un brazo apareció desde un lateral y las sujetó.

—Pase, señor Long.

Al lado del ascensor había un hombre joven. De tez pecosa y pelo rojizo engominado, tenía facciones de inmigrante irlandés, aunque vistiese como un contable judío. Estaba claro que esperaba a que diese señales de haberle entendido. Llevaba una bata blanca abierta por delante y guantes de goma. Una mascarilla también blanca colgaba de su cuello. Long se percató de que por encima del cuello de la bata asomaba una señal que no podía ser más que un tatuaje. La idea le incomodó un poco. Su madre no aprobaría que se mezclase con gente tatuada.

—Sí —dijo al fin—. Sí, soy yo. Usted es...

—Llámeme Justin. Póngase esto, por favor.

Le tendía otro juego de bata, guantes y mascarilla.

—Pero, pero...

—Lo sé, todo es demasiado raro al principio. —El tal Justin tiraba de él—. Se acostumbrará enseguida. No se preocupe por la mascarilla y los guantes, son solo una medida de seguridad. Para evitar que estornude y le contagie algo del exterior. Su salud es delicada.

—La salud ¿de quién? —preguntó él, mientras Justin le llevaba prácticamente en volandas.

En contra de lo que le había parecido en un principio, el pasillo no se iba reduciendo a medida que avanzaban. Había una puerta doble, la única que parecía cerrada. Justin hizo una pausa antes de abrirla, las manos extendidas.

—¿Listo? —Le guiñó un ojo.

—No...

Las puertas se abrieron. Al otro lado se encontraba Nueva York.

Era una habitación con dimensiones de salón de baile ruso, aunque pobremente iluminada. Las mismas líneas ondulantes reptaban por el suelo y el techo. Solo había tres paredes; donde debería haber estado la cuarta había una cristalera desde la que se contemplaba el panorama más sobrecogedor que Frank Long hubiera visto jamás. La ciudad entera estaba a sus pies. Una sinfonía de luces de colores, de estrellas y agujeros negros, de semáforos y coches y millones de cabezas pensantes atravesando sus calles como linfocitos en las venas de un cuerpo vivo. Long sintió que podía inventar constelaciones en aquel mosaico titilante.

—Yo también me sentí así la primera vez que la vi.

No había sido Justin quien había hablado. Tan absorto se encontraba en la contemplación de aquel segundo cielo, que no se había percatado de que la habitación

no estaba vacía. En el centro había una cama, rodeada de un lienzo de lino blanco como los que se usaban en Luisiana para mantener a raya a las moscas. La voz agrietada había salido de aquella cama, donde un cuerpo pequeño y mustio le contemplaba con ojos brillantes de fiebre.

Long miró a Justin.

—Adelante. Ha venido usted para esto.

Se acercó con cautela, sin saber aún qué estaba sucediendo, pero sintiendo en su estómago un excitante cosquilleo. No importaba lo que pasase en aquel momento; desde que se habían abierto las puertas del ascensor sabía que aquella iba a ser una historia que contaría durante toda su vida. Quién sabe, Belknapius, este podría ser incluso el germen de tu primera novela de verdad. La que te aleje para siempre de los círculos marginales de los escritores de terror.

Antes de que sus pensamientos discurrieran por los senderos de la gloria literaria, la visión del cuerpo en la cama los cercenó de un tajo limpio.

No conseguía distinguirlo bien, pero lo que podía entrever era suficiente. La persona en aquella cama había sufrido lo indecible. Su cuerpo postergado era el prólogo de una tumba. Su piel estaba blanca como la tiza, y había adquirido la misma textura desmenuzada y sucia. Al menos tres goteros se introducían a través del lienzo en aquel mundo en miniatura. Varios cables surgían por la parte de atrás, conectando a su ocupante a otras tantas máquinas con aspecto de nevera extraterrestre. Una de ellas marcaba con una aguja los latidos de su corazón revenido. Su respiración era un hilo finísimo, angustioso. El olor de los antibióticos embriagaba el olfato. Estaba frente a la enfermedad, la muerte de sus seres queridos, la languidez de la vida que les esperaba a todos.

—Dígame, señor Long: ¿qué le ha impresionado más: lo que ve ahí fuera o lo que ve aquí dentro?

La voz surgía de aquel bulto en la cama. Long estuvo a punto de soltar la respuesta más educada de inmediato. Entonces cayó en la cuenta de que quien le hablaba desde detrás del lienzo era una mujer. Como si ambas cosas estuviesen relacionadas, lo pensó mejor y decidió optar por la sinceridad.

—Me impresiona la combinación de ambas. Si viviera delante de esta ventana y estuviera en esa cama, volaría cada noche en sueños.

Una risa extraña sacudió a la mujer, como un murmullo de hojarasca. Incluso Long supo reconocer que aquello no era bueno para ella. El joven irlandés, Justin, se situó a su lado y puso la palma sobre la telilla. Long se percató de que por su muñeca también asomaba la punta de un tatuaje. Justin susurró palabras que se le escaparon por completo, como si el sonido le esquivara justo antes de entrar en sus oídos. Ignoraba por qué se le había ocurrido semejante idea absurda.

—Ya me calmo, Justin, ya me calmo. Bienvenido, señor Long. ¿Me permite que

le llame Frank?

—Por favor. Pero me gustaría saber cómo debo llamarla yo. Amén de qué estoy haciendo aquí, claro.

—Puede llamarla Beth —dijo Justin—. Su salud, como puede comprobar, es bastante delicada. Seré yo quien responda a sus preguntas por ella, siempre que...

—Siempre que no sea tan testaruda como siempre y se le adelante —lo interrumpió la mujer. Long sintió que su conmiseración por ella se impregnaba de simpatía—. Frank merece una explicación, Justin. Deja que al menos empiece yo.

Él calló. Tras unos larguísimos instantes en que solo se oyó su respiración de sumidero, la mujer empezó a hablar:

—Como ya ha oído, me llamo Beth. Elizabeth Pearson de soltera, Raskob de casada. Ahora que soy viuda, no sé cuál de los dos emplear.

Long asintió. Lo había supuesto. Aquella mujer era la viuda de John Raskob, el magnate y copropietario de la General Motors, además de dueño de aquel edificio. Hacía poco más de dos años, Raskob había ocupado las portadas de todos los periódicos del país al anunciar que se lanzaba a una carrera contra Walter Chrysler para construir el rascacielos más alto en el menor tiempo. Por desgracia, la suerte no había sonreído a Raskob. Se había implicado tanto en el proceso de construcción del Empire State Building que fue víctima de su propia maldición. Aún a día de hoy, nadie sabía qué hacía el millonario en las plantas superiores de su edificio la noche en que ardieron, ni cómo se inició el incendio. Las conjeturas y las teorías conspiradoras se sucedieron en cascada. El consiguiente retraso le había dado la victoria al Edificio Chrysler, aunque poco quedaba ya que celebrar. Walter Chrysler se había disculpado ante la ciudad de Nueva York en la ceremonia de apertura. «Derrumbaría este edificio de buena gana si con ello pudiese traer de vuelta a mi competidor, John Raskob, un gran amigo y un verdadero americano», Long recordaba que había dicho. O algo parecido. Lo que no sabía era qué le había sucedido a su mujer, qué extraña enfermedad la había convertido en ese pobre despojo parlante.

—Decidí que, puesto que no me quedaba mucho tiempo —estaba diciendo ella entonces. Long se reprendió a sí mismo por distraerse—, lo pasaría aquí, mirando el sueño de John, esperando a reunirme con él.

—No digas eso, Beth —dijo Justin.

—No te esfuerces, querido. —Ella agitó la mano en su dirección—. No ha sido difícil construirme aquí mi propia clínica privada, aunque le confieso que voy prescindiendo poco a poco de los médicos. Cada día es más obvio que, si alguien o algo ha de alargarme la vida, no serán ellos.

Justin carraspeó con fuerza. Long les miraba de hito en hito.

—Quizá es hora de pasar al asunto.

—Por supuesto —concedió Beth. Long seguía luchando por distinguir sus

facciones detrás de la tela, pero la escasa luz no ayudaba—. Frank, creo que la mejor manera de empezar es que me cuente qué hace usted aquí.

—¿Cómo? —exclamaron Long y Justin al mismo tiempo.

Una risita de niña embalsamada se oyó entre las sábanas.

—Por ahora, prefiero decirle únicamente que necesitamos su opinión de experto. Y como experto, querría oír su versión de todo lo que ha pasado hasta este punto.

Justin asintió, apreciativo. Long no pudo sino admirar a aquella mujer enferma. Estaba postrada en la cama, moribunda o algo peor, hecha poco más que un jirón de carne. Y sin embargo, controlaba la situación desde el primer momento. No en vano había sido la esposa de uno de los hombres más poderosos de América. Debía de haber aprendido mucho de él, pensó. Y luego pensó que quizá él había aprendido mucho de ella.

—Está bien. —Se aclaró la garganta y sacó el sobre del bolsillo de la chaqueta—. Hace dos días recibí esta carta. En su interior encontré una ficha del catálogo de una biblioteca. En el dorso de la ficha, escrita a mano, había una dirección y una fecha.

—Empire State Building, veintitrés de agosto, medianoche —intervino Justin, pero no se dirigía a él—. Tal y como especificaste, Beth.

—Deja que Frank siga hablando, Justin. ¿Qué hizo entonces, Frank?

—Hay poco más que contar, en realidad. Se lo comenté a mis padres. Mi padre pensó que se trataba de una entrevista de trabajo. Mi madre dijo que querrían venderme algo.

—Bien por su madre. ¿Qué pensó usted?

—Pensé que era una broma.

—¿Por qué?

—Pues... —Ese era el momento en que la explicación se ponía difícil—. Por lo que dice la ficha, supongo.

Pasaron unos instantes en los que las máquinas cuchichearon entre sí.

—¿Podría leerme lo que pone en la tarjeta?

—Pensaba que usted ya lo sabía.

—Y así es. Pero usted necesita decirlo en voz alta, Frank.

Él inspiró hondo. Tenía razón. Al pronunciar aquellas pocas palabras, sintió que bajaba un peldaño dentro de su mente. Lo que no supo fue hacia dónde descendía ese peldaño.

—«Alhazred, Abdul» —leyó—. «Necronomicón».

—Gracias, Frank —dijo Beth, y él sintió su agradecimiento como la recompensa que se le da a una mascota cuando realiza un truco con éxito. Lo que no pudo evitar fue que el sabor de ese agradecimiento le resultase agradable—. Ahora me gustaría que me diese su opinión al respecto. Pero, por favor, intente descartar lo primero que se le venga a la cabeza. Vuelva a pensarlo y dígame lo segundo que piense.

Su primer impulso fue repetir que aquella tarjeta era una broma, pero se tomó un instante para hacer lo que Beth le pedía. Miró la tarjeta. Abdul Alhazred. Necronomicón. Rascó la superficie con la uña del pulgar. Beth y Justin le observaban.

—Es una mala copia —expuso—, aparte de un fraude. Estos números parecen muy convincentes, suenan a sistema de catalogación de algún tipo. No tiene membrete, lo cual hace imposible comprobar dónde está la biblioteca a la que supuestamente corresponde esta ficha. Aparte de eso, la tinta no está seca del todo. Se desprende con facilidad.

Los dos intercambiaron una mirada. Beth asintió detrás de la telilla. Justin echó mano al bolsillo de la bata, y por un momento Frank tuvo la estrambótica idea de que iba a sacar una pistola y acribillarle a balazos. En lugar de eso sacó otra ficha. Se la tendió.

—Ésta es la verdadera.

—Tiene usted toda la razón, Frank —dijo Beth—. Es una mala copia, porque no nos podíamos permitir enviarle el original.

Frank estudió la nueva tarjeta. Era un poco más grande que la otra y estaba medio chamuscada. El fuego había quemado la parte superior, donde debería estar el nombre de la biblioteca a la que pertenecía.

ALHAZRED, ABDUL.
NECRONOMICÓN.
AARHUM, 1228
WORM, OLE (TR.)
516 P., IL., FOL.
GRABADOS EN MADERA, ENC., TABLAS,
TAM. FOL. 62 CM., BUEN ESTADO. EX LIBRIS
520, 225, 482, 173, 800, 160, 454

—Esto no cambia nada —se atrevió a decir—. Sigue siendo un fraude.

—¿Por qué cree eso? —inquirió Justin.

Ahí estaba. La pregunta que había temido desde que empezó aquella conversación.

—Porque este libro no existe.

Beth y Justin volvieron a mirarse. Long tragó saliva. Supongo que ahora es cuando te echan a patadas por no seguirles el juego, Belknapius. Se encogió de hombros mentalmente, aunque sintió el aleteo de algo parecido a decepción.

—¿Por qué cree que no existe, Frank? —le preguntó Beth.

Se tomó unos segundos antes de contestar:

—Sé a ciencia cierta que no existe. Se lo inventó un escritor de Rhode Island, casualmente amigo personal mío. Desde hace años, un grupo de escritores lo usamos como recurso en nuestras historias. No es más que ficción.

—Déjeme preguntarle algo, señor Long —dijo entonces Justin—. Supongamos que fuese usted un timador. No se ofenda, es solo una suposición. Si usted fuese un timador que quisiera arrebatarle el dinero a un pobre infeliz, ¿qué tendría que hacer?

Long se quedó en blanco. Justin continuó:

—Es muy fácil: tendría que contarle una historia. Una patraña. Algo que le convenciese de que lo mejor que puede hacer es darle dinero. Le contaría usted una elaborada mentira haciéndola pasar por verdad. A eso se le llama embaucamiento.

Hablaba moviendo las manos. Gesticulaba teatralmente y modulaba la voz, como si él mismo fuese ese timador al que se refería.

—Sin embargo, hay otro tipo de embaucamiento. Si quisiera usted contar una historia real, pero no quisiera que nadie supiese que es verdadera, ¿qué haría? La disfrazaría de mentira. De ficción, como usted dice. Una broma estúpida entre escritorzuelos. ¿Me sigue?

—Me parece que no quiero seguirle —balbuceó él, turbado por el cariz que empezaba a tomar aquella conversación—. Y me parece que debería marcharme ya. Será muy difícil encontrar un taxi que me lleve a casa a esta hora.

—Sobre todo en este barrio dejado de la mano de Dios —añadió Beth a media voz tras la panoplia de lino—. Por favor, Frank, no se vaya aún. Permítanos llegar al final. Le prometo que podrá irse en cuanto terminemos.

Bastó que Beth se lo pidiera para que su reticencia cediese un poco. Se sintió menos ofendido al saber que ella no pretendía insultarlo. Por Dios, ¿qué hechizo causaba aquella mujer?

—Está bien.

Beth le hizo una seña exangüe a Justin. El joven sacó un puñado de hojas garabateadas con una letra apretada y laberíntica que Long reconoció al instante.

—«*Al Azif*»— leyó—. «*Azif* es el término que los árabes utilizan para designar ese sonido nocturno, producido por los insectos, que se supone que son los aullidos de los demonios o *djinns*. Compuesto por Abdul Alhazred, poeta loco de Sanaá, del que se dice que creció durante el período de los califas Omeya, hacia el año 700 d. C.»

—«Y pasó diez años en la soledad del gran desierto del sur de Arabia» —dijo él.

—Me alegra ver que tiene usted buena memoria, Frank. —A pesar de que su rostro estaba parapetado tras la tela, tuvo la impresión de que Beth sonreía—. Hace cuatro años, ese escritor amigo suyo escribió el texto que empieza con ese párrafo, y lo envió a una serie de personas en todo el país, entre ellas a usted. Un texto que resumía en apenas dos páginas la historia del *Al Azif*.

—El Necronomicón, según la edición latina —prosiguió Justin—. *El libro de las imágenes muertas*, aunque la traducción sea un tanto inexacta. Un compendio de invocaciones capaz de traer a este mundo a ciertas... cosas. Se dice que ha causado la

ruina a todo aquel que lo ha poseído, y que quien lo lee se vuelve loco.

Terminaba de soltar ese discurso cuando Long cayó en la cuenta de algo: por eso estaba allí. Por su amistad con Howard. Porque él mismo había mencionado el libro en sus cuentos. Se preguntó con cuántos más del círculo habrían contactado. Clark Ashton Smith, el aristócrata de vida aburrida y pluma elegante; el rudo tejano Robert Howard o el campechano y simplón August Derleth, que idolatraba a Lovecraft como si fuese poco menos que un Mesías de la literatura. Todo aquel grupo de amigos que jamás se habían visto entre ellos, y que llevaban años repitiendo el estilo de su maestro con pocas variaciones. Todos los proyectos de escritor que orbitaban alrededor de la pintoresca figura de Howard Phillips Lovecraft.

—Lo siento —dijo—, pero me cuesta mucho tomar todo esto en serio. La historia que me están contando se desmorona, no tiene ninguna base sólida.

—En cambio —contestó Justin, elevando el tono—, usted deposita su confianza en un terreno aún más inestable. Afirma usted que el Necronomicón no existe, pero la única prueba que tiene es la palabra de un amigo suyo que un día le dijo: «Mira, he escrito un relato en el que aparece este libro, pero me lo he inventado yo». Nosotros tenemos pruebas. Pruebas materiales. Y usted sigue creyendo su versión. La verdad es que le admiro. Admiro su fe.

—Tranquilízate, Justin —le reprendió Beth—. Frank tiene derecho a creer en lo que quiera. Igual que tú. —Se volvió hacia Long dentro de la reducida capacidad de movimiento que le brindaba su prisión—. ¿Y si fuera cierto, Frank? Usted es escritor. ¿Podría pararse a pensar por un momento qué sucedería si fuera cierto?

Él inspiró hondo. Reprimió el impulso de gritarles que habían perdido el juicio. Se concedió un instante para reflexionar. Era una locura, pero en cierto modo no estaba exenta de razón, o al menos de razonamiento. Lo único que sabía de aquel libro era lo que había leído en las cartas de Howard, y lo que habían comentado en sus maratónicas charlas en aquella época que pasó en Nueva York durante su matrimonio con Sonia Greene. No supo si era el extraño influjo de aquella mujer más muerta que viva, o la atmósfera soñada dentro de aquel cadáver de edificio. Fuera lo que fuese, se permitió abrir su mente un instante. Sin proponérselo, bajó un peldaño más.

—Aunque su versión fuera correcta, supongo que son ustedes conscientes del número de bibliotecas que existen hoy en día en el mundo. Solo dispone usted de una ficha quemada. El libro podría estar en cualquier lugar.

—No exactamente —repuso Beth—. Esa ficha en realidad contiene más información de la que parece a simple vista. Primero, está escrita en caracteres occidentales. Eso descarta bibliotecas en Oriente y en Rusia. Segundo, su estructura. Nuestros asesores confirman que pertenece a la Norma de Catalogación Dewey. Es un sistema relativamente nuevo. Está vigente solo en ciertos países como Estados

Unidos, Argentina o Inglaterra. Justin.

El joven irlandés volvió a echar mano del texto de Lovecraft.

—«De los textos latinos hoy existentes —leyó—, se sabe que uno se guarda en el Museo Británico bajo llave, y el otro se encuentra en la Bibliothèque Nationale de París. Hay una edición en la Biblioteca Widener de Harvard, y otra en la Biblioteca de la Universidad Miskatonic en Arkham. Otra hay también en la Universidad de Buenos Aires».

Frank Long les miró de hito en hito. Sal de aquí, Belknapius, dijo una voz en su cabeza.

—Ya hemos eliminado posibilidades —continuó Justin—. La Biblioteca Nacional de París queda descartada; los franceses tienen otro sistema de catalogación. Estamos comprobando la Universidad de Buenos Aires y Harvard. Eso nos deja el Museo Británico y la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic.

La respuesta de Long surgió desde la ciénaga de su aturdimiento.

—Pero no existe la Universidad de Miskatonic. Es un lugar imaginario, igual que Arkham. Solo aparece en los cuentos de Love...

Volvió a extenderse entre ellos otro de esos silencios en los que la atmósfera adquiría tintes de claroscuro. Lo único que se movió en la habitación fueron las moscas que esperaban cebarse en aquel cuerpo postrado.

—Oh, Dios. Ustedes creen que Miskatonic es un nombre falso para ocultar un lugar real. —Se espantó al comprobar que empezaba a pensar como ellos, a encajar piezas en su versión retorcida—. No puedo más, lo siento. Si no les importa, voy a irme a mi casa.

—Por supuesto —dijo Beth—. Sentimos mucho haberle importunado. Hay un taxi pagado esperándole en la puerta.

Long asintió, atolondrado por una suerte de decepción. Ahora saldría de allí, se iría a casa y no volvería a saber más de aquella extraña pareja. Esa rocambolesca historia se convertiría con el tiempo en una anécdota, algo que contaría solo a unos cuantos amigos cercanos y a su esposa, si un día se atrevía a aproximarse lo suficiente a una mujer sin que le sudaran las manos y se le secan las palabras en la boca.

—Gracias.

No supo qué más añadir.

—Justin, acompaña a la salida. Encantada de conocerle, señor Long.

Sintió un vacío en el estómago. Quiso decir algo, despedirse de alguna manera. Salió por las puertas tras un ligero cabeceo. Nueva York seguía a su espalda.

Recorrieron el pasillo. Justin pulsó el botón del ascensor. Cuando habló, lo hizo sin mirarle a los ojos.

—¿Y si fuera real? ¿No querría usted echarle un vistazo? ¿No querría saber?

Saber, señor Long. Qué hay en esas páginas. Qué escribió ese árabe loco.

Sin la presencia fascinadora de Beth, la razón volvió a tomar las riendas de Frank Long.

—Los locos son ustedes. Ese árabe es un nombre que Howard Lovecraft se puso a sí mismo cuando tenía siete años, señor mío. Viene de *all has read*, y es solo el producto de la imaginación de un niño sin amigos que acababa de leer *Las mil y una noches* y quería leer todos los libros del mundo.

El ascensor llegó.

—Es usted un obtuso —dijo Justin—. Va a ser muy difícil trabajar con usted.

—¿Qué?

Las puertas se cerraron. Todas las réplicas que Frank Long podría haberle dedicado no se le ocurrieron hasta mucho después, mientras le contaba esta historia a Howard Lovecraft.

Recorrió el vestíbulo en silencio. El bedel no le saludó. El taxi que le esperaba fuera tenía el contador apagado. Susurró su dirección, echando una última mirada al rascacielos. Pensaba en el pequeño ser cuya vida se consumía en el piso setenta y nueve.

Pasarían todavía unos minutos hasta que se diera cuenta de que aún tenía la ficha auténtica en la mano.

La orilla plutoniana de la noche

26 de agosto, 1931

Lovecraft pasó la tarjeta entre los dedos.

—¿No se han puesto en contacto contigo para que se la devuelvas? —Long negó con la cabeza—. Una historia notable, desde luego. Desearía que en mis tiempos de escritor se me hubiese ocurrido un escenario tan sugerente, lo cual prueba una vez más que mi decisión es la correcta.

Long dio un sorbo a su café.

—Entonces ¿qué es lo que piensas?

—Pienso que tu historia plantea una serie de pertinentes interrogantes, los cuales, por desgracia, nunca llegaremos a esclarecer.

—¿Interrogantes?

—Me refiero a todos los cabos sueltos que, debido a tu evidente estado de aturdimiento durante el transcurso de esa extravagante aventura nocturna, no llegaste a atar. —Empezó a enumerar con los dedos—: ¿De dónde ha salido esta ficha de biblioteca? Si lo que buscan es el *Necronomicón*, ¿por qué no se pusieron en contacto conmigo? Es más, ¿dónde han encontrado la copia manuscrita de mi *Historia del Necronomicón*? Es de suponer que la deben de haber robado, pero ¿a quién? Y en caso de que alguien se la hubiera dado por propia voluntad, ¿quién es dicho benefactor? Por otro lado, ¿cómo han llegado a estar tan equivocados con respecto a la autenticidad del libro? ¿Y qué insólita enfermedad aqueja a esa mujer?

Long se sintió avergonzado. Tenía razón, habría podido sacar mucho más en claro. Aun así, se percató de que el Abuelo parecía tan emocionado como él mismo lo había estado durante el transcurso de su, como él había dicho, extravagante aventura nocturna.

—Para contestar a todas estas preguntas —prosiguió Lovecraft—, necesitaríamos concertar una nueva cita con la viuda Raskob, lo cual supondría un viaje a Nueva York en el cual no estoy dispuesto a embarcarme.

—Entonces ¿crees que es cierto?

Lovecraft parpadeó.

—¿El qué?

—El libro. El *Necronomicón*.

—Oh, Belknapius —dijo él, dejando la taza sobre la mesa—. Por favor, tú no. De entre todos los miembros del círculo, pensaba que serías el último que llegaría a perder de vista la frontera entre realidad y ficción. Lo habría esperado de ese bendito de August Derleth, pero de ti...

—Claro, disculpa. —Se ajustó las gafas—. Es solo que toda esta historia es... no sabría definirla.

—Sí que sabrías. A diferencia de tu iluso abuelo, tú sí eres un escritor de talento. De cualquier modo, ha sido una manera deliciosa de pasar la tarde. Ahora, si no te importa, preferiría clasificar tu relato en el archivador reservado a las historias curiosas y seguir adelante con mis por ahora escasos quehaceres diarios. Dentro de poco tendré que buscar trabajo, aunque la idea misma me repugna.

Long titubeó.

—Howard, eso no es todo. La historia no acaba ahí.

Lovecraft sonrió.

—Ah, deliciosa manera de suscitar la curiosidad de un público escéptico. Oigamos, pues, el epílogo de tu historia y olvidemos el asunto de una vez y para siempre.

—Verás... esta misma mañana decidí venir a Providence a contártelo todo. El tren me dejó en la estación central, pero antes de dirigirme hacia tu casa, tuve un súbito impulso. Apreté entre los dedos la ficha del Necronomicón...

Las finísimas cejas de Howard Phillips Lovecraft se arquearon.

—... e hiciste un alto en la Biblioteca John Hay.

La Biblioteca John Hay era una muela de color gris asomando en las encías del campus de la Universidad Brown. Estaba situada en el cruce de las calles Prospect y College. La mayoría de los estudiantes pasaba varias veces al día por delante de sus puertas, lo cual no quería decir que las atravesasen. Estaban embelleciendo la fachada principal aprovechando el descanso entre semestres. El edificio entero estaba cubierto por una red de andamios, poleas y escaleras. Los obreros recorrían las plataformas cargando con vigas, botes de pintura y carretillas repletas de tripas de edificio.

El camino desde la calle Barnes había durado menos de quince minutos. Se detuvieron delante de la entrada. La expresión del Abuelo se ensombreció al ver la furibunda actividad en los andamiajes.

—El fin de los tiempos está cerca —le susurró mientras subían la escalera que llevaba a la puerta principal—. Los mercaderes han vuelto a ocupar el templo, y esta vez están haciendo hasta reformas.

—¿Desde cuándo te ha dado por las citas bíblicas? —Frank Long esgrimió una media sonrisa—. ¿Qué crees que diría el dios de los ateos si te oyese?

Antes de que Lovecraft pudiese responder, se oyó una voz desde las alturas.

—¡Eh! ¡Ustedes!

No era Dios. Era un hombre grueso que bajaba con mucho esfuerzo y muy poca habilidad por entre los andamios, tropezando con herramientas, escombros y obreros. La gorra polvorienta que llevaba quedaba muy pequeña en su enorme cabeza pelirroja, como si se la hubiese robado a un niño. Lorzas plagadas de estrías

desbordaban el pantalón apretado cruelmente. La estructura entera temblaba a su paso. Cuando llegó hasta ellos, resollaba como un animal. Long y Lovecraft se miraron. Definitivamente no era Dios.

—Ustedes —repitió, apoyándose en las rodillas—. Ustedes son los que estaban aquí esta mañana, ¿no es cierto? Los del cristal.

Lovecraft se cruzó de brazos y dejó patente que no pensaba dedicarle ni una fracción de su atención. Long puso los ojos en blanco.

—Sí, somos nosotros.

—Bueno, quería pedirles disculpas. Por el accidente, quiero decir.

Long dedicó una mirada victoriosa a Lovecraft.

—No se preocupe. No me ha pasado nada.

—Pero no pensaré denunciarnos ni nada por el estilo, ¿verdad?

Lovecraft abrió la boca, pero antes de que cualquier tipo de amenaza cortante y elaborada surgiera de sus labios, Long se le adelantó.

—Ni siquiera se me había ocurrido. Pierda cuidado, son cosas que pasan.

El alivio se extendió por aquel rostro rosado, desde su frente pecosa hasta su doble papada.

—Y que lo diga. Este encargo está gafado. Nos están pasando todo tipo de desgracias. Una denuncia sería la guinda.

—Por no hablar de matar a un amante de la lectura —señaló Lovecraft.

El hombre frunció el ceño un segundo.

—Sí —dijo—. Sí, eso sería aún peor, claro. Me alegro de que esté usted bien, caballero.

—Gracias —dijo Long, adelantando la mano.

—Clifford Morton, capataz.

—Frank Long. —Sonrió—. Neoyorquino. ¿A qué se refiere con desgracias? ¿Qué les ha sucedido?

—Uf, de todo. Esto tenía que ser un trabajo de una semana, y llevamos mes y medio. Hemos sufrido accidentes, retrasos... y, para colmo, el turno de noche ha abandonado.

—¿Turno de noche? —Long miró de reojo a Lovecraft, que por fin parecía interesado.

—Sí. Trabajamos también de noche. Doblamos algunos costes, pero al final sale a cuenta. Pero hace una semana, la cuadrilla entera ha desaparecido.

—¿Cómo que desaparecido? —preguntó Lovecraft.

—Como lo oye. En mitad de la noche. Dejaron todas sus herramientas ahí mismo y se largaron. Cómo se nota que no las pagan ellos. Llevo una semana intentando localizarles, pero no aparecen. Es lo que pasa cuando trabajas con polacos. No tienen seriedad ninguna.

—¿Por qué harían algo así?

—Cualquiera sabe. Estos polacos están llenos de supersticiones. A algunos les daba miedo trabajar de noche. Decían que oían cosas en los pasillos.

—Supersticiones de pueblos retrógrados, por supuesto —matizó Lovecraft.

—Pero, digo yo, si uno siente miedo, que solicite el turno de mañana, ¿no? No puede uno plantar las cosas y largarse. No es de recibo. Y encima, con todos sus compañeros. La culpa es de la recesión, se lo digo yo. Y del presidente Hoover. Si no dejase entrar a tantos extranjeros...

—Muy señor mío, no puedo sino maravillarme ante su clarividencia. Por primera vez me declaro en total y absoluta sintonía con su postura frente al mundo —aseveró Lovecraft. Hizo ademán de palmearle el hombro, pero lo pensó mejor y apartó la mano como si estuviese cubierto de moho—. Ahora, más vale que dejemos que vuelva a su ardua tarea profesional. Nada más lejos de nuestra intención que mantenerle ocupado con elucubraciones políticas y sindicales. Solo nos queda reafirmarnos en nuestra categórica resolución de elidir la más nimia posibilidad de litigio.

—¿Qué?

—Déjelo —dijo Long—. No le molestamos más. Y no se preocupe por la denuncia. Por mí, como si nunca hubiera pasado.

Se dirigieron con paso firme a la entrada. El desconcertado Morton se quedó al pie de la obra, rascándose el cuero cabelludo e intentando digerir la andanada de polisílabos con la que Lovecraft le había acribillado.

El recibidor de la biblioteca era la definición de la austeridad. Sendos bustos de personas que Long no reconocía daban la bienvenida al visitante. Las paredes, pintadas de tonos ocres, carecían de decoración alguna. Tras un bastidor se pasaba al mostrador de recepción. Junto a él había un espacio dedicado al catálogo de fichas, y a su derecha una escalera que descendía hacia lo que debía de ser la hemeroteca.

La persona al otro lado del mostrador no expresó más cordialidad al ver a los dos escritores de la que habría experimentado si dos perros cubiertos de barro hubiesen empezado a sacudirse en mitad del recibidor. Lovecraft le ignoró y se dirigió directamente al catálogo.

—¿Estás preocupado? —preguntó Long.

—¿Por qué habría de estarlo? —replicó él, pasando las fichas con dedos no tan torpes como habría sido de esperar.

—Pues, por todo lo que está pasando. Primero Nueva York, y ahora...

—Ahora solo estamos buscando en el catálogo de una biblioteca, Belknapus. —Pasaba las fichas hacia atrás y hacia delante—. ¿Estás seguro de que la viste aquí?

—Tan seguro como que es de día y se está nublando. El catálogo tiene una ficha asociada al Necronomicón. El libro está en la John Hay.

—Dos ideas fascinantes. Por desgracia, la segunda no es necesariamente causa directa de la primera. Me pregunto a qué libro pertenecerá en realidad... Oh.

Estaba ahí. Lovecraft sujetó la ficha con dos dedos.

—Parece imposible que la ficha de Beth Raskob sea de esta biblioteca —comentó Long.

—Eso es porque no lo es. —Lovecraft leyó—. Esta ficha difiere de tu dudoso souvenir: distinto número de páginas, diferente año de edición, sin ilustraciones... las materias codificadas, empero, son las mismas.

—Es otra versión del Necronomicón —susurró Long.

—Es otra falsificación —corrigió Lovecraft—. Desde luego, alguien ha hecho un gran trabajo. Están todos los datos que se podrían extraer de mi *Historia del Necronomicón*. —Hizo ademán de limpiarse del traje una imaginaria mancha de polvo—. Bien, la parte fácil ya está hecha. Ahora queda sortear al cancerbero.

Se dirigió al mostrador con tanta dignidad como un marqués que entrase en una pescadería parisina a finales del siglo XVIII. El hombre al otro lado le dedicó una mirada cargada de desprecio. Era espigado y tan alto como Lovecraft. El tipo de persona cuya edad se diluye entre los cuarenta y los sesenta. Su pelo blanco y ralo, abundante en los lados de la cabeza y muy escaso en el resto, contrastaba con la falta de arrugas de su rostro, más allá del rictus severo alrededor de sus labios apretados. Una chapa en su chaleco de punto daba dos informaciones escuetas: e. Dexter. Bibliotecario jefe.

—Buenos días, señor —se dirigió a Long con un susurro estreñado, ignorando abiertamente a Lovecraft—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Ephenetus —dijo Lovecraft—. Tu falta de modales rivaliza de alguna manera con tu mal gusto en el vestir. ¿Acaso no te das cuenta de que, cuando dos caballeros llaman a la puerta, las criaturas serviles por naturaleza debéis humillaros debidamente, como mandan el canon y las buenas costumbres?

—En mi condición de encargado de este palacio del saber, estaría abiertamente dispuesto a exhibir mis refinados modales y mi educación, en caso de que esos dos hipotéticos caballeros se personasen —replicó el bibliotecario, aún sin mirar a Lovecraft—. Sin embargo, puesto que solo te veo a ti y a tu acompañante, optaré por guardarme ambos para otra ocasión. ¿Qué quieres, Howard?

—Nada que esté en tu mano ofrecer. —Lovecraft tamborileó los dedos sobre el mostrador, mirando sobre el hombro de Ephenetus Dexter a los otros dos asistentes del mostrador principal, que se habían parapetado disimuladamente tras la puerta que daba al archivo—. Pero ya que eres el único peón que queda en pie en el tablero, tendremos que tolerar tu presencia: mi amigo y yo venimos a buscar un libro.

El rictus solemne se dobló ligeramente para mostrar una sonrisa desdeñosa, que reveló por fin todas las arrugas que aquel rostro acartonado le escamoteaba al tiempo.

Frank Long asistía asombrado a la conversación de los dos peculiares personajes.

—Me alegro que la insigne pluma local haya sido capaz de pergeñar él solo la idea de que el sitio idóneo para encontrar un libro sea una biblioteca. ¿Necesitas que te enseñe cómo se usa el catálogo?

—Antes ser erradicado de la existencia mortal que aprender nada de ti. Me temo que la escuálida gota de conocimientos que tú estás en posición de ofrecer se perdería en el océano de los que yo atesoro. Sé bien cómo funciona el catálogo, para el cual, por cierto, tengo algunas sugerencias anotadas que servirían para optimizar su uso en buena medida. No sufras, no las discutiré contigo para no desbordar el escaso entendimiento que...

—Buscamos este libro —saltó Long. Si no interrumpía aquella discusión de adolescentes pedantes, no sacarían nada en claro hasta el día siguiente.

Lovecraft le miró durante un largo momento, como si se hubiera entrometido en un juego en el que llevase ventaja. Él le arrebató la ficha y se la dio al tal Ephenetus, que la aceptó con cierto desdén. Frank Long se percató de que tenía los dedos amarillentos y agrietados, manchadas de nicotina las uñas.

El bibliotecario leyó en voz alta, exagerando el poco interés que debía de sentir.

—Necronomicón. Una torpe combinación de palabras en latín y griego. *Nekros*, «muerto»; *nomos*, «ley»; *eikon*, «imagen». «Una muestra de las leyes de los muertos», podría ser una traducción libre.

Lovecraft alzó un dedo.

—De hecho...

—¿Le importaría traernos el libro? —volvió a interrumpir Long.

El bibliotecario desveló una sonrisa desagradable.

—Lo lamento. El libro no está disponible.

—¿Así, tan fácil? —preguntó Long—. ¿No va siquiera a comprobarlo?

—No hay nada que comprobar —despachó él con un gesto—. Este libro pertenece a la sección de Colecciones Especiales. Y por ello puedo asegurarles que no es para ustedes.

—¿Qué se supone que debemos inferir de esa inusual respuesta? —preguntó Lovecraft, elevando el tono de la voz un grado.

—Para tus cortas entendederas, permíteme aclarártelo: debéis de inferir que Colecciones Especiales está reservada a investigadores. Así que a menos que tu amigo esté cursando su último año de doctorado en Brown, vuestra visita carece de sentido.

—Pero, entonces —intercedió Long—, el libro está en la biblioteca, ¿no?

Por primera vez había auténtico regocijo en el rostro de Ephenetus Dexter, lo cual multiplicó aún más sus arrugas, hasta darle el aspecto de un balón deshinchado.

—No puedo proporcionarles más datos.

—Ephenetus... —dijo Lovecraft, apretando los labios—. La gente de tu calaña debería ser expulsada de Providence junto con toda la aberrante escoria que lleva años invadiéndonos desde infectas tierras olvidadas por los dioses.

—Oh, no te equivoques, mi querido Howard. La gente de mi calaña, como tú nos llamas desde tu quebradizo pedestal, somos la verdadera cara de esta ciudad. Providence soy yo, Howard; tú eres quien ha nacido a destiempo.

La mandíbula de Lovecraft tembló por un momento. Long incluso creyó ver que se le oscurecían las mejillas, de normal pálidas. Sin decir una palabra más, el escritor giró sobre sus talones y echó a andar. Long le siguió. Pensó que la risa malvada de Ephenetus Dexter resonaría en la lejanía, pero cuando volvió la cabeza, el bibliotecario charlaba amigablemente con una de las asistentes. Después de todo, lo único anormal en él era la antipatía que sentía por su amigo.

Howard se detuvo frente a la escalera de la entrada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Long, levantando la voz para hacerse oír por encima del barullo de los obreros.

—Por supuesto. Un caballero y leal súbdito del rey Jorge jamás se deja alterar por las impertinencias de un absurdo fantoche que se obstina en ejercer la diminuta porción de escuálido poder que le ha sido concedido por parte de abstrusas esferas burocráticas.

Empezó a bajar la escalera con parsimonia. Long le siguió.

—¿Qué problema tienes con ese bibliotecario?

—El señor Dexter y yo solíamos mantener una estrecha relación de alumno a maestro dentro del mundillo del periodismo amateur en Providence. Yo era el maestro, como podrás entender. No habré de vacilar al afirmar que su admiración para con mi prosa no tenía límites. Pero desde hace años, dicha admiración se ha tornado en manifiesta animadversión hacia mi persona; animadversión que en ocasiones se revela un verdadero incordio. Me alegra que tú también hayas sabido reconocer esa patente antipatía. Tía Lillian afirma que todo está en mi cabeza. —Enlazó las manos frente al rostro y unió los dos índices—. En cualquier caso, no deberíamos desanimarnos por este inconveniente. Ahora sabemos que no es tan fácil acceder al libro, con lo cual está a salvo de las garras de la pérfida viuda Raskob y su vil sicario irlandés.

—¿De qué estás hablando? Elizabeth Raskob es una mujer enferma.

—Vamos, Belknapius, déjate transportar a través de las puertas de la llave de plata de tu fantasía.

—Pero... —Resopló—. Está bien. Entonces ¿cómo recuperamos el Necronomicón de la John Hay?

—Belknapius, por favor, no seas absurdo. —Desechó su pregunta con un ademán afectado—. He dicho de tu fantasía, no de tu estulticia. Por muy alto que suban las

escaleras que construyen nuestros sueños, al final siempre se derrumban ante el peso de la realidad. Y la realidad, amigo mío, es que ese libro es tan auténtico como buen escritor es tu abuelo.

Long se cruzó de brazos.

—¿En qué quedamos, Howard?

—Sin embargo, el infame Ephenetus Dexter nos ha lanzado un guante, cuyo consiguiente desafío no podemos permitirnos obviar. Si la execrable barrera de la burocracia se levanta ante nosotros, no tendremos más remedio que cavar un túnel para sortearla.

Long comprendió de golpe.

—Esto no tiene nada que ver con el libro, ¿verdad? Quieres darle con un palmo de narices a tu amigo el bibliotecario.

Lovecraft le dedicó una de sus sonrisillas de labios diminutos.

—Tus dotes deductivas pondrían en evidencia a todo el árbol genealógico de sir Arthur Conan Doyle.

Frank Long negó con la cabeza. A pesar de llamarse a sí mismo el Abuelo, a veces tratar con Howard Lovecraft era como sacar a pasear a un sobrino adolescente. Ni siquiera él mismo supo explicar por qué entró en su juego.

—Entonces ¿qué hacemos para encontrar ese libro que no existe?

—Pensemos. —Se rascó el prominente mentón—. El malvado Ephenetus Dexter nos niega el acceso a la biblioteca... No, no es eso. Podemos entrar en la biblioteca. Donde no podemos entrar es en Colecciones Especiales, sean lo que sean... Necesitamos encontrar...

En la fachada, dos obreros empezaron a discutir acaloradamente. Lovecraft volvió a lanzarles una maldición silenciosa. Long estudió sus gestos exagerados. Debían de ser italianos. Fue entonces cuando se le ocurrió.

—Necesitamos una vía alternativa. —Chasqueó los dedos—. Algo digno del mismísimo Wilbur Whateley.

Lovecraft siguió su mirada. Hacia los obreros que discutían. Hacia el andamio que cubría toda la fachada. Hacia la ventana que, esa misma mañana, habían hecho pedazos con una viga. Hacia el agujero de considerable tamaño que había en ella. Long vio cómo su amigo leía sus intenciones en el aire. Aunque su respuesta no fue la que esperaba.

—¿Acaso has perdido el juicio?

—Esto está mal —dijo Lovecraft—. Esto está muy mal, Belknapius.

Long le ayudó a encaramarse al andamio.

—Vamos, Howard. Intenta abrir las puertas de la llave de plata, etcétera. Piensa que estás recorriendo el camino hacia la Ignota Kadath.

—Me temo que el único camino que estamos recorriendo termina

indefectiblemente en la cárcel.

El campus no cambiaba mucho pasada la medianoche. Los pocos estudiantes que se quedaban durante las vacaciones de verano se reclinaban en sus residencias a preparar los exámenes de recuperación, o bien asaltaban los bares del centro de Providence. El cruce de las calles College y Prospect estaba desierto, iluminado por farolas medio consumidas. En silencio. Les escrutaban las sombras estáticas de árboles y edificios. Soplaban una brisa agradable.

—Enciende la linterna —pidió Long.

Lovecraft pulsó el botón. No sucedió nada.

—¿Has traído una linterna que no funciona?

—¿Cómo iba a saberlo? Comprenderás que no uso estos artefactos en mi rutina diaria.

Long le quitó la linterna de un impaciente manotazo. Le dio un par de golpes. Un escuálido haz de luz iluminó la cara espantada de Lovecraft. Tras parpadear unos instantes, permaneció fijo.

—Las pilas están casi agotadas, Howard —dijo en tono acusador.

Lovecraft le dedicó una mirada culpable.

—Es tía Lillian quien se encarga de estos infernales aparatos. —Meneó la cabeza—. Pobre, no quiero ni pensar en lo que diría si se enterase de lo que estamos a punto de hacer.

—Howard, ¿quieres encontrar el libro o no?

—¡Ese libro no existe!

—Baja la voz. Ya sé que ninguno de los dos somos aventureros de novela barata. Esto es la vida real. Pero es la única manera de acceder a Colecciones Especiales. Tendremos que hacerlo lo mejor que podamos.

—¿Sabes qué otra cosa hay en la vida real? —replicó Lovecraft—. Alarmas. Alguien podría habernos visto y haber llamado a la policía. Quizá están ya de camino.

—Creerán que somos el turno de noche. Morton dijo...

—Me da igual lo que haya dicho esa bestia retrógrada y degenerada. Deberíamos olvidarlo.

Long no respondió. Continuó caminando, y Lovecraft no tuvo más remedio que seguirle, sorteando ladrillos apilados y cubetas con restos de pintura. Se detuvieron ante la ventana rota. Habían retirado el cristal. Una lona de aspecto pesado cubría el hueco. Nada más, solo una lona. Long la empujó con cuidado y tanteó en el interior.

—Te vas a cortar.

La ventana se abrió con un débil chirrido, que Lovecraft secundó con un gemido. Long se enjugó la frente.

—Te lo has estado preguntando, ¿verdad?

—¿El qué?

—Qué pasó con los obreros del turno de noche.

Durante unos instantes pareció que Lovecraft no iba a responder. Luego su voz se oyó como el chirrido de un mueble que se niega a ser arrastrado.

—Se fueron a casa. Eso es todo.

—¿De veras? ¿Todos?

—No se me ocurre ninguna otra explicación racional.

—A mí sí. —Long titubeó—. Aunque no es racional.

Se balanceó, intentando calcular su propio peso, y se introdujo torpemente por el hueco de un salto. Le tendió una mano desde dentro.

—Vamos, Howard.

—N... no puedo. No puedo, Belknapius.

—Sí que puedes.

—No seré capaz. —Empezó a retroceder—. Voy a estropearlo todo. No deberíamos haber venido. No deberías haberme traído.

Su pie chocó contra una pila de ladrillos. Uno de ellos se tambaleó y cayó. El estrépito resonó en el silencio de la noche como si se hubiese estrellado un avión sobre el edificio. Lovecraft soltó un chillido.

La puerta principal de la biblioteca se abrió. Un resplandor iluminó la entrada.

—¡Entra! —masculló Long—. ¡Rápido!

Lovecraft trastabilló al introducirse por la ventana. Cayó encima de Long. Los dos se quedaron quietos, hechos un nudo de brazos y piernas, esperando oír pasos, gritos, ladridos, disparos, sirenas, rugidos, explosiones y quién sabe qué más. Pasaron los segundos. Lo único que oían eran sus latidos desbocados.

—Bueno —dijo Long—. No hay alarma, pero ahora sabemos que hay un vigilante.

—Su nombre es Everett. Everett Johnson. Trabaja de vigilante nocturno aquí desde que tengo uso de razón.

—¿Qué? ¿Por qué... diantres no me dijiste que ya lo sabías?

—Sinceramente, no creí que llegásemos tan lejos.

—Howard... —Intentó acumular toda su paciencia—. Yo también estoy asustado. Pero no quiero irme a casa. Quiero averiguar qué sucede, y para eso necesito tu ayuda.

—No creo que un negado como yo pueda ayudar en mucho. Pero tienes razón. Si queremos encontrar ese curioso y elegante volumen de sabiduría olvidada, no tenemos más remedio que adentrarnos en la orilla plutoniana de la noche.

Long asintió y encendió la linterna.

Pasada la medianoche, dentro de una biblioteca en una pequeña ciudad de Rhode Island, la orilla plutoniana de la noche se asemejaba bastante a un despacho a

oscuras. Estaban en una oficina anodina que compartían dos personas. Máquinas de escribir enfrentadas en sendos escritorios. Documentos amontonados en un laberinto de cajas, separadores, ficheros y estanterías. Sillas huérfanas de sus ocupantes, la sombra de dos cuerpos aún marcadas en respaldos que dejaron de ser cómodos hacía tiempo.

—Administración —dijo Lovecraft—. Si la puerta está cerrada con llave, podemos olvidarnos de todo.

Los dedos de Long se cerraron alrededor del picaporte.

—Parece que la idea te alivia.

Lo giró.

La puerta se abrió. Al otro lado había un pasillo apenas lo suficientemente ancho para una persona.

—Bien —susurró—. ¿Cómo encontramos Colecciones Especiales?

—¿Dónde guardarías tú un compendio de abominables secretos arcanos? —dijo Lovecraft—. Tenemos que bajar al sótano.

Explorar un edificio a oscuras no era ni de lejos parecido a lo que Long había recreado en sus relatos. El corazón le retumbaba en el pecho. Temía... no, más bien estaba seguro de que había algo acechando en la oscuridad más allá del haz de la linterna. Bastaba ese pensamiento para revolverle el estómago y entumecerle las piernas. No sentía la piel erizada, ni desasosiego, ni ninguna de las emociones que experimentaban sus personajes recorriendo túneles excavados por civilizaciones olvidadas. Lo que Long sentía eran pura y simplemente unas tremendas ganas de gritar, de salir corriendo de allí tan rápido como pudiese, de sacudirse de la piel la repugnante humedad del miedo.

Cuando pasaban junto a una puerta, la sensación de que se abriría justo delante de ellos era insoportable. En su mente, Long veía el agónico movimiento con el que la hoja se desplazaba y dejaba a la vista... algo. Lo que fuese, no importaba. Oscuridad. Monstruos. Dos lápidas con sus nombres grabados. Una nada impenetrable de la que surgiría un tentáculo que estrangularía a Lovecraft, mientras otro se enrollaba en su tobillo y empezaba a tirar de él, hacia dentro, hacia dentro.

Basta, le decía a su mente. Basta ya, por favor. Y el momento pasaba. La puerta quedaba atrás. Entonces el miedo le decía que se abriría a su espalda, lo cual era aún peor. Sus bronquios empezaban a cerrarse. Su respiración se iba transformando en un fuelle roto. Tranquilízate. Llegaron a la escalera. El temblor se enconaba en sus articulaciones a cada escalón que bajaba, volviéndolas pesadas. Evádete, piensa en otra cosa. Por primera vez, Long reconoció la sensación de perder la noción del tiempo. Sentía el contacto de Lovecraft, que apretaba su brazo hasta casi hacerle perder la sensibilidad. Él también estaba aterrado.

Casi sin darse cuenta, se encontró pensando en la primera vez que había visto a

Lovecraft.

Recordaba perfectamente la fecha. Habían pasado diez años. Llovía. El cielo estaba preñado de nubes encapotadas, y había poquísima gente en el cementerio de Swan Point. Howard Lovecraft llevaba el único traje negro que poseía, y que en realidad había pertenecido a su abuelo. Le quedaba demasiado estrecho en las mangas y en las perneras, pero en aquellas circunstancias apenas importaba.

La lluvia salpicaba las lápidas y caía sobre la hierba con un rumor de tarde mojada. Long no había llegado a tiempo. Swan Point era prácticamente un bosque fuera de la ciudad que, en mitad de la primavera de Nueva Inglaterra, explotaba en una profusión de verdor. Long había recorrido a toda prisa el sendero que serpenteaba entre las tumbas, esperando no perderse en la maraña de bifurcaciones del cementerio. Supo que iba por el buen camino cuando se cruzó con un sacerdote calado hasta los huesos, que le indicó con un gesto el lugar donde acababa de concluir el servicio.

Estaban bajando el ataúd cuando llegó. Su amigo permanecía de pie frente al foso, con una señora mayor colgada del brazo, los dos bajo un paraguas hecho para uno. No lloraban. No había nadie más. Long se sintió un intruso. Esperó a cierta distancia. Cuando todo hubo concluido, intentó acumular valor para acercarse a ellos. Howard Lovecraft le descubrió entre la lluvia. Long vio cómo le decía algo al oído a la señora y se acercaba a él.

—Belknapius —dijo, alargando una mano—. Por fin nos conocemos en persona.

—Siento mucho su pérdida, señor Lovecraft. —Le estrechó la mano, sorprendido por primera vez por la debilidad de su apretón.

—Gracias. Un detalle por tu parte acudir. Te lo agradezco mucho, aunque también espero que a partir de este mismo momento empieces a tutearme. No veo por qué no deberíamos trasladar la confianza que hemos mantenido en nuestras misivas al plano verbal.

—Eh... por supuesto —convino él, confundido.

La señora fue hasta ellos y se agarró con fuerza al brazo de su amigo. Frank Long recordaba que le había dedicado una mirada intensa y quieta. Una mirada de reptil hambriento, pensaría después.

—¿Quién es este joven? —preguntó, cubriendo a Lovecraft con el paraguas.

—Tía Lillian, este joven es Frank Belknap Long, una de las plumas más prometedoras del periodismo amateur nacional. Además de nuestro invitado.

—¿Cómo? —exclamó Long.

—Hum —gruñó la señora—. ¿Crees que a tu madre le habría parecido bien?

—No quisiera molestar.

—Paparruchas. Necesitas cambiarte esa ropa empapada. Y nada mejor para combatir el frío que una de las famosas infusiones de tía Lillian. Insisto.

—Deberíamos esperar a tía Annie —añadió tía Lillian—. Querrá presentar sus respetos a tu madre.

Una sombra cruzó el rostro de su amigo.

—Tía Annie puede presentar sus respetos cuando le plazca, tía. Mamá ya no se va a mover de aquí. Y nosotros tampoco, si seguimos más tiempo bajo este aguacero. Lástima que ya no tengamos carruaje. —Se volvió hacia él—. ¿Y bien, Belknapius? ¿Qué dices?

Esa fue la primera de las muchas noches que Frank Long pasaría en el estudio de la calle Barnes, conversando y debatiendo sobre la literatura, la política, la filosofía, la vida y la muerte. Nadie vino a dar el pésame, ni siquiera la tal tía Annie. Hablaron durante horas, pero Long se dio cuenta de que había un tema que Lovecraft soslayaba.

—Imagino que la echas mucho de menos —se atrevió a comentar cuando el cielo a través de la ventana empezaba a clarear.

Él dirigió su mirada a ese mismo cielo. Meditó la respuesta. Por primera y última vez, el silencio entre ellos se volvió incómodo. Cuando por fin habló, lo hizo en un vía crucis de palabras rasposas.

—Me gustaría hablarte de una historia nueva que estoy escribiendo. Me ha resultado muy difícil hacer que funcione, pero creo que lo he conseguido. —Curvó ligeramente los labios apretados—. Se titula *El sabueso*.

Y en ese momento, zambullido en el recuerdo, Long cayó en la cuenta de que esa fue la primera vez que oyó hablar del Necronomicón.

—Belknapius.

La chillona voz de Lovecraft lo devolvió a la realidad con un sobresalto.

—¿Qué?

—Everett no está.

Habían doblado a la derecha al llegar al primer piso. La escalera daba al recibidor. Detrás del mostrador, iluminada por una lámpara de mesa aún encendida, había una silla volcada. Ahora sí, se le erizó la piel y le recorrió la espalda un escalofrío que tenía poco en común con la placentera sensación de leer un cuento de terror acurrucado en el sillón de su casa. Su cabeza empezó a inundarse con todo tipo de imágenes escabrosas.

—Debe de estar fuera —murmuró Lovecraft—. Cuando ha caído el ladrillo ha salido precipitadamente, de ahí la silla tumbada. Ahora estará fumando o dando un trago de ese espantoso licor de patata que esconde vilmente en la pechera.

—¿Y si no? ¿Y si ha pasado algo? Si realmente el libro es falso, ¿por qué está en Colecciones Especiales? ¿Por qué restringen su acceso si es una falsificación? ¿Y si alguien nos ha visto? ¿Y si nos han seguido? ¿Y si lo que sea ya está aquí dentro? ¿Dónde están los obreros? Oh, Dios, Howard... ¿y si el libro tiene *guardianes*?

Se cubrió la boca con la mano. Sus vías respiratorias empezaban a bloquearse otra vez. La histeria y el asma jugaban un pulso en su pecho. En un instante, una de las dos ganaría y empezaría a gritar o a ahogarse.

Lovecraft colocó las manos sobre sus hombros.

—Belknapius. Respira. Tú mismo lo has dicho, esto es la vida real. Aquí el único peligro que hay es que nos descubran.

Long cerró los ojos e inspiró hondo. Tenía razón. Estaba permitiendo que una semilla de aprensión germinase en aquel terror irracional. Primero un hilo de aire, después un poco más. Le pareció increíble que le estuviera calmando el mismo hombre que hacía unos momentos había estado a punto de saltar del andamio en pleno ataque de pánico. Sin embargo, el miedo de Lovecraft no tenía nada que ver con lo sobrenatural. Lovecraft tenía miedo de enfrentarse a la vida, no a la muerte. Su racionalidad era más fuerte que sus incontables inseguridades. Se obligó a centrarse en su contacto, a usarlo como un ancla que le atase al mundo real. Empezó a serenarse.

—Estoy bien. Sigamos.

Pasaron junto a la silla y dejaron tras de sí el fantasma de lo que podría haberle sucedido a su ocupante. La puerta que daba al archivo estaba entreabierta. Lovecraft la empujó. La escalera bajaba hacia la oscuridad. Long tomó aire. La duda que había estado orbitando en sus pensamientos explotó como una burbuja.

—Howard, si el Necronomicón existe, creo que lo mejor es que me lo digas ahora.

—Por supuesto que no existe.

—Entonces no sé qué demonios estamos haciendo aquí.

—¡Esto ha sido idea tuya!

—¿Quieres bajar la voz? —Se recolocó las gafas—. Es solo que... Elizabeth Raskob dijo...

—Belknapius. —Lovecraft le giró la mano para que la linterna le iluminase el rostro—. El libro es invención mía. No es más que eso. Si alguien ha creído lo contrario, no puedo sino sentir lástima por él.

—Estamos persiguiendo fantasmas.

—Estamos infringiendo la ley. Eso es lo que estamos haciendo. —Dirigió la linterna a la escalera—. Ilumina el camino, por favor. Hay sitios más idóneos para romperse el cuello que la John Hay. Te sigo.

Long echó a andar escaleras abajo. Contó mentalmente los escalones. Uno, dos, tres... Llegar al último le costó menos trabajo de lo que pensaba. Echó un vistazo a ambos lados. El sótano podía tener las dimensiones de un campo de atletismo o de una buhardilla. Era imposible saberlo, su visión se reducía a aquel pequeño cono de luz. Las hileras de estanterías se sucedían hasta el infinito. Recorrerlas les llevaría la

noche entera. Quizá más.

—¿Qué hacen...? —preguntó, volviéndose, al tiempo que oía el chasquido de la puerta al cerrarse.

Lovecraft ya no estaba allí.

Su primer impulso fue echar a correr, pero un nudo de angustia en el pecho le paralizó. La linterna se escurrió de sus manos y cayó al suelo. Al instante, todos los terrores que podía haber imaginado despertaron, entidades malignas surgidas de todos los cuentos árabes, los *djinns* cuyos aullidos aterrorizan a los hombres que se duermen en el desierto, fauces venidas de dimensiones incomprensibles que goteaban una baba gélida sobre él.

No, no, no, no. Intentó entonar el mantra. No eres tú quien necesita aire, el aire sale de tus pulmones porque quiere. Se abandonó a las tinieblas, cerró los ojos con fuerza y se aferró al resto de sus sentidos. Eres hueco, no tienes control. Se concentró en el olor a polvo de las páginas. Déjate llevar. La tinta seca. Cálmate. El metal de los anaqueles. Respira. El estuco de las paredes. Vuelve a respirar.

El nudo empezó a aflojarse. Su mente se enfriaba. Aire. Se relajó. Aquello no era más que un sótano. Un sótano es una habitación, solo eso.

Se preguntó dónde estaba Howard. Con toda probabilidad se habría desmayado antes de bajar. Long conocía bien lo impresionable que era. Su delicado físico no...

Mentira. La palabra era un monstruo marino que emergía en su cabeza. Howard Phillips Lovecraft no tenía un físico delicado. Howard Phillips Lovecraft era un hombre de cuarenta y un años de constitución delgada, pero bien alimentado por su amantísima tía. Howard Phillips Lovecraft no había tenido que levantarse antes de las doce del mediodía desde que volvió de Nueva York hacía dos años. Howard Phillips Lovecraft mentía en su pose de frágil erudito. Una mentira venial, sin duda. Una afectación que adoptaba para excusar su espíritu diletante, su inseguridad y su falta de éxito en todo lo que se proponía. Y sin embargo, una mentira.

La pregunta se escurrió en la mente de Long de manera natural.

¿En qué más había mentido Howard Phillips Lovecraft?

Usted deposita su confianza en un terreno aún más inestable, había dicho Justin.

Long agarró la linterna.

La única prueba que tiene es la palabra de su amigo.

Se fue irguiendo poco a poco.

Nosotros, en cambio, tenemos pruebas materiales.

Solo había una manera de salir de dudas.

¿Y si fuera cierto, Frank? ¿No querría saber?

Tenía que encontrar Colecciones Especiales.

Saber qué hay en esas páginas. Qué escribió ese árabe loco.

Tenía que encontrar el Necronomicón.

Algo se movió entre las estanterías.

Long boqueó. Eso había sido real. Alguien, algo, había dado un paso detrás de una hilera de libros. La conciencia de no estar solo suprimió todos los horrores fantásticos en su cabeza para enfrentarle a uno muy concreto. Había alguien más en el sótano. La sangre empezó a dar cañonazos en su cabeza. Con los ojos desorbitados y la boca apretada, empezó a deslizarse hacia un lado. Se sorprendió a sí mismo al descubrir que no temblaba. Estaba aterrorizado, pero una calma inesperada ardía en su pecho como un fuego de hoguera. Tenía los músculos del cuello en tensión. Se sentía eléctrico.

Aquello, lo que fuera, volvió a moverse. Sintió el aire desplazarse. Pasos. Se maravilló de ser capaz de percibir semejantes detalles en aquella oscuridad de ataúd.

—¿Howard? —preguntó al aire negro.

No era Howard. La certeza le encogía el pecho, los genitales, el estómago. Howard se había esfumado, había desaparecido justo cuando esa cosa decidió salir de donde estuviese esperando. Long volvió a sentir sus pasos contra el linóleo del suelo. Se acercaba.

Echó a correr casi sin haber pensado conscientemente en hacerlo. Por eso se maldijo a sí mismo cuando se encontró sorteando un bosque de estanterías. Debería haber dado media vuelta y haber subido la escalera. Habría alcanzado la puerta principal en cinco segundos. Aquella cosa le seguía. Estaba detrás de él. Sus pasos resonaban. El sonido multiplicaba el número de sus perseguidores. Su corazón retumbaba. Obreros desaparecidos. Se golpeaba con las estanterías. Los libros caían a su paso. Las palabras no detenían sus pasos. Dobló a izquierda. A derecha. El sótano era el mundo. Tenía que salir. El ruido se acercaba. Guardianes, guardianes, guardianes. La linterna enloquecía a las sombras. Resoplaba. La oscuridad. No podía detenerse.

Se internó en un pasillo por el que creía haber pasado ya. Se equivocó. Chocó con algo bajo y metálico. Para cuando se dio cuenta de que era un carrito reponedor, estaba volando por los aires. Se apoyó en un anaquel y desparramó su contenido. Cayó al suelo. Intentó levantarse, pero más libros cayeron sobre su cabeza. Se protegió con los brazos. Lo sintió llegar. La fatalidad le agotó. Le había encontrado, le iba a devorar. Ahora el tentáculo se cerraría alrededor de su tobillo. La humedad, la cruda piel, el mórbido contacto de las ventosas. La mera idea bastaba para enloquecer. Una luz intensísima rasgó el aire y se clavó en sus ojos. Su perseguidor se agachó sobre él. Frank Long pensó en sus padres. Cerró los ojos.

Y volvió a abrirlos cuando las esposas se cerraron sobre sus muñecas.

Una voz quebrada y un aliento a alcohol le hicieron arrugar el rostro.

—¡Estate quieto, condenado ladronzuelo!

Long entornó la vista. Un hombre mayor con un uniforme demasiado ancho le

apuntaba con su propia linterna. Casi se echó a reír al leer el nombre en su chapa: Everett Johnson. Guardianes, por supuesto. Intentó darse la vuelta.

—Tranquilo, abuelo —dijo—. No voy a hacerle...

La luz osciló. Un brutal golpe en la mandíbula le devolvió al suelo.

—Así tratamos en Providence a los vándalos.

Qué le voy a decir a mi madre, pensó Frank Long mientras se hundía en la orilla plutoniana de la noche.

En el primer instante en que lo oigo, no soy capaz de identificar el sonido. Me vuelvo con una lentitud agónica, como en las pesadillas que hacen gritar a algunas personas en sueños. La idea de avisar a Belknapius antes de que desaparezca escalera abajo ni siquiera pasa por mi cabeza. Me giro hacia el mostrador principal, detrás del cual ha surgido el sonido que ha detenido mi descenso y me ha separado de Belknapius.

No puedo resistirme a la atracción casi hipnótica de ese murmullo. Empiezo a bordear el mostrador principal, acercándome a la fuente de ese ruido que, ahora sí, soy capaz de identificar. Me niego a creer lo que mis sentidos me dicen. No puede ser. La piel se me eriza como el lomo de un gato. Ahora que lo tengo cerca, ahora que estoy a punto de verlo, es imposible no reconocerlo: un rugido contenido. El truculento gruñido de un mastín a punto de lanzarse sobre su presa.

El pavor paraliza todos mis músculos. Es imposible. Y sin embargo lo veo ahí, plantado en mitad del recibidor de la biblioteca, frente a las puertas de la sala de lectura. Es un monstruoso perro negro, de aspecto descomunal y pendenciero. Es una bestia tan voluminosa como un búfalo, con los músculos en tensión y el cuello más grueso que la cabeza. Tiene la vista clavada en mí, dos penetrantes puntos verdosos que brillan de manera malsana en la oscuridad del recibidor. Una baba verde se escurre por las comisuras de su boca, demasiado estrecha para tantos dientes. Entonces comprendo, con la funesta certeza del marinero ante la tormenta que le matará, que este perro demoníaco ha venido a por mí.

Incomprensiblemente, empiezo a hablar con él.

—Yo solo vengo a buscar un libro.

El ladrido me levanta un palmo del suelo. Me inundo de terror. Soy incapaz de razonar más allá de mis sentidos. Doy media vuelta y echo a correr. El monstruo salta tras de mí. Me lanzo hacia la puerta principal, intento abrirla entre espasmos, pero no lo consigo. El picaporte está atrancado. Suelto un gemido, que es secundado por el gruñido del mastín. Me abalanzo sobre la escalera, al tiempo que la bestia se estrella contra la puerta principal. Vuelan las astillas en todas direcciones. Corro hacia arriba, resollando, incapaz siquiera de pedir auxilio, sabiendo que no me será concedido.

La luz de las farolas no llega a penetrar a través de las ventanas cubiertas por los andamios. Intento abrir la primera puerta que me sale al paso. Fracaso. Oigo el

ladrido del perro en el piso de abajo. Está subiendo con la tranquilidad de quien sabe que su objetivo está asegurado. No podré escapar, la fatalidad me golpea con la fuerza de un ariete. Voy a trompicones hacia otra puerta, solo para encontrarme otro picaporte que no gira. Golpeo la hoja con saña anímica pero con debilidad física. Ni siquiera consigo hacerla temblar. Apenas me queda aliento. Entonces cometo el error de mirar hacia atrás.

El mastín está en mitad del pasillo. Puedo verle con toda claridad, su silueta parapetada detrás del intenso resplandor verdoso que surge de sus ojos. Retrocedo, al mismo tiempo que la bestia echa a andar en mi dirección. Los músculos de su cuello se marcan, relucientes bajo la diabólica luz. Estoy temblando. El horror se adueña de mí, pero la inconsciencia no llega.

—Por favor —gimoteo, retrocediendo—. Solo vengo a buscar un libro. No quiero robarlo, por favor. Solo verlo. Por favor. Solo quiero ver el libro...

Mi espalda choca contra algo. Me giro sobresaltado, para encontrarme con la última puerta al final del pasillo. Bajo la luminiscencia que emite la bestia, leo el nombre de la placa: colecciones especiales.

Mis cejas se arquean. Mi mano baja hasta el pomo sin que medie ninguna orden por parte de mi cerebro. Apenas soy consciente de lo que hago, en cualquier momento la bestia caerá sobre mí y me devorará como a... como a...

La puerta se abre.

Miro hacia atrás.

El perro ha desaparecido.

Mi mandíbula tiembla. Me siento como un clavo golpeado repetidas veces por un martillo frío, frío como el entierro de mi madre. Todo está oscuro. No me refiero al pasillo. Empujo la puerta con los dedos.

Entro.

Everett Johnson saludó con la mano a Douglas y Herbert. Los dos policías se alejaron en el coche. En el asiento de atrás se arrebujaba el bulto del allanador. Sus gemidos se oían amortiguados. Había sido difícil introducirle en el coche, aquel malnacido estaba bien alimentado. Johnson meneó la cabeza. Un leve arrepentimiento le asaltó, pero lo ahogó enseguida el recuerdo de las caras de los dos agentes al ver que él solo había reducido a aquel muchachote de apenas treinta años. No podía esperar a contárselo por la mañana al señor Dexter. Así aprendería a hacer sugerencias malintencionadas, como la de adelantar su jubilación. Setenta y cinco años no eran nada.

Bueno, se dijo, te has merecido una recompensa por tu valentía. Echó mano al interior de la chaqueta. Sacó la pequeña petaca plateada, la destapó y se la llevó a los labios.

—Everett.

La voz a su espalda le hizo escupir el largo trago de licor que comenzaba a quemarle la garganta. Empezó a toser como un endemoniado. Se giró.

Howard Phillips Lovecraft estaba delante de la puerta principal. El sobrino de Lillian Clark y Annie Gamwell. El hijo de Susie Lovecraft. Le miraba con aire sereno, como si fuera la cosa más normal del mundo aparecer por la espalda de uno a las tantas de la noche. Y encima, saliendo de la biblioteca que se suponía que él tenía que vigilar.

Lovecraft esperó a que se le pasara el ataque de tos y, sin echar siquiera una mirada de soslayo a la petaca, levantó los brazos.

—Mi querido Everett, en virtud de los años de cordiales relaciones que han existido entre nuestras familias desde tiempos pretéritos, tengo que pedirte un favor.

Adagio para una docena de rosas de las caras

27 de agosto, 1931

Volvió en sí poco a poco. Mientras luchaba por controlar el mareo, hubo una conexión en su sistema nervioso y un rayo de dolor puro atravesó su mandíbula. Se incorporó, implorando no vomitar y seguro de que sus plegarias no serían atendidas.

Estaba tumbado sobre la que posiblemente fuera una de las diez camas más incómodas del estado. La celda presentaba una serenidad amenazante. Los barrotes eran gruesos como brazos de estibador, o así se le antojaban.

Mientras el resto de su cuerpo se despertaba, dos figuras aparecieron en el pasillo. Long manoteó buscando las gafas, las encontró tiradas a su lado y se las colocó. Intentó fijar la vista. La punzada intermitente del mentón desdibujaba las cosas. Le costó un esfuerzo considerable reconocer a Howard Lovecraft al otro lado de las rejas. Quiso sonreír, pero eso solo abrió nuevas puertas al dolor.

Junto al Abuelo, el policía de guardia abrió la puerta de la celda.

—Sabía que encontrarías la manera de sacarme de esta —farfulló Long.

Lovecraft le devolvió la sonrisa. Luego dio un paso adelante. La puerta se cerró a su espalda con un sonoro chasquido. Se sentó a su lado.

—¿Cómo... qué...? —empezó a preguntar Long.

—Es de suponer que una marea creciente de interrogantes se agolpa en este mismo instante en tu cabeza, Belknapius. Sin embargo, mi intuición me dice que lo que he de revelarte los relegará todos a la categoría de simples minucias.

—¿Qué...? —volvió a preguntar Long, mareado. Su cerebro amodorrado por el dolor no podía tolerar la verborrea de su amigo. Todavía no.

Lovecraft se volvió hacia él.

—Mi buen Belknapius, me parece que no estás en condiciones de asimilar una noticia de este calibre. Intenta descansar un poco. A la luz del día podré exponerte mis revelaciones, cuando tus innumbrables terrores queden desterrados a los oscuros rincones del espíritu.

—Howard. Es demasiado tarde para tus circunloquios. O demasiado temprano, no lo sé. Ahora mismo no puedo seguir tu ritmo. ¿Vas a decirme por qué desapareciste en la biblioteca?

—Yo mismo estoy convencido de tu falta de concentración momentánea, consecuencia comprensible de la hinchazón que se acentúa por momentos en tu barbilla. Es precisamente esa la razón de que prefiera aplazar el debate sobre mis recientes descubrimientos hasta que el bisturí de tu mente vuelva a estar tan afilado como de costumbre.

—Lo que tú digas. —Long se tumbó en la cama—. Espero que mañana puedas explicarme por qué me dejaste abandonado en el sótano.

Se volvió de cara a la pared, apretando los párpados, intentando que sus pensamientos discurrieran lejos del pinchazo en la mandíbula.

Lovecraft permaneció despierto, observando a su alrededor.

—¿Crees que avisarán a tía Lillian? —le preguntó a nadie en particular.

A la mañana siguiente, Long se masajeaba la cara, tumbado en la misma posición. El dolor no había cedido un ápice durante la noche. Aquel anciano debía de haber sido boxeador clandestino. Lovecraft dormía inquieto.

Otro policía de expresión bovina apareció en el pasillo. Empezó a golpear los barrotes con la porra. Los dos se enderezaron ante la escandalera, apenas espabilados. Para Long, la realidad había adquirido tintes de fotografía en sepia.

—Arriba, maleantes. Tenéis visita.

—¿Se trata de tía Lillian? —preguntó Lovecraft con voz aguda—. Rupert, no te creía capaz de semejante bajeza; molestar a una anciana por un asunto como este, que puede ser dirimido entre caballeros.

—No te preocupes, Howard. Tu tía debe de estar aún durmiendo. Pero seguro que se pasa por aquí en cuanto vea que su sobrino favorito no ha dormido en casa.

Se alejó con una risotada. Le oyeron hablar con alguien, pero no llegaron a entender lo que decían. Resonaron pasos en el corredor.

—Buenos días, caballeros.

Frank Long se quedó boquiabierto. Justin le sonreía tras las rejas. Era real y tangible, salido de su onírico encuentro en el Empire State Building. Su expresión de suficiencia casaba con el porte de su traje. Las mangas y el cuello alto ocultaban cualquier indicio de los tatuajes que Long había atisbado en su primera y última entrevista.

—Howard, este es el señor Justin...

Dejó que el nombre flotase en el aire, dando a entender que jamás había oído su apellido. Él no dio muestras de querer completar la frase.

—Es un placer, señor Lovecraft. Como ya le he explicado al agente Morris, estoy aquí en calidad de representante de los intereses de la señora Elizabeth Raskob. Dichos intereses necesitan tanto su colaboración como la del señor Long.

Lovecraft asintió, y clavó la vista en las puntas de sus zapatos con expresión ceñuda. Long le miró. Era de esperar que replicase con una larga perorata. ¿Dónde estaban todas las preguntas que Long debía haber formulado en el Empire State Building, tan bien señaladas por su amigo el día anterior?

—Por supuesto, su detención dificulta bastante esta tarea —prosiguió—. La señora Raskob ha accedido a correr con los gastos de la fianza a cambio de contar con su colaboración incondicional. Asimismo, la señora Raskob se encuentra en

posición de convencer a la administración de la Biblioteca John Hay para que no presente cargos en su contra, puesto que no han causado desperfectos mayores.

Lovecraft levantó la vista y volvió a asentir, aún en silencio.

—Por último, y a título personal, he podido convencer al agente Morris de que estas lamentables circunstancias no lleguen a oídos de su tía Lillian, señor Lovecraft. Ni a los de sus padres, señor Long. —El irlandés se columpió adelante y atrás sobre sus pies—. Por supuesto, todas estas condiciones están sujetas a que acepten colaborar con nosotros. Si no les interesa participar en esta empresa, podemos olvidar todo el asunto y dejarles aquí, expuestos al escarnio social y a una multa considerable.

Lovecraft se levantó. Compuso con dignidad las mangas de su camisa, se apretó la corbata y se acercó a Justin. Le miró en silencio unos instantes a través de los barrotes.

—¿Qué quiere exactamente de nosotros?

—Queremos que encuentren ese libro, señor Lovecraft. —Introdujo una mano abierta por entre los barrotes—. No podemos conseguirlo sin ustedes.

Lovecraft apretó los labios hasta reducirlos al tamaño de dos almendras aplastadas. Justin sostuvo su mirada con soltura, sin una nube de intimidación. No en vano era él quien estaba en el lado bueno de las rejas. Lovecraft estrechó la mano que el joven irlandés le tendía. La tensión en la celda se relajó.

—¿Qué quiere que hagamos?

—Empiecen por irse a casa y ducharse. Hagan la maleta, nos espera un viaje largo.

—¿Dónde vamos? —preguntó Frank Long, temiendo la respuesta.

—Más tarde recibirán instrucciones y conocerán al resto del equipo. ¿Alguna otra pregunta?

—Una —dijo Lovecraft—. ¿Cómo sabe que mi tía se llama Lillian?

—Es fácil —contestó él, caminando hacia la salida—. Soy adivino.

Lovecraft giró la llave en la cerradura.

—No hagas ruido —susurró—. Esperemos que tía Lillian no s...

Le interrumpió un grito desgarrador, apenas amortiguado por las paredes. Frank Long casi se subió en brazos de Lovecraft de un salto. Lo que más le desconcertó fue su cara de alivio.

—Hemos tenido suerte. Aún está durmiendo.

—¿Cómo que durmiendo? Parece que la estén despellejando.

—Siempre grita en sueños. No hay nada que se pueda hacer. Luego no recuerda nada, pero si se la despierta es peor. Vamos.

Long, cada vez más turbado, le siguió a hurtadillas hasta la cocina.

—Sugiero que te des una ducha y pongamos un poco de hielo en tu mandíbula...

—estaba diciendo Lovecraft cuando una voz le interrumpió.

—Howard.

Ambos se giraron, mucho más sobresaltados por aquel tono que por el grito de tía Lillian. En la puerta que unía la cocina con la salita había una mujer mayor. Era espigada como una hebra de trigo y mucho más aserrada. No había curvas en aquel cuerpo estricto y breve. Vetas de cabello blanco nadaban en una cabellera oscura de aspecto oleoso, estiradas cruelmente desde su sien hasta un moño reducido a su mínima expresión. Manos amargas cruzadas a la altura del pecho. Las agujas de sus ojos dolían.

En cuanto la vio, Lovecraft se envaró. Long hizo lo mismo. Había leído mucho acerca de aquella mujer en las cartas de su amigo. Sin embargo, tenerla delante era muy distinto a leer sobre el obsesivo y feroz amor que profesaba a su sobrino.

Annie Gamwell echó un vistazo de arriba abajo a los dos hombres, que de repente se sintieron dos niños pequeños atrapados en una travesura muy seria.

—¿Te das cuenta del susto que has hecho pasar a tía Lillian? —Su voz era la escoba con la que las brujas azotaban a los pasajeros del tren del terror—. He tenido que darle cinco tilas antes de que se durmiera, por no hablar del camino que he tenido que recorrer en mitad de la noche hasta aquí. En mitad de la noche, Howard.

Dio un paso adelante. Lovecraft retrocedió al instante, hasta que su espalda chocó contra la encimera de la cocina.

—¿Oyes esos gritos, Howard? —Dio otro paso más—. Tía Lillian está soñando contigo. Está viendo en sus sueños todas las cosas que podrían haberte pasado esta noche. Te está viendo morir ahogado, apuñalado en un callejón, contagiado de sífilis por alguna sucia inmigrante. Aunque imagino que a ti te da igual cuánto sufra tu tía; has estado de jerga con tu amigo y eso te basta.

Pasó al lado de Frank Long, prestándole la misma atención que le dedicaría a una bocanada de humo de tabaco. Como para reforzar las palabras de la mujer, otro aullido se dejó oír en alguna parte de la casa. Long se encogió.

—No tienes ni idea de lo preocupada que ha estado tía Lillian por ti. Pensaba que podías estar en compañía de extranjeros, sodomitas, delincuentes o, aún peor, católicos. —Estaba a menos de un paso de él—. ¿Te parece esa la actitud que se espera de un caballero? ¿Te parece que puedes preocupar así a tus seres queridos? ¿A quién más le importas? A tu familia, Howard. Tu familia.

Annie Gamwell se detuvo justo delante de su sobrino, tan cerca que Frank Long tuvo la absurda idea de que iba a lamerle el cuello.

—No habrás estado cerca de la casa del abuelo, ¿verdad? —Las palabras escapaban de sus labios tensos como cuerdas de piano—. Sabes que no es bueno para ti acercarte por allí. ¿Has estado trasteando en la calle Angell, Howard? Dímelo.

—No... —contestó Lovecraft con un hilo de voz.

Annie Gamwell sonrió. Alzó una mano. Lovecraft se encogió. Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, muy, muy lentamente. Por la expresión de Lovecraft, podría haber estado marcándole con un hierro al rojo.

—Mi pobre niño —susurró tía Annie—. Ya está, ya ha pasado. Estás en casa, con nosotras.

Se volvió hacia Frank Long, un movimiento de cobra que le sobresaltó como si le hubiese apuntado con un arma cargada.

—Le sugiero que vaya a comprar un ramo de rosas para mi hermana —dijo—. Será una manera adecuada de disculparse por secuestrar a nuestro sobrino. Hay una floristería en el cruce de la calle Hope y Bowen. Yo le prepararé un té a Howard para ayudarle a pasar la conmoción.

Long asintió. Salió a toda prisa de la cocina. Barría debajo de una alfombra mental la idea de contarles dónde habían pasado la noche. De hecho, se obligó a no pensar siquiera en ello. Tenía la impresión de que tía Annie oiría sus pensamientos como si los gritase a pleno pulmón.

Antes de salir, su voz de guillotina le hizo rechinar los oídos de nuevo.

—Y no se le ocurra comprar de las baratas.

El timbre sonó apenas dos horas más tarde. Long había tenido tiempo de llamar a sus padres y darse un baño. Olía bien, pero bajo el escrutinio telúrico de tía Annie le parecía que siempre apestaría a crimen. Volvían a estar en el estudio, sentados alrededor de un silencio denso y sucio como brea hirviendo. Una docena de rosas adornaba la mesita entre los sofás.

Lovecraft hizo amago de levantarse.

—No te muevas —ordenó tía Annie, y él volvió a incrustarse en el sillón—. Ya abro yo.

Los dos hombres permanecieron callados, sentados frente a sendas tazas de un té que empezaba a enfriarse. Long tragó saliva ruidosamente. A los pocos segundos, tía Annie apareció por la puerta. Exhibía una sonrisa radiante, casi inadecuada en su semblante de lápida. Justin entró detrás de ella, el sombrero en una mano y una pequeña caja de bombones en la otra.

—¡Howard! —canturreó tía Annie—. ¡No me habías dicho que habías conseguido un trabajo!

—Eh... —empezó a decir Lovecraft.

Justin se le adelantó:

—De hecho, aún no ha firmado el contrato. Ayer estuvimos enfrascados en negociaciones hasta muy tarde. Terminé obligando a su sobrino a aceptar una habitación en el hotel donde me hospedo, para que no tuviera que volver a casa a horas indecentes.

El rostro de la mujer se ensombreció en lo que tarda un terrón de azúcar en

disolverse.

—Hotel... —rumió—. ¿Insinúa acaso que nuestro Howard tendrá que dejar Providence para trasladarse a dondequiera que esté su empresa?

Justin ni siquiera parpadeó.

—En absoluto. Su sobrino será nuestro representante en Providence. Apenas tendrá que pasar las próximas semanas en un curso de formación en nuestras oficinas de Boston. No tenemos intención de robárselo, se lo aseguro. —Le dedicó a tía Annie una sonrisa radiante—. Es un duro negociador. Estamos muy contentos de tenerle con nosotros.

La expresión inquisidora de tía Annie volvió a relajarse.

—¡Oh, Howard! —Esta vez fue casi un grito, que sonó como uñas arañando una pizarra—. Estoy tan, tan contenta por ti.

—Gracias —murmuró él—. Aunque quizá no debería...

—Señorita Phillips —continuó Justin—. Si no le importa, me gustaría discutir un último par de detalles con su sobrino y el señor Long. Son tecnicismos aburridos que a usted seguro no le interesarán lo más mínimo.

—Señora. Señora Gamwell. Soy una mujer casada.

Long sintió un pinchazo de compasión por el marido de aquella mujer, fuera quien fuese. Lo que ignoraba era que Annie Gamwell había abandonado a su marido hacía años a causa de su alcoholismo. Si ella misma fue la causante de esa afición al alcohol es algo que nadie llegaría jamás a saber.

—Vaya. —De nuevo la sonrisa luminosa—. Eso sí que es una sorpresa. Habría jurado que estaría usted en sus últimos años de instituto.

—No sea zalamero, jovenzuelo. —Le dio un pequeño golpe en el brazo, con más deleite que acritud—. Les dejaré solos para que hablen de sus negocios. Si necesitan cualquier cosa, estaré en las habitaciones de mi hermana.

—Transmítale mis saludos y dele por favor esta pequeña muestra de cortesía —dijo el joven irlandés tendiéndole los bombones.

Su actitud adulatora se desvaneció en cuanto tía Annie cerró la puerta.

Se dejó caer pesadamente en uno de los sillones vacíos. Les sonrió. Entonces Long cayó en la cuenta de algo: aquel chico había embaucado a la policía para que les soltara y a la bruja de tía Annie para que liberase a su sobrino de su asfixiante zarpa.

—¿Cuántos años tiene usted, Justin?

Él se sopló un mechón pelirrojo de la frente, y de repente le pareció poco más que un niño.

—Tengo la suficiente edad como para convencer a la policía de que dos vándalos son inocentes como angelitos —aseveró, como si le hubiera leído la mente.

—Usted no es abogado, evidentemente —dijo Lovecraft.

Justin frunció el ceño, inspiró hondo y se echó el pelo hacia atrás con un gesto autoritario. Adelantó el mentón y le miró entornando los ojos. Parecía diez años mayor.

—No creo que sea necesario firmar ningún documento vinculante —dijo modulando la voz—. Bastará con apelar a su honor y su sentido de la responsabilidad para que vean que están en deuda conmigo, señores. Saldar esa deuda solo les supondrá ayudarnos a encontrar el Necronomicón.

—Ya lo hemos encontrado —anunció Long—. Está en la Biblioteca John Hay.

—No —interrumpió Lovecraft—. No lo está.

—¿Qué? —exclamó Long, y se tapó la boca con la mano, temeroso de que tía Annie volviese a entrar por la puerta.

—Lo siento enormemente, Belknapius. Pretendía comunicártelo ayer, pero estabas demasiado conmocionado como para entender la dimensión de mis palabras. Mientras tú te granjeabas ese moratón en el sótano, conseguí localizar Colecciones Especiales en el piso de arriba. Tal y como tú mismo me pediste ayer, te ahorraré los detalles engorrosos: el Necronomicón no está en la John Hay.

—Vaya...

—¿Decepcionado? —preguntó Justin—. Pensaba que ustedes no creían en el libro.

—No, claro que no —contestó Long—. Es solo que... había parecido tan real.

—Esto aún no ha terminado, señor Long. Hay más sitios donde buscar.

—Joven —intervino Lovecraft—. Si vamos a colaborar juntos en esta descabellada empresa, sería cuando menos lícito que nos hiciera partícipes de toda la información que posee, de manera que nos hallemos todos en igualdad de condiciones a la hora de llevar a buen puerto una gesta que, por otro lado, está condenada al fracaso más absoluto.

Justin parpadeó, intentando asimilar el torrente verbal de Lovecraft. Long se compadeció de él con una mueca divertida.

—Imagino que eso es un sí —dijo el irlandés.

—Bien puede dejar de imaginarlo y empezar a afirmarlo.

—Supongo que el señor Long le habrá contado ya nuestro encuentro en Nueva York.

—Sería una necesidad pensar lo contrario.

—Entonces queda poco por explicar.

—¿Qué le sucede a Elizabeth Raskob? —disparó Long, contento de tener su oportunidad.

—No me creería si se lo dijera —respondió él—. De todos modos, no creo que importe mucho para nuestra búsqueda, ¿no es cierto?

—No le falta razón —dijo Lovecraft—. Está bien. Ustedes quieren encontrar un

libro que no existe. ¿Por dónde sugiere empezar?

Justin se irguió. Long se percató de que adoptaba una postura característica, una pose. Se preparaba para actuar. Extrajo del bolsillo de la chaqueta las mismas hojas garabateadas que ya había leído en voz alta delante de Long. Carraspeó.

—«De los textos latinos hoy existentes, se sabe que uno se guarda en el Museo Británico bajo llave, y el otro se encuentra en la Bibliothèque Nationale de París. Hay una edición en la Biblioteca Widener de Harvard, y otra en la Biblioteca de la Universidad Miskatonic en Arkham. Otra hay también en la Universidad de Buenos Aires». Buenos Aires, París y Harvard están ya fuera de la lista. Si usted estuviera dispuesto a revelarnos dónde se encuentra Arkham...

—Arkham no existe —le interrumpió Lovecraft.

—Como quiera. Entonces tendremos que seguir la única pista posible —concluyó Justin—. Caballeros, nos vamos a Londres.

Lovecraft y Long se miraron, incrédulos.

—¿Realmente está dispuesto a cruzar todo el océano Atlántico por una mentira? —preguntó Long.

—A menos que su amigo entre en razón y nos diga dónde está el libro. No podemos amenazarles, señores, así que nos limitamos a pagarles un pasaje a Europa.

—Excelente idea —dijo de pronto Lovecraft. Long le miró—. Estoy deseando enfrascarme en la búsqueda del aberrante grimorio. ¿Cuándo partimos?

—Mañana por la noche. Tendremos que arreglar todo el papeleo, sus pasajes y pasaportes. Pero no se preocupen, nosotros nos encargaremos de todo.

—Pero, pero... —empezó Long.

Lovecraft se levantó.

—¿He de revelarles nuestro destino a mis tías?

—No sería prudente.

—Pero...

—¿Qué hay de mi correspondencia?

—Deje preparadas unas cuantas cartas. Sus tías podrán ir enviándolas cuando le parezca bien.

—Me gusta su manera de pensar, joven Justin.

—Pero —dijo Long por tercera vez—, ¿qué voy a decirles a mis padres?

—Diles la verdad, Belknapius. Nos vamos de vacaciones.

Se volvió hacia Justin.

—¿Nos dirá al menos de dónde ha sacado la copia de mi *Historia del Necronomicón*?

Le respondió la que quizá fuera la primera sonrisa sincera del irlandés.

—Le prometo que lo sabrá antes de subirse al avión.

Lovecraft estaba guardando el diminuto catalejo en el bolsillo interior de su

chaqueta en el momento en que Frank Long golpeó la puerta entreabierta con los nudillos.

—¿Pretendes descubrir estrellas en Inglaterra?

—Te lo he dicho, Belknapius. No voy a ninguna parte sin mis herramientas para observar.

La habitación estaba concienzudamente desordenada. Long sospechó que tía Lillian tenía prohibida la entrada al dormitorio de su sobrino. La cama parecía haber sido testigo de un combate de lucha grecorromana. El polvo que se acumulaba en las esquinas podía presumir de más abolengo que algunas familias ricas de Providence.

En un rincón de la habitación había una especie de mueble más alto que largo, cubierto con una sábana. Long se acercó a él y atisbó debajo de la tela.

—Te agradecería que dejases eso tal y como está —comentó Lovecraft sin mirarle, concentrado en clasificar minuciosamente la ropa que iba introduciendo en la maleta.

Long dejó caer la sábana de nuevo.

—¿Puedo tomar prestada una de tus maletas?

—Sería de mal gusto negarse a semejante petición, ¿no te parece?

—Una pena no disponer de más tiempo para volver a casa y traer mis propios trajes. Tendrás que dejarme también algunas mudas...

—Belknapius... —dijo Lovecraft, volviéndose hacia él—. Suéltalo ya. Aunque hayas podido inferir lo contrario basándote en el contenido de mi correspondencia, detesto a la gente que se anda por las ramas.

Long improvisó una mueca que quería ser una sonrisa sin conseguirlo.

—¿Por qué hacemos esto, Howard? ¿Por qué nos embarcamos en esta locura?

Lovecraft se detuvo mientras doblaba una camisa con sus iniciales grabadas en el pecho.

—¿Qué respuesta te satisfaría más, Belknapius? ¿Que soy un oportunista que aprovecha la única ocasión que tendrá en vida de visitar su tierra soñada? ¿O bien que soy un fracasado con demasiado tiempo libre y ningún tipo de habilidad para cualquier actividad productiva? Quizá prefieras pensar que me aprovecho de Justin y madame Raskob tanto como ellos esperan aprovecharse de nosotros.

Frank Long guardó silencio durante unos segundos en los que solo se movió el polvo rancio en el aire.

—No pretendía insultarte.

—No lo has hecho. Solo has puesto en evidencia la falta de moral que supone tomar parte en una empresa en la que ni creo ni creeré jamás.

—Discúlpame... —empezó a decir Long.

—¿Qué hay de ti, Belknapius? No estás en absoluto obligado a sumarte a esta descabellada empresa. Y al contrario que yo mismo, tú sí puedes aprovechar tu

tiempo. ¿Por qué quieres venir con nosotros?

Quiero comprobar si el Necronomicón es real. Quiero saber si me has mentido, y por qué. Quiero descubrir qué hay escrito en él. Quiero ser un personaje de novela. Sí, quiero ser un personaje en tu novela, Howard.

—Yo también quiero ver Inglaterra.

—Oh, mi buen Belknapius. —Lovecraft metió la última camisa en la maleta—. Para ser tan buen escritor, eres un mentiroso irremediablemente amateur.

Long desvió la vista. Justo entonces, una idea cayó en su mente como una gota en un océano.

—Howard —dijo—, si el Necronomicón no estaba en la John Hay, ¿cómo es que había una entrada en el cat...?

—Si me disculpas —interrumpió Lovecraft, cerrando de golpe la maleta—, tengo que comunicarles la nueva a mis tías. Hace rato que no oímos gritos, tía Lillian debe de estar despierta. —Se dirigió a la puerta—. Encima del armario tienes otra maleta de tamaño un poco más reducido. Puedes disponer de mi guardarropa como te plazca, aunque dudo que encuentres nada a tu gusto. Y, por favor, no me decepciones levantando esa sábana cuando me haya ido.

Las tablas de madera resonaron mientras se dirigía al otro lado del primer piso. Long jamás habría pensado que haría algo parecido, pero las dentelladas de la curiosidad fueron irresistibles. O quizá quiso castigar a Lovecraft por su ruda sinceridad. Se acercó a la sábana que cubría el mueble y la levantó. Al mismo tiempo que una expresión de sorpresa asomaba a su rostro, la voz de Lovecraft llegó hasta él filtrada por las paredes.

—Queridas mías, tenemos que hablar.

Treinta y seis horas después, Lovecraft, Long y Justin recorrían la galería principal del Aeródromo de Boston. Frank Long intentaba no dejar atrás su maleta mientras ayudaba a Lovecraft con la suya. Sus pasos resonaban en la nave vacía. Justin caminaba rápido, obligándoles a seguirle casi al trote. Los dos jadeaban.

—¿Cómo ha conseguido un pasaje en un vuelo transoceánico con tan poca antelación? —La voz de Long reverberó en las alturas.

—A los Raskob les deben muchos favores, créame.

Lovecraft y Long abrieron los ojos desmesuradamente nada más salir a la pista de aterrizaje. El avión que debía llevarles a Londres era una máquina gigantesca, en la que cabrían más de setenta hombres. Seis monstruosos motores a hélice se alineaban sobre sus alas.

—Un carromato celestial rescatado de una mitología olvidada —se relamió un sonriente Lovecraft.

—Les prometí respuestas —dijo Justin—. Ahí está la primera.

Al pie de la pista, junto al impresionante aparato, les esperaba un hombre también

cargado con varias maletas. En el momento en que lo vieron estaba encendiendo un cigarrillo, ignorando las protestas alarmadas del controlador de pista. Era un tipo robusto, de pecho ancho y mandíbula de centurión. Cuando las hélices empezaron a girar, se agarró el sombrero para no perderlo. Su sonrisa se ensanchó al ver a los tres hombres correr hacia el avión.

—No puedo creerlo —dijo Long.

—Señores —gritó Justin, para hacerse oír por encima del estruendo del motor—, supongo que ya conocen a Robert Erwin Howard.

—Solo por las fotos que hemos intercambiado por correo —dijo Lovecraft, tendiendo la mano—. Mi querido Bob Dos Pistolas, es un placer conocerte por fin.

—Howard Phillips Lovecraft. —Un marcado acento tejano embarraba sus palabras. Estrechó la mano de Lovecraft y la de Long en un apretón brutal que sin embargo contenía un sincero afecto—. Y Frank Belknap Long. Jamás pensé que llegaríamos a encontrarnos en persona.

—No te fíes de tus ojos, Bob —respondió Lovecraft—. Esto podría ser un sueño.

—¡Tendremos tiempo de conversar durante el vuelo! —exclamó Justin—. ¡Nos espera un largo camino hasta Londres! ¡Subamos!

—¡No me lo perdería por nada del mundo! —respondió Lovecraft, subiendo sus maletas por la escalerilla.

Frank Long subió tras él, empujando su propia maleta medio vacía. Por alguna razón, le vino a la cabeza la sábana en el cuarto de Howard Phillips Lovecraft y lo que descansaba debajo de ella. Antes de entrar en la cabina, echó un último vistazo a la tierra que dejaban atrás. Sonrió.

Probablemente nunca habría subido a aquel avión de haber sabido que no todos volverían vivos.

INTERLUDIO

Dos motivos

Como todas las mañanas, el tranvía estaba repleto. Tuvo que dejar pasar dos de ellos hasta atreverse a entrar. Durante todo el viaje, sintió la mirada de un hombre reptando sobre ella. Habría cambiado de lugar, pero era casi imposible moverse entre tanta gente. Los ojos del tipo bajaban y volvían a subir, deteniéndose brevemente en ciertos lugares. Ella intentó centrar su atención en la ventana. No lo consiguió. El tranvía avanzaba como si estuviese enterrado en barro seco.

Se bajó en Oxford Circus. La avenida estaba atestada a pesar de la temprana hora. Empezó a dar brazadas en medio de la marea humana, avanzando posiciones dentro del caudal de trabajadores de camino a sus puestos. Todo el mundo parecía malhumorado, como si el resto de los transeúntes tuviera la culpa de quién sabía qué afrenta. Torció en Old Bond. Era una calle secundaria que apenas empezaba a cobrar importancia gracias a los joyeros que recientemente habían emplazado allí sus negocios. El flujo humano era mucho menor. Se apoyó en una pared y respiró hondo. No quería estar ahí. La sensación era tan fuerte que sintió ganas de gritar a pleno pulmón, hasta ensordecer a la gente que se esforzaba por ignorarla al pasar a su lado. No quería estar ahí, pero no tenía una alternativa mejor. Aquel lugar era tan bueno como cualquier otro. O tan malo. Una inoportuna desazón empezó a hervir en su estómago. Subió hasta sus ojos y se detuvo justo antes de convertirse en lágrimas. No tenía otro sitio adonde ir. Ya no. Su hija Florence seguía en Estados Unidos. No recordaba la última vez que habían hablado. Florence ya no era una niña, no necesitaba a su madre. Nadie la necesitaba.

Al menos, le dijo una voz aguda salida de ninguna parte, has encontrado trabajo, querida.

Era cierto. Y no era un mal trabajo. Se obligó a caminar calle abajo. Estaba empezando de nuevo. Solo había tardado dos años.

Pero a tu edad, querida, dos años suponen la diferencia entre la última oportunidad de un matrimonio feliz y una casa llena de gatos.

El guardia de la puerta la saludó con un movimiento de cabeza. Sus ojos imitaron el recorrido de los del hombre en el tranvía. Le dedicó un insulto mental y comprobó que el último botón de su blusa estuviese abrochado. Todo estaba en su sitio. En el recibidor principal, hombres vestidos con monos sucios cargaban cajas de aspecto pesado de aquí para allá. Ellos también te están mirando, querida.

Lanzó lejos de sí aquella insoportable voz y subió la escalera.

—Buenos días —saludó al entrar en la oficina. Arrugó el ceño al ver que el

escritorio frente al suyo estaba vacío—. ¿Colin sigue sin dar señales de vida?

De sus dos compañeros de despacho, uno alzó la cabeza y le mostró una sonrisa cándida. Abrió la boca para saludarla, y en su rostro apareció la expresión de desconcierto de un actor que olvida su siguiente frase en plena actuación. Bajó la vista tras hacerle un ademán sonrojado y pueril. El otro ni siquiera apartó la vista de la máquina de escribir. Dio una calada a su cigarrillo, ignorando su pregunta, y murmuró:

—Te está esperando en su despacho.

Ella asintió. Ya estaba allí. La iban a despedir por incompetente, por perezosa, por su falta de compromiso con la empresa, por cualquier razón que se les ocurriese. Dejó su chaqueta sobre la silla. Dos pares de manos hacían restallar teclas a diferentes velocidades, marcando el ritmo de su despedida. Suspiró. Fue a recibir la noticia.

Llamó con los nudillos. Al otro lado se dejó oír un gruñido de pantera. Lo interpretó como un asentimiento y entró. Una mujer entrada en los cincuenta le clavaba la vista tras una titánica mesa repleta de fajos de documentos, libros de cuentas y listines. Era menuda y robusta, vestía un traje marrón que no se permitía la frivolidad de un simple adorno. Tenía el pelo castaño recogido en un curioso moño en la parte superior de la cabeza. La boca parecía demasiado pequeña para la anchura de su cara, pero quizá se debía a que se había acostumbrado a apretar los labios desde que estaba en aquel puesto.

—Siéntate, Sonia.

Obedeció. Las paredes estaban cubiertas con estanterías de libros en los que el polvo no se atrevía a posarse. Sobre la mesa, un busto de Atenea le escrutaba con la misma frialdad que su jefa.

—¿Quería verme, señora Brügger?

—Solo necesito mirar a través de las cristaleras para verte, Sonia. Lo que quiero es hablar contigo.

Sonia no movió ni un músculo de la cara. Maike Brügger era famosa por su brusquedad, sus malos modales y su absoluta eficiencia. Por lo que había oído, se había escapado de Alemania en 1915 por algún motivo oscuro. Había atravesado Europa a pie en lo más cruento de la guerra, en medio de trincheras, obuses y cadáveres envenenados por el gas mostaza. Con dinero proveniente de Dios sabía dónde, había tomado un barco rumbo a Inglaterra desde la costa francesa. Seis años después estaba al frente del Departamento de Adquisiciones de Sotheby's. Desde entonces había demostrado con creces su talento tanto para dirigir el departamento como para poner en evidencia a todos los socios de rancio abolengo que se opusieron a tener una mujer en un cargo de importancia. También había conseguido tener carta blanca para contratar a su propio equipo. En pocas palabras, Maike Brügger había dejado claro que el día en que abandonase su puesto sería un mal día para la empresa.

El secreto de su éxito, pensaba Sonia con tristeza, era tanto la meticulosidad con la que llevaba a cabo su trabajo como un comportamiento más masculino que el de sus competidores. Aquella mujer cerraba en pocos segundos transacciones de cientos e incluso miles de libras.

Decidió no dejarse intimidar. O al menos intentarlo.

—Usted dirá.

—Yo diré lo que me venga en gana, y tú vas a contestar. —Ella asintió—. ¿Cuánto llevas trabajando en Sotheby's?

—Dentro de cinco días hará cuatro meses.

—¿Y por qué crees que te contratamos?

Sonia lo pensó un instante.

—Supongo que hay dos motivos. El primero es que soy extranjera. Aunque nací en Ucrania, he vivido casi toda mi vida en América. Muchas de las obras que nos llegan proceden de colecciones estadounidenses. Es un buen detalle que traten con alguien con su mismo acento.

—¿Y el segundo motivo?

—El segundo es que, como usted, soy mujer, he sido empresaria y sé valerme por mí misma.

Maike se echó hacia atrás. El cuero de su asiento crujió en aprobación.

—¿Te gusta lo que haces aquí, Sonia?

Ella asintió.

—Creo que es un trabajo excelente, señora Brüggen.

—¿Y por qué cada vez que te veo me parece que estás deseando saltar por la ventana?

Sonia vaciló un instante. No valía la pena mentir ni cambiar de tema.

—Asuntos personales.

—¿Casada?

—Divorciada.

—Comprendo. —Sonia ignoraba en qué dirección iba aquel interrogatorio, pero no se atrevió a interrumpirlo—. Uno termina pagando las locuras que hace de joven, ¿verdad?

Sonia mantuvo un silencio empeinado. Al final decidió que Maike Brüggen no quería insultarla. Solo ignoraba con qué motivo la estaba sondeando.

—Hace mucho que no soy joven.

—¿Te arrepientes, Sonia?

Ella arrugó el ceño.

—Creo que no es asunto suyo.

—Y yo creo que te has equivocado de país. Esto es Inglaterra. Aquí nos limpiamos nuestro aristocrático culo con el sufragio universal y los derechos de los

trabajadores. El papel que firmaste con nosotros prueba que tu vida me pertenece. Así que más vale que me respondas a la pregunta.

—No —dijo, apretando las manos sobre el regazo—. No me arrepiento.

—Ya veo. Scotland Yard ha llamado esta mañana temprano. Seguramente tú ni te habías lavado la cara, pero por suerte yo ya estaba aquí para contestar. Colin ha sido declarado oficialmente desaparecido.

—Oh —fue su único comentario.

Hacia al menos una semana que Colin Chalmers no aparecía por la oficina. Después de muchas llamadas sin respuesta, la misma Maike Brüggén se había presentado en su casa, con el genio hinchado y la lengua cargada de veneno. Había tenido que tragárselo al comprobar que Chalmers no estaba. No tenía familia, así que tuvo que encargarse ella misma de denunciar su desaparición a Scotland Yard. Gracias a las maravillas de la burocracia, había pasado otra semana antes de que la policía se decidiera a actuar. Quién sabía cuánto tardarían en encontrarle, por no hablar de en qué estado.

—Esperaba una reacción más palpable por tu parte.

—Creo que es una tragedia. Si le ha pasado algo...

—Si le ha pasado algo tenemos un problema —cortó Maike Brüggén—. Y si no le ha pasado, el problema lo tiene él, porque va a tener que buscarse un trabajo nuevo. En cualquier caso, ahora que es seguro que no podemos contar con él, voy a darte el encargo del Museo Británico.

Eso la dejó pasmada. Tuvo que respirar hondo tres veces antes de poder decir:

—¿A mí?

—A ti. Colin nos ha dejado con los calzones al aire. Faltan cinco días y aún nos quedan libros por comprobar. Vamos a endosarle a Francis Hill todos los inclasificables y los que llevan meses acumulando polvo en el sótano. Más vale que te pongas a verificarlos enseguida. Olvídate de lo que Colin ya haya tratado. Scotland Yard ha accedido a traer los libros que tenía en casa, deben de estar encima de su mesa. Empieza por esos. No quiero falsificaciones ni libros robados. Habla con todos los donantes, ya conoces el procedimiento. —Sonia asentía, anonadada—. Aún no me he decidido, pero depende de cómo te manejes, puede que te deje dirigir el espectáculo.

No supo qué decir. Boqueó antes de murmurar:

—Gracias.

—No me des las gracias. Ya te he dicho que aún no me he decidido. Ponte a trabajar y ya veremos.

Ella asintió. Antes de salir del despacho sostuvo la puerta.

—¿Por qué hace esto? —preguntó—. ¿Por qué yo?

Maike Brüggén encendió un cigarro y le dedicó una sonrisa de tiburón.

—Supongo que hay dos motivos.

El escritorio de Colin parecía todo menos ordenado. Había notas, cuadernos garabateados, incontables lápices mordisqueados, dos plumas y al menos cinco botes de tinta abiertos y resecos. Había incluso una piel de plátano encima de un trozo de papel. Sonia la tiró a la basura con disgusto, preguntándose por qué nadie se había tomado la molestia de limpiar aquello.

Sobre el asiento había una enorme caja de cartón con el membrete de Scotland Yard. Mientras forcejeaba por cortar los múltiples cordeles de la caja, Rodney se acercó a la mesa.

—Enhorabuena, Sonia.

—Dios santo, Rodney —dijo ella, sin dejar de cortar—. ¿Cómo te has enterado tan rápido?

—Nos lo ha dicho esta mañana al entrar. —Harold no se molestó en ocultar su descontento—. Es incapaz de contener un chisme, incluso si le atañe a ella. Típico.

—¿Típico de quién, señorito? —Sonia le clavó una mirada furibunda, pero Harold se limitó a seguir tecleando—. Imbécil.

—No le hagas caso, Sonia —tartamudeó Rodney—. Me alegro mucho por ti. En poco tiempo serás la jefa.

—No digas eso, Rodney. Además, no es seguro.

Vio que Rodney titubeaba. Era capaz de orinarse encima si seguía mirándole a los ojos. Se concentró en la condenada caja y en el cierre que debía de haber ideado un verdadero genio del mal.

—¿Querías decirme algo más, Rodney?

—No, claro que no. —Hizo ademán de dar media vuelta, pero se detuvo—. Es decir, sí. Bueno, a lo mejor. Yo...

—¡Oh, por el amor de Dios! —Harold levantó las manos al cielo—. Rodney quiere cenar contigo esta noche para celebrar que ahora eres la niña bonita de la jefa. —Se volvió hacia él—. ¿Ves qué fácil?

—¡Harold! —exclamó Rodney, pero miró de reojo a Sonia.

—Oh, Dios mío —murmuró ella, tapándose la boca con las manos.

—Bueno, no tiene por qué ser esta noche —aventuró Rodney, la voz tomada—. Es decir, no tiene por qué ser nunca, si no quieres. Comprendo que no te apetezca, quiero decir, que no tienes que...

Sonia no le escuchaba. Había conseguido abrir la caja y observaba con fijeza el primero de los libros en su interior.

—¿Qué... qué te pasa? —preguntó Rodney. En un arranque de valor, le rozó el hombro con los dedos.

Sonia dio un grito.

El taxi les dejó en Pond Square, en Highgate. La noche del verano londinense

conjuraba gotas de sudor en la nuca. Soplabla una brisa mezquina.

—¿Estás seguro de que podrás coger otro taxi a esta hora? —preguntó Sonia—. Son más de las nueve.

—Sí, no te preocupes —dijo Rodney—. No me sentiría bien si no te acompañase hasta la puerta de tu casa.

—Oh, Rodney. —Le dio un golpecito en el brazo—. Eres todo un caballero.

—Gracias.

Caminaron en silencio por Bacon's Lane hasta la entrada de la casa. Las farolas apenas iluminaban los árboles retorcidos en medio de la plaza. Ella, sin embargo, se sentía segura. Se detuvieron un segundo frente a la puerta mientras buscaba las llaves en su bolso. Se sentía un tanto achispada, cortesía del señor Merlot.

—Sonia... —empezó Rodney—. Siento mucho, es decir, lamento la escena de Harold esta mañana. Está celoso.

—Bueno, no tiene por qué estarlo. Seguro que pronto le...

—Dios, qué guapa eres —dijo él. Bajó la vista enseguida, como si le hubieran pillado eructando en la iglesia.

Cuando volvió a levantarla, ella sonreía.

—Rodney, eres muy buen chico. Pero tengo cuarenta y seis años. Estoy divorciada. Tengo una hija. Ya no estoy en edad para citas. Deberías buscarte a alguien más joven.

—¿Quieres decir a alguien aburrido?

Sonia volvió a sonreír, esa sonrisa franca y abierta que, la vida se lo había enseñado, seducía a cierto tipo de hombres más que un conjunto atrevido o toneladas de rímel en los ojos. Sabía que no podía esperar a que él tomase la iniciativa. Se inclinó hacia delante y le besó. Casi al instante, las manos de Rodney aterrizaron torpemente sobre sus pechos. Una lengua ansiosa se introdujo en su boca.

—Rodney —dijo—. Rodney. ¡Rodney!

El bofetón resonó en la calle vacía. Varias cortinas se corrieron al unísono. Sonia estuvo segura de que medio vecindario estaría parapetado tras ellas, esperando el desenlace de la escena.

—Estupendo. Me acabas de convertir en la zorra del barrio. Muchas gracias.

—Lo siento. Yo... nunca he hecho esto antes.

Ella resopló. Se pasó una mano por los labios, aún impregnados de la saliva de él.

—Búscate otra chica y aprende un poco, Rodney. Yo me he cansado de dar clases.

Dio media vuelta y entró en la casa, sin esperar más despedida por su parte. Cerró la puerta y se apoyó contra ella. Aquel estúpido chico. Maldito estúpido chico. Tenía que llegar con su timidez, su encanto retraído y sus balbuceos y obligarla a pensar. A recordar. Cómo se atrevía. Cómo osaba empujarla de cabeza a unos días que estaban ya cerrados, que no podían volver.

Y que continuaban llamando por la noche a su ventana.

Echó a andar hacia el salón, pero se detuvo. Encendió la luz del recibidor. Y la de la salita. Siguió encendiendo todas las luces que encontró.

Allí estaba. Descansando sobre la mesa, las tapas cerradas, indiferente como un ídolo que se ha hartado de hacer milagros. Sonia se acercó a él. Se abrazaba a sí misma. Sentía frío, la luz no la reconfortaba.

El título en la cubierta se leía sin dificultad. Estaba grabado en trazos bastos, torpes.

Necronomicón.

Alargó una mano para tocarlo, pero el silencio en el salón se lo impidió. Se dio media vuelta y subió la escalera hasta su cuarto casi a la carrera. Supo que no dormiría esa noche.

No apagó ni una luz.

SEGUNDA PARTE

TRES DÍAS

Cuando estaba escribiendo *Pan y La novela del polvo blanco*, no creía que pudiesen ocurrir cosas tan extrañas en la vida real, ni siquiera que alguna vez hubiesen ocurrido. Desde entonces, y hasta hace muy poco, he tenido ciertas experiencias en mi propia vida que han cambiado totalmente mis puntos de vista sobre el particular. De ahora en adelante estoy absolutamente convencido de que nada es imposible en esta Tierra.

Carta de Arthur Machen a su traductor francés, monsieur Toulet.

—¡Debería estar en un museo!
—Y usted también.

De la película *Indiana Jones y la última cruzada*.

Hermanos en Cthulhu

31 de agosto, 1931

La noche se apretaba contra las ventanas. El Atlántico dejaba jirones de luna entre las olas. Habían dejado atrás las Azores, pero aún les quedaban varias horas de vuelo. Uno no llegaba a acostumbrarse nunca al ruido de los motores. Lovecraft intentaba encontrar la postura más cómoda; estirado cuan largo era ocupaba tres asientos. Long entornaba los ojos, esperando que el gesto bastase para que Robert Howard entendiese que necesitaban dormir. Echaba de menos la cama de la cárcel.

—Así que tenemos a Kull atrapado —estaba diciendo el tejano—. Está atado al poste, sin armas y sin fuerzas. La poción de Thulsa Doom le ha envenenado. Su amigo Brule le ha traicionado. El ritual ha dado comienzo y Kull va a morir.

—¿Y qué sucede entonces?

Justin, inclinado sobre el asiento delante de él, parecía el único interesado en seguir la narración. Un espectador era lo único que Robert Howard necesitaba.

—En ese momento, ¡se libera de las ataduras! Thulsa Doom retrocede espantado. Kull alza los brazos y recita él mismo el resto del ritual. El espíritu elemental entra en su cuerpo, pero, en contra de lo que pensaba Thulsa Doom, lo que hace es restituirle su fuerza. Entonces...

—Pero ¿no estaba atado y drogado? —preguntó Frank Long desde las profundidades de su asiento, sin siquiera abrir los ojos—. ¿Cómo va a romper las cuerdas?

El tejano sonrió.

—Eso es lo endiabladamente bueno de la historia: ¡Brule no le había traicionado! —exhibió una sonrisa radiante—. Era todo un truco. Consiguió pasarle su cuchillo cuando compartieron celda juntos. Kull lo ocultó y así consiguió cortar las cuerdas.

—Se me antoja una solución tan inopinada como efectiva, mi querido Bob —dijo la voz de Lovecraft—. El típico material idóneo para el refinado gusto de Fansworth Wright. Mis más sinceras felicitaciones. Propongo que celebremos la feliz conclusión con unas horas de sueño.

—Demonios, Howard, estoy tan emocionado que no podría dormir ni una condenada hora. ¿Vosotros no?

—¿Tienes que usar siempre ese lenguaje? —preguntó Long.

El tejano se encogió de hombros.

—Es como hablamos en mi tierra, Frank.

Long guardó silencio, molesto. Robert Howard siguió explicando el final apoteósico de su nueva historia. Kull se dedicaba a acabar metódicamente con todos

sus enemigos. En las últimas horas, el tejano había ido intercalando la narración con pequeños comentarios que explicaban cómo había llegado hasta allí. Se habían enterado de que Elizabeth Raskob le había enviado a él también una copia de la ficha de biblioteca. Cuando el tejano se interesó por su contenido, la viuda le ofreció una considerable suma de dinero a cambio de su colaboración. Raskob sabía que su presencia sería una gran baza para avivar el interés de Lovecraft. Robert Howard, siempre ansioso de aventuras que luego convertía en cuentos fantásticos, había aceptado sin pensarlo. Long podía imaginar que de aquel viaje nacería una historia del cansino bárbaro Kull. Sintió un apunte de envidia por la prolijidad de su colega. Robert E. Howard podía tejer un relato con gancho en tres días, mientras que en su calendario se descolgaban las semanas con la mirada perdida en el temido horizonte del folio en blanco. Dios, tenía tanto sueño que empezaba a expresarse como Howard Lovecraft.

—... así que le dije: «Amigo, si usted es un pastor presbiteriano, yo soy un bote de mostaza de Dijon». —Estalló en carcajadas que nadie secundó—. ¡Maldita sea! ¿Qué me decís de vosotros?

—¿Qué te parece como sugerencia guardar un poco de silencio? —Lovecraft volvió a girar sobre sí mismo, incapaz de aguantar más de dos minutos en la misma postura—. Un caballero jamás debería viajar en otra cosa que no fuera un carruaje.

—Tonterías —respondió Robert Howard—. Tenemos muchísimo que contarnos. Lovecraft suspiró y se irguió.

—Justin —llamó—. Al parecer, los dioses no tienen a bien otorgarnos el reposo del guerrero durante las próximas horas. Este podría ser un buen momento para que nos respondiera a un par de preguntas. Me gustaría profundizar en la medida de lo posible en las raíces de las que se nutre el cerezo de nuestra peculiar odisea.

Justin le miró sin comprender. Pobre, pensó Long, aún no se había acostumbrado a la verborrea de su amigo. Le quedaba mucho por sufrir.

—¿Por qué hacen esto, Justin? —Se notaba que Lovecraft había hecho un esfuerzo por reducir el número de palabras en su pregunta.

—¿A qué se refiere?

—El Necronomicón —aclaró Long—. ¿Por qué lo buscan? ¿No cree que Beth estaría mejor dedicando su tiempo y su dinero a otras cosas?

—Es más complicado de lo que parece, señor Long. Me llevaría mucho tiempo explicárselo todo.

—Ahora mismo nos sobra tiempo.

Justin asintió. Long tuvo la súbita certeza de que lo próximo que saldría de sus labios sería una mentira.

—Beth es una mujer enamorada —dijo, tan bajo que Long tuvo que esforzarse por entenderlo. Lovecraft también acercó la oreja.

—¿Enamorada? —exclamó Robert Howard, haciendo gala de un oído privilegiado—. ¿De quién?

—De su marido. Beth está tan enamorada del difunto señor Raskob que quiere cumplir sus deseos más allá de la muerte.

—¿Y qué tiene que ver eso con el Necronomicón? —insistió el tejano.

—John Raskob tenía la ficha la noche en que murió.

Frank Long se incorporó y rebuscó en su chaqueta. Con todas las emociones de su incursión en la John Hay casi la había olvidado. La sacó y la sostuvo en alto. Todos la contemplaron como si de repente hubiese cobrado un sentido más siniestro.

ALHAZRED, ABDUL.
NECRONOMICÓN.
AARHUM, 1228
WORM, OLE (TR.)
516 P., IL., FOL.
GRABADOS EN MADERA, ENC., TABLAS,
TAM. FOL. 62 CM., BUEN ESTADO. EX LIBRIS
520, 225, 482, 173, 800, 160, 454

—Encontraron esa ficha entre los restos del incendio —les explicó el irlandés.

—¿Qué estaba haciendo Raskob esa noche en el Empire State? —preguntó Robert Howard—. ¿Por qué no estaba en su casa, con su mujer?

Justin se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Esa ficha es lo único que tenemos. Y encima, es un misterio en sí misma. Como usted bien dijo, señor Long, no tiene membrete. Luego están los números.

—¿Qué pasa con los números? —quiso saber Frank Long—. Es el sistema de catalogación Dewey, ustedes lo dijeron.

—Lo es, lo es. Pero no tienen ningún sentido. Las materias asociadas a esos números son de lo más variopinto: lógica, astronomía, ética... No tienen nada que ver con el Necronomicón en sí.

—¿Acaso no es eso una señal más de que la ficha es falsa? —insistió Frank Long. Buscó apoyo en Lovecraft, pero su amigo miraba a través de la ventana, de repente muy pálido—. ¿Estás bien, Howard?

—Estoy bien.

Justin espantó la preocupación de la mente de Frank Long al continuar explicando:

—Sea como sea, Beth está convencida de que el Necronomicón tiene algo que ver con el incendio y con que su marido estuviese allí cuando empezó. Está dispuesta a averiguarlo. Cuando uno tiene tanto dinero y tan poco futuro, puede hacer lo que le venga en gana. Se convierte en Dios.

—No blasfeme, amigo —le advirtió Robert Howard.

—Dispuestas de este modo las fichas en el tablero, sería pertinente que nos desvelase la máscara que la siempre cruel Melpómene le ha otorgado a usted en el ensayo de esta dionisiaca tragedia —dijo Lovecraft.

—¿Disculpe?

—¿Qué pinta usted en todo esto? —tradujo Frank Long.

Justin pareció turbado. Su titubeo solo sirvió para que los otros tres le observasen con más atención. Se abrió un poco el cuello de la camisa. Frank Long pudo entrever de nuevo el tatuaje que asomaba por debajo.

—Estoy asistiendo a la señora Raskob en la búsqueda.

—Me resulta difícil asimilar la idea de que alguien perteneciente a su estrato social se mezcle en los asuntos de potentadas familias de rancio abolengo y clase elevada.

—Quiere decir que... —empezó Long.

—Le he entendido, no soy idiota. Sí, puede que sea un pobre diablo, pero tengo algo que otros no tienen.

—¿Y qué es ese algo? —preguntó Robert Howard.

—Ustedes no me creerían aunque se lo dijese.

—Pónganos a prueba.

Justin frunció los labios.

—John Raskob le ha pedido a su esposa que encuentre el libro.

—¿Se lo pidió antes de morir?

—No —respondió él—. Después.

Todos se quedaron callados. Lovecraft compuso una expresión exasperada. Robert Howard vio en la cara de sus dos colegas que no sabían cómo abordar la siguiente pregunta. Decidió hacerlo él mismo.

—Vamos a ver, Justin. Explíquenos qué demonios significa eso.

—Usted ya lo sabe, señor Howard —contestó él, visiblemente incómodo—. Adelante, puede atreverse a decirlo en voz alta. Percepción extrasensorial. Mesmerismo. Comunicación con los muertos.

—Por todos los candados de la bicicleta de Houdini —exclamó Lovecraft—. ¿Te convences ahora, Belknapius? Compartimos el viaje con uno de esos excelsos privilegiados que pueden cruzar a nado las oscuras aguas del ponzoñoso Estigia. Este es el tipo de gente que os ha convencido a todos de la existencia del ignominioso grimorio.

—No nos ha convencido de nada —se defendió Long—. Justin, no creerá en serio que es usted capaz de comunicarse con los muertos.

—Preferiría dejar de hablar de ello.

—Excelente —continuó Lovecraft—. Nos proporciona una explicación increíble

para luego hacerse el ofendido por nuestra incredulidad, de modo que nosotros somos los estirados racionalistas y él tiene la excusa idónea para no responder. Me descubro ante la brillantez de su estratagema. Os recuerdo a ambos que esta tierna criatura ha engañado a la policía, por no hablar de tía Annie.

—Howard, por favor. Estoy totalmente de acuerdo contigo en cuanto a la poca credibilidad de esos fenómenos. Pero creo que al menos podemos conceder a Justin la oportunidad de explicarse.

—Váyanse los dos al diablo. No tengo que justificarme ante nadie. A ustedes les dan igual mis... nuestras razones. Usted, señor Lovecraft, solo quiere demostrar que tiene razón y el libro no existe. Y a usted, señor Long, solo le interesa...

—¿Qué? —preguntó él, al ver que la expresión del irlandés cambiaba—. ¿Qué me interesa a mí?

—Dejad en paz al chico —intervino Robert Howard—. Tiene sus razones, igual que todos nosotros. Poco importa que esté en lo cierto o no. Lo importante es que estamos aquí.

—Admitirás, empero, que la gesta está abocada al mayor de los fracasos si el objetivo no existe —dijo Lovecraft.

El tejano se encogió de hombros.

—Yo personalmente creo que el Necronomicón es real.

—Lamento decirte, mi querido Bob, que has caído en el mayor de los errores.

—Entonces ¿por qué estás aquí, Howard? Si tan convencido estás, ¿qué haces viajando al otro lado del mundo civilizado? ¿Qué estás buscando?

Lovecraft le devolvió la mirada. Luego se echó el sombrero sobre los ojos y volvió a reclinarsse.

—Será mejor que durmamos un poco.

Robert Howard arrugó el ceño. Lovecraft se desentendió.

—Tiene razón —terció Frank Long—. Intentemos descansar. No puede quedarnos mucho.

Se equivocaba.

Aterrizaron en el Aeródromo de Croydon después de otras dos paradas. Estaban rebozados en sudor, con pocas horas de sueño y dolores de cuello. El avión aterrizó con un golpe brusco que inflamó aún más el agotamiento que ya les ardía tras los ojos. Se asomaron a las ventanas, con un sabor de saliva amarga en la boca y el semblante ensombrecido por una barba trasnochada.

Al otro lado estaba Inglaterra.

El tiempo en Londres se ajustaba a todo lo que habían oído y leído en su vida. Un mucílago de nubes grises se extendía hasta donde abarcaba la vista. El avión las había atravesado como un cuchillo que se hunde en una almohada. El sol no había caído sobre aquella tierra en días, semanas o quizá más. El soplo de un Atlántico muy

diferente al que conocían se coló en la cabina en cuanto se abrieron las puertas, llevando consigo el secreto de los albatros que sobrevuelan la tierra con la lluvia enterrada en los huesos.

—¿Hemos traído paraguas? —preguntó Lovecraft.

Robert Howard se fijó en su cabeza despeinada después de varias horas intentando dormir y ahogó una risotada.

—No le vendrá mal un poco de tónico natural para ese pelo —dijo Justin, hablando por primera vez después de su discusión.

Bajaron cargando como podían con las maletas. Justin era el único que llevaba un petate de marino, funcional y cómodo. También fue el primero que se quedó parado justo al pie de la escalera al ver lo que les esperaba en la pista.

Entre ellos y Londres había una hilera de cinco coches negros. Junto a cada coche, un par de caballeros con gabardina y sombrero. La lluvia les había calado, pero ellos no se inmutaban. Tenían aspecto de haber estado esperando mucho tiempo en la misma posición. Se acercaron, como si fueran un club de enterradores dispuestos a tomarles medidas.

—Gracias a Azathot, hemos llegado —exclamó Lovecraft en cuanto pisó tierra—. ¿Qué sucede?

—Tenemos problemas —susurró Justin.

—Quizá mi amiga *Ronnie* pueda solucionarlos. —Robert Howard abrió levemente el chaleco. Dentro asomaba la culata blanca de un revólver.

—Eso es una muy mala idea —dijo uno de ellos en un acento difícil. Hizo un gesto a los demás, que imitaron a Robert Howard y les enseñaron otras tantas armas—. Nosotros tenemos más diez como esa.

—¿Quiere probar lo rápido que soy con este juguete? —preguntó el tejano, dando un paso adelante.

Nueve revólveres le apuntaron al corazón antes de que flexionara el codo.

—Maldición —dijo, tendiendo la pistola con dos dedos al más próximo de ellos.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó Justin.

—Hablamos con Howard Phillips Lovecraft. —Unas abruptas inflexiones extranjeras manchaban cada una de sus palabras.

—¿Conmigo? —preguntó Lovecraft, perplejo. Justin y Long le propinaron sendos codazos—. ¡Ay!

—Somos servicio transporte. Lo escoltamos hasta Londres. Mejor sin problemas.

—¿Qué está pasando? —inquirió Long, levantando las manos a pesar de que nadie le había pedido que lo hiciera—. ¿Adónde se lo llevan?

El irlandés negó con la cabeza.

—No lo sé.

Long contempló con impotencia cómo empujaban a Lovecraft dentro del

vehículo, en el asiento delantero. Se le encogió el corazón cuando el hombre sentado detrás de él le cubrió la cabeza con una bolsa de tela negra. Los coches se alejaron, dejándoles a los tres con su equipaje en mitad de la pista de aterrizaje.

—¿Qué demonios hacemos ahora? —preguntó Robert Howard.

—Buena pregunta —respondió Justin—. No sé ustedes, pero yo necesito una ducha.

—Ashcombe —dijo Sonia—. Arsenius Ashcombe.

—Vaya nombre. —Rodney miró alrededor por enésima vez—. ¿Podemos darnos prisa? Whitechapel me pone nervioso.

—Whitechapel pone nervioso a todo el mundo, Rodney. Y va a seguir haciéndolo durante mucho tiempo, a no ser que empecemos a olvidarnos de tantos prejuicios.

—¿Cómo puede uno olvidarse? —preguntó él, sin disimular un escalofrío—. Mírales. Son como animales.

Señaló con el mentón a un par de tipos malencarados que venían en su dirección. Su expresión alucinada y la ristra de dientes picados y renegridos no ayudaba a que parecieran inofensivos. Sonia meneó la cabeza; había visto demasiado miedo disfrazado de odio para entrar en ese juego.

Los dos tipos pasaron a su lado. Conversaban en un inglés cerrado, casi imposible de entender. Rodney se pegó a ella. Bastó una mirada helada para que retrocediera un par de pasos.

—Sonia —dijo—. Con respecto al otro día... yo...

—Es por aquí. Vamos. Cuanto antes hablemos con él, antes nos iremos.

Sonia tuvo que admitir que Whitechapel no era un sitio tranquilizador. Sentía los ojos de la gente desde las ventanas, en las esquinas, en las puertas de las casas. Las cabezas se giraban al cruzarse con ellos, los postigos se cerraban, las persianas se corrían. Los parques estaban desiertos, la brisa mecía columpios vacíos bajo el cielo encapotado. Las rejas de las vallas parecían más afiladas. O quizá solo le daba esa impresión.

Apenas había podido dormir en los últimos tres días. Cada noche había tenido pesadillas, de las cuales no recordaba más que el eco de una presión en el pecho. La primera noche despertó en el suelo, forcejeando con la almohada. Había apretado tanto los dientes que la mandíbula le dolió todo el día. La noche siguiente, unas manos húmedas y frías se cerraron sobre su garganta. Eran sus propias manos. No pudo arrancarse la repugnante sensación hasta que la claridad entró en el cuarto. Por fin, la noche anterior había abierto los ojos para descubrir que estaba sentada a la mesa del salón, delante del libro. Apoyaba las manos sobre la cubierta cerrada. En ese momento había querido gritar, pero lo único que había salido de su pecho había sido un gáñido ahogado y lastimero, como el de un perro ante el cadáver de su amo.

Lo había estado posponiendo dos días, evitando el momento en que tendría que

enfrentarse a la realidad: había una copia del Necronomicón en su casa. Y entre los papeles de Colin estaba el nombre y la dirección del donante.

—Arsenius Ashcombe —repitió, leyendo en voz alta el nombre en el buzón—. Hemos llegado.

Por alguna razón, Sonia había esperado una mansión victoriana, de ventanas alargadas y cristales ennegrecidos, una terrible construcción oscura y maligna. Algo salido de un mal sueño de Nathaniel Hawthorne, con gabletes retorcidos en el tejado, chapiteles y goznes chirriantes. El tipo de casa que habría entusiasmado a Howard. La realidad era otra. Arsenius Ashcombe vivía en un anodino edificio de tres plantas comido por la suciedad y el hollín. De una ventana cercana salía una música extraña, trombones y trompetas tocados de un modo que parecía indicar que los músicos estaban bebidos. Se cruzaron con una señora pelirroja, embarazada y mal vestida, que portaba un bulto del tamaño de un bebé entre los brazos. Les dedicó una mirada de soslayo y siguió caminando. Whitechapel.

—¿Te importa esperarme aquí?

Por toda respuesta, Rodney la miró alarmado.

—¿Solo?

—No te va a pasar nada. Tengo que hacerle las preguntas de siempre a este hombre, y no quiero que se sienta amenazado si te ve.

—¿Tengo aspecto amenazador? —preguntó él, con una auténtica preocupación en la voz que casi hizo que Sonia se echase a reír.

—Tienes toda la razón del mundo. Vamos. Yo te protegeré de los malvados destripadores de Whitechapel.

—Eso no ha tenido gracia.

Subieron la escalera hasta el último piso. Las paredes cubiertas de chorretones ocres parecían estrecharse a medida que ascendían. Se detuvieron delante de la puerta.

—¿Quieres que hable yo?

—Prefiero que no vuelvas a hablar hasta que te lo diga. —Sonia llamó enérgicamente con los nudillos.

Algo se movió al otro lado de la puerta.

—¿Señor Ashcombe? —preguntó Sonia en voz alta—. Venimos de Sotheby's. Silencio.

—Necesitamos hacerle unas preguntas sobre su donación. Es un procedimiento rutinario.

Silencio. Sonia y Rodney se miraron.

—Señor Ashcombe, sé que está usted ahí. Siento molestarle, pero tenemos que comprobar que el libro no es una falsificación.

—Lárguense de aquí —dijo una voz rasposa y débil—. Ya le dije a Chalmers todo

lo que necesitaba saber.

Sonia apretó los labios. No sabía que Colin hubiera estado ya ahí. Se preguntó por qué no había hecho ninguna anotación al respecto.

—El señor Chalmers ha desaparecido.

Volvieron a pasar unos segundos de calma marina. Nada se movió en el rellano.

—Deberíamos irnos —sugirió Rodney.

En ese momento sonaron varios chasquidos y la puerta se abrió. Los dos retrocedieron un paso ante el olor que surgía del interior. A Sonia le faltaban adjetivos y le sobraban náuseas para describirlo. Supo de inmediato que no quería entrar ahí.

Tras la puerta había una figura encapuchada, de pie en mitad de la oscuridad del recibidor. Era imposible verle la cara, medio oculta en sombras. Cuando habló, lo hizo con una voz apagada, enferma.

—Chalmers ha muerto.

—No, no —se apresuró a decir Sonia—. No sabemos dónde está. Pero seguro que no le ha pasado nada. Es solo que...

—Usted ha visto el libro. Y el libro la ha visto a usted. Pase. No toque nada.

Dio media vuelta y se internó en las sombras, dejando la puerta entreabierta. Rodney negó inmediatamente con la cabeza, dando un paso atrás. Sonia se asomó al interior. Tragó saliva.

—Quédate aquí, Rodney. Si no he salido en...

—¿Estás loca? No pienso dejar que entres ahí.

Eso fue todo lo que necesitaba. Sus dudas se esfumaron.

—Tú no puedes impedirme nada. Te vas a quedar aquí. Voy a dejar la puerta abierta. Si oyes algo raro, entra a buscarme. Coge lo más contundente que encuentres y úsalo como arma.

—¿De qué diantres estás hablando?

Ella ya se había zambullido en la oscuridad.

El olor era peor dentro de la casa. Mucho peor. Sonia se cubrió la boca y la nariz con un pañuelo. No sirvió de mucho. A pesar de ser media mañana, había muy poca luz en el interior. Apenas se distinguían los contornos de los muebles. Había formas que podrían ser bolsas amontonadas, pilas de basura o pequeños seres agazapados esperando a que pasase a su lado.

—Entre, por favor.

Sonia siguió la voz. Le lloraban los ojos. Apartó de su cabeza la idea de que podía estar contrayendo cientos de enfermedades en ese mismo momento. El corredor terminaba en un salón no demasiado amplio, igualmente repleto de extraños bultos. Había unas ventanas enormes, que le habrían dado una fantástica luz de no ser porque estaban corridas hasta abajo y tapadas con listones de madera clavados torpemente. Sonia tragó saliva. Los tablones estaban repletos de clavos de los que colgaban

rosarios, estampas de santos, catedrales en miniatura y demás parafernalia cristiana.

—Lamento que tenga que verme en este estado. Imagino que no querrá sentarse.

Él mismo estaba sentado en un sofá de una pieza en mitad del salón. En la penumbra reinante, Sonia comprobó que lo que usaba para cubrirse la cabeza era un albornoz de ducha. Seguía siendo imposible verle el rostro.

—Yo solo quería hacerle unas preguntas.

Unas manos enguantadas se cruzaron ante aquel rostro en sombras.

—Mire esto. Mire a su alrededor. No me queda mucho de vida. Todo es culpa del Necronomicón. —Se inclinó hacia ella—. ¿Está usted preparada para creer en cosas imposibles?

—Sí —mintió—. Cuéntemelo todo.

Si la preocupación por Lovecraft no hubiera acaparado toda su atención, habrían podido admirar el lujo del Hotel Regent. Estaba situado a pocas manzanas de la calle que le daba nombre. Las ventanas de la habitación que debían haber ocupado Lovecraft y Long daban a Russel Square. Llegaban hasta ellos los chillidos de los niños ricos, que jugaban en el parquecito bajo la lluvia entre los hipidos sincopados de sus niñeras. Justin estaba tumbado en una de las camas, las manos tras la nuca y la vista clavada en el techo. Abría y cerraba una pequeña navaja roja de aspecto poco amenazador. Long apoyaba el mentón en los nudillos, sentado en su propia cama. Robert Howard fumaba en la ventana y echaba al interior bocanadas balleneras de humo. Todos estaban perdidos en sus pensamientos.

La maleta de Lovecraft permanecía en medio de la habitación, sin abrir. El fantasma de lo que le había sucedido les acusaba por su inutilidad.

—Bien —dijo el tejano—, seré yo quien lo pregunte: ¿quiénes eran esos tipos?

El irlandés volvió en sí. Les miró como si, de repente, no les reconociera ni supiese qué estaba haciendo allí. Guardó la navaja en el bolsillo del pantalón con un gesto medio avergonzado.

—Ni idea —se apresuró a contestar.

—Deberíamos ir a la policía —sugirió Long.

—¿Y contarles que han secuestrado a nuestro amigo y a nosotros no? No sabrían siquiera por dónde empezar a buscar.

—No sabemos si le han secuestrado —arguyó Long—. A lo mejor...

—¿A lo mejor, qué? Se lo han llevado a punta de pistola, Frank. ¿Crees que le iban a llevar de compras a Picadilly Circus?

—Pero ¿por qué iba nadie a secuestrar a Howard Lovecraft?

—Está claro —dijo Robert Howard—. Por el Necronomicón.

Puede ser que Frank Long se quedara sin argumentos, o que sencillamente se negase a contestar a aquello. Al final, tras unos segundos dijo:

—Eso es imposible.

—Pues es lo que ha pasado. Nos estaban esperando diez hombres armados en el aeropuerto. ¿De verdad crees que ha sido un simple atraco?

—Pero el Necronomicón no existe.

—Solo es necesario que exista gente convencida de que sí.

Lo dijo mirando a Justin. Si el irlandés iba a añadir algo, jamás llegó a hacerlo, porque sonaron golpes en la puerta.

Robert Howard echó mano dentro del chaleco y sacó un revólver, lo cual solo sirvió para que Frank Long abriera los ojos desmesuradamente y cayera sentado en su propia cama.

—¿No te habían quitado la pistola esos tipos?

—Oh, esa era *Ronnie* —aclaró el tejano—. Te presento a *Molly*.

—¿Qué vas a hacer con esa cosa?

—¿Tú qué crees? A lo mejor el comité de bienvenida ha vuelto para llevarse la maleta de Howard.

—Guarde eso, por el amor de Dios —dijo Justin. Se detuvo ante la puerta—. ¿Quién es?

—Supongo que no me creerá si le digo que soy el servicio de habitaciones. —Se oyó una voz cavernosa detrás de la puerta—. Abra, por favor. Tengo que hablar con ustedes, señores.

El irlandés se volvió hacia ellos dos. Frank Long no supo reaccionar. Robert Howard apretó la pistola y asintió.

Justin abrió la puerta.

Al otro lado había un hombre grueso, de largos cabellos blancos. Estaba más cercano a los setenta que a los sesenta. Vestía elegantemente, aunque tenía el semblante congestionado del obeso que sufre con el mínimo ejercicio físico. Manos engarzadas por los pulgares en un chaleco apretado sobre el prominente vientre. Mostraba una expresión cordial aunque cansada.

—Buenas tardes.

—¿Qué demonios quiere? —preguntó Robert Howard desde el interior de la habitación, escondiendo el revólver a la espalda.

—Quisiera hablar con el señor Howard Phillips Lovecraft.

Los dos escritores se pusieron en tensión. Justin desveló su sonrisa más falsa y se hizo a un lado.

—Por supuesto —dijo—, pase.

Cerró la puerta. Long le estudió desde la cama, retrocediendo como si hubiese entrado esgrimiendo un hacha. El recién llegado se plantó en mitad de la habitación.

—¿Quién de ustedes es Howard Phillips Lovecraft?

No llegó a preguntar nada más. Se detuvo al encontrarse mirando el cañón de un revólver de bajo calibre.

—Registradle —ordenó Robert Howard—. Justin.

—Está claro que escribe usted cuentos de acción. —El irlandés sacó una cartera del bolsillo de la chaqueta del hombre y empezó a inspeccionarla.

—No creo que encuentre mi partida de nacimiento ahí, joven —bromeó el anciano—. Mi nombre es Arthur Llewellyn Jones.

—Oh, Dios mío. —El tejano dio un respingo—. ¿Es usted?

Long se irguió.

—¿De verdad es usted?

—Así es.

—¿Qué sucede? —preguntó Justin.

—Devuélvale la cartera, Justin. —Robert Howard bajó el arma. El hombre se relajó visiblemente—. Dispénsenos, señor.

—No se preocupen.

—¿Cómo que no se preocupen? —exclamó el irlandés—. ¿Quién es este hombre? ¿Cómo es que le conocen?

—Tranquilícese, Justin —dijo Frank Long—. Este hombre es Arthur Machen. Es el padre de la novela de terror moderna.

Arthur Machen soltó una risa de árbol hueco, potente aunque amortiguada.

—Eso es lo que yo llamo una exageración, mi querido amigo.

—Ha escrito algunos de los relatos más escalofriantes de la historia —siguió Long, la voz temblorosa—. *El Gran Dios Pan, La novela del polvo blanco, El sello negro...* Sus obras han sido una enorme fuente de inspiración para mí, señor Machen.

—Y para mí —se apresuró a afirmar Robert Howard.

—Se lo agradezco mucho —dijo él, dirigiéndose a Frank Long—. Imagino que es usted el señor Lovecraft, ¿me equivoco?

—Sí, se equivoca —intervino Justin—. ¿Por qué busca a Lovecraft?

—Verán, caballeros —se dirigía a los dos escritores—. Tenía intención de invitar al señor Lovecraft a tomar un té. Represento a una organización muy interesada en conocerle.

—No serán los masones...

Arthur Machen volvió a reír como un ogro bonachón.

—No, no. Hace años que he abandonado mis coqueteos con ellos. Digamos que es algo diferente.

—¿Y cómo sabía que Lovecraft estaba en Londres? —insistió Justin—. Es más, ¿cómo sabía que estábamos en esta habitación?

—Joven, si lee usted mis libros, se dará cuenta de que hay hechos que rebasan todo tipo de explicación racional...

—Al cuerno —dijo Justin—. Dispárale, Howard.

Arthur Machen se volvió hacia Robert Howard.

—Ah —exclamó—. Howard Phillips Lovecraft. Por fin nos conocemos. He de admitir que le imaginaba mayor.

—No, no —dijo el tejano, con una risita vacilante—. En realidad yo no soy...

El revólver del tejano apareció en la mano de Justin como por arte de magia. El irlandés no tuvo reparos en volver a apuntar a la cabeza del orondo escritor.

—Está bien, amigo. Si usted no quiere respondernos, nos va a llevar hasta esa organización. A lo mejor allí sus jefes se muestran más comprensivos cuando hablen con el señor Lovecraft.

Pronunció el nombre señalando con el cañón a Robert Howard. Este le lanzó una mirada interrogativa. Justin le mandó callar con un gesto.

—No tengo ningún inconveniente —dijo Machen—. Tengo un coche abajo.

—Y yo tengo sus llaves —dijo Justin, hurgando en su bolsillo.

El vuelo de estas alimañas descarnadas de la noche nos hace atravesar los más horribles lugares. Atrapado entre las garras del engendro, contemplo ciudades retorcidas y sacrílegas, aberrantes valles llenos de formas de vida que nunca debieron existir, desiertos bullendo de criaturas cuya sola visión basta para hacer que mi cordura se tambalee. Las zarpas del monstruo me sueltan, y justo cuando creo que he llegado al final de mi existencia, otra de las bestias aladas vuelve a atraparme, agarrándome por el estómago. Las demás alimañas celebran la maniobra con una salva de demoníacos gorjeos que recuerdan a la risa de una siniestra viuda llena de innombrables secretos. Pero el abrazo de mi nuevo captor solo dura unos instantes, puesto que enseguida vuelve a lanzarme por el aire. Caigo y pataleo como un niño indefenso, solo para ser atrapado por otra de las criaturas. Se pasan mi cuerpo entre tres de ellas, mientras las demás repican con su cháchara fantasmagórica.

La visión de las ciudades a nuestros pies desaparece, los enclaves de entidades heréticas se van haciendo cada vez más escasos, hasta que la tierra vuelve a ser inundada por el erial negro. A continuación veo la montaña helada. A lo lejos, su masiva figura se eleva frente a nosotros. Los engendros lanzan una nueva salva de aullidos. Entonces lo sé. Sé que en aquel lugar me espera un destino peor que la muerte, peor que la peor de las más elaboradas torturas. Sé que aquella inconmensurable masa ártica alberga el secreto de mi propia destrucción, la erradicación total de todo lo que he sido y jamás seré, y que nada, nada en absoluto, podrá prepararme para el horror que me espera entre sus escarpadas cumbres. Y es en ese preciso instante cuando levantó la vista hacia la criatura. El horror absoluto de reconocer un rostro perteneciente a mi pasado donde antes no había más que negrura solo puede compararse a la sensación que experimento cuando me suelta y caigo, caigo, caigo.

Alguien le estaba sacudiendo con brusquedad. Oyó su nombre, pero no lo

reconoció. Alguna parte de su mente le dijo un secreto y le suplicó que lo recordase. No podía. No quería. No se atrevía. Entonces sonó una orden.

—Despierte.

Obedeció antes de saber que lo estaba haciendo. Le dolía el cuello. No podía ver. Sintió un fugaz ataque de pánico, hasta que apartaron el embozo que le cubría el rostro.

Sacudió la cabeza, desorientado. Tenía náuseas, y una presión extraña en los oídos. Algo desdibujaba el contorno de las cosas. Apenas había luz. Volvió a oír su nombre. El sueño seguía aleteando frente a sus ojos. Se había quedado dormido, ahora se daba cuenta. Miró a un lado y a otro, confundido. Estaba sentado en una silla. No, no era una silla. Un asiento. Era un asiento de coche. La puerta a su izquierda se abrió y dejó pasar un enjambre de manos que le agarraron de la chaqueta y tiraron de él hacia fuera. Entonces su cerebro volvió a ponerse en marcha.

Estaba en Londres.

No. Estaba en un callejón de Londres. Desde allí, la Madre Patria se veía radicalmente distinta a la imagen que traía consigo desde Providence. Una lluvia de aspecto y textura antinatural bañaba su rostro. El mundo parecía haber perdido los colores. Paredes con ladrillos sobresalientes se cernían sobre ellos como monstruos de tamaño inconcebible. Un riachuelo de un líquido ocre corría entre sus pies en dirección a una alcantarilla desbordada. Había cajas desvencijadas apoyadas contra las paredes de las que salía un olor hediondo. La sensación de maravilla que había sentido durante todo el viaje se desvaneció ante el hedor mestizo del aire. Estaba en un estercolero.

No tuvo un instante para preguntarse adónde había ido a parar la gloria del Imperio, porque se encontró con una pistola apuntando a su ojo izquierdo.

—Oh —alcanzó a decir, por primera vez totalmente consciente de que no estaba solo.

Los caballeros que le acompañaban vestían lo más parecido a un uniforme militar sin serlo. Abrigos largos idénticos, sombreros calados hasta la línea de las cejas, un negro riguroso que se contagiaba de su ropa a su semblante. Incluso las facciones se parecían, las mandíbulas de yunque, los labios estrictos, los pómulos marciales. Le miraban con balas en los ojos. Lovecraft ignoraba qué había hecho para enfadarles tanto. Si lo hubiera sabido, no habría dudado en disculparse.

La pistola señaló en una dirección. Frente a ellos había una puerta que no casaba con el estilo del edificio, casi como si la hubieran incrustado en él a martillazos. Junto a ella se apiñaban listones de madera carcomida, envoltorios de alimentos desconocidos, papeles de periódico que lloraban tinta, torres hechas de cajas chorreantes de óxido. La puerta empezó a abrirse. La pistola insistió. La idea de resistirse cruzó su cabeza. La atrapó y la dejó caer en el montón de basura que era la

calle.

Entró.

Manos cerradas sobre sus antebrazos. Le sujetaban. Una lámpara bailaba en algún lugar del techo. El resto pertenecía al imperio de la oscuridad, que magnificaba las dimensiones del lugar y lo llenaba de amenazas. Todo exudaba una peste invasora, homicida, un hedor a entrañas en descomposición mal disimulado con una insultante colonia varonil. Mareaba. Se abrió paso a punta de lanza por su nariz, hasta llegar a su estómago y revolver todo lo que encontró a su paso. Le costó controlar las arcadas. Tuvo la sensación de que aquel lugar se usaba para almacenar todo el pescado podrido de Inglaterra con algún propósito oscuro.

Bajo la luz de la lámpara, a pocos metros de ellos, se abría el negro bostezo de un foso. Era un círculo irregular escarbado en el suelo, de unos cinco metros de diámetro y unos dos de profundidad. Tragó saliva. En el foso había dos hombres. Uno de ellos estaba tumbado sobre un preocupante charco rojo con pinta de seguir aún caliente. El otro estaba de pie, en mitad del foso, contemplándole como si no tuviera nada mejor que hacer. La lluvia arañaba como un gato extraviado las ventanas ocultas en algún punto en la oscuridad.

La pistola señaló educadamente al foso. Lovecraft no tuvo más remedio que acercarse. La luz le hizo daño en los ojos. El hombre en el foso le dedicó la misma mirada que seguramente reservaba a las moscas que aparecían en su sopa. Le hizo un gesto. Lovecraft tragó saliva.

—No puedo bajar ahí —dijo—. Me voy a caer.

La pistola se sumó a la petición del hombre. Varias más la secundaron. No tuvo más remedio que intentar deslizarse por la sucia pared. Resbaló, se enredó con sus propias piernas y terminó cayendo al suelo. El barro del fondo le recibió como un padre. Resonaron risas desganadas. El dolor de la caída no era nada comparado con la humillación.

Se levantó como pudo, intentando no resbalar. Ahora tenía al hombre frente a frente. Sintió que su boca se arrugaba involuntariamente de puro asco. Abajo el olor era peor, porque estaba teñido de humanidad, de sangre, excrementos y fluidos. El hombre se le acercó. Lovecraft retrocedió, chapoteando en el barro y la sangre del desdichado que creyó poder ganar una pelea contra él. Se le antojó inútil intentar describir lo repugnante de su aspecto, lo cerril de su abultado cuerpo, la frente bulbosa, la piel blancuzca y malsana cubierta de un sudor que, le pareció, debía de tener una temperatura glacial. Sus ojos saltones, demasiado grandes para la cara, le daban aspecto de besugo embutido en unos calzones manchados de secreciones. Si poseía una musculatura privilegiada, estaba oculta por ingentes cantidades de grasa repartidas irregularmente por su cuerpo. Sus pechos colgaban temblorosos sobre un vientre de ídolo hambriento de sacrificios. No tenía un solo pelo en el cuerpo, apenas

una pelusa enfermiza cubriendo las cejas. Los goterones de sangre que caían de sus puños desnudos tatuaban códigos alienígenas en el barro.

El bruto mostró una sonrisa pánfila, repleta de dientes grasientos, grandes y romos como pernos de una máquina antediluviana. Lovecraft cayó en la cuenta de que ese rictus era lo único de idiota que tenía. Nunca había experimentado una verdadera frialdad manando de los ojos de una persona. Se dio cuenta con sorpresa de que estaba frente a un hombre que disfrutaba ante el sufrimiento.

No supo de dónde sacó la voluntad para hablarle.

—Por favor —susurró—. No me haga daño.

Podría haber añadido algo más, de haber tenido la oportunidad. Con una celeridad que seguramente era más producto de la parálisis de Lovecraft que de unos verdaderos reflejos, el hombre batracio le descargó un puñetazo tectónico. Un crujido atravesó su pecho. Se preguntó si el corazón humano podía romperse en dos. Se vio lanzado contra la pared, como si hubiera recibido el impacto de un ariete. Su cabeza golpeó algo demasiado sólido. Se mordió la lengua. Antes de que la boca se le llenase de sangre había perdido la conciencia.

—Me llamo Arsenius Ashcombe. Nací en Gales y moriré en Inglaterra. He luchado en la Gran Guerra. Mi cuerpo sobrevivió, pero puedo asegurarle que buena parte de mí se murió en aquellas trincheras. Mejor dicho, fue asesinada. Conozco la muerte y todas sus caras. O eso creía, porque nada, nada de lo que he vivido hasta ahora me había preparado para esto.

»He dedicado toda mi vida a los libros. Algunos podrían llamarme detective, o cazador. Extorsionador y saqueador también se quedan cerca. No es un trabajo sencillo. Un cliente llama a tu puerta, quiere encontrar una tercera edición del *Hypnerotomaquia* de Francesco Colonna, la que contiene la marca de un beso en la página número trece de todos los ejemplares. Deja un fajo de billetes en tu mesa y desaparece. A partir de entonces, la carretera es tuya. Tienes que investigar, preguntar, leer, escarbar en archivos, hablar con anticuarios, pasar horas en bibliotecas de ciudades de las que nadie ha oído hablar. Para algunos suena fascinante, pero no lo es. A veces hay que hacer cosas feas. He llegado a robar, he dado y me han dado palizas, he amenazado a viudas que confunden el olor de la biblioteca de su difunto con el de sus calzones. Lo crea o no, hay libros que valen millones. Y por una cosa tan cara, la gente mata.

»El *Necronomicón* es uno de esos libros. La primera vez que oí hablar de él fue a docenas de metros de altura sobre la ciudad de Nueva York. Un tipo, me permitirá que no mencione su nombre, me contrató para encontrarlo. La clase de millonario tan podrido de dinero que solo se interesa por lo sobrenatural. Cuando lo has conseguido todo en este mundo, solo te queda conquistar otros. Un trabajo de manual. Me enseñó un sobre lleno de lechugas, me dio el nombre del libro y del autor. Bastará con la

edición latina, me dijo, aunque si lo encuentra en inglés, mejor. Solo necesitaba un ejemplar del libro; uno cualquiera, no el séptimo libro de la séptima edición. Un encargo fácil; eso parecía al principio. Luego me di cuenta de cómo iba en realidad la partida. Y de que yo estaba perdiendo.

»Desde hace algunos años, todo el mundo está buscando ese libro. Imagino que usted ya sabe por qué. Cualquier iniciado en materia sobrenatural ha oído hablar de él. El caso es que nadie lo ha visto. Es el hombre del saco, el cuento de viejas definitivo. Su leyenda deja un rastro de nombres muertos por todo el continente. Al parecer es el culpable de la muerte de Aleister Crowley el año pasado en Portugal. Se cuenta que madame Blavatsky oyó en sueños una voz que le dictaba unos pasajes. Se despertó, se puso una soga al cuello y saltó de una silla. Supuestamente. Vaya usted a saber qué hacía madame Blavatsky con una soga en casa, y cómo se llegó a saber la historia si realmente se ahorcó después de despertar, cosa que no me creo porque el año pasado dio una ponencia en Varsovia. Sea como sea, todo hijo de vecino en el mundo ocultista conoce una historia relacionada con el Necronomicón. Todos venderían a su madre por echar un vistazo a lo que escribió el árabe loco, Alhazred. Pero no encontré ni un solo ejemplar, ni una sola entrada en un archivo, ni una referencia. La Iglesia no lo había perseguido. Pío V no lo incluyó en su *Index librorum prohibitorum*. No lo han quemado ni lo han ocultado. Pero todo el mundo lo conoce. Está ahí y no está. Un fantasma. Inexplicable.

»Por suerte para Raskob, y por desgracia para mí, di con él.

Fuera, en el pasillo, Rodney se preguntó cómo podía haberse hecho de noche tan rápido. Intentó silbar la melodía de algún anuncio de radio. No lo consiguió. Probó a chasquear los dedos, pero le temblaban las manos. Terminó golpeando el suelo con la puntera del pie, intentando seguir un ritmo que se le escapaba. Cualquier cosa con tal de llenar un poco aquel silencio de hielo. La puerta de la casa seguía entreabierta, como la entrada de una gruta. Un pasadizo a lo desconocido. Rodney no podía evitar preguntarse qué estaba pasando, qué hacía Sonia ahí dentro, qué le estaban haciendo. Quería asomarse, pero sabía que en la oscuridad habría un hacha esperando su cuello, una mano negra ansiosa por atraparlo. En aquella oscuridad estaba su padre, cinturón en mano, venas rojas en los ojos, alcohol en el aliento y sangre de su madre en los nudillos, esperando a que se atreviese a acercarse.

Inclinó un poco la cabeza hacia el interior. La apartó al instante, jadeando.

Tan ocupado estaba en estos pensamientos que no se percató de la figura que le observaba desde la escalera, ni de la brasa de cigarrillo que se iluminaba a pocos pasos de él, ni de la bocanada de humo en la que se decidían tantas, tantas cosas.

Sonia no estaba segura de querer seguir preguntando, pero se obligó a hacerlo.

—¿Cómo lo encontró?

—Hablando. O más bien, escuchando. Encontré un patrón. Algo que se repetía en

cada historia. Un detalle. Un nombre.

Le asaltó un ataque de tos que le hizo doblarse sobre sí mismo. Sonia entrevió en medio de sus convulsiones una parte del rostro que se ocultaba bajo la capucha del albornoz. La piel estaba blanca y desmenuzada, como tiza mojada. Alargó una mano hacia él, pero un gesto suyo la detuvo.

—¡No se me acerque! —dijo aún tosiendo—. Estoy bien. Pasará enseguida.

—¿Qué nombre encontró, señor Ashcombe? —preguntó Sonia en un hilo de voz, temiendo escuchar lo que vendría a continuación.

—En realidad, no era un nombre, sino más bien un título. El Coleccionista.

—El Coleccionista —repitió ella, saboreando la palabra.

—Otra leyenda. Una historia dentro de una historia. En todos los relatos que oí acerca del Necronomicón siempre aparecía de pasada. El primo de alguien daba con una copia del Necronomicón, y justo antes de tirarse por la ventana o prenderle fuego a su casa, recibía una visita de alguien que quería comprarle el libro. Alguien llamado el Coleccionista. Otras veces era una llamada, una carta o un sueño. Pero el Coleccionista siempre estaba ahí, justo antes de que se produjese el desastre. Supe que ese era el punto de partida. Tenía que localizar al Coleccionista. Y lo hice.

—¿Dónde?

Una risa de hiena sacudió el cuerpo de Ashcombe.

—¿Quién se cree que es usted? ¿Por qué debería contarle mi vida?

Ella no supo qué responder.

—Viene usted aquí con su amiguito y su trabajo en Sotheby's, esperando que le revele todos mis secretos. Váyase al diablo. Le he contado lo mismo que le conté a Chalmers, y mire cómo ha terminado.

—Colin Chalmers solo está...

—Chalmers está muerto, señorita. Muerto. Se lo he dicho, hay gente dispuesta a matar por un libro. Y créame si le digo que hay libros que pueden matar a la gente. Mire lo que el Necronomicón me ha hecho a mí, y yo fui un simple transportista. No quiero ni pensar lo que me habría hecho de haberlo leído. —Una grieta apareció en su voz—. Y esto solo es el exterior. No quiera usted saber lo que me ocurre por dentro. No le voy a hablar de los sueños. De las voces. Ah, las cosas que dicen... los nombres que susurran... nombres muertos, señorita. Nombres muertos.

La grieta se extendió y su voz se hizo pedazos. Se detuvo un momento a respirar hondo. El aire entraba y salía de sus pulmones con un silbido de fuelle roto. Sonia sintió conmiseración por Arsenius Ashcombe.

—Cuanto menos sepa usted del Coleccionista, mejor —concluyó cuando pudo hablar—. Se lo advierto, el conocimiento no trae más que desgracias.

—Las acepto. Acepto esas desgracias. Necesito saber qué hay detrás de ese libro.

—¿Por qué?

Sonia recapacitó.

—Es personal.

Algo parecido a un temblor recorrió al hombre atrincherado bajo el albornoz.

—Ya está usted atrapada —dijo como si leyera una sentencia irrevocable—. No le diré nada, pero si quiere saber más, pregúntele a mi socio.

—¿Su socio?

—No creerá que soy el tipo de persona capaz de meterse trece horas seguidas en una biblioteca, ¿verdad? De eso se encargaba Fort.

—Fort...

—Charles Hoy Fort. El único que tenía principios en nuestra pequeña sociedad. Si aún no se ha ensuciado los faldones de miedo, vaya y pregúntele a él.

—¿Dónde puedo encontrarle?

Ashcombe se lo dijo. Sonia parpadeó varias veces.

—No puedo creerlo.

—Una pena. Pensaba que estaba usted preparada para creer...

Su voz volvió a languidecer. Soltó una ventosidad que apenas enrareció un poco más aquel aire de sepulcro.

—No tengo modales. Váyase. A esta hora se me pone un carácter insoportable.

—Señor Ashcombe, ¿puedo hacer algo por usted?

Él sonrió. Sonia no tuvo ni idea de cómo lo supo, porque aún era incapaz de ver su cara. Pero estuvo segura, una sonrisa torcida y amarga como un trago de hiel.

—Aleje ese libro de mí, por favor. Véndalo. Regálelo. Destrúyalo, me da igual.

Sonia Greene asintió. Dio media vuelta y se dirigió a la puerta de la calle, dejando a aquel cadáver en vida allí dentro.

Antes de salir, aún pudo oír la débil voz de Arsenius Ashcombe.

—Y por lo que más quiera, no lo lea.

Machen se ofreció a conducir, pero Justin se negó. Robert Howard se sentó al volante. El irlandés iba pegado a Machen en el asiento de atrás, la pistola en el bolsillo. El tejano les miraba a ambos con el ceño fruncido.

—Justin, creo que esto no está bien.

—Por favor, señor Lovecraft —dijo Justin—. No podemos fiarnos de nadie, ya lo sabe.

—Disparar a un ciudadano británico en pleno centro de Londres sería terriblemente perjudicial para su reputación, joven —le advirtió Machen.

—Estoy cansándome de que todo el mundo me llame joven, ¿sabe? —replicó él a su oído, pero lo bastante alto como para que los otros dos le oyeran—. Creo que al próximo que lo haga le voy a meter una bala en la barriga. ¿Sabe cuánto se tarda en morir con un trocito de plomo envenenándole las tripas?

Justin hablaba con una truculencia que helaba la sangre. Robert Howard se

preguntó si estaría interpretando un personaje.

—Señor Lovecraft, por favor, conduzca. Usted puede irnos guiando, Machen.

Nada más unirse a la circulación, se internó por el carril de sentido contrario. Estuvieron a punto de estamparse de cara contra un Renault. Varias bocinas berrearón. Robert Howard maniobró de un modo suicida y se colocó en el carril correcto.

—Condenados ingleses —masculló—. Disculpe, señor Machen. Quería decir... ehm... me enerva sobremanera... el congestionado tráfico de esta melancólica metrópoli.

Long y Justin le miraron.

—No se preocupe, señor Lovecraft. Vamos a Waterloo. Siga derecho en dirección sur.

—¿Dónde está el sur? —preguntó Frank Long, mirando el cielo encapotado, que vomitaba sobre ellos una lluvia que no esperaba a caer para estar embarrada.

Londres les espiaba de reajo mientras recorrían sus calles. Todo les resultaba extraño, pintoresco y a la vez levemente amenazador. Las miradas de los *bobbies* de enormes mostachos, los ladridos de las verduleras en la calle Oxford, los diez centímetros de barro en cada bordillo, las sombras en la cara de los trabajadores rebozados en hollín. La niebla del Támesis era un animal prehistórico que parecía tirar de Londres hacia el río, arrastrarla poco a poco hacia sus profundidades. La sombra de la era victoriana aún se proyectaba sobre aquella ciudad empantanada, dejando claro que su gloria solo había quedado impresa en los libros de historia y en las novelas de a centavo. Robert Howard se preguntó qué sentiría el verdadero Lovecraft al ver la cara de la patria con la que tanto había soñado, a la que tantos versos y elogios había dedicado en sus cartas.

Llegaron a Waterloo en apenas veinte minutos. A pesar del chaparrón, la gente seguía atestando las calles, como si no prestasen atención al hecho de estar calados y no poder ver más allá de sus narices.

—Es aquí.

Robert Howard aminoró la marcha hasta detenerse. Frente a ellos se levantaba un edificio alargado y ominoso, erguido en mitad de la niebla como un arrecife. Tres de sus cuatro lados estaban desnudos, el ladrillo manchado de ceniza contemplaba indiferente a los viandantes. La parte frontal estaba más cuidada. La habían embellecido y pintado. Daba la impresión de ser la fachada de otro edificio trasplantada allí de urgencia. En su parte más alta había un cartel deslucido, ribeteado de bombillas apagadas, que anunciaba:

TEATRO OLD VIC

—¿Dónde demonios estamos? —inquirió de nuevo Robert Howard—. Quiero decir, ¿qué siniestro lugar de blasfema fatalidad es este al que taimadamente nos aproximamos?

—Nos esperan ahí dentro, caballeros —dijo Arthur Machen.

—Esto no será una trampa, ¿verdad? —preguntó Justin.

—Lo que esto no es, jov... señor mío, es un serial de la radio. Por favor, caballeros. Sean realistas. Nadie quiere hacerles daño.

Los tres se miraron, y de pronto se sintieron estúpidos. Aquel tiempo estaba afectando a su perspectiva de las cosas. Pero eso no cambiaba el hecho de que Howard Lovecraft había sido secuestrado.

Se acercaron al teatro. Justin aprovechó para pasarle disimuladamente la pistola a Robert Howard.

—Llévela usted. Yo ni siquiera sé cómo quitarle el seguro.

El tejano sonrió.

—Le enseñaré si tenemos oportunidad.

Frank Long le agarró del brazo.

—Por favor —cuchicheó—, deja de imitar a Howard.

—¿Por qué?

—Porque lo haces fatal.

Las puertas delanteras estaban cerradas. Machen golpeó dos veces con energía. De uno de los lados del vestíbulo se acercó corriendo un individuo menudo, con un fino bigote y tirantes. Abrió la puerta con un chasquido y se quedó mirando a los tres hombres que venían con Arthur Machen.

—Hola, Dom. ¿Puedes decirle que ya estamos aquí?

El hombrecillo se hizo a un lado y ellos pasaron.

—Ah, y necesitaremos dos sillas más.

Machen les hizo entrar por las puertas que daban a la sala principal. Todo estaba a oscuras.

—No veo nada.

—No se le ocurra intentar nada raro, Machen.

—Creo que tengo la linterna de la tía de Howard...

—Eso no será necesario.

Se encendió un foco que iluminó el escenario. Había una mesa semicircular y seis sillas, cuatro de las cuales estaban ya ocupadas. En ese instante, el hombre del

bigotito aparecía por entre las bambalinas con dos sillas más, que colocó junto a la mesa.

—¿Qué demonios está sucediendo?

—Bienvenidos a la Orden Esotérica de Cthulhu, caballeros —dijo Arthur Machen—. La invocación está a punto de empezar.

El dolor le hizo despertar. Si esta vez había soñado algo, el recuerdo se desvaneció. Era la primera vez que sentía una mitad del rostro más que la otra. No era agradable. Pensó que tenía dos puercoespines rabiosos atrapados detrás de los párpados. Notaba la lengua hinchada, y una insoportable punzada en la cabeza que hizo palidecer el recuerdo de sus migrañas adolescentes. Pensó en el aspecto que tenía Frank Long en la cárcel de Providence, y de pronto una amalgama de sentimientos se mezcló en su pecho. Echaba de menos a su amigo. Echaba de menos su casa. Y, por encima de la nostalgia, sentía algo mucho más perentorio: no quería morir.

—Señor Lovecraft.

Parpadeó en una lucha a brazo partido contra la luz, los colores y las formas. Poco a poco se introdujo en el traje de la realidad. Esperaba encontrarse empapado en sangre, pateado y acuchillado por drogadictos, prostitutas y católicos. Para su sorpresa, descubrió que estaba en una cama; una bastante incómoda, por cierto. El pijama que vestía despertó en él preguntas que no quiso responder. A su alrededor había un dormitorio sombrío, improvisado en lo que a todas luces era un despacho abandonado. El olor a tripas de pescado se había amortiguado levemente, pero seguía ahí, acurrucado junto a la sensación de peligro.

Había alguien a su lado. Un hombre sentado en una banqueta, las piernas cruzadas. Estaba bien entrado en la cuarentena, aunque el traje caro y la expresión serena le restaban bastantes años. Sujetaba entre las manos un bastón rematado por una cabeza de lobo hecha en plata. Le observaba con una intensidad que iba más allá de la curiosidad o la preocupación.

—Bienvenido a Londres, señor Lovecraft —dijo sin disimular la dureza de sus palabras—. Por fin nos conocemos.

—¿Dónde estoy?

—Está usted entre gente que no quiere hacerle daño. Siempre y cuando podamos entendernos.

Lovecraft le miró desconcertado. El dolor bloqueó cualquier réplica. Mientras su cerebro luchaba por permanecer en la superficie de la conciencia, una puerta se abrió en algún lugar. Se acercó a ellos una figura voluminosa. Lovecraft se espantó al reconocer al hombre batracio, esta vez embutido en un traje de color marrón vómito. Saltaba a la vista que habían tenido que hacérselo a medida.

—Créame que Theodor siente mucho lo ocurrido —dijo el único de los dos que

daba muestras de conocer algún lenguaje humano—. Digamos que le es más fácil empuñar la espada que la pluma. Una barbarie necesaria.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó, como si siguiera el guión de una historia mala de *Weird Tales*—. Si lo que buscan es dinero, les aseguro que han caído en el error de sus vidas.

El hombre le enseñó una sonrisa conciliadora en la que no había la menor sombra de cordialidad. Rebuscó en su chaqueta y sacó un sobre. Se lo tendió.

—Le aseguro, señor Lovecraft, que dinero es lo último que queremos de usted.

Lovecraft cogió el sobre con dos dedos, inseguro, sin apartar la vista de la mole humana. Estaba lleno de libras esterlinas, un fajo que haría sonrojarse a un banquero.

—Hemos empezado con mal pie, pero créame si le digo que queremos ayudarlo.

—¿Ayudarme a qué?

—Ayudarle a estabilizar su vida, señor Lovecraft. En ese sobre hay una suma suficiente para comprar, por ejemplo, una casa. Una casa en la calle Angell.

Lovecraft le sostuvo la mirada. En ese momento reparó en su peculiar modo de hablar, aunque no acertó a decidir si era un acento extranjero o un sutil defecto.

—¿Quién es usted?

Él chasqueó los dedos, y el hombre batracio rebuscó en un armarito desvencijado a su espalda.

—Mi nombre es Jakob Elzevier. Represento a un... club de socios, digamos. Uno de nuestros miembros está muy interesado en ese libro que ustedes buscan.

Lovecraft tragó saliva.

—¿Cómo sabe...? —empezó a decir, pero se dio cuenta de que no le iba a responder a esa pregunta—. ¿Quién es ese miembro?

—Llamémosle Socio 555. Un hombre notable, con un cierto poder adquisitivo. Sé que a usted no le importa el libro. Pero el Socio 555, y yo mismo, estaríamos muy agradecidos si nos ayudase a encontrarlo. Y muy decepcionados si se negase.

El mastodonte se acercó de nuevo. Dejó sobre su regazo una cajita de madera, astillada y rota por varias partes. La reconoció al primer vistazo: era su telescopio portátil. Cayó en la cuenta de que no era su corazón lo que se había hecho pedazos con el impacto de aquel puño descomunal. Supo reconocer en el aparato destrozado la amenaza que iba entretejida en sus palabras.

—Yo... —empezó a decir—. He de presuponer que su cordial deferencia para con este pobre diletante está condicionada a la retribución del libro.

—No solo la retribución, señor Lovecraft —puntualizó él, sin dar muestras de que su verborrea le apabullase—. Su papel es más bien el de tasador. Necesitamos que verifique que el libro es auténtico.

—No obstante, el paso previo a la tasación es el hallazgo del libro en sí.

—No se preocupe. Esa parte ya está resuelta.

Y por primera vez, hubo un cambio en la serenidad de su expresión. Apenas un matiz, un músculo que dejó de tensarse, para teñirla de algo distinto. Algo que Lovecraft prefirió no haber visto. Jakob Elzevier sacó una hoja plegada varias veces del bolsillo y se la tendió. Era un anuncio tipografiado torpemente. Un dibujo mostraba una pila de libros de aspecto antiguo sobre la que descansaba una corona. Lovecraft lo leyó de arriba abajo. Enarcó las cejas.

GRAN SUBASTA REAL

en beneficio de

LA BIBLIOTECA DEL REY JAMES III

con la colaboración de la Casa de Subastas Sotheby's

Se licitarán obras únicas pertenecientes
a la Biblioteca de Su Majestad,
así como otras del catálogo de Sotheby's

2 de septiembre

20.00 horas

Biblioteca REY JAMES III

Museo Británico

En la parte de atrás había una lista de libros, en la misma tipografía críptica y dolorosa, a dos columnas. Casi al final de la segunda, había un título señalado con lápiz. Lovecraft parpadeó.

—¿De dónde ha sacado esto?

—Está arrancada del último catálogo de Sotheby's. Cientos de potentados reciben uno en casa. Lleva semanas circulando por ciertos ambientes de la ciudad. Créame, a estas alturas toda Europa sabe que el Necronomicón saldrá a subasta en Londres este miércoles.

—No puede ser cierto.

—¿Ah, no? —Jakob Elzevier sonrió.

El Teatro Old Vic había sido uno de los muchos centros del ocio londinense que cayeron en picado después del Crack. Tras su época dorada en los años veinte, la ola de miseria que había barrido el mundo desde Wall Street había acabado con las representaciones, las galas, las fiestas privadas y, en definitiva, el recuerdo de lo que fue. Ahora, aquel lugar abandonado era de lo más desasosegante. No había sitio mejor para una reunión secreta que un edificio hueco, enorme y olvidado por una sociedad más preocupada en comer caliente que en oír las tribulaciones de un príncipe danés.

El escenario estaba vacío, excepto por la mesa y las sillas. Había cuatro personas

ya sentadas, tres mujeres y un hombre. Les observaban con una mezcla de intensidad y fervor. Robert Howard y Frank Long intercambiaron una mirada. A pesar de que se habían conocido en persona hacía muy poco, ambos compartieron un pensamiento sencillo pero alarmante: aquello se les estaba yendo de las manos.

—Por favor, señor Lovecraft —dijo Arthur Machen—, señores, acompáñenme al escenario. Todo está listo para empezar.

—Pero ¿de qué está usted hablando? —preguntó Frank Long—. ¿Qué pretenden hacer?

—Frank —susurró Robert Howard—, subamos.

—¿Qué? No esperarás en serio...

—Solo quiero ver en qué acaba esto —insistió el tejano—. Por favor.

Frank Long asintió a regañadientes. Subieron y tomaron asiento.

—Caballeros —dijo Arthur Machen—. Señoras. Sobran las presentaciones. Ya saben qué vamos a hacer esta noche, y a quién tenemos aquí para lograrlo: al señor Howard Phillips Lovecraft.

Hubo un ligero temblor entre los asistentes. Long y Justin se removieron incómodos.

—Todos saben cómo funciona el ritual; han sido entrenados para este momento. En la Orden Esotérica de Cthulhu solo hay sitio para iniciados. Vamos a realizar la invocación más poderosa que jamás se haya llevado a cabo, y lo vamos a hacer con su ayuda. Algunos de ustedes tienen su propio método de contacto, el cual respetaremos. Los que aún no lo tengan, déjense llevar. Imagino que no hace falta que se lo diga: no suelten las manos. Vean lo que vean, oigan lo que oigan. Las señoras que se sientan más impresionables pueden cerrar los ojos. Necesitamos su espíritu con nosotros, no su cuerpo.

—Por el amor de Dios —dijo Frank Long—. ¿Qué se supone que quieren hacer?

—Esto es una locura —respondió Justin.

Robert Howard no podía negar una cierta inquietud ante lo que estaba diciendo Arthur Machen. Los demás ocupantes de la mesa le estaban mirando como si fueran a arrodillarse ante él en cualquier momento.

Se dio cuenta de que Arthur Machen le estaba hablando.

—Señor Lovecraft. Señor Lovecraft, por favor. Tome asiento. Vamos a empezar.

Se sentó entre Machen y una mujer pelirroja de unos treinta años, con la cara llena de pecas y las uñas pintadas de negro.

—Permítame presentarle a Mary Elizabeth Wilson. A su derecha tiene a Leonora Piper y a Stanislaw Tomczyk. Al caballero... podemos llamarle Charles. Hermanos en Cthulhu, este es Howard Phillips Lovecraft. Él y sus acompañantes se unirán a la invocación esta noche.

—Es un placer, señor Lovecraft —dijo el tal Charles sin poder contener la

emoción en la voz.

—Igualmente.

—Empecemos.

—Le tenía por un racionalista, señor Machen —dijo Frank Long no sin cierta decepción—. Jamás pensé que creyese usted en el contacto con espíritus.

—Mi querido amigo, si usted hubiera visto lo que yo, sabría que lo que llamamos razón no es más que un simple velo de ignorancia. Pero no se preocupe, no vamos a contactar con ningún espíritu.

—Entonces ¿qué es esta patochada? —intervino Justin.

—Vamos a hacer algo mucho más grande. Vamos a abrir un portal al Más Allá. Su escepticismo será el ancla perfecta para no ser arrastrados al otro lado —alzó la voz—. Esta noche haremos historia.

—Empecemos, por favor —dijo entonces Mary Elizabeth Wilson con algo turbadoramente parecido a la excitación sexual—. No puedo esperar más.

—Cerrad los ojos, hermanos en Cthulhu.

Todos obedecieron. La tal Leonora Piper soltó un suspiro emocionado. Justin, Robert Howard y Frank Long agarraban las manos de los demás, impotentes.

—¿Qué es Cthulhu? —susurró Justin.

—¿Cómo? —Frank Long se inclinó hacia él.

—Nos postramos ante Ti, Señor del Vacío cuyo Nombre no se nos ha permitido pronunciar —empezó a decir Arthur Machen.

Leonora Piper y Stanislaw Tomczyk empezaron a murmurar en voz baja. La mujer de las pecas había cerrado los ojos. De alguna parte, empezó a soplar un viento caliente, incomprensible ahí dentro. A Robert Howard se le puso la piel de gallina.

—Cthulhu —repitió Justin—. ¿Qué demonios es?

—Cthulhu... —empezó Long— es difícil de explicar. Cthulhu es un ser más antiguo que el tiempo. Está muerto, y no lo está. Vive en una ciudad sumergida en el océano.

—Cantamos al son de las flautas demoníacas que suenan para tu gozo.

—¿Es malvado? —preguntó Justin.

—Ya existía antes de que se inventase el mal. —Long no pudo evitar que un escalofrío le recorriese la espalda ante sus propias palabras—. ¿Es malvado un hombre que mata millones de ácaros al rascarse?

—Te damos el cuchillo y el río, te damos el círculo, te damos la niebla y el llanto. Te damos el fresno y el sauce. Te damos la sangre en la piedra.

—Pero si no es malvado, ¿qué hace?

—Espera. Espera para volver.

—Pero no es de verdad. Es obra de Lovecraft, ¿no?

Frank Long no respondió. De repente tenía la boca muy seca.

—Te llamamos por el nombre de tu mensajero, Nyarlathotep, el Caos Reptante, para que traigas a Aquel Que Espera hasta nosotros.

El viento soplaba más fuerte, empezaba a silbar en los oídos.

Robert Howard vio el miedo en los ojos de Long. Aquello no podía ser real. Los asistentes empezaron a soltar gañidos, a retorcerse. Un humo verdoso surgió de algún lugar en el foso de la orquesta. Machen seguía alzando la voz. El sudor resbalaba de su mano a la de Robert Howard.

—Trece son los Nombres Bárbaros. Once son los Manuscritos Pnakóticos. Siete son los Signos de Tattawa.

—*Iä! Iä!* —gritó entonces Mary Elizabeth Wilson—. *Iä! IÄ!*

—Cinco son los Primigenios: Yog-Sothot, Shub-Niggurath, Nyarlathotep, Dagon, Cthulhu. Tres son las caras de Hécate. Dos son las veces que te nombro, Gran Dios Pan.

En algún lugar bajo ellos, el suelo empezó a temblar. El humo verde trepó hacia el escenario. El resto de los asistentes cimbrea y continuaba cantando. Robert Howard vio que Frank Long y Justin estaban tan atemorizados como él.

—¡Tenemos que detenerles! —les dijo, y los otros dos asintieron. Ninguno se dio cuenta de la claudicación que suponían esas tres simples palabras.

El tejano dio un tirón de la mano de Arthur Machen, pero el anciano tenía una fuerza sorprendente. Apenas sintió el impulso, abrió los ojos y le miró directamente.

—Uno es tu Profeta. Uno es el Sello de R'lyeh. Uno es la Puerta. Uno es la Llave.

Se levantó, aún sin soltar la mano de Robert Howard. Los demás hicieron lo mismo y alzaron las manos.

—¡Una es la voluntad de este aquelarre! ¡Una es su orden y con una palabra la expresamos! ¡Vuelve! ¡VUELVE!

—¡Vuelve! —secundó el tal Charles, con un desagradable espumarajo bajándole por la barbilla.

—¡Vuelve! —gritaron las tres mujeres al unísono—. ¡Vuelve!

Justin y Long intentaban también romper el círculo. Ninguno lo conseguía, aquellas manos estaban soldadas a las suyas. La niebla verde se cernía sobre ellos. Les rodeó en cuestión de segundos. Robert Howard no se detuvo a pensar en lo que hacía. Subió de un salto a la silla. Se balanceó para no perder el equilibrio y hundió la puntera de la bota en el estómago a Arthur Machen. El hombre se dobló sobre sí mismo y, por fin, soltó su presa.

Hubo un tañido que resonó en todo el teatro, como un enorme gong golpeado por el puño de un gigante. Fue como si hubieran apagado una caldera. Los gritos se calmaron al instante. Las manos se separaron. Todos volvieron a sentarse, jadeando y resoplando.

Machen se levantó con dificultad. Una mueca furibunda le desfiguraba la cara.

—No debería haber hecho eso, Lovecraft.

—Yo no soy Howard Phillips Lovecraft —dijo el tejano, aún encima de la mesa.

Arthur Machen abrió desmesuradamente los ojos. Hubo un momento extraño en el que todo permaneció quieto, estático como un cuadro. Las miradas pasaban de un lado a otro como balas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la mujer de las pecas—. ¿Ha funcionado?

Como si sus palabras hubiesen accionado el resorte de la realidad, se oyó algo. Un ruido de pasos, tranquilos, relajados, que se hacían más claros. Algo se acercaba. Todos miraron en derredor intentando localizar de dónde venían.

La silueta surgió de entre las sombras del fondo del escenario. Habrían jurado que no había nada, y un segundo después ahí estaba. Se dirigió a ellos con paso seguro. Vestía un traje blanco y zapatos caros. Llevaba un bastón que no necesitaba para caminar, y un anillo con un rubí enorme en una mano. Se plantó frente a ellos como un visitante casual.

—¿Me han llamado? —dijo.

Arthur Machen descorrió una sonrisa salvaje.

—Hermanos, Aquel Que Espera ha vuelto. El primero de nosotros está aquí. Yog-Sothot es la Puerta. Yog-Sothot es la Llave. Salud a vuestro hermano Aleister Crowley.

Los integrantes de la Orden Esotérica de Cthulhu empezaron a aplaudir.

A los pies del Cristo mutilado

1 de septiembre, 1931

Aleister Crowley había sido un hombre feo, desgarrado y con más pinta de contable que de príncipe del mal, como le había gustado autodenominarse en la época en que ocupaba el trono de *enfant terrible* de una sociedad hastiada de lujo y curiosa por los placeres de lo oculto. Esos habían sido sus mejores años. El resultado de constantes excesos en todos los sentidos había hecho de él un triste dandi crepuscular. El tiempo había sustituido la malicia socarrona de su expresión por un cansancio arrugado y manido. Estaba calvo, ajado como un ramo de flores olvidado en una sacristía, los hombros vencidos por un peso invisible. Casi era la caricatura de uno de los magnates de finales del siglo pasado, grueso y tristemente elegante, sudor y años resbalando por las comisuras de su sonrisa carnívora.

En una novela barata, sus ojos habrían conservado el acero lascivo de su juventud. En la realidad solo eran dos ojos marrones y anodinos. Nadie diría que acababa de volver del reino de los muertos.

—Caballeros, bienvenidos a una de mis pequeñas propiedades en Londres —les dijo con una pizca de presunción—. Lamento el secretismo en la intervención del señor Machen. Les aseguro que, de seguir vivo, yo mismo habría ido a buscarles a su hotel.

Habían pasado al camerino principal del Old Vic. La mayoría de las bombillas de los espejos se habían fundido o habían sido robadas, al igual que los atrezos, disfraces y demás parafernalia teatral. Lo que quedaba parecía más la sala de espera de un cirujano clandestino o una peluquería de suburbio. Los demás participantes en la invocación habían vuelto a casa, aturdidos pero satisfechos. El tal Charles había abrazado con fuerza a Arthur Machen, después de estrechar la mano de Aleister Crowley. Ambos le saludaron con una reverencia exagerada que hizo que las cejas de Frank Long se arquearan. Ahora solo quedaban ellos tres, Arthur Machen y el mismo Crowley. La madrugada resbalaba entre las sonrisas de los santos en sus catedrales.

—Usted... debería estar muerto —dijo Frank Long—. Leí que murió en Lisboa hace un año.

—En brazos de mi buen amigo Fernando Pessoa, así es. Y, sin embargo, aquí estoy. He vuelto.

—Es imposible —dijo Justin—. No se puede volver. No funciona así.

—¿Y cómo funciona, mi querido amigo? —preguntó Crowley, y por un momento pareció haber curiosidad genuina en su voz. Su labio superior se curvó en una sonrisa desagradable ante el silencio de Justin—. No habría podido volver sin ustedes,

caballeros. Les agradezco mucho su ayuda.

—Nosotros no hemos hecho nada —protestó el tejano, como si le hubieran acusado de un crimen.

—Han hecho más de lo que imaginan —repuso Crowley—. Han revelado al mundo una verdad increíblemente compleja, un saber para el que quizá no esté preparado. Sin usted, señor Lovecraft, el ritual no habría funcionado. Usted es la clave.

—Solo hay un pequeño problema. Yo no soy Howard Phillips Lovecraft.

Crowley se quedó callado un momento. Lanzó una mirada de soslayo a Arthur Machen.

—Y, sin embargo, el ritual ha funcionado. Fascinante.

—¿Podría alguien incluirnos en la conversación, por favor? —preguntó Justin, hablando por él y por Frank Long, aunque un encogimiento de hombros del escritor dejó claro que no se consideraba excluido—. ¿Quiénes son estas personas? ¿Por qué estamos aquí?

Long carraspeó.

—Justin, este caballero es Aleister Crowley. Es un... un...

Se oyó la risita aguda de Crowley.

—No se esfuerce, señor...

—Long. Frank Long. Me acompañan Robert Erwin Howard y... Justin, supongo.

—Esperaba un escritor de relatos de horror y me encuentro con dos. —Ambos se sorprendieron de que Crowley supiera quiénes eran—. No se preocupe, Frank. Yo tampoco encontraría fácilmente las palabras para definirme. Justin, puede considerarme un hechicero moderno. Entre otras cosas.

—Un farsante.

—Bravo. Han tardado menos de cinco minutos en insultarme. Lamentablemente, están lejos del récord. Tomen asiento, por favor. Les agradecería que me explicasen dónde está Howard Phillips Lovecraft.

—Más bien debería usted explicarnos a nosotros qué está pasando, amigo —replicó Robert Howard.

Crowley entrelazó los dedos como un prestamista a punto de oír las razones de una viuda para empeñar su camafeo de bodas. Sentado a su lado, Arthur Machen guardaba silencio y les estudiaba a todos.

—Es usted directo. Algo me dice que no todo está perdido. Veamos si además es usted listo. Su presencia aquí responde a una única razón. Un libro.

—El Necronomicón —dijeron los tres al mismo tiempo.

Crowley asintió.

—¿Qué sabe usted sobre el libro? —preguntó el tejano.

—¿Qué cree que estaba haciendo en Lisboa el año pasado? El Necronomicón es

la razón de que estemos aquí hoy, señores. La razón de mi muerte.

—Disculpe, señor Crowley —dijo Frank Long—, pero no le entendemos.

Aleister Crowley le sonrió con comprensión. Se pasó una mano por la cabeza, como si intentase resumir cantidades ingentes de información con un pase de prestidigitador. Su calva brillaba a la pobre luz de las bombillas.

—Llevo años buscando el saber definitivo, señores. La explicación completa de por qué estamos en este mundo, la que justifique la supremacía del ser humano, la esencia de todo el poder que nosotros mismos nos negamos. La he buscado de todas las maneras posibles, y siempre he fallado. La Sociedad Golden Dawn nunca tuvo el consenso que necesitaba la búsqueda. La Ordo Templis Orientis se resquebrajó por el peso de tantos egos hipertrofiados. El experimento Thelema fue revelador, pero necesitábamos algo más. Ese algo me lo dio el Coleccionista.

—¿Quién?

Crowley adoptó una expresión soñadora.

—Es inútil que les cuente quién es. Además, no creo que fuese seguro para ustedes. Conténtense con saber que fue él quien me dijo que ustedes venían de camino a Londres. Fue él quien me habló del *Necronomicón*. Fue él quien me guió en la búsqueda del libro hasta *Boca do Inferno*.

—¿Eso qué es? —preguntó Justin.

—Es una cadena de arrecifes cerca de Lisboa. Estadísticamente, son los arrecifes que más marineros han matado en la historia. Hace años que el gobierno ha desistido de poner faros, todos se apagan sin explicación. O se derrumban. O los fareros desaparecen. Hoy en día, con todos nuestros adelantos, las mujeres del pueblo de Cascais tienen que acercarse a los arrecifes cuando hay tormenta. Iluminan la costa con quinqués. Se taponan los oídos con cera para no oír lo que arrastra el viento al pasar por entre las rocas.

Un escalofrío recorrió la espalda de Frank Long.

—Viajé a *Boca do Inferno* acompañado por Fernando Pessoa, uno de los pocos que se mantuvieron leales al sueño tras la debacle de la Golden Dawn. Prefiero no revelarles lo que encontramos allí, señores. No sería bueno para su cordura. Lo que sí puedo decirles es que lo que había en *Boca do Inferno* me mató.

—¿Y eso sí es bueno para nuestra cordura? —preguntó Justin.

Crowley prefirió ignorarle.

—¿Qué tiene que ver eso con el *Necronomicón*? —quiso saber Robert Howard.

El hechicero inglés les miró de hito en hito antes de responder.

—Conciencia, mi querido amigo. Cuando estuve al otro lado lo entendí. Lo supe. Caí en un abismo de sombras que nunca habría imaginado. Yo, que creí ser el hombre más malvado de mi tiempo, me vi absorbido por un vórtice en el que conceptos como el bien y el mal no son más que burdas palabras humanas que ocultan una visión más

grande. Vi que el universo era tan vasto y tan indiferente para con nosotros que nada tenía sentido. Nuestras guerras y nuestras religiones, nuestros sueños y nuestros recuerdos, nuestras oraciones eran patéticos esfuerzos por comprender una verdad muy sencilla: no somos relevantes. Ellos lo son.

En los segundos que siguieron, solo se oyeron cinco respiraciones pesadas. Gotas de sudor frío corriendo por las frentes. Gargantas secas. Manos heladas.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó por fin Robert Howard.

Aleister Crowley le miró a los ojos.

—La vi, señor Howard. Con mis propios ojos. Vi la ciudad de R'lyeh, sus inabarcables columnas hechas con la piel de los sueños, su arquitectura no euclidiana sumergida en el vasto Pacífico. Vi el trono en el que se sienta el Gran Cthulhu. Le vi durmiendo, aguardando a que las estrellas se alineen. Todo es cierto, señores. Todo lo que ha escrito Howard Phillips Lovecraft. Está todo en el Necronomicón.

—¿Lo ha visto? —preguntó Justin de improviso—. ¿Lo tiene usted?

Crowley negó.

—No. Pero estamos a punto de tenerlo, mi buen Justin. A punto.

—¿Qué le hace pensar eso?

—El Necronomicón saldrá a subasta pasado mañana en el Museo Británico. —No les permitió asimilar la noticia. Continuó—: Con él en nuestras manos y con la colaboración del señor Lovecraft, sus secretos se abrirán para nosotros como una virgen ansiosa.

Si Crowley esperaba una reacción de sorpresa, no la obtuvo.

—¿Qué sucede?

—No sé cómo decirle esto, señor Crowley —dijo Frank Long—. Howard Lovecraft ha sido secuestrado.

El Museo Británico quedaba en el lado bueno del Támesis, apenas un paseo a pie entre Oxford Circus y aquel hormiguero disfrazado de estación llamado Saint Pancras. Lo habían construido con idea de mostrar la majestuosidad del Imperio, y lo habían conseguido con creces. La fachada principal imitaba sobriamente la entrada de un templo griego, protegida a ambos lados por dos inmensas alas que llevaban años bajo constantes remodelaciones. La Revolución industrial había dejado un estigma de hollín en el mármol. La suciedad había contagiado al museo un aire ominoso, de presagios mal formulados o del peor tipo de advertencias, las que se cumplen.

Todas estas impresiones, por supuesto, solo estaban al alcance de un foráneo que viera el museo por primera vez. E incluso algunos se mostraban ciegos, sometidos al hechizo del edificio. Howard Phillips Lovecraft era uno de ellos.

—Por primera vez en mi vida, me faltan palabras para describir lo que siento —dijo, incapaz de apartar la vista.

A su lado, Jakob Elzevier esbozó una sonrisa comedida.

—Me alegro de que le guste. Le aseguro que el interior es mucho más impresionante.

—No lo pongo en duda. Estoy ansioso por contemplar los tesoros que alberga.

Recorrieron casi a la carrera el camino que marcaba la verja negra. Era evidente que Lovecraft estaba emocionado. Jakob Elzevier le seguía, apoyándose en el bastón, a paso tan ligero como podía. Antes de franquear la entrada, echó un vistazo a la carretera. El coche estaba aparcado a pocos metros de ellos. Dos figuras les observaban desde dentro. Theodor, sentado al volante, asintió.

Lovecraft se detuvo tras dar solo dos pasos en el interior. Estaba boquiabierto, paralizado como un niño que contempla su primera Navidad o su primer entierro.

—Se lo dije. —Oyó que decía Elzevier.

Más allá del recibidor se abría el gran patio principal, que conectaba con las demás áreas del museo. Allí se levantaba la cúpula de la Sala de Lectura. Era un edificio dentro de otro, un domo construido en el centro del museo. Entre sus paredes descansaba el grueso de la Biblioteca Británica. Lovecraft se sentía abrumado por las páginas y páginas que había leído sobre ese lugar y la realidad que asaltaba sus sentidos. Sabía que, según los cálculos de los bibliotecarios, si se formaba una fila con los libros que contenía aquel santuario, uno detrás de otro, el resultado mediría más de cuarenta mil kilómetros. Suficientes para formar un cinturón de palabras alrededor de la Tierra. La idea de tener todo aquel saber concentrado al alcance de la mano era casi insoportable. Sus ojos se humedecieron.

—Gracias —murmuró. No quedó claro si se dirigía a Jakob Elzevier.

—Esto no es lo único que quería mostrarle, Howard. Sígame.

Lovecraft no apartaba los ojos de la cúpula gris. Elzevier tuvo que tirar amablemente de su brazo. Se detuvieron en la puerta que daba acceso al ala este. Jakob Elzevier señaló con la cabeza de su bastón un cartel pegado en la puerta. Un cartel que anunciaba una subasta.

—Está aquí, señor Lovecraft —dijo en tono confidencial—. Los libros que se van a subastar se exponen en esta sala.

Puede ser que Lovecraft estuviese demasiado emocionado por la visión de la biblioteca para añadir algún comentario mordaz. Puede ser que ante la proximidad de la misma realidad que había estado negando rotundamente no encontrase manera de replicar. Quizá simplemente estaba cansado de repetir a todo el mundo que el Necronomicón no existía, que había salido de su imaginación, que lo había soñado una de las muchas noches que se despertó bañado en sudor al compás de los gritos de su tía. En cualquier caso, no dijo nada.

Elzevier le indicó con un gesto cortés que pasase primero.

El ala este del Museo Británico albergaba la única parte de libre acceso de la Biblioteca del Rey. Era una sala alargada, repleta de estanterías de roble en las que

innumerables libros se apretaban unos junto a otros. La sala estaba salpicada con bustos de héroes griegos que se rebajaban a compartir espacio con versiones idealizadas de los mayores benefactores del museo. Hans Sloane, Martin Folkes, Charles Townley o Richard Payne Knight se codeaban con Pericles, Paris, Eurípides o Laocoonte en una carrera a la eternidad donde mito e historia significaban lo mismo.

Se adentraron un poco más en la sala. La madera protestaba ante el roce de las suelas de sus zapatos. Las rejillas de ventilación del suelo despedían un suave zumbido. Aunque las ventanas eran amplias, del techo pendían lámparas eléctricas en forma de globo. Todo un lujo que sin duda el museo no se podía permitir. El aire olía a la Inglaterra que pudo haber sido.

—¿Dónde está?

Elzevier señaló. Les rodeaba una botica de anaqueles atiborrados, surgida de un tiempo en que medicina y alquimia olvidaban sus diferencias. A lo largo de la sala había repartidas varias vitrinas de roble. En la primera había tres libros recostados, las entrañas expuestas bajo lamparitas situadas estratégicamente para ensalzar los grabados. Cada uno tenía al lado un cartel con su nombre y su procedencia, así como un desangelado resumen de su historia.

—No entiendo cómo puede la biblioteca deshacerse de estos libros —murmuró Lovecraft, admirando uno de ellos—. *Histoires prodigieuses* de Pierre Boaistuau. Creía que había desaparecido.

—Todos tenemos que reponernos del Crack —comentó Elzevier, con el tono de voz que usaría para hablar dentro de una catedral—. Quizá algún día sus historias también sean consideradas para una subasta.

Lovecraft giró todo el cuerpo desgarbado y le miró fijamente.

—Señor mío, mis historias no serán jamás consideradas otra cosa más que lo que son: basura. Irrisorios ejercicios intelectuales que pretenden emular algo tan ridículo como una atmósfera terrorífica. Ya no me dedico a escribir y he resuelto deshacerme de todo el material que haya salido de mi pluma en cuanto tenga la ocasión de volver a mi casa.

—¿Y a qué se dedica ahora, señor Lovecraft? —preguntó él, sin amilanarse ante su rabieta.

Lovecraft bajó la vista.

—No hay mucho a lo que pueda dedicarme, la verdad.

Jakob Elzevier desvió la vista, pensativo. Al cabo de unos segundos hurgó dentro de su abrigo con la mano que no sujetaba el bastón.

—Señor Lovecraft, ayer mismo le transmití mis más sinceras disculpas por el malentendido con el que habíamos empezado nuestra asociación. Permítame ahora ofrecerle un pequeño obsequio que repare el agravio. Creo que es justo que lo tenga

usted.

Le tendió una cajita de madera de manufactura cuidada. Lovecraft la abrió. Sus cejas se arquearon. En su interior había un telescopio. Uno magnífico, tenía que admitir. Su rostro se reflejó en el baño de plata de su superficie, encajado en el terciopelo rojo de la caja.

—No sé qué decir.

—No es necesario que diga nada.

Lovecraft suspiró. Cerró la cajita y se la colocó bajo el brazo.

—Reciba mi más sincero agradecimiento.

Cerca de ellos, un guardia carraspeó.

—Jakob. Llámeme Jakob.

—Trato hecho —contestó Lovecraft, estrechándole la mano—. Howard.

Quedaron así quizá un segundo más de lo que ninguno de los dos esperaba. Lovecraft era más alto que él. Fue el primero en apartarse.

—El libro debe de estar por aquí —dijo para llenar el silencio.

No tardaron en encontrar la vitrina. Se acercaron los dos, sintiéndose profanadores de tumbas, colonos en tierras inexploradas y arqueólogos a punto de caer en una trampa armada cientos de años atrás. Se asomaron al interior de la vitrina sin disimular su excitación. No importaba que faltara un día para la subasta. Ver el libro bastaría.

En el lugar donde debería estar el Necronomicón había una simple nota escrita a máquina.

Estimados amigos del saber:
La Biblioteca de Su Majestad James III y
la Casa de Subastas Sotheby's les agradecen
su interés por conocer de primera mano los
ejemplares que van a subastarse el próximo
2 de septiembre. Algunos de estos ejemplares
pertenecen a donantes asociados a Sotheby's,
y serán expuestos únicamente el día de la
subasta. Lamentamos las molestias que
hayamos podido causarles y les emplazamos
al día 2 de septiembre.
Atentamente,
Biblioteca del Rey James III

—Maldición —masculló Elzevier. Se quedó mirando el papel como si acabase de ser víctima de un timo de primera clase—. Supongo que no nos queda más remedio que esperar un día más. Vamos, Howard. Deje que le invite a una cerveza.

Se volvió.

Lovecraft había desaparecido.

No corras. Si corres, pensarán que has robado algo y te saltarán encima. No mires

atrás. Camina tranquilo pero enérgico. Como si hubieras perdido algo. Eso es. No te entretengas mirando la cúpula. Ahora no. Hacia la salida. Hacia la salida.

—¡Howard!

Me ha visto. Escapar, tengo que escapar. Él tampoco quiere correr, le veo a mi espalda avanzando a golpes de bastón con la misma premura contenida. Uno de los guardias del museo se acerca a él. Le aparta de un empujón. Bien, eso me dará más tiempo.

Por Azathot. El hombre batracio está en la entrada. Le acompaña otro hombre vestido de negro, uno de los que me recogieron en el aeropuerto. Los dos se vuelven hacia mí. Ven que estoy solo. Compongo una sonrisa. Giro sobre mis talones, pero Elzevier viene derecho hacia mí. No corras. A mi izquierda hay una escalera. Eso es. Ya empieza a llegar gente al museo. Me interno sin prisa en la primera planta. Me aseguro de no echar a correr hasta que pierdo de vista a los guardias.

Están subiendo. Oigo el eco de sus pasos. Hay tres puertas delante de mí. Vamos. Decídete. Ellos pueden separarse. Yo no. Elijo la derecha.

Japón. Ha sido una mala elección. La galería está casi vacía. Hay una pagoda en miniatura en medio de la sala. Largas máscaras bigotudas. Espadas de aspecto peligroso, algunas separadas de su mango, otras embutidas en vainas. Si fuera Robert Howard, rompería una vitrina y me apropiaría de una para defenderme de ellos. No lo soy. Me dirijo al fondo. Les oigo entrar en la sala. Me escondo detrás de una campana enorme.

—Salga de ahí, Howard.

Me muerdo el labio inferior. Estoy transpirando.

—Salga de donde esté.

Abro los ojos. No me han visto. Tengo segundos de ventaja. Entonces la veo. Mi salvación. Hay una puerta a pocos metros de mí. Entrada de personal, dice. Prohibido el paso. En este momento, las prohibiciones carecen de validez. La prioridad es escapar, encontrar a Belknapius y a los otros. Aún tengo el telescopio bajo el brazo. Podría lanzarlo hacia otro lugar, hacer ruido, distraerles.

El recuerdo del metal reluciendo en el terciopelo me previene. No puedo. Lo rompería.

—Howard, no pretendemos hacerle daño. Se lo aseguro. No nos obligue a cambiar de opinión.

Sus palabras me incitan. Ojalá supiera calcular dónde están por el sonido de su voz. No sé hacerlo. Me limito a apretar los puños, los ojos y los dientes. Salgo corriendo hacia la puerta.

—¡Lovecraft!

El grito dispara la adrenalina por mis venas. Les oigo correr tras de mí. Son apenas diez metros, pero el tiempo se multiplica exponencialmente, se alarga y se

arrastra por una infinita cinta de Moebius. Alcanzo la puerta y, sin mirar atrás, la empujo. Los oídos me zumban. La visión se me nubla. Estoy vivo.

Lo primero que percibo es el olor. No se parece a nada que haya olido en mi vida. Es tan abrasivo que me escuecen los ojos e innumerables agujas se me clavan en la nariz. Estoy en una habitación pequeña. Los ángulos de mi visión creen reconocer estanterías. Sin embargo, eso es secundario. Lo que atrapa mi atención es la persona en el centro de la sala.

Un hombre sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas sobre el regazo. Viste una chilaba ocre, tan descosida y vapuleada que parece a punto de deshacerse. Se cubre la cabeza con una capucha holgada. Debe de haber tenido la tez morena en el pasado. Ahora presenta un aspecto desnutrido, ceniciento y malsano. Me doy cuenta de que algo en su piel no funciona bien, como si fuese a desmenuzarse con solo tocarla. Un espasmo que pueden ser náuseas sacude mi estómago. Su profusa barba bífida le da un aspecto amenazador, que rematan dos penetrantes ojos negros. No tiene cejas. Caigo en la cuenta de que el olor nauseabundo emana de él.

Tengo que azuzar a mi mente para que asimile lo que estoy viendo. No puedo creer que en un cuarto cerrado del Museo Británico haya un árabe sentado en el suelo.

Un árabe.

—Dios.

—Quizá para usted, Howard —dice, con un pulido acento británico. No sé por qué, no me sorprende—. En realidad soy un simple mensajero.

Un escalofrío recorre mis brazos y se extiende por todo el cuerpo.

—Vengo a advertirle: si sigue por este camino, puede que termine consiguiendo lo que tanto desea.

—Yo no deseo encontrar el libro.

—No me refería al Necronomicón.

—¿A qué se refería?

El árabe me muestra una sonrisa que me echa para atrás. Sus dientes son de color negro.

—El Necronomicón es mucho más que un libro, Howard.

Una mano me agarra del hombro. Grito. Un tirón me obliga a girarme sobre mí mismo.

Me encuentro delante de otro de los guardias del museo, un hombre orondo y bigotudo con un uniforme azul oscuro, el color de la autoridad inglesa. Me mira con severidad. Detrás de él están Elzevier y Theodor.

—¿Es este hombre? —pregunta el guardia. Tardo un segundo en caer en la cuenta de que se refiere a mí.

Elzevier asiente.

—Es él. Este hombre está bajo mi custodia. Me habías preocupado, Howard. Habla. Di algo. Solo tienes que decirlo. Me han secuestrado. Me retienen contra mi voluntad. Ayúdeme. Ayúdeme, por favor.

—Yo...

—Podría haber roto algo —dice el guardia, enfadado.

Elzevier compone un gesto de contrición, la viva imagen del arrepentimiento.

—Lo lamento. Le hemos perdido de vista un segundo, pero no se volverá a repetir.

El agente me suelta casi con asco. Theodor me agarra dolorosamente por el brazo.

—Acepte nuestras disculpas. Tendremos más cuidado la próxima vez.

—Yo...

Me llevan casi a rastras fuera del museo. El coche nos sigue esperando al otro lado de la calle. Theodor me introduce de un empujón. Jakob Elzevier se vuelve bruscamente hacia mí. Tiene algo de serpiente, ahora lo noto. Aprieta con fuerza su bastón, y por un momento temo que me golpee con él.

—Estoy muy decepcionado con usted, señor Lovecraft.

Theodor me mira a través del retrovisor. La sola visión de sus ojos saltones, abruptos, consigue encoger mi estómago y echar las palabras afuera.

—Yo... quiero volver con mis amigos.

Elzevier se reclina en el asiento. Le hace una seña al conductor.

—Lo hará —asegura. Sé que miente—. Cuando llegue el momento. Mientras tanto, tendremos que asegurarnos de que no vuelve a intentar ninguna tontería.

Quiero preguntar qué quiere decir, pero el embozo sobre mi cara cercena mis ganas de hablar.

—Ahí están —dijo Justin—. Lo sabía. Tarde o temprano tenían que venir aquí.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Robert Howard—. Parece que van de vacaciones.

—Puede que le hayan drogado —sugirió Arthur Machen, sentado al volante junto a él.

—A lo mejor le han convencido de que se una a ellos —aventuró Justin.

—No entendéis a Howard —intervino Frank Long—. Es posible que no haya comprendido que le han secuestrado. Su conexión con la realidad tiende a debilitarse.

—Sea como sea, es nuestra oportunidad. —El tejano señaló—. Están saliendo. Conduzca, señor Machen.

El coche salió justo detrás de ellos. El tráfico del centro de Londres no resultaba tan demencial como el de Nueva York. Aun así, Long pudo apreciar que Machen era un buen conductor. Fue siguiéndoles entre la marabunta sin que se percataran de su presencia.

El coche se dirigió al sur. Al entrar en los muelles de Canary Wharf, Machen se

volvió hacia ellos.

—Intenten no hablar con nadie. A los de por aquí no les gusta demasiado el acento americano.

Ninguno supo qué replicar.

Aquella parte de la ciudad era la más sucia y desamparada que habían visto. Grúas enormes movían cajones chorreantes de agua y herrumbre, cargándolos y descargándolos en barcos que parecían abandonados. Los albatros volaban entre los tejados repartiendo su mala suerte. Ratas de tamaños escandalosos atravesaban las avenidas artificiales formadas por contenedores y fardos. Se les cruzaban continuamente camiones y anticuadas carretas de carga. La niebla revelaba de vez en cuando trabajadores malencarados que más bien parecían náufragos.

En las dársenas, rudos amarradores entraban barcasas al muelle, las espaldas anchas como acordeones abiertos. Uno de ellos les dedicó una mirada mugrienta.

—Pobre Howard —murmuró Long—. Seguro que está aterrorizado.

—Como lo estaremos nosotros si nos descubren —puntualizó Machen.

El coche de los secuestradores se detuvo en la esquina de una lonja con aspecto de haber sido olvidada hacía años. Machen siguió adelante, giró en la esquina siguiente y se detuvo detrás del edificio. La niebla que surgía del río era tan espesa que apenas podían ver. Les rodeaba el vals de repiqueteos industriales y murmullos esquivos que traía consigo el lenguaje del Támesis.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Justin.

—Lo único que podemos hacer —dijo Robert Howard—. Entrar y sacar a Howard de ahí dentro.

—¿Así, sin más? —dijo Frank Long—. Estos tipos están armados.

—Nosotros también. —El tejano sacó dos pistolas del chaleco.

—Por Dios, Robert. ¿Cuántas armas tienes?

—Solo a *Molly* y *Cheryl* —respondió, enseñando cuál era cuál.

Long prefirió no seguir preguntando.

—Ahora que sabemos dónde está, podríamos llamar a la policía.

—Una idea tan mala como inútil —objetó Arthur Machen—. Scotland Yard no suele internarse en los muelles. Al menos, no sin una buena razón, y desde luego no sin un contingente de treinta policías. Como mínimo.

—Pues tenemos que entrar —sentenció Robert Howard.

—En cualquier caso, y si no les importa, yo les esperaré aquí. No tengo edad para lo que va a pasar ahí dentro.

Justin se volvió hacia él.

—¿Por qué hace esto, Machen? ¿Por qué se mezcla con Crowley?

Él le sonrió, y en esa sonrisa había una amargura con años de antigüedad. La frente se le llenó de arrugas.

—Hubo un tiempo en el que odiaba a Aleister Crowley. Muchos intentaron relacionarnos, dada la naturaleza de mis historias y de las paparruchas que él predicaba. Yo me negué incluso a que me lo presentaran; le tenía por un charlatán. Pero esos días han pasado. La gente se ha cansado de leer mis libros; les preocupa más encontrar una hogaza de pan al día. Ya no soy un escritor famoso, soy un viejo olvidado en un rincón de Buckinghamshire que apenas encuentra trabajo corrigiendo textos. Pero Crowley puede cambiar eso. Ahora lo sé, es mi última oportunidad.

Los tres hombres en el coche le miraron con solemnidad. Por primera vez le vieron como un anciano abatido y desengañado. Ninguno encontró palabras de consuelo que dejar en el aire cargado de presagios.

—Vamos —dijo el tejano.

La niebla les engulló cuando salieron del coche. A pesar del frío húmedo que se metía por los pliegues de la ropa, Robert Howard descubrió que estaba sudando. Apretó las dos pistolas, pero su contacto no le reconfortó lo más mínimo. Tragó saliva. Maldijo en silencio a Crowley, a su secretismo, a su decisión de no acompañarles para no hacerse ver todavía. Luego se dijo que su presencia no habría cambiado mucho la situación. A su lado, Justin parecía estar experimentando los mismos pensamientos. El tejano recordó cómo se había comportado en el hotel. Se sintió embaucado, sin saber cuál de las historias creer, la del desalmado pendenciero o el chico asustado por una pistola que no sabía ni amartillar.

—Por aquí —dijo Justin.

—¿Por qué? —preguntó Long—. ¿Qué ha visto?

El irlandés se encogió de hombros.

—No he visto nada. Pero por algún sitio tendremos que empezar.

El hedor a pescado de los muelles mareaba. Borearon el edificio. Les sorprendió encontrar un callejón separándolo en dos partes idénticas. A cada lado había dos puertas cerradas. Long tuvo escalofríos solo de pensar qué habría tras ellas.

Robert Howard señaló hacia arriba.

—Lo sabía. Hay una ventana abierta.

—Oh, no. —Long negó enérgicamente—. Deberíamos probar por otro lado. Las ventanas abiertas...

Robert Howard le chistó.

—Apuesto a que podemos apilar unas cuantas cajas y entrar por ella.

—¿Está loco? —masculló Justin—. Se va a matar.

Pero él ya estaba trepando por una hilera de cajas hacia el primer piso. El irlandés le llamó con un susurro. El tejano le ignoró. Cuando estaba ya a unos dos metros del suelo, una de las cajas no soportó su peso y se partió en dos con un crujido. La caída fue leve, pero causó un estrépito considerable. El pescado podrido se esparció por todas partes. Robert Howard soltó una blasfemia que le puso los pelos de punta a

Long.

Una de las puertas del callejón se abrió. Asomó la cabeza un hombre rubio con cara de haber dormido poco. Tenía dos bolas de algodón en la nariz y un cigarrillo colgando del labio inferior. Abrió mucho los ojos cuando se encontró las dos pistolas de Robert Howard apuntándole.

—Quieto, Fritz. Una palabra y aprieto el gatillo —dijo con su voz de héroe. Se corrigió al instante—: Los gatillos. Nos descubrirán igual, pero tú ya estarás muerto.

Él negó con la cabeza. El cigarrillo se le cayó. Long le indicó que entrara con un movimiento de la pistola. Le empujaron dentro. Frank Long no hacía más que mirar a todas partes, esperando recibir un balazo en cualquier momento. Aquello era una pesadilla sin visos de acabar pronto.

—Lovecraft —susurró Robert Howard—. ¿Dónde está?

El hombre rubio les guió por el interior del almacén. Era un local muy amplio, lleno de cajas que seguramente contenían más pescado podrido. Sobre sus cabezas había plataformas colgantes de hierro. Se tambaleaban a pesar de que no hubiera viento, produciendo un quejido muy poco tranquilizador. No vieron a nadie más. El guardia les guió por el laberinto que formaban las cajas. Manchas de humedad y verdín goteaban por las juntas, exudando la podredumbre que marinaba en su interior. Se cubrían la boca y la nariz como podían. Justin parecía a punto de desmayarse. Long no dejaba de mirar a su espalda. Solo Robert Howard parecía decidido.

El guardia se detuvo. En un recodo de la maraña de pasillos había una puerta. Quizá el hecho de que no hubiera nadie delante debería haberles preocupado, pero no fue así. El tejano, sin dejar de encañonar al guardia, probó el picaporte. La puerta se abrió.

—¿Howard? —preguntó. La excitación y la falta de costumbre le hicieron pasar por alto el hecho de que no había luz en el interior. Fue un gran error.

De la oscuridad salió volando un puño grande como un melón. Se estampó en su rostro y le hizo volar dos metros, dejando una estela de sangre oscura en el aire. Los revólveres resbalaron de entre sus dedos y se deslizaron por el suelo enfangado.

Quizá habría salvado su honor decir que hicieron falta muchos hombres para reducirles. La realidad es que Theodor se bastó solo para hacerlo. El hombre batracio emergió de la puerta como un tren y, de un empujón, lanzó a Frank Long contra un montón de cajas. La madera podrida por la humedad se rompió. El escritor se vio cubierto de pies a cabeza por una avalancha de tripas de pescado. Casi al instante empezó a vomitar violentamente. Justin se apartó del paso de Theodor como si se tratase de un toro en plena embestida. Él le ignoró y fue directamente a por Robert Howard. El tejano intentó levantarse, resbaló y recibió una brutal patada en el pecho, que le levantó un palmo del suelo. Volvió a resbalar. Theodor le agarró de la pechera.

Él intentó apartarle con débiles manotazos. Theodor sonrió. El segundo puñetazo hizo crujir la nariz de Robert Howard y le envió al suelo como un saco lleno de arena.

Antes de desmayarse por las náuseas, lo último que vio Frank Long fue al hombre batracio detenerse delante de un aterrorizado Justin. Luego un géiser de vómito volvió del revés su estómago, y ya no supo nada más.

—No puedo creer que estemos haciendo esto.

—Si vas a empezar otra vez con las mismas quejas, será mejor que te quedes en casa, Rodney. —Sonia se arrebujó en su abrigo—. Se está haciendo tarde y hace frío.

—Es que no entiendo por qué le dedicamos tanto tiempo a un solo libro. La subasta es mañana por la noche, y aún quedan al menos otros doce por comprobar.

—Pues tendrán que esperar. Esto es importante.

—¿Qué te dijo el tipo de Whitechapel, Sonia? ¿Qué tiene de especial ese libro?

Sonia no respondió. Tampoco habría sabido cómo explicárselo. Siguió caminando en silencio. La mitad de las farolas de la calle estaban rotas. Las lagunas de oscuridad entre ellas amenazaban con engullirles. Sin embargo, aquel barrio no parecía peligroso. No había ni un alma en la calle. Sonia razonó que los clientes del sitio a donde iban no querían verse mezclados con criminales. Lo único que necesitaban era un poco de tranquilidad.

Se detuvieron delante de unas verjas negras y puntiagudas. Al otro lado se adivinaban figuras poco tranquilizadoras. Sonia se percató de que Rodney estaba temblando.

—Solo son tumbas, Rodney. Los muertos no hacen daño. Es de los vivos de quienes tienes que preocuparte.

Sonia no había terminado aún de hablar cuando se oyó un ruido al otro lado de la verja. Pies que se arrastraban entre la gravilla. Se acercaban. Rodney dio un gritito. Sonia se agarró a los barrotes, al tiempo que una silueta se perfiló a la luz de la farola. Pudieron verle mejor en cuanto entró en el círculo de luz: era un hombre viejo y cascado, la cara hecha un amasijo de arrugas, el cabello convertido en una pelusa blanca, como si tuviera el cráneo cubierto de telarañas. Cuando llegó cojeando hasta ellos, Sonia percibió el olor que manaba de él, una mezcla de vino agrio, orines y tristeza. Habló con voz de cristales rotos.

—¿Qué diablos quieren? Este cementerio está desacralizado. Aquí no hay familiares que visitar, y menos de noche.

Sonia apretó los barrotes oxidados para darse fuerza.

—Usted sabe por qué estamos aquí. No nos haga perder el tiempo y ábranos.

El anciano parpadeó. Sonia se percató de la catarata blancuzca que cubría su ojo izquierdo. Intentó imaginárselo siendo un niño, un adolescente con ganas de conquistar el mundo y la seguridad de que lo conseguiría. Sintió el lánguido soniquete de una pena en sordina. A su lado, Rodney estaba a punto de salir

corriendo; supo leerlo en su lenguaje corporal.

—Ustedes no son clientes. ¿Por qué debería dejarles entrar?

Sonia asintió. Habían avanzado un paso. Sacó el monedero de su bolso y le tendió un billete a través de los barrotes. El anciano lo miró como un presidiario miraría a una mujer tras años entre rejas. Lo agarró con unos dedos amarillentos que rozaron los de Sonia y la hicieron temblar. Abrió la verja de un golpe y se hizo a un lado.

—Sigán recto por el camino principal. Llamen cinco veces a la puerta detrás del Cristo mutilado. No llamen a ninguna otra puerta. No miren a nada que se mueva. Y sobre todo, no se aparten del camino.

—Gracias —murmuró Sonia.

Los dos se internaron camino arriba, un sendero tan oscuro que les hizo añorar la calle por la que habían llegado.

—Lo ha dicho para asustarnos —susurró Rodney, caminando a su lado—, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Sonia sin la menor convicción.

—Por si acaso, he traído esto.

Sacó un revólver del bolsillo de la chaqueta. Sonia se detuvo en seco.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —exclamó, y al instante bajó la voz—. No vas a disparar a nadie, al menos no delante de mí. Guarda esa cosa inmediatamente. Ahora eres tú quien da miedo.

Rodney obedeció sin rechistar.

La luna estaba cubierta. Apenas se veía nada. A medida que avanzaban, los sonidos se hicieron dueños del mundo. Oían rumores que parecían pasos, suspiros, voces estranguladas, respiraciones furtivas, gañidos. En la oscuridad, creyeron intuir movimientos, retazos de silueta, ráfagas de cosas vivas que pasaban cerca de ellos, fuera del camino.

—¿Qué...?

—No mires, Rodney.

—Pero ¿qué son? ¡Estamos rodeados!

—Baja la voz. Vas a despertar a alguien.

Se arrepintió al instante de haber bromeado. Aquel sitio era peligroso. Tenía toda la razón en lo que le había dicho a Rodney. Los muertos no les harían nada. Pero la clase de gente que venía a estos sitios no era precisamente inofensiva.

—¿Es ahí? —preguntó Rodney.

El Cristo mutilado era una estatua frente a un mausoleo al pie del camino, un Jesús con los brazos extendidos. Le habían cercenado las manos a la altura de las muñecas. Las enredaderas que cubrían su rostro se extendían también por todo el mausoleo. Parecía que fuese a desplomarse de un momento a otro. Incluso si alguien saltara la valla y burlase al guardia, era bastante improbable que se le ocurriese entrar

precisamente ahí.

Se detuvieron delante de la puerta.

—Cinco veces. —Sonia alzó la mano.

—¿Señor? —dijo una voz—. ¿Señora?

Rodney soltó un chillido de gozne oxidado. A la izquierda del mausoleo, entre las tumbas, había una muchacha joven. Tenía el pelo negro, largo y suelto. Iba envuelta en muy poca ropa para el frío que empezaba a hacer. Les miraba con una expresión preocupada, que sin embargo escondía algo más.

—¿Señor? —repitió—. ¿Señora? ¿Podrían ayudarme?

—¿Qué le sucede, señorita?

—No la mires, Rodney. —Sonia llamó una vez a la puerta.

—Necesito ayuda, señor —dijo la chica, ignorando a Sonia y dirigiéndose directamente a Rodney. Se apartó de las lápidas y empezó a caminar hacia ellos.

—Rodney, no la mires —repitió Sonia, dando un segundo golpe en la puerta.

—Pero, Sonia, necesita ayuda.

—Por favor —rogó la chica, temblando. Avanzaba despacio, como si le costase trabajo separarse de las lápidas en las que había estado apoyada.

—No debemos apartarnos del camino, Rodney. —Un tercer golpe.

—Por favor, señor, se lo pido por lo que más quiera —insistió la chica, cada vez más cerca—. Le necesito.

—Yo...

—Rodney, no. —Sonia llamó de nuevo—. Yo también te necesito. Sin ti no podré hacer esto.

—Venga aquí, señor —dijo la chica, tan cerca ya que casi podía tocarles—. Yo cuidaré de usted.

Sonia dio un último golpe en la puerta. Al instante se descorrieron varios cerrojos. La puerta se abrió justo cuando la chica tendía los brazos hacia Rodney. Sonia tiró de él hacia dentro. La puerta se cerró con un golpe sordo.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Rodney.

—Buenas noches —dijo una voz a su espalda, que les hizo dar un salto. Un hombre con pinta de chambelán les hizo una reverencia y les señaló con un gesto hacia delante. Una escalera descendía hacia una nada negra, desde la que subía un tufillo aromático nada desagradable—. Pueden dejar sus abrigos aquí, si lo desean.

—No, gracias —rehusó Sonia—. No nos quedaremos mucho.

El local al fondo de la escalera olía como si jamás hubiera conocido otro aire que aquella calina turbia que flotaba a la altura de los ojos. A primera vista consistía en una única sala alargada, como un salón de banquete, que se extendía hasta profundidades que la penumbra no dejaba descubrir. Los únicos muebles eran pequeñas mesitas de manufactura persa, en consonancia con los intrincados diseños

de las alfombras reconvertidas en tapices que envolvían todo el interior y disimulaban los nichos en las paredes. Lamparitas moribundas iluminaban siluetas casi inmóviles con el mezquino resplandor que solo sabe producir el aceite de ballena. Los ocupantes permanecían reclinados sobre almohadones de aspecto sobado. Se oía una concienzuda sucesión de chupadas a las pipas de agua, aderezada por murmullos alucinados.

—Creía que estos sitios se habían prohibido hacía años —musitó Rodney.

—No creo que las prohibiciones cuenten mucho aquí.

Contemplaba cada rincón, cada sombra, cada figura. Los clientes les ignoraban. Poco a poco, los ojos se le fueron acostumbrando a la penumbra sobrecargada. Entonces, cuando los contornos se hicieron más precisos, empezó a reconocer rasgos donde solo había manchas.

—Dios santo —exclamó Rodney—. Son mujeres.

—Todas no. —Sonia señaló al fondo.

Se detuvieron delante de una figura voluminosa, un arabesco de humo y sombras de vaga forma humana. Aspiraba con desgana una pipa que despedía el mismo olor dulzón que estaba tatuado en las paredes. No les prestó atención hasta que Sonia le dio un par de golpecitos con el pie. Surgió de entre la humareda una cabeza despeinada, rematada por un bigote imperial. Detrás de ella había un hombre grueso, un cincuentón pálido como el mármol incapaz de disimular el temblor de sus manos. Una constelación de gotas de sudor decoraba su frente. La fiebre brillaba en sus ojos inyectados en sangre.

—Voto al diablo, ¿se puede saber qué quieren? —dijo el trombón roto de su vozarrón.

—Buenas noches, señor Fort —dijo Sonia—. Queremos hablarle del Necronomicón.

Charles Hoy Fort entrecerró unos ojillos de topo borracho.

—Les estaba esperando. Sé por qué están aquí, pero juro por Dios que antes van a escuchar lo que tengo que decir.

Cuando despertó, el olor todavía estaba ahí. Tenía las muñecas atadas. Miró a los otros, a su alrededor, al agujero en que se había convertido el mundo. Estaban metidos en una especie de foso, el suelo lleno de barro y tripas de pescado. La noche empezaba a caer. Dios del cielo, la nariz. Le costaba respirar, pero apreció el privilegio de poder seguir haciéndolo. Quién sabía cuánto duraría.

En el centro del foso distinguió la figura arrebujaada de Arthur Machen. No le habían atado, se habían limitado a darle una paliza, la más brutal que uno podría imaginar. Estaba justo delante de él. Al ver el amasijo de carne hinchada y sanguinolenta en que se había convertido su rostro, se obligó a apartar la vista. La respiración del anciano era un hilito agónico.

—Bob. —Oyó que decía alguien. Se dio cuenta de que se dirigía a él—. Bob, ¿te encuentras bien?

—No. —Escupió un poco de sangre. Se sentía como si tuviera un cartucho de escopeta alojado en cada agujero de la nariz. El dolor se repartía por toda su cabeza. Consiguió centrar la vista, y vio que era Howard Lovecraft quien le hablaba. Estaba sentado en el suelo a su izquierda. Alrededor de las muñecas tenía una corbata hecha un nudo, y supuso que era lo mismo que ataba las suyas. Corbatas, pensó con un humor agrio. Ya no hacían los villanos como los de antes.

—No deberíais haber venido —dijo la aguda voz de su amigo.

—¿Y qué íbamos a hacer sin ti, Howard? Eres el único que puede leer el Necronomicón.

—Oh, Bob —dijo Lovecraft—. ¿Tú también?

Robert Howard intentó concentrarse, mirar a su alrededor y encuadrar la escena. Frank Long y Justin seguían inconscientes. No les habían castigado tanto como a Machen. Se alegró de algún modo de ser quien, aparte del escritor, había recibido la mayor paliza.

—Señor Lovecraft.

Era Machen. Había vuelto la cabeza hacia Lovecraft. Le miraba con ojos extraviados. La sangre le salpicaba todo el regazo.

—Encantado de conocerle, señor Lovecraft —balbuceó—. Espero que no sea mucho pedir que nos saque usted de aquí.

Lovecraft le miró fijamente.

—De buena gana lo haría si pudiera, caballero. Pero no veo cómo.

—Señor Lovecraft... —Las palabras salían de sus labios entre burbujas de sangre—. Estamos en un puerto. En un almacén lleno de peces muertos.

Exhibiendo una fuerza de voluntad sorprendente para su maltrecho cuerpo, Arthur Machen empezó a arrastrarse hacia Howard Lovecraft.

—Esto es usted, señor Lovecraft. El Coleccionista no miente. Usted puede hacerlo. El Coleccionista sabe. No me importa lo que diga Crowley, yo creo en usted. Llámeles, señor Lovecraft. Llámeles y sáquenlos de aquí.

Se impulsó con los codos, tragando y escupiendo sangre a partes iguales. Su corpachón dejaba un truculento rastro negruzco en el barro. Lovecraft, incapaz de retirarse, echó la cabeza hacia atrás.

—No sé a qué se refiere —casi suplicó—. Por favor, no sé a quién tengo que llamar.

Arthur Machen llegó hasta él. Sus dedos se posaron sobre el regazo de Lovecraft. Trepó por su cuerpo como un insecto enorme. Lovecraft sollozaba.

—A ellos, señor Lovecraft. Llámeles a ellos. *Ph'nglui... mglw'afh...*

Parecía a punto de morder la cara de Lovecraft. Él abrió la boca para gritar.

Entonces una sombra tapó la luz de la lámpara. Theodor lanzó a Machen una monstruosa patada en el estómago. El escritor gorjeó como un animal. Sus ojos estaban fijos en Lovecraft mientras sus pupilas se congelaban. Robert Howard apartó la vista.

Theodor se inclinó sobre Lovecraft. Comprobó que Machen no le había hecho nada aparte de mancharlo, y se apartó de él. Lovecraft mantuvo los ojos cerrados durante su escrutinio.

—Espero que hayan aprendido la lección.

Jakob Elzevier apareció arriba del foso. Robert Howard le contempló quizá incluso con más desagrado que a su subordinado. En aquel agujero, Elzevier parecía tan fuera de lugar como una vaca en Times Square. La cabeza de lobo en su bastón resplandecía bajo la luz mortecina.

—Le ha matado. —El tejano hablaba con voz ronca y nasal—. Es un anciano, y le ha matado a sangre fría.

Elzevier consultó a Theodor con la mirada. El hombre batracio comprobó el pulso de Arthur Machen y meneó la cabeza.

—No exagere. Es posible que muera, pero por ahora solo está inconsciente.

—Es usted un criminal.

—Depende de a quién le pregunte. Por las buenas podemos ser muy diplomáticos, pero no se olvide que ustedes han allanado nuestra propiedad. La defensa propia era obligada. Además...

—¿Defensa propia? ¡Mírele! ¡Le han destrozado!

Elzevier le hizo una seña a Theodor. Este lanzó una patada al costado de Robert Howard. El aire se le escapó. Empezó a toser, luchando por recuperarlo y por controlar las ganas de vomitar.

—No vuelva a interrumpirme.

—¿Qué va a pasar ahora, Elzevier? —preguntó Lovecraft—. ¿Qué quiere hacer con nosotros?

—No se confunda. Yo no soy ningún villano de *Weird Tales*. No tengo ningún plan maquiavélico que explicarles ni pretendo conquistar el mundo. Solo voy a ir con usted a la subasta de mañana.

—Ni hablar.

—Qué previsible es usted. Verá, vamos a dejar a sus amigos aquí como garantía de que no se volverá a escapar. A cambio de sus vidas, va usted a comprobar que el Necronomicón es auténtico. Llevarle al Socio 555 una falsificación no entra en nuestros planes.

Chasqueó los dedos. A su lado apareció otro de sus hombres con una jarra de agua en las manos. Se la tendió a Theodor, que la dejó al lado del cuerpo de Arthur Machen.

—No queremos parecer crueles. Les dejaremos un poco de agua por si tienen sed durante la noche. Mañana se dará una ducha, se afeitará e iremos a la subasta como personas civilizadas.

Giró sobre sus talones y desapareció de su vista. Su voz reverberó con un toque enfermizo.

—Que descansen, caballeros.

—En el año 1314, sobre el ducado de Leuven llovió sangre durante tres días. Setenta y dos largas horas de una lluvia intensa, constante e infernal, que terminó obligando a los duques de Brabant a abandonar la ciudad a su suerte y mudarse a Bruselas. Imagínense en qué pensaban sus habitantes. Mirando a través de los postigos de sus ventanas. Viendo a Dios desangrarse sobre el mundo.

»En 1677, una lluvia de truchas cayó sobre la iglesia de Grafenberg, en Alemania. Esta vez no duró tanto, apenas tres minutos, aunque los testimonios de la época hablan de una tromba de peces tan intensa que hizo añicos todas las cristaleras, abolló las campanas, destrozó el retablo y decapitó la efigie de san Cristóbal. El sacerdote murió ahogado por las truchas. Las crónicas de la época afirman que su cuerpo estaba arrodillado frente al altar. Probablemente pedía perdón a Dios, quién sabe por qué. El olor no abandonó jamás la iglesia; fue tan insoportable que hubo que cerrarla. A día de hoy, los vecinos de Grafenberg aún tienen que ir al pueblo de Metzingen a escuchar misa. Y a día de hoy, la iglesia sigue en pie, cerrada y maloliente. Cientos de años después.

»A principios del siglo pasado, el pueblo de Casas Viejas, en España, sufrió una epidemia. Una muy particular, que hasta entonces no se conocía: nacieron cabras de mujeres. Al menos dieciséis mujeres del pueblo, muchachas que apenas habían empezado a menstruar el año anterior, se quedaron embarazadas y dieron a luz el mismo día. A la misma hora. En mitad de una tormenta eléctrica. Cada uno de los recién nacidos era un perfecto cabrito ensangrentado, retorciéndose y balando con un dolor desconocido. Todos los recién nacidos fueron degollados y enterrados en una fosa cerca de las marismas. Las familias colocaron rosarios bendecidos dentro de las tumbas y renegaron de sus hijas. El médico de Casas Viejas dejó de ejercer después de aquel día. Se suicidó al año siguiente.

Charles Hoy Fort dio una fuerte chupada a su pipa. Incluso en aquella penumbra malsana, Sonia pudo ver cómo sus pupilas se dilataban. Se abrazó a sí misma. Se le había puesto la carne de gallina. Si ese era el efecto que habían causado en ella las palabras de aquel hombre, estuvo segura de que Rodney estaba a punto de perder el conocimiento.

—¿Por qué nos cuenta esto?

Fort se permitió otra chupada antes de contestar. Cuando lo hizo, su voz era una ciénaga.

—Todo es cierto. Uno puede decidir no creer lo que escribió hace cientos de años un bachiller intimidado por la sombra de un crucifijo. Pero yo he visto fotos de los Hijos de Casas Viejas. He estado en el pueblo, delante de la tumba. He entrado de noche en la iglesia de Grafenberg. Esto. Es. Real.

Les dejó un par de segundos para que rumiasen sus palabras, segundos que aprovechó para robar otro par de caladas.

—He dedicado mi vida a investigar estos fenómenos. He datado cientos de casos a lo largo de la historia. Es muy difícil separar los cuentos supersticiosos de los informes fiables. Lo que ustedes llaman ciencia se ha dedicado durante años a desestimarlos. Con todas sus fuerzas. Cosas que escapan a la comprensión del puñado de estirados con bata blanca que deciden qué es real y qué no. Yo los estudié todos. La enorme serpiente de mar vista por el capitán Peter M'Quhae en la fragata *Daedalus* el 6 de agosto de 1848. El contenido de los diecisiete ataúdes en miniatura que se encontraron en la montaña de Arthur's Seat en 1836. La lombriz gigantesca que se arrastró por la campiña de Bristol el 29 de octubre de 1842, a la vista de todos los vecinos. Los clasifiqué e intenté racionalizarlos, encontrar una teoría científica que los explicase, que demostrase que la naturaleza tiene también arranques de cólera, que el mundo tiene sentido sin que tengamos que volver la cara e ignorar lo que no encaja en nuestros esquemas. Me equivoqué.

—¿Qué quiere decir con que se equivocó? —preguntó Sonia, absorta en el relato de aquel hombre.

El humo volvió a acariciar la garganta de Charles Fort.

—Yo no he sido siempre la ruina que están viendo aquí. Tuve prestigio. Tuve seguidores. Creyentes, casi. La Sociedad Forteana; decidieron llamarse así en mi nombre. Estudiosos como yo, rebeldes para con la dictadura de la ciencia. Investigaban, databan casos, como yo mismo hacía. Me hicieron socio de honor, por supuesto. Daba conferencias. Escribía libros. Nos invitaban a cenar a mí y a mi esposa, Anna.

»Entonces llegó el Crack. La caída fue dura, más de lo que nadie habría pensado. Se acabaron las conferencias y las cenas. Yo tenía que mantener a Anna, pero a nadie le interesaba un marginado de la ciencia. A nadie. Por desgracia, aunque entonces pensé que era una bendición, conocí a Arsenius Ashcombe.

Ahí estaba. Por fin. Después de aquella espeluznante introducción, por fin se acercaba lo que a ella le interesaba. Sonia se preguntó qué parte del discurso de aquel hombre era real y qué parte correspondía a las alucinaciones que causase aquel humillo. Sintió ganas de azuzarle, pero se reprimió. Había tratado antes con borrachos, y sabía que era mejor dejar que su mente descosiese sola el hilo de sus pensamientos.

—Ashcombe buscaba libros. Y lo hacía por mucho dinero. Incluso en esos

tiempos, seguía habiendo millonarios con la cartera segura y fondos que invertir. Yo conocía los entresijos de las bibliotecas, los archivos y los depósitos. Había pasado media vida en ellos. Trabajábamos bien juntos. Recuerdo un día en que le contaba a Anna un caso, y me sonrió. En ese mismo momento me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no la veía sonreír. No sabría explicarles qué sentí entonces. No fue simple alivio, ni satisfacción. Fue algo más. Y entonces llegaron John Raskob y el Necronomicón.

Su voz se estranguló. Hicieron falta varias chupadas ansiosas a la pipa para que continuase.

—Nos ofreció una suma enorme por encontrarlo. Impensable. Yo, al estudiar estos fenómenos, había tenido que consultar ocasionalmente fuentes pertenecientes al mundo del ocultismo. Conocía el libro, menciones de pasada, datos tan vagos que apuntaban a una falsificación o a un fraude. Sin embargo, era real. Acudí a esas mismas fuentes, a pesar de que nunca me había fiado de ellas. Investigué, hice favores, me endeudé con gente. Gente poco recomendable. Criminales y algo peor. Me avergüenza admitir que me movía la codicia. Si encontraba el Necronomicón, habría acabado con el problema de alimentar a Anna. Y... yo...

Las lágrimas subieron a aquellos ojos afiebrados. Tragó varias veces, y luego estalló en un llanto que encogía las entrañas. Rodney se dio media vuelta para no mirarle, con una mueca de disgusto. Sonia alargó una mano para tocarle, pero la imagen de Arsenius Ashcombe le vino a la mente. La apartó.

—Lo siento —se disculpó Charles Fort cuando fue capaz de hablar de nuevo—. Lo siento tanto... Tanto...

—No se preocupe —dijo Sonia, a sabiendas de que no se dirigía a ella—. Encontraron una pista que llevaba hasta el libro, ¿no es así?

Charles Hoy Fort sorbió con fuerza por la nariz.

—Arsenius Ashcombe dio con el libro, pero no fue fácil. Hubo accidentes inexplicables. Cosas desagradables de las que no hablaré aquí. Era como si algo se opusiese a que llegásemos a nuestro destino. Pero lo conseguimos. Una cosa que pueden decir sobre Charles Hoy Fort es que fue tenaz toda su vida.

A Sonia no se le escapó que había hablado en pasado. De pronto se le ocurrió una idea. Una idea preocupante.

—¿Leyó usted el Necronomicón?

Fort le enseñó una sonrisa desagradable, tensa y demasiado amplia. En ese momento, Sonia tuvo la certeza de que aquel hombre había perdido la razón.

—No me atreví, pero no me hizo falta —contestó—. Lo tuve cerca de mí. Lo sostuve en mis manos. Usted no lo comprende, señorita. El Necronomicón no es para usted. No es para nadie. Lo que encontramos me cambió. Todo lo que yo era. Todo en lo que creía. Nos cambió a los tres. Y luego sucedió... No, ni voy a pensarlo. Es

demasiado horrible. Cuando regresamos a Londres nos separamos. No volví a ver a Arsenius Ashcombe. Ojalá pudiera decir que ese fue el final de la historia, pero no. Lo peor estaba aún por llegar.

»Intenté volver a mi vida normal. Buscar trabajo, olvidarlo todo. Luego vinieron las pesadillas. Mi mujer las sufría tanto como yo. O más. Decía que yo hablaba en sueños, que gritaba cosas. Cosas, fue lo que dijo, cosas que no se atrevía a repetir. Intentamos buscar ayuda, un médico del sueño, un alienista, drogas. Estuve unas semanas en un sanatorio. Nada funcionó. Debería haberla abandonado, haber impedido que me oyese hablar en sueños, que oyese lo que mi mente consciente se obligaba a callar.

Charles Fort tomó aire y volvió a aspirar de la pipa, con tanta fuerza que el carboncillo se enrojeció como lava. Cuando volvió a hablar, la pena en su voz había desaparecido. En su lugar había algo áspero.

—Mi mujer se suicidó hace tres semanas. Se ahorcó en nuestro dormitorio mientras yo dormía. Se había quitado la ropa y se había grabado tres palabras sobre el pecho a cuchillo. Se había ayudado de un espejo, así que estaban escritas al revés: Qué. Has. Hecho.

—Tengo que salir de aquí. —Rodney se dirigió a trompicones a la salida antes de que Sonia volviese la cabeza en su dirección. No se molestó en ir tras él, comprendía cómo se sentía.

—Lo siento mucho, señor Fort. —Entonces cayó en la cuenta de algo—. Un momento, ¿ha dicho que les cambió a los tres? ¿Quién es el tercero?

—Su nombre es Jakob Elzevier. Sin él no lo habríamos logrado.

—Elzevier —paladeó el nombre en los labios—. ¿Dónde puedo encontrarle?

Él continuó como si no la hubiese oído.

—Desde entonces, estoy aquí. Escapando de los recuerdos. Intentando olvidar lo que he vivido. Esperándoles.

—¿Esperándonos?

Charles Fort apretó los labios.

—Sé que han venido a asesinarme. Pero ahora ya me han escuchado. Adelante, mátenme, pero sepan que lo hice todo por Anna. Yo era un hombre enamorado. Todavía lo soy. Díganselo al Coleccionista.

Sonia parpadeó, tomando conciencia del peso y las implicaciones de sus palabras.

—No hemos venido a matarle, señor Fort. No tenemos nada que ver con el Coleccionista.

Él dejó caer la mandíbula.

—¿Quiénes son ustedes?

—Venimos de Sotheby's. —Se arrepintió al instante de estar diciendo la verdad—. Nosotros... mañana va a salir un ejemplar del Necronomicón a subasta. El señor

Ashcombe lo donó...

—¡No! —gritó Charles Fort. Se abalanzó sobre ella y la agarró por los hombros. Muchas cabezas se giraron—. ¡No puede permitirlo! ¡Pondrá en peligro a todos! ¡A todo!

—Señor Fort, por favor —dijo Sonia, revolviéndose—. Déjeme.

Era mucho más alto y voluminoso que ella. Sus manos le apretaban como zarpas de oso.

—¿Es que no ha entendido nada de lo que le he dicho? Lo que encontramos lo cambió todo, señorita. Hizo que lo comprendiera. Que viera lo equivocado que estaba. No es ciencia, señorita. Todos esos sucesos. Las lluvias imposibles. Los partos antinaturales. —Cada vez le apretaba con más fuerza. Su aliento mareaba—. No es la Madre Naturaleza, señorita. Son ellos. *Ellos*. Son señales de que va a ocurrir. Hasta ahora lo hemos evitado, Dios sabe cómo. Pero cada vez hay más. Se están acercando, señorita. Todo empieza ahí. Todo empieza en el Necronomicón.

—¡Suélteme!

Su rodilla golpeó la entrepierna de Charles Fort. Él se dobló sobre sí mismo. Sonia giró sobre sus talones y salió corriendo hacia la puerta.

—¡Señorita! —gritó Charles Fort—. ¡Protéjanse! ¡Protéjannos a todos, por favor! ¡Destruyan el libro! ¡Destruyanlo! —Se dejó caer de nuevo en los almohadones, vidrio en los ojos y temblor en los labios—. Que Dios les ayude.

Su mano reptó hacia la boquilla.

Sonia subió a toda prisa los escalones hasta la entrada. El chambelán puso una mueca de disgusto, pero ella apenas le prestó atención. Forcejeó con el cerrojo y salió al cementerio. Rodney estaba fuera. Se volvió hacia ella con expresión culpable.

—Lo siento.

—No pasa nada —dijo Sonia con brusquedad—. Vamos.

Se enganchó a su brazo y echó a andar por el sendero.

—La chica ha desaparecido —comentó débilmente Rodney, para llenar el silencio alterado que rodeaba a Sonia—. ¿Crees que era un fantasma?

—Era una puta, Rodney —espetó Sonia—. Una puta.

—Oh.

—Seguramente sus amigos te estaban esperando al lado del sendero para darte una paliza y quitarte el dinero en cuanto tuvieras los pantalones por los tobillos.

—Oh.

—Los fantasmas no existen —añadió, incapaz de ocultar su enfado, aunque sin saber hacia quién iba dirigido—. Los muertos no hacen daño. Hay que tener cuidado con los vivos.

En algún lugar resonaron las campanadas de una iglesia lejana. Ambos contaron los tañidos en silencio.

—¿Por qué teníamos que venir precisamente a medianoche? —preguntó Rodney.

Sonia no contestó. Siguieron caminando sin hablar. Ninguno se fijó en la silueta fuera del camino, en la cabeza que les seguía con la mirada mientras pasaban a su lado, en la brasa de cigarrillo que iluminó unos ojos en la oscuridad. Ninguno la vio entrar en el sendero y echar a andar en dirección al mausoleo.

El Museo Británico

2 de septiembre, 1931

Aproximadamente quince minutos después de la muerte de Charles Hoy Fort, Arthur Machen exhaló un quejido débil y tembloroso. Su cuerpo se estremeció durante unos segundos y volvió a quedarse quieto.

—Oh, Dios mío —susurró Frank Long—. Ha muerto.

Una voz chillona llegó hasta él en la oscuridad.

—No lo creo, Belknapius. Le veo respirar.

Frank Long quiso preguntarle cómo podía ver en aquella negrura, pero se sentía demasiado abatido para hacerlo. Su voluntad se había reducido a un pequeño aliento que le permitía seguir despierto y poco más. Habría preferido dormir, cerrar los ojos hasta que todo aquello pasase. Despertar en casa.

—Howard, ¿cómo hemos llegado a esto?

—Ha sido culpa mía. Jamás debí prestarme a esta demencial empresa. Ha sido un error por mi parte pensar que mi presencia podría acarrearos algo más que la mayor de las condenaciones.

—No digas eso, Howard.

—¿Por qué no habría de decirlo? Dedica un breve instante a contemplar a tu orondo acompañante. Seguro que ayer por la mañana, mientras untaba mantequilla en el pan de su desayuno, no se le pasó por la cabeza que semejante destino le estuviese esperando en medio de esta noche aciaga.

—Howard... es Arthur Machen.

Lovecraft tardó unos segundos en volver a hablar.

—¿De veras?

—Sí. Han creado algo llamado Orden Esotérica de Cthulhu. Ayer por la noche trajeron a Aleister Crowley de vuelta a la vida. Van detrás del Necronomicón.

Long le relató el encuentro con Machen en el hotel y lo que había sucedido en el teatro. Lovecraft no le interrumpió ni una sola vez. Sólo al final de su relato chasqueó la lengua y dijo:

—Es el mayor compendio de desatinos que he oído desde mis días de periodista amateur.

El tono defraudado de Lovecraft causó una punzada en el orgullo de Long.

—Tú no estabas ahí. Si lo hubieras visto...

—Por Azathot, Belknapius. ¿Un ritual? ¿Humo verde? ¿Sonidos extraños? ¿Luces? Estabais dentro de un teatro.

—Ya, pero...

Sintió que se le calentaban las mejillas.

—Me sorprende que os hayáis dejado manipular tan fácilmente, Belknapius.

—Eso es fácil de decir para usted. El manipulador por excelencia.

Era Justin quien había hablado. Long localizó su posición en las tinieblas. Su voz sonaba vigorosa y enfadada.

—Usted —prosiguió Justin—, con sus medias verdades y sus ambigüedades. Sabe usted mucho más de lo que dice, Lovecraft.

—Una primorosa manera de no decir nada con muchas palabras.

—A veces me pregunto por qué tuvo que ser usted el primero. Por qué, de entre todos los escritorzuelos de tres al cuarto del mundo, le eligieron a usted.

—¿A qué se refiere? —preguntó Frank Long.

—¿Acaso no es patética y vergonzosamente evidente? —dijo Lovecraft—. Incluso en esta, nuestra hora más azarosa, el buen Justin intenta hacernos creer que el Necronomicón y sus supuestos contenidos son reales.

—Esa debe de ser la razón —prosiguió el irlandés—. Supongo que nadie le tomaría en serio si se afanase en convencer al mundo de la verdad. Le tomarían por un loco, le pondrían a buen recaudo y su mensaje no se extendería. Nadie creería en Ellos si su profeta fuese un exaltado.

—Por otro lado —cortó Lovecraft—, no está usted en la mejor posición para acusar a nadie de manipulación.

El agua goteando en las tuberías fue la única respuesta. A los pocos segundos, Justin recuperó el habla.

—No sé de qué está hablando.

—Oh, sí que lo sabe, jovenzuelo. Sabe que hablo del catálogo de la Biblioteca John Hay. De la ficha que usted colocó en él.

—¿Qué? —exclamaron al mismo tiempo Frank Long y un hasta ahora mudo Robert Howard.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó el irlandés.

—Es retorcido, pero no muy difícil de entender, si uno tiene en cuenta el curso de los acontecimientos. Primero, ustedes concertaron una cita con Frank Belknap Long para proponerle que se uniera a esta demencial empresa: la búsqueda y posterior identificación del Necronomicón.

»Sin embargo, sabían perfectamente que el Necronomicón apareció por primera vez en mis propios relatos, no en los del señor Long. ¿Por qué no se pusieron en contacto conmigo? La respuesta es sencilla: sabían que jamás me habrían convencido de que regresase a Nueva York, infecta Babilonia que he jurado no volver a pisar en los días que me resten en este plano de existencia. Por otro lado, personarse en mi casa y explicarme toda la historia no habría tenido el mismo efecto que una cita misteriosa, a medianoche, en un edificio que ostenta la lamentable fama de estar

maldito. La ambientación es vital a la hora de suspender la incredulidad.

Long atendía boquiabierto a la explicación del Abuelo. Había sospechado algo así, pero se había resistido a creer que sería tan fácil de embaucar.

—Por supuesto —continuaba Lovecraft, como si estuviera dando una conferencia en un atril de Brown en lugar de maniatado en un foso—, sabían que el señor Long rechazaría de plano su proposición. Pero también sabían que vendría tarde o temprano a hacerme partícipe de su estrambótico encuentro. Solo tenían que esperar a que dicha proposición llegase a mí a través de una persona en quien confío, lo cual la haría más creíble. Como ya he dicho, retorcido. Sospecho que su contratante es seguidora de los dudosos avances que cierto austríaco degenerado proclama haber hecho en el campo de la psicología.

—Eso no explica la ficha en la biblioteca —protestó Justin en la oscuridad.

—Por supuesto que no, le ruego que no se rinda a la impaciencia propia de su corta edad. Ustedes sabían, o al menos sospechaban, que la historia de Frank Belknap Long no sería suficiente para convencerme. El único punto arriesgado de su plan era confiar en que a mi estimado amigo se le ocurriese la idea de consultar el catálogo de la John Hay. Aunque, bien mirado, no es tan descabellado: hay pocas bibliotecas en Providence, y yo mismo soy asiduo a todas ellas. Tarde o temprano se me habría pasado por la cabeza la insensata curiosidad de contrastar si ahí, tan cerca de mi casa, había una ficha parecida a la que, convenientemente, dejaron que Frank Long se llevase consigo.

»El resto es material de novela barata. Falsificaron una ficha de la John Hay, la rellenaron con datos coincidentes con los que ya conocían y la dejaron ahí, esperando a ser encontrada. Un claro ejemplo de profecía que se cumple a sí misma.

—Pero no podían saber que acabaríamos en la cárcel —musitó Frank Long sin la menor convicción. Ya no sabía en qué ni en quién creer.

—En ese punto habré de arriesgarme y atribuir el éxito de su plan a una feliz improvisación. Solo puedo aventurar que estuvieron vigilando los pasos de mi querido colega y le siguieron hasta Providence hace unos días. Probablemente fue una sorpresa para ustedes que decidiéramos entrar en la biblioteca por medios, digamos, poco convencionales. Sin embargo, es evidente que ni el buen Belknapius ni yo somos hombres de acción. Una incursión ilegal en un edificio público solo podría terminar de una manera: con los dos en la cárcel.

Frank Long no daba crédito a lo que estaba oyendo. Las preguntas florecieron en su cabeza. Lovecraft estaba lanzado.

—Oportunidad que usted aprovechó para brindarnos una milagrosa salvación de, permítame citar sus palabras, el escarnio público y una multa más que considerable. A cambio de nuestra incondicional colaboración, claro está. Por desgracia, se le pasó por alto un detalle: el registro de adquisiciones.

—¿El qué?

—Exacto. No me extraña que no pensase en ello, si ni siquiera conoce su existencia. Toda biblioteca lleva un registro de los materiales nuevos que se incluyen en el catálogo. Un lista tanto cronológica como alfabética. Fui capaz de convencer al guardia de la biblioteca para que me dejase consultar dicho registro, a cambio de mi entrega incondicional a las autoridades policiales. Mis sospechas, que se avivaron al comprobar que no había fecha de alta que correspondiese al Necronomicón, se confirmaron tras su providencial aparición.

Justin no respondió. Long pudo apreciar que su respiración se iba haciendo más y más pesada. Imaginó la rabia que debía de estar quemándole por dentro en ese preciso instante. Pensó que no estaba acostumbrado a perder. Él, sin embargo, no podía quedarse callado.

—No lo entiendo, Howard —dijo.

—¿Necesitas que repita alguna parte?

—No. Lo que no entiendo es qué hacemos aquí.

—Por desgracia, Belknapius, mis expectativas en cuanto a lo que nos deparaba al otro lado del océano han resultado de lo más err...

—¿Por qué no os calláis de una maldita vez? —dijo Robert Howard—. ¿Es que no entendéis que esta gente quiere matarnos?

—Que nuestra polémica discusión no te quite sueño, Bob. Lo único que estos señores necesitan es que les acompañe mañana al Museo Británico. En cuanto hayamos adquirido el Necronomicón en la subasta, podremos llevar al señor Machen a un hospital.

—Nos van a matar —sentenció Robert Howard—. En cuanto tengan el libro.

Un nuevo quejido de Arthur Machen apuntaló sus palabras. Contuvieron el aliento, esperando y temiendo que exhalase su último suspiro. No obstante, la respiración del escritor siguió oyéndose. Estaba moribundo, pero vivo.

—Deberíamos intentar dormir —sugirió Robert Howard—. Recuperar fuerzas.

—¿Para qué? —preguntó amargamente Frank Long, pero él no le contestó.

Al cabo de unos minutos, se oyeron los ronquidos del tejano. Long se maravilló de que pudiese conciliar el sueño en una situación así. A él no le pasó lo mismo. La oscuridad oprimía. El aire pestilente era una amenaza. Había poco espacio en aquel foso para la esperanza.

—¿En qué piensas, Belknapius?

Claro. Lovecraft era un ser nocturno, si no por naturaleza, por hábito adquirido durante los años. Que Long supiera, no había escrito una sola línea a la luz del día. Se preguntó si aquello quería decir algo, pero desechó la pregunta en el cajón donde guardaba la parte más fantástica de sí mismo.

—¿Cómo sabes que estoy despierto?

—Estoy acostumbrado a la oscuridad. Puedo ver perfectamente.

—Estás exagerando.

—Por supuesto. Pero he acertado, estás despierto.

Long suspiró.

—Quiero irme a casa. Echo de menos a mi madre.

—Yo también.

Long pensó en reprimir la pregunta que se le vino a la mente; sabía que aquel era un tema escabroso cuando se entraba en el mundo de Lovecraft. Pero luego pensó, qué diantres. Hay cosas más peligrosas que un recuerdo.

—¿Piensas en ella muy a menudo?

Lovecraft no respondió al instante. En la cabeza de Long apareció la imagen de un árbol de palabras, las hojas cayendo al suelo a medida que su amigo hablaba.

—Sí.

—Me imagino —dijo, dando por zanjada la conversación. No esperaba que Lovecraft añadiese nada más. Por eso se sorprendió cuando lo hizo:

—Ojalá la hubiese acompañado cuando se la llevaron al hospital.

Long recordó. Susie Lovecraft había sufrido un colapso en 1919. La habían internado en el Hospital Butler de Providence, donde había muerto dos años después. Por lo que sabía de las cartas de Lovecraft, su hijo nunca había ido a visitarla. Era algo que Long no podía entender. Lovecraft había estado dominado por su madre desde su infancia. Habría sido de esperar que no se hubiera movido de su cama durante toda la enfermedad. Long no se había atrevido a entrar en ese terreno; era una duda que jamás esclarecería.

—A veces es mejor recordar a los seres queridos como eran antes de caer enfermos, Howard. Seguramente, si hubieras visto su aspecto antes de... no la habrías reconocido.

—La vi una vez. Fui al hospital el día antes de su muerte.

—¿De veras?

Lovecraft jamás le había contado que hubiera visitado a su madre en el Butler. En aquel antro, estando prisioneros y en compañía de un moribundo, Long experimentó un interés que le sorprendió.

—Recuerdo el camino a través de los jardines —empezó a decir Lovecraft—. La bruma que rodeaba al edificio. El sendero tan verde, incluso con el cielo cubierto. Los árboles sudaban rocío. El hospital estaba dormido. No había gente en la entrada, ni en los alrededores. Entré, y el calor me golpeó en la cara. Había una persona en el mostrador, pero no la recuerdo. No recuerdo si hablé con ella. Yo temblaba. Los techos eran abombados. Las paredes estaban pintadas de amarillo. Yo caminaba por los pasillos, me hundía en la moqueta. Subí hasta la segunda planta. Usé la escalera. Respiraba muy fuerte, me acuerdo de eso. No había nadie en el mundo más que yo.

Las puertas estaban cerradas. Puede ser que estuviese soñando. Me interné en el pasillo donde estaba su habitación. Se oía el ronroneo de máquinas de las que nunca sabré nada. El sudor encharcaba mi espalda, mis axilas, mi pecho, mis cejas. Había un niño de pie junto a la puerta, un niño feo, de pelo largo, repulsivo. Me miró en silencio. Yo no le hice caso. Empujé con los dedos y la puerta terminó de abrirse. No quería entrar. Pero ya lo había hecho. Di un paso al frente. El olor me trajo toda una vida de recuerdos, recuerdos que no quería que volviesen, recuerdos que nunca deberían haberse quedado. Entré. Tenía una sensación rara en el estómago. Ella estaba allí. En la cama. Miraba a través de la ventana. No se volvió hacia mí. Pero sabía que yo estaba allí. El gotero le tapaba media cara. Tomé aire. Dije lo que había venido a decir.

La voz de Lovecraft había ido cambiando a medida que avanzaba su relato. Long había asistido al cambio, aunque era incapaz de decir en qué era distinta. Ahora Lovecraft añadió algo más, tan débilmente que no pudo distinguirlo.

—¿Qué? ¿Qué dijiste?

Desde la oscuridad llegaron nueve palabras.

—Madre, he conocido a alguien. Se llama Sonia Greene.

Long soltó el aire, casi enfadado consigo mismo. Lovecraft había vuelto a hacerlo. Le había atrapado con su telaraña de palabras y le había hecho creer que había algo extraordinario en decirle a su madre que se había echado novia.

—¿Qué dijo tu madre? —preguntó, más por educación que por verdadera curiosidad.

—Estoy cansado, Belknapius. Atendamos por unos instantes a la voz de la razón expresada tan elocuentemente por boca de nuestro querido Bob Dos Pistolas, y rindámonos a los reparadores brazos de Oniros.

Long meneó la cabeza. El Abuelo había regresado.

—Buenas noches, Howard.

A menos de tres horas de la subasta más importante del año, las oficinas de Sotheby's eran un huracán. Un pelotón de empleados ataviados con monos llevaba cajas de libros de un lado para otro. Se ultimaban los discursos, se matizaban los informes, se repasaban por quinta vez los inventarios, se reescribían las etiquetas y se liberaban los últimos nervios en forma de reprimendas. Y en medio del huracán, el Departamento de Adquisiciones era el centro en el que reinaba una calma chicha. Allí, Maike Brügger respondía las últimas preguntas, resolvía pequeñas crisis con apenas dos palabras perentorias y despachaba con una mirada fría a cualquiera que la entretuviera más de cinco segundos. Tenía los brazos cruzados. Frente a ella, sentado a su mesa, Rodney sudaba. A su lado, Sonia clavaba la vista en el suelo.

—¿Sabéis lo que significa esto? Podría despediros a los dos inmediatamente.

Sobre la mesa había una pila con ocho libros. Ocho libros que no habían tenido

tiempo de comprobar.

—Lo siento mucho, señora Brügger —empezó a decir Sonia—. Le aseguro que Rodney no...

—Rodney tiene la misma culpa que tú. Toda. Cien por cien. Habéis tenido tiempo de sobra, y no habéis sido capaces de comprobar todo el lote. ¿Tenéis idea de qué pasará si nos han colado una falsificación?

Rodney no se atrevía a mirar a Maike Brügger a los ojos.

—Ha sido culpa mía —insistió Sonia—. He tardado demasiado tiempo en comprobar uno de los libros.

—Nuestro prestigio se hundirá. Sotheby's será conocida como la empresa que vende libros falsos. El Museo Británico se desentenderá de nosotros. Perderemos miles de libras. Precisamente ahora. Y todo por vosotros.

—Por mí. He sido yo.

Maike Brügger guardó silencio. Uno de los mozos apareció por la puerta y dio cinco pasos en su dirección. Se desvió como un proyectil en cuanto vio la expresión de su cara. Aquellos segundos pesaron más sobre Sonia que cualquier rapapolvo. No pudo soportarlo más.

—Debería irme.

—En eso estamos de acuerdo. Recoge tus cosas.

Sonia cerró los ojos.

—Tenemos que estar en el Museo Británico en una hora.

Volvió a abrirlos. Rodney, a su lado, seguía inmóvil.

—¿De veras te crees tan especial, Sonia? —preguntó Maike Brügger—. Nunca, nunca, nunca da tiempo a comprobar todos los libros. Somos los mejores porque parecemos serios, no porque lo seamos.

El genio de Sonia restalló como un látigo.

—¿Y por qué... diantres nos ha hecho pasar este mal trago?

Maike Brügger soltó una risa perruna.

—Es parte de mi trabajo meteros miedo en el cuerpo. La próxima vez, que sean cinco libros en lugar de ocho. Y la siguiente, que sean tres —se dirigió a Rodney—. Tú quédate e intenta comprobar tantos como puedas. Cuando den las cinco, coge uno de los coches y tráetelos al museo.

Rodney asintió, aún inmóvil y temblando como un pajarillo. Entonces Sonia comprendió. Él había sabido que no les iban a despedir. Había cumplido con su parte del ritual pareciendo aterrorizado.

—¿A qué estás esperando? —Maike Brügger se dirigía ya hacia la salida.

Sonia la siguió. Desde su mesa, Rodney le dirigió una mirada de disculpa.

Ella resopló.

Británicos.

Rodney se estiró con tranquilidad en la silla. Bostezó sonoramente. La oficina se había quedado vacía, la plantilla al completo de Sotheby's debía de estar llegando en ese momento al Museo Británico. Tenía todo el lugar para él solo. Echó una mirada hastiada a los libros y consultó el reloj. Aún faltaban veinte minutos para las cinco. Poco tiempo para echar una cabezada, podía llegar tarde y eso sí que no se lo perdonaría la señora Brügger. Sintió una pizca de conmiseración por Sonia. Había pensado realmente que les iban a despedir a ambos. Le habría gustado mucho calmarla, levantar la cabeza y socorrerla. Pero se habrían metido en problemas. Mejor así. Sonia tenía que aprender cómo jugaba la Brügger, igual que habían aprendido todos. En algún lugar se oyó un chasquido.

Rodney se volvió.

—¿Hola? —preguntó en voz alta—. ¿Hola?

Nada. Quizá era una ventana mal cerrada. Sacudió la cabeza. Sonia. Sintió que se le reblandecían las tripas solo de pensar en ella. Rememoró el calor de su cuerpo, el breve pero intenso sabor de su saliva, el tacto blando y templado de sus pechos. Había revivido en su cabeza aquel momento una y otra vez. Ni siquiera los tipos extraños con los que habían tenido que mezclarse habían conseguido que su deseo por ella se aplacase.

El chasquido se repitió.

Era como si una ventana estuviese golpeando repetidamente el marco. Esta vez Rodney se levantó de la silla. De repente, se dio cuenta de que empezaba a hacerse de noche.

—¿Hola? —Su propia voz le sonó ridícula, la llamada de un niño la primera vez que se queda solo en casa. No se atrevió a abrir la boca de nuevo. Se asomó al pasillo, pensando que debería coger algún objeto contundente, más para darse ánimos que para usarlo. No lo hizo. En el pasillo no había nadie. El viento londinense se colaba por las juntas de las ventanas mal cerradas, levantaba los bordes de las hojas de papel y hacía rodar las plumas.

Maldita sea. Estaba dejando que las tonterías que habían oído esos últimos dos días le introdujeran ideas estúpidas en la cabeza. Le recorrió un escalofrío al pensar en la puerta entreabierta en aquella casa de Whitechapel, en aquel rellano desierto, en aquella cripta disfrazada de fumadero. ¿Por qué había tenido que acompañar a Sonia? ¿Por qué se había dejado arrastrar por su obsesión? ¿Y qué era aquel libro que investigaban? Se mordió el labio inferior. ¿Cómo era el título?

Volvió a oír el ruido. Esta vez se dio cuenta. No era el chasquido de una ventana.

Eran pasos.

—Quizá va siendo hora de irse.

Escuchar su propia voz no le sirvió de ayuda. Una especie de presión se agarraba a la parte de atrás de su cabeza. La certeza de que algo malo estaba a punto de pasar,

algo horrible que sin embargo no pasaba, que estiraba el tiempo hasta el infinito, haciendo de cada segundo el último antes de una catástrofe inminente. Fue casi a la carrera hasta la pila de libros. Su cabeza se llenó de imágenes escabrosas. Estaba solo. Estaba solo e indefenso. Lluvias de sangre. No había nadie para ayudarlo. Cabritos ensangrentados llorando como bebés. Tranquilo. Tranquilo, Rodney. Los muertos no hacen daño. Forcejeó con la chaqueta, incapaz de atinar dónde estaban las mangas. Peces que destruyen iglesias. Los muertos no hacen daño. Levantó la pila de libros y se volvió hacia la salida. Son los vivos.

Había alguien allí.

Su estómago se encogió. Fue justo entonces cuando se percató de lo realmente oscuro que estaba todo. Apenas podía ver el contorno de la figura de pie en la puerta. No distinguía sus facciones. Solo la brasa de un cigarrillo se encendió brevemente, iluminando sus ojos. Las rodillas empezaron a temblarle.

Usted no puede estar aquí. Eso era lo que quería haber dicho. Pero de su garganta solo salió un hilillo de voz. No hay que tener miedo de los muertos. Se le escapó una absurda lágrima, que cayó por su mejilla. Es a los vivos a los que hay que temer.

—Por favor... —consiguió decir—, por favor...

La silueta empezó a caminar hacia él.

Los libros cayeron al suelo.

Sonia se desabrochó el último botón de la blusa. Y volvió a abrochárselo. Se miró de nuevo al espejo. El pelo recogido no le sentaba muy bien, decidió. Luego pensó que el pelo suelto le hacía parecer cabezona. Suspiró.

—Déjalo ya.

Se giró. Maike Brüggén estaba a su espalda.

—Vas a hacerlo bien. Estás preparada. Me has visto dirigir docenas de subastas. Esta es solo una más.

—Lo sé. Pero quizá debería usted haberme encargado algo menos importante para empezar.

—Así debería haberlo hecho, si quisiera dirigir mi departamento como lo haría un hombre. —Sonia sonrió—. Vas a hacerlo bien.

Estaban en un pequeño despacho adyacente. Ni siquiera podían mantener una ilusión de intimidad; los empleados de Sotheby's salían y entraban del despacho cargando cajas con los libros que iban a subastarse, que iban colocando por orden de aparición. Una cristalera daba a la Sala de Lectura. Las persianas venecianas estaban echadas. Sonia entreabrió dos varillas y husmeó. Contuvo el aliento.

La Sala de Lectura del Museo Británico era un aviario gigantesco. Su interior, de tres plantas de altura, estaba hueco. El espacio estaba diseñado para capturar la luz que entraba por la cúpula y repartirla por todos los rincones. Estanterías preñadas de libros embaldosaban las paredes casi hasta el techo. Los lomos sugerían idiomas de

los que Sonia ni siquiera había oído hablar.

En la primera planta, las mesas se distribuían en tres anillos concéntricos, atravesados a su vez por largas mesas perpendiculares. Normalmente, los escritorios estaban concurridos, ocupados por estudiantes, doctores y diletantes con mucho tiempo libre. Hoy estaban abarrotados. Nadie de la casta intelectual londinense quería perderse el espectáculo. El corazón de Sonia se aceleró al ver al joven Alfred Hitchcock, el director de moda desde que dos años antes inaugurase el cine sonoro británico con *Blackmail*. A su lado estaba sentado Peter Lorre, tan bajito y siniestro como parecía en pantalla. Tras ellos, Sarah Allgood, que esos días interpretaba a Medea en el Palladium, parloteaba sin que quedase claro a quién se dirigía. Al otro lado de la sala, Sonia vio sorprendida a Aldous Huxley charlando con Beatrix Potter. A pocas mesas de distancia estaba Charles Chaplin, quien debía de haber interrumpido su gira europea para asistir a la subasta. El hombrecillo estudiaba a los asistentes con expresión concentrada y nada divertida. Tomaba notas.

En otro sector, Sonia reconoció a Salvador Dalí, el supuesto genio español cuyo arte jamás comprendería. Quedó turbada por la belleza feroz de la mujer sentada junto a él. Dalí vestía un traje de arlequín rematado por un casco prusiano de la Gran Guerra. Aspiraba extasiado el humo de pipa que la mujer le echaba en el rostro. La escena duró hasta que uno de los muchos guardias que paseaban entre las mesas se acercó y le ordenó que la apagase. Ella obedeció, no sin antes echarle una bocanada al guardia en la cara. Dalí aplaudió como un chiquillo.

Por donde pasaba su mirada, veía más protagonistas de los chismorreos artísticos y empresariales de una ciudad donde todos parecían ser artistas o empresarios. Allí, George Orwell se mordisqueaba las uñas. Allá, Ezra Pound cuchicheaba algo al oído de un chico rubio de aspecto frágil. Más allá, Trostki permanecía con la mirada perdida, solo con sus pensamientos. Distinguió a miembros de la Familia Real, a medallas de oro de la Real Sociedad Geográfica, a ministros y jueces célebres que por un día dejaban sus escándalos en casa. Sintió que el estómago se le encogía. El eco de sus propios pensamientos resonó en la voz de Maike Brüggén:

—Nadie quiere perderse el espectáculo. Porque es solo eso. Tenemos que dar espectáculo. Pan y circo.

—Pan y circo —repitió Sonia.

—Damiselas.

Un hombre trajeado apareció en la puerta del despacho. Tenía cara de británico, lo cual iba que ni pintado a su cargo. Los mozos pasaban a su lado intentando no cruzar la vista con él. Ver que tenía la frente perlada de sudor tranquilizó de algún modo a Sonia.

—Damiselas —repitió—. Vamos a empezar.

—Si no le importa, señoras —dijo Sonia. Un agradable calor de brasas suavizó la

tenaza de su estómago—. Ambas hemos estado casadas.

Él movió la cabeza, turbado y sin saber qué contestar.

—Sonia, te presento a George Francis Hill, el director del Museo Británico. Si sale algo mal esta noche, su cabeza será la primera en rodar. George, esta es Sonia Greene. Va a dirigir la subasta.

—¿Cómo? —casi gritó Hill—. ¿Va usted a poner a una desconocida al frente de la subasta más importante que va a tener su empresa? Yo pensaba...

—La importancia de cada subasta la decide el consejo de Sotheby's —repuso Maike, de pronto gélida como un trozo de hielo flotando en el océano—, no usted. Empiece a dar su discurso de apertura. Nosotras nos encargaremos de pensar. Nos sale mejor.

Hill no se atrevió a replicar. Salió del despacho con la cara enrojecida. Sonia se volvió hacia Maike.

—No se lo había dicho usted a nadie —acusó, los ojos brillantes.

Maike Brüggén frunció los labios en una mueca adolescente y le tendió un objeto marrón y pesado. Ni rastro de la arpía que les había hecho sudar en la oficina.

—Ya te lo había dicho, si quisiera dirigir mi departamento de forma aburrida, le cedería el puesto a un hombre. Ahora más vale que cojas esto y empieces a vender libros.

Aquello hizo sonreír a Sonia. Aceptó el mazo de manos de su jefa.

Antes de cruzar la puerta, echó un último vistazo a uno de los primeros libros apilados. Un escalofrío le recorrió antes de bañarse en la luz de la sala.

Fue culpa de Lovecraft que llegaran tarde. No previeron que tardaría tanto en ducharse. Ante la insistente llamada de Elzevier, él alegó que se precisaba un esmero extraordinario en las abluciones para hacer presentable un rostro como el suyo. Aún más teniendo en cuenta que iban a un acto oficial de la Corona británica. Solo cuando empezaron a pensar que se había escapado por la ventana del baño y amenazaron con echar la puerta abajo, esta se abrió en un espasmo de vapor y reveló a Lovecraft, vestido con un traje nuevo y compuesto.

—¿Cómo consigue afeitarse sin mirarse al espejo? —preguntó Elzevier, viendo el cristal aún empañado.

—Solo es necesario combinar las proporciones adecuadas de voluntad y disciplina en el retorcido alambique de la praxis. Empero, me confieso incapaz de erradicar por completo este repulsivo olor de mi piel. Temo que me acompañe durante el resto de mis días.

—Uno se acostumbra enseguida al olor a pescado.

—Me refería al olor a crimen.

Elzevier no contestó.

Cuando entraron en la Sala de Lectura, les sorprendió ver lo concurrido del

ambiente. Les acompañaban ocho de los diez hombres que habían recibido a Lovecraft en el aeropuerto. A la luz del día, el horror de la noche anterior parecía haberse diluido como un mal sueño. Los trescientos asientos estaban ya ocupados, e incluso había gente que se conformaba con esperar de pie junto a los accesos o apiñarse en las plataformas superiores. Guardias y vendedores de catálogos pasaban por entre las mesas. Miraron a un lado y a otro. En la cara oeste se había colocado el estrado desde el que se dirigiría la subasta. Un hombre con traje caro estaba subiendo a la tarima.

Uno de los guardias les hizo una señal impaciente para que se dirigieran al fondo.

—Parece que nos vemos relegados a puestos de quinta fila —dijo Lovecraft.

Alguien les hizo señas desde una de las bancadas cercanas. Era un hombre maduro, apenas pasada la cuarentena, con un bigote cuidado quizá con demasiado esmero. Vestía un traje de *tweed* con coderas que le daba un aspecto más bien provinciano. Chupaba una pipa apagada. Lovecraft miró a Elzevier, quien se encogió de hombros e hizo un gesto. Theodor y los ocho hombres restantes se repartieron por toda la sala, perdiéndose en la marea de sombreros y tocados.

—No intente nada —advirtió Elzevier, enseñándole el pequeño revólver que tenía en el bolsillo—. Puedo ser un tullido, pero también soy un excelente tirador.

—Pueden sentarse aquí, caballeros —decía en ese momento el hombre—. Estaba guardando el sitio para dos colegas pero parece que ya no vendrán. Una imperdonable falta de corrección.

—Y sin embargo, una ayuda providencial para estas dos víctimas del tráfico londinense. Agradecemos a los sutiles tejemanejes de la serendipia que ha hecho coincidir la errónea decisión de sus acompañantes con nuestro retraso involuntario.

—Alargó la mano—. Howard Phillips Lovecraft, encantado.

Él la estrechó con una sonrisa aturrullada.

—John Ronald Reuel Tolkien —dijo—. Curioso apellido. ¿Es muy común en América?

—¿El suyo o el mío? —preguntó Lovecraft.

Alguien les chistó, obligándoles a posponer su conversación y a prestar atención al discurso del director.

—... colaboración con el Museo Británico. El objetivo no es otro que financiar el mantenimiento y la ampliación de la Biblioteca Real, lo cual será posible gracias a sus aportaciones. Les recordamos que tienen la posibilidad de donar el libro que adquieran al Fondo Real, donde seguiremos cuidando de él con el mismo esmero y dedicación que hemos tenido hasta ahora. Su donación será recogida en una placa conmemorativa sufragada con los beneficios de la subasta. Apelamos a su sentido del honor y la corrección y les rogamos que recuerden el valor histórico que los volúmenes...

—Es brillante —susurró Tolkien—. Una manera de asegurarse de que los libros se venderán, pero no saldrán del museo. Y a cambio, una gota de eternidad en una placa de latón. Desde luego, si me hago con el mío pienso llevármelo conmigo a Oxford, les guste o no. ¿Tiene usted interés en algún libro en especial o solo quiere ver rostros conocidos, señor Lovecraft?

—Nada me complacería más que ver rostros conocidos ahora mismo, señor Tolkien.

Una mirada puntiaguda de Elzevier le hizo cerrar la boca.

La gente dedicó a George Francis Hill una ovación desganada. Cuando se retiró, subió al estrado una mujer. Había dejado atrás los cuarenta, tenía el pelo recogido y llevaba un sobrio vestido azul oscuro con motivos etéreos en blanco. No era la mujer más bella de la sala, pero nadie se dio cuenta. Sus formas redondas jugaban con la imaginación de los presentes mucho más que si hubiera llevado un vestido atrevido. Tenía una expresión suficiente que rozaba la parte elegante de la ironía; uno se preguntaba si no se estaría tomando todo aquello como una broma o como un juego pueril. Se hizo dueña de la sala en cuanto apoyó las manos en el estrado.

No habían pasado más de diez segundos, pero Lovecraft había perdido toda noción de dónde estaba, de qué tenía que hacer y de qué motivo le había llevado allí que no fuera encontrarse con Sonia Greene Lovecraft.

Los dos hombres se inclinaron sobre el cuerpo. Uno cogió a Machen de la muñeca con dos dedos. Dijo algo en un idioma rasposo. El otro puso cara de sorpresa. Luego se encogió de hombros y sacó el arma. Apuntó al escritor a la cabeza.

—Hijos de puta.

Se volvieron hacia Robert Howard. La expresión de sus caras no le amedrentó.

—Sois unos hijos de puta. Los dos. Os deberían haber tirado a una cloaca el mismo día en que nacisteis. Me da asco hasta miraros. Lo peor de este sitio no es el pescado podrido: sois vosotros.

Los dos hombres soltaron una risa pendenciera. Intercambiaron un par de frases en el mismo idioma coriáceo. El de la pistola se acercó a él. En su rincón del foso, Long y Justin observaban la escena, frustrados y cenicientos. Hacía horas que habían dejado de forcejear con las corbatas que les amarraban las muñecas.

—¿Quieres, te disparo en la pierna? —Apretó el cañón contra su muslo izquierdo—. Nos han dicho, no os matamos. Si una bala corta tu músculo, no andas más. ¿Te gusta? ¿Quieres?

Robert Howard le sostuvo la mirada, aunque un roedor de miedo puro le mordisqueó el estómago.

—¡Dejadle en paz! ¡Maldit...! —gritó Long. El insulto murió en sus labios en cuanto el segundo se volvió hacia él.

—Qué valiente eres —dijo Robert Howard, apretando los puños y esperando el

tiro que le dejaría cojo—. Armado con una pistola. Dos contra uno. Contra un hombre atado.

El sonido del percutor amartillándose le recorrió la espalda hasta la nuca. Tuvo que apretar la mandíbula con fuerza para que los dientes no le castañetearan. Long apartó la vista. Justin, en cambio, les contemplaba en silencio.

—Vas a recordar siempre este día —dijo el hombre.

—No tenéis valor. —Robert Howard insistía en acuchillar su orgullo con la única arma que tenía—. *Cojones*, dicen los mexicanos. Os faltan *cojones*. Si estuviéramos en igualdad de condiciones no me durarías ni un asalto.

El que aún estaba junto al cuerpo de Machen dijo algo. El otro se volvió y le gritó, lo cual solo provocó que el primero soltase una carcajada.

—¿Tú quieres pelear... *wie sagt man...* hombre con hombre?

—Hombre con hombre es lo que tú hacías con tu padre —escupió el tejano—. Yo quiero que me desates, te quites la camisa y te saltes los dientes conmigo. Uno contra uno. Sin armas. —Señaló al otro con el mentón—. Sin tu novio.

La última frase borró la sonrisa perruna de los dos rostros. Volvieron a intercambiar un par de frases. Quedó claro que el primero preguntaba qué acababa de decir, y que el segundo se lo explicaba. Cuando se volvió hacia Robert Howard, había algo negro en su mirada.

—Todo claro —dijo—. Pelear. Uno con uno. Si yo gano, mato yo el gordo hombre.

—¿Y si gano yo?

Entonces volvió la sonrisa brutal, descerebrada y homicida.

—Tú no peleas.

Y se dirigió hacia Frank Long.

La tarima de Sonia estaba en el extremo oriental de la Sala de Lectura. Desde su posición elevada podía ver perfectamente la circunferencia entera, reconocía las caras, los gestos, los rótulos de los pujantes. A su lado había dos mesitas pequeñas, casi ridículas en comparación con el estrado. Harold estaba sentado en una de ellas, con un teléfono delante, esperando la llamada de posibles pujantes que no se encontrasen en Londres. La otra estaba vacía. Sonia dedicó una mirada preocupada al sitio que debería estar ocupando Rodney.

Concéntrate en la sala. Los detalles, había dicho Maike Brüggén. La gran mayoría viene a mirar, a divertirse viendo cómo pasa de manos una fortuna que ellos no tendrán jamás. Esos son como el ruido de fondo, no les prestes atención. Localiza a los que pujan, acuérdate de los detalles. Las gafas, el peluquín, el monóculo. No esperes a que ellos pujen, interrógalos con la mirada, oblígales a gastar. Ellos quieren hacerlo, tú eres quien les hace darse cuenta.

Delante de ella tenía dos listas; la de los pujantes inscritos y la de los libros que

iban a salir. Leyó el nombre del primer libro.

—Buenas noches, señoras. —Inspiró hondo—. Y caballeros. El primer lote de hoy lo compone una de las joyas de la colección de la Biblioteca del Rey. Como bien saben, en esta velada se venderán varios incunables, es decir, libros impresos antes del año 1500, cuya datación exacta no puede concretarse. Hemos decidido empezar fuerte sacando a subasta el primer catálogo de incunables de la historia, el *Incunabula typographiæ* impreso por Cornelius Van Beughem en Amsterdam en 1688. En él aparecen citadas más de tres mil obras. Todo un lujo para su colección privada, y desde luego el más alto de los honores si lo ceden a la Biblioteca del Rey James.

Las palabras manaban de ella, los datos que había memorizado sobre cada uno de los libros salían de sus labios de forma natural. Estaba actuando. Era como vender sombreros. Solo cambiaba el producto y la manera de convencer al cliente. Aquella gente sudaba dinero. Y quería que el resto de sus congéneres lo supiera.

Apareció uno de los ayudantes, empujando una mesita con ruedas en la que descansaba el libro. Lo depositó en un pedestal elevado que podía contemplarse desde toda la sala.

—Charlie nos enseña ahora esta maravilla de incalculable valor, aunque de precio muy concreto. La puja comienza en ochocientas libras. Ochocientas. —Señaló—. Ochocientas cincuenta. Novecientas. Novecientas cincuen... Mil. Mil cincuenta, gracias, señor. ¿Eso ha sido una puja, señor? ¿Subimos? Estamos a mil cincuenta a su favor, caballero. La puja está en la sala. De momento es suyo, señor. Podemos aceptar mil sesenta, señora, pero preferimos cifras redondas. Mil cien, perfecto, gracias. Mil cien. Mil cien libras. Mil cien. Señor, se lo va a arrebatarse. Mil doscientas, gracias. La puja está en mil doscientas, y luchando. ¿Abandona, señora? Lástima. Mil doscientas. ¿Alguien más? Mil doscientas. Atención. —Levantó el mazo y contó en silencio. Muy despacio. Uno. Dos—. Mil doscientas. ¡Vendido!

El mazo golpeó la mesa.

El puño impactó contra la cara de Frank Long. El escritor se tambaleó y dio dos pasos atrás. Regueros de sangre oscura le corrían por la nariz. La pajarita colgaba a un lado del cuello. Long miraba extraviado a su contrincante, incapaz si quiera de levantar las manos y cubrirse. Temblaba. Su respiración se había convertido en una bisagra mal engrasada. El tipo a su espalda impedía que cayese al suelo.

—¡Dejadle! —aullaba Robert Howard—. ¡Malditos seáis! ¡Cobardes!

—Tú pides, peleamos —dijo el mismo que había amenazado con dispararle en la pierna. Le dio dos bofetadas a Long y le empujó contra su compañero, que volvió a sostenerle y a empujarle de vuelta. Jugaban con él. Justin observaba a los dos hombres en silencio. Si estaba conjurando espíritus, Robert Howard esperaba que trajese de vuelta al mismísimo general Custer. Pero algo le dijo que los fantasmas no iban a hacer nada por ellos.

Tenían a Long contra uno de los extremos del foso. Se lo pasaban entre ellos como una pelota. Long habría podido defenderse, pero estaba tan aterrorizado que no atinaba más que a encajar los golpes. A encajarlos mal. Parecía que sus brazos estuviesen atados a bolas de plomo, no conseguía moverlos. Toda la energía que pudiera tener se le iba en tirar del hilo de aire que entraba en sus pulmones. Se estaba yendo, lo sentía. Oía desde lejos los gritos coléricos de Robert Howard. Cayó en la cuenta de que había olvidado cómo se hablaba inglés. El pensamiento le divirtió de una manera lejana, ausente.

Un puñetazo en el vientre le dobló por la mitad y le hizo hincar una rodilla. El empujón que vino después le envió al suelo. ¿Aquello eran risas o era un arpa? Se agarró a las piernas de uno, pero el otro le apartó. Rodó sobre sí mismo. El hilo de aire se rompió. Por favor, pensaba alguien dentro de su cabeza. Por favor.

Los dos hombres se cernieron sobre él.

—Un magnífico ejemplar del *Beowulf*, que Thomas nos enseña ahora. Donado por sir Robert Bruce Cotton a la Biblioteca del Rey James poco antes de su muerte. Esta edición, la más antigua que se conoce hasta la fecha, data de finales del siglo X, posiblemente una copia hecha por el mismísimo autor del texto durante el reinado del rey Canuto II de Dinamarca. Lamentablemente, este volumen sufrió daños irreparables durante un incendio en Ashburnham House en 1731. Precisamente las partes dañadas le imprimen una distintiva personalidad y atestiguan que es un volumen único. —Sonia lanzó un suspiro contenido—. Irreemplazable. En caso de que se decidiesen a donar el libro a la biblioteca, parte del precio costeará los gastos de su restauración.

—¡Dios mío, ese es! —exclamó Tolkien—. Espero que no suba mucho. No me puedo permitir más de trescientas libras.

—Empezamos la puja en trescientas libras. Trescientas cincuenta. Cuatrocientas. Quinientas. Vaya, esto va rápido. Quinientas cincuenta. No es para menos, señores. Nadie se olvidará de que tienen este ejemplar en casa. O en el museo, claro. Seiscientas. ¿Señor? Seis cincuenta, por supuesto. La puja sigue abierta. Seis cincuenta, señores.

—Maldita sea —dijo Tolkien—. Disculpe mi lenguaje, es herencia de las trincheras. ¿Se encuentra bien, señor Lovecraft? Parece que ha visto usted un fantasma.

—Cuánto desearía que tuviera usted razón. Cuando veo fantasmas me siento mucho mejor que ahora. Lamento que no pueda adquirir el ejemplar del *Beowulf*.

—Bah. Es un sueño más que se hace pedazos. Con mi sueldo, no estoy en condiciones de comprar semejante maravilla. Me temo que nunca lo estaré. Pero hay que saber dejar libres los sueños cuando el río de la vida nos los arranca de los dedos. Quién sabe si remontarán la corriente para volver a nosotros.

Lovecraft le miró.

—Tiene usted mucha razón. Hay cosas en esta vida que nos son muy apreciadas. Tesoros que a veces no son para nosotros.

Se detuvo un momento, pensativo, mientras Tolkien apreciaba sus palabras. Lovecraft se inclinó hacia Elzevier, que asistía a la subasta con expresión interesada.

—Jakob —llamó discretamente—. Ya que cuenta usted con mi colaboración para esta empresa, me gustaría saber cuán holgadas son nuestras finanzas.

—¿A qué se refiere? —preguntó él en tono receloso.

—Me refiero a si podemos permitirnos comprar el Necronomicón, no importa cuánto suba la puja.

—No se preocupe por eso. Nuestras finanzas, como usted dice, no podrían ser más holgadas.

—Eso me parecía —dijo Lovecraft, levantando una mano—. ¡Mil trescientas libras!

Tolkien y Elzevier se volvieron hacia él. Lovecraft guiñó un ojo al profesor.

—Vaya —dijo Sonia, entrecerrando los ojos para localizar al pujante—. Un buen salto, parece que hay en el público un caballero que no está dispuesto a dejar escapar el libro. La puja está en mil...

Entonces lo reconoció.

Robert Howard no quería apartar la vista de Long. Los matones se divertían más humillándolo que hiriéndolo. Le daban bofetadas como si fuese un niño. Podría haber cerrado los ojos, pero sentía que al menos le debía eso, no abstraerse del castigo que le había caído encima por su culpa, por su estúpido temperamento. Él no era Kull, no era Harold Costigan, no era Turlog O'Brien. Solo era Robert Erwin Howard.

—Señor Howard.

La cara ensangrentada de Machen apareció junto a la suya. Él soltó una blasfemia. Machen le conminó a guardar silencio con un fruncimiento de sus labios rotos. Forcejeó con la corbata que le ataba las muñecas; sus dedos temblorosos parecían incapaces de asirlas.

—Dese prisa, por el amor de Dios —susurró Howard.

Machen luchaba con los nudos cuando uno de los dos matones le vio con el rabillo del ojo.

—¡Eh!

Empuñó el arma y se acercó al escritor. Machen, nervioso, apretaba los nudos más que aflojarlos. El esbirro llegó hasta él, volvió a hablar en ese idioma de cuero ajado y le apuntó a la cabeza.

El disparo resonó como un muro que se rompe en dos. Gotas de algo templado salpicaron la cara de Robert Howard. Arthur Machen se desplomó. El olor a pólvora inundó el aire. Justin apartó la cara.

Fue demasiado. Robert Howard apoyó todo su peso en el suelo, como una tortuga boca arriba, y alzó los dos pies con todas sus fuerzas. El impacto en la entrepierna hizo que el matón expulsase el aire de los pulmones y se doblase sobre sí mismo. La pistola cayó al suelo. El tejano no le dio tiempo a darse cuenta de lo que había pasado. Se puso de lado y le pateó la sien, una, dos veces. El sonido del cuerpo al caer fue garantía suficiente de que lo había dejado fuera de combate.

No tuvo tiempo de disfrutar de su hazaña. El cañón de la pistola del segundo le apuntaba al corazón. Robert Howard inspiró hondo, intentando parecer estoico. Un vacío en el estómago le confirmó lo que se temía. No estaba preparado.

Frank Long saltó con un torpe gañido. No lo hizo sobre el hombre que empuñaba el arma, sino sobre la jarra que Theodor había dejado en el suelo la noche anterior. Le echó el agua en la cara. El hombre se apartó, sobresaltado, hasta que cayó en la cuenta de que solo era agua. Se revolvió y le dio una patada en el estómago a Long. El escritor se hizo un ovillo. La mirada del hombre se levantó un segundo demasiado tarde. El puño de Justin se estrelló contra su nariz. No fue un golpe lo bastante fuerte como para tumbarle, pero le cogió por sorpresa y le hizo soltar la pistola. Justin se abalanzó sobre ella como una pantera. Antes de que se diera cuenta de que le habían golpeado, Justin ya le estaba apuntando al estómago. El hombre levantó los brazos.

—¿Cómo te llamas? —El otro le miró sin comprenderle—. Tu nombre. Dímelo.

—Karl —dijo él, aún confuso. Seguramente seguía preguntándose en qué momento había perdido el control de la situación.

—Bien, Karl. Esto les sucede a los que hacen daño a mis amigos.

Justin le descargó un golpe con la culata del arma en la sien. Karl se encogió y le miró con terror de animalillo.

—No se desmaya —protestó Justin, dirigiéndose a nadie en particular.

—Esto no es una novela, Justin —dijo Robert Howard—. La gente no se desmaya cuando les golpean en la cabeza. Solo se enfada. Haga el favor de ayudar a Frank.

Sin dejar de apuntar al hombre, Justin se arrodilló junto a Long, que se abrazó a él como si fuese su única esperanza de vida. Se acunó en brazos del irlandés, que no se molestó en disimular su incomodidad. No le soltó hasta que su respiración volvió a normalizarse. Ninguno encontró algo que decir.

Sorbiendo mocos mezclados con sangre y lágrimas, Long se acercó a Robert Howard y desató los nudos. Ambos miraban con recelo a Justin. El irlandés, sin dejar de apuntar al esbirro, abrió la otra mano y les mostró el pequeño cuchillo rojo con el que había estado jugando en el hotel.

—Siempre hay que tener un plan de salida. ¿Por qué me miran así? Por el amor de Dios, les he salvado.

—Lo que sea —dijo Robert Howard, dejando que Long se apoyase en él—. Mire a ver si tiene las llaves de su coche. Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué hacemos con el señor Machen? —planteó Frank Long—. ¿Y con estos dos?

—Por Machen ya no podemos hacer nada. A estos dos vamos a atarles y a dejarles aquí.

—¿Adónde vamos? —preguntó Justin.

Robert Howard le quitó el revólver de la mano.

—Tenemos que impedir que ese bastardo se compre el Necronomicón.

Estaba saliendo mal.

Había empezado a salir mal desde el momento en que lo vio entre el público. Había perdido la noción de lo que estaba diciendo, la cifra que lideraba la puja se le había ido de la cabeza, e incluso el nombre del libro había desaparecido. Todo lo había engullido el agujero negro que formaba aquella silueta destartada. Allí plantado, con una expresión que no supo descifrar, a medio mundo de distancia de la ciudad que se lo había arrebatado. Porque había sido Providence la única artífice de la ruptura de su matrimonio. Ella había combatido su desidia hacia Nueva York, había tolerado su inutilidad autoimpuesta a la hora de encontrar un trabajo y había sobrellevado su indolencia en cientos de aspectos de la vida en pareja. Había intentado atenuar el temor disfrazado de absurdo odio que le provocaban los extranjeros que recorrían las calles de Brooklyn. Sonia había levantado una barrera de amor y paciencia entre el hombre del que se había enamorado y aquella hidra de tres cabezas que eran sus prejuicios, sus manías y sus inseguridades. Pero nunca fue capaz de cortar los lazos que tiraban de él de vuelta a Providence. Al final, Howard le había sido infiel, pero el objeto de su infidelidad no había sido otra mujer, sino aquella estúpida ciudad a la que llamaba hogar. En Providence había algo que no había dejado escapar a Howard. Algo sin nombre. Algo peligroso.

Ahí estaba otra vez. Estaba volando, dejando que las cavilaciones le arrebatasen la concentración. Se secó el sudor del labio superior. Bebió un poco de agua. Volvió a centrar la vista en la sala. Charles Chaplin la miraba con cara de enfado y agitaba su cartelito en el aire.

—Sí —dijo—. Sí. Por supuesto. Charlot. Adjudicado a Charl... al señor Chaplin por... por...

Los murmullos de la sala llegaron hasta ella como la marea atlántica que eriza el vello y entumece los pies. Respiró hondo, se apretó la falda con una mano y golpeó con el mazo.

—Lo siento —se disculpó, esbozando una sonrisa cansada—. ¿Qué les parece si nos tomamos todos un pequeño descanso de diez minutos? Así podré ponerme más presentable para ustedes.

Se dio media vuelta sin esperar la reacción de la gente. Los murmullos se convirtieron en el estruendo de docenas de conversaciones estallando al mismo

tiempo. Entró en el despacho y se sentó. Se cubrió los ojos con una mano.

—¿Me vas a explicar por qué me has dejado como una imbécil?

Maike Brügger estaba de pie delante de ella. No estaba contenta.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—No me sirve, Sonia. Me dijiste que no me defraudarías. Y estoy muy, muy defraudada.

Ella tomó aliento.

—Está ahí.

—¿Quién?

—Howard.

No necesitó decir más. Maike Brügger se sentó a su lado.

En ese momento, George Francis Hill entró por la puerta, la cara roja y los puños apretados. Los reproches que pudieran haber inflado su pecho se deshincharon ante la mirada afilada de Maike Brügger. En una admirable muestra de flema británica, el director del museo dio media vuelta y las dejó solas.

—¿Quieres que lo detengamos todo? —preguntó Maike Brügger.

Sonia se levantó y miró a través de las persianas. Los invitados intercambiaban chanzas de mal gusto. Ahora le era imposible ver a Howard, pero sabía que estaba ahí. Una pequeña voz le confesó que quería que entrase a buscarla, que llamase torpe y tímidamente a la puerta. Que se abriese, y allí estuviese él. En su representación imaginaria, era incapaz de pensar qué pasaría después, qué le diría cuando la tuviera delante, qué respondería ella. Solo quería que ocurriese.

Pero la puerta permanecía cerrada.

—No. Perdóneme, señora Brügger. La sorpresa me ha hecho perder el hilo, pero ya estoy bien. Vamos a continuar.

—Querida, eso no lo decides tú. Te permito vender un libro más. Si vuelves a quedarte embobada delante de las personas más influyentes de este país, se acabó. Y no me refiero únicamente a la subasta.

Sonia asintió. Una súbita certeza le susurró la respuesta incluso antes de hacer la pregunta:

—¿Cuál es el libro que viene ahora?

—No sabe cuánto se lo agradezco, señor Lovecraft.

—Oh, no le dé más importancia de la que tiene, mi querido señor Tolkien.

—En este punto, creo que sería de mal gusto no rogarle que me llame John.

—Aceptaré solo si usted me llama Howard.

—Le llamaré algo más que eso. Le llamaré amigo, si me lo permite.

—Amigo será, pues. Mi silencioso acompañante es Jakob Elzevier. Confieso que ignoro el modo más adecuado para dirigirse a él, aunque mi sincero consejo es que no se dirija en absoluto. Él es el responsable último y principal de la compra. A él debe

usted agradecerle la nueva adquisición para su biblioteca.

Tolkien tendió la mano, un tanto confundido por la retahíla de Lovecraft.

—Mi más sincero agradecimiento, señor Elzevier.

—Encantado. Disfrute del libro. —Estrechó la mano de Tolkien con ademán apresurado, y se dirigió a Lovecraft en voz baja—: Otro juegucito así y le dispararé.

—Por favor, Jakob. No se atreverá a formar un escándalo en plena subasta, mucho menos antes de que el libro se ponga en venta.

La pistola se clavó en sus costillas. Lovecraft desorbitó los ojos.

—Póngame a prueba —lo retó Elzevier.

Pocos minutos después, Sonia subió al estrado. Se había soltado el pelo. Se quedó quieta sobre la tarima. A medida que los asistentes reparaban en su presencia, las conversaciones se fueron extinguiendo. El humo de docenas de cigarrillos enrarecía el ambiente, se pegaba a los libros y le daba más aspecto de club de Whitechapel que de biblioteca.

—Espero que se hayan repuesto tanto como yo —dijo Sonia. De nuevo una risita que relajó el ambiente—, porque aún nos queda mucha velada. Vamos a continuar con uno de los volúmenes cedidos por Sotheby's como parte de la colaboración con el Museo Británico. Este libro, que Derek ahora nos presenta, se llama... se llama Necronomicón.

Entonces resonó el timbrado de un teléfono. La cúpula y sus recovecos lo amplificaron y multiplicaron, llevándolo hasta los oídos de cada asistente como si hubiera sonado justo a su espalda. Muchos se sobresaltaron. Harold, que estaba delante del teléfono que sonaba, casi se cayó de la silla de la impresión. Sonia guardó silencio. Cientos de miradas se dirigieron a la mano de Harold cuando descolgó el auricular, se lo llevó al oído, acercó el embudo a la boca y dijo:

—¿Hola?

Sin razón aparente, muchos estómagos se encogieron, como si a través de aquel teléfono alguien estuviese a punto de declarar una guerra, de diagnosticar un cáncer, de confesar una traición. Harold escuchó atento palabras solo para sus oídos, y se volvió hacia Sonia.

—Es un pujante —dijo—. Quiere participar.

La tensión en la sala se relajó como si hubieran abierto una válvula en algún lugar. Por supuesto, un pujante. ¿Qué más podía ser? Sonia soltó el aire que había estado manteniendo en los pulmones. A su lado, Derek acababa de dejar el libro en el pedestal. Cuando fue a abrirlo por la mitad, ella le hizo un gesto enérgico. No. Derek apartó las manos del libro. Se retiró.

—Necronomicón —retomó Sonia. En sus anotaciones, el epígrafe dedicado al libro estaba vacío. No necesitaba notas, se sabía la historia de memoria—. Versión latina del árabe original *Al Azif*. Escrito en Damasco por el poeta loco Abdul

Alhazred en el año 700. La presente edición latina data de 1228, y se le atribuye al físico y filósofo danés Ole Worm, también conocido como Olaus Wormius.

Alguien tosió en la sala. Sonia descubrió que temblaba. Localizó a Howard con la vista. Incluso desde esa distancia veía que estaba apretando los labios hasta reducirlos al tamaño de una nuez.

—Su donante ha decidido permanecer en el anonimato —prosiguió—. Abriremos la subasta con cien libras.

Nadie pujó. Por un momento se hizo el silencio en la sala. Una incomodidad extraña rodó por entre las mesas, por los orondos carrillos de los ricachones y las pieles de animales torturados alrededor del cuello de sus esposas. Sonia miró de reojo a Harold. Seguía con el auricular pegado a la oreja.

—¿Puedes darnos el nombre del pujante telefónico, Harold?

Él tradujo su pregunta al auricular y esperó.

—Dice que es un simple coleccionista.

A Sonia le temblaron las piernas.

Vio que el hombre sentado al lado de Howard levantaba un bastón de aspecto caro. Lo agitó levemente y volvió a bajarlo con una mueca de autosuficiencia. Sonia se pasó el dorso de la mano por la frente, enjugando un sudor que solo existía en su mente. Tras ella, podía sentir el penetrante escrutinio de Maike Brüggén.

—Cien —susurró, y se recordó que debía alzar la voz—. Cien. ¿Alguien puja o podemos pasar al siguiente libro?

—Yo.

Se había alzado una mano al otro lado de la sala. Sonia estrechó los ojos. El dueño de esa mano se levantó. Un murmullo pasó de boca en boca. Aleister Crowley sonrió a los presentes como un mago que termina con éxito su mejor truco. Hizo una reverencia a la sala y se volvió hacia Sonia.

—Yo —repitió—. No se alarmen, caballeros, mis queridas señoras. Estoy realmente aquí. Están ustedes presenciando el inicio de una nueva era. Esta noche, la de mi retorno, será recordada en los libros de historia.

—Doscientas libras —protestó el hombre del bastón junto a Howard, levantándose también.

—Doscientas cincuenta —dijo Crowley. El público atendía a la puja, estupefacto.

—Trecientas —pujó alguien más cerca del estrado, poniéndose en pie. Sonia le reconoció, era el duque de Windsor.

Salvador Dalí se subió de un salto a su asiento y cantó los primeros pases del aria «La Vendetta» de *Las bodas de Fígaro*. La mujer junto a él estalló en carcajadas.

—¡Cuatrocientas libras! —gritó el pintor en un inglés atroz.

—¡Quinientas! —bramó el hombre del bastón.

—Maldita sea —exclamó Crowley—. ¡Setecientas cincuenta libras!

—¡Novecientas!

Los dos hombres cruzaron una mirada cargada de animadversión, como dos jinetes en la última vuelta de una carrera de caballos. Ninguno parecía darse cuenta de que, cuanto más subían el precio, más llamaban la atención de los invitados. Había algo en ese libro desconocido. Algo que había traído a Aleister Crowley de vuelta al mundo de los vivos. Algo que hacía cantar ópera a Salvador Dalí. Algo por lo que merecía la pena gastar dinero.

En apenas diez segundos se alzaron más manos. Los invitados perdieron por completo la compostura. Mil libras. Mil cien. Sonia intentaba llevar la cuenta de cuánto subía. Dalí cantaba ahora el «Nessun Dorma», corriendo por encima de las mesas. Mil quinientas. Chaplin vociferaba. Mil setecientas. Peter Lorre reía de forma desagradable ante el caos que se había desatado. Aleister Crowley y el otro hombre intentaban pujar al mismo tiempo, cada uno se desgañitaba gritando cantidades que a Sonia le parecían absurdas. Lovecraft intentó levantarse, pero el hombre del bastón le devolvió a la silla de un empujón. Sonia miró a uno y otro lado, contemplando el efecto que había producido el Necronomicón en aquella gente. Le recorrió un escalofrío.

Tras ella, Maike Brüggén la miraba de una manera que no supo descifrar. ¿Estaba enfadada o divertida? A su lado, el director del Museo Británico se cubría el rostro con las manos.

Entonces una voz tímida se abrió paso por entre el vocerío.

—Treinta mil.

Sonia se volvió hacia Harold. Su compañero tenía probablemente la expresión más anonadada de toda la sala.

—Treinta mil —dijo, levantando el auricular como si la cifra estuviera allí escrita—. El coleccionista sube a treinta mil libras.

Sonia abrió los ojos como platos. Se giró hacia la sala, cada vez más parecida a una jaula de monos. Hizo hueco con las manos para amplificar la voz.

—¡TREINTA MIL LIBRAS!

La escandalera se cortó como si alguien la hubiera apagado con un interruptor. Dalí aplaudió entusiasmado. El resto del público guardó silencio. Tanto Crowley como su oponente se quedaron pasmados. Aquello era imposible. Ni siquiera el famoso cuadro de Rembrandt, *El hombre con los brazos en jarras*, se había vendido por tanto dinero.

—¿Qué sucede, Jakob? —Lovecraft sonrió—. ¿De repente sus finanzas no son tan holgadas?

Él le miró con un gesto de rabia pura.

—Treinta mil —repitió Sonia, ahora en tono más bajo, pero igual de enérgico—. La puja está en treinta mil libras. La persona al teléfono se lleva el Necronomicón por

treinta mil libras. Atención. —Volvió a contar, aunque estaba segura de que no hacía falta. Uno. Dos. Tres—. ¡Vendido!

El mazo descendió.

Sonó el estampido de un disparo.

—¡Es ahí!

Robert Howard conducía como si no fuera a haber mañana. Se introducía en todos los carriles, adelantaba y sorteaba los coches. La adrenalina corría por sus venas como la gasolina por el motor del coche, un novísimo Ford A que seguramente no se merecía ese maltrato. Junto a él, Frank Long clavaba las uñas en el salpicadero y chillaba. En el asiento de atrás, Justin se agarraba a lo que podía, que no era mucho. Debía de ir a más de cincuenta kilómetros por hora. Una velocidad suicida.

Habían dejado atrás Canary Warf, pero el olor a pescado seguía con ellos. Subiendo desde Waterloo habían encontrado un atasco. Coches y camiones apilados por culpa de un carro volcado. Robert Howard había desafiado a la carretera con una sonrisa en la que parecía haber más dientes de lo normal, había agarrado el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos y se había lanzado por el carril contrario. Los coches les venían de frente, los cláxones y los gritos se perdían a su espalda. El teitano no pestañeaba. Embestía contra ellos como si fuera invulnerable. En el último momento todos, absolutamente todos, se apartaban subiéndose a la acera o chocando contra los del carril opuesto. Se salvaban del desastre por centímetros, quizá menos.

No habían tardado mucho en oír la primera sirena de un coche de policía. A medida que devoraban las calles, más sirenas se les unían. Intentaron bloquearles el paso. Robert Howard subió el coche a la acera. Atravesó el parque de Saint James en un tajo transversal. Los campistas escapaban. Las sirenas se multiplicaban.

—¡Ahí! —repitió Long.

—¿Dónde? —bramó el teitano, aumentando aún más la velocidad y volviéndose hacia él—. Maldita sea, Frank, ¿izquierda o derecha? ¡Izquierda o derecha!

—¡IzquierdaizquierdaizquierdaizquierdaFAROLA! —aulló Long. Dos chorros de sangre estallaron en su nariz, impregnándole toda la camisa.

Robert Howard dio un volantazo que les hizo dar una vuelta de ciento ochenta grados. Los gritos de los tres se unieron en una sinfonía de terror puro. Frank Long vio la farola pasando lentamente delante de sus ojos, como si el tiempo se hubiese concentrado en aquel instante. El frenazo de Robert Howard lo devolvió a su flujo normal. Volvieron a ponerse en marcha sin un momento que perder, con la policía detrás.

La explanada del Museo Británico estaba llena de visitantes. El coche atravesó las rejas negras y culebreó entre ellos en dirección a la entrada.

—¡La escalera! —gritó Justin—. ¡No podremos subir!

—Eso está por ver.

Había una hilera de quince escalones que ascendían hasta las puertas principales. Sin embargo, a ambos lados había rampas que sustituían la escalinata. Era demasiado estrecha, y Robert Howard lo sabía. Eso no le impidió girar el volante e internarse por una de ellas. Los laterales del coche soltaron una lluvia de chispas. El metal se arrugó con un quejido de alimaña. Frank Long se apretó contra el tejano. Justin gritaba. Los guardias de las puertas se lanzaron al suelo para evitar ser atropellados.

El coche entró en el Museo Británico.

Sonia parpadeó, perpleja.

Aquello no podía estar ocurriendo.

El disparo le había arrancado el mazo de las manos. Tenía los dedos entumecidos y temblorosos. No había sangre en ellos, lo cual era un milagro que su estupefacción no le permitió apreciar.

En mitad de la sala, un revólver pequeño le apuntaba al corazón. Supo que el hombre que lo empuñaba no fallaría. En distintos puntos de la Sala de Lectura se habían alzado más pistolas. Los asistentes les miraban embobados, como si todo aquello formase parte de una representación. Los guardias alzaban las manos.

—Ha sido una partida interesante —dijo Jakob Elzevier—. Por desgracia, tengo la costumbre de no dejarme vencer por nadie. Señor Lovecraft.

—¿Yo?

—Usted. Se viene con nosotros. ¡Theodor!

El hombre batracio llegó hasta ellos apartando gente y muebles a empujones. Agarró a Lovecraft por el codo.

Elzevier se acercó renqueando hasta la tarima. Se subió con dificultad y levantó el libro, como si se tratase de un trofeo. Sonia retrocedió, quizá debido a la peste a pescado podrido que despedía. Quizá no. Toda la sala le contemplaba en silencio.

Entonces oyeron el ruido. Ni siquiera tuvieron tiempo de localizarlo. En pocos segundos se convirtió en el estruendo de un motor torturado. Las puertas de la entrada sur se abrieron de golpe en una explosión de astillas y polvo que hizo retroceder a los que estaban más cerca. Un coche apareció en mitad de la Sala de Lectura. El corazón de Lovecraft dio un doloroso salto en su pecho. Robert Howard conducía con expresión ceñuda. Frank Long asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Howard!

—¡Theodor! —gritó a su vez Elzevier, y apuntó con el arma.

Sonia no se paró a pensar a quién apuntaba, si al coche o a Lovecraft. Se encaramó al estrado y se arrojó encima de él. Le golpeó con las rodillas, poniendo todo su peso en el impacto. Elzevier trastabilló y perdió el equilibrio. Su dedo, sin embargo, apretó el gatillo.

Lovecraft cerró los ojos a causa del estampido. Cuando los volvió a abrir, vio que un agujero se abría en la camisa de John Ronald Reuel Tolkien, a la altura del pecho.

Enseguida se empapó de rojo oscuro. Tolkien le buscó con la mirada.

—Amigo —dijo, y se desplomó.

En ese momento estalló el caos. Un coro de pistolas empezó a entonar la misma nota a la vez. Una bala impactó en una lámpara. Llovieron chispas sobre sus cabezas. La gente echó a correr hacia las puertas cerradas. De repente, el Museo Británico se convirtió en una marabunta furiosa por escapar. Dos coches de policía entraron por la misma puerta que tan diplomáticamente había abierto el primero. Les seguía una treintena de policías a pie, corriendo en dirección opuesta al pequeño ejército de aristócratas e intelectuales que intentaba salir huyendo. Las porras se desprendieron de sus amarres.

El pie de Robert Howard volvió a hundirse en el acelerador. Esquivando a propios y extraños con tercos volantazos, se lanzó sobre Theodor y Lovecraft. El hombre batracio lanzó un mugido al ver llegar el coche. Con la torpeza propia de alguien de su peso, se lanzó por encima de la bancada. Si se hubiese detenido a tirar de Lovecraft le habrían atropellado, pero su instinto de supervivencia fue más fuerte. El coche frenó justo al lado de Lovecraft. La puerta trasera se abrió. Justin tiró de él y le introdujo en el coche.

—En el nombre de Azathot, ¿qué estáis haciendo? —gritó Lovecraft.

—¡Te estamos rescatando! —aclaró el tejano.

—¡Pues dejad de hacerlo!

—Aún no has visto nada. —Robert Howard esbozó media sonrisa—. Vamos a por el Necronomicón.

Se abrió un agujero en el parabrisas. La bala que debería haberlo atravesado y haberse incrustado entre las cejas del tejano se quedó atrapada en el cristal. En el estrado, Elzevier apretó los dientes en una mueca salvaje y volvió a amartillar el arma.

—Cristal americano —bromeó Robert Howard, haciendo rugir el motor.

El coche se abalanzó hacia el estrado. Las balas de la policía se mezclaron con las de los secuaces de Elzevier. La gente seguía intentando salir. Las señoras caían al suelo para recibir el beso de incontables pies embutidos en zapatos caros, algunos con tacón de aguja. Las pieles quedaban irreconocibles. Los policías que no disparaban intentaban contener a la multitud. Muchos fueron arrollados.

Se acercaban a Elzevier con rapidez. Él apuntó, sin apartarse. Robert Howard vio el ojo negro de la pistola centrado en su cabeza.

Un coche de la policía se estampó contra ellos desde atrás. Casi les hizo volcar. La bala hendió el aire, sin alcanzar a nadie. Entre las brumas del aturdimiento, el tejano vio que Theodor estaba al volante del coche que les acababa de embestir. La sangre en sus puños le convenció de cuál había sido el destino del policía que lo había conducido. El hombre batracio perdió el control y se estrelló justo al lado del

estrado. Se golpeó la cara contra el volante y se quedó inmóvil.

Elzevier tomó el poco impulso que pudo para saltar del estrado. Una mano aterrizó en su hombro.

—Eh —dijo Sonia. Le lanzó un directo a la mandíbula. Elzevier trastabilló. El libro se le cayó de las manos y fue a parar a las de ella.

Dentro de su coche, los cuatro soltaron una exclamación.

Sonia saltó grácilmente al suelo. Lovecraft le abrió la puerta.

—Caballeros —dijo—, esta es... ehm... es...

—Sonia Greene —acabó ella—. ¿Es esto lo que veníais buscando?

—Encantado de verte, Sonia —comentó Frank Long—. Más que nunca.

Robert Howard no esperó a las presentaciones. La gente seguía corriendo de un lado a otro, buscando una escapatoria de aquella locura. Estaban en medio de un torbellino de gritos y disparos. Dio marcha atrás. Tiró por tierra sillas, mesas y lámparas. No quiso pensar en qué hacía rebotar los amortiguadores. Volvió a acelerar y se dirigió a otra de las puertas. También estaba cerrada. De momento.

—Maldición —dijo Justin—. Están ahí de nuevo.

El coche de Theodor se acercaba en el retrovisor. El hombre batracio tenía la cara ensangrentada. Elzevier, a su lado, introducía balas en el revólver con expresión concentrada. Zigzaguearon entre la gente para situarse tras ellos. Robert Howard se lanzó sobre las puertas. Se abrieron con un crujido. Lovecraft dio un chillido excitado. Si había pensado que aquello era un juego, el estampido de un disparo le hizo darse cuenta de la verdad. Se estaban jugando la vida.

El Ford irrumpió en la gran sala principal. Se cruzaron con los pocos asistentes que habían conseguido salir en medio de la confusión. Robert Howard intentaba atropellar al mínimo de gente posible. Tras ellos, Theodor y Elzevier no eran tan considerados.

Un cinturón de policías se cerró entre ellos y la salida. El tejano soltó un exabrupto. Dio un volantazo a la derecha y se internó por una de las puertas del ala este.

Egipto les salió al paso. Se escurrieron entre dos vitrinas repletas de engarces y joyería, en un espacio tan estrecho que el propio Robert Howard se maravilló de haberlo conseguido. Los cristales saltaron en cientos de esquirlas que cayeron sobre el coche de Theodor y Elzevier. Tras ellos, el otro coche de policía se unió a la persecución. Sonaron varios disparos, pero ninguno se paró a preguntar si los demás seguían vivos.

—¿Dónde está la pistola?

—¿Qué pistola?

—¡La del tipo que te ha regalado esa cara nueva, Frank! ¿No has cogido su pistola?

Long no respondió. Robert Howard maldijo y se volvió hacia atrás.

—¿Qué haces? ¡Mira a la carretera!

—¿A qué carretera? —preguntó Justin.

—¡Tengo una idea!

—Oh, Dios mío —dijo Frank Long, consciente de lo que pasaba en las historias de Robert Howard cuando alguien decía eso. Sus temores se vieron confirmados.

—¡Agarra el volante!

Se puso de pie en el asiento. Sacó de la bota un cuchillo de monte. Frank Long lo miró boquiabierto.

—¿De dónde has sacado eso?

—¡Te presento a *Sally*! —fue la respuesta del tejano.

El coche empezó a perder velocidad. Frank Long se vio obligado a abrazarse a las piernas de Robert Howard y pisar el acelerador desde su asiento. Agarró el volante y empezó a rezar.

Robert Howard rasgó la capota del coche con dos enérgicos cortes en forma de aspa. Asomó la cabeza por el agujero a tiempo de ver a Elzevier cargando de nuevo la pistola. Maldijo. El coche de la policía intentaba llegar hasta ellos. Desde dentro asomaban cañones de pistola incapaces de fijar el blanco. Su coche, el de Elzevier, el de la policía; los tres automóviles esquivaban sarcófagos y vitrinas con bruscos volantazos. El tejano miró a ambos lados. Se acercaban al final de la sala. Atravesaron un dintel y se encontraron súbitamente en Creta. Sacó medio cuerpo fuera y se estiró. Agarró un ánfora descascarillada. Esperó que Lovecraft no viera lo que estaba a punto de hacer. La lanzó con todas sus fuerzas hacia el coche de Theodor y Elzevier. Falló. El ánfora se estrelló contra un busto barbudo. Ambos quedaron hechos pedazos.

El chillido de Frank Long se le clavó en los oídos.

—¡¡CABEZA!!

Se agachó tan rápido como pudo. El dintel le raspó la coronilla. El coche atravesó otra puerta, y de pronto estaban en Arabia. Robert Howard apretó los dientes. El coche de la policía intentó adelantar y bloquear al de Elzevier, pero Theodor no se lo permitió. Entraron por la puerta muy justos, levantando cientos de esquirlas. Elzevier se asomó por la ventanilla, extendió la pistola y cerró un ojo.

Robert Howard volvió a revolverse, buscando algo que pudiera usar como arma. El coche de la policía consiguió ponerse al lado del de Elzevier. Le embistió por el lado del conductor. Una bala que debía atravesar el cuello del tejano pasó de largo e hizo pedazos una vitrina que contenía cinco espadas curvas de aspecto antiquísimo. Robert Howard vio las espadas, miró al fondo de la sala. Más vitrinas, maquetas de minaretes, monedas, mapas antiguos, varias alfombras, estandartes carcomidos. Una súbita emoción reverberó en su estómago. Supo lo que tenía que hacer. Volvió a

estirarse como un gato, pidiendo a quien pudiera escucharle que saliese bien. Alargó la mano y cogió uno de los alfanjes. Los músculos del antebrazo se le tensaron. Los coches competían por ocupar el poco espacio libre. Hacían pedazos todo aquello contra lo que chocaban. Theodor alargó una mano fuera de la ventanilla, cogió a un policía de la pechera y lo sacó de un tirón a través de su propia ventanilla. El cuerpo del policía se estrelló contra el suelo como un juguete roto.

Robert Howard se giró, dándoles la espalda. Estaban a pocos metros de uno de los estandartes, apoyado en una pared. Sujetó el alfanje con ambas manos. Si leyeron sus intenciones, no tuvieron tiempo de impedirselo. Golpeó con fuerza el soporte del estandarte justo cuando pasaban por debajo.

El estandarte cayó. Al mismo tiempo, el coche de la policía dio una fortísima embestida lateral contra el coche de Theodor. El estandarte que debía haber caído sobre Elzevier y Theodor cegó a los policías. Empezaron a dar bandazos, incapaces de ver qué nuevos obstáculos salían a su encuentro. Y en aquel momento tomaron la decisión menos acertada dadas las circunstancias: aceleraron.

—Oh, no —dijo Sonia, viéndoles venir.

La parte delantera del coche de policía se montó literalmente en la trasera del coche que conducía Long a duras penas. Las ruedas chirriaron. Todo se sacudió. Long cruzó los brazos y perdió el control del volante. Gritaron. Los dos armatostes se enzarzaron en un incomprensible vals hecho de compases de energía centrífuga y centrípeta. El coche de la policía dio una vuelta de campana. Una pared lo detuvo de la manera menos cariñosa posible. El de Long, fuera de control, completó un giro horizontal y se estrelló contra una de las ventanas. El impacto hizo salir volando a Robert Howard. Su espalda entera crujió cuando chocó con la pared contraria. Ni siquiera sintió el impacto contra el suelo.

El único coche que quedaba en pie se acercó despacio. Se detuvo al final del reguero de destrucción que habían dejado en toda el ala este del museo. La puerta se abrió. Elzevier avanzó a cojetadas hacia el coche de Lovecraft. Introdujo un brazo por la ventanilla y sacó el Necronomicón. Luego se acercó a Robert Howard. Este vio su cara, repetida varias veces, bailando delante de él.

—¿Sabe usted cómo leer esto? —Oyó que preguntaba desde un lugar muy lejano.

Si lo que contestó tuvo sentido, jamás llegó a saberlo. Llegaron hasta él gritos aún más lejanos. Elzevier se giró y arrugó sus incontables caras. Cuando se volvió hacia él, le vio encogerse de hombros.

—Una pena.

La cabeza del bastón le golpeó el pómulo. El hueso crujió, el sonido de un árbol arrancado por un tornado. Robert Howard tuvo tiempo de pensar que en la vida real nadie pierde el conocimiento por un golpe en la cabeza. Luego se desmayó.

Le despertaron los muchos dolores que se extendían como una marejada por todo

su cuerpo. Justo sobre sus ojos había una luz intensa que parecía empeñada en taladrar su cerebro. Me he muerto, pensó. Qué va a decir mi madre.

—Está consciente.

La voz llegó hasta él amortiguada, como si estuviera bajo el agua. Poco a poco la confusión se desprendió de sus sentidos. Entonces comprendió que los dolores que le habían despertado solo eran la obertura de lo que prometía ser un concierto legendario. Sintió punzadas en cada músculo y cada articulación, tan intensas que creyó que le estaban despertando a cuchilladas.

Primero vio manchas negras, que se concretaron en cuerpos. Tardó aún unos segundos en identificar caras. Estaban todos ahí. Se encontraban en una especie de túnel iluminado con lámparas. Junto a ellos había una caldera enorme. Él estaba tumbado en el suelo. Se enderezó, y al instante se arrepintió de haberlo hecho. Volvió a su posición inicial entre ráfagas de dolor.

—No se mueva —le indicó alguien—. Si empieza a gritar, nos descubrirán.

Justin. Intentó centrar la vista en él, pero su figura se desdibujó en una bruma grisácea.

—Médico —susurró—. Hospital.

—Tonterías —dijo otra voz—. Está usted muy magullado, eso es todo. Todos lo estamos. Solo necesitamos descanso.

—Vaya. —Volvió a oír al irlandés—. «Magullado» no es la palabra que yo usaría para describirle a usted, Crowley. Se ha quedado sentado tan tranquilo mientras nos perseguían.

—En toda trama hay ejecutores y pensadores —replicó la otra voz—. Está claro a qué grupo pertenece cada uno de nosotros.

—Váyase al infierno.

—Ya he estado allí.

—¿Dónde...? —intentó preguntar Robert Howard. Se concentró en formar las palabras—. ¿Dónde...?

—Bajo tierra —dijo una tercera voz—. Nos encontramos en los túneles de calefacción del Museo Británico, a los cuales los empleados han bautizado dramáticamente como La Araña. A mí también me gustaría saber qué hacemos aquí, aparte de escondernos de las más que lógicas represalias de las fuerzas del orden para con nuestro destructivo comportamiento.

No le hizo falta pensar mucho para saber quién había hablado.

Un sonido metálico retumbó a su espalda. Robert Howard pensó que se había derrumbado una pila de bidones. En un acto de temeridad propio de uno de sus personajes, giró la cabeza a pesar del dolor. Vio una puerta que se abría. Un hombre trajeado y con cara de inglés apareció en el dintel. Los cascos puntiagudos de varios guardias asomaban detrás de él.

El hombre se plantó ante ellos con los brazos cruzados.

—Espero que puedas explicarme en qué se parece esto a lo que acordamos, Aleister.

Robert Howard no oyó nada más. Algo negro y con alas le sacó de allí y se alejó volando hacia las tinieblas.

Tres días después

5 de septiembre, 1931

Volvió a despertar con un sobresalto. Esta vez fue capaz de pensar con claridad. Los dolores y la contusión habían remitido, dejando paso al murmullo torturado de unas terribles agujetas. Apenas sentía la nariz. Notaba el pómulo hinchado e insensible, como si le hubieran introducido bolsitas de té usadas bajo la piel. Las extremidades le hormigueaban. Notó un vacío animal en el estómago. Y cubriéndolo todo, la alarma de no saber dónde demonios se encontraba.

Estaba tumbado en una cama de matrimonio, en una habitación de esas con las que soñaban los burgueses que empezaban a enriquecerse antes del Crack. El buen gusto había abandonado a su decorador hacía años, si es que alguna vez lo había tenido. Había una profusión de jarrones chinos con motivos chillones, dos lámparas de araña, muebles que recordaban a la Revolución francesa y alfombras persas desemparejadas, superpuestas hasta cubrir todo el suelo.

Robert Howard se enderezó. Seguía vestido. La ropa se le pegaba al cuerpo, debía de haber sudado muchísimo. Por la luz de las ventanas, estaba atardeciendo o amaneciendo. Había una puerta ribeteada de querubines regordetes y rematada por un busto de Palas. Al otro lado se oían voces. Varias personas. El tejano miró de un lado a otro. Se armó de valor, esgrimió una estatua que representaba a un guerrero africano con un enorme pene en erección, y abrió la puerta.

Si el gusto del dormitorio era dudoso, las dudas se despejaban al ver el salón al otro lado. Las peores muestras de decoración provenientes de todas las culturas conocidas se daban cita en aquella amplia estancia. En el centro había una enorme mesa circular de reminiscencias artúricas. Sentados en torno a ella, cinco pares de ojos se volvieron hacia él.

—Bienvenido a Chancery Lane —dijo Aleister Crowley, incapaz de desprenderse de su sentido del drama—. Ha regresado usted de entre los muertos. Siéntese con nosotros y comparta el conocimiento que ha traído de vuelta.

—Quiere decir que has dormido tres días seguidos —tradujo Frank Long, sentado entre Lovecraft y Sonia Greene. Los tres le miraban con expresiones que iban desde la preocupación maternal al interés entomológico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, escondiendo la figura a sus espaldas con un apunte de pudor.

—Ha estado usted muerto —dijo Crowley—. Y ha vuelto para contarlo. Siéntese y cuéntenos sus impresiones. Yo le comprendo perfectamente; pasé por lo mismo que está pasando usted al volver del Más Allá.

—¿Quiere dejarlo ya? —preguntó Justin—. Usted solo ha vuelto de unas vacaciones por Europa. Supe que era un farsante desde el principio.

Todos se miraron entre ellos, incómodos ante el arranque de Justin. Nadie parecía dispuesto a comenzar a hablar. Robert Howard pensó que iban a confesarle un asesinato o algo peor.

Crowley carraspeó.

—Puede que mi muerte y posterior resurrección fuesen una pequeña treta. Por suerte, conté con la ayuda de Fernando Pessoa. Admitirán que involucrar a una celebridad en una muerte le confiere cierta verosimilitud.

—Fue todo un engaño —acusó Justin.

—¿Qué es un engaño? —contraatacó Crowley—. Piense en cuánta gente hay en el mundo que cree que he muerto. No solo lo cree, lo sabe. ¿Quién es usted para decir que el mundo se equivoca?

Robert Howard sacudió la cabeza. Se sentó a la mesa y dejó a un lado la figura. Puso las manos encima, como un niño esperando el almuerzo.

—No voy a entender nada si no me explican las cosas en orden.

Aleister Crowley asintió.

—¿Señor Lovecraft? —dijo—. Quizá debería hacerlo usted.

—¿Por qué yo? —preguntó Lovecraft.

—Porque todo sigue girando alrededor de su libro.

Robert Howard les miró de hito en hito, esperando. Lovecraft suspiró.

—Mi querido Bob, el señor Crowley aquí presente orquestó su muerte en Portugal hace un año para poder reaparecer en Londres y reclamar el Necronomicón.

—Pero ¿cómo podía saberlo? —inquirió el tejano.

Crowley respondió con una risita aguda.

—En realidad, no lo sabía. En *Boca do Inferno* supe del Necronomicón y de su poder, eso es cierto. Mi muerte respondía a otros fines, pero cuando llegó hasta mí la noticia de la subasta, vi una oportunidad clara.

—¿Una oportunidad para qué? ¿Qué pensaba hacer con el libro?

—El Necronomicón es mucho más que un libro, señor Howard. El Necronomicón es una idea. Es la idea de que todo es posible. El señor Lovecraft fue muy hábil al obviar su contenido y explayarse en su leyenda y en las horribles consecuencias de su lectura.

—Pero no existe...

—Eso es lo más maravilloso. Si no existe, se puede hacer lo que se quiera con él. El Necronomicón representa el poder ilimitado de la creencia. Un poder capaz de, por ejemplo, traer a alguien de vuelta a la vida.

Robert Howard no daba crédito a lo que oía. Los demás asistían a la explicación de Crowley con expresión hastiada. El tejano dedujo que ya habían oído aquella

cantinela. El inglés, sin embargo, la recitaba con el convencimiento de un actor con muchas tablas.

—Magia, señores. Lo numinoso. Sacrificio. Resurrección. Un libro sagrado. Los cimientos de la Orden Esotérica de Cthulhu.

—Otra de sus sectas satánicas —apuntó Robert Howard.

—No sea necio. La Orden es mucho más que una secta, y desde luego no tiene nada que ver con Satán. Tenemos creyentes ávidos de dogmas, hambrientos de creencias, de misticismo. De eternidad. Todo eso podemos dárselo.

—A cambio de un poco de dinero —señaló Justin.

—Estamos abiertos a donativos, es cierto —aclaró Crowley con una sonrisa encantadora.

—Todo ha sido un fraude —sentenció Long, sin ocultar un apunte de decepción en la voz.

—Se lo he dicho, usted no decide qué es un fraude y qué no. No subestime la fe de la gente. La verdad solo depende del número de creyentes. Igual que su Necronomicón.

—Pero ¿de dónde salió el libro de la subasta? —preguntó Robert Howard—. ¿También es cosa suya?

En ese momento, todos los ocupantes de la mesa guardaron silencio. Las miradas se volvieron esquivas. Robert Howard no podría asegurarlo, pero creyó que de repente hacía más frío. Todos se volvieron hacia Sonia Greene.

—Es real —se limitó a decir ella.

—Por favor, Sonia —dijo Frank Long—, cuéntale a Robert lo que nos has contado a nosotros.

Sonia asintió. De manera calmada, paso a paso, le explicó a Robert Howard todo lo que había vivido desde que Maike Brüggén la llamase a su despacho para encargarle la subasta más desastrosa de Sotheby's. Todos escucharon sin atreverse a mirarla directamente. Lovecraft parecía especialmente incómodo, sobre todo cuando Sonia mencionaba a su compañero de trabajo.

—Rodney ha desaparecido —concluyó—. Colin Chalmers ha desaparecido. He visto lo que el Necronomicón puede hacer. Es tan real como ustedes o como yo.

Las miradas convergieron en Howard Phillips Lovecraft.

—Deberías habérselo dicho, Howard —replicó el tejano.

Lovecraft soltó un carraspeo nervioso.

—Entiendo lo que pensáis —dijo—. Pero el libro no es real. Es una invención mía.

—No empieces, Howard —pidió Frank Long.

Lovecraft guardó un silencio empecinado. Fue en ese momento cuando el recuerdo golpeó a Robert Howard como la cabeza del bastón que le arrebató la

conciencia.

—¡El Museo Británico! —exclamó—. ¡Se lo han llevado!

—No solo se han llevado el libro —señaló Justin—. El almacén en Canary Wharf está vacío. Los dos tipos a los que zurrámos también han desaparecido.

—Tenemos que encontrarles —dijo Robert Howard con resolución.

—Podrían estar en cualquier parte del mundo, Robert.

—Pero ¿de dónde salió el Necronomicón? —preguntó el tejano—. ¿No podríamos preguntarle a Arsenius Ashcombe?

—Arsenius Ashcombe ha muerto —anunció Sonia Greene—. Le encontraron en su apartamento de Whitechapel. Debió de ser poco después de que hablase conmigo.

—¿Quizá Charles Hoy Fort podría ayudarnos?

Sonia meneó la cabeza.

—También ha muerto.

Robert Howard buscó algo que decir para romper la tensión invisible que empezó a helar el aire.

—Tengo una pregunta más: ¿por qué no estamos en la cárcel?

Aleister Crowley se encargó de responderle:

—Digamos que el director del Museo Británico simpatizaba con nuestra causa. Ha sido tan amable de cubrir todo lo ocurrido. Oficialmente, y dejando aparte el relato histórico de alguna que otra dama de la alta sociedad a la que no concederán mucho crédito, nunca hemos estado allí.

—O lo que es lo mismo —añadió Justin—, este bastardo había pactado de antemano robar el Necronomicón y escapar por los túneles de ventilación si la cosa se ponía en su contra. Debe de saber algo muy comprometedor sobre el director del museo para que nos permita escapar impunemente.

—Cada día me cae usted mejor, joven —ironizó Crowley.

—Lo que no sabía es que la cosa saldría así. Nos ha engañado a todos desde el primer momento.

—Yo no he engañado a nadie. Ustedes han decidido creer en el Necronomicón. Y ahora resulta que todo es cierto. ¿Dónde está el engaño?

—Basta —dijo entonces Sonia. No había nada especial en la manera en que lo dijo, pero todos obedecieron—. Discutir no sirve para nada. Se han llevado el libro.

Y ninguno supo qué más añadir. Las miradas se cruzaron y los segundos de silencio gotearon entre ellos. Al final fue la propia Sonia quien habló:

—¿Qué vio usted en *Boca do Inferno*, señor Crowley? ¿Qué hay allí?

—Nada —contestó Crowley, de repente parco—. Nada que pueda o quiera contarles.

—O sea, otro de sus fraudes —concluyó Justin.

—Tenga mucho cuidado con lo que dice, joven. —Esta vez no había la menor

jovialidad en el tono de Crowley. Dudó unos instantes y pareció tomar una resolución—. En esos acantilados sucedieron cosas horribles. Cosas de las que juré no volver a hablar. Yo no les recomendaría ir allí.

—¿Y qué nos recomendaría?

Él se encogió de hombros.

—Que vuelvan a su casa. Este negocio se ha acabado.

—Ni hablar —saltó Justin—. Tenemos que encontrar el libro.

—Pero ¿dónde? —preguntó Long.

Antes de que alguien añadiese algo más, Sonia intervino:

—Charles Hoy Fort me pidió que destruyese el Necronomicón antes de que causase más daño. Ojalá lo hubiese hecho. Han muerto varias personas por mi culpa. Si en *Boca do Inferno* hay una pista que nos ayude a encontrarlo, iré. De todos modos me han despedido. No tengo nada que me ate aquí. —Se le escapó un suspiro involuntario—. No tengo nada que me ate a ninguna parte.

—¿Qué piensas tú, Howard? —preguntó Robert Howard.

Lovecraft había permanecido en silencio. Todos se volvieron hacia él. Inspiró hondo.

—Mi opinión es de sobra conocida: el Necronomicón no existe. Empero —añadió, al ver que todos abrían la boca para hablar a la vez—, no creo que tengamos alternativa alguna. Es imposible saber adónde se han llevado el... el libro. Sigamos al menos la pista que tenemos.

—Está bien —dijo el tejano—. Que sea Portugal.

—Espero que no lamenten su decisión —masculló Crowley, cada vez menos interesado—. Tienen ustedes todas mis bendiciones.

—Y nada más —adivinó Justin.

—No veo ningún beneficio en ello —respondió, y sintieron que era una de las pocas veces en que decía toda la verdad—. ¿Están seguros de que quieren seguir adelante?

—Es el único sitio hacia el que se puede huir —sentenció Lovecraft.

Nadie le entendió.

INTERLUDIO

Algo mejor

El verano se alejaba poco a poco de aquella tierra donde nunca había sido bienvenido. El barco seguía su misma estela hacia el continente, abriendo surcos en un agua en la que nadie en su sano juicio se atrevería a zambullirse. Frank Long paseaba por popa. Temblaba incluso con los guantes puestos, pero prefería caminar un rato y librarse de los pensamientos que le asaltaban mientras esperaba a que el sueño llegase. El soplo de escarcha de la noche había convertido la cubierta en una pista de hielo para aficionados.

Poco a poco, las heridas se iban cerrando. Los cardenales perdían su color violeta y empezaban a desaparecer. Quedaba, sin embargo, la vergüenza, la comezón del recuerdo, el desasosiego. Tal vez si hubiera hecho algo. Si hubiera sabido defenderse. Si hubiera podido reaccionar. En el reino de las oportunidades perdidas, lograba luchar con los dos matones y evitaba que asesinasen a Arthur Machen.

Long se detuvo. Robert Howard estaba también en la popa. Se apoyaba en la barandilla con una postura típicamente tejana, con un cigarrillo entre los dedos. Parecía un vaquero trasplantado en la novela equivocada, cazando ballenas en lugar de búfalos. Miraba al cielo. Long estuvo a punto de volver por donde había venido. Se dijo que no quería molestarle, aunque eso en el fondo era una excusa. La verdad es que prefería seguir solo con sus pensamientos. Por eso ni él mismo lo entendió cuando se acercó.

Robert Howard le miró un segundo como si no le conociera. Luego le ofreció un cigarrillo. Long negó con la cabeza al ver el paquete abierto, pero luego aceptó uno. Nada más encenderlo empezó a toser como un energúmeno. Le dedicó una mueca de asco al cigarrillo y lo tiró al agua. El mar lo recibió sin más murmullo que el de las olas descuartizadas por las hélices. Long se apoyó también en la barandilla, aunque no consiguió componer una pose tan masculina como la de su colega.

—Lo siento —dijo Robert Howard.

—¿El qué?

—Siento la paliza que te han dado. Fue por mi culpa. Si no les hubiera provocado...

—... nos habrían disparado a todos. No, Robert. Fue culpa mía. Debería haber hecho algo. Pero no pude. —Clavó la vista en el mar—. Soy débil. No soy como tú.

Esperaba que Robert Howard le llevase la contraria. Lo necesitaba. Necesitaba que alguien desmintiera las acusaciones que se hacía a sí mismo. El tejano guardó silencio. Frank Long lo interpretó como aquiescencia. Sintió que se le encogían las

tripas.

—Tú no quieres ser como yo —dijo por fin Robert Howard.

—¿Por... por qué?

—Yo no quería salvaros en el almacén, Frank. Solo quería que me dieran una paliza.

—¿Cómo?

Robert Howard dio una larga calada. El humo escapó de sus labios como aliento de dragón.

—Me siento atrapado, Frank. Escribo fantasía porque no puedo escapar de esta jaula de cristal que es el mundo. Me duele cada día que me siento delante de la máquina de escribir, porque pienso que podría estar viviendo la aventura de mi vida fuera en lugar de imaginármela en mi mente. He practicado todo tipo de deportes peligrosos, desde boxeo hasta escalada. En México me he peleado a puñetazos con un perro enloquecido por el hambre. En los muelles de Baltimore he mordido una bala mientras me hacían cosas que ni podría empezar a explicarte. Y ni siquiera quiero acordarme de lo que he hecho en Nueva Orleans. Por eso acepté la oferta de Elizabeth Raskob. Necesito algo que me despierte.

Frank Long atendía anonadado.

—Quiero vivir. Quiero casarme, divorciarme y volverme a casar. Quiero que me traicionen, que me despidan y que me rompan el corazón. Nada me alegraría más que descubrir que me han engañado. Quiero exprimir este extraño fruto que llamamos vida. Quiero morir salvando a alguien, y que mis hijos recuerden que lo hice, y que uno de mis nietos escriba una novela sobre mí. Quiero ser recordado, Frank. La vida en Texas se me echa encima, me asfixia.

—Comprendo... —dijo Long, aunque no estaba seguro de comprender—. Dame otro de esos, por favor.

Robert Howard le tendió el paquete de cigarrillos. Long volvió a toser como un enfermo. Esta vez no lo tiró.

—Tú no quieres ser como yo —prosiguió el tejano—. Yo necesito que me peguen, que se estrellen los coches que conduzco, que me lleven al otro extremo del mundo buscando un libro que no existe. Tú no. Tú eres una persona equilibrada, Frank.

Frank Long dio una calada honda al cigarrillo. En el desconcierto que sentía crecía una diminuta brizna de admiración por su colega.

—Un cobarde es lo que soy.

—Eso, mi querido Belknapius, es cuestión de opiniones.

Los dos se giraron. Howard Lovecraft estaba detrás de ellos, con su semblante apagado, aterido de frío. Tenía los brazos cruzados y una gota de moco colgando de la nariz. Podría haber sido el espíritu de Jacob Marley.

—Tú has sido capaz de asaltar una biblioteca a medianoche aun cargando con una nulidad de compañero. Has irrumpido en mitad del Museo Británico para rescatarme. Te has enfrentado a balas y a puños. En cambio, tu pobre abuelo sigue siendo tan inútil como el día en que nació.

—Vamos, Howard... —empezó Long.

—Creo que podemos dejar la autocompasión para otro día, señores —propuso Robert Howard, dando una calada a su cigarrillo—. Se acerca una dama.

Sonia caminaba por cubierta envuelta en un abrigo pesado. Al instante, Lovecraft irguió la espalda. Long y Howard metieron barriga.

—Que no te oiga llamarla así —aconsejó Frank Long, que conocía a Sonia de sobra, tras muchos encuentros en Nueva York, cuando ella y Lovecraft aún eran una pareja de emprendedores no tan jóvenes—. O vas a experimentar un dolor mucho mayor que el de una simple paliza.

Sonia les dedicó una mirada de pasada y varió el rumbo de su paseo. Lo hizo de forma tan natural que ninguno se dio cuenta de que había sido intencionado. Sin embargo, siguió a la vista, en el otro extremo de popa, mirando el mar de un modo que ninguno de ellos sabría imitar, de igual a igual.

Long carraspeó. Al ver que Lovecraft no reaccionaba, le dio un codazo.

—¿A qué estás esperando?

—¿A qué te refieres? —preguntó él, como alelado.

—¡Ve a hablar con ella, por el amor de Dios!

—Ese dios a cuyo impalpable amor tan ligeramente te refieres no tiene nada que ver en este asunto. Además, no sé qué debería decirle. El estatus marital de nuestra relación ha dejado de existir desde hace mucho tiempo.

—Howard. —El tejano le puso una mano en el hombro—. Si no vas a hablar con ella ahora mismo, te tiro por la borda. No estoy bromeando.

Lovecraft suspiró lánguidamente. Se compuso las mangas de la camisa y el cuello. A ninguno de los dos se le escapó que estaba temblando, y que no era de frío.

—¿Qué debería decirle?

—Se me ocurren muchísimas cosas —contestó Long—. Pero las que valen son las que se te ocurrirán a ti. Vamos. Demuestra que tú tampoco eres un cobarde, Abuelo.

—Pero es que lo soy —protestó Lovecraft.

Long y Howard ya se alejaban cubierta arriba, apoyándose el uno en el otro para no resbalar. Le dejaron en compañía del viento.

Lovecraft giró sobre sus talones y se dispuso a seguir a sus dos camaradas, pero cuando pasaba a su altura, Sonia se volvió y le miró. A los ojos. Se quedó paralizado como un animalillo sorprendido por una tormenta eléctrica. Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para obligar a sus pies a encaminarse en su dirección.

—Hace frío —observó Sonia cuando se detuvo a su lado—. Deberías ponerte algo más pesado.

—Tienes razón —dijo él, girándose—. Quizá debería bajar al camarote...

—¿Has escrito algo nuevo últimamente? —se apresuró a añadir ella. Lovecraft volvió a su posición inicial.

—He resuelto no volver a escribir.

Sonia arrugó la cara. Era más baja y más corpulenta que él. El viento le despeinaba el pelo liso y suelto.

—Qué pena.

No dijo nada más. Y esas dos simples palabras revolvieron por dentro a Lovecraft.

—Siento mucho que hayas perdido tu empleo.

—Era un buen empleo. Quizá habría podido echar raíces en Inglaterra.

—Lo siento.

—Da igual. Encontraré algo.

—Algo mejor —dijo él—. Seguro.

Sonia le miró a los ojos.

—Algo.

Se quedaron unos segundos quietos, mecidos por el mar que mecía el barco. La noche cubría de escarcha las palabras que no decían. Los pensamientos ensordecían. Fue Lovecraft quien desvió la mirada. Lo hizo al único sitio que se le ocurrió.

—Es hartamente curiosa la posición de las estrellas —tartamudeó—. Creo detectar una ligera variación de apenas unas décimas de grado al observar desde este lado del Atlántico.

—A mí me parecen las mismas.

Lovecraft sonrió, más cómodo en su propio terreno.

—Vamos a comprobarlo. —Echó mano al bolsillo de la chaqueta y sacó una cajita pequeña. La abrió y extrajo un telescopio plateado.

—Qué bonito —comentó Sonia—. ¿Qué le ha pasado a tu antiguo telescopio?

—Sufrió un accidente deportivo. Veamos quién de los dos tiene razón.

Extendió el telescopio con un gesto experto. Lo levantó, cerrando un ojo. Y se quedó así, quieto, sin llegar a mirar a través de él.

—Oh.

—¿Qué sucede?

Los ojos de Lovecraft se salieron de sus órbitas.

—Lo tenemos —le dijo a Sonia, agarrándola por los hombros—. ¡Lo tenemos! ¡Belknapius! ¡Bob! ¡Lo tenemos!

Le puso el catalejo en las manos y salió corriendo. Sonia se quedó allí plantada, con el artilugio en las manos. Lo contempló como si no supiese qué hacer con él.

Entonces reparó en la inscripción.

En el extremo más corto del catalejo había una pequeña plaquita con una leyenda grabada en el baño de plata. Sus labios dibujaron las palabras cinceladas.

ABRAHAM ELZEVIER
SILBERSCHMIED
NIKOLAIKIRCHPLATZ, 2
BERLIN

TERCERA PARTE

EL SOCIO 555

De pocos libros puedo decir que huelan a sangre, a vísceras abiertas, a licores corporales, a actos sin perdón.

ROBERTO BOLAÑO, *Derivas de la pesada*.

—Bastarán cien dólares. Probablemente se gasta usted más en comida para el pulpo.

—No es un pulpo.

De la película *Hechizo letal*.

Una lápida en el Bethanien

12 de septiembre, 1931

El viento arrastró una hoja de papel, hizo que diera un par de vueltas en el aire y la estrelló contra la cara de Howard Phillips Lovecraft. Este se la quitó como quien se desprende de una máscara, con una expresión de disgusto que enseguida se crispó a causa del frío. Su rostro había perdido el poco color que tenía. Sus labios empezaban a tener un tinte azulado. Lovecraft se arrebujó en el chaquetón y hundió aún más los hombros. Hizo una bola con el papel y la guardó en el bolsillo con dos dedos.

—¿Qué hay escrito? —quiso saber Justin.

—No sé. —La temperatura reducía el nivel de adjetivos en sus frases—. Anuncia algo relacionado con un lugar llamado *Pschorr Haus*. El resto no lo entiendo. Desde la última vez que me preguntó, sigo sin saber alemán.

—No es para ponerse así —dijo Justin. Se notaba que el frío también afectaba a su humor. Estaba pálido, tanto que las pecas en su rostro parecían más bien picaduras de insecto. No cesaba de mirar a todas partes, como si esperara a que sucediese una calamidad en cualquier momento.

—Ya estoy aquí —anunció Frank Long, acercándose a ellos con cuatro vasos humeantes casi demasiado grandes para sus manos—. *Glühwein*. Es vino especiado, nos vendrá bien para el cuerpo. Está muy caliente.

—Vaya, a esto le llamo yo una buena medida —dijo Robert Howard, aceptando uno de los vasos—. ¿Cuánto te han costado?

—No te lo vas a creer. —Long le pasó un vaso a Justin—. Seis millones de marcos. Es increíble cómo ha afectado el Crack a este país. La moneda ya no vale nada.

—No puedo decir que no se lo merezcan. —El tejano dio un sorbo a su vaso e hizo un ademán apreciativo—. Está muy bueno. ¿Estás seguro de que no quieres probarlo, Howard?

Lovecraft acentuó su mueca de disgusto y negó.

—Antes dejar que me sumerjan en un barril de brea hirviente. —Parecía que iba a añadir algo más, pero el viento le hizo cambiar de idea y volver a refugiarse en la trinchera de sus solapas.

—Tú te lo pierdes. —Robert Howard se encogió de hombros—. Ahí viene alguien que sabrá apreciarlo.

La silueta de Sonia Greene se perfiló al fondo de la calle. Ella misma iba embozada en un abrigo que habían comprado a un precio ridículo en uno de los *markthalle* cercanos a la estación Anhalter. El tiempo en Berlín les había sorprendido

tanto como a los propios berlineses. Por lo visto aquel vendaval inusitado para septiembre llevaba días soplando por los callejones de la ciudad, como un cuchillo abriéndose paso entre costillas. Habría sido soportable hasta cierto punto de no ser por el frío tan intenso. En ese momento había apenas media docena de personas en la calle, todas enterradas en gruesos abrigos. El humor de los viandantes también se estaba congelando, lo cual, unido a su nulo conocimiento de alemán, había convertido en una gesta lo que en otras circunstancias no habría sido más que preguntar por una dirección. Habían intentado abordar a varias personas, pero no habían conseguido más que un silencio enconado o algún exabrupto parecido a un ladrido. Al menos, así había sido hasta que Sonia tomó las riendas.

Cuatro hombres adultos, perdidos en una calle desierta, en mitad de algo muy parecido a la gestación de un tornado.

Un chico aterido de frío, embutido en un abrigo demasiado grande para él. Miraba desconfiado de un lado a otro, a las ventanas cerradas, a las esquinas, incluso a las tapas de alcantarilla. Su cabeza oscilaba con latigazos ratoniles ante cualquier ruido. Estaba esperando algo; la pregunta era qué.

Un hombretón apuesto, gallardo, vestido a la antigua. La corbata floja y el abrigo abierto, casi disfrutando de la mordedura del frío. La deseaba, lo había notado desde el primer momento en que le había tenido sentado a su lado. Pero jamás haría el mínimo movimiento. Cada vez que sus ojos se cruzaban, los de él rebotaban hacia otro lugar, cargados de culpabilidad. Aquello había dejado de exasperar a Sonia hacía unos cuantos días.

El eterno mejor amigo, siempre a la diestra, siempre atento, dispuesto a echar una mano o a poner paz en los cada vez más numerosos roces entre todos ellos. Relegado voluntariamente a un segundo puesto, Frank había sido incapaz de tomar una sola decisión en todo aquel viaje. Prefería dejarse arrastrar, siempre que eso le mantuviese cerca de Howard.

Howard. Sereno, cínico, expectante, curioso. Devoraba todos y cada uno de los detalles a su alrededor, los asimilaba, los transformaba en algo nuevo dentro de su cabeza. ¿En qué? Era un misterio. Esa era su magia, siempre lo había sido. Sin embargo, también la miraba a ella. Con más y más frecuencia. Si los ojos de Robert se apartaban con rapidez cuando se cruzaban, los de Howard en cambio permanecían un segundo, como si le enviaran un mensaje que, hasta ahora, había sido incapaz de descifrar.

Sonia contempló a los cuatro hombres adultos, perdidos en una calle desierta en mitad de algo muy parecido a la gestación de un tornado. Caminando sin prisa, llegó hasta ellos. Todos se envararon, como si se dispusiera a pasar revista. Hombres.

—Está ahí enfrente —dijo, tomando el vaso que le tendía Frank Long y dando un sorbo—. Podemos llegar caminando.

El alivio general palió un poco las dentelladas del frío. Se arrebujaron como pudieron en los abrigos y siguieron a Sonia con pasos cautelosos. Podría ser peor, pensó ella. Al menos no estaba lloviendo, aunque parecía que no tardaría en romper.

El Nikolaiviertel era el distrito artesano de Berlín, situado en el mismo centro de la ciudad, a pocos minutos de la Jakobplatz, la plaza del ayuntamiento; y del bulevar comercial, el Hackescher Markt. Un pequeño trozo de pueblo prusiano clavado a la fuerza en medio de la modernidad de la que había sido una de las mayores capitales de Europa en los años veinte. Era como si la realidad se rasgase al entrar por esas calles de repente sinuosas, y uno pudiera asomarse a una historia de los hermanos Grimm, entre techumbres de tejas rojas, ventanales con postigos de madera ajada y angelotes disfrazados de aldabones.

En mitad del Nikolaiviertel se levantaban los torreones de la iglesia de San Nicolás, que marcaban con su sombra gemela los límites de aquel cuento de hadas en medio de la miseria del exterior, de las columnas de humo negrísimo, los cláxones de los coches y el soniquete uniforme de las botas de los gendarmes de la República. Las calles, más estrechas, estaban mejor protegidas contra el frío.

Estar un paso más cerca de su objetivo animó a Lovecraft:

—Ah, pobre guerrero nórdico, malogrado caballero teutón de estoico ceño, hasta qué aberrantes abismos de progreso te han hecho caer las ignominiosas quimeras del siglo XX.

—Cállate, Howard.

Se detuvieron en el centro de la plaza. La iglesia de San Nicolás estaba a pocos pasos. Si habían visto poca gente por la calle, aquí dentro se había esfumado cualquier indicio de presencia humana. El viento jugueteaba a sus anchas con las hojas que empezaban a arremolinarse en el suelo y lanzaba chillidos de viuda desde los almendros huecos. De alguna parte surgían columnas de polvo que entorpecían a las bandadas de golondrinas.

Sonia señaló. Al otro lado de la plaza había una tienda de cristales embarrados, con un letrero colgante de madera que reproducía la inscripción del telescopio.

—«Abraham Elzevier» —leyó Frank Long—. Silberschmied. ¿Orfebre?

—¿Y qué significa eso? —preguntó Robert Howard, señalando.

Alguien había escrito una palabra en el escaparate con bruscos trazos de pintura roja.



—No tengo ni la menor idea —admitió Long—, pero me da mala espina.

Las campanas de la iglesia empezaron a tañer, un sonido hueco que no presagiaba nada bueno. Todos se quedaron unos segundos mirando la torre de la que surgía la llamada, como si de pronto algo pudiera salir volando del chapitel y caer en picado sobre ellos.

—Esto ha sido una mala idea desde el principio —dijo Justin—. Deberíamos dejar a este hombre en paz.

—Justin, estoy harto de oírle decir lo mismo una y otra vez —dijo el tejano—. Si tanto le molesta que hayamos venido hasta aquí, podría haberse quedado con Crowley en Londres.

—No sea tan susceptible. Solo me pregunto cómo quieren hacer esto. ¿Entramos todos pistola en mano o...?

—Por favor, no diga sandeces —le espetó Lovecraft—. No somos los Cien Mil Hijos de San Luis. Además, Jakob Elzevier podría estar ahí dentro.

—Y el Necronomicón también —señaló Robert Howard.

—¿Sería mejor que alguien entrase solo? —preguntó Long—. Quizá tú, Robert...

—Mi alemán es igual de bueno que el tuyo, Frank.

—Por Dios —explotó Sonia—. Yo lo haré.

A través del escaparate, el interior de la tienda se veía a oscuras. Cuando Sonia echó mano de la puerta, comprobó que estaba cerrada.

—Nuestro periplo termina mucho antes de empezar —anunció Lovecraft.

—Bueno, no desesperes —dijo ella, pegando el rostro a la cristalera y haciendo embudo con las manos para intentar ver algo en la oscuridad—. Creo que ahí dentro se ha movido algo.

Antes de que Lovecraft pudiera soltar una de sus elaboradas réplicas, un cerrojo se descorrió. La puerta se abrió como un relámpago, pero lo que surgió de ella no era en modo alguno lo que habían esperado. Sonia se quedó paralizada al ver el cañón de rifle que, desde la oscuridad, apuntaba a la cabeza de Howard.

A un tirador experto no se le habría escapado el temblor que agitaba el extremo del arma. Un pistolero profesional, de los que protagonizaban ciertas historias nostálgicas de tiempos en los que la frontera contenía salvajes a ambos lados, habría sabido notar la vacilación en la voz de su dueño. Ninguno de ellos se ajustaba a esa descripción. Para ellos, lo único patente era el ojo negro de aquella arma situada a pocos centímetros de la frente de Lovecraft.

Desde el interior, una voz dijo algo en alemán. Acompañó sus palabras con un ligero toque a la cabeza de Lovecraft. Él soltó un gritito de adolescente.

—Por favor —dijo Sonia muy, muy despacio—. No le entendemos. No queremos hacerle daño.

Por Dios, qué absurda se sentía al decir eso. ¿Qué daño iban a hacerle? Ni siquiera podían ver quién se encontraba al otro lado de la puerta, mucho menos hacer

algo para evitar que le volase los sesos a Howard. Sonia consideró durante un latido la posibilidad de lanzarse sobre él para alejarle del arma. Al momento se dio cuenta de que quienquiera que empuñase el rifle dispararía de todas formas, y probablemente la alcanzaría a ella o a uno de los otros.

—¿Quién sois ustedes? —barbotó una voz grave en un inglés lamentable.

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo. Las súplicas agarrotadas de Frank Long se mezclaron con las amenazas de Robert Howard y con las argucias de Justin. Lovecraft permanecía en silencio, las manos levantadas, la boca apretada.

Sonia cortó la maraña de discursos:

—Señor. Ya se ha dado cuenta de que no somos una amenaza. Discúlpennos si le hemos alarmado. Haga el favor de bajar el arma para que podamos hablar con usted.

Todos se giraron hacia ella. La punta del arma no se apartó.

—Dentro —ordenó entonces la voz, y lo volvió a repetir—: Dentro.

Vacilaron solo un segundo antes de obedecer. Sonia supo leer el mensaje en los ojos de Frank Long: acabamos de llegar y ya estamos metidos en problemas.

A la escasa luz que entraba por el vidrio tintado del escaparate distinguieron a un hombre bajito y de anchos hombros. Se cubría por completo con una especie de sábana oscura, reliada sobre la parte superior del cuerpo en una maraña de pelusas y pliegues. No llegaron a ver su cara, pero poco importaba. Lo más preocupante seguía siendo el rifle de aspecto antiguo que empuñaba, un arma de la Gran Guerra que a todos les pareció extraña y muy peligrosa.

—¿Quiénes sois ustedes? No lo pregunto más. Disparo.

La penumbra daba a la escena un ambiente de exquisita sordidez, una promesa de negocio sucio y clandestino. En mitad de la estancia se alzaba un grupo de estanterías de aspecto deslucido, repletas de piezas de artesanía en plata. El rifle seguía exigiendo una explicación. Sonia se estrujó las manos.

—¿Señor Elzevier? —aventuró—. Somos americanos. Venimos a pedirle un favor. Estamos buscando a su hijo Jakob. Sé que es una petición extraña, pero me temo que usted es el único que puede ayudarnos a localizarle.

Retuvo el aire. Ya estaba hecho. Sonia esperó el veredicto de aquel hombre que podía matar a Howard en cualquier momento. Si el rostro del anciano mostró alguna reacción, se la tragó la oscuridad bajo la especie de sábana negra que le tapaba.

El arma no bajó.

Pero el anciano habló:

—Mi hijo Jakob está muerto.

—¿Muerto? —preguntó Sonia—. ¿Cuándo ha sucedido? ¿Cómo?

—Más de un año.

—Eso es imposible —saltó Robert Howard—. Nosotros le hemos visto.

El rifle se agitó.

—¿Quiénes sois ustedes? —preguntó el hombre de nuevo, y dijo algo más en alemán, algo que sonó bastante a palabrota—. ¿Por qué queréis hacerme esto?

Le va a disparar, pensó Sonia. Di algo. Haz algo.

Una idea aleteó en su cabeza.

—Howard —llamó, intentando no temblar—. El catalejo.

—¿Qué? —preguntó él, con aire de quien despierta de un sueño muy profundo.

—Señor Elzevier, busque en la chaqueta de nuestro compañero. Verá una caja que le resultará familiar.

El hombre dudó. Alargó la mano y rebuscó nerviosamente en los bolsillos de Lovecraft. Extrajo la cajita y la abrió con gesto diestro. Se quedó paralizado. La punta del rifle vaciló.

Fue todo lo que necesitó Robert Howard. El tejano se abalanzó sobre él como un oso. Las dos manos se cerraron sobre el rifle, mientras le hundía la rodilla en la entrepierna. Abraham Elzevier soltó un gañido y cayó con un sonido de fruta pasada. El catalejo rodó por el suelo. Al instante, el arma que había podido asesinar a Lovecraft le apuntaba al corazón.

—Ya no eres tan valiente, ¿no, viejo? —dijo el tejano.

Los demás parecían haberse convertido en estatuas, paralizados por la celeridad con que había sucedido todo. Elzevier se le quedó mirando, el rostro abrumado por el terror. No era un terror menor que el que habían experimentado ellos. La extraña sábana negra en la que se envolvía había quedado hecha un guiñapo en el suelo. Pudieron verle el rostro. Tenía la piel cuarteada y blancuzca, de una textura casi artificial. En su cabeza apenas quedaban escasos mechones de pelo repartidos de forma irregular. La piel se estiraba sobre el cráneo de un modo desagradable.

—Robert, por favor, baja el arma. —Sonia puso una mano en su hombro—. No seas como él. No amenaces a una persona indefensa.

Robert Howard volvió la cabeza hacia ella con un gesto salvaje. Luego se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Bajó el rifle, pero siguió taladrando a Elzevier con la mirada.

—¿Qué demonios le pasa en la piel? —dijo en un alarde de sensibilidad.

Sin la protección de la sábana, Abraham Elzevier se reveló como un viejo frágil y endeble. Su voz acusó el cambio.

—Estoy... —empezó—. Estoy enfermo... por favor...

—Lo lamentamos, señor Elzevier. —Frank Long se agachó junto a él—. Todo esto ha sido un malentendido. Le pedimos disculpas.

Alargó una mano para ayudarle a levantarse, pero el hombre retrocedió espantado.

—¡No me toque! —Hundió la cabeza entre las manos—. Oh, Señor, ayúdame...

Empezó a sollozar como un niño. Sonia reprimió el impulso de consolarle. Se

volvió hacia los demás, que compartían su misma expresión desconcertada. ¿Qué le pasaba a aquel hombre?

—¿Dónde está su hijo? —interrumpió Robert Howard en tono agresivo.

—Se ha ido —barbotó entre hipidos—. No está. Ahora solo están las voces. Las voces.

Volvió a sumirse en su llanto de hombre acabado.

—¿Y dónde está enterrado? —prosiguió el tejano, implacable.

Sonia se encaró con él.

—¿Es que no tienes corazón? —le espetó—. Haz el favor de dejarle en paz.

—¡Ha estado a punto de matar a Howard!

Antes de que Sonia pudiese replicarle, la voz de Abraham Elzevier volvió a surgir en medio de los sollozos.

—En el Hospital Bethanien. Un cementerio cristiano. No quiere que sus huesos descansan con los demás Elzevier. Da la espalda a su familia, a su fe, a su tradición.

—Discúlpenos, señor Elzevier. —Sonia asesinó al tejano con la mirada—. No le molestaremos más.

—Fuera, por favor. No sé qué habéis venido a buscar, pero aquí no lo encontráis. No volvéis. Aquí hay ya demasiado dolor.

—Está bien —concedió Robert Howard—. Pero me llevo el rifle. No volverá usted a amenazar a nadie más con él.

El anciano no contestó.

—¿Podemos hacer algo por usted, señor Elzevier? —se atrevió a preguntar Frank Long.

Elzevier meneó la cabeza, acurrucado en el suelo.

—Solo Elohim puede ayudarme ahora. Tengo que preparar mi alma para encontrar Él.

Salieron al frío aire de Berlín, sin saber muy bien qué había ocurrido allí dentro, qué habían visto y qué significaba. Frank Long rompió el silencio que ya resquebrajaba el viento.

—¿Qué hacemos ahora?

—No suelo fiarme de la gente que me apunta con una escopeta —dijo Robert Howard—. Hasta que no vea su tumba, no me creeré que Elzevier está muerto. ¿Dónde ha dicho que estaba?

—En el Hospital Bethanien —contestó Justin.

Para cuando consiguieron dar con el hospital, el sol ya estaba oculto bajo la línea de los tejados. Los rescoldos de claridad que quedaban apenas eran suficientes para apreciar las dimensiones del complejo. Estaba situado en la Mariannenplatz, prácticamente un bosque en miniatura en mitad del barrio de Kottbusser Tor. Los árboles, meciéndose con el siseo de todas las culebras del mundo, conspiraban para

ocultar las verdaderas dimensiones del edificio. Daba la impresión de que el bosque y el hospital habían crecido paralelamente. Muros, gabletes, troncos y ramas entremezclados en una especie de danza con aquel viento incansable. La nave principal se abría a dos alas enormes, masas de ladrillo rojo en las que asomaban ventanas negras como heridas de puñal que no sangraban. Ramas muertas, falanges de bruja que arañaban los cristales. Daba la impresión de que había más ángulos de lo normal. Una oscuridad prisionera escudriñaba entre los barrotes de las ventanas. Frank Long se preguntó qué aspecto tendría cuando la noche hubiera caído. Luego intentó apartar de sí esa idea. Podía ciertamente ser el germen de una buena historia, pero en aquel momento era el tipo de pensamientos que no necesitaba en absoluto.

No se veía a nadie. El frío había aumentado ahora que la noche estaba próxima. Los berlineses se preparaban para hibernar, o habían empezado ya a hacerlo. Los cinco se arrebujaban en sus abrigos. Se sentían solos. En medio de ese bosque imposible. Frente a las puertas de aquel gigantesco murciélago rojo impregnado de hollín y polvo.

—Esto es una locura —se lamentó Justin—. Para empezar, no nos van a dejar visitar el cementerio a esta hora.

—Bueno, mejor cerciorarnos —dijo Sonia, y echó a andar, como siempre a la cabeza.

La puerta principal estaba cerrada. La cruzaban dos maderos de aspecto pesado. Los habían clavado concienzudamente, pero alguien había hecho un agujero de buen tamaño en una de las puertas por el que se podía pasar agachado.

—Maldita sea —farfulló Robert Howard—. Este sitio está abandonado.

—Creo que están haciendo obras. —Frank Long señaló a un lateral del edificio, donde se amontonaban enseres de albañilería detrás de una valla de aspecto frágil—. A lo mejor lo han cerrado temporalmente.

—Y a lo mejor el turno de noche ha desaparecido —apuntó Lovecraft. Frank Long no disimuló un escalofrío.

El tejano se encogió de hombros.

—Cuanta menos gente haya, más fácil será encontrar el cementerio.

Subió de dos en dos los escalones hasta la entrada. Se inclinó y pasó por el agujero en la puerta. Sonia dudó esta vez antes de seguirle. Aquello parecía la entrada de un castillo de fábula, uno de esos cuentos de hadas que esconden dentro un terror sólido en forma de moraleja. Obedeced siempre a vuestros padres, niños, o una bruja os desollará y os meterá aún vivos en un horno antes de comerlos.

Entraron.

El vestíbulo principal era un atrio de reminiscencias árabes. Los motivos que decoraban la arcada habían perdido el lustre. Vacío en las expresiones de los ángeles sobre los arcos, y vacío en los pasillos que se abrían en todas direcciones como patas

de araña.

—Este lugar ha sido desahuciado —dijo Lovecraft.

—Expoliado —añadió Long.

—No es momento para tener miedo a los muertos —dijo Justin.

—¿Quién ha hablado de muertos? —replicó Lovecraft—. Me inquieta de una manera mucho más apremiante quienquiera que haya usado esa indigna abertura antes que nosotros.

—Es cierto —concedió Sonia—. No hay que tener miedo a los muertos. Son los vivos los que hacen daño.

Dio un par de pasos y se volvió hacia ellos.

—¿Vamos?

—¿Adónde? —preguntó Long.

Sonia señaló. En la encrucijada de pasillos había un letrero medio descolgado. Al lado de la palabra «Kappelle» y una flecha se apreciaba el dibujo de una cruz. Alguien la había raspado a conciencia con algo afilado, pero aún se adivinaba el contorno.

—Sería buena idea empezar por la capilla —propuso ella.

Echó a andar en la dirección que señalaba el cartel. Mientras los demás se entretenían en vacilaciones, Lovecraft se encogió de hombros y fue tras ella.

—Es tan buena y tan mala idea como todas las que hemos tenido hasta ahora.

Pasillos abovedados, tan altos y anchos que por ellos podría pasar un cortejo fúnebre. Desconchones y manchas amarillentas en las paredes. Las puertas de las habitaciones estaban entreabiertas, en su interior se percibía una penumbra grasienta. De ellas manaba el olor empalagoso de un sufrimiento que se había acumulado en aquellos muros durante quién sabía cuánto tiempo. Mientras caminaba, a Sonia se le ocurrió que los niños que hubieran nacido en el Bethanien pasarían la vida soñando que se perdían en aquellos pasillos.

Llegaron a otra encrucijada. Había un nuevo cartel con la misma cruz. Alguien, quizá la misma persona de la entrada, había rayado esta también. A su lado habían grabado un signo que no se atrevieron a mirar mucho tiempo. De repente, Sonia fue consciente de las toneladas de piedra que les rodeaban. Ladrillo y argamasa, madera y metal. Máquinas para preservar la vida y para preparar la llegada de la muerte. Kilos y kilos de cosas que deberían estar muertas. Deberían. Siguieron la dirección en medio del mismo desamparo que se extendía por todas las plantas. La voz del viento en las ventanas crispaba los nervios.

A pocos metros de la cuarta o quinta encrucijada había un pasillo larguísimo. Las puertas del corredor daban a un minúsculo claustro donde siempre era otoño. Al otro lado del claustro se levantaba una torre de tres pisos casi ahogada por las ramas de los árboles que crecían a su alrededor. Las lápidas sobresalían por entre las hojas caídas.

Se quedaron un segundo parados en mitad del pasillo. En el cielo se iluminó un

relámpago. El trueno tardó mucho tiempo en secundarlo, pero nadie se movió hasta que lo hubieron oído. En algún lugar, una puerta empezó a batir. El escándalo hizo añicos el silencio.

—Es solo el viento —dijo Frank Long en voz quizá demasiado alta.

—No es solo el viento —murmuró Justin—. Está empezando.

A Sonia se le erizó la piel de los brazos.

—¿A qué te refieres, Justin? —Fue la única pregunta que asomó a sus labios, de todas las que podría haber hecho.

—A lo que sea que esté pasando aquí.

—Basta de estupideces —barbotó Robert Howard—. ¿Entramos?

La puerta perdida volvió a retumbar. Frank Long pensó en algo enorme y maligno reptando hacia ellos, chorreando líquenes, musgo y noche. El tejano fue hasta una de las puertas del claustro y giró el picaporte. Al instante, el viento entró furiosamente, silbando por el pasillo, victorioso y enloquecido. Las hojas caídas se elevaron como movidas por un titiritero. Una muralla ocre se alzó entre ellos y el cementerio.

—No quieren que estemos aquí —dijo Justin, apartando las hojas que se empeñaban en arañar su rostro.

—Váyase al diablo —sugirió el tejano, y atravesó la puerta abierta.

La silueta de la torre se cernía sobre ellos. No importaba hacia dónde miraran, siempre estaba ahí, agazapada en el rabillo del ojo, omnipresente. Ahogaba el cementerio en una especie de velo trasnochado, de penumbra malsana. Eso, sumado al martilleo de la puerta y al soplido del viento, convertía el pequeño cementerio en el lugar más incómodo de Berlín. No podían tener los ojos abiertos mucho tiempo; las hojas y el polvo intentaban cegarles. Apenas se oían unos a otros a causa de aquel silbido que, en su interior, empezaron a calificar de maligno. *No quieren que estemos aquí*. Las palabras de Justin cobraron todo su sentido.

—¿Dónde demonios está la tumba de Elzevier? —gritó Robert Howard, encorvado como si soportase un gran peso sobre los hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —preguntó Justin a voces.

—¡Pensaba que era usted adivino!

Antes de que Justin contestase, Frank Long les hizo señas levantando los brazos. Señalaba una de las lápidas. Todos la rodearon. La anticipación surgió de sus bocas en forma de un vaho que el viento descompuso al instante. La lápida tenía grabado un nombre y una fecha. Jakob elzevier. 1895.

—Ahora tendría treinta y seis años —dijo Justin.

—Falta la fecha de la muerte —señaló Lovecraft—. Y desde luego, el Elzevier que todos hemos visto en Londres era mayor de treinta y seis años.

—Están pasando cosas raras... —La voz murió en la garganta de Long.

—Aquí no vamos a encontrar nada —se quejó Lovecraft—. Bob, ya hemos visto

la tumba. Ahora necesitamos embarcarnos en tareas más productivas, o cuando menos en aquellas que no lleven a callejones sin salida.

—Esto no prueba nada —dijo tercamente el tejano—. Una lápida no es un cuerpo.

—Coincido plenamente contigo. Pero hay una razón para que esta lápida esté aquí. Sugiero que mañana volvamos a ver al señor Abraham Elzevier y averigüemos qué parte de la historia no nos ha contado.

—Yo preferiría ir ahora mismo.

—Pues estarías loco, Robert —replicó Long, hablando con brusquedad quizá por primera vez. Se subió las solapas del abrigo—. Yo quiero estar a cubierto cuando caiga la noche. A cubierto y seguro.

Lovecraft le mostró su sonrisita lánguida.

—Espero que lo consigas, Belknapius.

Las cosas que arden con fuego

13 de septiembre, 1931

—Howard.

Belknapius.

—Howard.

Belknapius.

—Howard, despierta.

No puedo, Belknapius.

Déjame soñar.

—Vamos Howard. Hace veinte minutos me dijiste que estarías listo enseguida. Los demás están ya en la cantina. Se habrán acabado el desayuno para cuando bajas.

Baja tú, Belknapius. Es demasiado pronto. No estoy listo. Déjame soñar.

Frank Long observó a su amigo, convertido en un montón arrebujado bajo las sábanas. Estaba claro que no se iba a despertar. Viéndole ahí, tan humano, tan indefenso, sintió un revoltijo de emociones, una maraña de cariño y conmiseración y algo más a lo que no sabía poner nombre.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Claro, Belknapius.

—¿Howard? ¿Estás despierto?

Lo estoy intentando.

—¿Por qué no has compartido habitación con Sonia, Howard?

No sé qué responderte a eso, Belknapius.

Bueno, sí lo sé.

Déjame soñar.

—Howard...

Es la verdad, Belknapius.

—Si no empiezas a dar señales de vida, me vas a obligar a echarte un vaso de agua por encima como si fueras un gato.

La voz de Lovecraft llegó amortiguada desde las sábanas.

—Aún estamos casados.

Al principio, Long creyó no haber oído bien. Pero la sensación duró apenas unos segundos. Había oído perfectamente. Dio un paso en su dirección.

—¿Qué...? —No sabía cómo abordar su siguiente pregunta—. ¿Cómo...? Es decir, ¿por qué...?

Howard pareció enterrarse aún más entre las sábanas.

—Un caballero de Providende no se divorcia. A lo sumo, deja libre el amor que

no ha sabido hacer florecer. Me temo que jamás llegué a firmar los documentos pertinentes que hubieran dado a mi familia un motivo más para avergonzarse del último exponente en su línea genealógica.

—¿Lo sabe Sonia?

—Sonia sabe muchas cosas. Pero esta última no se cuenta entre ellas, no.

Long arrugó el ceño.

—Eso no está bien, Howard.

La cabeza despeinada de Howard Lovecraft cimbrió como una torre de asedio a punto de derrumbarse. Un ojo se abrió, mientras que el otro permanecía firmemente anclado en el sueño.

—Puedes ir bajando, Belknapius. Estaré listo enseguida.

Frank Long asintió, pensativo.

Luego fue a llenar un vaso de agua.

Hicieron el camino hasta el Nikolaiviertel sin cruzar palabra. El frío les había calado en los huesos y avivado su mal humor. Sospechaban que no había nada que pudiera mejorarlo.

Un ruido llamó su atención mientras atravesaban una avenida medio vacía. En un callejón adyacente, amparados por la sombra de los árboles y los escombros, un grupo de jóvenes se dedicaba a apalearse a otro. Eran al menos ocho. Todos llevaban la misma indumentaria, camisas de color ocre, corbatas negras y un brazalete rojo con un símbolo encerrado en un círculo blanco. Se ensañaban con el chico en el suelo. Las patadas le llovían. Salpicaba sangre por todos lados.

—¿Qué demonios...? —exclamó Robert Howard, sacando el arma.

Uno de ellos vio al tejano, y sobre todo su revólver. Soltó un grito seco y los demás echaron a correr. No tuvieron tiempo de acercarse antes de que el muchacho apaleado también saliera corriendo.

—¿Qué está pasando en esta ciudad? —se preguntó Frank Long.

—Cosas raras —contestó el tejano con el ceño fruncido—. Sigamos.

En cuanto entraron en la Nikolaikirchplatz se quedaron paralizados. Una nota discordante perturbaba la estampa de otoño de la plaza. La tienda de Elzevier estaba destrozada. En el vidrio del escaparate había un agujero del tamaño de un automóvil. El viento hacía titilar los cristales y la madera astillada. La puerta había saltado en pedazos. Un rastro de hollín trepaba por todo el edificio.

—Maldita sea —dijo Robert Howard—. ¿Qué ha pasado?

—La sombra del Necronomicón es alargada —respondió Lovecraft, y echó a andar hacia la tienda.

Le siguieron. A través del escaparate boquiabierto podía apreciarse que el destrozo no se había limitado a la fachada: todo el interior estaba arrasado, estanterías y mesas volcadas, una alfombra de cristales y bultos carbonizados, irreconocibles.

—Lo han destrozado todo.

—¿Qué hacemos ahora? —Frank Long sentía la boca seca.

—Una pregunta totalmente pertinente, mi querido Frank, por no mencionar su carácter inaplazable. Empero, la parte de mi cerebro más irrevocablemente afín al ilustre Auguste Dupin me impulsa a responder a otra pregunta: ¿qué ha sucedido aquí?

—Han quemado la tienda —contestó Justin.

—Pero ¿quién? —preguntó Sonia—. ¿Por qué?

—Exacto, querida, esas son las cuestiones a las que deberíamos enfrentarnos en primer lugar —continuó Lovecraft, lanzando una mirada exasperada a Justin—. Donde vosotros veis un callejón sin salida, yo veo un largo corredor repleto de puertas entreabiertas. Me atrevería a decir que, si investigamos un poco el desastrado interior de este malhadado comercio, daremos con el extremo oculto de un hilo de Ariadna que desemboca indefectiblemente en nuestro codiciado objetivo, por absurdo que este pueda ser.

—Está bien —dijo Justin—. Si tan detectivesco se cree, ¿por qué no entra y empieza a investigar?

La expresión afectada se borró de la cara de Lovecraft.

—¿Yo?

—¿Quién, si no? Al parecer el resto de nosotros solo sirve para hacer afirmaciones estúpidas.

—Pero... —empezó Lovecraft. Tras una fugaz mirada a Sonia, tartamudeó—: Está bien.

Sacó las manos de los bolsillos. Casi temblando, se aproximó al escaparate destrozado. Los fillos de cristal y la oscuridad del interior hacían que pareciese una boca a punto de engullirle.

Frank Long se acercó con disimulo a Robert Howard. Sonia oyó que le preguntaba en un susurro:

—¿Vamos a dejarle hacer esto solo?

Él movió la cabeza.

—No va a entrar.

Para sorpresa del tejano, Lovecraft intentó encaramarse al afilado borde del escaparate. Long no pudo evitar acercarse a él y sujetarle de un brazo.

—Déjame ayudarte, Howard.

Su amigo apartó la mano.

—Puedo desenvolverme solo, Belknapius —dijo, la voz convertida en un chirrido estridente—. No es necesario que te...

Se oyó un berrido detrás de ellos. Lovecraft resbaló. Frank Long le agarró justo antes de que se empalase con los cristales del marco. Se giraron, sobresaltados. Había

al menos ocho gendarmes a su alrededor. A pesar de que su actitud no era amenazadora, Justin echó mano a su cuchillito rojo.

Los guardias cerraron un semicírculo a su alrededor. El grito se repitió en boca de uno de ellos, un ladrido en aquel idioma incomprensible que les asustó mucho más que un disparo. Ninguno supo qué hacer ni qué decir. Por la expresión de aquellos hombres, no venían dispuestos a razonar; mucho menos en inglés. El gendarme dio otro grito y sus compañeros sacaron las porras. Frank Long tragó saliva.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Robert Howard—. Estos no son matones con los que poder partirse la cara.

—Howard, Frank —llamó Sonia—, ¿qué tal si os alejáis de la tienda? Creo que les pone nerviosos que estéis ahí.

Entonces un coche se escurrió por uno de los callejones que daba a la plaza. Se detuvo sobre la acera, a pocos pasos de ellos. La puerta del conductor se abrió. Salió un hombre joven, con gafas redondas y gruesas, el pelo negro domado férreamente en una perfecta raya a la derecha y un flequillo mojado. Tenía una cara por la que apenas habían pasado cuchillas de afeitar. Con esa gabardina gris demasiado ligera para aquel tiempo, parecía un muchacho que se hubiese probado el disfraz de detective de su padre. Contempló unos segundos la situación. Se recolocó las gafas y se acercó al gendarme que había gritado. Intercambió un par de palabras con él.

—Americanos —afirmó, y esa palabra bastó para evidenciar el horrible acento que tenía. Se notó su esfuerzo en templar la voz para sonar autoritario.

—¿De qué se nos acusa? —preguntó de sopetón Justin.

—¿Quiere cerrar el pico? —le reprendió en el acto Robert Howard—. Oiga, amigo, nosotros...

—¿Qué hacen aquí? —preguntó el de la gabardina.

Ninguno fue capaz de responder de una manera sencilla a esa sencilla pregunta. Se miraron unos a otros, esperando que otro tomase la voz cantante y la responsabilidad de meter la pata.

—¿No saben qué hacen aquí?

—Estamos haciendo turismo —improvisó Frank Long, y al momento se mordió la lengua.

El hombre de la gabardina miró a Justin, aún con los brazos levantados. Miró a Robert Howard, al bulto que el arma le hacía en la chaqueta. Miró a Frank Long y Howard Lovecraft, casi abrazados, a punto de irrumpir en una tienda recién destruida.

Sonrió sin el menor rastro de humor.

—Ustedes vienen con nosotros.

El despacho no era en absoluto incómodo, solo estaba hecho para reuniones pequeñas. Había dos sillas frente al gigantesco escritorio repleto de papeles, carpetas y plumas mordisqueadas. Sonia había rechazado sentarse, pero acabó aceptando ante

la insistencia de Robert Howard y Frank Long. Justin se sentó a su lado.

La habitación era amplísima, pero estaba tan llena de trastos que apenas había sitio para caminar. Montañas de libros apilados en columnas tambaleantes desde el suelo, tan largas como sus títulos en alemán. Archivadores conviviendo con más archivadores. Estanterías rebosantes de informes. Corchos en las paredes repletos de fotografías escabrosas, notas nerviosas y apresuradas, mapas ampliados de diferentes zonas de Berlín. Había un perchero en una esquina de la habitación del que colgaban varios abrigos y chaquetas. Tres ganchos en una pared soportaban el peso de una bicicleta enferma de óxido.

Llevaban más de tres horas encerrados. Lovecraft había protestado que aquello violaba todas las leyes internacionales que regulaban el trato a presos políticos, pero nadie parecía hacerle caso. La puerta se cerró y les dejaron ahí metidos, bajo el zumbido de la única bombilla que colgaba del techo. A través de la ventana detrás del escritorio, unos chotacabras de un tamaño exagerado se disputaban a picotazos un pedazo de materia gris. Probablemente se trataba de pan mojado.

—Es la segunda vez que acabamos en la cárcel desde que nos embarcamos en esta locura, Belknapius —comentó Lovecraft, dando la enésima vuelta a la habitación—. Por desgracia, la persona que nos sacó de ella la última vez ahora se ve relegada al dudoso honor de compartir condena con nosotros.

—Váyase al diablo —dijo Justin, sentado en la silla con el mentón apoyado en las rodillas.

—No estamos en la cárcel, Howard —contestó Long—. No hemos hecho nada ilegal. Nos han detenido sin motivo, tarde o temprano nos tendrán que soltar.

—Algo me dice que en este maldito país las leyes no se respetan como en el nuestro —comentó Robert Howard—. Si al menos me hubiesen dejado la pistola...

—¿Qué habría hecho? —Justin soltó un bufido—. ¿Abrirse paso a tiros y escapar a caballo? Wyatt Earp murió hace un par de años.

El tejano no contestó.

—Calmaos —intervino Sonia—. Frank tiene razón. Estamos aquí sin motivo. Nos soltarán enseguida.

Sin embargo, enseguida resultó ser dos horas más, dos horas de silencio, de paseos arriba y abajo por la habitación, de suspiros y sudor. Cuando Sonia ya acariciaba la idea de derribar a Howard para impedirle seguir caminando, la puerta se abrió. Al otro lado estaba el mismo hombre joven de la gabardina. Detrás de él había varios agentes más, todos mirándoles con cara de catacumba.

El hombre entró en el despacho. Se desprendió de la gabardina y la lanzó sobre el maniquí. Falló. Se giró y cerró la puerta con un gesto exasperado. Los demás agentes se apretujaron hasta que el hueco de la puerta se cerró. Dio la vuelta al escritorio y se sentó.

—Disculpen el tarde —se excusó, sin mirarles a los ojos—. A veces es difícil, cuando trata de extranjeros.

Alzó la vista un momento, casi suplicando su comprensión. Al no ver más que expectación por su parte, volvió a correr el telón de sus ojos.

—Mi nombre es señor inspector Desmond Jemnitz —entonó, como si hubiera ensayado muchas veces esas palabras. Y para reafirmarse—... Soy de la Kriminalpolizei de Berlín. La Kripo, más corto.

Se quedó esperando haber causado alguna impresión en ellos, pero lo que encontró fue cinco extranjeros confundidos y silenciosos. Tragó saliva.

—¿Alguno de ustedes quiere contarme... algo?

Nadie se atrevió a responder. Al final fue Robert Howard quien carraspeó y dijo:

—Amigo, nosotros no hemos hecho nada. Más le vale soltarnos o...

Jemnitz le miró como si le estuviese riñendo. La voz del tejano menguó.

—Está bien. Mejor explico yo, ¿sí? Antes dos semanas, un ciudadano alemán ha llegado a Berlín desde Inglaterra. Dos días después eso, su padre denuncia que desaparece. Anoche el negocio de ese padre arde con fuego. Sabemos que el fuego no ha sido un accidente. Sabemos que ese padre no ha muerto en el fuego —titubeó un segundo—. Nadie ha muerto en el fuego. Sabemos que el padre ha desaparecido. Sabemos que un grupo de ciudadanos americanos con visado de entrada desde Inglaterra ha llegado a Berlín antes un día. Sabemos que intentaban entrar en el negocio que arde con fuego antes un día.

Esta vez, cuando sus ojos se alzaron parecieron encontrar la reacción que esperaba. Su sonrisa se ensanchó, para ocultarse de inmediato. Carraspeó y se recolocó las gafas. Se tomó unos segundos más para mirarles a los ojos uno a uno.

—Pero no sabemos por qué —concluyó—. Entonces ¿alguno de ustedes quiere contarme... algo?

Frank Long volvió a tragar saliva.

—Nosotros... —comenzó a decir, como si intentase pescar las palabras justas del aire.

Antes de que dijese nada más Justin empezó a hablar:

—Inspector Jemnitz, tenga por seguro que no sabíamos nada de lo que nos ha contado —expuso con un marcadísimo acento de Boston. Cruzó una pierna sobre la otra y se reclinó en el asiento con aire exasperado—. Conocimos al señor Elzevier en Inglaterra, durante un viaje de negocios que mi tía aquí presente y yo estábamos realizando. El señor Elzevier nos propuso reunirnos en Berlín esta semana, precisamente en ese negocio familiar que usted menciona, para hablar de nuestras transacciones.

Jemnitz parpadeó repetidas veces. Justin había hablado tan rápido y con tanta decisión que todavía intentaba traducir en su cabeza la ráfaga de palabras con la que

le había ametrallado. Él no le dio tregua. Continuó en un tono de señorito exasperado:

—¡Imagine nuestra sorpresa cuando llegamos a la dirección que nos habían dado y encontramos el lugar destrozado! —Apretó el brazo de Sonia solo un segundo, en un gesto que rezumaba cariño—. A mi queridísima tía casi le da un soponcio. ¿No es cierto, tía? ¡Yo no podía creer que nos estuviese sucediendo aquello! Por un momento creí estar siendo víctima de una broma pesada. Por supuesto que nuestra primera impresión fue entrar y comprobar que realmente estábamos en el lugar correcto. No pretenderá decirme que usted no habría hecho lo mismo. Por suerte, mis socios aquí presentes no permitieron que mi tía se ensuciase las enaguas entrando en ese desastre de tienda.

Jemnitz aún tardó unos segundos en asimilar todo el torrente de información. Frank Long miraba a Justin maravillado. Los demás asistían a su discurso sin mediar palabra. Sonia bajaba la vista, intentando no estropear la historia del irlandés con un gesto equivocado. Lovecraft se limitaba a asentir enérgicamente, como si eso reforzase el mensaje.

Justin endureció el tono, dispuesto a noquear a su adversario en el tercer asalto.

—Fue en ese momento cuando una banda de botarates con uniforme apareció en la plaza y, sin soltar palabra en un idioma que un buen cristiano pueda entender, nos raptó y nos obligó a esperar interminables horas encerrados en un despacho que, y siento decirlo, más bien parece un trastero, hasta que alguien con un mínimo de cultura para hablar más de un idioma viniera a explicarnos qué está sucediendo. En lugar de eso, la persona que, confiábamos, debía solucionar esta embarazosa situación, se limita a insinuar que nosotros, un honrado negocio familiar de otro continente, tenemos algo que ver con un incidente sucedido cuando apenas nos habíamos bajado del tren. —Jemnitz casi se echó hacia atrás en el asiento—. Así que, señor inspector *Jorlitz* de la *Krepso* de Berlín, más le vale dejarnos salir por esa puerta antes de que mi señora tía telefonee a la embajada americana. Nada más lejos de nuestra intención que verle a usted haciendo guardias nocturnas en el parque más apartado y oscuro de la ciudad. ¿Cómo se llamaba ese amigo tuyo de la embajada, tía? ¿Era Smith o Johnson?

Sonia no respondió, tan aturdida como seguramente debía de estarlo Jemnitz. El joven policía casi se echó a temblar en el asiento. Se había agarrado a los apoyabrazos como si estuviese pegado a ellos. Asintió repetidas veces, ganando tiempo para pensar.

—Claro —dijo—. Claro, claro, claro. Disculpen. Claro. Pueden irse. No hay problema. Mis disculpas. Disculpen.

—No se preocupe. —Justin se puso en pie como accionado por un resorte y tendió la mano a Sonia—. Ha sido un placer ayudarle. Vámonos, tía.

Sonia aceptó su mano. Ambos dieron media vuelta y se dirigieron a la puerta.

Cuando alargaba la mano hacia el picaporte, se oyó la voz de Jemnitz:

—Señora —llamó—. ¿Qué negocio?

Sonia se giró.

—¿Cómo?

—¿Qué negocio quería hacer *Herr* Elzevier con ustedes?

Justin se adelantó para contestar, pero antes de que abriera la boca, Jemnitz dijo:

—Le he preguntado a su tía.

El corazón de Sonia subió a su garganta como un peso golpeado por un martillo de feria. A su lado, Robert Howard se tensó. Sonia se quedó quieta. Por un momento, no encontró en su cabeza más que un vacío blanco, blanco y helado.

Luego le mostró una sonrisa de colegiala.

—Plata, por supuesto —contestó—. El señor Elzevier nos habló del negocio de su padre. Mi querido Franklin y yo queremos llevar sus productos a nuestras tiendas estadounidenses. Franklin dirigirá algún día nuestra empresa con la misma rectitud que su tío, mi esposo, el Señor le tenga en su seno. Los diseños del señor Elzevier iban a adornar los cuellos de la clase alta bostoniana la próxima temporada de primavera. Una pena.

Frank Long tuvo que hacer un esfuerzo para no silbar de alivio.

Jemnitz meditó unos segundos la respuesta de Sonia. Sonrió a su vez.

—Gracias. Los agentes les devuelven sus cosas en la entrada.

—Acabas de ganarte mi admiración eterna, Sonia —dijo Robert Howard, recogiendo casi con ansia los dos revólveres que le tendía el oficial del registro—. Y usted también, Justin. Le pido disculpas si en algún momento le he menospreciado. ¿De dónde ha sacado tanta inventiva?

—¿Cree que este es lugar para hablar de eso? —preguntó a su vez el irlandés.

Él se encogió de hombros.

—Apostaría cinco cabezas de ganado a que ninguno de estos Fritz entiende una palabra de lo que decimos. —Los revólveres volvieron a su lugar. El cuchillo también.

—Mejor no arriesgarse —advirtió Justin, devolviendo también sus pertenencias a los bolsillos de su abrigo—. Ahora mismo no veo el momento de poner tierra de por medio entre nosotros y esta comisaría.

—Sin embargo —intervino Lovecraft, cogiendo con dos dedos las pertenencias que le iba pasando el agente, como si estuvieran infectadas—, seguimos viéndonos en la tesitura de decidir hacia dónde encaminar nuestros siguientes movimientos en esta absurda partida de secretos y misterios.

—No te falta razón, Abuelo —dijo Robert Howard—. Los Elzevier han desaparecido.

—¿Qué habrá sucedido? —preguntó Long.

—Si hemos de tomar por ciertas las historias de las que Sonia nos hizo partícipes en Londres... —Lovecraft alzó un dedo al ver la expresión de ella—, y así ha de ser, es posible que lo que podríamos denominar «maldición del Necronomicón» se haya abatido también sobre nuestro taimado archienemigo. Empero, según la larva de detective con la que nos acabamos de entrevistar, tanto él como su excelso progenitor se encuentran en paradero desconocido, independientemente de lo que diga un pedazo de mármol en el cementerio del Bethan... Oh.

Lovecraft acababa de recoger la cajita del telescopio de las manos del agente. La sostuvo en sus manos, sopesándola. La abrió. Sus cejas se enarcaron.

—Creo que sé cuál será nuestro próximo movimiento.

Le dio la vuelta a la cajita. Todos se inclinaron sobre ella.

El despacho se había quedado en silencio después de que los americanos saliesen. Jemnitz seguía sentado, las manos entrelazadas frente al rostro, la expresión concentrada. No movió ni un músculo de la cara cuando sonaron unos golpes y la puerta se abrió. La cabeza de Jürgen se asomó por el hueco.

—¿Señor inspector? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Me permite?

—Estoy pensando.

—Oh, disculpe.

—Pasa.

El agente entró casi de puntillas en el despacho. Se acercó al pie del escritorio y se cuadró.

Siguieron así, en silencio, durante unos larguísimos segundos.

—Dime.

—Acaban de salir de la comisaría, señor inspector.

—Bien.

—¿Cuáles son sus impresiones?

—¿Desde cuándo comparto mis impresiones contigo, Jürgen?

Jürgen tragó saliva.

—Disculpe, señor inspector.

—Mienten, por supuesto. Mienten mal.

—Claro, ehm...

—Haz que les sigan a todas partes. Ellos saben lo que está sucediendo.

—Por supuesto. —Jürgen dio un taconazo y se giró para irse.

—Jürgen —llamó Jemnitz antes de que saliera—, ¿qué tal está tu mujer? ¿Tus hijas?

Jürgen tragó saliva.

—Están bien, señor inspector.

—Me alegro —dijo—. Dales un saludo de mi parte.

—Por supuesto, señor inspector. Gracias.

Jürgen se escurrió por el hueco de la puerta y la cerró tras de sí. Solo entonces se permitió dejar de contener los temblores del estómago. Suspiró y se alejó pasillo abajo. Pensaba en sus hijas.

Jemnitz se quedó solo en el despacho. Unos segundos después se levantó. Se acercó a la ventana. En el alféizar de enfrente, uno de los chotacabras había matado al otro a picotazos.

Se quedó observando el cadáver, las manos cruzadas detrás de la espalda y el ceño fruncido.

Gabinete de maravillas

13 de septiembre, 1931

El barrio de Charlottenburg comprendía buena parte del oeste de la ciudad. Recibía el mismo nombre que el palacio situado en su centro. Era una zona residencial de avenidas amplísimas ocupadas por mansiones a cual más sobria. La noche y la soledad se confabulaban para dibujar un trazo ominoso en el aire. El viento arreciaba, y con él la desconfianza. A medida que avanzaban, los presagios en sus cabezas florecían, se marchitaban y abonaban ideas funestas. Las farolas titilaban.

El policía había sido incapaz de contestar a sus preguntas, tanto por reticencia como por falta de inglés. Fue imposible averiguar quién había tocado sus pertenencias, pero poco importaba el quién o el cómo, había dicho Robert Howard ante la cajita abierta. Lo importante era que el catalejo había desaparecido y en su lugar alguien había dejado una tarjeta negra. Una elegante letra de color blanco comunicaba una dirección y una hora. La dirección correspondía a la casona que tenía delante.

Faltaban diez minutos para la hora que señalaba la tarjeta: medianoche.

Se detuvieron delante de la mansión. No discutieron si era o no la dirección correcta. Estaba claro que aquel era el lugar. La casa difería en un detalle de los otros caserones amontonados a ambos lados de la calle: era negra. Un sólido bloque de roca oscura sin apenas adornos. Todas las ventanas estaban cerradas.

La avenida estaba sumida en una modorra rasgada únicamente por el ulular del viento. Las ramas de los árboles ejecutaban una danza de susurros sobre sus cabezas.

—No quiero entrar ahí —musitó Justin.

—No preferirás quedarte aquí fuera —dijo Sonia, pero entonces vio la expresión del irlandés. Su ceño se arrugó—. ¿Te encuentras bien? Puedo hacerte compañía si realmente no quieres entrar.

Justin estaba alterado. Temblaba. Un pequeño mapa de gotas de sudor se apreciaba en su frente. Tenía los ojos desorbitados, la mandíbula marcada con fuerza.

—Estoy bien —balbuceó—. No se preocupe por mí.

—Sería en extremo contraproducente depositar toda nuestra confianza en las meras apariencias —empezó a decir Lovecraft—. No sabemos quién dejó esa nota, ni qué quiere de nosotros.

—Me imagino que lo que quiere es que pasemos la noche ahí dentro —apuntó Robert Howard, y echó a andar por el sendero hacia la puerta—. Los tranvías se detienen a medianoche. No podemos volver al hotel.

Mientras caminaban por el sendero, Sonia se acercó a Lovecraft.

—¿Cómo estás? —susurró.

Lovecraft parpadeó y fijó la vista en el suelo.

—Bien.

—¿Estás asustado?

El camino estaba hecho de gravilla. Había una ligera pelusa oscura sobre algunos adoquines.

—¿Howard?

—No estoy asustado.

—No va a pasar nada. Vamos a encontrar el libro y pronto volverás a casa.

—Sí.

Volverás.

—Mírame, Howard.

Lovecraft se detuvo y levantó la vista.

—Confía en mí —le pidió Sonia—. No va a pasar nada.

Sonia alargó la mano. En cuanto tocó la suya, Lovecraft se apartó.

—Este frío me está matando. Será mejor que nos abran pronto la puerta. No puedo esperar a desentrañar los ignominiosos misterios que encierran estas oscuras paredes.

Sonia le atravesó con la mirada unos segundos.

—Como quieras.

Aceleró el paso. Lovecraft se quedó parado en mitad del sendero de grava.

—Gracias, querida. —Su voz se desvanecía a medida que hablaba—. No sabes cuánto...

Frente a la puerta, Robert Howard dio dos sonoros aldabonazos.

—¿Tienes alguna idea de qué vamos a hacer cuando esta puerta se abra? —le preguntó Frank Long.

—Improvisaremos. Como siempre.

La puerta se abrió.

Al otro lado había un hombre grande. No simplemente alto, sino de proporciones exageradas, como un forzudo o un estibador. Tenía un estigma de trabajos duros en las manos de tragaldabas y en los músculos del cuello. A pesar de sus facciones anchas y un tanto bobaliconas, vestía un elegante traje más propio de una velada en la ópera que de una visita a medianoche. Les miró de uno en uno con expresión cautelosa. Luego echó un rápido vistazo a la calle.

—Confiaba en su puntualidad —dijo en un inglés más que aceptable, sin apenas acento.

—Se nos ha perdido un telescopio —le dijo Robert Howard—. ¿No habrá visto usted uno por aquí?

El hombre mostró una sonrisa carismática que suavizó sus rasgos de bruto.

—Es más que probable. Pasen.

Robert Howard bloqueó la puerta con los dos brazos.

—¿Qué tal si primero nos dice qué quiere de nosotros?

—Como usted bien ha dicho, señor Howard —habló el hombre—, los tranvías ya no pasan. Si les apetece quedarse toda la noche a la intemperie, por mí encantado. Pero si lo que prefieren es hablar, les ruego que entren.

El tejano se quedó boquiabierto. Frank Long no esperó a su reacción y pasó por debajo de su brazo.

—A mí me ha convencido —murmuró.

El hombre esperó a que estuvieran todos dentro y cerró la puerta.

—Bienvenidos —dijo—. Disculpen la hora. Puede decirse que mi trabajo requiere horarios poco ortodoxos. Síganme.

La entrada de la mansión era un pasillo estrecho y alargado, iluminado pobremente con velas negras en candelabros sujetos a paredes pintadas del mismo color. El hombre echó a andar pasillo abajo, sin volverse a comprobar si iban detrás de él. Sonia estudió los rostros de los demás; sus expresiones iban del desconcierto a la desconfianza. Ninguno se atrevía a dar el primer paso. Decidió hacerlo ella. Echó a andar con cautela, observando aquel decorado salido de un cuento de terror del siglo pasado. Había cuadros en las paredes; todos mostraban paisajes feéricos, abadías en ruinas o cementerios a la luz de la luna. Un extraño olor a incienso flotaba en el ambiente. La distancia entre las velas era la justa para que hubiera que dar un par de pasos en la oscuridad hasta entrar en el siguiente círculo de luz. Aquella casa estaba hecha para asustar.

Por fin, Robert Howard reunió la suficiente presencia de ánimo para hablar, aunque lo hizo en un susurro, casi temeroso de despertar a alguien.

—¿Cómo diablos sabía mi nombre? Por no mencionar lo que estábamos hablando en la calle.

—¿No le parece más importante saber quién diablos soy? —preguntó el desconocido a su vez.

—Eso también estaría bien —convino con voz atiplada.

Al final del pasillo había una puerta cerrada con un candado. Sus dedos se cerraron sobre él. Se volvió hacia ellos. Las velas arrancaban reflejos diabólicos de su rostro.

—Entonces permita que responda a ambas preguntas al mismo tiempo. —Abrió la puerta con un gesto dramático. El candado había desaparecido—. Mi nombre es Erik Jan Hanussen y les he visto en sueños.

La frase podría haber desencadenado una atropellada serie de preguntas. Sin embargo, la visión de lo que había detrás de la puerta borró de un plumazo cualquier idea de sus cabezas.

La estancia era tan grande que se podría haber organizado un baile de salón en ella. No había ventanas. Los techos eran altos incluso para la arquitectura alemana. Cada pocos metros colgaba una lámpara que derramaba luz sobre su espeluznante contenido. Ahí acababa cualquier punto en común con un salón normal.

Lovecraft dio un par de pasos al frente. Las manos le caían a los costados como si hubiera olvidado cómo mover los brazos. Sus finas cejas se elevaban formando arcos. Frank Long tenía la boca abierta. Justin ni siquiera se había atrevido a entrar. Robert Howard observaba el interior con el ceño fruncido.

Sonia, por su parte, miró en derredor con expresión de asco. Aquella sala era un museo de los horrores. Una sucesión de vitrinas se extendía hasta el fondo, formando filas de a cuatro. Flotaba en el aire un tenue hedor a formol, a sustancias químicas que picaban en la nariz. Incluso mirarlas daba impresión. Cada vitrina constaba de dos anaqueles que dividían el espacio en tres secciones. En el centro de cada sección había un tarro de vidrio, que contenía... algo. Algo vagamente humano, o a veces un simple trozo de carne con un ojo abierto flotando en un estático universo de líquido bilioso. Otras veces una extremidad retorcida o la efigie de un bebé deforme, las manitas de gárgola extendidas como si quisiera escapar de su prisión de vidrio. Sonia descubrió que su garganta se había cerrado.

En alguna parte sonaba el aria de una ópera que ninguno reconoció. El contenido de los frascos parecía ejecutar un perezoso movimiento de traslación al compás de la música.

—¿Qué demonios es esto? —La voz de Robert Howard sonó arcillosa, crujiente.

—Esto, señor Howard, es una *Wunderkammer* —dijo el tal Hanussen, incapaz de ocultar un apunte de orgullo—. Un gabinete de maravillas.

El tejano abrió la boca para decir algo más, pero no llegó a hacerlo. Hanussen prosiguió:

—Les pido disculpas si les ha impresionado. No suelo mostrarlo a mis visitas, aunque me temo que en su caso está más que justificado. Si me acompañan, podré empezar a responder a todas sus preguntas.

Se internó entre las vitrinas sin mirar atrás. Sonia fue la primera en seguirle. Aquel lugar ponía los pelos de punta, pero como bien había dicho ese hombre, no les quedaba otra alternativa. Los demás fueron tras ella, vacilantes.

—Este tipo de excentricidades fue muy popular hace algunos siglos —decía su anfitrión desde algún lugar—. Los nobles centroeuropeos horrorizaban a sus invitados con pequeñas colecciones de deformidades, enigmas y ejemplos de la crueldad de la madre naturaleza.

Recorrer una habitación rodeada de trozos humanos no era una experiencia agradable, aunque aquella colección del terror no se componía únicamente de órganos y fetos. Había mapas carcomidos tatuados en trozos de piel, pequeños ídolos

de culturas que ninguno sabía identificar, colmillos renegridos de un tamaño alarmante, artefactos estrambóticos, libros abiertos con ilustraciones que mostraban escenas espeluznantes. Sonia pasó junto a una vitrina ocupada en su totalidad por el cuerpo disecado de un enano. Tenía una cabeza de proporciones enormes y la piel acolchada como la de un cocodrilo. Sintió un escalofrío.

—Con el tiempo —seguía oyéndose la voz de Hanussen—, las *Wunderkammer* redujeron su tamaño hasta encerrarse en pequeños armaritos secretos, escondidos en lo más profundo de las mansiones de sus dueños. Lamentablemente, también se redujo el número de piezas auténticas.

Desde luego eran maravillas. Un cráneo humano de cuya frente surgían dos cuernos de cabra adulta, gruesos y retorcidos. Una especie de planta de forma antropomórfica exhibía una protuberancia en el abdomen, como la barriga de una mujer embarazada. Cuatro ganchos sujetando la piel de un rostro, separada del cráneo al que perteneció. Otros anaqueles mostraban cosas tan anodinas como conchas de varias tonalidades o brújulas doradas. Sonia presintió que detrás de cada uno de aquellos objetos había una historia de miedo, muerte y dolor. Una historia que quería ser contada pero que ella no estaba dispuesta a oír.

—En la actualidad este es uno de los pocos gabinetes de maravillas que quedan en Europa. No es el más grande pero tiene una particularidad: todo lo que contiene es real.

Erik Jan Hanussen se había detenido en el centro de la sala. Allí las vitrinas se abrían, creando un espacio en el que había una amplia mesa circular con un hueco en el centro. Del hueco surgía una especie de pedestal también hecho en piedra negra. Las sujeciones de la parte superior dejaban claro que había sido diseñado para soportar un libro. Estaba vacío.

Seis sillas rodeaban la mesa, una de las cuales ya había ocupado Hanussen. Sobre la mesa descansaba el catalejo plateado.

—Me gustaría decir que yo he creado este *Wunderkammer*, pero mentiría. Lo descubrí casi por accidente poco después de mi llegada a Berlín. En realidad este gabinete de maravillas perteneció a Ole Worm, un filósofo y escritor danés.

—Conocido como Olaus Wormius —le interrumpió Lovecraft, tomando asiento—, famoso por su traducción al latín del *Al Azif*, también llamado Necronomicón.

Hanussen sonrió complacido.

—Me alegra comprobar una vez más que mis predicciones no andaban erradas.

Lovecraft cruzó los dedos frente al rostro con afectado aire de escepticismo.

—¿Pretende hacernos creer que esta abominable colección pertenece a Olaus Wormius? Si mi memoria no me traiciona, y es muy improbable que así sea, Worm fundó su Museo Wormiano en Copenhague en 1665. Tras su muerte, Federico III de Dinamarca agregó el tesoro del sabio a su propio *Wunderkammer*.

Los demás se sentaron, atentos al intercambio entre los dos hombres. Quizá fuera la agradable temperatura a la que estaba la habitación, pero desde el momento en que había entrado, Lovecraft parecía haber vuelto a la vida. Sus rasgos se habían avivado, quizá incluso endurecido. Miraba a Hanussen con la cautela de un jugador de ajedrez en los primeros movimientos de la partida.

—No lo pongo en duda. —No había el mínimo rastro defensivo en la voz de Hanussen—. El monarca danés consiguió hacerse con una parte de la colección. La de origen más, digamos, cuestionable. Pero Ole Worm conocía perfectamente las intenciones de Federico III. Durante años envió la parte de su gabinete que más apreciaba fuera de las fronteras de Dinamarca, donde no le fuera tan fácil apropiarse de ellas. Fue aquí, en Prusia, donde creó su *Wunderkammer* secreto y verdadero. Y aquí lo encontré yo.

—Ya veo. Supongo que no le importará ahondar en detalles sobre cómo llegó esta estrambótica colección hasta aquí. Incluso hoy en día no es fácil atravesar una frontera con un enano disecado bajo el brazo.

—Muy agudo. Mi familia es de origen danés —dijo Hanussen muy lentamente—. Presumo de ser un estudioso de la historia oculta de mi país. Tuve conocimiento hace años de la maniobra de Worm. Sin embargo, no me avergüenza admitir que desconozco los detalles del traslado. No son de mi incumbencia. Yo me limité a encontrar el *Wunderkammer*.

—¿Cómo lo encontró? —preguntó entonces Frank Long. Ambos hombres, Lovecraft y Hanussen, le dedicaron una mirada molesta, como si hubiese interrumpido un juego privado.

—De la misma manera en que les he encontrado a ustedes —contestó—: Soñando.

Todos esperaban que Lovecraft lanzase un comentario sarcástico al respecto. En cambio, se limitó a recostarse en la silla y cruzarse de brazos.

—Estamos ansiosos por oír su historia, señor Hanussen.

Erik Jan Hanussen se tomó unos instantes para llenar de tabaco una pipa. Expulsó una densa bocanada de humo blanco y oloroso.

—Presumo que tienen muchas cosas que preguntarme —dijo—. Haremos una cosa: contestaré a todas sus preguntas, siempre que ustedes se comprometan a hacer algo por mí.

—¿Quién es usted? —disparó Lovecraft, sin preguntar siquiera qué quería de ellos.

—Me llamo Erik Jan Hanussen, ya se lo he dicho.

—Sí, pero el resto de su persona representa una incógnita. Se queda usted ahí, con sus modales de noble caballero escandinavo, sus medias verdades y sus insinuaciones, pero no revela nada que realmente justifique nuestra, por el momento,

tambaleante confianza para con usted. Hemos recorrido milagrosamente un farragoso camino lleno de insospechados peligros, poniendo a prueba nuestra voluntad y nuestro ingenio en pos de una dudosa meta, y ahora no puede aparecer usted y esperar toda nuestra incondicional entrega simplemente porque ha deslizado una tarjeta con su dirección entre nuestras pertenencias y porque ha demostrado saber nuestros nombres, seguramente gracias a alguna especie de ingenioso aunque sospechoso método que, hasta el momento, se ha mostrado reticente a revelar.

Lovecraft se detuvo unos segundos para tomar aire. Los demás le observaban. Había ido inclinándose poco a poco hacia Hanussen, mientras su voz se volvía cada vez más aguda. Frank Long aprovechó para intervenir:

—Lo que quiere decir es que nos gustaría saber quién es usted y cómo ha dado con nosotros, señor Hanussen.

El interpelado asintió con expresión suficiente. Unió los dedos en un gesto de concentración, que reafirmó cerrando brevemente los ojos.

—Sé que no me creerán si les cuento toda la verdad...

Lovecraft soltó un resoplido.

—... así que empezaré por la parte más sencilla: pueden pensar en mí como en un farsante.

—Lo sabía... —Le interrumpió un pisotón de Sonia—. ¡Ay!

—Hasta cierto punto —prosiguió Hanussen, esta vez mostrando una pizca de irritación—, soy un mago. Un prestidigitador. Un experto en la magia escénica, si lo prefieren. Pero también me dedico a otro tipo de asuntos.

—¿Qué asuntos? —preguntó entonces Robert Howard.

Hanussen le clavó una mirada intensa, toda cejas negras y ojos a juego.

—Soy el hechicero más famoso de Europa, señor Howard. He sido aclamado en todos los escenarios del Imperio austrohúngaro. Mis premoniciones han descubierto criminales, han salvado niños atrapados, han encontrado herencias perdidas. En la Gran Guerra, me las arreglé para encontrar agua en mitad de la nada y salvar la vida de mi pelotón. He sido acusado de timador muchas veces y siempre he salido victorioso. He demostrado legalmente que el Más Allá existe. Mis revelaciones han levantado teatros en Viena, Budapest, Múnich, Berlín... los aplausos han hecho temblar las paredes. Soy la prueba de que hay Otro Mundo.

Ninguno respondió de inmediato. Una ráfaga de respeto o de simple reflexión pasó entre ellos. Sonia creyó recordar entonces que aquel nombre le sonaba. Se le mencionaba de vez en cuando en alguno de los periódicos londinenses. Sonia le miró con cierto respeto. Entonces se percató de que Justin, sentado a su lado, estaba temblando.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí —susurró él, sin añadir nada más.

—No —dijo Hanussen, mirándole—. No se encuentra bien. Y yo sé por qué. Es la razón por la que están ustedes aquí. La razón por la que nos hemos encontrado.

—Por Azathot, ya era hora. —Lovecraft levantó las manos al cielo en un gesto teatral.

—Señor Hanussen —dijo Sonia.

—Erik, por favor.

—Está bien. Erik, ¿le importaría explicárnoslo todo? Me refiero a todo: por qué está usted aquí, cómo sabía que estaríamos en la comisaría de Alexanderplatz, cómo conoce nuestros nombres, cómo se las arregló para llevarse el catalejo y dejar su tarjeta en la caja... todo.

—Por supuesto, mi querida señorita. —Sonia no le corrigió. Frank Long arrugó el ceño, sobre todo cuando vio la expresión de Lovecraft—. Simplificando mucho, les diré que todo tiene que ver con Berlín. Todo comienza y termina aquí.

—Le ruego que se esfuerce en mejorar sustancialmente la profundidad y alcance de sus explicaciones —dijo Lovecraft.

—Desde hace años —prosiguió Hanussen—, Berlín ha sido el centro cultural, económico y político del Viejo Mundo. Cualquiera que haya soñado con exprimir este jugoso fruto que llamamos vida —miró a Robert Howard— ha venido a Berlín. Durante la pasada década, todas las nacionalidades, todos los idiomas, todas las razas han convergido en esta urbe.

»Pero esa es solo la parte visible. Al mismo tiempo que los artistas y los políticos, otro ejército ha invadido sus calles en los últimos años. Debajo del mundo de luces, bailes y humo del Berlín de los pasados años veinte, se ha desarrollado otro mundo, uno más oscuro, más peligroso. Más secreto.

—El mundo de hampa —sugirió Robert Howard.

Hanussen negó lentamente.

—El mundo de lo Oculto, señor Howard. —Alzó una mano—. No, le pido por favor que no se cierre hasta que me haya explicado completamente. No estoy hablando de hechiceros, brujas y nigromantes. Estoy hablando de hechos probados por la ciencia. Personas con cierta sensibilidad, con capacidades no muy comunes. Personas que pueden ver y oír. Pero que también pueden ser vistas y oídas. —Su rostro se ensombreció a medida que hablaba—. En Europa, el final del siglo pasado y el inicio de este han sido testigos de una marea de adivinos, canalizadores, espiritistas, lectores de mano, de cartas, del café y hasta del mercurio. Charlatanes, casi todos. Fíjese que he dicho «casi».

—Usted es la excepción, por supuesto —ironizó Lovecraft.

—Solo a veces. —Hizo un ademán ambiguo—. Aquí puedo hablar con franqueza; yo también he fingido esas capacidades. Sí, he sabido subirme a la ola del Espiritismo que ha sacudido el Viejo Mundo. Y me he hecho rico mientras tanto. Pero eso no es

lo importante.

—Entonces ¿qué es? —preguntó Sonia.

—Lo importante es la *cantidad*, querida. Imagine a cientos, quizá miles de espiritistas, todos concentrados durante años en un mismo lugar. Todos abriendo canales, intentando comunicarse, lanzando destellos en ese oscuro océano que llamamos Más Allá.

—No estará insinuando que... —empezó a decir Frank Long.

—... que a veces funciona. A veces se ha conseguido. Incluso los charlatanes como yo. Incluso los mentirosos. Piénselo. Años y años de invertir todas tus energías, toda tu voluntad, en conseguir una meta imposible. Multiplíquelo por varios cientos y extiéndalo en el tiempo.

—Y usted lo consiguió —remató Lovecraft, dejando patente la incredulidad en su tono.

Hanussen hizo un gesto negativo.

—No se trata de haberlo conseguido o no. Lo que ya ha pasado no importa. Lo importante es lo que *va a pasar*.

—Demonios, amigo —exclamó Robert Howard—, ¿quiere ir al grano de una maldita vez?

Hanussen le lanzó una mirada penetrante. El tejano la aguantó hasta que el otro desvió la vista. Sin embargo, tragó saliva cuando Hanussen dejó de mirarle.

El mago se inclinó hacia delante.

—*Algo* se acerca. Algo muy grande. No sé qué es, pero todos mis confidentes lo confirman. Todos lo perciben —señaló a Justin—. Todos. Muchos se han ido ya de la ciudad. Otros todavía permanecen aquí. Hay quien quiere combatirlo y hay quien quiere unirse a ello.

—¿Y usted qué quiere hacer? —inquirió Frank Long en un hilo de voz.

—Yo quiero saber. *Saber*, señor Long. Quiero saber qué es lo que viene hacia nosotros.

—Tengo una pregunta, señor Hanussen —dijo Sonia—. ¿Qué tenemos que ver nosotros en todo esto?

Hanussen inspiró hondo.

—Es hora de que les hable de Jakob Elzevier.

El viento seguía revolviendo las hojas. Las lanzaba contra los árboles, las machacaba, las hacía dar piruetas y destrozaba sus bordes. La avenida estaba desierta. Los minutos goteaban desde el borde de la madrugada. Había nubes en el cielo; unas manchas negrísimas, compactas, que parecían arremolinarse sobre la mansión movidas por una voluntad consciente. Eso, por supuesto, era imposible.

La noche traía consigo un frío acerado. El viento se puso en guardia. Un crujido sacudió su efímero imperio de otoño. Aparecieron unos pies que aplastaron las hojas

sobre la acera. Unos pasos martillearon pausadamente en el silencio. El ruido se introdujo en el sueño de los habitantes de Charlottenburg, apuñalando la noche. El viento se arremolinó a su alrededor, inquisitivo, cauteloso. Los pies se detuvieron delante de la mansión negra. Hubo un par de chasquidos. Una tímida llama. Se encendió la brasa de un cigarrillo. El tiempo fue lo único que se atrevió a pasar.

Los pies volvieron a ponerse en movimiento.

—Conocí a Jakob Elzevier en la tumba más grande del mundo. Ambos éramos soldados rasos, apenas unos pipiolos con suerte de haber sobrevivido al gas y a los morteros. Le había visto en medio de las escaramuzas, esquivando explosiones, pero apenas había hablado con él. Ahora, mi memoria me dice que me daba miedo. No puedo decir que sea cierto o simplemente la manera que tengo de recordarle.

»Nuestro pelotón fue enviado a Gorlice, en Polonia. No me extraña que no hayan oído hablar de ella, pocos quisieron recordarla. Fue una batalla cruenta, en pleno barrizal helado. Mucho peor que Verdún. Se decía que ninguno de los ejércitos quiso reclamar la posición, que simplemente se cansaron de tanta muerte, empaquetaron las cosas y dejaron tras de sí a sesenta mil cadáveres sin enterrar. Por eso nos mandaron a nosotros. Tuvimos que separar a los soldados imperiales de los otomanos y darles sepultura. Nos inventábamos nombres y los marcábamos a cuchillo en trozos de madera que hundíamos en aquella tierra renegrida y humeante. Yo he estado en el infierno. Es un descampado perdido en Polonia. Ahora allí hay un bosque. Tiemblo al pensar en esas ramas negras, agitándose con la brisa, los anillos creciendo nudosos, las raíces sorbiendo carne muerta. Allí fue donde Elzevier y yo nos hicimos amigos.

Sonia sentía un hueco en el pecho. Sesenta mil hombres muertos.

—Jakob era distinto. Es difícil de explicar, pero todos se daban cuenta. Se arrodillaba junto a los cadáveres, les acercaba el oído a la boca, asentía. A veces se llevaba algo: un anillo, una cadena, una carta escondida entre los pliegues de su uniforme. Algunos pensaban que les robaba. Otros pensaban algo distinto. Yo fui de los pocos en acercarse a él.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Sonia.

—Me fascinaba. Siempre he sentido atracción por la cara oculta del mundo. Incluso en mis espectáculos más artificiales hay un poso de verdad, unas gotas de verdadera magia. Pero si yo soy apenas unas gotas, Jakob era un océano en ebullición. No les aburriré con ejemplos que simplemente aumentarán su incredulidad. Si no le conocieron, no creerán nada de lo que les digo. Era...

—¿Por qué habla de él en pasado? —interrumpió Lovecraft con su voz de bisagra.

Hanussen le miró un segundo antes de proseguir:

—Cuando la guerra acabó, le propuse que trabajásemos juntos. Quería usarle en mis espectáculos. Se negó. Pero me acompañó durante un tiempo, siempre a mi

sombra, ayudándome en mis adivinaciones. Me gustaría decir que no me aproveché de él, pero mentiría.

—¿Eran amantes?

Frank Long había hecho la pregunta con naturalidad, pero su rostro se demudó cuando se dio cuenta de lo que había dicho. La sangre se agolpó en sus mejillas.

—Disculpe —tartamudeó—, no pretendía ofenderle.

—No se preocupe —dijo Hanussen, tirante—. Jakob y yo discutimos hace unos años, justo después de mi primer matrimonio. No volvimos a vernos.

Siguió un silencio plagado de humedad, en el que las miradas se pasearon un tanto incómodas.

—¿Ya está? ¿Esa era la grandiosa historia que nos tenía que contar? —resopló Lovecraft, mirando a Sonia con expresión triunfante—. ¿Hizo un amigo peculiar en las trincheras y luego perdió el contacto con él?

—Yo no he dicho que perdiese el contacto con él. He dicho que no volví a verle.

—Le conmino vehementemente a explicarse, muy señor mío.

Hanussen se rascó la barbilla, meditabundo.

—La primera vez solo me dejó un mensaje. Soñé que volvía a estar en Gorlice. Corría y corría, saltando de una trinchera a otra, de un agujero a otro. Algo enorme se movía en la oscuridad. Estaba solo. Había sombras, manchas de oscuridad en la misma oscuridad. Surgían del suelo erupciones de sangre negra. Algo me perseguía. Yo corría y corría, hasta que el suelo se hundía bajo mis pies. Me zambullía en el agua podrida que anegaba una trinchera. Aquello que me perseguía saltaba detrás de mí. Sentía sus garras arañando mi espalda. Los latidos explotaban en mi pecho. Yo aullaba, me zafaba y trepaba por la trinchera. La tierra negra rompía mis uñas, pero me daba igual. Al llegar arriba, me di la vuelta y vi que quien me perseguía era Jakob. Me miraba desde el foso, quieto, expectante, cubierto de barro, lluvia y sangre. Giré sobre mis talones para huir, y lo vi. El mismo campo lleno de lápidas improvisadas, el mismo erial donde habíamos enterrado a un ejército. Todas las tumbas tenían la misma inscripción: 555.

Sonia fue consciente de lo oscuro que se estaba volviendo todo. No sabía si alguna de las lámparas se estaba apagando, pero las sombras iban ocultando poco a poco la cara de Hanussen.

—Eso no prueba nada... —balbuceó Lovecraft con poca convicción.

—¿Hubo más sueños, señor Hanussen? —preguntó Sonia.

Él suspiró y paseó la vista por los engendros en las vitrinas.

—En el siguiente sueño le vi a usted... —Señaló con un dedo acusador—... señor Lovecraft.

Howard Phillips Lovecraft enarcó las cejas y se reclinó hacia atrás.

—Debe de estar bromeando —dijo Frank Long.

—En absoluto. A todos ustedes, en realidad. En mi siguiente sueño vagaba por los pasillos de un edificio abandonado. Caminaba por ellos desnudo, aterido de frío y desamparado. Jakob estaba delante de mí. Él también estaba... da igual. Las paredes se derrumbaban a nuestro alrededor. El suelo se hundía. Yo corría tras él, le pedía auxilio, pero él continuaba corriendo. Dobló un recodo y casi le perdí. Le vi entrar en una habitación. Había un niño en la puerta.

—Un niño feo —dijo súbitamente Lovecraft.

—Así es. Entré, y Jakob ya no estaba allí. Había una cama, y una mujer. No podía verle el rostro. Junto a la cama estaba usted, señor Lovecraft. Y usted, señor Long. Todos ustedes. De esa parte del sueño solo recuerdo el terror, el terror absoluto que sentí al traspasar aquella puerta. Me acerqué a la mujer. No podía verla bien, me hizo una señal con una mano larguísima. Me incliné sobre ella y dijo algo a mi oído. Entonces desperté.

Hanussen dejó morir su voz como lo hacen los actores profesionales. Lovecraft soltó el aire y le contempló largamente.

Frank Long carraspeó.

—Disculpe, señor Hanussen, pero todo esto me parece muy extraño. ¿Cuándo tuvo usted esos sueños?

—Hace poco más de un año. Estuve seguro de que Jakob quería decirme algo, de que era él quien había intentado comunicarse conmigo a través de los sueños.

—¿En serio? —preguntó Robert Howard con idénticas dosis de inocencia e incredulidad.

—El mundo de los sueños no es para tomárselo a broma. Lamentablemente, cuando llegué a Berlín supe lo que le había pasado a Jakob.

—¿Qué quiere decir? —lo interrogó Sonia.

Hanussen tardó un poco en responder. Cuando lo hizo, su voz había bajado un par de octavas.

—Murió poco antes de mi llegada.

—Eso es imposible —se empecinó Lovecraft—. Nosotros le hemos visto en Londres.

—No lo pongo en duda. Llegaremos a eso enseguida. Lo importante, lo verdaderamente vital, es lo que Jakob intentó decirme.

—¿Y qué intentó decirle? —inquirió Lovecraft, y por primera vez no había pulla alguna en su voz.

—Para empezar, me dio una cifra: 555.

—Hay muchísimas cosas que son 555.

Hanussen asintió.

—Así es, pero me lo dijo a mí. —Dudó un momento antes de continuar—. He... investigado todas las religiones conocidas por el hombre. El cristianismo y sus mil

afluentes, el islamismo, el hinduismo, el tantra. Y la cábala judía, la creencia de que todo, absolutamente todo en este universo se puede expresar de forma numérica. Incluyendo a Dios.

—No creerá que 555 es el número de Dios...

—Ojalá. 555 es la suma del valor de cierta combinación de letras. Letras que a su vez forman una palabra.

—¿Y qué palabra es esa? —preguntó Sonia.

—¿No lo ha adivinado ya? —dijo Hanussen—: Necronomicón.

En ese momento sonó un gemido. Un lamento largo y lastimero, de criatura herida de muerte. El sonido se arrastró por el aire junto con el del disco de ópera. Todos saltaron un palmo en sus sillas. Hanussen incluido.

—¿Qué diablos ha sido eso? —exclamó Robert Howard.

—No se alarmen, por favor. En la colección de Worm hay algunos especímenes más activos que otros. A mí también me asusta, pero en realidad no es peligroso.

Miraron alrededor, como esperando ver saltar entre dos vitrinas alguna bestia disecada. En ese momento la ópera terminó. No sucedió nada más. Sintieron la caricia del silencio en sus nuca, una anticipación no resuelta.

—¿Qué sabe usted del Necronomicón? —preguntó Justin. Se dieron cuenta del tiempo que había permanecido en silencio.

—Sé lo que saben todos —respondió Hanussen—. Magia. Rituales. Poder. Locura. Muerte. Conozco toda la leyenda que rodea al libro. Hoy en día no hay nadie que no la conozca.

—Está bien, señor Hanussen —intervino Frank Long—. Si lo he entendido bien, su amigo Jakob Elzevier le envió mensajes a través de sueños. Los mensajes, aunque simbólicos, eran claros: Howard Lovecraft, nosotros, el Necronomicón. —Hanussen iba asintiendo educadamente a medida que Long hablaba—. Bueno, ya nos ha encontrado. El Necronomicón está en Berlín. La pregunta es: ¿qué hacemos ahora?

Hanussen apretó los labios.

—Déjenme mostrarles algo.

Se levantó de la mesa y se perdió entre las vitrinas. Pasaron unos segundos, en los que se dieron cuenta de lo solo que se sentía uno en aquel museo de los horrores, por muy acompañados que estuvieran. Ninguno habló, pero Sonia no pudo evitar percatarse del cambio que se había operado en Howard: parecía despierto y alerta por primera vez desde que pusieron el pie en Alemania. Tenía los ojos muy abiertos, recorría la estancia de arriba abajo. Dos pequeños círculos rojos habían florecido en sus pómulos. Tamborileaba con las manos sobre la mesa, incapaz de estarse quieto.

Hanussen volvió a aparecer. Arrastraba un pequeño mueble con ruedas sobre el que descansaba un gramófono de aspecto pesado y, sobre todo, caro. Bajo el brazo llevaba un disco envuelto en tafetán.

Sonia previó el comentario sarcástico de Howard antes de que lo soltase:

—¿Le parece este el momento más adecuado para escuchar música?

Él lo recibió sin inmutarse.

—Vamos a oír algo mucho más interesante. Hace diez días tuvo lugar una reunión muy particular en un club de Berlín. Solía ser uno de los locales de moda hace años, pero el Crack lo ha reducido a un mero tugurio de bolcheviques, prostitutas y adictos. Un sitio poco recomendable. El local se llama Die Weisse Maus, «El Ratón Blanco».

Hanussen puso el disco en la pletina y accionó el gramófono. Al instante se oyó una música lejana, amortiguada por el crepitar de un molesto ruido de fondo. Luego empezaron las voces, mucho más cerca. Sonia notó que Justin palidecía.

—¿Grabó usted la conversación? —preguntó Sonia—. ¿Cómo lo consiguió?

Hanussen se encogió de hombros.

—Uno no llega hasta mi posición sin hacer un par de amigos con recursos.

—Están hablando en alemán —protestó Lovecraft, como si lo estuvieran haciendo a propósito para fastidiarle.

—No tendrán más remedio que confiar en mi pericia como traductor —dijo Hanussen, superponiéndose a la voz en el gramófono—. Siéntese, Elzevier.

La voz era dura, sin apenas inflexiones, aparte de las que marcaba aquel idioma perruno. Despertó en la mente de los tres escritores metáforas de acero y pedernal, de paletadas de tierra de cementerio, de autómatas asesinos.

—Siéntese, Elzevier.

—Por supuesto, señor.

—Confío en que su viaje de regreso fuera placentero.

—Fue satisfactorio, señor.

—Me alegro de oírlo. Espero que Theodor no le haya ocasionado ningún problema.

—En absoluto, señor. Ha sido más que útil en ciertas situaciones. Puede incluso decirse que me salvó la vida.

—Excelente.

—Señor, en relación a Theodor, ¿me permite preguntar...?

—No, Elzevier. No le permito. Cualquier pregunta que tenga sobre Theodor, guárdesela para usted. Le será más fácil conciliar el sueño. Además, no sería educado, con él aquí delante, ¿verdad, Theodor?

Silencio.

—Deduzco que encontró dificultades a la hora de apoderarse del libro.

—Encontramos resistencia, sí. Pero pudimos manejarla.

—Comprendo. ¿El Coleccionista?

—No sabría decirlo, señor. En realidad creo que no. Fue el Escritor.

—¿El Escritor?

—Estaba allí, señor. Por suerte, encontramos el modo de anticiparnos a sus movimientos. Una solución costosa, aunque efectiva.

—Bien hecho. —Pausa—. ¿Y bien?

—¿Señor?

—¿Dónde está el libro?

—Está a salvo, señor.

—¿Qué quiere decir que está a salvo? ¿Lo tiene usted o no lo tiene, Elzevier?

—Lo tengo, señor.

—¿Lo ha leído?

—No he podido, señor. Nos ha acompañado todo el viaje metido en una bolsa de piel de niño, tal y como usted me indicó. He intentado armarme de valor alguna vez, pero solo he llegado a abrir la bolsa. No me atrevo a tocarlo.

—Comprendo. ¿Ha sentido ya la tentación de quedárselo?

—No, señor. Sin embargo, sabe las razones por las que decidí partic...

—¿Algún otro efecto? ¿Pesadillas? ¿Terrores nocturnos? ¿Alucinaciones?

—Sí, señor. Sueño con cosas inmóviles que me miran desde las esquinas de la habitación donde murió mi madre.

—En ese caso será mejor que nos lo entregue. Ahora.

—Señor... Con todo el respeto, me gustaría recordarle la condición que puse al inicio del viaje.

—Le he dicho que nos lo entregue, Elzevier.

—Señor, por favor.

—¿Tengo que recordarle que el Socio 555 llegará a Berlín en menos de dos semanas? El tiempo apremia. Necesitamos desentrañar los secretos del libro antes de que esté aquí. No queremos decepcionarle.

—Pero la condición...

—Usted no pone condiciones, Elzevier. Nosotros las ponemos. Usted no es más que un intermediario. Un transportista. Nos convenció de que podía encargarse de esta misión, y aceptamos. Lo ha conseguido, pero ahora debe dejar el libro en nuestras manos.

—No puedo hacer eso, señor. No hasta que haya cumplido su parte.

Una risa. Una risa débil, queda, casi imaginaria. Y sin embargo, una risa terrible.

—Se lo preguntaré una vez más, Elzevier. La siguiente vez no seré yo quien se lo pregunte: ¿dónde está el Necronomicón?

Silencio.

—No puedo decírselo.

Dos palabras. Dos palabras de acero y pedernal, de paletadas de tierra de cementerio. Dos palabras de autómata asesino.

—Comprendo. Theodor.

Entonces comenzaron los gritos.

Las voces en el gramófono murieron, y también lo hizo la de Hanussen. Diminutas gotitas de sudor se amontonaban en el bigote de Frank Long. El gramófono siguió girando un poco más, emitiendo una cortina de sonidos rasposos. Robert Howard tenía el rostro desencajado. Justin respiraba con dificultad. Por fin, la aguja del gramófono llegó al final. Se quedó allí, chasqueando una y otra vez, otra vez, otra vez. Sonia se mordía el labio inferior.

Solo Howard Phillips Lovecraft mantenía una pose calmada, las manos juntas frente al rostro como si rezase. Cuando Hanussen detuvo el gramófono por completo, el silencio se apoderó de aquel museo de excentricidades.

—Esa era la voz de Jakob Elzevier —dijo Lovecraft—. ¿Por qué afirma usted que está muerto?

Hanussen negó con la cabeza.

—Yo he escuchado lo mismo que usted, señor Lovecraft. Pero puedo asegurarle que ese hombre no es Jakob Elzevier. Conozco bien la voz de Jakob.

—Se llame como se llame —dijo Sonia—, esa voz pertenece al hombre que intentó robar el Necronomicón en Londres.

—Y que secuestró a Howard —apuntó Frank Long.

—Por no hablar de lo que le sucedió a Arthur Machen —añadió Robert Howard, apesadumbrado—. Se merece lo que quiera que le hayan hecho y mucho más.

—Puede que ya esté muerto —aventuró Hanussen—. Y no creo que el padre de Jakob haya corrido mejor suerte.

—¿Cómo sabe lo que ha sucedido con Abraham Elzevier? —preguntó Robert Howard, suspicaz.

Antes de que Hanussen pudiese responder, Lovecraft se adelantó:

—Estuvo usted vigilando la tienda. Esperaba que tarde o temprano algo sucediese, que alguien se acercase. Nos esperaba a nosotros.

Hanussen asintió.

—Es usted muy sagaz, señor Lovecraft. Lamentablemente, se me adelantó la policía. Esto es mucho más grande de lo que pueda pensar. Hay mucha gente interesada en ese libro.

—Gente poderosa, por lo que veo —comentó Robert Howard, la voz aún tomada—. ¿Cómo consiguió echarle el guante a nuestras pertenencias en la comisaría?

El mago puso cara de niño pillado en una travesura.

—Amigos con recursos, sí, ya lo entiendo. ¿Nos va a decir de una vez qué quiere de nosotros, Hanussen?

Él compuso un semblante serio. A pesar de sus facciones bovinas, cuando se lo proponía podía parecer el mismo Mefistófeles.

—Quiero que me ayuden a encontrar el Necronomicón.

—¿Qué quiere hacer con él? —disparó Lovecraft.

—Quiero que esté donde le pertenece. —Señaló el lugar vacío en el centro de la mesa—. Olaus Wormius lo tradujo. Era la pieza clave de su *Wunderkammer*. Todo el resto no tiene sentido sin él. Tiene que estar aquí. Aquí no hará daño a nadie.

—No se ofenda si le digo que no le creo —replicó Lovecraft.

Hanussen mostró las manos desnudas con las palmas hacia arriba, como el prestidigitador que era.

—No se ofenda si le digo que me da igual.

—Señor Hanussen —dijo Sonia—, usted tiene contactos en Berlín. Tiene una mansión. Tiene dinero. Nosotros somos simplemente cinco viajeros americanos. ¿Cómo podríamos ayudarle?

El rostro del mago se convirtió de nuevo en la máscara mefistofélica. Reveló la sonrisa que sin duda alguna exhibía cuando concluía un truco con éxito.

—Del mismo modo que lo han hecho hasta ahora, querida: vamos a encontrar el Necronomicón a través de sus sueños.

Cthulhu fhtagn

13 de septiembre, 1931

Es en ese instante cuando la criatura que me tiene preso pronuncia mi nombre. Yo solo puedo levantar la vista hacia ella, y el horror absoluto de reconocer un rostro perteneciente a mi pasado donde antes no había más que negrura solo puede compararse a la sensación que experimento cuando me suelta y caigo, caigo, caigo.

El suelo recibe mi caída con escarpados brazos de roca. Sin embargo, el golpe que debería haber segado mi vida apenas me causa unos rasguños en la piel. Ruedo por el suelo como un chiquillo que una madre arroja lejos de sus brazos por motivos secretos y humillantes. En mi piel se abren pequeñas heridas que supuran una inconcebible humareda escarlata. Aún tardo un momento en asimilar que he sobrevivido a la caída, que las alimañas descarnadas de la noche no han acabado con mi vida. Quizá, me digo, jamás fue eso lo que deseaban.

El ártico paisaje en el que me han abandonado me amenaza con su sola visión. La nieve no es blanca en este paraje, sino de un gris sucio, el color de los sueños que no se cumplen, de las esperanzas que se abandonan, de los secretos que jamás debieron salir a la luz. El frío ha dejado de erizarme la piel, ahora atenaza mis entrañas. Doy las gracias a los dioses por la calma que impera en la montaña. Si hubiera el más mínimo soplo de aire, sé que la temperatura se volvería insostenible y terminaría matándome. Sobre mi cabeza, emanando un resplandor repugnante en medio de ese cielo maligno, la luna me mira.

No lejos de mí, atisbo una figura a un lado de una especie de camino. Parece estar a kilómetros de distancia, pero el extraño fluir del tiempo en este lugar hace que se vaya agrandando rápidamente hasta perfilarse como un hombre. Siento un brote de inquietud al distinguirlo. Podría ser una amenaza o una salvación.

Los detalles que componen su figura comienzan a distinguirse en la distancia. Es un hombre adulto, debe de haber pasado la cuarentena. Alto y espigado, disimula su desgarrada figura embutido en unas pieles de aspecto pesado. Lleva una especie de cetro plateado colgando de un hombro, un artefacto extraño que reconozco como un arma. Tiene el pelo negro y corto, un rostro duro y marmóreo repleto de las arrugas que dan los desengaños, la sabiduría mal adquirida y la experiencia a golpes. Una cicatriz le atraviesa el pómulos izquierdo. En otra época, en otras circunstancias, podría haber sido un ser apocado, encorvado y tímido, al que nadie habría prestado más de un segundo de atención al cruzárselo por la calle. Aquí, en cambio, es un dios. Es Dios. Aquí ha conquistado lo que siempre le fue negado en otros mundos. Es la salvación que podría hacerme comprender dónde estoy, quién soy, qué está

pasando.

El extraño sigue mis evoluciones con una mirada de acero. Creo que en cualquier momento descargará ese cetro de plata sobre mí y pondrá fin a este vía crucis helado. Sin embargo, lo único que hace es quedarse quieto mientras me acerco. Me detengo al llegar a su altura. Le miro con los ojos del condenado a muerte.

Carter, digo.

Él no responde. Se aparta a un lado, revelando una desviación del camino. Hay algo allí, algo que parece haber estado todo el tiempo esperándome. Es una mancha marrón en el gris interminable de la montaña. Es... es...

Es una casa.

Una mano. En mi hombro.

Me giro. Veo a Hanussen, la mano en mi hombro, apretándome sin un ápice de delicadeza.

—¿Se encuentra bien? —está diciendo—. ¿Sabe dónde está?

—No —contesto—. No tengo ni la menor idea de dónde estoy. Todo parece muy raro.

Los demás están detrás de Hanussen. Tienen un aspecto tan aturdido como el que debo de tener yo mismo.

—¿Qué es este sitio? —pregunta Belknapius—. ¿Cómo hemos llegado aquí?

Estamos en un callejón mal iluminado, al pie de un edificio en ruinas. Los muros están hechos de ladrillos desnudos. Aparentemente no tienen más función que la de asustar a los viandantes. De alguna manera, sé que en el pasado tuvo capiteles, torreones y balconadas, pero ahora todo está derruido, las vigas asomando, oxidadas y amenazantes. No hay una sola estrella en el cielo cada vez más negro. Berlín anochece, y arrastra al mundo con ella.

La puerta principal está cerrada. Hanussen toca dos veces. Cuando se abre, por el hueco escapa una humareda cargada de esencias orientales. Al otro lado hay un hombre mayor y bien trajeado. Su saludo es una nota sostenida de contrabajo. Tras él se abre un pequeño recibidor. En un extremo, una escalera de caracol desciende hacia la negrura. Los peldaños en espiral se pierden entre las tinieblas. Abajo. Las paredes desnudas transmiten frialdad. El hombre mayor abre ante nosotros una cajita de marfil. Está llena de antifaces de terciopelo negro.

—¿Se supone que tenemos que llevar máscara? —pregunta Belknapius.

—Aquí no hay nombres ni rostros, mi buen amigo —explica Hanussen, ciñéndose el suyo al rostro.

—¿Quiere hacer el favor de decirnos dónde estamos? —pregunta bruscamente Bob Dos Pistolas.

Hanussen le muestra una media sonrisa de zorro resabiado.

—¿Me creerían si les digo que están ustedes soñando?

Ninguno de nosotros responde.

Cada uno coge su máscara, incluso Justin, aunque no se la pone. Me asalta la sensación de que, a partir de este momento, todo será mortalmente serio. Real. El mayordomo dice algo que Hanussen traduce innecesariamente. Todos le hemos comprendido: hay que esperar para bajar esa escalera.

No hay donde sentarse. Ni siquiera hay suficiente espacio para pasear. Tenemos que conformarnos con quedarnos de pie, ante el estoico mayordomo, contemplando las esquinas muertas de la habitación y evitando cruzar miradas, como desconocidos. El viento ulula fuera. Va a llover. Es importante saberlo, pero ignoro por qué.

Hanussen es el primero en romper el silencio.

—¿Alguna vez le han hipnotizado, señor Lovecraft?

Una de mis cejas se enarca sin que yo se lo pida.

—No, pero si le sirve de consuelo, tampoco me he presentado voluntario para que me arranquen las uñas o para que introduzcan un puercoespín rabioso debajo de mis sábanas. Las tres actividades tienen para mí los mismos niveles de productividad y sentido común.

Hanussen se traga mi rapapolvo sin pestañear siquiera, con la misma media sonrisa.

—Le sorprendería saber lo que se esconde en la parte de nuestra mente que no usamos —me dice.

—Hable por usted cuando se refiera a sectores ociosos del cerebro. Supongo que es esa falta de actividad neuronal la que le hace creer en el hipnotismo, el mesmerismo y demás paparruchas circenses.

—El mundo de los sueños no es para tomárselo a broma, señor Lovecraft. Es la puerta a nuestro subconsciente. Toda nuestra vida está contenida aquí dentro. Lo bueno y lo malo.

Le miro fijamente durante unos segundos. Ninguna réplica sale de mis labios. Mi vista repara en Sonia durante lo que dura un latido. Mi corazón se acelera.

Pocos minutos después, el chambelán vuelve a escupir una andanada de palabrejas en tono plañidero, que acompaña con tres golpes de bastón al suelo. Hanussen no se molesta en traducir. Echamos a andar escaleras abajo. Abajo.

El anciano está en un lado de la escalera. Como si esperase algo. Elzevier. Cómo se llama. Abraham, eso es. Es Abraham Elzevier. Tiene el rifle en la mano, está apoyado en él como un bastón. La manta con la que se cubría la cabeza descansa sobre sus hombros. Se mueve como si tuviera serpientes debajo. Por alguna razón no veo su rostro, aunque nada lo cubre.

—Ese hombre necesita ayuda —digo, pasando a su lado.

—No se preocupe por mí —contesta Elzevier—. Solo Elohím puede ayudarme ahora.

Ninguno de los demás parece darse cuenta de su presencia. Le dejamos atrás.

Al final de la escalera hay una puerta entreabierta por la que sale un resplandor rojo.

—Ya hemos llegado —anuncia Hanussen, y empuja la puerta con los dedos—. Algo me decía que acabaríamos aquí.

—Bienvenidos a El Ratón Blanco.

Lleva muy poca ropa, apenas un corsé que recuerda a ciertas fotografías de finales del siglo pasado y unas medias negras con ligero para sus largas, largas piernas. Tiene unos setenta años. La máscara no deja ver sus facciones completas, pero las arrugas ribetean su contorno y se extienden por toda su piel desnuda. Está cubierta de maquillaje blanco; resalta sobre el carmín chillón que cubre sus labios. La mujer dice algo más en tono interrogativo. Yo niego con la cabeza y ella continúa caminando.

Paradójicamente, El Ratón Blanco es rojo. Es un salón en forma de elipse. Los techos son bajos, como cualquier sótano. Las paredes están cubiertas por gruesos tapetes de fieltro rojo que reproducen hasta el infinito intrincados diseños florales. Del techo cuelgan lámparas de araña venidas de otras épocas. Las bombillas emiten un resplandor carmesí que duele en los ojos. Es difícil centrar la vista. El aire está lleno de humo. Parece que el local está en llamas.

Hay al menos cinco puertas, que se van abriendo periódicamente y vomitando más gente al interior. Todos los asistentes llevan el mismo traje y la misma máscara negra sin facciones. Camareros casi andróginos pasean por el lugar regando las copas vacías con un líquido carmesí un poco espeso.

—No me siento bien aquí —confieso.

—Va a ser muy difícil orientarnos —dice Bob Dos Pistolas—. Todo parece igual.

—Por no mencionar que no sabemos qué estamos buscando —añade Belknapius. Hanussen está a mi lado.

—Lo mejor sería que nos separásemos.

—Ni hablar —niego—. Debemos permanecer juntos.

Pero Robert Howard y Frank Long se pierden ya entre la humareda. Me esfuerzo por distinguir sus figuras, pero en este ambiente enrarecido todos los asistentes parecen la misma persona.

No hay rastro de Sonia.

—No se preocupe —dice Hanussen—. Nada puede suceder aquí.

—¿Dónde están los demás?

El adivino se encoge de hombros.

—Quién sabe dónde guarda usted espacio para ellos.

Mis labios se fruncen. Hanussen me agarra del brazo y se interna en la niebla rojiza que de repente inunda todo. Me arrastra hacia una de las puertas.

—¿Adónde vamos?

—Confíe en mí —dice—. Relájese. Aquí no tenemos nada que hacer. Tenemos que llegar más profundo. Mucho más profundo.

—¿Más profundo? —digo, y entonces se me ocurre otra pregunta—: ¿Qué estamos buscando exactamente?

Él sonríe. Pero antes de que responda, siento que algo tira de mí. Me giro y veo a Justin. Está demasiado lejos para tocarme, pero aun así he sentido el tirón. Tiene un cuchillito rojo en la mano. Es importante saberlo, pero ignoro por qué. La voz del irlandés me llega desde muy lejos.

—Señor Lovecraft —dice—, no vaya. Por favor, quédese aquí.

—No hay tiempo para esto —dice Hanussen—. Vamos.

—Por favor, señor Lovecraft —insiste Justin—. No quiera usted ver lo que hay ahí abajo.

Hanussen se inclina hacia mí y susurra en mi oído:

—*Cthulhu fhtagn*.

Y de repente, Justin ha desaparecido. El recuerdo mismo de Justin ya no está. La niebla lo ha engullido, como al mundo. Como a nosotros.

La humareda se contagia a la escalera. Me impide ver dónde está Hanussen. Creo intuir su voz en algún lugar, pero una especie de música la engulle. Miro a mi alrededor y descubro que estoy solo. He estado solo desde hace mucho tiempo. No me gusta esa sensación. Los asistentes de la fiesta también han desaparecido. Solo quedamos yo mismo, esa niebla perfumada y el rojo, rojo, rojo de las paredes.

La escalera desciende. He dejado de percibir dónde está adelante y dónde atrás. La música sigue sonando sin sonar de verdad, bailando a mi alrededor como un enjambre de sirenas borrachas. El rojo empieza a disminuir de tono. Lo reemplaza el corinto, el borgoña, el negro. La niebla se aparta. El Ratón Blanco me tiene miedo. Esbozo una sonrisa que no tarda ni dos segundos en cortarse como leche bajo el sol de agosto. En el lugar que ocupaba la nada roja se ha abierto un hueco, una especie de pasadizo.

Me adentro en él. Las paredes han perdido color, chorretones de óxido caen como lágrimas de huérfano. Se me agotan los símiles. Todo ha ardido. Todo se ha perdido.

Cada esquina, cada ángulo, cada rugosidad del pasillo está viva. Se mueve. Gira hacia mí una cabeza hecha de sombras, me espía con ojillos inexistentes. Conspira. Yo contemplo el mundo desde un agujero, y el mundo me devuelve la mirada. Estoy temblando.

Las paredes se estrechan como si quisieran estrangularme. Entonces una idea me golpea. Negra. Estoy dentro de una casa negra. Una casa negra se me ha comido... no, espera. No se me ha comido. He entrado voluntariamente. Para encontrar algo.

Me detengo en seco. En mitad del pasillo hay un mueble de considerable tamaño.

Está cubierto con una sábana. Una profunda sensación de congoja ha brotado en mi pecho, en mis tripas, en algún punto indefinido en la parte de atrás de mi cabeza. Tengo que llegar hasta él, rebasarlo, si quiero continuar. Pero no quiero acercarme. No quiero, no puedo, no me atrevo a ver.

Me acerco.

Me tiemblan las manos. Mis rodillas flaquean. Ahora solo soy un niño, un niño desamparado, abandonado, indefenso ante una dama sin rostro llamada muerte. Alargo una mano. La sábana tiene un tacto cálido, como si hubiera estado cubriendo un cuerpo hasta hace poco. Tengo frío.

—Howard.

Me vuelvo. El pasillo se alarga hasta el infinito, engullido en una nada negra. Soy capaz de ver lo que hay allí. Y lo que veo no me gusta.

Hay una figura. Me está llamando.

—Howard, ¿estás despierto?

Es una mujer.

Cada centímetro de mi piel se eriza. Me recorre un escalofrío tan intenso que siento que mi conciencia no lo soportará. Esto es lo que pasa cuando mueres de terror.

Cierro los ojos con fuerza. Niego con la cabeza una y otra vez, una y otra vez. Poco a poco, muy despacio, levanto la sábana. No sé por qué lo estoy haciendo. Pero no puedo parar. Siento la presencia de lo que hay debajo, como el aliento putrefacto de una bestia enorme respirando a pocos centímetros de mí.

—¿Quién eres? —me oigo susurrar—. ¿Quién eres?

Empiezo a entreabrir los párpados. Atisbo una silueta.

Las piernas no me sostienen. Caigo al suelo de rodillas.

—¿Estás despierto, Howard? —repite la mujer.

Lanzo un alarido. Intento huir. Salto por encima de la sábana y de lo que cubre. No puedo correr. Mis pies se han convertido en plomo. Estoy hundido en un barro que no existe. Cada paso dura una eternidad. Y la mujer se acerca. Se acerca. Seacercaseacercaseacerca.

Hay muchísimas puertas a ambos lados del corredor. Todas están entreabiertas, todas mostrando las entrañas de una oscuridad cruda. Vuelvo a mirar hacia atrás. La mujer está más cerca. No tiene rostro. El corazón golpea en mi pecho. Chillo. Suplico. No sirve de nada. Corro. Me obligo a no mirar dentro de las puertas. Pero al pasar, una ráfaga de aire helado me hace apartar la vista un segundo.

Miro dentro.

Y veo.

Unas manos se cierran alrededor de mi cuello.

Un aliento podrido vierte palabras envenenadas en mi oído.

—*Cthulhu fhtagn.*

Señor Lovecraft.

Señor Lovecraft.

Abra los ojos.

—Abra los ojos, señor Lovecraft.

Lovecraft obedeció. Sus ojos se abrieron una vez. Se quedaron abiertos. No parpadeaba. Estaba sentado en mitad de una habitación de tamaño amplio, pero desconcertantemente vacía. Las paredes estaban pintadas de negro. No había ningún mueble aparte de la otomana en la que estaba tumbado.

—Bienvenido.

De repente reconoció a la persona frente a él.

Erik Jan Hanussen sostenía una mano ante su rostro, como si fuera un amuleto que fuese a protegerle de él. ¿Protegerle de él? Lovecraft sacudió la cabeza.

—Hemos terminado.

—Ignoraba que hubiésemos empezado nada —respondió Lovecraft. Una sensación un tanto incómoda comenzaba a presionarle el pecho.

Hanussen no respondió. En lugar de eso, dio media vuelta y abrió la puerta. Al otro lado descubrió un grupo de rostros que conocía. Se quedó allí sentado, preguntándose por qué estaba sudando, qué extraña humedad le mojaba el rostro. Entonces subió otro escalón más hacia la conciencia y se dio cuenta de dónde estaba. Vio a Frank Long, la expresión preocupada, nudillos blancos en los puños apretados. Vio a Robert Howard, las manos en los bolsillos, la expresión ceñuda, concentrada. Vio a Justin, cruzado de brazos, pendiente de los movimientos de Hanussen.

Vio a Sonia.

—Querida... —Lovecraft sonrió—. No sabes cuánto me alegro de verte. ¿A qué inopinado cúmulo de circunstancias se debe que me contempléis como si fuese una parturienta a punto de romper aguas?

Frank Long soltó un suspiro aliviado. Con él desaparecía toda la tensión que había vibrado en el aire como una cuerda de violín demasiado apretada. La mandíbula de Robert Howard se relajó.

—Les dije que el procedimiento no era peligroso —dijo Hanussen.

—Abuelo... —El tejano se dirigía a él—, ¿recuerdas algo de lo que ha pasado?

Lovecraft se encogió de hombros. Negó con la cabeza.

—No recuerda nada —contestó secamente Hanussen.

Una única arruga apareció en la frente de Howard Lovecraft.

—¿Qué tendría que recordar? —Los pocos segundos de silencio solo contribuyeron a que la arruga se acentuase aún más—. ¿Belknapius? ¿Bob? ¿Sonia?

—No te preocupes, Howard —lo tranquilizó Frank Long, y se volvió hacia Hanussen—. ¿Lo ha encontrado?

Hanussen se estaba secando el sudor de la frente con un pañuelo de seda.

—He encontrado muchas cosas —manifestó—. Pero no lo que quería saber.

—¿Y qué quería saber? —inquirió Lovecraft—. ¿Tan preciada es esa parcela de información que os resulta imposible compartirla conmigo?

—Hanussen te ha hipnotizado, Howard —aclaró Sonia—. Queríamos descubrir dónde está el Necronomicón a partir de tus sueños.

—Eso es una patochada. Jamás aceptaría...

—Aceptó —le interrumpió Hanussen, seco—. Aceptó en el mismo momento en que yo acepté responder a sus preguntas. Pero no ha servido de nada. He tenido que nadar profundamente en su subconsciente, señor Lovecraft, pero usted no sabe dónde está el Necronomicón.

—Eso podía habérselo dicho yo mismo. No era necesario preguntarle a mi subconsciente.

Iba a añadir algo más, pero se detuvo. En su cabeza destellaron relámpagos de imágenes, la bruma de la sombra de un recuerdo. Un pasillo. Un ratón blanco. Y palabras. Dos palabras que se escurrían de su mente como un pez enloquecido.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Frank Long.

—Que me condenen si lo sé —respondió Robert Howard—. Podría haberlo guardado debajo del colchón de su casa, o en una caja fuerte, o en un banco. Podría haberlo enterrado, o habérselo dado a un amigo. Solo Dios sabe cuántas posibilidades hay.

Un engranaje se movió en la cabeza de Lovecraft.

—Un momento —dijo—. Dios.

—¿Qué pasa con Dios? —preguntó el tejano—. No creo que Él vaya a ayudarnos precisamente ahora.

—No, no es eso. —Se dirigió a los otros—. Solo Elohim. Solo Elohim puede ayudarme ahora.

—¿De qué estás hablando?

Lovecraft se echó a reír. Los miró a todos, risueño, las cejas levantadas como un niño que disfruta de su primera piruleta.

—¿No lo veis? Solo Elhoim puede ayudarme ahora. ¡Elohim! Habían escrito «Jude» en la puerta de la tienda.

—Judío —señaló Frank Long, comprendiendo de pronto—. Solo Elohim.

—No entiendo una maldita palabra de lo que estáis diciendo.

Pero Lovecraft se había vuelto ya hacia Hanussen.

—¿Hay alguna sinagoga cerca del Nikolaiviertel?

Abraham Elzevier

14 de septiembre, 1931

Era un solemne edificio de cuatro plantas rematado por un orbe cubierto de una trama dorada formada por estrellas de David. Estaba en mitad de la Oranienburger Strasse, un bulevar comercial a un tiro de piedra de todas las tiendas que presumían de ser importantes en la ciudad. Las puertas de hierro estaban abiertas. Una multitud de personas, en grupos o separadas, iba entrando en silencio. Hanussen soltó una palabra en alemán que no podía ser más que un juramento.

—¿Qué sucede? —preguntó Sonia.

—Nada —dijo él de inmediato, con aire turbado—. Hace poco que ha pasado el *Rosh Hashanah*. El Año Nuevo judío. Estos deben de ser los coletazos de judíos que de repente se vuelven creyentes después de las fiestas.

—Eso ha sonado muy poco respetuoso —le reprendió Sonia.

Se unieron a los grupos de personas que iban entrando en la sinagoga. Cuando les tocó el turno a ellos, un hombre en la puerta se les puso delante. Era delgado, casi famélico, vestido con un traje oscuro rematado con una kipá azul.

—*Shalom* —saludó de manera poco amigable. En ese momento estuvieron seguros de que no les dejarían entrar.

Para su sorpresa, Hanussen empezó a hablar con él en un idioma que parecía salir a trompicones del fondo de su garganta. Abría las manos con las palmas hacia arriba, gesticulando levemente. Su tono era bajo y sereno. Desde luego era un buen actor, apreció Sonia. El intercambio duró apenas un minuto, dadas las protestas que empezaban a oírse desde detrás, en la fila.

Hanussen se volvió hacia ellos.

—Van a permitirnos entrar. Nos darán una kipá a cada uno, pero tenemos que estar en silencio. Sonia, usted debe usar la entrada de las mujeres. Espero que no se ofenda.

—Soy judía —dijo ella en tono despreocupado—. Sé cómo funciona.

—¿Era hebreo ese idioma que ha usado con el hombre de la entrada? —preguntó Lovecraft.

—Así es —respondió Hanussen, poniéndose la kipá—. Lo aprendí en mi juventud. Aunque lo practico poco.

—¿Y qué hace un joven danés aprendiendo hebreo?

Hanussen le chistó. Su voz se convirtió en un susurro.

—Manténganse en silencio. Están rezando.

Atravesaron la antesala masculina y entraron directamente en la sala principal.

Con su mentón prominente, su palidez extrema y la kipá sobre la coronilla, Lovecraft parecía una caricatura antisemita salida de las páginas del periódico *Der Stürmer*. A su alrededor, los cánticos se sucedían con una cadencia que les resultaba al mismo tiempo ajena y sugerente. La sinagoga estaba medio llena. En el centro de la estancia, un hombre mayor canturreaba pasajes de la Torá, mientras el resto de los asistentes repetía sus palabras. La penumbra apenas dejaba distinguir siluetas. En el segundo piso había una balconada por la que asomaban figuras femeninas.

Vagaron un poco alrededor del atrio principal, intentando encontrar un lugar en el que los asistentes no les clavasen una mirada enojada. Allí sobran, era obvio.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Frank Long en un susurro.

—Buscar a Elzevier —dijo Hanussen.

—Como si fuera tan fácil.

Lo que no sabían era que Sonia ya le había encontrado.

Fueron los gritos. Por supuesto. Al principio no lo pensó así, y de hecho pasó mucho tiempo segura de que alguien o algo la había guiado hasta él. Pero la realidad termina imponiéndose a las fantasías, y Sonia aceptó con el tiempo que simplemente su oído había captado de alguna manera los gemidos de Abraham Elzevier.

La entrada reservada a las mujeres era un poco más estrecha que la principal, lo cual enfadó en buen grado a Sonia. Entró con la cabeza gacha, como las demás, intentando pasar desapercibida. No lo consiguió. Un hombre se acercó a ella, con el mismo atuendo que el que estaba en la puerta principal. Ella le despachó sin miramientos:

—Oiga, amigo, estoy visitando su ciudad y quiero ver la sinagoga. Así que más vale que me deje pasar o comprobaré cómo nos las gastamos las judías de Brooklyn.

Puede que el hombre no entendiese sus palabras, pero entendió el tono. Se apartó con un ligero cabeceo.

El refectorio de las mujeres también era de menor tamaño. Estaba separado del de los hombres por una celosía de madera de aspecto robusto. Al fondo había una escalera que ascendía hasta su zona. Sonia la subió sin prisa, y ahí fue donde comenzó lo raro.

Tan pronto como dejó atrás el último peldaño sintió náuseas. Su estómago dio un par de saltos mortales y aterrizó con pie inestable. Se apoyó en la pared al otro extremo de la barandilla. Lo peor que podía pasarle sería caer en medio de la sinagoga en plena celebración. Tardó pocos segundos en identificar la sensación. La había estado experimentando cada día que el Necronomicón pasó en su casa, cada vez más fuerte. Y allí estaba otra vez.

Comprobó enseguida que si retrocedía, las náuseas también lo hacían. Las mujeres pasaban a su lado sin prestarle mucha atención. Inspiró hondo, contó hasta tres y dio un paso. Cuanto más avanzaba, más turbia se volvía su visión. Empezó a

sudar. Esquivaba a las mujeres. Entre cinco y diez pasos más adelante llegaron los temblores. Pensó en lo que había explicado Hanussen. Personas con sensibilidad especial. Y un cuerno. Era aquel libro. No podía ser que todo estuviera en su cabeza.

Antes de que llegase a ninguna conclusión, oyó el gemido.

Le llegó acompañado de una potente sensación de algo ya vivido. El sonido llegaba hasta ella amortiguado. Inconscientemente, miró al techo. Pero no, quienquiera que fuera estaba en esa misma planta. Cerró los ojos para concentrarse e intentó destrenzar los cánticos de aquel lamento que se repetía como un eco.

Siguió un poco más adelante, segura de que empezaría a sangrar por la nariz o se le aflojaría el esfínter. No sucedió nada de eso. A lo largo de la parte superior había varias puertas. No dudó un segundo en cuál de ellas debía abrir. Más tarde se diría que habían sido los gemidos. La realidad siempre termina imponiéndose a las fantasías.

Abrió la puerta, ignorando el ahogado escándalo de las demás mujeres.

Lo que vio allí la dejó sin aliento. Le costó toda su presencia de ánimo decir:

—Señor Elzevier, necesitamos hablar con usted.

Era una salita de techos bajos y paredes de un horrendo color tostado. En su centro había una especie de reclinatorio bajo. Allí, hecho un ovillo, estaba Abraham Elzevier.

Hanussen había conseguido que les escoltasen arriba. Apenas entraba claridad por las ventanas. Habían corrido las cortinas, bloqueando la mayor parte de la luz. En cambio, habían encendido al menos veinte velas alrededor del reclinatorio. Bajo aquella luz moribunda, pudieron estudiar por fin a Abraham Elzevier. Era un hombre mayor de gruesas patillas estriadas de canas, que contrastaban con unas diminutas gafas engarzadas en el puente de su nariz. Estaba mal afeitado. Círculos oscuros se marcaban en las axilas de su camisa. Tenía aires de vaivoda derrotado, de enterrador decimonónico con un toque de nobleza cubierta de polvo. Una incipiente calvicie le quitaba todo el porte señorial que pudieron darle sus pobladas cejas. Aquella misteriosa enfermedad de la piel había hecho estragos en él, pero aun así clavaba en ellos una mirada sometida a la voluntad de no pestañear.

—Dios mío —exclamó Justin nada más entrar.

No se refería al aspecto de Elzevier. La sala estaba dividida en dos por un bastidor estrellado. Al otro lado había una mesa de aspecto pesado.

Sobre la mesa descansaba un libro.

Ninguno supo cómo reaccionar. El irlandés hizo ademán de acercarse al bastidor, pero Elzevier le detuvo con una mirada de granito.

—No —dijo—. Aún no.

Se volvió hacia Hanussen y le dijo algo en alemán.

—Quiere que nos sentemos —indicó Hanussen, cuyos ojos no se apartaban del

libro—. Va a hablarles. Yo traduciré. Será más fácil.

El anciano empezó a hablar con voz grave, pausada. Dejaba el suficiente tiempo para que Hanussen pudiera traducir con comodidad. El tono de su voz imponía, exigía respeto más allá de lo incomprensible de sus palabras.

—Antes de que prosigamos, quiero preguntarles algo —tradujo Hanussen—. Espero que me digan la verdad: ¿es alguno de ustedes el Coleccionista?

Todos se inclinaron hacia Lovecraft. Él parpadeó.

—No.

El anciano asintió con severidad.

—Mi nombre es Abraham Elzevier. Soy alemán. Soy judío. En estos días no es una combinación popular. No temo por mi vida. Ya no. Estoy más allá del miedo.

Y así empezó Abraham Elzevier su historia.

—A veces me pregunto si yo podría haber cambiado algo. La vida me ha enseñado a olvidar esas preguntas en un cajón. Si las cosas hubieran salido de otra forma, habría otras cosas que lamentar. Sin embargo, no lo consigo. Sigo volviendo a ese último día una y otra vez, al rostro de Jakob, a su mirada enloquecida. A mi silencio.

»Mi hijo Jakob estuvo en la Gran Guerra. Una parte de él se quedó allí. En eso no es original. Tantos, tantos niños perdidos, tantos rostros ahogados en el terror de la memoria. Recuerdo el día que las tropas del káiser volvieron a Berlín. Para entonces yo ya era un hombre mayor, un maldito viejo al que no le dejaban compartir la gloria de luchar por su patria. Así lo entendían ellos. Ojalá hubiera podido suplicarles que mi hijo no compartiese esa gloria. Ojalá hubiera servido de algo. Eso pensé cuando vi aquel desfile de almas perdidas recorriendo la avenida Unter den Linden. Sucios, apestosos, acabados. No soplabla una gota de viento, las banderas estaban flácidas, muertas. La sombra de la Puerta de Brandenburgo les seguía cubriendo incluso después de que la dejaran atrás. No era la sombra de la derrota, era la sombra de la guerra. Habían vendido su alma en las trincheras. Habían quitado vidas, y habían descubierto que por cada vida que quitas, pagas con un poco de la tuya.

»Jakob fue uno de ellos. Jamás accedió a contar lo que vivió en la Gran Guerra. Jamás. Prefirió soportar el peso del recuerdo él solo. En una ocasión, el rabino Goldmann intentó hablar con él. Era un hombre tozudo pero me consta que vivía para su congregación. De los mejores hombres que he conocido. Él mismo perdió a dos hijos en la Gran Guerra. Recuerdo que vino a casa una noche de invierno. Entró por la puerta de la orfebrería. Jakob estaba arriba, mirando a través de la ventana. Como siempre. Déjanos a solas, Abraham. Eso dijo. Yo obedecí. Goldmann subió la escalera. Recuerdo los escalones crujiendo bajo su peso al subir, uno de esos recuerdos estúpidos que por alguna razón se te quedan grabados. Cerré la tienda y pasé las siguientes cinco horas en mitad de la Nikolaikirchplatz, observando las

sombras inmóviles en la ventana. Cuando Goldmann volvió a salir, vi en su rostro todo lo que necesitaba ver. Me miró en silencio y meneó la cabeza. Él tampoco me contó lo que había oído.

»Pasó el tiempo. Jakob se fue; todos los hijos deben hacerlo tarde o temprano. Admito que me tomé su marcha con bastante alivio. Pero no duró. Poco tiempo después regresó, casi más abatido que cuando volvió de las trincheras. Quién sabía dónde había estado, qué había hecho, con quién. Las cosas en Berlín tampoco marchaban bien. Los trabajadores protestaban, los *freikorps* les respondían a bastonazos. La República acababa de nacer y ya se tambaleaba. Mataron a Rosa Luxemburg, malditos sean. La asesinaron y la tiraron desde un puente. Eran malos tiempos y no han dejado de serlo. Jakob volvió a sentarse en el sillón junto a la ventana y a sumirse en su silencio de muerto en vida.

»Entonces llegó la primera carta del Coleccionista.

»No tengo ni idea de cómo dio con nosotros, aunque tengo mis sospechas. Poco después de volver, Jakob empezó a salir por las noches, a frecuentar ciertas compañías, a pasear por ciertos barrios. Hay algunos lugares en Berlín donde es mejor no ir solo, si me comprenden. No, no hablo de sitios de moral dudosa. Hablo de librerías. De bibliotecas que no están abiertas a todo el mundo. Hablo de sótanos donde jamás ha brillado la luz del sol, donde el mayor enemigo es la humedad y donde las páginas de los libros casi susurran... cosas. Creo que Jakob encontró algo ahí, o que algo le encontró a él. El resultado fue la carta del Coleccionista.

»Al principio no comprendí. Era simple correspondencia, y pareció animar de manera increíble a Jakob. Sonreía. Hablaba. Nunca de la guerra, pero al menos oía su voz. Dormía hasta bien entrada la tarde, y pasaba las noches en vela, en casa o fuera. Pero parecía estar vivo de nuevo, demonios... disculpen mi lenguaje. Un padre puede engañarse de muchas maneras. Vemos lo que queremos ver e ignoramos el resto. En eso los seres humanos somos expertos. Durante un tiempo, atribuí la aparente mejoría de Jakob a una mujer. En eso también me engañaba. A él nunca le interesaron... cómo decirlo... nunca se sintió cómodo con la compañía femenina. Son cosas que un padre no ve, pero mi dulce Sarah sí supo verlo. Ella intentó enseñarme a aceptarlo, antes de que Elohim decidiese que había cumplido su tiempo en esta tierra. Hay cosas peores en la vida. Como la guerra. Como lo que sucedía a nuestro alrededor. Las revueltas obreras dejaron docenas de muertos. La vida se nos escapaba, los trabajos se perdían, el dinero desaparecía y la comida también. Y entonces surgieron esas condenadas voces desde Baviera. Esos malditos dedos que nos señalaban. Esa palabra que se volvía a convertir en un insulto: Judío. Judío, judío, judío.

»Discúlpenme. Este viejo tonto suele perderse en sus pensamientos. Hablábamos del Coleccionista. De las cartas. Se sucedían, cada vez con más frecuencia. Jakob pasaba más y más noches en vela. Durante cierto período, ni siquiera le vi. Dormía

todo el día, y de noche se arrastraba fuera de casa. Yo permanecía en la cama, con los ojos abiertos, hasta que oía los cerrojos de la puerta. Entonces me asomaba a la ventana y veía su figura, cubierta con una capa, atravesando a toda prisa la Nikolaikirchplatz. Yo no hacía nada. Volvía a la cama y dejaba las horas escurrirse mirando el techo de la habitación hasta que él regresaba. Pude haberle seguido. Pude haber intentado hablar con él. No lo hice. Me daba miedo, por qué no decirlo abiertamente.

»Con quien sí hablé fue con el rabino Goldmann. Le conté mis temores, me sinceré con él. Goldmann escuchó mi explicación en silencio. Ni siquiera entonces accedió a revelarme lo que había hablado con Jakob aquella noche en nuestro salón. Recuerdo su vozarrón de carnicero *kosher*. Me dijo que me tranquilizara, que rezase por él, que ayunase. Me dijo todo lo que sabía que tenía que decirme. Pero cuando el rabino dejó de hablar, Samuel Goldmann tomó el relevo. Me dijo que rezase, sí, pero no solo por Jakob, sino también por él. Esa noche le seguiría. Le dije que quería acompañarle, pero se negó. Reza, Abraham. Es lo único que puedes hacer ahora.

»Puede que salvase mi vida.

»Nadie volvió a ver al rabino Samuel Goldmann después de aquella noche. Hubo una investigación, un par de elementos malencarados de la Kripo vinieron a hacerme preguntas. Llevaban la insignia del partido grabadas en la cara, era imposible disimular el asco con el que me miraban. Cuánto dolor, y cuánta impotencia. Les conté que había visto al rabino, sí, y que le había comentado mi necesidad de buscarme una nueva esposa. Él me había dado su bendición, les dije. No mencioné a mi hijo Jakob. Así de ciegos, así de estúpidos podemos ser los padres.

»Ni siquiera entonces me decidí a seguirle en sus excursiones nocturnas. Llámenme cobarde, si quieren. Me lo merezco. Deshonré la memoria de mi dulce Sarah. Lo único que me atreví a hacer, lo único para lo cual pude encontrar agallas, fue para leer su correspondencia. Fue fácil, el correo llegaba por la mañana y Jakob dormía hasta la puesta de sol. Además, Ulli el cartero ya sabía que tenía que dejarme la correspondencia en la orfebrería. Allí estaba, la nueva carta del Coleccionista. Solo firmada así, igual que las otras. El Coleccionista. Ni una dirección, ni un remitente. Estaba escrita en un inglés intrincado, difícil para mí. He tenido clientes en la Gran Bretaña, sé defenderme en su idioma. Sin embargo, me llevó horas desentrañar los secretos de aquella sucesión de letras retorcidas y apretadas que parecían luchar entre ellas. No les contaré lo que leí en ella. No puedo. Sé que el fantasma de mi Sarah se me aparecería de noche si revelase a alguien lo que había escrito en esa carta. Lo que sí puedo decirles es que desde entonces no he sido capaz de tallar ni una pieza más. Desde entonces tengo este espantoso temblor en las manos que no me abandona jamás.

»Crucé pocas palabras con Jakob a partir de entonces. Me aterraba siquiera

mirarle a los ojos, a esos ojos que tantas otras cartas como aquella habían leído. Le pedí por favor a Ulli que destruyese todas las cartas de ese tipo que llegasen. Que ni siquiera las acercase a nuestra casa. Tuve que sobornarle para que lo hiciera sin preguntas. Aquello solo empeoró a Jakob. Pasaron las semanas. Se oía hablar más y más de palizas en las esquinas, de botellas en llamas lanzadas contra los balcones, de símbolos pintados en algunas puertas. Jakob me preguntaba cada noche si había llegado correspondencia para él. A mí se me encogía el alma. Negaba, me daba la vuelta, miraba por la ventana. Él supo ver la mentira en mí. Una noche, me acusó de cosas horribles. Deliraba. Destrozó platos, muebles. Me atacó. Gritaba palabras irreconocibles. Babeaba. Por suerte, los gritos despertaron a los vecinos. Los gendarmes llegaron justo a tiempo de salvarme la vida. Redujeron a Jakob. Esa noche, mi hijo murió. El hombre que me había atacado siguió viviendo, pero Jakob Elzevier murió. Me convencí de ello, que Elhoím me perdone.

»Le internaron en el Hospital Bethanien. No volvió a despertar, pero eso no impidió que me mantuviese al pie de su cama. Cerré la orfebrería, el trabajo de toda una vida. Allí sentado, junto al cadáver viviente de mi hijo, viendo la nieve caer a través de la ventana, mis pensamientos volvían una y otra vez a la misma pregunta: ¿qué podría haber hecho yo?, ¿qué podría haber cambiado? Una y otra y otra vez. La respuesta estaba en las facciones muertas de Jakob, pero yo no sabía descifrarla.

»Este podría ser el final de esta historia, pero no lo es. Un día, Jakob recibió una visita. Dos británicos aparecieron en la puerta de la habitación. Un hombre grueso, de largos cabellos y poderosos bigotes. El otro, estirado, pálido y de mirada cruel. Podemos ayudar a su hijo, señor Elzevier, me dijo el hombretón en un alemán basto, casi insultante. Déjenos cinco minutos a solas con él. Yo les mandé al infierno. Me encolericé, les eché a gritos de la habitación, prácticamente del hospital.

»Al día siguiente, Jakob había desaparecido.

La voz de Abraham Elzevier no había temblado mientras desgranaba su relato. Los cánticos al otro extremo de la sinagoga mecían sus palabras, las volvían lapidarias, apocalípticas. En aquella penumbra solemne casi costaba respirar. Pasaron los segundos.

El anciano añadió algo más.

—Le vi una última vez —tradujo Hanussen—. Vino a mí, le vi aparecer en la puerta de la tienda. No habló, se acercó a mí y me cogió el rostro entre las manos. Besó mi frente y se fue. No volví a verle. Puede que fuera un sueño.

—¿Cuándo empezó su... enfermedad, señor Elzevier? —se atrevió a preguntar Sonia.

Él alzó una mano para que vieran la piel medio podrida y blancuzca.

—Elohim castiga —dijo él mismo en su pobre inglés—. Castiga por dejar morir mi hijo.

—¿Cómo sabe que está muerto?

Era Lovecraft quien había hablado. Su voz de ardilla raspó los oídos de todos. Elzevier torció el gesto.

—Esa es la misma pregunta que me había hecho Alexander —dijo—. Contesto lo mismo que a él: un padre sabe esas cosas. Sé que usted no me creen, pero usted no tienen hijos.

—¿Quién es Alexander? —preguntó Frank Long.

Elzevier le miró confundido, como si hubiese preguntado una obviedad.

—Alexander es mi hijo mayor. El hermano de Jakob.

Entonces se oyó un estruendo. Le siguieron gritos. Muchos gritos.

Robert Howard se puso en pie de un salto.

El rostro de Abraham Elzevier se volvió aún más pálido.

—Están aquí —balbuceó—. Yo había nunca pensado que... aquí...

Fuera de la salita, el escándalo creció. Más gritos. Golpes.

Disparos.

Hanussen fue el primero en reaccionar.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo al anciano—. Hay que poner el libro a salvo.

Robert Howard estaba ya junto al bastidor. Intentó abrirlo dando un par de tirones, pero el bastidor no se movió.

—Está cerrado.

—Yo puedo abrirlo —dijo Justin, poniéndose en pie.

—Pues dese toda la prisa que pueda. —Robert Howard sacó las dos pistolas. Le tiró una a Frank Long—. Frank, asegúrate de que no le pasa nada a Howard.

El estruendo crecía. Se mezclaban los gritos de hombres, mujeres y niños.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sonia.

—Usted quédese detrás de mí, Sonia —ordenó el tejano—. No se preocupe, no le pasará nada.

Sonia se plantó delante de él con los brazos en jarras.

—Si crees que vas a protegerme como si fuera un florero caro, piénsalo dos veces.

Robert Howard se encogió de hombros. Se quitó el sombrero y se lo mostró como si fuera a pedirle limosna. Sonia parpadeó. Pegado a la copa del sombrero había un revólver de pequeño calibre.

—Si quiere defenderse usted misma, adelante —dijo el tejano—. En mi tierra todas las damas saben disparar.

—No quiero matar a nadie —dijo Sonia.

Robert Howard la apartó con suavidad.

—Entonces quédese al margen. Lo que se acerca no quiere dialogar.

Los alaridos crecían y crecían. Llegó hasta ellos el olor inconfundible del humo que acompaña a un incendio. Justin, arrodillado, luchaba con la cerradura del bastidor. Manejaba una especie de ganchos pequeños, como horquillas de pelo de color plateado. Cada pocos segundos miraba hacia atrás, hacia la puerta cerrada, de pronto convertida en una amenaza. Robert Howard se situó a un lado del dintel, con Sonia tras él. Al otro lado, Frank Long sostenía su revólver sin saber muy bien adónde apuntar. Temblaba. Hanussen y Justin permanecían junto al bastidor, los dos con el rostro demudado. Los gritos se habían convertido en aullidos aderezados con más disparos. Lovecraft se quedó de pie en el centro de la sala, paralizado, al lado de la mesa donde Elzevier agonizaba.

—La sinagoga es construida en madera —dijo el anciano—. Si hay fuego, morimos.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Lovecraft—. Hay que dejar el libro.

—Ni hablar —se negó Justin—. No pienso dejarlo ahora que lo tenemos tan cerca.

—Justin, tiene razón —intervino Sonia—. Sea quien sea, viene a por el libro. Dejemos que lo cojan y vayámonos.

—¡No! —gritaron Justin y Hanussen al mismo tiempo.

Antes de que nadie pudiera replicar, un enorme golpe sacudió la puerta. La madera se combó y cayó a plomo. La abertura dejó entrar olor a humo y el delirante sonido del caos desatado. Sonia se aplastó contra la pared. El miedo le embotaba la mente. Durante unos segundos, nada se movió. Todas las miradas estuvieron centradas en ese agujero negro que prometía verter sobre ellos quién sabía qué nuevo peligro.

Entonces la pared se derrumbó.

La mole del cuerpo de Theodor hizo literalmente pedazos el muro. La madera y la cal cedieron ante su monstruosa arremetida. Sonia no pudo evitar chillar. Detrás de Theodor se había desatado un infierno. Habían prendido fuego a la sinagoga. Varios camisas pardas corrían por la sinagoga con antorchas y quinqués rebosantes de aceite, prendiendo fuego a todo y a todos. Ninguno tendría más de dieciocho años. La escalera ardía. Algunos se agrupaban alrededor de las mujeres que intentaban escapar. Les daban patadas, puñetazos, las golpeaban con porras, con botellas. El humo y el fuego hacía difícil comprender qué estaba sucediendo.

De repente la estancia pareció muy pequeña con aquel mastodonte en su interior. Sonia veía todo pasar lentamente ante sus ojos, incapaz de reaccionar. Theodor, cubierto de sangre y ceniza, agarró a Elzevier del cuello. Lo levantó en vilo con una mano enorme. Se giró y alargó la otra mano hacia Lovecraft. Frank Long levantó el arma, que se escapó de sus manos como si estuviera viva y cayó al suelo sin dispararse. Robert Howard vio su oportunidad y supo aprovecharla. Se situó a la

espalda de Theodor y apuntó a su nuca.

El tiempo volvió a fluir para Sonia.

—¡No!

Actuó sin pensar, por puro instinto. Su mano golpeó la del tejano antes de que apretase el gatillo. El estallido del disparo sonó como una explosión gigantesca en aquel espacio reducido. Fue lo último que oyó Sonia. El tejano se volvió hacia ella con los ojos encendidos de ira. No llegó a oírle a través del avispero que zumbaba en sus oídos, pero entendió sus palabras de cualquier modo.

—¿Qué demonios cree que hace?! —tuvo tiempo de preguntar. Theodor le descerrajó un brutal puñetazo en el pecho. El tejano voló a través de la abertura en la pared y aterrizó en otra estancia consumida por el fuego. Las llamas bailaban no lejos de su cuerpo laxo.

Sonia retrocedió. Entre el humo, la figura de Theodor se levantaba como un gigante rabioso. Sostenía a Elzevier en el aire. El anciano manoteaba inútilmente contra aquel brazo sin pelo, incapaz de librarse de su zarpa. Sus piernas golpeaban el aire intentando alcanzarle. Acaso supo reconocer que eran sus últimos segundos de vida y decidió pasarlos luchando. Theodor levantó el cuerpo sobre su cabeza. Con un bramido animal, lo lanzó a través de la habitación. Abraham Elzevier voló los escasos metros que le separaban del otro extremo y se estrelló contra el bastidor. Hanussen reaccionó y saltó sobre Justin un segundo antes de que Elzevier destrozase la mampara y a sí mismo en una explosión de astillas y huesos rotos.

En ese momento algo estalló en la sinagoga. Podía haber sido un mortero de la Gran Guerra, heredado por alguno de aquellos cachorros de mastín que aprendían poco a poco a desatar su insensata violencia. Quizá fue algo distinto. Sonia experimentó una sacudida y un golpe de calor. Sus pies se separaron del suelo. Se golpeó contra la pared opuesta y volvió a caer. El humo y la ceniza lo anegaron todo. Ya no había salita. Ya no había sinagoga, ni gritos, ni mundo. Se palpó la cara. Algo caliente le resbalaba por la mejilla. No sentía ningún dolor. Eso vendría después.

Sonia intentó levantarse. Resbaló. Volvió a intentarlo y falló. Gateó en una dirección. No sabía adónde iba. El fuego ya era visible entre el humo. Se distinguían los breves fogonazos de los disparos. Fragmentos de cuerpos cruzaban la nada gris sin detenerse. Había cascotes en el suelo, manchas de sangre. Distinguió en algún punto frente a ella a Robert Howard, que intentaba erguirse sin conseguirlo, aturdido por el golpe. Una sombra se cernió sobre él. Sonia no quería ver lo que iba a pasar. Apartó la mirada y se encontró con Howard Phillips Lovecraft.

Lovecraft estaba a pocos pasos de ella, tirado en el suelo, hecho un ovillo mientras la sinagoga moría a su alrededor. No parecía haber sufrido más daño que la suciedad y el hollín que le cubrían. Sonia gritó su nombre. La realidad había enmudecido. Siguió gritando hasta que le dolió la garganta. Intentó arrastrarse hacia

él. Punzadas de un dolor cálido empezaron a llegar hasta su cabeza como olas de una marea temprana. Howard abrió los ojos y la miró. En sus ojos, Sonia vio algo inexplicable, una mezcla entre calma y resignación. Hundió en ella esa mirada de lanza ardiendo, de escalpelo. Sonia no sabía qué había en esa mirada, pero de repente tuvo un miedo muy distinto al que provocaba el fuego.

Algo levantó a Howard del suelo. Sonia contempló su expresión de sorpresa mientras la humareda lo devoraba. Lo último que vio de Howard fue su cuerpo levantado en vilo, casi como una Pietà, en brazos de Theodor. No se resistió. Sonia supo que era la última vez que le vería en su vida. La pena hizo desaparecer el dolor creciente.

Entonces unas manos aparecieron bajo sus axilas. Alguien tiró de ella hacia arriba. Unos brazos la alzaron, la acomodaron. Sonia, cada vez menos presente en el mundo, cerró sus brazos alrededor de un cuello, apoyó la cabeza en un pecho frío, ajeno. El humo asfixiaba. El fuego mordía. La sinagoga agonizaba.

El golpe del aire fresco en la calle casi le hizo perder el sentido. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que su cuerpo luchaba por respirar. Los brazos la depositaron en el suelo. Bebió del aire como un naufrago recibe agua dulce en sus labios. Se agarró al suelo como si pudiera caer hacia arriba si no lo hacía. Frente a ella, la fachada entera de la sinagoga estaba ardiendo. El hombre que la había dejado en el suelo puso su rostro frente al de ella como si fuera a besarla. Le abrió los párpados con dedos bruscos, intrusos. Sonia conocía su rostro, había visto antes esas gafas redondas, ese flequillo moreno. Cuando el hombre comprobó que estaba bien, se volvió y echó a correr hacia el fuego.

Sonia temblaba. Howard estaba dentro. Con el fuego. Le pidió a los dioses que habían permitido aquel incendio que le salvaran, que dejaran que escapara de sus fauces, que le dejaran vivir. Supo que estaba alucinando, que no podía pensar con claridad, que la inconsciencia llegaría pronto. Apoyó la cabeza en la calzada.

No se desmayó. Siguió allí, rezando a dioses en los que nadie creía, mirando el cielo azul, oyendo al fuego llamarla por su nombre.

El Socio 555

15 de septiembre, 1931

El silencio pesaba más que la oscuridad. Había insectos. De vez en cuando el ligero picor de unas patitas contra su mano. Era mucho peor no poder verlos. Se los sacudía casi entre espasmos imaginando arañas hinchadas de veneno, orugas gordas y sudorosas, mantis religiosas que de repente hincaban dos tenazas en su carne. Cerró los ojos y apretó las manos contra el rostro. El asma, la bestia que dormía en su pecho, estaba despertando.

—Relájate, Belknapius. Nada de lo que hagamos va a cambiar el hecho de que, de una vez y por todas, ellos han ganado.

Frank Long se orientó hacia el punto en la oscuridad del que surgía la voz. Howard Lovecraft no había hablado en horas. Se había mantenido en silencio desde que volvieron en sí en aquel sótano.

—Casi... —intentó decir Long—... casi... n-no... no p... p...

—En ese caso, no hables. Prefiero disponer de tu agudeza mental que de tu cadáver.

Long obedeció. Se concentró en respirar. Respirar. Abrir los pulmones. Dejar que saliese el aire. Respirar.

No fue un ataque muy agudo. Al cabo de varios minutos, se sintió con fuerzas para preguntar:

—¿Qué va a pasar ahora?

Una tercera voz surgió de las tinieblas.

—Vamos a morir. Eso es lo que va a pasar.

Long se sobresaltó, aunque por fortuna el asma continuó dormido.

—¿Quién anda ahí?

—No te alarmes, Belknapius. Puede hacernos tanto daño como nosotros a él. Si no hubieras estado ocupado intentando mantenerte con vida, te habrías percatado de su presencia hace tiempo. Me preguntaba cuándo se dignaría a hablar con nosotros, señor Elzevier.

La misma voz volvió a oírse, remota y ajena como un planeta recién descubierto.

—No me interesa nada de lo que tengan que decir. Ellos tienen el Necronomicón. Han matado a mi padre. Y nos van a matar a nosotros.

La voz de Lovecraft se abrió paso como un aguijón entre la humedad del sótano.

—Presumo que también han matado a su hermano.

Incluso en aquella oscuridad percibieron que Elzevier se crispaba.

—¿Qué sabe usted de mi hermano?

Lovecraft carraspeó.

—Sé que su nombre no es Jakob, sino Alexander Elzevier. Sé que, por algún motivo, adoptó el nombre de su hermano para ir a Inglaterra. Sé que es hijo de Abraham Elzevier. Sé que no es un asesino. Se ha embarcado en toda esta locura por una razón. Una razón que tiene que ver con su hermano, el verdadero Jakob Elzevier.

Frank Long atendió asombrado a la retahíla de Lovecraft.

—Lo que no sé es por qué. Por qué usted, un simple librero de Berlín, ha llegado a este extremo. Por qué ha robado un libro que no le pertenece. Por qué se rodea de gente capaz de prender fuego a una sinagoga.

Siguieron unos segundos en los que solo hablaron la humedad y el frío.

—Es usted muy perspicaz, Lovecraft —afirmó Elzevier—. ¿De dónde ha sacado que soy librero?

—No es usted un simple librero. Quienquiera que le envió a Inglaterra en compañía de Theodor, quien le encargó la misión de encontrar el Necronomicón y traerlo a Alemania, sabía que usted atesora un profundo conocimiento de las ciencias ocultas. Deduzco que posee una librería de temas poco recomendables, ya sea clandestina o pública.

—Pues déjeme decirle que es usted un Sherlock Holmes de pacotilla —dijo Elzevier—. No soy librero, soy bibliotecario. Y la única razón por la que me encargaron a mí esta misión fue porque me presenté voluntario. Por mi hermano.

—Jakob.

—Sí.

—¿Dónde está? —preguntó Long en voz tan alta como le permitían sus maltrechos pulmones—. ¿Dónde está Jakob Elzevier?

Se oyó el suspiro de Elzevier en las tinieblas. Un gemido que recordaba a la brisa de un cementerio, al aire que se derrama por entre las lápidas a la luz de la luna creciente.

—Está muerto. Esperando.

Entonces se oyó un chasquido sobre sus cabezas.

Una puerta se estaba abriendo.

La cucharilla describía círculos dentro de la taza humeante. Sonia la movía lentamente, con aire ausente. Estaba envuelta en una áspera manta de color gris. Robert Howard se hallaba a su lado, sentado en la otra silla libre del despacho, los brazos cruzados y la expresión adusta, como si su tozudez pudiera protegerle del mundo. Junto a la ventana, Erik Jan Hanussen observaba la calle, pasando distraídamente una moneda entre los nudillos. Ninguno hablaba.

El inspector Jemnitz les miraba de hito en hito, sentado en su sillón, guardando un silencio nada elocuente. Tenía un aspecto derrotado. Estaba sucio y agotado, pero no herido. Sus ojos contradecían su aspecto de estudiante que regresa a casa tras una

noche de juerga. Despedían un frío que rivalizaba con el del exterior, un frío al que ninguno quería enfrentarse. A su lado, en la mesa, alguien había dejado un gramófono bastante más moderno que el de Hanussen. Estaba reproduciendo la misma grabación que habían oído en su casa. Sonia se encogió cuando los alaridos de Elzevier arañaron el aire del despacho como balas perdidas.

La aguja llegó al final. La grabación murió con un suspiro crepitante. Jemnitz esperó unos segundos hechos de un silencio pastoso y amargo.

—Ustedes me han mentido —dijo—. No son comerciantes. No son turistas. Mentiras.

—Escuche, amigo... —empezó Robert Howard.

—Mentiras. Ahora hablan de libros mágicos. De grupos secretos. De robos, asesinatos. Crímenes. Una historia... rara. ¿Por qué voy a creer ahora?

—No nos habría creído si se lo hubiéramos contado todo ayer —volvió a protestar Robert Howard—. Seguramente nos habría encerrado.

—Y entonces la sinagoga de Oranienburger Tor no arde con fuego. No mueren doce personas. No desaparecen sus amigos. Mejor están encerrados, ¿sí?

El tejano guardó silencio.

—Me sorprende usted, *Herr Inspektor* —repuso Hanussen, aún mirando a través de la ventana—. Esto no se detendrá encerrando a cinco extranjeros en una celda. Esto es mucho más grande. Más peligroso. Ya ha oído la grabación. El Socio 555 debe de estar llegando a Berlín.

Jemnitz guardó silencio, las manos cruzadas delante del rostro demudado.

—Usted también conoce la otra voz en la grabación.

No era una pregunta, pero Hanussen asintió como si lo fuera.

—No nos había dicho usted eso —dijo Sonia—. ¿Quién es? ¿Qué está pasando?

—Están pasando muchas cosas, querida —contestó Hanussen—. Y ninguna de ellas es buena. El hombre que dirigía el interrogatorio en la grabación es el conde Heinrich von Helldorf. Una de las personas más influyentes de Berlín.

—Y uno de los principales... cómo es la palabra... *Unterstützer*... soportes del Partido Nacional Socialista Alemán.

—¿Y qué tiene que ver eso con el Socio 555? —preguntó Robert Howard.

Hanussen hizo desaparecer la moneda entre los dedos. En su lugar apareció un cigarrillo, que se llevó a los labios con un movimiento felino.

—¿Todavía no lo ha adivinado?

Era un hombre de mediana edad, moreno y de rostro severo. Vestía un gabán negro abrochado hasta el cuello. Recordaba vagamente a un predicador acabado por quién sabe qué abusos. Unas gafas oscuras perfectamente redondas ocultaban el color de sus ojos. No les cupo ninguna duda de que, a la tímida luz que entraba por la puerta entreabierta del sótano, aquellos ojos serían del color de la tristeza. Las venas

de su cuello se marcaban como cuerdas de violín. Los huesos del cráneo le sobresalían a ambos lados de su cabeza. El pelo estirado hacia atrás terminaba en pico sobre su frente, dando a su rostro una suerte de crueldad indefinible. Sonreía. Sus dientes estaban cubiertos de lo que parecía una pegajosa película de sudor.

A su lado, Theodor sostenía el Necronomicón en sus manos.

Alexander Elzevier había salido cojeando de las tinieblas tras una orden seca del hombre. Permanecían de pie junto a ellos. Se sentían atiplados y nerviosos como si se encontraran ante un pelotón de fusilamiento. Long no había podido evitar la mordedura de una leve compasión al ver el aspecto de Elzevier a la luz que entraba por la puerta. No había centímetro de su cuerpo que no hubiera sido golpeado. Su rostro estaba hinchado, los ojos entrecerrados por obra y gracia de un surtido de hematomas. A través de aquellas dos rendijas violáceas asomaba una derrota total.

El hombre habló con una voz dura, sin apenas inflexiones, que despertó en la mente de los dos escritores metáforas de paletadas de tierra de cementerio y de autómatas asesinos:

—Me alegro de que por fin tengamos la oportunidad de charlar un rato. Les pido disculpas por haberles tenido aquí tanto tiempo. Ciertos asuntos me mantenían ocupado.

—Ya tiene el Necronomicón —escupió Elzevier—. ¿Qué quiere de nosotros?

Helldorf se volvió hacia él como una cobra. Los tendones de su cuello emitieron un crujido desagradable.

—No me dirijo a usted, Elzevier. Usted ya no existe. —Centró su atención en los otros dos—. Me refiero a usted, señor Lovecraft. Es un privilegio poder contar con su presencia.

—En vista de las condiciones del alojamiento que nos ha dispensado, nadie lo diría —dijo resueltamente Lovecraft. Long se preguntó si su amigo se daba cuenta de que ese hombre podía disponer de sus vidas cuando le viniera en gana.

El tal Helldorf soltó una risita lobuna.

—En tiempos de guerra las nociones de cortesía entre caballeros se ven supeditadas a una causa mayor.

—No sabía que su país estuviese inmerso en ningún conflicto bélico.

—Pocos lo saben. Es usted muy diestro con las palabras, aunque en este caso me temo que yerra el tiro. Más que un conflicto, nos encontramos en una cruzada. Una Santa Misión.

—Supongo que dicha misión implica prender fuego a sinagogas, secuestrar, torturar...

Frank Long se mordió los nudillos mentalmente. Howard iba a conseguir que les matasen. ¿Qué le estaba pasando? Desde que llegaron a casa de Hanussen, el escritorillo atiplado y temeroso había desaparecido. Ahora erguía el cuerpo, sacaba

el poco pecho que tenía. Las canicas de sus ojos volaban cada pocos segundos hacia el libro en manos de Theodor. ¿Era aquello otra pose, o estaba vislumbrando al verdadero Howard, saliendo finalmente de las bambalinas de su indolencia? A su lado, Elzevier le observaba con la misma incredulidad.

El comentario no hizo gracia a Helldorf. Su mueca de esqueleto sonriente desapareció. Sus labios eran finos, tensos y sin color.

—Oh, implica mucho más que eso, señor Lovecraft. Mucho, mucho más. Pero no he bajado hasta aquí para discutir de semántica con usted. Necesito que lea el Necronomicón.

Se oyó a Lovecraft tragar saliva, un sonido hueco y trémulo.

—No malgastaré tiempo ni esfuerzo intentando dismantelar cualquier razonamiento que le haya llevado a la conclusión de que solo yo puedo leer dicha obra. Empero, permítame decirle que la lectura del libro por mi parte está irremediabilmente supeditada a nuestra liberación incondicional e inmediata. No aceptaré esta transacción en términos que difieran lo más mínimo.

Y la sonrisa volvió a asomarse a los labios de Helldorf. Elzevier dio un paso atrás.

—Yerra usted de nuevo, señor Lovecraft. Esto no es una transacción. Usted nos pertenece. No saldrá de aquí. Va a leer el Necronomicón. Nada más.

—Mi querido señor Helldorf...

—Conde.

—Mi querido conde Helldorf, tenga en cuenta que, cuando la muerte es segura, las amenazas pierden definitiva e irremediabilmente su cariz conminatorio.

Helldorf unió las manos a su espalda.

—¿Quién ha hablado de muerte? Le estoy hablando de dolor, señor Lovecraft. Dolor. Mire al señor Elzevier. En él puede atisbar el principio de lo que le espera si no co...

Le interrumpió un ruido sobre sus cabezas. Helldorf se giró. En el rectángulo de luz de la puerta entreabierta apareció la silueta de un hombre. Unas botas negras bajaron un par de escalones. El crujido de la madera sonó a crucifixión, a sentencia de muerte. Era imposible ver su rostro a contraluz. Elzevier retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared. Durante unos segundos, no sucedió nada. Todos se quedaron quietos como si representasen un cuadro. El hombre en la escalera les miró uno a uno, luego a Helldorf. Su silueta tapaba buena parte de la claridad. La sombra que producía caía sobre ellos, les cubría, les negaba. Por algún motivo, los latidos de Frank Long se dispararon.

La silueta dio media vuelta. La luz volvió a bañar el rellano de la escalera, al conde Helldorf y a Theodor. Al Necronomicón.

Helldorf carraspeó.

—Tiene hasta esta noche, señor Lovecraft. Si se decide, háganoslo saber. De otro

modo decidiremos nosotros.

La puerta se cerró con un estrépito de tumba. Volvieron a quedarse a oscuras. Frank Long dejó escapar un sonoro suspiro de alivio.

—Estamos muertos —volvió a decir Elzevier.

—Era él, ¿verdad? —preguntó Frank Long.

—El Socio 555 —confirmó Lovecraft.

—Adolf Hitler.

Sonia paladeó el nombre del Socio 555 en los labios. La primera impresión era que se trataba de un nombre anodino, un nombre como otro cualquiera en aquel país de sonidos caninos.

—Pues no me suena —dijo al fin—. ¿Quién es?

—Más importante es quién será —contestó Hanussen—. Será el próximo canciller de Alemania.

—Eso no es seguro —saltó de inmediato Jemnitz—. Falta año y medio para las elecciones.

Hanussen dejó escapar una risa cínica.

—¿Comunista o anarquista? —preguntó. Luego alzó la mano y compuso una expresión concentrada—. No, no me lo diga. Comunista, por supuesto. De otro modo no tendría usted este puesto. Hijo de granjeros, o quizá pescadores en el norte. Hamburgo, Kiel... ¿Bomlitz, quizá? Sí. El niño listo de una familia pobre. Los dolores de espalda no dejaban dormir a papá. Las manos de mamá siempre olían a arenque. Todo para que el pobre Desmond pudiera venir a la capital a defender los derechos del pueblo. Se adelantó un curso, puede que dos. Habla inglés y francés mejor de lo que quiere dar a entender. Chapurrea el ruso. No solo es usted inteligente, también ha aprendido a moverse en sociedad. Prefiere que le subestimen. Aquí le llaman El Niño, pero nunca a la cara. Saben que es despiadado. No puede permitirse un gesto de bondad, de debilidad. Ha leído a Marx, odia a Nietzsche tanto como admira a Lenin y no tiene ni idea de qué es un gulag. Todavía.

Jemnitz atendía a la explicación de Hanussen, mortalmente serio.

—¿Cómo sabe todo eso? —De repente el fuerte acento había desaparecido de su voz.

Hanussen dio una intensa calada al cigarrillo sin apartar los ojos de él.

—Soy adivino.

El inspector se echó hacia atrás en la silla. Tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—¿Sí? Pues no es usted el único —replicó—. Harschel Steinschneider, también conocido como Hermann Steinschneider, Harry Schneider o Erik Jan Hanussen. Judío de ascendencia checa, nacido en Viena hace cuarenta y dos años. Conocido y procesado por charlatán y timador. Acusado de estafa, robo, espionaje... Un

mentiroso profesional.

Hanussen tampoco movió ni un músculo mientras Jemnitz se explayaba con su biografía. Sonia Greene y Robert Howard les oían, como asistentes a un partido de tenis. Cuando el inspector terminó de hablar, el mago le mostró una media sonrisa de suficiencia.

—Parece que todas las cartas están ahora sobre la mesa. Quizá sería el momento de decidir qué vamos a hacer. Por lo que parece, Helldorf tiene el Necronomicón. Probablemente también tiene a Lovecraft. Si el Socio 555 está en Berlín, querrá tener acceso al Necronomicón. Creo que deberíamos actuar lo antes posible.

—¿Qué le hace pensar que no les pondré a los tres en una celda y me olvidaré de ustedes? —preguntó Jemnitz.

Sonia intervino antes de que Hanussen respondiera:

—Inspector, usted no es estúpido. Ya se ha dado cuenta de que esto tiene que ver de alguna manera con mi... con Howard. Su Socio 555 quiere usar el Necronomicón. Si tiene el libro y a Howard, queremos encontrarle tanto como usted.

Jemnitz estudió la expresión de Sonia por un momento.

—¿Creen realmente ustedes en esto? Magia, cosas extrañas...

—Lo que importa es que ellos sí creen, inspector —dijo Hanussen.

Jemnitz se revolvió en su asiento. El ritmo del tamborileo aumentó.

—Si el Partido Nazi se hiciera con el Necronomicón —dijo—, ¿qué sucedería?

Sonia se inclinó hacia él, como quien está a punto de revelar un secreto.

—¿Todavía no lo ha adivinado?

—¿Por qué?

La pregunta se deslizó en la mente de Frank Long con la naturalidad de un pez que se deja llevar por la corriente. Seguían a oscuras, cada uno elucubrando lo que sucedería cuando la puerta volviera a abrirse.

—¿Por qué, qué? —preguntó Lovecraft.

—¿Por qué tú? Elizabeth Raskob me usó para involucrarte en su búsqueda. Te raptaron en Londres. Te amenazan para que leas el Necronomicón. ¿Por qué, Howard? ¿Quién eres?

Al principio la única respuesta fue una pesada respiración. Luego vinieron las palabras, deslizándose tímidas por el aire, atipladas. El viejo Howard, el Abuelo, estaba ahí de nuevo.

—Yo inventé el Necronomicón...

—... pero nadie lo sabe. No te engañes, Howard. Entre los dos hemos escrito un par de docenas de relatos en una revista americana para barberos ociosos y amas de casa aburridas. Nada más. Es imposible que nos conozca nadie, ni aquí ni en casa. Tiene que haber algo más. Algo que no me has contado.

—No tengo respuestas para ti, Frank.

Long suspiró, conmovido inexplicablemente, como cada vez que Howard se refería a él por su nombre.

—Ojalá pudiera creerte.

—Quizá yo tenga una respuesta para usted.

Frank Long orientó la cabeza hacia el lugar de donde venía la voz. Elzevier pronunció las siguientes cuatro palabras como si fueran la explicación más obvia del mundo.

—Usted es el Escritor.

—Bueno, intenté ser un escritor, de eso no hay duda. Pero por mucho que admirase en el pasado mis propias obras, no me atrevería a denominarme a mí mismo el escritor.

—No, no lo comprende. Es usted el Escritor. Aunque no lo sepa, usted y la escritura del Necronomicón están ligados. Eso afirma el Coleccionista.

—Otra vez el Coleccionista. Ese hombre será la ruina de todos nosotros.

—No estoy seguro de que sea un hombre, señor Lovecraft.

—Usted sabe quién es —dijo Long.

—No. Y prefiero que siga siendo así. Mi hermano lo sabía, y su final no pudo ser peor.

—¿Qué está pasando, Alexander? ¿Qué le sucedió a su hermano? Si sabe usted algo que pueda ayudarnos a salir de esta, díganoslo, por favor.

Casi pudieron oír los engranajes de la cabeza de Elzevier componiendo una historia que, quizá esta vez, no fuera mentira.

—El 17 de diciembre de 1929, mi hermano Jakob vino a verme. Desde la Gran Guerra habíamos tenido poco contacto. Yo me traje una pierna lisiada, él... se trajo algo dentro de su cabeza. Algo negro. Yo había conseguido recuperar una vida. Trabajaba en la Biblioteca de la Universidad Humboldt. Me ocupaba del fondo antiguo. Había pasado de teniente a rata de biblioteca. Cuidando de mis pequeños libros polvorientos, acariciando el lomo de mis incunables. Era precisamente lo que Jakob necesitaba.

»Estoy enfermo, Alexander. Eso me dijo. He hecho cosas... no te puedo decir qué he hecho, pero necesito tu ayuda. He llamado la atención de alguien, creo que vienen a por mí. Nada de lo que decía tenía sentido. Boqueaba, murmuraba palabras extrañas para sí, las rumiaba constantemente entre dientes. ¿Qué necesitas?, le dije. Necesito escapar, pero en eso tú no puedes ayudarme. Toma esta carta, ábrela exactamente dentro de un año. Yo sabía de sus excentricidades; padre me contaba de vez en cuando cómo estaba. Por eso decidí seguirle la corriente. Acepté la carta y la metí en un cajón. Jakob se fue, visiblemente más calmado. Cuando la puerta se cerró, abrí el cajón y leí la carta.

Elzevier guardó silencio durante tanto tiempo que creyeron que ese era el final de

la historia. Al cabo, prosiguió:

—Al principio me parecieron desvaríos. Investigaciones siniestras, contactos con ciertas personas poco recomendables tanto en Berlín como en el extranjero, escauceos con lo sobrenatural. Y el Coleccionista. El maldito Coleccionista, entrando en su vida a través de sus cartas, arrastrándole a su mundo, hablándole del Necronomicón. Y del Escritor.

—¿Qué es esa patochada del Escritor? —preguntó Lovecraft. Frank Long deseó que no hubiera abierto la boca.

—El Escritor lleva el Necronomicón dentro. El Escritor y el Necronomicón son la misma cosa.

—Está usted loco —desechó Lovecraft con un gesto que se perdió en la oscuridad.

—Eso pensé yo de mi hermano. Hasta que llegué al final de la carta. Cuando acabé de leerla, salí corriendo a casa de mi padre. Llovía. Llegué empapado. Jakob había tenido un ataque y se lo habían llevado al hospital. Estaba en coma. Poco tiempo después su cuerpo desapareció del hospital. Nadie volvió a verle, hasta que nos llegó el telegrama.

—¿Telegrama? —preguntó Frank Long.

—Fue un año después. Llegó desde Siria. El cuerpo de Jakob había sido identificado. Había muerto carbonizado en un incendio en Damasco. Nos solicitaban una monstruosa cantidad de dinero para el traslado de los restos a Berlín. Padre se negó en redondo. No quiso admitir que Jakob hubiese muerto. Discutimos. Yo corrí con los gastos de un entierro absurdo, sin cuerpo. Todo por cumplir los deseos de Jakob.

—¿Con sus deseos?

—Era lo que ponía en la carta. Si has llegado hasta aquí, sé que no me creerás. Pero no importa que no me creas, Alex. Ya estoy muerto. Estoy esperando, y te necesito. Por eso te he dado la carta a ti. Encuentra el Necronomicón. Tráeme de vuelta. Planta una tumba en el Hospital Bethanien y pon mi nombre en ella. A través de ella volveré. Lee el Necronomicón. Úsalo. Deja que te use. Con tu ayuda volveré. No dejes que mi nombre muera. No soy un nombre muerto. Estoy esperando.

—Sigo sin entender qué tiene que ver eso con nosotros —dijo Lovecraft.

Elzevier inspiró hondo.

—Había un párrafo más: Conocerás al Escritor. Cuando lo hagas, no te separes de él. Prométele que le ayudarás a recuperar la casa en la calle Angell. Regálale el telescopio de papá. Es todo lo que puedo decirte. Si me amas, hazlo, Alex.

Ninguno de los dos habló en un primer momento. Cuando Lovecraft lo hizo, asustó a Long.

—Entonces empezó a investigar usted sobre el Necronomicón.

—Antes, incluso. Desde el preciso instante en que Jakob entró en coma, llamé a todas las puertas, envié cartas a todas las direcciones y marqué todos los números que conozco. Quizá habría sido más sabio olvidarme de todo, especialmente cuando llegaron las noticias desde Siria. Pero no lo hice. Me dejé atrapar poco a poco por el Necronomicón, por la leyenda de un libro fantasma que nadie había visto. Por el maldito Socio 555 y su cohorte de idiotas.

—¿Cómo entró en contacto con ellos?

—Helldorf en persona se interesó por mí, seguramente gracias a mis conocimientos de libros antiguos. Casi como usted dijo, señor Lovecraft. Créame cuando le digo que todo el mundo quiere poseer el Necronomicón. No me costó trabajo entrar en ciertos círculos donde se venera al libro como a un dios, círculos que conocen la existencia del Coleccionista.

—Eso no quiere decir que el libro sea auténtico.

—Pero lo es. Cuando se supo que Sotheby's lo iba a subastar en el Museo Británico, la noticia corrió por Europa como pólvora ardiendo. Incluso los más escépticos en el mundo de lo oculto querían echarle un vistazo. Solo por si acaso. Helldorf me convocó a una reunión con el Socio 555. Me enviaron allí equipado con sus mejores armas: Theodor, un destacamento de hombres fieles, dinero para comprar todo el museo y la amenaza velada de lo que le pasaría a mi padre si fallaba.

—¿Para qué quiere el libro el Socio 555? —preguntó Long.

—¿Es que no lo entiende? —se exasperó Elzevier—. El Necronomicón es la página en blanco de los deseos. Mi hermano creía que podía traerle de nuevo a la vida. El Socio 555 cree que podrá darle un país entero, quizá más que eso. Es la eterna posibilidad del todo, y al mismo tiempo la amenaza de lo más terrible. Lo único que hay que hacer es enfrentarse a sus páginas y averiguar si uno realmente se vuelve loco al leerlas, si el libro posee a uno como ha poseído al Coleccionista, al Escritor, al Socio 555, a mi hermano —bajó la voz—... y a mí mismo.

—Usted no cree en estas cosas, ¿verdad?

—Señor Long, estamos a punto de morir por estas cosas. Hace un año me habría reído en su cara si me hubiese propuesto ir a Londres a robar un libro a punta de pistola. Ahora ya no. Incluso ante las puertas de una muerte inminente, la idea sigue martilleando en mi mente: llevar el Necronomicón a la tumba de mi hermano. Traerle de regreso. Es lo único que me importa. Por supuesto que no quería que Arthur Machen muriera. Pero la locura tiene muchas caras, y la obsesión es una de ellas. Ya no sé lo que es dormir sin pesadillas. Puede que le parezca todo una locura, pero las decisiones que he tomado hasta ahora me obligan a seguir adelante.

—Un momento —interrumpió Lovecraft—. Su historia es de lo más espeluznante, señor Elzevier, eso se lo concedo. Pero no me explico cómo sabía usted que llegaríamos a Croydon el día en que me privó de la compañía de mis queridos

colegas.

Elzevier resopló.

—Para eso hay otra explicación. Oh, qué diablos. Supongo que ya no importa que se lo cuente.

El chasquido interrumpió a Elzevier.

Se abrió la puerta.

El haz de luz cayó sobre ellos como un cuchillo blanco. Debía de estar anocheciendo, porque la claridad era más débil. En la puerta del sótano apareció una silueta. Era alta y delgada, casi desgarbada. Una cabeza voluminosa se volvió lentamente, deteniéndose unos instantes en cada uno de ellos. Se iluminó la brasa de un cigarrillo, apenas un punto anaranjado, como un infierno en miniatura. El desconocido soltó el humo y dio un paso atrás, dejando el dintel libre. La mano que sostenía el cigarrillo señaló en una dirección. Acto seguido, desapareció por un lado de la puerta.

—¿Qué está pasando? —preguntó Frank Long—. ¿Quién era ese hombre?

—Por Azathot que poco me importa quién sea —dijo Lovecraft—. Nos acaba de abrir una vía de escape.

—Esperen... —empezó a decir Elzevier, pero Frank Long y Lovecraft se lanzaban a trompicones escaleras arriba.

Aunque ya mortecina, la luz del atardecer les arañó los ojos nada más salir al pasillo. Al pie de la puerta encontraron el cuerpo arrebujado de un camisa parda. La esvástica en el brazalete alrededor de su brazo izquierdo estaba manchada de rojo. Le habían rebanado el cuello. Frank Long se cubrió la boca con las manos.

Lovecraft, en cambio, contemplaba el pasillo con las cejas enarcadas.

—Por las enaguas de un Shoggoth. Mira dónde nos han traído, Belknapius.

Erik Jan Hanussen seguía mirando por la ventana. Fuera, el viento había enloquecido. Las banderas en las esquinas se agitaban espasmódicamente. Las ramas de los árboles ya desnudos se habían convertido en rabiosas bandadas de murciélagos. Las farolas temblaban, parecía que en cualquier momento el vendaval las arrancaría de cuajo y empezaría a lanzarlas contra las ventanas.

—¿Esto es normal? —preguntó Robert Howard, contemplando los turbios nubarrones negros que habían ocupado el cielo—. Parece una hora antes del diluvio universal.

Jemnitz no respondió. Sonia miraba también a través de la ventana, preocupada. Ahora veía los manchurrónes de pintura en las paredes, aquellos símbolos que aún no significaban demasiado para ella, las papeleras volcadas y los signos de violencia. Algo se movía por Berlín, algo sin forma. Y cada vez que ese algo anunciaba su llegada, cosas horribles sucedían. Un fuego de proporciones desconocidas estaba empezando a avivarse en aquellas avenidas grises.

—Esto no va a solucionarse quedándonos aquí —dijo a nadie en particular.

—El problema es que no sabemos dónde están —replicó Jemnitz—. Berlín es una ciudad enorme, nos llevaría semanas encontrarles.

—No tenemos semanas —intervino Hanussen—. Va a suceder esta noche.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el tejano—. Y ya puestos, ¿qué es lo que va a suceder?

—No lo sé a ciencia cierta. Pero lo noto. Está a punto de llegar.

—¿Y por qué no nos dice adónde tenemos que ir? Usted es adivino.

Hanussen inspiró profundamente. Ni siquiera se dignó a mirar a Robert Howard cuando contestó:

—Normalmente podría, pero hay algo que me lo impide. No veo nada. Solo negrura.

De repente, Jemnitz se levantó como una exhalación.

—Basta. Estoy harto de usted, Steinschneider.

—No me llame así.

Jemnitz sacó uno de los abrigos del enorme perchero. Se lo puso a tirones, como si forcejeara con él.

—¿Adónde va? —quiso saber Sonia.

—A la sede del Partido Nacional Socialista. Si están tramando algo, les voy a sacar la información a golpes.

—Así se habla. —Robert Howard también echó mano a su abrigo.

—Ustedes se quedan aquí —dijo Jemnitz dirigiéndose a la puerta—. No es seguro.

—¿Qué? —ladró el tejano—. Ni lo sueñe, amigo. Usted estará cumpliendo con su trabajo, pero nosotros tenemos que rescatar a nuestro amigo. Al menos yo no me pienso quedar sentado mientras usted disfruta de toda la acción.

El inspector se encaró con él.

—¿Voy a tener que esposarle al radiador?

—Si lo hace, romperé el maldito radiador. Créame, amigo, esto le conviene a usted también. Si se escapa alguna trompada, le gustará tenerme cerca.

—¿Y si se escapa una bala? ¿Y si es una puñalada lo que se escapa?

—Inspector —dijo Sonia—, entiéndanos, por favor. No queremos dificultar más su trabajo. Nos mantendremos al margen, pero nos gustaría ayudar en lo posible. Howard, Frank y Justin... ellos... ellos son...

Sonia dejó morir la frase con un pequeño temblor en su voz. Volvió la cabeza.

—Ese truco no funcionó la primera vez, y tampoco va a funcionar ahora, señora —advirtió Jemnitz—. Lo siento.

—Dejen que se vaya —terció entonces Hanussen—. No va a conseguir nada, Jemnitz.

El inspector se quedó un segundo parado en la puerta del despacho.

—Eso ya lo veremos.

Salió dando un leve portazo. Al instante escucharon las vueltas de la llave.

—Maldita sea —se lamentó Robert Howard—. Nos ha encerrado aquí. Qué hijo de perra.

—Cuidado con ese lenguaje, Robert.

—Disculpe, Sonia.

Se quedaron los tres callados. Jemnitz les había dejado atrás.

—¿Qué demonios hacemos ahora?

Al principio nadie contestó. Luego Hanussen se sentó cómodamente en el sillón que había ocupado el inspector y dijo:

—Esperar.

—¿Esperar a qué? ¿Quién va a venir a ayudarnos? Jemnitz nos ha sacado del juego.

—En primer lugar, esto no es ningún juego. En segundo, nadie va a venir a ayudarnos. En tercero, Jemnitz no nos ha sacado: ha salido él.

Volvió a levantarse con un gesto dramático y se dirigió a la puerta. Se situó prácticamente encima del picaporte, cubriendo la visión con su cuerpo. Le oyeron murmurar unas palabras. Alzó una mano al techo y la cerró en un puño, para a continuación hacer un gesto como si lanzase algo por encima de su hombro. Se oyó un chasquido metálico.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Sonia.

—Las puertas están hechas para ser abiertas. Simplemente he convencido a esta de que cumpla su función.

—En otras palabras, ha forzado la cerradura.

Hanussen se encogió de hombros.

—Si quiere verlo así, por mí no hay problema.

—Es usted un mentiroso de primera categoría, Steinschneider.

Hanussen se abalanzó hacia él como un animal salvaje. El tejano retrocedió un paso.

—Si vuelve a llamarme por ese nombre, le aseguro que comprobaré hasta qué punto mis poderes son auténticos.

El tejano quiso aguantarle la mirada, pero esta vez no lo consiguió.

—¿Por qué los hombres tienen que hacer esto continuamente? —dijo Sonia—. No voy a acostarme con ninguno de ustedes, así que dejen de una vez de menear las plumas.

Sus palabras tuvieron un efecto calmante en los dos. Se apartaron el uno del otro, callados y taciturnos.

—Mejor. Y ahora, ¿les importa que salgamos de aquí? No me gustaría que

mataran a ninguno de nuestros tres compañeros de viaje.

—Esperemos un poco —sugirió Hanussen—. No quiero encontrarme con Jemnitz en la entrada.

Diez minutos más tarde, salieron tranquilamente del despacho. En la estación de policía había un revuelo considerable. Gendarmes de distinto rango corrían de un lado a otro. Las llamadas desbordaban la centralita. Se oían gritos desde detrás de todas las puertas.

—Ya está aquí —dijo Hanussen.

Salieron de la comisaría justo a tiempo de ver tres furgones dirigiéndose calle abajo. Frente a ellos, el coche de Jemnitz dobló la primera esquina. El ruido de las sirenas anunció su marcha hasta perderse en el rugido del viento. La calle estaba desierta. El vendaval había instaurado su dictadura en Berlín. Se arrebujaron una vez más en sus abrigos y de pronto se sintieron muy pequeños. Sonia pensó en los últimos días de una ciudad de la Grecia clásica, condenada a desaparecer a causa de algún desastre natural. Parecía que el dedo de Dios fuese a borrar Berlín del mundo en pocas horas. Fue Robert Howard quien la trajo de vuelta a la realidad a voz en grito.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Adónde vamos?

—¡En primer lugar, alejémonos de aquí! —dijo Hanussen—. ¡Estar cerca de la gendarmería me pone nervioso!

Caminar en mitad del ventarrón era un suplicio. Tenían la sensación de que un espectro invisible lanzaba esquirlas de puro hielo a sus rostros. Los abrigos servían de poco. El aire estaba cargado de una humedad que se colaba entre la ropa y abrazaba los huesos con una caricia de hielo.

No tuvieron que caminar demasiado hasta verlos. Bajaban por la calle Rosenthaler. Eran muchos. Hanussen retrocedió precipitadamente y les obligó a pegarse a la pared. La calle era suya. La ciudad también. Iban a paso vivo pero irregular, aún distantes del aire marcial que adquirirían en pocos años. Algunos vestían las camisas pardas que todo el mundo llegaría a temer. Otros no. Todos, todos y cada uno de ellos llevaba el brazalete con la esvástica prendido en el brazo. Se estaban helando, pero continuaban adelante. Pasaron a menos de diez metros de ellos. Algunos incluso les vieron, pero no les hicieron el menor caso. Era su momento.

Esperaban que Hanussen hiciera algún comentario ominoso, pero el adivino se limitó a clavar la vista en ellos. Cuando hubieron pasado, su expresión fue suficiente para comprender sus intenciones. Les siguieron, sintiendo de repente un frío más hondo que el de aquella temperatura infernal.

La multitud creció y creció por el camino. A veces se les unía un grupo de diez personas, a veces varias docenas. Aparecían a medida que atravesaban las calles. Para cuando llegaron a su destino, eran ya un pequeño ejército. Estaba a punto de

anochecer. Erik Jan Hanussen, Sonia Greene Lovecraft y Robert Erwin Howard se detuvieron. Ninguno dijo nada, pero de repente sintieron en sus estómagos el vacío que siente uno cuando piensa en la tumba que ocupará algún día.

La multitud les había conducido hasta el Hospital Bethanien.

—Maldita sea —masculló entonces Robert Howard.

—¿Qué sucede?

El tejano miró a Sonia con expresión de animal herido.

—Mis revólveres. Los he olvidado en la gendarmería. No tengo armas.

La llamada del Necronomicón

14 de septiembre, 1931

—Tenía que ser aquí —dijo Hanussen—. No son solo las vidas que se han perdido y han nacido en él. También es poder. Hay lugares como este en todo el mundo: Egipto, Bretaña, Portugal, Massachusetts, Tunguska...

—¿De qué diablos está hablando, amigo?

—Antes de que el Bethanien estuviera aquí, había algo distinto. Algo que atraía a la gente, que la alteraba. Aquí se han consumado actos inenarrables. Algunos los llamarían abominaciones; otros, milagros. No es de extrañar que Jakob quisiera ser enterrado aquí. Aquí la tierra sabe.

Ellos no respondieron. Lo habían encontrado. Iba a suceder allí, en el Hospital Bethanien. Era el momento de ir a buscar a Jemnitz y volver con cientos de policías. Era un pensamiento agradable. No obstante, siguió siendo un pensamiento. Ninguno llegó a formularlo con palabras. Sonia estuvo a punto de hacerlo, pero la sola idea de alejarse del sitio donde Howard podía estar prisionero era inaceptable. Jemnitz y todos los gendarmes de Berlín eran la opción más segura; la voz de la razón les decía que sin ellos jamás saldrían vivos del Bethanien.

Y, sin embargo, lo que dijo fue:

—Tenemos que entrar ahí.

Lo dijo para sí misma, sin esforzarse en alzar la voz por encima de aquel huracán en ciernes. Aun así, los dos hombres parecieron comprenderla.

—Ir juntos sería una insensatez —dijo Hanussen—. Llamaremos demasiado la atención. Deberíamos separarnos.

—Está usted loco —afirmó Robert Howard.

Hanussen se limitó a señalar a la miríada de camisas pardas que empezaba a arremolinarse alrededor de la puerta principal del complejo. Debían de ser más de doscientos, y seguían llegando desde todos los accesos de la plaza. Algo iba a pasar ahí dentro.

—Míreles. ¿Cree que cuando nos vean a los tres intentando entrar simplemente se echarán a un lado? Tendremos más posibilidades de conseguirlo si cada uno lo intenta desde un flanco.

—¿Y qué pasará con los que no lo consigan? No creo que estos fanáticos tengan problemas en lincharnos.

—Creo que tiene razón, Robert —dijo Sonia.

—No pienso dejarla entrar sola ahí dentro, señora Greene.

—Howard está ahí, Robert. Ni tú ni nadie me va a impedir entrar.

—Está bien —interrumpió Hanussen—. Vaya usted por el lateral izquierdo, Sonia. Usted por el derecho, señor Howard, si no le parece mal. Yo lo intentaré por la parte trasera.

—¿Dónde nos encontraremos? —preguntó Sonia.

—En el infierno, seguro —respondió el tejano—. Tengan cuidado.

Ojalá el viento no hubiera sacudido cada rincón, cada puerta, cada rama. Ojalá hubieran podido sentirse aventureros por un instante, espías en una importante misión en lugar de un atajo de desgraciados arrastrándose por los pasillos de un hospital abandonado. Aquella escandalera les traía de nuevo a la realidad y les recordaba lo evidente: aquel lugar seguía siendo su tumba potencial.

—Tenemos que salir de aquí —susurró Frank Long.

—Ni hablar —espetó Elzevier, agarrándose a él—. Esta es una oportunidad de oro. Tenemos que encontrar el Necronomicón.

—Caballeros, ¿no se les ha ocurrido pensar que esto podría ser una trampa? —inquirió Lovecraft—. Nos podrían estar esperando para caer sobre nosotros.

—¿Para qué? —preguntó Elzevier—. ¿Para meternos de nuevo ahí abajo? Ya nos tenían, no tiene sentido que nos dejen libres. Ha sido alguien más.

—¿Quién, pues?

—No lo sé. Quizá tiene usted un admirador secreto. —Lovecraft le miró como si se hubiera vuelto loco—. Sea como sea, estamos fuera. Y vamos a encontrar el libro.

—El Necronomicón no le devolverá a su hermano, señor Elzevier —dijo Long.

—Eso lo sabré cuando lo haya intentado. —Empezó a renquear apoyándose en la pared—. No voy a dejarlo escapar ahora que lo tengo tan cerca.

—Ha perdido el juicio —constató Lovecraft.

Elzevier se detuvo. Se giró lentamente. En su rostro se dibujaba a la perfección el mapa que conducía a la locura.

—He perdido a toda mi familia, Lovecraft. Mi padre ha sido asesinado. Mi hermano se pudre en algún lugar de Damasco. Todo por ese libro. No, no me importa perder la vida si consigo apoderarme de él. Síganme o váyanse al diablo. Tanto da.

Howard Lovecraft y Frank Long se miraron entre sí. La expresión de Long estaba clara: tenían que salir del edificio, buscar a los demás, ponerse a salvo.

Lovecraft apretó los labios y le mostró su mejor sonrisa de perdedor. Su especialidad.

—Belknapius...

—Mi sentido de la aventura, sí. —Suspiró—. Esto va a acabar muy mal, Howard.

Alcanzaron a Elzevier y continuaron pasillo abajo. No tuvieron que caminar mucho. Al llegar al primer recodo, lo vieron. Había una puerta con cristalera al fondo del corredor. Frente a ella, dos guardias yacían despatarrados en el suelo, inconscientes o muertos. Elzevier aceleró el paso ayudándose con la pared. Lovecraft

y Long se apresuraron a seguirle.

El bibliotecario abrió la puerta como una exhalación.

Se quedaron boquiabiertos.

Justin. El irlandés estaba en medio de una especie de botica; anaqueles con todo tipo de esencias cubriendo las paredes en estanterías de roble. Se dio media vuelta de un salto. A su lado había una mesa repleta de matraces, tubos de ensayo y alambiques. Sobre ella descansaba el Necronomicón.

—¿Qué demonios...? —casi gritó el muchacho—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

Frank Long percibió cómo Elzevier se envaraba al instante.

—Es la misma pregunta que íbamos a formular nosotros, mi buen Justin —dijo Lovecraft—. Si he de decirle la verdad, le dábamos por muerto. En cuanto a la respuesta a su pregunta, me parece tan obvia que no deberíamos ni siquiera dedicarle un segundo de nuestro cada vez más escaso tiempo. Empero, lo haré para despejar cualquier rastro de duda de su atribulada mente: venimos a recuperar el Necronomicón, por supuesto.

Justin se relajó.

—Me alegra ver que no han muerto. Yo conseguí escapar por los pelos de la sinagoga. Les seguí hasta aquí, pero ha sido endiabladamente difícil entrar. Está todo lleno de guardias.

—Bueno, nos alegramos de que haya sabido dispensarles el trato que se merecen. ¿Dónde está Sonia?

Justin desvió la vista.

—Yo... les perdí la pista en la sinagoga. No sé si consiguieron... es decir...

—Oh. —Lovecraft pareció perder aire como un globo. El entusiasmo que había mostrado un segundo antes se desvaneció. Su espalda se encorvó varios grados.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Frank Long—. Ya tenemos el libro. Vayámonos.

—Ni hablar. Tenemos que llegar a la tumba de Jakob. —Elzevier clavó en Justin una mirada puntiaguda—. Luego habrá tiempo para hablar.

Una voz irrumpió en la botica:

—Seguro que podemos encontrar tiempo ahora.

El corazón de Frank Long se desbocó. Se volvió, los ojos cerrados, sabiendo lo que se iba a encontrar. Helldorf estaba en la puerta. A su lado, cinco camisas pardas les apuntaban con sus cinco pistolas PKK. Así terminaban las aventuras en la vida real, pensó.

Justin dio un paso atrás, como si eso pudiera ponerle a salvo. Elzevier echó un rápido vistazo al Necronomicón. Solo Lovecraft permaneció en su sitio, casi ajeno a la presencia de Helldorf. Este sacó con parsimonia una pistola de su abrigo negro.

—Me alegro de que se haya decidido a venir a por el Necronomicón, señor

Lovecraft. Podrá empezar a leerlo ahora mismo. El Socio 555 espera y el ritual está a punto de comenzar.

—¿Eh? —preguntó Lovecraft, saliendo de su ensimismamiento—. Yo... yo no...

—Está bien —dijo Helldorf—. Si quiere jugar al héroe, veamos si encontramos algo que le importe más que su propia seguridad.

Apuntó a Justin. El irlandés se estremeció.

Helldorf miró a Lovecraft a los ojos.

—Usted leerá el libro, Lovecraft. O su amigo morirá.

—No lo haga, Lovecraft —dijo Elzevier—. Es un truco. Está con ellos.

—¿Qué? —preguntó Lovecraft, aún aturdido—. Yo... yo no sé...

Sonia. Sonia no había conseguido salir de la sinagoga. Sonia había...

—Señor Lovecraft, por favor... —rogó Justin.

Helldorf cerró un ojo y apuntó a Justin al estómago.

—Es un truco —insistió Elzevier—. Por eso supe que llegaría a Croydon. Este malnacido trabaja para nosotros. Para ellos.

—Howard... —empezó a decir Frank Long.

El Necronomicón descansaba sobre la mesa.

—¡Es un truco!

—No quiero morir. —Justin apretó los puños—. Malditos sean todos ustedes, no quiero terminar así.

Lovecraft dejó caer la cabeza.

—No puedo —dijo, abatido.

—Como quiera —dijo Helldorf.

Disparó. El cuerpo de Justin golpeó contra la pared. Cayó al suelo con un golpe seco.

La pistola, aún humeante, apuntó a Frank Long.

—Segunda oportunidad —dijo Helldorf—. ¿Qué me dice?

Lovecraft palideció.

En las historias que escribían Howard, Frank, August Derleth y tantos otros amigos de su círculo siempre había guardianes en las puertas. Tipos enormes, malencarados y siniestros. Paquetes de músculos embutidos en trajes baratos o en holgadas túnicas negras, eternamente de pie, sin siquiera con ganas de ir al baño, cumpliendo su función elemental de poner un obstáculo al protagonista. La realidad era muy distinta.

Nadie se había ocupado de comprobar si todos los accesos al edificio en reformas estaban cerrados. Sonia supuso que tenían otras cosas en que pensar, o que simplemente se les había olvidado. En un lateral encontró una ventana entreabierta a pie de tierra. Adentro estaba muy oscuro. La hierba alrededor estaba llena de insectos que corrían frenéticos. Sonia suspiró. Se echó a tierra y se deslizó a través del hueco.

Cayó a algo menos de dos metros. Le crujó una rodilla, una sensación cruenta y dolorosa. Te estás haciendo vieja, Sonia.

El pasillo se extendía en ambas direcciones, dos brazos idénticos pobremente iluminados por los haces de claridad que dejaban pasar las ventanas sucias. Sonia escogió una dirección al azar, izquierda, no, derecha, no, izquierda. Tarde o temprano llegaría a un callejón sin salida o a Howard.

Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Frank Long retrocedió hasta que su espalda se pegó a la pared. Elzevier había enmudecido. Howard también. El arma de Helldorf de repente pareció enorme, inconmensurable, un pozo negro que se tragaba la vida y la razón. Y estaba apuntando a Frank Long.

—No voy a contar hasta tres, señor Lovecraft —advirtió Helldorf.

Lovecraft no reaccionó. Fue una voz detrás de Helldorf la que rompió el momento.

—¿Me he perdido algo importante, caballeros?

Helldorf se giró, pistola en mano. Los camisas pardas le imitaron. Seis pistolas se quedaron apuntando a la cabeza de Erik Jan Hanussen.

—Maldita sea —masculló Helldorf—. Me ha asustado, Hanussen.

—No me lo tome a mal, conde. Tengo tendencia a hacerlo.

Helldorf y los demás bajaron las armas. Frank Long se quedó boquiabierto.

—¿Usted...? —preguntó.

Hanussen entró en la botica con el aire elegante y satisfecho del gato que ha atrapado al ratón.

—Yo acabo de salvarle la vida, señor Long —se dirigió a Helldorf—. No será necesario que mate a más gente. El señor Lovecraft cooperará.

—¿Ah, sí? —preguntó Lovecraft—. Creo que se equivoca de cabo a rabo. Jamás conseguirán convencerme.

Hanussen sonrió.

—No hará falta, señor Lovecraft —dijo—. *Cthulhu fhtagn*.

Al oír esas dos palabras, Lovecraft se envaró. Sus ojos formaron dos perfectos círculos vacíos. Se quedó mirando al infinito, las manos pegadas al cuerpo y la espalda recta como uno de los miles de soldados que en pocos años recorrerían aquellas calles.

—Malnacido —insultó Long—, ¿qué le ha hecho?

—Pregúntese mejor qué me ha permitido usted que le haga. ¿De verdad creía que estaba buscando el Necronomicón cuando le sometí a hipnosis?

Long enmudeció.

—Por cierto —continuó Hanussen—, ¿sabe que nunca me ha gustado que me menosprecien ni me insulten? Señor Lovecraft, por favor, golpee al señor Long.

Long tuvo tiempo de dar un paso atrás antes de que su amigo se acercase a él y le descargase un puñetazo en el rostro. Cayó al suelo. Sintió la sangre llenarle la boca. Había comprobado de la peor manera posible que la debilidad de Howard no era más que una pose.

Helldorf rió. Sus hombres le secundaron. Uno de ellos señaló a Frank Long y a Elzevier con la punta del arma. Preguntó algo en alemán. Helldorf negó con la cabeza.

—Mis hombres están ansiosos por derramar un poco de sangre. Pero prefiero que vengan con nosotros. Su presencia será más útil si el señor Lovecraft despierta de la hipnosis.

—No lo hará —aseguró Hanussen—. A propósito, señor conde, tenemos un par de parásitos americanos en el Bethanien.

—Que se encargue Theodor.

—Excelente. Señor Lovecraft, coja el Necronomicón y síganos.

Lovecraft aferró el libro.

Elzevier tragó saliva, un sonido audible incluso con el rugido del...

En ese instante todos se dieron cuenta.

El viento.

Ya no soplaba.

Aquella maldita oscuridad. La ponía nerviosa. El aire olía a Providence, pensó. El olor a podrido escondido entre los perfumes baratos de aquellas tías que decidían el destino de su sobrino con una palabra colocada distraídamente aquí o un gesto reprobatorio allá. Construyendo, construyendo, construyendo pacientemente la torre de inseguridades y manías que había apartado a su Howard de Nueva York, de la vida, de ella. Y era esa locura estudiada, mecánica y sistemática, lo que le entraba en aquel momento por la nariz, lo que veía en su mente, lo que nacía justo donde terminaba la poca claridad que estrangulaba la noche. La negrura la abrazaba, devoraba sus pensamientos e invocaba a los monstruos que de pequeña le hacían cosquillas cada vez que se despertaba de noche y comprobaba que la manta ya no le cubría los pies.

Los pensamientos de Sonia escapaban una y otra vez a los pisos superiores, a lo que fuera que estuviese sucediendo allí arriba. Veía ante sus ojos a Howard tendido en el suelo, desnudo, la garganta rebanada. Veía su cadáver a los pies de un hombre vestido de negro, con su corazón en la mano, levantándolo al cielo. Y sobre el corazón de Howard, las estrellas empezaban a moverse. De pronto sucedía... algo.

Basta.

Basta. Por favor.

Aquella maldita oscuridad.

Algo. Algo sucedía. Algo algo... algo malo algo malo sucedía algo malo estaba

sucediendo arriba y tenía que ver con Howard deteno... deteno antes de que empiece algo malo va a suceder malo... malo malo.

Sonia se mordió la parte interior de la mano para no gritar. Estaba todo en su cabeza. Lo sabía. Tenía que concentrarse, obligarse a no pensar, centrarse en el camino, en el pasillo. En salir. Pronto encontraría una escalera y allí estaría Howard y podría rescatarlo con el corazón puesto y todo se solucionaría y todo estaría bien en cuanto saliera de aquella maldita oscuridad tan fría y fue entonces cuando vio aquella cosa.

Jamás llegaría a estar segura de haber visto algo en realidad. Apareció a través de uno de los tragaluces que daban al piso superior. No tenía ninguna forma definida. Era más bien un amasijo de sombras moviéndose espasmódicamente como un nido de culebras cosidas unas a otras. Podrían haber sido los árboles. Sonia gritó.

Una mano le cubrió la boca.

Les llevaron a empujones hasta la azotea. Long caminaba a trompicones, sin dejar de observar a Lovecraft. Su amigo tenía la vista perdida, el libro bien sujeto en un brazo, una expresión de robot en la cara. Se preguntó qué podía hacer para sacarle de ese estado. La idea de quemarle con una antorcha le pasó por la cabeza, pero descartó aquella patochada al instante.

La temperatura de la azotea le erizó la piel, pero lo que vio en ella le erizó el alma. La noche ya era dueña del mundo. Una hilera de velas encendidas formaba tres semicírculos concéntricos que se abrían hacia la parte delantera del edificio. Algunos camisas pardas se mantenían alrededor del círculo, sosteniendo quinqués, lámparas de aceite de ballena o linternas más modernas. La mezcla de luces le daba a la escena un aire onírico y al mismo tiempo artificial. En el semicírculo interior, pegado al borde del Bethanien, había un pedestal de madera. Lovecraft colocó el libro sobre él.

Sin el viento, todo parecía extrañamente huérfano. Les rodeaban las copas de los árboles que abrazaban el edificio y rivalizaban con él en altura. El otoño recién llegado los había desprovisto de hojas. Sus ramas quietas, casi expectantes, parecían serpientes dormidas esperando el paso en falso que las trajese de nuevo a la vida. El frío dolía en la cara. Abajo, en la Mariannenplatz, se oía el murmullo de una multitud.

El verano estaba acabando. Muchas cosas estaban a punto de terminar.

Detrás de Long, otro guardia arrastraba a Elzevier casi en volandas. Helldorf caminaba a su lado junto con Hanussen. Sintió el impulso de decirle... algo. Ni siquiera sabía qué podía decirle. Recriminarle, insultarle, acusarle de engañarles. No serviría de nada.

—Sé que no me creerá, señor Long —dijo Hanussen, anticipándose a sus palabras—, pero le aseguro que existe una razón cabal para todo esto.

Quizá si hubiese estado escribiendo el diálogo en su casa, seguro en la comodidad de su anodino escritorio, Long habría podido encontrar una réplica adecuada. En

aquel lugar no dio con las palabras para describir lo que sentía.

Se oyó un grito a su espalda. Uno de los camisas pardas entró en la azotea llevando a Sonia prácticamente en volandas. Tenía el uniforme hecho un desastre y el rostro arañado. Estaba claro que Sonia no se había dejado arrastrar por las buenas. Sus ojos pasaron por encima de Long y de Elzevier. Por Lovecraft, quieto y ausente, el Necronomicón apoyado en el pedestal. Por Helldorf, por los camisas pardas. Y se detuvieron en Erik Jan Hanussen.

—Ha estado usted jugando con nosotros todo el tiempo —musitó.

Él hizo un gesto ecuánime.

—Van a ganar, querida. Ellos van a ganar. Se trata de ponerse de su parte o morir. Y yo no pienso morir.

—Pero no le importa que muera otra gente. La sinagoga... oh, Dios, usted les trajo a la sinagoga... se merece usted algo más que la cárcel, Steinschneider.

La expresión del mago se agrió.

—No me llame así —susurró.

—¿Están sus amigos al tanto de su ascendencia? Dudo que les agrade la idea de colaborar con un...

El revés de Hanussen lanzó a Sonia al suelo. Long dio un paso al frente, pero el camisa parda que le retenía le hizo retroceder con un golpe desganado en el pecho.

—Se lo advertí.

—Es usted... es usted... —A Sonia le temblaba la voz—. Un canalla es lo que es. Pero ya había dejado de existir para Hanussen, que se volvió hacia Howard.

—Es hora de leer el Necronomicón, señor Lovecraft.

El ruido le puso los pelos de punta. Algo se movía en la oscuridad. Algo grande. Una calma submarina invadió a Robert Howard. No había pensado que sería así. Se aplastó contra la pared más cercana. Despacio, muy despacio, se aflojó el nudo de la corbata. Sabía lo que estaba haciendo, lo que no sabía era por qué lo hacía.

Había vagado como un peregrino loco por los pasillos a oscuras. Una mano apoyada en el muro, otra tanteando la negrura frente a él. Tenía la sensación de que el Hospital Bethanien medía millas y millas por dentro. Hacía tiempo que había dejado atrás la pobre iluminación de las ventanas. Ya no sabía cuántas veces maldijo a Hanussen. También había dejado de preocuparse por Sonia. Ahora solo existía aquella nada infinita, el tacto rugoso de la pared, el frío de la oscuridad. Oyó morir la voz del viento y lo interpretó como un mal presagio. El sudor en su espalda estaba helado. Ojalá tuviera una antorcha. Una antorcha y una espada.

Y entonces llegó el ruido.

Eran pasos, no había duda. Se acercaban. La corbata era ya un lazo tenso entre sus manos. Su respiración casi había desaparecido. Luego percibió aquel olor abisal, de algas y pescado y cosas que se pudren en las profundidades. Ya lo había saboreado

antes. La nariz rota empezó a latirle como si hubiera despertado de un sueño profundo. Cerró los ojos, preparándose para lo que vendría a continuación.

El quinqué quebró las tinieblas con un resplandor crudo. Parecía muy pequeño en la mano de Theodor. Su rostro se veía abultado bajo aquella luz inestable. Su doble papada temblaba. Se le antojó que las protuberancias en su frente se habían acentuado. Dobló una esquina y se quedó parado, mirando en su dirección, como un cíclope contrariado o un mastín.

Qué demonios, se dijo. Así es como será.

Apretó aún más la corbata entre las manos.

Empezó a caminar.

Su voz sonó atronadora en aquel silencio hueco. Voz de héroe.

—Tú y yo tenemos una cuenta pendiente, hijo de una sucia perra.

Theodor se quedó parado el tiempo que tarda en morir un pájaro herido. Dejó el quinqué en el suelo. Tras un par de pasos, se lanzó a una carrera irregular que más parecía el derrumbe de una pared montañosa. Robert Howard también echó a correr hacia él. Apretaba los dientes.

Chocaron. Theodor le alzó como un muñeco. La presión le robó todo el aire. Robert Howard se revolvió como un gato entre aquellos brazos que parecían cubiertos de escamas. Trepó a su espalda y le rodeó el cuello con la corbata. Theodor bramaba. Se lanzó contra la pared, intentando aplastarle. Robert Howard aguantó el golpe. Le pateó la espalda. Theodor volvió a tirarse contra el muro. El tejano puso los ojos en blanco. Sus piernas colgaban. Todo su peso se apoyaba en la corbata que rodeaba ese cuello grasiento.

Algo crujió en su espalda. Un mal crujido.

La vista empezó a nublársele.

Cthulhu fhtagn.

—Dígale que empiece, Hanussen —dice el conde Helldorf.

—Guarde silencio —responde Hanussen casi con devoción—. Ya hemos empezado.

Sí. Ya hemos empezado. Lo sé. *Cthulhu fhtagn.* Algo en mi cabeza se ha abierto bajo el peso de esas dos simples palabras. Sé lo que significan. Y sé, por supuesto, lo que tengo que hacer.

De repente, el altar se me antoja mucho más que un puñado de cajas apiladas. El libro está ahí. Tengo la vaga conciencia de que lo he colocado yo. Me está esperando. Pongo las manos sobre la tapa. Ni siquiera soy consciente de estar moviéndome. Es algo que tengo que hacer, es algo que alguien me ha dicho que haga. Me lo ha ordenado. Debería luchar contra eso, me dice un rincón muy alejado de mi mente. Pero no puedo.

Cuando mis manos se posan sobre la piel curtida, hay un revuelo. Frente a mí se

abre una inmensidad negra de ramas retorcidas y hojas muertas. Abajo, a mis pies, contemplo rostros blancos, fantasmales. Una multitud que guarda silencio. Sé que tienen hambre de mí. Lo que no sé es qué puedo darles yo.

Alguien me ha tocado el hombro. Me giro y veo a Hanussen. Está emocionado. Esa emoción podría ser miedo.

—Ya está aquí —anuncia.

Lo veo por encima de su hombro. Acaba de cruzar una de las puertas de acceso a la azotea.

Es él. Ha llegado.

El Socio 555.

Creo que mi corazón se ha detenido por un momento. Va cubierto con una túnica, pero no es negra. Es amarilla. Una horrible máscara de seda del mismo color le cubre el rostro. Viene hasta nosotros. Parece flotar. Los camisas pardas se apartan de su camino. Helldorf alza un brazo en un saludo romano y todos le imitan. La luz de las velas tiembla, aunque no hay viento. Hanussen inclina la cabeza.

El Socio 555 se detiene justo a mi lado. El miedo aprisiona mi estómago y lo sacude. Es él. No puede ser descrito.

La marea de rostros blanquecinos a nuestros pies se altera. Celebran su llegada alzando las manos al cielo. Profieren una multitud de chirridos repugnantes que recuerdan a flautas jamás tocadas por labios vivos. Una melodía insidiosa se clava en mis oídos. Han dejado de ser humanos. La certeza me sacude. Miro a Belknapius, a mi querida Sonia, a Elzevier. Me gustaría transmitirles lo que estoy viendo. Pero no puedo. Una fuerza más allá de mí mismo me empuja hacia el libro. No hay tiempo que perder.

Cthulhu fhtagn.

Lovecraft se situó entre Hanussen y el Socio 555, impertérrito y con aire alucinado, como un muerto que ha vuelto a la vida. Hanussen se dirigía a la multitud congregada al pie del Bethanien. Vociferaba palabras incomprensibles en aquel maldito idioma que tanto estaban aprendiendo a odiar. Tenía las manos alzadas al cielo y la cara desencajada. Frank Long creía entender de vez en cuando alguna palabra similar al inglés.

—¿Qué está diciendo? —susurró a Elzevier, aprovechando que los dos camisas pardas que les custodiaban atendían a su diatriba.

—Estupideces sobre dioses nórdicos. Dice que está realizando una especie de invocación a los espíritus escandinavos de la naturaleza, a lo que vive en los árboles y habla en el viento. Ahora llama a los protectores de *Deutschland*, a la Gran Raza y a algo más que no he llegado a entender. Y a sus muchos hijos.

—No tiene ningún sentido —susurró Sonia.

—Oh, sí que lo tiene —replicó Elzevier—. Eso no es un ritual. El maldito está

actuando. Está haciendo lo que todos estos estúpidos de ahí abajo creen que debería ser un ritual de invocación.

—Me pregunto qué pasará cuando termine y vean que no ha sucedido nada.

—Sí que va a suceder. Lo que viene después del teatro es lo verdadero. Hanussen necesita creyentes. Está convirtiendo su nerviosismo en fervor. Entonces abrirá el libro para que Lovecraft lo lea.

—Howard nunca usaría el Necronomicón —dijo Long, muy seguro.

Elzevier se volvió hacia él.

—Usted no sabe nada del libro, ¿verdad? No hace falta que lea nada en voz alta. Basta que lo abra y lo que hay en esas páginas despertará.

Long le miró incrédulo.

—Eso es imposible.

—Mire a su alrededor. Todo esto le parecía imposible hace dos semanas...

No llegó a decir nada más. Uno de los camisas pardas se volvió hacia él y le dio un fuerte empujón. Sonia y Long le sujetaron antes de que cayera al suelo.

La voz de Hanussen creció aún más. Desde abajo llegaban respuestas a sus arengas. La multitud se mecía al ritmo de su discurso. Frente a él, el Necronomicón permanecía cerrado. Lovecraft, Helldorf y el Socio 555 esperaban.

Hanussen deja morir el tono hasta que se hace el silencio. Se vuelve hacia mí.

—Ábralo.

—Ábralo —dice también Helldorf.

El Socio 555 suelta una palabra gutural.

Abro el Necronomicón.

El tiempo se detiene. En este ínfimo instante de calma percibo todo a mi alrededor. Los asistentes a la ceremonia aguantan la respiración. Las ramas de los árboles están quietas. Los rostros inhumanos de abajo se han congelado. Belknapius y Sonia casi se abrazan el uno al otro. Mis ojos descienden hasta las líneas trazadas con letra apretada y retorcida. Hanussen y Helldorf se agitan detrás de mí. No se atreven a asomarse al libro. El Socio 555, a mi lado, repite la misma orden. Elzevier mueve los labios, dibujando palabras mudas. Quizá pide perdón por todo lo malo que ha hecho hasta ahora.

Y es en este momento, justo en ese momento, cuando lo oigo.

Un monstruoso rugido resuena a nuestro alrededor. A continuación todo se queda en silencio. De pronto solo hay espacio para el miedo. Las ramas de los árboles se mueven. Tiemblan. Primero unas, más alejadas. El temblor se va acercando. Un árbol cae con un estrépito de muerte seca. Luego otro. Y otro. Se acerca, cada vez más. No puedo reaccionar. Algo se acerca. Algo malo.

Hanussen tenía razón.

Están aquí.

Han venido.

Atraviesan el cielo sobre Berlín entre horripilantes chillidos. Surgen de las nubes negras. Alas oleosas relucen en la claridad de la noche. Traen el terror del alma de los hombres. Sus cuerpos repugnantes atraviesan el aire con gracilidad de depredador. Las alimañas descarnadas de la noche han oído la llamada del Necronomicón.

Un grito rasga el telón del silencio. Un hombre ha aparecido en uno de los accesos al tejado. Está cubierto de sangre, heridas abiertas como flores por toda su piel. En una mano sostiene un quinqué de aspecto antiguo. Hay una sonrisa terriblemente salvaje en sus labios rotos.

—¿Ibais a empezar sin mí? —pregunta Bob Dos Pistolas.

Antes de que nadie pueda reaccionar, su musculoso brazo da una vuelta y arroja el quinqué. El mundo se paraliza. La lámpara llena de aceite de ballena sobrevuela las cabezas de los camisas pardas. Docenas de miradas siguen su trayectoria.

El quinqué impacta de lleno sobre el Necronomicón.

—*Scheisse* —dice Alexander Elzevier.

Esa palabra es el inicio de la pesadilla.

El rugido de Helldorf puso en movimiento al resto del mundo. Uno de los camisas pardas se lanzó encima de Robert Howard. El tejano le hundió el puño en el rostro. Cogió su arma. Antes de que cayera al suelo, le agarró por los hombros y se lo pegó al cuerpo como un amante. Varios disparos abrieron bocas de enterrador en la espalda del hombre. Robert Howard empezó a disparar. Las balas cantaron un aria de muerte en el aire nocturno. Muchos se tiraron al suelo. Otros huyeron.

Frank Long no pudo reaccionar. Fue Sonia quien, a su lado, clavó una rodilla en la entrepierna de uno de los camisas pardas. Elzevier no esperó a ver qué sucedía a continuación. Echó a correr y se perdió en el caos que de pronto había prendido en toda la azotea.

Una mano agarró a Sonia de la muñeca.

—Usted se viene conmigo —dijo Hanussen, echándosela al hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡Frank! —le gritó Sonia—. ¡Ayuda a Howard!

Frank Long contempló estupefacto cómo Hanussen corría con Sonia hacia una de las salidas. Fue entonces cuando el otro camisa parda cayó sobre él.

El Necronomicón está ardiendo. El Socio 555 retrocede. Yo solo puedo mirar las llamas, extasiado. Tiemblo al pensar en sus páginas, en lo que acabo de leer en ellas. Mi mente las arruga, las hace añicos, las despedaza y las arroja lejos de sí, incapaz de enfrentarse a lo que ha visto ahí dentro. Las alimañas descarnadas de la noche sobrevuelan el Hospital Bethanien. Caen sobre la multitud, hambrientas, babeantes. Pero saben que su premio está aquí arriba.

Para cuando consigo recordarme a mí mismo que hay un mundo a mi alrededor,

este ya se ha vuelto loco. Hay disparos, gente corriendo, gritos. El Socio 555 ha desaparecido. Helldorf se lanza como un loco sobre el Necronomicón, lo cubre con su cuerpo, lucha por apagar el fuego a manotazos. El aceite de la lámpara dibuja una cicatriz de fuego en el suelo. Sus brazos prenden. Se oyen portazos y más disparos. De repente hay más camisas pardas de los que puedo contar. Los gritos de Bob resuenan por encima de los disparos. Alguien cae al suelo entre un borbotón de sangre. Yo ni siquiera puedo moverme. Siguen los disparos. Cada vez más gente corre, se protege con cadáveres caídos, muere.

Helldorf está ardiendo. Se tambalea sin saber adónde va. Por alguna razón, las llamas han abandonado el libro y le corren por el cuerpo. Una de las alimañas atrapa su cuerpo en llamas y se lo lleva hacia las nubes. Helldorf chillaba como un animal. Otro monstruo se posa delante de mí. Estoy seguro de que va a atraparme, pero se limita a dar un latigazo con su afilada cola. Un tajo de sangre caliente se abre en mi pómulo izquierdo. El estampido de un disparo lejano acompaña la llegada del dolor. La bala silba junto a mi mejilla herida. El dolor me abrasa, pero quema estas dos palabras que no dejan de repetirse en mi mente.

Y de repente siento que soy yo de nuevo. Puedo pensar por mí mismo.

El monstruo se contenta con haberme herido. Emprende el vuelo. El Necronomicón está justo bajo sus zarpas. En el suelo. Delante de mí. Parece chamuscado pero entero. Como si él mismo hubiese apagado las llamas. Como si supiera que aún no ha llegado su momento de arder. Alargo la mano hacia él.

Una sombra se cierne sobre mí. Es Alexander Elzevier, las manos crispadas ante la proximidad del libro. Recuerdo haberle visto hace pocos minutos al lado de Belknapius. Le busco con la mirada. Mi amigo forcejea bajo una camisa parda en el suelo. Eso debería bastar para hacerme reaccionar, pero no puedo. No puedo ayudarlo. Simplemente no puedo.

Elzevier me está apuntando con una pistola.

—No voy a matarte, Lovecraft —dice—. Voy a llevarme el Necronomicón. Jakob espera...

No termina la frase. Un empujón le envía al suelo. Elzevier rueda, el caos lo engulle. Ante mí se alza la figura de Bob Dos Pistolas, como un gigante. La sangre fluye por varias heridas de bala. Me obliga a agacharme a su lado tras el altar mientras los disparos siguen sonando. Todo es muy confuso.

—Llévatelo, Howard —dice Bob—. Saca el Necronomicón de aquí.

Sonia, dice una parte de mi mente. Encuentra a Sonia. Ayuda a Belknapius. Pongo toda mi voluntad en señalar temblorosamente hacia mi amigo. El camisa parda está sobre él. Le está estrangulando. Bob asiente. Se dirige hacia ellos con dos poderosas zancadas. Las balas pasan a su alrededor como si le esquivaran. Las alimañas se ciernen sobre ellos. ¿Por qué nadie más parece tan aterrorizado como yo?

Sus chillidos enardecidos por la sangre derramada son ensordecedores. Bob agarra al camisa parda del cuello con una mano. Con la otra, le quita la pistola y le apoya el cañón en el pecho. El disparo atraviesa su corazón de parte a parte. Frank Long cae al suelo. Bob arroja el cadáver a un lado y se vuelve. Frente a él hay al menos ocho camisas pardas más. Se empiezan a reunir para rodearle.

Llévatelo, Howard.

Aferro el Necronomicón. Lo sostengo entre mis manos, aunque todo mi ser me dice que lo suelte, que me aleje de él. Me obligo a levantarme y a correr hacia una de las salidas. Los gritos me hacen mirar por encima del hombro. Bob enarbola dos pistolas que vomitan fuego sobre los guardias. Cada vez que una bala impacta en uno de los camisas pardas, una alimaña desciende en picado y agarra su cuerpo. Les llevan al otro lado. A la muerte. Un disparo en el pecho hace que Bob se tambalee. Las alimañas descarnadas lanzan una salva de gorjeos infernales.

Y yo comprendo lo que va a pasar.

Los camisas pardas no prestan atención a las criaturas. Nadie parece hacerlo. Se lanzan gritando sobre Bob. Algunos enarbolan cuchillos. Otros pistolas. Bob no espera a recibirlos. Grita y sigue disparando. Empieza a caminar hacia ellos, hacia la muerte. Sonríe. Va a su encuentro como si él fuera la verdadera amenaza. Las alimañas celebran su carga descendiendo en picado. Las manos de Bob se cierran sobre la garganta de uno de ellos. Le rompe el cuello. Las alimañas chillan de placer. Uno de los monstruos le hace un corte, justo donde un disparo abre un agujero en su piel. Bob no acusa el dolor. Un cuchillo traza una eterna sonrisa en su espalda. Una garra oleosa rubrica la herida. Rugidos. Y entonces las alimañas se lanzan sobre la maraña de brazos, piernas, metal y sangre. A pesar del estrépito y la distancia, oigo a Bob. Oigo la única palabra que pronuncia.

—Madre.

No es miedo lo que hay en su voz.

—¡LOVECRAFT!

El grito me saca de mi ensimismamiento. Mis ojos se salen de sus órbitas. Elzevier, de pie, magullado pero vivo, clava dos ojos incandescentes en mí. Aún tiene la pistola en la mano. Trago saliva. Esto no ha hecho más que comenzar.

Echo a correr escalera abajo.

Hanussen arrastraba a Sonia como podía en medio del caos. Las balas silbaban. Entonces sonaron las primeras sirenas. Desde el tejado, Sonia vio a la policía irrumpir en la plaza. La muchedumbre empezó a correr en todas direcciones. Tarde, demasiado tarde. Aquello iba a convertirse en una batalla campal. Un hombre pasó corriendo a su lado. Estaba ardiendo.

—¡Suélteme! —gritó a Hanussen. Él la ignoró—. ¡Le digo que me suelte!

—¡Cállese! ¡Le estoy salvando la vida!

—¡No quiero que me salve la vida!

Entonces, justo antes de alcanzar la escalera, una mano agarró a Hanussen por la chaqueta. Sonia giró la cabeza y vio a Frank Long.

Sin mediar palabra, el escritor lanzó un torpe cabezazo a Hanussen. En otras circunstancias, quizá habría podido esquivarlo. Esta vez la frente de Long impactó con un desagradable crujido contra la nariz de Hanussen. El mago cayó redondo en el suelo, y Sonia con él.

Una oleada de alivio llovió sobre ella como agua fría. Se incorporó y se volvió hacia Frank Long. Estaba muy magullado. De rodillas en el suelo, temblaba y boqueaba como si le faltase el aire.

Sonia comprendió.

—Oh, no.

Se agachó a su lado. Long palmeaba. Se estaba asfixiando. El aire estaba atrapado en sus pulmones sin poder salir. Era como ver a un pez recién salido del agua. Los ojos desorbitados. La mandíbula desencajada. Un hilo de baba le caía por la barbilla. Sufría espasmos.

—T-te... te he... salvado... s-so-so-soy... va... val... val...

—¿Qué hago? —Sonia sollozaba—. Por el amor de Dios, Frank, ¿qué hago? ¿Cómo puedo ayudarte?

Se estaba muriendo en sus brazos y no sabía qué podía hacer para salvarle. Long se agarró a ella con desesperación. Luchó para acercarse a su oído. Sonia intentó abstraerse del caos a su alrededor, de los gritos, los golpes y los disparos. Cerró los ojos y se centró en las palabras que Frank Long intentaba susurrar a su oído.

—Elz... vier... persig... How... How... Nnn... nnec... ron...

No pudo decir nada más. Sus ojos se quedaron en blanco. Su cabeza cayó hacia atrás y golpeó el suelo.

—No, no, no, no, nonononono —gimió ella.

Había sucedido. Berlín les había matado. El Necronomicón les había matado. Sonia miró alrededor. Todo había sido por su culpa. Si te hubieras alejado del libro, si te hubieras alejado de Howard.

Una gota de agua cayó sobre su mano. Y otra. Y otra. La lluvia que Berlín había estado esperando desde hacía semanas empezó a caer sobre ellos como una maldición. En apenas unos segundos creció y creció hasta adquirir proporciones bíblicas. Sonia se dejó bañar por ella, como si el agua pudiera erradicar toda la congoja, la desesperación y el dolor de su corazón.

Elzevier persigue a Howard.

Apretó los labios. Se levantó. Abajo, frente al Bethanien, la policía había chocado contra la gente. En la azotea habían cesado los disparos, los gritos, los golpes. Se irguió, sin saber muy bien adónde ir. Si hubiera decidido quedarse junto a Frank

Long, nunca habría sabido cómo terminó todo. Fue justo antes de bajar la escalera cuando el grito llegó hasta sus oídos, amortiguado por la lluvia.

—Démelo, Lovecraft. Sabe que le mataré si no lo hace.

Howard Phillips Lovecraft corría. Bajaba escalones de dos en dos, de tres en tres. Corría en zigzag por los pasillos. Era incapaz de controlar su cuerpo. Tropezaba. Caía al suelo cuan largo era. Volvía a levantarse. Jadeaba. Sus pies se empeñaban en ir cada uno en una dirección. Se golpeaba contra las paredes. El libro pesaba como un pecado innombrable. Sus músculos chillaban. La luz del techo se le clavaba en los ojos. Estaba llorando, o eso creía. No podía parar de correr. No sabía adónde iba. Pero tenía que seguir.

Detrás de él, Elzevier vociferaba. Si Lovecraft hubiera sido un corredor ágil, le habría dejado atrás sin dificultad. Pero la torpeza de uno compensaba la cojera del otro. Elzevier berreaba palabras en alemán. Había perdido el juicio. De vez en cuando descerrajaba un tiro que se perdía en el aire. Lovecraft apretaba los dientes. El miedo le mordía el alma.

Corría por un pasillo cuando una bala agitó el viento muy cerca de su cara. Vio una puerta abierta y se lanzó hacia ella, con una fuerte sensación de haber vivido ya ese momento. Cuando se encontró al otro lado, comprendió por qué.

—No —dijo, sin saber que en ese momento Sonia decía lo mismo ante el cuerpo de Frank Long—. No, no, no, no.

La lluvia empezaba a caer sobre el cementerio del Hospital Bethanien. Lovecraft dio un par de pasos inseguros. Las demás puertas estaban cerradas. Sopesó un instante la posibilidad de forcejear con ellas. La desechó. Estaba demasiado débil, jamás lo lograría.

Elzevier apareció en el dintel. Tenía una expresión de brutal triunfo en el rostro.

Lovecraft retrocedió un par de pasos. Las lápidas a su alrededor presagiaban lo inminente. En algún lugar cerca de él, la tumba vacía de Jakob Elzevier esperaba. La lluvia cayó con más fuerza, pero apenas lo notó. Apretó el Necronomicón contra su pecho. Su vida no pasó por delante de sus ojos. Quizá fue mejor así. Algo en su mente se negaba a recordar su pasado.

Elzevier alzó la pistola. Estaba a menos de cinco metros. Ambos sabían que no fallaría.

—Hemos llegado al final —dijo entre hipidos—. Démelo, Lovecraft. Sabe que le mataré si no lo hace. Si me lo da, le dejaré irse. Solo quiero leerlo. Solo quiero recuperar a mi hermano.

Lovecraft asió el libro con más fuerza. La lluvia se convirtió en un diluvio furioso y vengativo. En ese momento supo que podía negarse, morir como habían muerto los demás, ser un héroe.

No lo consiguió. Bajó la cabeza y le tendió el libro.

Elzevier dio un paso adelante, sonriendo, pero se detuvo.

Se oyó un chapoteo en la tierra del cementerio, que empezaba a anegarse con rapidez. Algo pequeño pero pesado cayó al suelo entre ellos dos. Lovecraft abrió los ojos. No pudo creerlo. Elzevier, a menos de tres metros de él, miraba lo mismo que él, los ojos desorbitados.

La siguiente cayó sobre una lápida. Le siguieron dos más, que cayeron en la tierra. Luego tres más. Cinco. Una golpeó débilmente a Lovecraft en el pecho. Otras cayeron sobre Elzevier. Ninguno pudo reaccionar. Entonces sucedió.

Una tromba de ranas llovió sobre el cementerio del Hospital Bethanien. Rompían cristales, se estampaban contra las paredes, estallaban en pedazos sangrientos contra las lápidas. Les golpeaban como puños. Elzevier intentaba cubrirse con los brazos, con una expresión de pavor en el rostro. Lovecraft se sacudía como un pelele. Ranas. Llovían ranas.

En días posteriores, los periódicos alemanes recogerían lo que había pasado aquella noche con noticias vagas, informaciones nebulosas con mucha especulación y pocos datos. Un fenómeno inexplicable. Una lluvia de ranas de diecisiete segundos que destrozó buena parte del Hospital Bethanien y eclipsó lo que quiera que hubiera pasado en su interior. Para Howard Lovecraft y Alexander Elzevier, esos diecisiete segundos supusieron una eternidad de completo terror.

Cuando la última rana cayó, se hizo un silencio solo roto por el murmullo de la lluvia. La batalla campal frente al edificio había terminado. El hedor a pantano era insoportable. Sonia contemplaba la escena desde la azotea, incapaz siquiera de hablar. Elzevier miraba a Lovecraft con una máscara congelada por rostro.

—Usted ha hecho esto —balbució—. ¿Quién... quién es usted?

Un disparo retumbó como el golpe de un dios vengativo. Un agujero del tamaño de un puño se abrió en el pecho de Alexander Elzevier. Se volvió, la sorpresa manchando aquel terror atávico.

Las palabras no llegaron a salir de sus labios; se las arrebató la muerte.

Se desplomó sobre el lecho de ranas. Detrás de él, empuñando una pistola aún humeante, estaba Justin.

Dio un par de pasos en su dirección. Lovecraft dejó escapar un suspiro aliviado.

—Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que es la primera vez que me alegro de verle, joven.

El segundo disparo cortó la diatriba que podría haber lanzado. Lovecraft miró hacia abajo. Había un agujero negro en su vientre. Un agujero del que enseguida brotó sangre. Lejos, muy lejos, oyó el grito desgarrado de una voz que reconoció vagamente. Sus ojos se encontraron con los de Justin, la incomprensión dibujada en su mirada llorosa.

—Lo siento —mintió el irlandés.

Sonia, desde arriba, volvió a gritar. Una fiera despertó en su pecho. Se lanzó escalera abajo sin saber si encontraría algo más que la muerte, que ya se había hecho dueña de aquel lugar. Tenía que llegar hasta Howard, tocarle, hablarle antes de que también se lo llevara a él.

Lovecraft cayó hacia delante. Se agarró al irlandés por la pechera de la camisa. Temblaba. El mundo se hacía oscuro, muy oscuro. En su caída, desgarró la camisa de Justin. Sus ojos se llenaron de terror al ver lo que había debajo. El torso del irlandés estaba completamente cubierto por un tatuaje. Un pulpo abría unos repugnantes tentáculos negros en su abdomen y los extendía por todo su cuerpo.

Luego, la oscuridad.

Cuando Sonia entró en el cementerio solo encontró la lluvia. El cuerpo de Howard estaba tendido boca abajo sobre un manto de ranas. Muchas de ellas aún seguían vivas, saltaban y croaban sin cesar, acompañando los últimos instantes de la vida de Howard. Sonia se abalanzó sobre él. El diluvio era incapaz de borrar aquel vacío, aquella pena. Le cogió por los brazos, le dio la vuelta, le acunó en su regazo entre el croar de cientos de batracios. La sangre de Howard le manchó el vestido. Lloraba. Oh, Dios, cómo lloraba.

Una sombra ocultó la luz del pasillo. Sonia se volvió. Entre la penumbra marina del chaparrón se distinguió una silueta gigantesca, inabarcable, cruel. Theodor la contemplaba impasible como un gólem vuelto a la vida para traer dolor a esta tierra. La sangre de sus heridas se mezclaba con la lluvia y corría por aquel rostro de expresión vacía.

Alargó unas manos enormes hacia ella.

Sonia cerró los ojos.

INTERLUDIO

Ataduras

Estaban hechas de esparto. Le despellejaban la piel de las muñecas. La sangre le resbalaba entre los dedos. Estaba atada a un grueso tronco hundido a martillazos en el barro. Sus piernas seguían libres, pero aunque pudiera desatar los brazos, no había ningún sitio adonde huir. Solo la negrura de la caverna y la noche caníbal en el exterior.

Había perdido la sensibilidad. Un monstruo silencioso le lamía los tobillos. Fría, tan fría. Tenía los pies entumecidos. El alma también.

Más por una inusitada costumbre que por la verdadera esperanza de liberarse, forcejeó un poco más contra las ataduras. Las heridas ya no le molestaban. Había dejado de sentir dolor hacía rato. Se preguntó si eso era estar preparada para enfrentarse a la muerte.

Una voz se abrió paso a través del mar de hielo en el que flotaban sus pensamientos.

—Ya casi está listo.

Un imperio de luciérnagas iluminaba con luces titilantes el interior de la cueva. Sonrió sin humor. No seas idiota. No son luciérnagas. Son antorchas. Están devorando el oxígeno que tú pronto dejarás de necesitar.

Cabeceó de puro agotamiento. A su lado, el dueño de la voz seguía ultimando los preparativos. Los tentáculos caían desde su cara sobre el pecho descubierto. Las alas estaban plegadas a su espalda como los apéndices inútiles que eran. Tras ellos, la multitud se agitaba. No cantaban. No proferían alaridos, ni bailaban, ni tocaban instrumentos demoníacos. Simplemente permanecían ahí, los rostros cubiertos, las manos unidas.

—Está llegando —dijo arrastrando las palabras—. Preparaos para contemplar a Dios.

Un gemido a su izquierda hizo que girase la cabeza. Frank acababa de recuperar el conocimiento. Su cabello estaba revuelto. Su cuerpo colgaba hacia delante, atado a un poste similar al suyo. Él la reconoció, y en su expresión Sonia pudo ver lo mucho que ella misma había cambiado. Estaba más delgada, más arrugada. Por fin la edad que realmente tenía había hecho acto de presencia en su cuerpo como un invitado no deseado. El tiempo y el horror se habían cobrado su pillaje. Cebándose en su carne. Dibujando alrededor de sus ojos las arrugas de pena que siempre había mantenido a raya.

Long no gritó. Paseó la vista por la caverna donde todos morirían. Algo en sus

ojos cambió. Luego contempló el agua y apretó los labios. Se volvió hacia ella. El nombre brotó de su cuerpo estremecido como un hilo de seda.

—Sonia.

Ella le mostró una sonrisa exhausta. Quiso hablarle, decir cualquier cosa que aliviara la angustia de su última hora, pero no lo consiguió. Un gusano de miedo recorría su estómago. Lo peor era el silencio, la diligencia desapasionada con la que el hombre elegía los cuchillos. Hasta los líquenes del fondo permanecían expectantes. A pesar de la humedad tenía la boca seca, muy seca.

—¿Qué te ha pasado, Frank? —le preguntó Sonia—. Creía... creía que habías muerto en Berlín.

Long suspiró.

El agua esperaba.

—Sonia —musitó—, si te contara todo lo que me ha pasado hasta ahora, no me creerías.

Ella rió. No fue una risa desesperada, ni histérica. Fue más bien la risa preñada de desengaño de una abuela que ha sobrevivido a guerras, a persecuciones religiosas, a la muerte de sus hijos y sus nietos. Un sonido quedo, cálido y otoñal. Se le antojó un perfecto eco de las mismas risas que habían compartido en tantas veladas hasta altas horas de la madrugada en ese planeta distante llamado Nueva York. Por un momento, volvió a ser la Sonia Greene de siempre, la Sonia Lovecraft Greene de la que él también se había enamorado un poco, en secreto o no tanto. Pero el momento pasó.

Sonia meneó la cabeza y bajó la vista. Sus piernas estaban hinchadas y doloridas. Era una mujer de cuarenta y seis años a punto de morir.

—Te creeré, Frank. Te aseguro que te creeré.

Long volvió a suspirar. El agua esperaba.

—Está bien —dijo—. Te contaré todo lo que me ha pasado si tú haces lo mismo.

Sonia asintió.

—¿Por dónde quieres que empiece?

CUARTA PARTE

BIBLIOPEGIA ANTROPODÉRMICA

Creo que las pruebas confirmarán que el libro tiene al menos mil años... parece ser una auténtica Biblia de las malas artes, brujería y demonología, tal y como se practicaba en las remotas áreas del golfo Pérsico, donde fue encontrado.

De la película *Equinox*.

Al igual que ocurre con los inventos y los inventores, los libros han sobrevivido a quienes los escribieron. Pero han sobrevivido mal, pocos, escondiéndose en sótanos o en altillos y, en ocasiones, cubiertos por la tierra.

RODRIGO FRESÁN, *La velocidad de las cosas*.

Hombres de lluvia

20 de octubre, 1931

Del mismo modo que los gusanos y las moscas hacen bullir de vida nueva el cadáver de un animal recién muerto, los coches y transeúntes hacían bullir las calles de la ciudad, que se resistía a bajar la cabeza ante el otoño. El ruido de pasos, cláxones y cientos de conversaciones trenzadas habría sido ensordecedor de no haber estado sepultado por aquella segunda piel hecha de lluvia que cubría las paredes de los edificios con el lustre de la decadencia.

En medio de aquel pueblo que había aprendido a llamar a la tormenta por su nombre, un hombre pensaba en la muerte.

Estudiaba su reflejo translúcido en uno de los ventanales de la estación de tren. La barba empecinada que poblaba sus mejillas no conseguía ocultar el peso que había perdido. Le había crecido el cabello, aunque en las sienes empezaba a clarear, presagiando la amenaza de una calvicie que nunca llegaría a hacerse del todo presente. Vestía ropas de europeo potentado, nada adecuadas para ese tiempo que se le antojaba infernal. Camisa blanca de lino, americana ligera sin cerrar y pantalones claros. Sombrero de fieltro. Sin corbata. A su lado, una maleta pequeña definía lo poco que le quedaba, los huecos que faltaban por rellenar en su vida. No tenía paraguas.

—Maldición —dijo, mirando a través de los cristales. Se regodeó en el cosquilleo imaginario que le provocaba aquella palabra—. Maldición, maldición, maldición.

Sintió pena.

Había una oficina de cambio en la misma estación. Anduvo hasta la ventanilla esquivando a la gente lanzada en una carrera por llegar al resto de sus vidas. Pensó en Chaplin. Permitió que media sonrisa se le escurriese por los labios agrietados. Fue una grata sorpresa comprobar que en la oficina hablaban su idioma. Quizá, pensó, fuese el primer apunte de una racha de buena suerte. Luego su mirada se escapó a los ventanales y no lo pensó más. Cambió lo que estimó suficiente en moneda local. Saludó levantando el sombrero y salió a bañarse en octubre.

Había leído en el tren, entre las horas apelmazadas de nada y el borrón oscuro del paisaje en la ventana. No se detuvo a pensar cuánto hacía que no se limitaba a sentarse y leer. Tuvo tiempo de memorizar el plano de la ciudad. Las calles le devoraban a él y no al contrario. En su mente, una línea roja que era él mismo atravesaba manzanas, doblaba esquinas y recorría avenidas anegadas. Llevaba la maleta como quien carga con un pecado dormido y polvoriento. Llovía. Llovía en las calles y también en las caras que se cruzaban con él. En ellas veía un vacío que quizá

solo se estaba imaginando. Se le antojaban batracios. Seres ajenos a él mismo. Criaturas hechas de atlántico y sombras que celebraban la llegada de la lluvia como quien recibe una suerte de comunión.

Para cuando llegó a su destino, estaba calado hasta los huesos. El sombrero había perdido su firmeza. Él no. Al menos, era lo que se repetía. El maletín pesaba cada vez más.

Apenas había gente en el café. Mientras comprobaba que el nombre y la dirección eran correctos, le vio. Estaba sentado en la terraza a pesar de la lluvia, o debido a ella. Tenía la cabeza baja. Zambullido en un escuálido cuaderno donde anotaba unas palabras. La sombra del toldo le desdibujaba el rostro. Su fino bigote se movía de izquierda a derecha como el hocico de un roedor. Se acercó a él, consciente de que su aspecto era el menos adecuado para presentarse.

—Señor Pessoa —llamó. El hombre alzó la vista—. Buenos días. Me llamo Frank Belknap Long. Vengo a hablarle del Necronomicón.

Fernando Pessoa escuchaba con fruición, devorando pausas como un ratón da cuenta de un trozo de queso enmohecido. Era extremadamente delgado, casi un recuerdo que se escurre de los bordes de la memoria de alguien que nunca estuvo allí. A punto de ser arrastrado por la ráfaga de un viento que ya sopló una vez. Hacía años que su cabello había emprendido una retirada honrosa; una calva nada ilustre avanzaba despreocupada hacia su coronilla, sabedora de su victoria inminente. Sus dedos se movían en el aire mientras atendía a la explicación de Frank Long, como si intentase anotar las impresiones que le causaba aquel acento extraño, tan ajeno al inglés británico que había aprendido en su juventud.

—Cuando desperté —estaba diciendo Long en ese momento—, había cadáveres a mi alrededor. No sé cuánto tiempo estuve allí tumbado, pero no pudo ser mucho. Aún era de noche. Howard había desaparecido. Sonia también.

—Comprendo —dijo Pessoa, moviendo el fino bigotito—. ¿Qué le sucedió a Robert Howard?

Frank Long enterró la vista en su taza de té. Tras unos segundos meneó la cabeza. El chaparrón arreciaba al otro lado de la ventana.

—Yo debería haber muerto. El ataque de asma debería haberme matado. Pero desperté.

—Quizá la humedad de la tormenta actuó como descongestionante, o bien las...

—Yo debería haber muerto, señor Pessoa. Y, sin embargo, aquí estoy. No lo puedo explicar. Salí a trompicones del hospital. Me sentía mareado, tenía náuseas. Pero respiraba. Había un pantano en el aire. Volví al hotel. Ni Howard ni Sonia estaban allí. No sé cuánto tiempo estuve sentado en el suelo de mi habitación, mirando al techo. Entonces se me vino una frase a la mente.

El café iba llenándose poco a poco de gente a medida que se acercaba la hora del

almuerzo. Algunos oteaban la parte de atrás, sabedores del ocupante de aquella mesa medio en sombras y de su fama. Una película de alientos agrios se condensaba perezosamente en las ventanas. La lluvia cantaba.

—¿Qué frase? —preguntó Pessoa tras dar un levísimo sorbo a su taza de café negro.

—Algo que me dijo Elizabeth Raskob en Nueva York. Algo muy sencillo, pero cuyas implicaciones no había podido comprender hasta ese momento: ¿Y si fuera cierto, Frank?

Pessoa no contestó. Le diseccionó con aquellos ojos diminutos.

—Salí del hotel con esta misma maleta. No me molesté en avisar de que me iba, me limité a dejar el dinero sobre la cama. Llamé a mis padres desde la estación de tren y les pedí que me enviaran un poco más de efectivo. Luego saqué un billete para Madrid.

Pessoa asintió desde muy lejos. Dejó que su mirada peregrinase por la decoración de roble del café, hasta volver a enunciar su pregunta de forma pausada:

—¿Por qué no fue a la policía?

Le tocó al turno a Long de tomarse su tiempo para responder. Se recreó varios segundos en el interior de su taza de té, como si allí pudiera leer la respuesta.

—Si he de decirle la verdad, no lo sé. Estuve a punto de ir. De hecho, llegué a detenerme delante de la comisaría adonde nos llevaron Jemnitz y sus hombres. Pero no pude entrar. Creo... creo que no quise enfrentarme al hecho de que Howard y Sonia estuviesen muertos. O puede ser que me diese miedo que me acusasen de algo. Un americano solo, implicado en un asunto sucio, ya sabe.

Pessoa volvió a asentir. Sus dedos, la única parte de su anatomía que parecía más acelerada que el propio tiempo de aquel principio de siglo, siguieron ejecutando su danza aérea, anotando en un cuaderno invisible sus impresiones de aquella charla.

—Y ahora está usted en *Lisboa*. —No se molestó en pronunciar el nombre de su ciudad con acento inglés—. Empapado, solo. Fugitivo. Le duele el alma, la cabeza, el universo.

Long hizo un ademán. Era una forma de describirlo. Una buena forma. Ya había hecho todo lo que había planeado. Llegar hasta Pessoa y contarle su historia era el último acto en el guión de su mente. A partir de entonces los acontecimientos se sucederían fuera de su control, para bien o para mal. Solo le restaba decir una última cosa.

Pessoa, con la tranquilidad que llevaba en la sangre aquella raza de hombres de lluvia, formuló la pregunta que Long esperaba:

—¿Qué quiere usted de mí, señor Long?

Él tragó saliva.

—Quiero que me lleve a *Boca do Inferno*, señor Pessoa.

No fue un verdadero despertar. Eso había ocurrido hacía bastante tiempo. Pero hasta entonces, la vigilia había sido una amalgama de sensaciones mezcladas, como si sus sentidos no hubiesen sido capaces de estar activos a la vez. Tenía constancia de olores repulsivos y penetrantes, de visiones emborronadas, de una sed atroz y calor y frío y otra vez calor. Sobre todo, recordaba el dolor. En su mente se dibujaba con toda nitidez una especie de dedo terminado en una uña negra y repugnante hurgando en sus entrañas, como si quisiera leer en ellas un futuro aciago.

Lo peor era que, dentro de ese recuerdo inventado, creía saber a quién pertenecía ese dedo.

Pero ahora había pasado.

No, no fue un verdadero despertar, sino más bien la retirada de un telón de delante de sus ojos. Tomó conciencia de estar tendido en una superficie incómoda. El tacto áspero y rugoso de unas sábanas. Una mano cerrada sobre la suya. Formol, penicilina, gases corporales en el aire. Abrió los ojos.

Lo primero que vio fue a Sonia. Lo demás vendría después, la habitación y el cielo gris a través de la ventana sellada y el murmullo selvático de la vida en el tubo de ensayo del hospital. Pero por lo pronto la imagen de Sonia llenó el mundo, sentada junto a la cama, la barbilla pegada al pecho en una pantomima de sueño. Llevaba un sencillo vestido marrón que le daba aspecto de cigarrera. Estaba despeinada y pálida.

—Querida —intentó decir. Fue una sorpresa comprobar que no podía hablar. Apenas un hilo de aire se escurrió de su garganta y aleteó en el interior de su boca, que se revelaba pastosa y maloliente por obra y gracia de la saliva seca. Sin embargo, Sonia irguió la cabeza. No gritó, ni lloró, ni demostró más emoción que una sonrisa desmayada. Era ella, se dijo. No era una alucinación.

—Me dijeron que ibas a recuperar pronto la conciencia —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

Él quiso contestar. Quiso hablarle. Quiso decirle muchas cosas.

Pero el telón había vuelto a bajar.

Devoraba con fruición una sopa de lentejas sin lentejas. Aún tardaría en comer cosas sólidas, le habían dicho. No le importó mucho. Le dejaban comer helado.

Sonia seguía sentada junto a él. Le observaba comer, satisfecha como si ella misma estuviese dando buena cuenta del plato. Fuera llovía. Siempre llovía. Hacía más de dos semanas que los rayos del sol no tocaban la ciudad. Él no parecía darse cuenta.

—Theodor nos trajo hasta aquí —decía ahora Sonia—. Te salvó la vida, Howard. Yo no habría sido capaz de cargar contigo.

—Sí que lo habrías sido.

Su voz seguía siendo un rasposo recuerdo de arcilla rota. Sus palabras provocaron en Sonia una emoción pueril. Apartó un poco la cabeza hasta que las lágrimas se

quedaron donde debían. Él no se dio cuenta. La cuchara se movía frenéticamente, como un estoque en pleno duelo. El nivel del plato bajaba.

—Jemnitz dio con nosotros pocos días después —prosiguió ella—. Está sano y salvo, aunque ha perdido hombres. Creo que no está en problemas, pero tuvo que dar muchas explicaciones.

La cuchara continuó su danza, satisfecha.

—Por desgracia, no hubo manera de probar que el Socio 555 estaba allí. Al parecer, el mismo día apareció en la prensa una foto suya dando un discurso en Múnich. Por lo que he podido entender, su sobrina ha sido asesinada. Oficialmente, nunca estuvo en Berlín.

El ritmo bajó un poco, pero no se interrumpió.

—Y lo mismo pasó con Helldorf. Se hicieron algunas detenciones, me dijo Jemnitz, pero las cabezas grandes siguen intactas. Supongo que así sucede siempre.

La cuchara casi se detuvo. De nuevo el murmullo áspero:

—¿Hanussen?

—En paradero desconocido, por el momento. Jemnitz ha registrado su casa, pero no hay rastro de él.

La cuchara se mantuvo quieta, ahíta de sopa, presa de un leve temblor.

—¿El gabinete?

Sonia movió la cabeza.

—Todo falso. No hay una pieza verdadera en toda la colección. Por supuesto, tampoco hay manera de probar que haya pertenecido alguna vez al tal Ole Worm. Erik Jan Hanussen era un experto en mentiras.

—Como todos.

La cuchara reanudó su cometido.

Sonia titubeó antes de hacer la siguiente pregunta. No había manera de esquivarla, tarde o temprano tenían que llegar a ella.

—¿Tú... recuerdas algo de lo que pasó en el Bethanien?

El ritmo aumentó.

—¿Howard?

Y siguió aumentando.

—Howard, por favor...

La sopa se acabó. Él depositó el plato vacío en la bandeja. Dejó la cuchara a un lado y la miró a los ojos.

—Recuerdo cosas.

—¿Recuerdas lo que pasó en el cementerio?

Hubo unos segundos sin reacción alguna. Luego el mentón subió y bajó lentamente.

—Elzevier. Las ranas. Justin.

—Justin —repitió Sonia—. Sí. El Necronomicón no estaba.

—El Necronomicón da igual.

Sonia se mordisqueó el labio inferior, de repente consciente de que la pregunta anterior no era lo más difícil. Lo peor venía ahora.

—Robert...

—Lo sé. Lo vi.

—¿Qué es lo que viste?

Sus ojos bajaron de nuevo al plato vacío. Jugueteeó con la cuchara de pronto obsoleta, ridícula, muerta.

Sonia decidió no presionarle. Siguió adelante, consciente de que lo siguiente podría destrozarle.

—Frank ha desaparecido.

—Belknapius.

—Sí. No estaba en el Bethanien. Jemnitz le ha buscado por todo Berlín. Dice que tiene algunas pistas. Es posible que alguien le viera en la estación Anhalter, pero son todo testimonios vagos, nada concreto.

Él suspiró. Miró a través de la ventana y por primera vez se enfrentó a la lluvia que besaba los tejados de Berlín con la insistencia de un amante insatisfecho.

—Necesitan —titubeó—... necesitan un escritor. El Necronomicón solo no les sirve.

—¿De qué estás hablando?

Los ojos de Lovecraft se despegaron de la ventana empapada hasta clavarse en los suyos.

—Creo que sé adónde se han llevado a Belknapius.

Al Azif

22 de diciembre, 1931

—No soporto este olor.

Sonia ignoró el comentario. Howard llevaba horas empleándose con toda su alma en buscar cualquier detalle que le resultase molesto para expresarlo en voz alta, amparado en el nulo conocimiento de inglés que tenían sus compañeros de vagón. Y vaya si lo conseguía. Sonia había olvidado lo escrupuloso que podía llegar a ser. Le irritaba el bamboleo del tren, el crujido de la madera, la forma de los asientos, la poca velocidad a la que se desplazaban, el calor que entraba a ráfagas de horno por la ventana, la falta de aire fresco cuando la cerraban, la ausencia de vagón restaurante, la humedad que les perseguía a pesar de estar adentrándose tierra adentro, los gritos de los niños y los animales en los vagones adyacentes, la imposibilidad de comunicarse con la gente, los ronquidos de una abuela arrugada como una pasa que dormitaba no lejos de ellos, los modales del revisor que comprobó sus billetes sin decir una sola palabra, de nuevo la lentitud del tren, el chirrido de las vías cuando pasaban por encima, la mala gestión de reservas de la compañía ferroviaria y un largo rosario de quejas que se desgranaba hasta el infinito y cuya última cuenta estaba relacionada con el olfato.

—Estamos hacinados como animales. *Con* animales, me atrevería incluso a afirmar. Qué poco elegante. Este antro no es digno de un caballero. Mírales. Están todos sudando. No les importa compartir sus efluvios con los humanos que viajamos en este tren, el cual, por cierto, no podría desplazarse a menor velocidad. A este paso jamás llegaremos a nuestro destino. Tengo la impresión de que nos hacen dar vueltas en círculo. Probablemente algún ingeniero salido de uno de esos pozos infectos de podredumbre que aquí se atreven a llamar universidades realizó sus cálculos erróneamente, de manera que las vías recorren una acusada ruta elíptica para volver a unirse en el principio, creando una interminable cinta de Moebius de la que jamás saldremos.

Sonia deseó poder apagar a Howard durante un rato y dormir, pero con aquel calor era imposible. Howard se quejaba de la temperatura, pero en realidad la disfrutaba como el bicho de sangre fría que siempre había sido. El brillo en sus ojos y su exagerada locuacidad eran señales más que evidentes de que se estaba recuperando. Quizá, pensó con tristeza, ese parloteo era su manera de recordar a Robert Howard.

En cualquier caso, bienvenidas fueran sus lamentaciones. Si su salud hubiese sido tan delicada como él afirmaba, estaría muerto. Le habían disparado en el vientre y

había sobrevivido.

Justin, pensó Sonia. Justin le había disparado. ¿Cómo había podido hacerlo? ¿Por qué? Recordó el tiempo que habían pasado juntos, sus fugaces miradas y sus comentarios amables, educados y esquivos. Había estado a su lado todo el tiempo, embarcado en la misma búsqueda, con el mismo objetivo. Se estremeció al recordar el tatuaje que le recorría el cuerpo, que apenas había atisbado desde la azotea. Tentáculos. ¿Qué significaba? No era tan ingenua como para pensar que no tenía ninguna relación con el libro y con las historias de Howard. Por mucha fe que hubiera tenido en su talento, y vaya si la había tenido, jamás llegó a pensar que pudiera influir tanto en alguien como para alterar su aspecto de una forma tan radical. O para asesinar a gente. Claro que quizá los cuentos de Howard no tenían nada que ver. Quizá era algo distinto. El estremecimiento volvió al recordar el Necronomicón sobre la mesa de su casa en Hillgate.

—Por Azathot, acabamos de dejar el otoño atrás. ¿A qué temperatura podemos estar? ¿Crees que alguna vez esta tierra alejada de cualquier atisbo de civilización ha conseguido descender de los doscientos grados? Tiemblo al pensar en los pobres fabricantes de termómetros de nuestra añorada patria, querida. Me temo que aquí se verían irremediabilmente condenados a la más absoluta y rotunda bancarrota. No tiene sentido preocuparse por fútiles mediciones de temperatura. Aquí siempre hace calor.

Un carraspeo llamó la atención de Lovecraft. Una voz se dejó oír en medio del traqueteo del vagón.

—En realidad la temperatura no siempre llega a estas cotas. Normalmente el otoño es seco y frío, aunque el invierno que ahora empieza es mucho peor. Si se acerca a las montañas descubrirá un frío en la noche que le hará olvidar el del Ártico, en caso de que lo haya pisado alguna vez.

Howard arqueó una ceja. El que hablaba era un hombre de mediana edad, vestido con un traje de lino, camisa y corbata. Tenía un rostro feo y caballuno, rubricado por una barba rala de color puré. Era muy delgado y tenía una expresión poco tranquilizadora. A pesar del gorro otomano que tocaba su cabeza como una exclamación roja, sus rasgos eran occidentales. Llevaba un maletín de aspecto gastado apoyado en las rodillas. Hablaba con un acento algo diluido, difícil de identificar.

—Ignoraba que hubiese en este deleznable medio de transporte un solo caballero capaz de expresarse en un idioma comprensible. —Lovecraft extendió una mano en un gesto lánguido—. Mi nombre es...

—Carter —interrumpió Sonia—. Somos los Carter. Randolph y Silvia Carter.

El otro hombre les clavó una mirada larga y reflexiva, durante tanto tiempo que incluso Sonia lo estimó maleducado. Finalmente, estrechó la mano de Lovecraft e

hizo lo mismo con la de Sonia.

—Doctor Paul Mailloux. Arqueólogo, médico y aventurero, no necesariamente por ese orden. Aunque le sorprenda, en Siria encontrará bastante gente familiarizada con su idioma.

Lovecraft asintió, por primera vez un tanto aturdido. A su lado, un par de señoras mayores empezaron a cuchichear. Las miradas pasaban entre ellos. El tal Mailloux las ignoró.

—¿Me permiten la indiscreción de preguntarles qué les trae a un país que a todas luces desprecian? —preguntó sin el menor recato.

—No le haga caso a Ho... a Randolph. —Se apresuró a corregir Sonia—. En realidad está encantado de estar aquí. ¿No es así, querido?

Lovecraft asintió levemente.

—Estamos celebrando nuestras segundas nupcias —dijo ella—. Nos hemos aburrido de viajar al Viejo Mundo y queremos probar un poco del encanto oriental.

Mailloux asintió. Parecía que la primera impresión que le había dado Lovecraft con sus quejas se iba diluyendo. Sin embargo, su tono de voz continuó siendo grave:

—Pues mucho me temo que este no es el mejor momento para unas vacaciones.

—¿Y eso por qué? —Sonia no fue capaz de reprimir el tono impertinente.

—La ciudad está en cuarentena. —Acarició el maletín—. Una extraña enfermedad la está asolando desde hace unas semanas. Yo casualmente ejerzo en Tartous, así que me dirijo a ayudar en lo posible, antes de que el brote de lo que esté sucediendo se convierta en epidemia. Al parecer es muy grave.

Lovecraft palideció.

—¿Qué... de qué enfermedad se trata?

—Le mentaría si le dijera que lo sé.

—¿No le preocupa el riesgo de contagio? —preguntó Sonia.

Mailloux desveló una sonrisa de cuero curtido. Tenía los dientes torcidos.

—Señora Carter, he vivido tantas situaciones de riesgo que me preocupa más el aburrimiento. —Dejó pasar unos segundos, a la espera de una reacción sorprendida o admirada a sus palabras. Cuando no la hubo, carraspeó—. ¿Tienen ya hotel?

—Preguntaremos en la embajada americana dónde podemos hospedarnos.

Por un momento, Mailloux no dijo nada. Solo hubo en el tren espacio para el calor, el volumen de las conversaciones en los vagones adyacentes y el paisaje arenoso que les acercaba cada vez más a su destino.

—Ya veo. —Se reclinó en el asiento que no daba espacio para reclinarse. Cerró los ojos. Comprendieron que había dado la conversación por acabada.

El tren fue aminorando la marcha entre agónicos chirridos de mamut. Mailloux volvió a abrir los ojos y tamborileó sobre el maletín. Una voz anunció algo en un francés quebrado. Lovecraft se asomó a la ventana.

—Estamos en mitad de la nada —anunció—. ¿Por qué paramos?

—La situación es más grave de lo que pensaba —dijo Mailloux, asomándose a su vez—. Las autoridades francesas no dejan avanzar el tren.

A su alrededor se desplegaba un coro de protestas. Los demás pasajeros elevaban las manos al cielo o escupían.

—Eso es imposible —se quejó Lovecraft, con una expresión de disgusto—. No podemos detenernos aquí. Tenemos que llegar a toda costa.

—¿Qué les parece si simplemente se van a pasar sus vacaciones a otra parte? —sugirió Mailloux en tono displicente, mientras tomaba su maleta y se dirigía a la salida sin despedirse. Sonia sintió un arranque de antipatía hacia aquel hombre. Debía de ser francés.

—Vamos, Howard.

—¿Dónde?

—Tú coge las maletas y sígueme. Y no hables.

Muchos pasajeros se habían bajado del tren. Estaban en mitad de un paraje impregnado de un marrón arcilloso, sin apenas vegetación. El cielo parecía no tener fin. Un sidecar con dos soldados árabes malencarados recorría el tren de arriba abajo. Sus gritos espantaban a las gallinas que llevaban algunos pasajeros. Nadie parecía contento de oírles. El calor se pegaba a los paneles del techo como una criatura enorme y hambrienta. Los raíles parecían a punto de fundirse bajo el peso de un sol que de pronto se revelaba un enemigo peligroso.

Allí estaba Mailloux, abriéndose paso con su maletín entre los pasajeros que empezaban a formar una muchedumbre de insectos alrededor del tren. Sonia se percató de la mirada de reojo que les echó. Apretó el paso para no perderle. Howard jadeaba tras ella, cargando con las dos maletas.

Dos camiones atravesados se interponían en medio de la vía, a pocos metros del lugar donde se había detenido el tren. Había también motos y camionetas militares. Varios oficiales hacían embudo con las manos y gritaban órdenes. Otros señalaban un cartel en francés y árabe, escrito a brochazos apresurados y clavado negligentemente junto a la vía. Sonia entendió las palabras «*interdite*» y «*quarantine*».

Mailloux estrechó la mano de uno de los oficiales y comenzó a hablar con él. Le mostró algún tipo de identificación. Palmeó enfáticamente el maletín. El oficial asintió, no sin cierta reticencia. Tras un par de gritos más, una de las camionetas maniobró y se acercó a ellos. El conductor le hizo una seña a Mailloux para que subiera atrás. El médico les echó otra mirada de reojo, y Sonia supo ver la ocasión. Empezó a correr para ponerse a su altura. Lovecraft la seguía jadeando.

—¡Doctor Mailloux! *Monsieur!*

Él se giró. Ahora que le veía de pie, podía apreciar mucho más su físico de buitre y su expresión ceñuda. De algún modo estaba cargado de un carisma animal, aunque

jamás se le podría llamar atractivo.

—Por favor, señora Carter, no suelte palabras en francés para parecer más sofisticada. Nunca funciona.

Sonia ignoró la pulla.

—Necesitamos que nos lleve con usted.

—¿Por qué esa insistencia? ¿No han comprendido que esto es peligroso?

Sonia pensó en iniciar un amago de sonrisa inocente, pero cambió de idea. Con ese hombre no valían armas de seducción clásicas. Había que venderle un sombrero distinto.

—Nosotros también estamos acostumbrados al peligro. No le hemos dicho la verdad antes, lo siento. No estamos de vacaciones. Tenemos un cometido importante, pero no nos está permitido revelarlo. Si nos ayuda, le estaremos eternamente agradecidos.

Lovecraft llegó junto a ellos. Las pobladas cejas de Mailloux se juntaron. Sonia se mantuvo firme.

—Déjenme sus pasaportes —dijo al fin—. Tienen pasaporte, ¿verdad?

Sonia asintió a regañadientes. Le tendió el suyo, y Howard hizo lo propio.

—Greene —leyó Mailloux—. Lovecraft. ¿Hay algo más en lo que me hayan mentido, señora Carter?

—Nada más —aseguró ella, dócil.

El médico no dijo nada. Se acercó al mismo oficial con el que había hablado. Le mostró sus pasaportes. Señaló y gesticuló en su dirección. El oficial puso cara de pocos amigos.

—No nos dejarán pasar —se lamentó Lovecraft—. Más vale que nos volvamos.

Pero el oficial terminó asintiendo. Le dijo a Mailloux algo que sonó a advertencia y le devolvió los pasaportes. El médico fue hasta ellos y se los tendió.

—Bien, como dicen ustedes en América, aquí está el trato: les permitirán acompañarme como mis ayudantes. No se separarán de mí en ningún momento. Ya nos arreglaremos con el alojamiento una vez lleguemos. A cambio, ustedes me contarán toda la verdad sobre su viaje. Toda. Y más vale que así sea o que mientan mejor que en el tren, porque si tengo la sensación de que no me lo cuentan todo, les dejaremos a medio camino. Créanme, no tengo ningún reparo en hacerlo.

—Ahora es usted el que está mintiendo —arriesgó Sonia.

No le gustó la expresión de Mailloux cuando dijo:

—¿Quiere apostar?

Lovecraft la agarró por el hombro.

—Teniendo en cuenta que la alternativa es volver sobre nuestros pasos, querida, creo que lo más inteligente sería aceptar y revelarle toda nuestra historia al doctor Mailloux. Luego quedará a su juicio si cree o no en ella.

Sonia asintió. Era más baja que los dos hombres, pero les sostenía la mirada sin pestañear.

—Está bien. ¿Qué quiere saber?

—Empecemos por el final y vayamos retrocediendo. ¿Qué se les ha perdido en Damasco?

—El Necronomicón —murmuró el médico—. No puedo creerlo.

Lovecraft se envaró.

—No, no se preocupe. No les dejaremos en la carretera. Sería demasiado cruel abandonarles aquí por la noche.

—¿Qué pasa por la noche? —preguntó Lovecraft.

—El frío, eso es lo que pasa. No olvide que acaba de empezar el invierno. Cuando el sol no brilla, la temperatura desciende enormemente. Además, el viento que sopla en esta llanura puede volver loco a un hombre.

Viajaban en la parte trasera de la camioneta. Al fondo, sentado con las manos atadas, había un árabe de piel oscurísima y mirada extraviada, vestido con una chilaba sucia. Tenía la piel ajada como un pergamino antiguo, los pies descalzos cubiertos de costras y sangre seca. Su aspecto no era nada tranquilizador. Lovecraft había insistido en sentarse lo más lejos posible de él, a pesar de que ni siquiera había levantado la vista mientras relataban su historia al médico.

La camioneta se había apartado de las vías de tren y había enfilado a través de la llanura. Poco tiempo después se habían internado por una especie de carretera improvisada. Se sucedían los sacos amontonados y los puestos de vigilancia. Los soldados franceses les apuntaban en la distancia. Cuando comprobaban quiénes eran, les dejaban pasar y continuaban oteando la nada con sus rifles como únicos compañeros. El sol había ido bajando, y con él la temperatura. El viento del desierto cortaba la camioneta. Sonia temblaba. Ojalá Howard la hubiera abrazado. No fue así. Mailloux le ofreció su chaqueta, pero ella la rechazó.

—Cada palabra que le hemos contado es cierta, doctor Mailloux. Puede elegir creernos o no, pero así es como ha sucedido todo.

—Les creo, les creo —aseguró él en un tono que indicaba todo lo contrario—. Pero sigo preguntándome qué hacen aquí.

—Nuestro amigo está aquí —dijo Lovecraft—. Vamos a encontrarle.

—¿Cómo está tan seguro de eso?

—Todo apunta a Damasco. El Necronomicón se escribió aquí. Jakob Elzevier murió aquí. Lo mismo que Abdul Alhazred.

—Ya veo. —De nuevo la incredulidad impregnando su tono.

—¿Qué me dice de usted, doctor? —cambió de tema Lovecraft.

—¿A qué se refiere?

—Es usted una mezcla interesante. Su apellido indica ascendencia francesa. Es

usted arqueólogo, médico y aventurero, no necesariamente por ese orden. Su llegada ha sido providencial. Sin usted, estaríamos volviendo a Iskenderún con el rabo proverbial entre las piernas. ¿Qué hace usted aquí, aparte de llevar a dos desconocidos mentirosos a una ciudad en cuarentena?

—Salvar vidas, es lo que hago —casi gritó Mailloux para hacerse oír por encima del silbido del viento y el ruido del motor—. Mi padre era un diplomático francés, y mi madre una profesora siria. Yo mismo he coqueteado con el ejército, aunque he descubierto que prefiero salvar vidas que quitarlas. Llevo años viviendo entre Francia y Siria, aunque desde el exilio del rey Faisal en el 20 decidí quedarme aquí y ayudar a que mis compatriotas no aplasten a este noble pueblo. Pero no es sencillo. Los franceses me ven como un espía árabe. Los sirios, como un opresor más. Por suerte, cuando salvas la vida de un hombre la gratitud hace que su familia se olvide de tu herencia.

—No sabía que los franceses gobernasen en Siria.

—Hay muchas cosas que los americanos no saben. Pero «gobernar» es una palabra de peso. Están ahí, se supone que controlan el gobierno por la paz de Siria. Pero las revueltas no han acabado, sobre todo de parte de los drusos. Por desgracia, se han cobrado su precio. En vidas, en arquitectura y en historia. Medio país ha ardido por el ansia colonizadora francesa.

—Parece que no está usted muy de acuerdo con la colonia —intervino Sonia.

—No estoy de acuerdo con nada que traiga sufrimiento a la gente —dijo él, y se volvió—. Ah, Damasco.

Señaló.

El sol caía. La línea del horizonte jugaba con su visión, se volvía irregular. Damasco era un camafeo de marfil en mitad del desierto. El cielo se había incendiado para recibirles. Los minaretes de las mezquitas se alzaban como pinceles de un artista que hubiese decidido convertir la realidad en un fresco anaranjado. Las cúpulas tomaban la forma de enormes bestias del desierto que se bañaban en la última luz del día. La cal de las casas ardía bajo el fuego de aquel enorme disco moribundo. Lovecraft se puso en pie en la parte de atrás de la camioneta. Sonia le imitó. Ambos observaron embobados aquel paisaje que había inspirado tantas, tantas historias mágicas, y que ahora se desplegaba como una alfombra llena de secretos para que ellos lo recorriesen. Una lágrima cayó por la mejilla de Lovecraft. Sonia se sintió tentada a recogerla con el dedo, pero no lo hizo.

Cuando se sentaron de nuevo, ninguno habló. Damasco les esperaba.

En su esquina de la furgoneta, el árabe seguía guardando silencio.

Su frente estaba perlada de sudor.

La canción de los djinns

22 de diciembre, 1931

La camioneta se detuvo frente a la estación Hijaz. Un edificio ancho de piedra blanca, endurecida por la caricia de incontables soles, en mitad de una plaza que parecía haber sido mordida por el desierto. Las palmeras se estaban secando. Se bajaron, doloridos y agarrotados. El conductor se encaramó de un salto a la parte trasera. Agarró al otro hombre de la chilaba y lo sacó de un empujón. Los tres contemplaron la escena desconcertados. Tan pronto como el árabe tocó el suelo, empezó a gimotear. El conductor volvió a subirse a la camioneta y arrancó. El árabe la siguió mientras se alejaba, gritando, gimoteando. Tropezó y se quedó allí, tendido en el suelo como un cadáver recién estrenado esperando a los buitres.

La camioneta desapareció por la misma carretera por la que había llegado.

—¿Deberíamos hacer algo por él? —preguntó Sonia.

Mailloux ya se le había acercado. Le ayudó a levantarse. Sonia lanzó una mirada apremiante a Howard. Él no se dio por enterado. Atisbaba de un lado a otro, atónito. Fue en ese momento cuando Sonia se dio cuenta.

No había nadie a la vista.

Todo estaba en silencio. Olía a animal, a hombre y a arena. Olía a ausencia. La estación estaba vacía. Todo parecía relativamente nuevo, pero de algún modo desastrado por el calor. El sol había desaparecido ya, solo quedaba la media luz del crepúsculo, y tampoco duraría mucho. Mailloux también parecía turbado. El árabe tenía la expresión de un santo o de un alucinado. Sonia vio miedo en aquellos ojos marrón oscuro debajo de sus cejas como rastros de ceniza.

—Esto no es normal, ¿verdad?

—Jamás había visto la estación tan sola —respondió Mailloux—. Esto no es nada bueno.

Una pregunta surgió en la mente de Sonia. No se atrevió a formularla. Por eso su sorpresa fue aún mayor cuando Howard la convirtió en afirmación:

—Esto está relacionado con el Necronomicón.

—No sea absurdo —replicó de inmediato Mailloux, aunque no había convicción en sus palabras—. Se trata de una enfermedad, y de una muy grave, por lo visto. Es imposible que Damasco entera haya quedado desierta por culpa de su *Al Azif*.

—*Azif! Al Azif!*

El grito del árabe sonó gigantesco en aquella soledad. Retrocedió con grandes aspavientos. El miedo que había en sus ojos se convirtió en terror. Prorrumpió en una retahíla incomprensible. La misma palabra remataba cada una de sus frases: «Azif».

Lovecraft enarcó una ceja.

—Se me antoja que nuestro compañero de viaje tiene algo que decirnos.

El francés le dedicó una mirada reprobatoria y volvió a acercarse a él. El hombre se encogió ante la presencia de Mailloux, que le hizo un par de preguntas en un árabe a todas luces deficiente. O bien no supo responderlas, o su respuesta fue insatisfactoria. El médico frunció el ceño.

—¿Por qué ha reaccionado así cuando ha oído el nombre del libro? —quiso saber Sonia—. ¿Se encuentra bien?

—Depende de su definición de «bien». Está desnutrido, tiene una catarata en el ojo izquierdo, las amígdalas inflamadas, seguramente no ha bebido agua en más de veinticuatro horas. No me extraña que esté delirando.

—¿Y en qué consisten sus delirios? —preguntó Lovecraft en un alarde de insensibilidad.

Mailloux puso mala cara.

—Dice que le llevemos a la mezquita Umayyad.

—¿Dónde está eso?

—En la medina. Dice que aquí no estamos a salvo. Según él, los *djinns* se acercan. Se refiere a una especie de espíritus del desierto. Dice que salen por la noche y vuelven locos a los vivos.

Sonia y Lovecraft intercambiaron una mirada, que Mailloux supo leer.

—No estarán pensando...

Lovecraft carraspeó.

—¿Cuánto tiempo cree que pasará hasta que se haga totalmente de noche?

Mailloux miró al cielo. Por primera vez, Sonia creyó ver una sombra atravesar su rostro.

—Unos quince minutos. Pero, por Dios...

—Goethe afirmaba que Dios está en los pequeños detalles —dijo Lovecraft—. El pequeño detalle que no debería escapársenos es que este hombre tiene un miedo terrible a que se haga de noche.

—Puede que tenga razón, señor Carter. Deberíamos ponernos a cubierto antes de que oscurezca.

—Puede llamarme Howard, doctor. Puede llamarme lo que quiera mientras nos ponemos a salvo.

Mailloux lo pensó solo un momento. De repente, las sombras parecían alargarse en su dirección desde todos los tejados cercanos. Le preguntó algo más al árabe.

—El hospital está demasiado lejos —aclaró—. No sé si es buena idea llevarle a la medina. Está más cerca, pero desde la revuelta drusa del 25 está medio en ruinas y rodeada de alambre de espino.

—¿Desde hace siete años? —exclamó Lovecraft.

—¿Podríamos atravesarla por alguna parte? —preguntó Sonia. De repente la estaba poniendo muy nerviosa la falta de claridad. En aquella parte de la ciudad había farolas, pero estaban apagadas. Se preguntó cuánto tiempo llevaban sin encenderse.

Mailloux tradujo su pregunta. El árabe volvió a escupir una ristra de palabras abruptas.

—Dice que conoce un camino —dijo Mailloux—. Está bien, esto es una locura, pero vamos a llevar a este hombre a la medina.

—Casi no queda claridad. —La voz de Sonia temblaba sin saber por qué—. ¿Cómo nos orientaremos?

—Tranquila, querida. Aún tengo la linterna de tía Lillian en la maleta.

—Pues cójala —dijo el médico—. Necesitaremos toda la luz que podamos conseguir.

Es una sensación tremendamente desasosegante ver cómo la claridad mengua poco a poco sin que haya luz artificial para reemplazarla. Sobre todo si la llegada de la oscuridad encierra la promesa de una amenaza, de un peligro. O de una enfermedad.

Mailloux no se había equivocado. Un seto hecho de alambre de espinos rodeaba la medina. Se volvía más espeso en las calles y escaleras que se adentraban en ella aunque también se pegaba a los muros de las casas. Siguieron la dirección que indicó el árabe. Llegaron a una casa en ruinas. La pared exterior se había derrumbado sobre la alambrada. Las puntas herrumbrosas aún asomaban por entre los cascotes, pero al menos era practicable. Al otro lado, en el cadáver del edificio solo se atisbaba una oscuridad nada tranquilizadora.

—Debemos andar con sumo cuidado —le dijo Mailloux a Lovecraft—. Observe bien dónde pisa. Lo mismo para usted, señora Carter.

—Deje de llamarme así —espetó Sonia, contenta de poder devolverle un poco de su brusquedad.

—Creo que no podré hacerlo —estaba diciendo Lovecraft, cuando Mailloux retrocedió con brusquedad.

Una luz cortó las crecientes tinieblas a un lado del camino. Surgía de los candiles que llevaban dos soldados árabes. Caminaban lentamente, los fusiles apuntando al suelo. Charlaban, o más bien intercambiaban frases cortas en las que destellaba un apunte de cautela. Parecían asustados. Mailloux se aplastó contra la esquina tras la que se habían refugiado y les hizo una seña para que se mantuvieran en silencio.

Los dos soldados se alejaron.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lovecraft en un susurro ahogado—. ¿Por qué nos hemos escondido? Quizá esos hombres podrían haber...

—No —interrumpió el médico—. Eran alauitas del Ejército de Levante, tropas sirias al servicio de los franceses. Son los mismos que han obligado a este pobre

hombre a volver a Damasco. Me parece que están patrullando para que nadie entre en la medina.

—O para que nadie salga.

—Vamos a averiguar por qué. Entremos.

Fue más fácil pensarlo que hacerlo. El muro derrumbado apenas suponía un obstáculo de un metro de alto y tres de largo, pero las continuas reticencias y vacilaciones de Lovecraft les retrasaban. Dudaba varios segundos antes de dar un paso. El árabe no dejaba de murmurar palabras embarradas. Su olor hacía que Lovecraft bizqueara. Y mientras, aquella alimaña llamada noche descendía sobre ellos.

Entraron en la casa de un salto. Era obvio que estaba abandonada. Las habitaciones no eran más que espacios vacíos y sucios. Sonia habría jurado que algo se movía en la oscuridad de aquel lugar. Se pegó a Howard sin poder evitarlo, y por una vez él no se apartó. El árabe les guió con cautela a través de las habitaciones abandonadas. Esa presencia en las tinieblas les siguió todo el tiempo, o eso le pareció a Sonia.

Las calles eran tan estrechas que los edificios casi se besaban sobre sus cabezas, rendidos por años de soportar a sus ocupantes. Allí ya no llegaba claridad alguna. Se encontraban en la entrada de una negrura profunda, la garganta de una bestia. El exótico tapiz oriental que les había recibido desde la camioneta había quedado olvidado, arrugado en el suelo.

Los murmullos del árabe se convirtieron en agudos gemidos.

—No quiere que entremos ahí —tradujo libremente Lovecraft.

—¿Está hablando de él o de usted mismo? —preguntó el médico—. Lo que quiere es que nos apresuremos.

—¿Sabe qué está diciendo? —se atrevió a preguntar Sonia.

—Sigue con la misma cantinela. *Djinns*. Los *djinns* nos llevarán a todos. Puede oír su llamada desde el desierto.

—*Al Azif* —dijo sombríamente Lovecraft.

—Menos hablar y más...

Le interrumpió un sonido quejumbroso. Una voz se elevaba desde algún punto de las tinieblas de la medina. Era una especie de canto sostenido aunque irregular. La voz temblaba, se hundía y volvía a resurgir, entonando sílabas que reverberaban como notas de un instrumento roto.

—Es el muecín. Están llamando a la oración desde la mezquita. Así será mucho más fácil orientarnos. Rápido, encienda la linterna.

Lovecraft lo hizo. La luz volvió a parpadear, pero se mantuvo firme. Mailloux soltó un suspiro de alivio. Entonces un sonido surgió desde todas partes al mismo tiempo. A su alrededor, sobre sus cabezas, tras ellos. Podía ser que aquella

arquitectura laberíntica lo amplificara y repitiera. Se encontraron rodeados por una multitud de gritos que difícilmente una garganta humana podría proferir. Rugidos, aullidos, gemidos y cantos que imitaban la llamada del muecín.

—Por Azathot —susurró Lovecraft, pero sus palabras se perdieron en el bullicio.

—Vámonos —dijo Mailloux—. Vámonos ya.

Alguno de los dos pudo haberle dicho que era una locura internarse precisamente en el lugar del que surgía esa cacofonía demoníaca, pero no lo hicieron. El efecto de todas aquellas gargantas gritando juntas sesgó cualquier determinación. Llegar a la mezquita se convirtió en la única idea. Una vez más, fue más fácil pensarlo que hacerlo.

La noche había irrumpido poco a poco, pero ya estaba allí. La medina se había convertido en un laberinto lleno de cascotes. Los gritos se repetían por todas partes. La luz de las estrellas podía haber paliado la sensación de ahogo de las paredes, pero las casas estaban tan juntas que apenas dejaban pasar la suficiente claridad para que distinguieran los recodos. El árabe estaba aterrorizado. Corrían, intentando orientarse por la llamada del muecín, pero los gritos que surgían de todos los rincones entorpecían su orientación. La luz de la linterna bailaba enloquecida. Mailloux no había mentido, aquella zona estaba en buena parte derruida. Cada pocos metros, tras girar un recodo o pasar bajo un arco, encontraban agujeros, escombros y esqueletos de edificios.

Los aullidos se multiplicaban. Eran agudos, tristes, desesperados. Les seguían desde todos los puntos de la medina. Enloquecedores. Incontables gargantas uniéndose en una sola voz, buscándoles, buscándoles, buscándoles. La oscuridad había emborronado el tiempo.

Emergieron a través de un callejón a la plaza del mercado. Fue como si les hubiesen volcado encima un cubo lleno de plata. La noche de Damasco se abría ante ellos. No había ni una nube. La luna era el arañazo de un gato, un ojo que empezaba a abrirse en medio de la pez del cielo. Sintieron el miedo de los primeros hombres al ver cara a cara a los dioses que solo soñarían con comprender. Por unos instantes, solo fueron unos pobres mortales contemplando un firmamento para el que no significaban nada.

A Lovecraft le temblaban las piernas. Alzaba la vista boquiabierto, sin atreverse a dar un paso. Le costó un esfuerzo considerable descender de nuevo al mundo. Cuando lo consiguió, se sorprendió ante la visión de la plaza. Era una explanada rectangular cubierta de baldosas agrietadas por el peso de los siglos. Estaba rodeada de edificios de una planta que formaban una arcada de azulejos blanquiazules. En su centro había una fuente seca. Allí era donde había muerto Abdul Alhazred hacía más de mil años, devorado a plena luz del día por un monstruo que surgió del aire para llevarse aquella obra que jamás debió ser escrita.

Sobre los tejados se alzaba el minarete de la mezquita Umayyad.

—Nunca pensé que llegaría a ver este lugar —dijo Lovecraft. Sonia prestó atención a sus palabras. ¿Era devoción lo que se asomaba a ellas?

No tuvo tiempo de reflexionar sobre ello. Aquel momento de respiro se cobró su precio.

Irrumpieron por una de las calles diminutas que se abrían bajo los arcos. Luego por otra. Y por otra más. Eran docenas. Se cubrían con ropajes manchados de secreciones, de arena, de mugre. Sus caras estaban envueltas en vendas, embozos y jirones de tela que solo dejaban los ojos al descubierto. Caminaban despacio, casi arrastrándose. Extendían las manos hacia delante como náufragos buscando una tabla flotante que solo existía en su imaginación. Junto a Lovecraft, el árabe empezó a gritar.

—¿Quiénes son? —preguntó Sonia—. ¿Qué son?

—No nos detendremos a preguntárselo —dijo Mailloux.

Se internaron por una de las embocaduras de la plaza. Más de aquellas criaturas se acercaban. Venían ladrando, llorando, chillando, gruñendo algo que quizá fueran plegarias o quizá maldiciones. Giraron a la izquierda por una calle aún más angosta. Sonia miró por encima del hombro. Les tenían justo detrás. Se tambaleaban con paso inseguro, pero no se detenían. Uno de ellos cayó al suelo. Los demás le pasaron por encima. Era imposible saber cuántos había. La oscuridad y aquellos gemidos confundían de alguna manera su cabeza.

Volvieron a girar y se encontraron con un grupo de ellos justo enfrente.

—¡Retrocedan! —chilló Mailloux ante las manos que ya se alargaban para tocarles—. ¡Retrocedan, por Dios!

Lovecraft casi chocó con Sonia. Los cuatro echaron a correr por otro callejón, sorteando escombros y columnas caídas. Por fin, al doblar otro recodo, dieron con ella. La mezquita a pocos metros de distancia.

Unas manos tiraron del vestido de Sonia.

Su alarido se unió al de los *djinns*. No pudo evitar mirar atrás. Al verlos tan de cerca, el corazón se le subió a la garganta. Aquellas manos. Aquellos rostros. Aquellos ojos.

Una figura apareció a su lado. Un haz de luz iluminó directamente el rostro de la criatura, que emitió un gañido y retrocedió. Sonia se arrastró fuera de su alcance.

—Gracias, Howard —dijo—. Me has salvado...

—No hay de qué, señora Carter. —Fue Mailloux quien respondió—. No se detenga, vamos.

El doctor tenía la linterna de Howard en las manos. Sonia suspiró. Claro. A su espalda, a pocos metros de la entrada de la mezquita, Howard les esperaba, paralizado junto al árabe.

No les hizo falta siquiera aporrear las puertas. Tan pronto como se acercaron, una de ellas se abrió. Un hombre mayor, delgadísimo y con una barba rala y sucia, les conminó a entrar con gestos apresurados. Entraron. La puerta se cerró con un sonoro golpe, pero ni siquiera entonces se sintieron a salvo.

Sonia se lavó las manos en el recipiente. Se echó un poco de agua en los ojos, en la cara, en la nuca. Fuera, el coro de demonios seguía desgranando su canción infernal. Sabía que si se asomaba por la ventana les vería, vagando por las calles, a través de las ruinas que los franceses habían creado para ellos. Pero no quería hacerlo. Ahora, con un sólido muro de por medio, le provocaban más pena que terror.

Volvió a hundir las manos en el agua ya turbia, como turbios eran en esos momentos sus sentimientos hacia Howard. No había hecho nada. La había visto en peligro y había sido incapaz de reaccionar. De protegerla. De algún modo, sintió que había fallado en algo, como si la apatía de él fuese culpa suya. No se dijo que no necesitaba salvadores. No se dijo que podía haber salido sola del atolladero. Lo único que se dijo fue que Howard no había intentado salvarla. En Berlín, ella no se había movido de su cama; le había visto luchar contra la muerte durante semanas. Había visto su herida infectarse, ser cosida y recosida una y otra vez, volver a supurar pus y a curarse. Y no se había apartado de su lado. En cambio, él no había sido capaz de interponerse entre ella y el *djinn*. El pensamiento la exasperaba más que apenarla. La ponía... furiosa, maldita sea. Furiosa. Sabía que era absurdo, pero no podía evitarlo. Quería que Howard la salvase, como una colegiala estúpida. Pero Howard no era capaz de hacerlo. Howard no la quería.

—Querida.

Se volvió. Él estaba en la puerta del cuartito, sin atreverse a entrar.

—El muecín va a permitir que entres en la sala principal de la mezquita. Dice que solo tendrás que cubrirte la cabeza.

—Estupendo —dijo ella con unas gotas de amargura venida quién sabía de dónde—. ¿Quieres algo más?

Howard se quedó inmóvil en la puerta. No dijo nada.

—Entonces estaré ahí en un minuto.

Giró sobre sus talones y esperó a oír cómo se alejaba. Cuando no lo hizo, se volvió.

—¿Vas a pasarte en la puerta todo el tiempo?

—No...

—Entonces ¿por qué no te vas?

Él titubeó. Sonia se sintió hervir por dentro.

—Solo pensaba... quería preguntarte... me preocupa...

—¿Qué?

—El doctor Mailloux —susurró—. ¿No te parece que su aparición ha sido de lo

más providencial?

—¿Qué quieres decir?

—Hasta ahora, todas las personas que se han cruzado en nuestro camino tenían un motivo oculto para ayudarnos. Me pregunto si no sucederá lo mismo esta vez. Si no le hubiésemos conocido en el tren, jamás habríamos podido entrar en Damasco.

—¿Qué quieres que te diga, Howard? No lo sé. No sé si va a traicionarnos. Ni siquiera sé exactamente por qué estamos aquí. —Le dio la espalda, para que no viera las lágrimas asomarse al borde de sus ojos—. No sé por qué te sigo.

Howard carraspeó.

—Belknapius...

—¿Y si le han matado? ¿Y si descubrimos que han matado a tu Belknapius? ¿No se te ha ocurrido pensar en eso? ¿Qué haremos si le han matado como mataron a Robert? Por un libro. Por un maldito libro, Howard.

Lovecraft no respondió. Ella sintió el aguijón de la culpa. Eso solo sirvió para enfurecerla más.

—Déjame sola, por favor. Bajaré en un momento.

Y la furia se transformó en congoja tan rápido como echa a volar un cuervo.

—Me alegro de que estés aquí, querida. Sin ti no podría seguir adelante.

Esta vez sí se fue. Sonia se quedó un rato quieta, mirando el agua turbia de la escudilla, deseando que los *djinnns* vinieran y le arrancaran aquella cosa negra que tenía dentro.

El interior de la mezquita Umayyad era de una belleza abrumadora. Todas las cúpulas estaban cubiertas con azulejos que reproducían intrincados diseños, a cuál más hermoso. Una telaraña metálica cubría todo el espacio apenas a dos metros sobre el suelo. Había decenas de velas enganchadas a ella. La tenue luz confería al interior un ambiente mágico, el sueño de un niño que lee por primera vez *Las mil y una noches*. Lovecraft estaba extasiado.

El muecín había dispuesto una mesita pequeña en la estancia reservada a las mujeres. Había servido té. El árabe dormía en una cámara aparte. Le habían lavado y dado de comer. Y, sobre todo, le habían escuchado.

—Su nombre es Youssef —explicó Mailloux—. He podido entender eso y algunas cosas más. Creo que ha estado bajo una gran tensión. Probablemente haya estado vagando fuera de la ciudad mucho tiempo. El sol debe de haberle afectado.

—¿Qué es lo que le ha contado? —preguntó Lovecraft.

—Intentaba escapar de Damasco, pero los franceses le atraparon. Dice que alguien ha despertado a los *djinnns* y les ha traído desde el desierto. Ahora recorren la ciudad a su antojo.

Sonia señaló al muecín.

—¿Puede preguntarle cómo ha empezado todo esto?

Mailloux lo hizo. El muecín empezó a balancearse adelante y atrás con aire contrito, profiriendo una retahíla estridente. Alzaba las manos al cielo, se golpeaba las piernas cruzadas. Le faltaban varios dientes. Los huecos eran negros. Sonia comprobó que Lovecraft le miraba con aprensión. Sintió un amago de ternura hacia él y se apresuró a reprimirlo. Mailloux asentía ante la explicación, como si desgañitarse y gesticular como un maníaco fuese lo más normal del mundo.

Cuando el muecín terminó de hablar, Mailloux dejó pasar unos segundos, pensativo.

—Dice que hay algo al este de aquí. No muy lejos de Damasco. Los franceses trajeron algo, y ese algo se ha llevado a los hombres y ha llamado a los *djinns*. No le comprendo muy bien. —Preguntó algo más, y el muecín asintió enérgicamente—. Excavación. Una excavación, eso es. Disculpen, es un poco difícil traducir del árabe al inglés.

—¿Una excavación? —repitió Lovecraft—. ¿Dónde?

—No lo sabe exactamente —tradujo el médico mientras el muecín continuaba hablando—. Hace meses que los franceses empezaron a reclutar hombres y a llevárselos al sur, a territorio druso... los franceses le cuentan muy poco al pueblo, dice. Eso es verdad. Luego empezaron las... no sé qué acaba de... ah, sí... la gente estaba enferma. Sobre todo las mujeres. Se extendía. Empezó en la medina. Los franceses... dice que los militares franceses están encerrados en las casernas de la ciudad nueva. Hay patrullas que intentan evitar que nadie salga de la medina. Les hemos visto. Interesante. Me pregunto entonces dónde estaba Youssef.

—Yo me pregunto cómo vamos a salir —dijo Lovecraft—. Tenemos que ir a esa excavación.

—No nos será muy difícil —replicó Mailloux—. Ya ha visto que las patrullas no se esfuerzan mucho. Deben de estar aterrorizados. Aun así, no veo razón alguna para ir a ninguna excavación. El problema está aquí.

—Pues está claro —espetó Sonia—. Todo ha comenzado con lo que sea que han hecho los franceses en ese lugar.

—*Al Azif* —murmuró Mailloux casi en tono reverencial—. ¿Qué sugiere que hagamos?

Lovecraft dio un sorbito a su vaso de té. Sonia pensaba que arrugaría la cara a causa de las especias, pero pareció gustarle.

—Para empezar, vamos a hablar con su Youssef.

Estaba postrado en un jergón improvisado con cojines. Le habían llevado a una de las salitas adyacentes a la cúpula central. Normalmente no se permitía entrar a esa zona, pero el muecín consintió de mala gana. Youssef miraba al techo con expresión ausente, perdido en pensamientos o en recuerdos traicioneros. De su garganta surgían gemidos intermitentes, demasiado emborronados para ser palabras. Había un par de

velas cerca de él. El resplandor parecía molestarle. La escena les recordó poderosamente a los últimos minutos de la vida de Abraham Elzevier. Se sintieron incómodos, como si Theodor fuera a irrumpir en el recinto en cualquier momento. Los azulejos permanecían en silencio. Olía a sándalo, a suciedad y a miedo. La canción de los *djinns* se dejaba oír en la lejanía.

—Pregúntele dónde ha estado —dijo Lovecraft con una decisión inusitada en él—. Por favor.

Mailloux tocó el hombro de Youssef, que se revolvió de inmediato. Pareció calmarse un tanto al comprobar quién era. El médico le tradujo la pregunta de Lovecraft. Youssef empezó a hablar con voz pastosa, trabucándose de vez en cuando y quedándose en blanco hasta que él volvía a tocarle el hombro.

—Ha estado en la tierra. En la tierra, no para de decir eso. La tierra es mala. Algo vive en la tierra, y la ha... mala, la ha vuelto mala. Supongo que lo que quiere decir es pervertir.

—¿Qué quiere decir «la tierra»?

—Creo que significa que ha estado bajo tierra... —Le preguntó algo más—. Sí. Él también habla de una excavación en el este.

—¿Y cómo llegó a la tierra?

—Los... bueno, ha dicho una palabra bastante malsonante, pero se refiere a los franceses. Los franceses ofrecieron oro a muchos hombres. Les llevaron al este. A la tierra.

—¿Podría llevarnos hasta allí?

Mailloux tradujo. Al instante Youssef empezó a gemir más fuerte, a temblar. El mucicín se apresuró a sujetarle antes de que rodase hasta el suelo. Lovecraft y Sonia permanecieron en silencio hasta que se calmó de nuevo.

—Supongo que la idea de que nos escolte está descartada —dijo Lovecraft—. ¿Sabría al menos indicarnos el camino?

—No, no le pregunte eso —dijo Sonia—. Howard, vas a hacer que le dé un ataque. Está claro que no quiere volver a acercarse a esa excavación.

—Pues estamos arreglados.

—¿Puede al menos preguntarle cómo salió de allí, doctor?

Así lo hizo. Youssef asintió. Una constelación de gotas de sudor empezaba a adornar su frente.

—Los muertos —contestó—. Corrió, corrió y corrió en la oscuridad, hasta que los muertos le oyeron. Los muertos le ayudaron. Los muertos le llevaron en brazos a través de la tierra. Le llevaron donde están sus nombres. Le... trajeron a la medina, supongo. Qué extraño, creo que ha usado la palabra para dar a luz, no para traer.

—Le trajeron a la luz, quizá —aventuró Lovecraft.

—Eso parece —convino Mailloux, escéptico.

—Pregúntele qué vio allí dentro. En la tierra.

Así lo hizo. Youssef respondió lentamente. Casi se podía ver la mano de un miedo añil atenazando su garganta.

—Locos —tradujo el médico—. Están locos. Los infieles están locos. Están despertando lo que duerme bajo Damasco. Han descubierto los... caminos, caminos de tierra, creo que ha dicho. Luces verdes. Les obligaron a hacer cosas. Cosas malas. El oro era de verdad, pero no sirve de nada en el infierno. Hay cosas en las paredes. Cosas en las paredes que te hablan, que te hablan al oído y te susurran nombres.

Entonces fue cuando lo dijo. Sonia se quedó boquiabierta. Las cejas de Lovecraft se enarcaron como gatos furiosos. Mailloux puso cara extraña.

—No entiendo lo que ha dicho ahora.

Pero ellos sí lo habían entendido.

Youssef repitió las mismas palabras. Las venas del cuello se le marcaban. Estaba sudando.

Las mismas dos palabras.

—*Cthulhu fhtagn* —dijo en un susurro agónico. Tenía los puños apretados—. *Cthulhu fhtagn. Cthulhufhtagnfhtagnfhtagncthulhufhtagn. CTHULHU FHTAGN!*

Esta vez Mailloux y el muecín tuvieron que sujetarle al mismo tiempo. Youssef empezó a sacudirse con energía. Lanzaba espumarajos y repetía aquellas dos palabras una y otra vez. Lovecraft retrocedió, el rostro desencajado. Sonia hizo lo mismo. Con un salvaje empujón, Youssef envió al muecín al suelo. Mailloux intentó forcejear con él, pero de pronto había cobrado una fuerza inmensa.

—¡Ayúdeme, Carter!

Pero Lovecraft asistía a toda la escena paralizado, como si la contemplase desde una gran distancia.

Sonia sí reaccionó. Se lanzó sobre Youssef con todo su peso. El árabe trastabilló entre los cojines y perdió el equilibrio. Ambos, ella y Mailloux, cayeron sobre él en una maraña de brazos y piernas. El muecín se incorporó y les ayudó a contenerlo. Solo Lovecraft permanecía quieto, de pie.

Poco a poco, los gritos de Youssef se fueron calmando. Se hizo el silencio en la salita.

—Ha perdido el conocimiento —dijo Mailloux—. Ayúdenme a levantarlo, por favor.

—Oh, Dios mío —jadeó Sonia en cuanto se separó de él.

En el forcejeo, la camisola con la que habían vestido a Youssef después de lavarlo se había desgarrado. Estaba ahí, en su pecho. Sonia lo contempló con los ojos desorbitados. Lovecraft se inclinó hacia delante, de repente libre de su parálisis.

Youssef tenía el torso tatuado. Un pulpo extendía sus tentáculos desde su abdomen hasta el cuello.

Entonces el muecín habló en un susurro que más parecía un sollozo.

—Dice que tiene que enseñarnos algo —tradujo Mailloux.

Todos los cementerios son el mismo. Puede cambiar su disfraz, la forma de las lápidas y los nombres escritos en ellas, los caminos que lo cruzan, la vegetación que se nutre de aquello que preferimos olvidar. Quizá la verja de la entrada y la sombra que proyecta el capitel sean distintas. Pero el aire permanece. Ese silencio que muchos confunden con sosiego es siempre el mismo.

Pasear por el cementerio Bab al-Saghir a la luz de la luna no era tranquilizador. Ninguno se atrevía a hablar. El muecín les llevaba por el camino de tumbas en silencio, sin explicarles qué hacían allí. Sonia observaba a Mailloux. Había algo extraño en él, de eso no había duda. Howard tenía razón, su encuentro había sido demasiado providencial. O quizá solo fuera su imaginación inflamada por lo que habían visto. Ya no sabía qué creer.

El muecín se detuvo bruscamente y le dijo algo a Mailloux.

—Esto es lo que quería decir Youssef —tradujo el médico—. Los muertos le trajeron a la luz. Donde están los nombres muertos.

Había un cenotafio vacío en medio del cementerio. Se acercaron. En el fondo se abría una abertura por la que apenas cabría un hombre. La tierra estaba removida y seca a su alrededor. Se apreciaban las marcas de los dedos escarbando, intentando salir. Lovecraft acercó la linterna y sus cejas volvieron a curvarse. El agujero descendía en pendiente hacia unas tinieblas demasiado profundas para ser una tumba.

—Una vía de escape de la ciudad —proseguía Mailloux—. El muecín dice que Youssef salió de este agujero hace cinco noches. Le encontró y le cuidó hasta que pudo volver a caminar. Deliraba mucho más que ahora. Lo que hay ahí abajo le ha robado el alma.

—La cordura, más bien —puntualizó Lovecraft.

—¿A qué esperamos? —preguntó Sonia—. Tenemos que bajar.

Ninguno de los dos hombres dijo nada. Sonia se sorprendió al ver el miedo dibujado en las caras de ambos.

—Quizá deberíamos avisar a las autoridades —sugirió Lovecraft.

—Las autoridades son las que han causado esto, Howard.

—Bajar ahí podría ser peligroso —dijo Mailloux—. Además, es de noche.

—Ahí abajo siempre es de noche. ¿Se puede saber qué les pasa a ustedes dos?

Mailloux se aclaró la garganta.

—Lo que hay tras ese agujero volvió loco a Youssef —dijo, como si eso lo explicase todo.

Sonia se exasperó.

—En ese agujero está la respuesta a lo que está pasando en Damasco. Howard, ¿hace falta que te recuerde lo que Youssef tiene tatuado en el cuerpo? Este es el

camino. Tenemos que bajar.

La brisa del desierto se permitió atusarles los cabellos y jugar con sus ideas. Mailloux y Lovecraft miraban intermitentemente al agujero y a Sonia.

—Tienes razón, querida. Bajemos. Seguir adelante es lo único que podemos hacer.

Mailloux dio un paso atrás.

—Si no les importa, yo me quedaré aquí montando guardia. Les hará falta alguien que proteja la entrada, por si los *djinns* regresan.

Sonia le contempló un momento. Asintió.

—No se preocupe por nosotros, doctor. Los Carter sabemos cuidarnos bien.

Mailloux sonrió.

—Me consta. Les deseo toda la suerte del mundo.

—Ha sido un placer conocerle, doctor.

Lovecraft y Sonia se quedaron un momento paralizados ante la entrada de la tumba. ¿Quién lo iba a decir?, pensó Sonia. Hace tres meses estaba trabajando en una casa de subastas en Londres.

—¿Estás lista?

—Howard, el que no está listo eres tú. Dame la linterna, vamos. No te preocupes, ahí abajo no encontraremos fantasmas.

Howard accedió a regañadientes.

La tumba se los tragó a ambos.

Sonia y Howard

23 de diciembre, 1931

Una casa.

Es una casa.

Y me está esperando.

La luna me mira. La luna es un ojo enorme y giboso. Una maligna herida en el cielo ignoto. Su luz se vierte sobre mí mientras me acerco a la casa. Esa puerta tan lejana y a la vez tan cercana es la suma de todos mis miedos, el final del camino a ninguna parte en el que me he embarcado más por terror a lo que hay a mi espalda que por una determinación no sentida. Querría demorarme. Querría encontrar docenas, cientos, miles de excusas para no tener que llegar hasta esa puerta. Pero no puedo, no quiero, no me atrevo a quedarme en el camino.

La casa me está esperando.

La temperatura desciende en el mismo momento en que piso la tierra que abarca su sombra. Ahora que estoy delante de ella me resulta imposible resistirme a su atracción. Soy incapaz de describir su silueta de monolito. Tengo la horrenda certeza de que me está mirando. Sabe que estoy aquí, y se alegra de que por fin haya vuelto. Siento miedo.

Subo los escalones del porche.

Mi mano se acerca a la madera negra de la puerta. Dudo que esa mano surcada de venas, de dedos largos y ateridos, me pertenezca en realidad. Antes de que pueda tocar la puerta, esta se abre. Los goznes emiten lo que solo puedo identificar como un chirrido demoníaco, algo terriblemente parecido al horrísono soniquete de flautas tocadas por seres surgidos quién sabe de qué dimensiones. Al otro lado de la puerta me espera un pasillo oscuro, tallado en la piedra negra de la que se extrae el carbón que arde en el horno de las brujas. Una alfombra también aparece delante de mis pies. Se extiende como una lengua infecta hacia las tinieblas.

El primer paso es el más difícil, o eso creo antes de darlo. Ya estoy dentro. La puerta se ha cerrado detrás de mí. La casa me ha devorado. Está contenta.

Camino por el pasillo cada vez más estrecho. Las paredes tienen la memoria de los muertos. El frío se ha metido en mis huesos. Un aliento gélido respira en mi nuca, susurrando nombres que no comprendo.

Llego hasta la puerta de una manera tan súbita que se diría que es ella la que ha llegado hasta mí. No quiero asomarme. Estoy llorando. No quiero entrar. No quiero, no, no, no, no, por favor. De repente soy consciente de que estoy desnudo. La vergüenza me ahoga. No quiero entrar, pero ya estoy entrando. No quiero mirar, pero

ya estoy mirando. No quiero ser, pero ya soy yo.

Veo.

Es una habitación pequeña. Todo está oscuro. Los listones de madera tiemblan. El aire parece cargado, turbio, envenenado. Hay una camita en una esquina. Y un pequeño bulto en la cama, embutido en las sábanas. Está temblando.

Va a suceder. Ya viene.

En la puerta aparece una silueta. Recortada a contraluz, no se le ve el rostro. Apoya un brazo en el dintel. El bulto en la cama, el niño que soy yo mismo, se queda quieto.

—¿Estás despierto, Howard?

—¿Howard?

Lovecraft parpadeó. La luz de la linterna le golpeó de lleno en los ojos.

Sonia estaba delante de él.

—Me has asustado, Howard —estaba diciendo—. ¿Dónde estabas?

Estaba enfadada.

—Yo... lo siento, querida. Creo que me he quedado dormido.

—Me da igual que lo sientas. —Estaba muy enfadada—. Yo también estoy agotada. Llevamos horas caminando, Howard. Horas. ¿Cómo se te ocurre desaparecer en un sitio como este, a oscuras? ¿No te das cuenta de que estamos bajo tierra?

Le temblaba la voz. A la débil luz de la linterna, Lovecraft pudo ver dos manchas rojas encendiéndose en sus mejillas. Tragó saliva.

—Lo siento, querida.

—¡No digas más que lo sientes! —chilló. Él retrocedió un paso—. Eres el colmo. No te comprendo, te juro que no te comprendo. Estamos metidos en esto por ti, por seguirte a ti y a tu maldito libro, y tú te limitas a quedarte ahí todo el tiempo, parado, sin reaccionar, como si nada fuera contigo. ¿Qué demonios te pasa?

—Sonia...

—¡No me vengas con Sonia! Sonia está harta de ti, ¿te enteras? ¡Harta!

Le había ido golpeando en el hombro con el índice mientras hablaba, cada vez más cerca. Ahora su cara estaba apenas a dos centímetros de la de él.

—Ha muerto gente. Me han vapuleado, a ti te han disparado, y sigues sin reaccionar. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que esto es real, Howard?

Ahora su cara estaba aún más cerca, tan cerca que ya no podía verla por completo. Solo veía sus ojos, sus enormes ojos marrones bullendo de lágrimas. Sonia se dio cuenta de su proximidad. Las manos de Lovecraft temblaron. Casi pudo oír la voz de Robert Howard. Vamos. Reacciona. Solo tienes que inclinarte hacia delante y vuestros cuerpos se tocarán. Ella necesita que la toques, Howard. Si no lo haces, te tiraré por la borda.

Pasaron unos segundos hechos de barro.

Sonia se apartó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Lovecraft bajó la vista.

—Ojalá pudiera salvarte.

Ella se dio la vuelta.

—Ojalá fuera como Bob. O como Belknapius. Pero no lo soy. Solo soy yo. No sé hacer nada. Me gustaría salvarte. Salvaros a todos, pero no puedo. No sé cómo se hace. En mi mente solo veo fracaso. Un fracaso detrás de otro. No me atrevo a fracasar. Yo... lo siento.

Sonia se quedó atónita, la linterna colgando a un lado. Y hubo cientos de palabras y de gestos que pasaron entre ellos dos, minutos y horas y años de palabras que pudieron haberse dicho en la oscuridad bajo Damasco, incontables frases que llovieron a su alrededor esperando a que uno de ellos alargase una mano y atrapase una, solo una. Era lo único que hacía falta.

En lugar de eso, Sonia dijo:

—Creo que he encontrado algo. Sígueme y no te separes, por favor.

Recorrían un pasadizo bajo. Las paredes se cerraban sobre ellos. Tenían que caminar encorvados. Encontraban señales del paso de Youssef en su huida, bien un jirón de tela o bien una mancha de sangre seca. Al menos, esperaban que aquello perteneciera a Youssef. Por suerte, no encontraron ninguna bifurcación, así que solo tuvieron que enfrentarse a la claustrofobia. Hacía mucho que habían perdido la noción del tiempo.

Sonia señaló con la linterna al techo. Alguien había clavado una escarpia en el muro. Anudado a ella, un trozo de cuerda se internaba en la oscuridad.

—Al menos sabemos que por aquí ha pasado gente.

—No estoy segura de que eso sea buena señal.

Continuaron caminando, siguiendo la estela de cuerda. Fue ahí cuando comenzaron las bifurcaciones. La linterna abría tímidas brechas de luz en la oscuridad. El aire olía a raíces. Avanzaban en silencio, una mano agarrada a la cuerda que recorría el techo como una serpiente. Solo en una ocasión Lovecraft se atrevió a decir:

—Me temo que estamos terriblemente mal preparados para esto, querida. No sabemos si vamos a encontrar gases nocivos ni estamos haciendo marcas para desandar nuestro camino. Estamos irremediabilmente abocados al...

—No lo digas. Lo vamos a conseguir. Si Frank está aquí dentro, le encontraremos. —Y añadió en un susurro que Lovecraft oyó de todas maneras—: Y si quien está es Justin, le mataremos.

Pero Howard tenía razón. El aire estaba más enrarecido. El resplandor de la linterna menguaba. Las sombras se alargaban, y aquellas malditas paredes se parecían

cada vez más a un ataúd. Ya no solo iban encorvados; había pasajes en los que tenían que ir de rodillas o arrastrarse. En algún punto, Sonia notó que los párpados se le cerraban. No. No, por favor. No quería morir ahora. No después de lo último que se habían dicho Howard y ella. ¿Se estaba apagando la linterna? ¿O era ella quien se apagaba? La oscuridad crecía. La oscuridad era el mundo.

—Mira, Sonia —dijo Howard a su espalda—. Luz verde.

No podía ser. Sonia sacudió la cabeza. Tenía razón. Un poco más adelante, en la dirección que marcaba el cable sobre el techo, se insinuaba un resplandor verdoso. Sonia sentía las piernas muy débiles, pero se obligó a hacer lo mismo que había hecho toda su vida: aguantar, continuar adelante, dar un paso más. Se acercaron, cada vez más deprisa. El resplandor crecía. Había una abertura. Era...

Oh.

¿En qué punto se convierte el fervor religioso en terror a Dios? ¿En qué punto pasa la fe a ser miedo al castigo? Dentro de aquella cueva, Sonia y Howard se encontraron en ese punto.

Una bocanada de aire fresco le golpeó en el rostro. No fue una mala sensación. La mala sensación vino justo a continuación. El túnel desembocaba en una caverna en forma de elipse. No tuvo tiempo de disfrutar del aire limpio. Dio un par de pasos y se quedó quieta. La linterna se le cayó. La bombilla se hizo añicos. No le hacía falta.

Toda la cueva brillaba con un resplandor fosforescente y verdoso. El techo tenía forma de cúpula. En una pared, mirándoles con el enojo de un dios severo, había un pulpo.

—Por Azathot —gimió Howard tras ella.

Pudieron pasar varios minutos en silencio, contemplando aquella visión con tintes de epifanía. La imagen dibujada en la piedra era una réplica del tatuaje que compartían Justin y Youssef. Era también la única parte de la cueva que no brillaba. El efecto era una sombra con la gigantesca silueta de aquel animal que caía sobre ellos como un pecado en medio de aquel resplandor verde.

Fue Lovecraft quien consiguió romper el hechizo y acercarse a la imagen. Lo hizo entero, sin vacilar, quizá por primera vez en su vida seguro de lo que hacía. Justo cuando Sonia pensó que se arrodillaría ante ella, Howard alargó la mano y rascó un poco sobre uno de los tentáculos. Luego se giró hacia ella. Sonreía.

—Es pintura, claro. Estamos ante una maravilla de la espeleología, creo. Esta caverna está cubierta de lo que parece ser una variante occidental del hongo *Mycena lux-coeli*. Jamás había imaginado que brillasen tanto en la oscuridad. Alguien ha dibujado a nuestro querido octópodo a torpes brochazos, cubriendo el hongo y provocando este curioso efecto místico. ¿No te parece fascinante?

Sonia no tuvo oportunidad de responder. Se oyó un ruido, y entonces se dieron cuenta de que había más pasadizos que llegaban hasta esa cueva.

Algo se acercaba.

Sonia se abalanzó hacia Lovecraft. Tirando de su brazo, se introdujo en la abertura por la que acababan de entrar. Los dos se acurrucaron en la oscuridad, la mano de ella tapando la boca de él. Su respiración sonaba como el desfile del Cuatro de Julio en sus oídos. Sus latidos eran los fuegos artificiales.

El sonido se concretó. Eran pasos. Alguien acababa de entrar en la sala. O algo. Se movía. Sonia cerró los ojos, como si eso pudiese protegerla de alguna manera. A su lado, Howard respiraba a toda velocidad. Su mano agarrada a la de ella. Su aliento contra la palma de su mano. Su olor. Hubo movimiento en la sala. Algo se acercó. Se alejó y volvió a acercarse de nuevo. Estaba caminando en círculos. Les había oído. No. Sí. Howard estaba a punto de gritar. Quizá fuera ella misma. Se oyó un arañazo metálico. Había encontrado la linterna. Luego un chasquido. Les sobresaltó. Su mano cubrió en buena parte el gritito de Howard. Dios, que no lo haya oído. Que no lo haya oído. Una sombra tapó la fosforescencia que llegaba hasta ellos desde el agujero. No. No, no, no. Una silueta indefinida, irreal. No era humano, Sonia tuvo esa certeza. Se dio cuenta de lo absurdo de la idea. Por supuesto que era humano. Había una cabeza y dos brazos. Aunque las formas... no quiso seguir mirando.

La silueta dio un paso en su dirección. Lovecraft y ella se apretaron el uno contra el otro, como si eso les hiciera invisibles. La figura se detuvo. No les había visto. Un sonido llegó hasta ellos en mitad de aquel universo mudo y paciente. Una especie de canción, un tamborileo cadencioso acompañado de dos palabras.

Cthulhu... fhtagn... Cthulhu... fhtagn... Cthulhu...

La silueta dio media vuelta y desapareció. Sonia y Howard permanecieron así. Abrazados en mitad de aquel túnel estrecho en el que pensaban que morirían. Paladeando aquellas dos palabras. Sintiendo cómo el miedo les iba cuajando los pensamientos. De repente, Sonia no quiso volver a saber nada de todo aquello. Quiso abrazar a Howard, volver por el camino que habían recorrido, irse a casa. De repente en el mundo solo importaba el contacto de su piel contra la suya, la boca de él en su mano, sus frentes apoyadas una en la otra. Estaba llorando. No sabía por qué ni cuándo había comenzado.

—Lo siento —le susurró al oído—. Lo siento. Siento haberte hablado así. Lo siento.

Los ojos de Howard se clavaron en los de ella. No eran nada especial. Los mismos ojos marrones que, cuando los veía en otra gente, despertaban aquellas horribles opiniones en él. Dos ojos en los que quiso perderse un día. Hacía mucho tiempo. O quizá no tanto. En ellos creyó ver las palabras que él no podía, no quería, no se atrevía a decir.

Se abrazaron.

Cuando se separaron, las lágrimas habían vuelto a su celda en el ático de su

corazón.

—¿Quieres que nos vayamos? —le preguntó él.

Estaba harta de que le leyera el pensamiento.

—No. Vamos a encontrar a Frank.

La linterna estaba tirada en un rincón de la sala. Bajo la sombra del pulpo. Howard la cogió, aunque no la necesitaban. El resplandor del musgo era más que suficiente.

El soniquete se repetía a través de las paredes, como un mantra, acompañado de varios golpes sordos. No les fue difícil localizar el pasadizo desde el que se oía con más fuerza.

—¿Dónde habrán aprendido esas dos palabras?

—De Justin. O quién sabe, a lo mejor tienes lectores en todo el mundo y no lo sabías.

—Yo no bromearía con eso.

Prosiguieron con cautela por el pasadizo. Seguía siendo muy estrecho, como si estuviera hecho para criaturas acostumbradas a caminar encorvadas. A diferencia del anterior, en este proliferaba el musgo resplandeciente. Llegaron al final en pocos minutos. El brillo se atenuaba un poco en la abertura final, pero aún estaba presente. Sonia se situó delante de Howard, como si pudiera protegerle con su cuerpo. Se asomaron a la abertura, esperando encontrar un nuevo horror o una amenaza todavía más siniestra. Lo que vieron les dejó sin aliento.

La abertura del pasadizo daba a una pequeña terraza de la que partía una escalera que bajaba. La terraza se abría a un formidable complejo de cavernas huecas, un foso gigantesco en el que se abrían varios niveles excavados en la roca. El musgo arrancaba destellos multicolores. La visión era digna de los diagramas de Escher o de los sueños de Munch. La piedra estaba hueca en diferentes lugares conectados con escalinatas, puentes colgantes o arcos de aspecto inestable. Era imposible apreciar hasta dónde se extendía.

El líquen permitía ver en perfectas condiciones. Ambos observaban la complicada arquitectura con asombro. Había tallas en las paredes, adornos en la piedra, frontispicios borrosos y ornamentos de una civilización de la que nadie sabía nada.

—Llevo toda mi vida soñando con esto —murmuró Lovecraft.

—¿Por qué nadie lo ha descubierto antes? ¿A quién pertenece?

—Sospecho que esa es una pregunta que no nos agrada responder, querida. En cuanto a tu primer interrogante, está claro que lo han descubierto ahora. Precisamente ahora. O mejor dicho, están aún en proceso de descubrirlo.

Lovecraft señaló. En uno de los niveles inferiores, un grupo de figuras envueltas en chilabas hechas pedazos ayudaba a despejar un pasadizo bloqueado. Sonia y Lovecraft se agacharon instintivamente, ocultándose detrás de la terraza. Al

asomarse, esta vez con más cautela, vieron que uno de ellos golpeaba un instrumento de percusión de aspecto aparatoso. Coordinaba el ritmo de los demás con esas dos palabras que tanto estaban aprendiendo a odiar. El eco de su canto se extendía por todo el complejo de cavernas.

—Resulta que solo se trataba de esto —espetó Lovecraft—. Esclavitud.

—¿Te parece poco?

—No, por supuesto. Solo esperaba algo menos... prosaico.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Adónde vamos?

—Pensemos un segundo. —Empezó a enumerar con los dedos—. Nuestro querido gobierno colonial francés está detrás de esto, de alguna manera. No podemos acudir a ellos. Tampoco podemos contar con la ayuda del buen doctor Mailloux: es más que obvio que sufría alguna clase de aguda fobia. Por no mencionar que es solo un hombre. Tampoco podemos acudir a nadie en Damasco, puesto que la ciudad está cada vez más desierta. Lo cual nos deja en manos de la cruel diosa fortuna, me temo.

Sonia le agarró por la pechera.

—Basta de elucubraciones. ¿Qué hacemos?

Antes de que Lovecraft respondiera, hubo un estrépito abajo. Atisbaron por encima del pretil. Y vieron a Justin.

El irlandés estaba en el piso inferior. Vestía una chilaba negra, de amplia abertura en el pecho, que dejaba ver parte de su tatuaje. A Sonia le hirvió la sangre en las venas. Justin acababa de salir de un dintel protegido con una reja. Se detuvo a pocos pasos. Dos alauitas armados con rifles le seguían. El irlandés dio un par de vueltas en círculo, se detuvo y miró hacia arriba. Sonia y Howard se lanzaron hacia atrás, olvidadas las ganas de matarle.

—¡Dejad lo que estáis haciendo! —se oyó su grito desde abajo—. ¡Dadles rifles, lo que sea, pero que nos sigan! ¡Necesitamos toda la ayuda posible arriba! ¡Rápido!

Un disparo siguió a su exabrupto. Sonó como un cañonazo en aquel lugar lleno de recovecos y ángulos. Se encogieron en su escondite.

—Creo que nuestro ex compañero de fatigas está tremendamente enojado por alguna razón.

—Se están yendo todos —anunció Sonia, asomando la cabeza—. Han entrado en uno de los pasadizos.

—¿Me equivoco o piensas que nuestro curso de acción debería encaminarnos hacia el piso inferior?

Ella se volvió hacia él, con la sombra de una sonrisa en los labios por primera vez en mucho tiempo.

—No te equivocas en absoluto, querido.

Bajaron la escalera casi a gatas. Si alguno de los dos se dio cuenta de que iban cogidos de la mano, no quiso romper el momento poniéndole palabras. Volvieron a

asomarse al llegar al nivel inferior. Todos se habían ido, dejando atrás picos, palas y carretas.

—No sé si te has fijado pero ninguno de ellos tenía cadenas.

—En lo que me he fijado es que todos tenían el tatuaje. Es como si los hubieran marcado. Son esclavos en toda regla, pero ¿por qué no han escapado?

—¿Hipnosis? —sugirió Lovecraft—. Conmigo pareció funcionar, según me dijiste. Y si funciona con una mente como la mía, no veo razón para que no funcione con uno de estos...

—No te atrevas a soltar una de tus barbaridades. Ahora no. Vamos a centrarnos en encontrar a Frank.

Él guardó silencio.

La abertura por la que había salido Justin estaba a pocos metros de ellos. Sonia comprobó que la reja no estaba cerrada y dio un tirón. El chirrido del metal contra la piedra resonó en toda la cueva como uñas arañando una pizarra. Se quedaron los dos quietos, esperando ver aparecer a Justin y a sus guardias armados. No sucedió nada.

Detrás de la reja había un corredor de apenas cinco metros. Desembocaba en una cueva pequeña y abombada. En ella también habían pintado la imagen del pulpo. Pero no fue eso lo que les recordó que estaban en un lugar muy peligroso.

Fue el cadáver.

Estaba sentado en una silla de aspecto incómodo, medio cuerpo tendido sobre un bloque de piedra que hacía las veces de escritorio. Bajo el resplandor del musgo, el cuerpo parecía estar simplemente dormido, apoyado en el escritorio después de una ardua sesión de escritura. Cuántas, cuántas veces le había encontrado el alba a él en la misma posición.

Se acercaron a él con el sobrecogimiento de un peregrino que alcanza por fin la tumba de su santo patrón. La cueva era estrecha, lo suficiente como para despertar ecos de prisión en la mente. En una esquina había un catre. Una escudilla sonreía al mundo con su mezcla de olores en un rincón.

—No parece que esté rígido. Ha muerto hace poco.

—¿Quién puede ser?

—Temo saber la identidad de este desdichado prisionero, aunque sospecho que tendremos que dar la vuelta a su cuerpo para corroborar mi palpito.

—Ahora no, Howard.

Sonia se apretó las manos para darse fuerza. Se acercó al cadáver y alargó las manos para girarle la cabeza.

—No —dijo Lovecraft—. No le toques.

—¿Por qué?

—Es una cuestión de puro instinto de conservación. Observa sus manos.

Sonia lo hizo. La piel en las manos del hombre estaba ajada, blancuzca, como tiza

que se desmenuzase fácilmente. El recuerdo de Arsenius Ashcombe le golpeó con fuerza. Se apartó un par de pasos. Lovecraft, por su parte, rodeó el bloque de piedra y contempló el rostro del hombre desde el otro lado, a una distancia prudencial.

—Así que era esto.

Sonia se asomó también. El hombre podría haber sido una versión diez años más joven de Alexander Elzevier.

—Hemos llegado tarde. Podría habernos dicho muchas cosas.

Lovecraft se inclinó sobre él.

—Creo que nos las ha dicho, querida.

En su mano inerte, el cadáver sostenía una estilográfica, chocante en aquel antro bajo tierra. Pegado a su rostro había un taco de folios amontonados. Lovecraft los sacó con cuidado, como si no quisiera despertarle. Los sacudió en el aire. Pequeños pedazos de piel se desprendieron de las hojas. Arrugó el rostro en una mueca de desagrado.

—Mi infalible instinto de sabueso me dice que aquí están encerradas las claves de nuestra demencial historia.

—Lo importante es que diga dónde tienen encerrado a Frank... ¿qué estás haciendo?

Lovecraft se acababa de sentar en el catre y acercaba los folios escritos con letra apretujada al musgo.

—Necesitaré toda la luz posible para descifrar esta inenarrable letra. Lástima que quien le haya tenido prisionero aquí no haya considerado proporcionarle una máquina de escribir, por aberrante que puedan parecerme esos armatostes.

—Pero ¿estás loco? —exclamó ella en un susurro—. Justin podría volver en cualquier momento. Este hombre acaba de morir. Es posible que vengan a llevarse el cadáver, o que Frank sea el siguiente, o que...

—O que una raza de siniestras criaturas ancestrales excavase estas cavernas y raptase a Jakob Elzevier. Sí, todo es posible. Pero necesitamos eliminar lo imposible para encontrar la verdad, por increíble que pueda parecer. Y eso lo vamos a conseguir consultando estas páginas. Permíteme al menos que les eche un vistazo, querida. Aquí es donde terminan todos los caminos.

Sonia hizo un gesto exasperado.

—Si nos encuentran estamos muertos —dijo como punto final, y se dejó caer en el catre—. Esto es absurdo.

—La vida es absurda. La muerte no lo es menos.

Lovecraft enterró el rostro en las hojas. Al instante arqueó una ceja.

Señor Lovecraft

23 de diciembre, 1931

La vida es absurda. La muerte no lo es menos.

He viajado por el mundo. He contemplado el salvaje poder femenino del Atlántico. Me he internado en bosques tan profundos y densos que parecían cavernas. He oído canciones que me han hecho envejecer. He visto el atardecer desde una punta de roca en el lugar donde mis antepasados creyeron que la Tierra se acababa. Y ahora me enfrento a la muerte aquí, en un ataúd de piedra que yo mismo he descubierto, encadenado a esta pared. He cometido errores, pero jamás he merecido este castigo.

Aunque quizá eso deba juzgarlo usted.

Usted se está preguntando cómo he llegado hasta aquí. Supongo que si se lo revelase con palabras simples saldría usted corriendo sin mirar atrás, o se desharía de estas hojas. No puedo permitirme el lujo de una respuesta sencilla. Permítame extenderme un poco más en el relato que usted ya conoce.

No se preocupe, ellos están ocupados ahora mismo.

Tenemos tiempo.

Mentiría si dijese que soy una víctima. Lo que sé hacer, lo que aprendí en aquel campo de Gorlice, lo que enseñé en parte a mi pobre Herschel, no es la causa de mi desgracia. Un brazo no es el enemigo del cuerpo que lo usa. El arma que empuña el brazo sí. Por eso mi pecado no es saber, sino haber querido saber más. En estas horas de soledad, ahora que mi tarea está completa y espero la última visita de mi vida, me arrepiento de mi adicción. Me arrepiento de no haber ignorado esa comezón que me llevó a descubrir la cara oculta de la realidad. A encontrarme con el Coleccionista.

Nunca llegué a preguntar a Ashcombe y a Fort cómo me encontraron. Quizá podíamos haber llenado aquellas horas en trenes y barcos contándonos la historia de nuestras vidas. Pero no lo hicimos. Habría sido falaz pensar que éramos tres amigos embarcados en una búsqueda santa. Tiene gracia, sabíamos tácitamente que éramos lo diametralmente opuesto. Ellos me miraban con temor, compartíamos comidas y cenas en silencio, cada uno pensando en una cosa diferente. Ashcombe veía dinero, mucho dinero. Fort veía a su esposa. Yo veía al Coleccionista.

Y le seguí viendo cuando desembarcamos. Una vez pisé la tierra, su imagen fue tan potente para mí, su rostro tan claro, que casi me caí al suelo de la impresión. Jamás me habría imaginado algo así. No quise perder el tiempo. Les dije a mis dos compañeros adónde teníamos que ir. Tenía claro el rastro, sabía llegar hasta su guarida. Reirá usted al leer las palabras que utilizo. «Guarida». Pero así es. Vive en una guarida, no hay otro modo de describirlo. Y tiene guardianes.

La encontramos con facilidad. Si el rastro era evidente, una vez estuvimos cerca empezó a brillar en el horizonte como un faro rojo. Rojo. Recuerdo estar delante, a pocos metros de conseguir nuestro objetivo. Ashcombe dijo que no podía creerlo. Fort no dijo nada. Se sintió enfermo en cuanto la tuvimos a la vista. Yo les pedí que me dejaran entrar solo. Creo que fue un alivio para los dos. Fort se excusó enseguida. Supe que iba a vomitar. Ashcombe sacó un arma y me la puso en la mano. En sus palabras había algo que hacía tiempo que no sentía, la sombra de algo parecido al cariño. Ten cuidado, chaval. Entendí que luchaba consigo mismo por abrazarme, así que reprimí las ganas de reírme en su cara. Aquella pistola no me iba a proteger. Le palmeé el brazo, murmuré un velado agradecimiento y le di la espalda. Pensaba en Alexander.

Entré.

Me estaba esperando. ¿Cómo pude ser tan idiota de no saberlo? Yo estaba obnubilado por haberle encontrado, no me detuve a ver nada más. No sé si habría hecho las cosas de forma diferente de haberlo sabido. Jugó conmigo. Me dejó llegar hasta él. Pasé entre sus guardianes como si fueran parte del mobiliario. Me dijeron adónde debía ir.

Y allí estaba.

El Coleccionista.

Siéntate, hijo. Eso dijo.

Y yo obedecí.

Ah, las cosas que vi. Las cosas que me contó. Las horas y horas de conversación. Las velas que iba devorando el tiempo, ese tiempo que no existía allí dentro. Me enseñó. Sí, me enseñó. Todo lo que me había contado en sus cartas era solo el principio, era menos que la punta del iceberg. ¿Habré de recordarle a usted lo que hacen los icebergs con las vidas humanas? Yo escuchaba, comentaba, hacía preguntas.

Leía.

Encontré la verdad en esas páginas. Al principio no pude creerla. Pensé que era una revelación imposible de aceptar. Me rebelé. Quise salir de allí, mandar todo al infierno. El Coleccionista cruzó los brazos sobre el regazo y esperó. Cuando me calmé, volvió a explicarme, paciente. Oh, tan paciente. Tan constante. Tan bueno. Y comprendí, por supuesto. Comprendí todo lo que había pasado. Y lo que iba a pasar.

A estas alturas, imagino que usted ya sabe que no robé el libro. Nadie podría robarlo y salir impune. No me refiero a un daño físico. Llévatelo, me dijo. Es hora de que todo comience. Y entonces sucedió. Alargó su mano ajada, blanquísima, y me acarició la mejilla. Jamás contacto alguno me ha quemado como el estigma de aquella piel quebradiza. Eso lo cambió todo. O al menos, así es como quiero recordarlo.

Salí de aquel lugar con el libro bajo el brazo. Ashcombe y Fort me esperaban en el coche, a menos de dos manzanas de allí. Llovía. Llovía mucho. Protegí el libro con mi chaqueta. Caminé despacio hacia ellos. Fort estaba pálido. Ashcombe tamborileaba los dedos sobre el volante. Cuando me miraron, vieron lo que quisieron ver. Ashcombe vio dinero. Fort, a su esposa. Lo has conseguido, chaval. Eso dijo. Le puse su revólver en la mano. Mis dedos rozaron su piel. Creo que no le gustó.

Sí, respondí.

Estaba empezando. Lo que no sabía es que lo que empezaba era mi final, el camino que me llevaría hasta esta tumba de piedra. Lo peor estaba por llegar. Lo supe, lo leí en la lluvia que se derramaba por el parabrisas del coche. Nos encaminamos a nuestro destino, sin saber que los días claros se habían acabado para nosotros tres.

Sé lo que está usted pensando. Esta confesión es demasiado vaga. No le he dado nombres, ni pistas. Solo son los desvaríos de un prisionero moribundo. De un loco. Pero así debe ser. Así quiere el Coleccionista que sea. Aún le quedan preguntas por responder, pero no están en esta celda. En esta celda solo hay muerte. La siento ya venir, ahora que he cumplido mi tarea, la misión por la que se me trajo aquí. Las respuestas que usted busca están sobre su cabeza. Vaya arriba y busque una tienda de color rojo. Ahí encontrará lo que está buscando.

Pienso en mi hermano. Pienso en mi padre. Pienso en Herschel. Les echo de menos. Ojalá hayan leído la carta. Ahora estoy preparado para volver a ellos. Ahora que por fin me he enfrentado a usted. Siento que usted me comprende. Usted sabe tan bien como yo lo que hay en el libro. Lo que no sabe aún es lo que significa. Aprenderá a aceptarlo, estoy seguro. Aún le queda camino por recorrer.

Este es el final de mi historia.

Pero la suya continúa, señor Lovecraft.

Lovecraft dejó aparte las hojas. La última palabra que había escrito aquel desconocido en su vida, una de las últimas que había pensado, había sido su nombre. Su nombre.

—¿Qué te pasa, Howard? —preguntó Sonia a su lado—. ¿Qué has leído?

—Querida, me reitero en mi apreciación anterior. La vida es absurda. Una absurda broma y, como dijo el bienamado bardo de Stratford, el resto es silencio.

—Mejor si me lo cuentas en otro momento. Tenemos que salir de aquí.

Lovecraft se levantó bruscamente. Una inusual determinación ondeaba en su rostro como una bandera de paz.

—Lo que tenemos que hacer, querida, es dar de una vez por todas con Belknapius, al mismo tiempo que ponemos fin a esta locura.

Dicho lo cual, echó a andar con decisión hacia el pasillo.

—¿Qué...? —Tuvo tiempo de preguntar Sonia, pero él ya se perdía en la

oscuridad—. ¡Howard!

Lovecraft apartó la puerta de hierro de un empujón. Enfiló sin rastro de duda hacia el mismo túnel por el que había desaparecido Justin. Sonia se le quedó mirando, pasmada. Cuando Lovecraft alcanzó la entrada del túnel, se volvió hacia ella, con el ceño fruncido.

—¿Vienes?

Sonia apretó el paso.

—Esto es la mayor estupidez que hemos hecho en nuestra vida, Howard —susurró, agarrada a su brazo—. No sabemos qué más vamos a encontrar en estas cuevas...

—Oh, he cometido estupideces mayores, querida. Estupideces mucho mayores.

Por primera vez, Lovecraft supo reconocer el momento de abrazarla. Puso toda su fuerza de voluntad en romper la parálisis que atenazaba sus brazos. No lo consiguió.

—Quizá deberíamos buscar armas antes de continuar —sugirió tras un carraspeo.

—No. Nada de armas, por favor. Que no muera más gente.

—¿Eso nos incluye a nosotros?

Sonia sonrió. Meneó la cabeza.

—¿Recuerdas tu primera visita a Nueva York?

Él tomó su sonrisa y la transformó en una mueca lánguida.

—Me viste acariciar el gato de tu vecina, la señora Spencer, y te lamentaste de que desperdiciase mi cariño con un animal.

—Sí. —Se acercó más a él—. ¿Y qué me dijiste?

—«¿Cómo podría una mujer amar un rostro como este?» —dijo, acariciándose el mentón en el que empezaba a asomar una tímida barba adolescente—. ¿Qué respondiste tú?

—«Una madre podría. Y algunas que no son madres también».

Lovecraft se vio a sí mismo alargar una mano y entrelazar los dedos con los de ella.

—Vamos a descubrir el final de esta historia. Juntos.

Continuaron en silencio. Sonia se enfadó consigo misma. Por el amor de Dios, tenía cuarenta y seis años y se estaba ruborizando. Una emoción mayor se tragó el enfado y el rubor. Habían escapado con vida. De momento.

A medida que el corredor ascendía, el hongo resplandeciente se iba volviendo más escaso. Pronto se verían sumidos en la oscuridad más absoluta. De repente atisbaron una luz artificial a pocos metros de ellos. Terminaron en una oquedad pequeña donde brillaba una lámpara eléctrica. El cable de la lámpara colgaba junto con una escalera de mano que ascendía unos cinco metros hacia una abertura. Llegó hasta ellos un estruendo de disparos y gritos.

—El peligro por fin llama a nuestra puerta —dijo Lovecraft—. Si no te importa,

querida, iré primero. No me perdonaría que te sucediese algo.

Sonia se quedó sin habla unos segundos. Para cuando pudo articular palabra, él ya ascendía con torpeza. Empezó a subir tras él, preguntándose qué había leído en aquellas hojas.

Cuando llegaron arriba, se encontraron en mitad de una batalla campal.

Estaban en una especie de campamento del ejército. Había enormes tiendas de campaña por doquier. No tuvieron tiempo de apreciar nada más. Sonó un grito a su espalda. Lovecraft se giró, para ver a un soldado francés caer al suelo bajo el ataque de una de las cosas que les habían perseguido en la medina de Damasco. Lovecraft soltó un grito. El *djinn* y el soldado rodaron por el suelo. Varios disparos les hicieron agachar la cabeza. Se arrastraron por la arena y se protegieron detrás de un montón de cajas amontonadas.

Había gente corriendo por todos lados. Varias tiendas estaban ardiendo. Sonó una explosión, y luego otra. Se sucedían los disparos. Era muy difícil orientarse en mitad de aquel caos. Pasaban corriendo soldados franceses, mezclados con los trabajadores de abajo y con otros árabes de vestimentas extrañas. Todos disparaban contra todos, se apuñalaban, esgrimían armas improvisadas. Saltaban chorretones de sangre. El griterío era atroz. Y en medio de aquel pandemio se arrastraban los *djinns*. Caían sobre los heridos, sus lamentos hacían huir despavoridos a los que aún luchaban.

Sonia y Howard se abrazaron.

—¿Qué hacemos? —gritó ella.

Lovecraft miró en derredor. Sus labios volvieron a apretarse.

—Vamos a entrar allí.

Señaló a una tienda hecha de lona roja. Había un pulpo dibujado en uno de sus laterales.

—Oh, Dios, Howard, nos van a matar. —Le agarró por el brazo—. ¿Qué hay ahí dentro?

Él la miró a los ojos.

—La última pieza del rompecabezas. En esa tienda está la explicación de por qué estamos aquí. De por qué han raptado a Belknapius. De por qué ha muerto Bob.

Sonia se secó las lágrimas de las mejillas sucias.

—No sé si estoy preparada para entrar ahí —dijo, sin disimular el nudo que tenía en la garganta—. Quiero irme a casa.

Lovecraft la agarró de los hombros.

—Estoy contigo, querida. No sería propio de un caballero dejar que su dama se llevase un disparo en su lugar.

Sonia se lo quedó mirando como una boba. Maldita fuera aquella emoción que le arrebatava las palabras. Howard se arrastró hacia la tienda. Ella le siguió. Las balas pasaban sobre sus cabezas, pero nadie parecía prestarles atención.

Howard llegó al pie de la lona. Se volvió y le guiñó un ojo. Luego la levantó y se introdujo dentro.

Sonia esperaba encontrarse en una especie de corazón del imperio del mal. Esperaba encontrar esclavas ligeras de ropa, enormes guardianes de piel oscura empuñando alfanjes, un trono hecho de oro en el que se sentase un taimado individuo cubierto con una túnica brillante y dedos repletos de anillos engarzados con piedras preciosas, a los pies de un lecho de calaveras.

Lo que había en la tienda era un hombre de mediana edad en camisa y tirantes, acurrucado junto a un mueble de aspecto caro. Empuñaba una pistola de pequeño tamaño. Se les quedó mirando un segundo y luego les apuntó a los dos intermitentemente.

—Howard Phillips Lovecraft, presumo.

Lovecraft inspiró hondo.

—Sonia, permite que te presente al señor John Raskob.

La sombra sobre Cascais

21 de octubre, 1931

El autocar les dejó en mitad de un camino de tierra a un kilómetro de distancia. En otras circunstancias habría sido un paseo agradable al sol del atardecer, pero las piernas de Pessoa habían visto mejores días. Long se ofreció para cargar con las mochilas de ambos.

Pronto se hizo patente que no iban a llegar al pueblo hasta después de la puesta de sol. Pessoa caminaba a ritmo lento. Refugiaba su honor en la contemplación del paisaje, y Long prefería no ahondar en la pena que transmitía su mirada acuosa. El camino no era más que una línea de tierra entre la exuberante vegetación, que se iba volviendo más escasa a medida que el olor a agua salada invadía el aire. De pronto se abrió el paisaje, como si Cascais hubiese estado agazapado detrás de una curva, esperándoles. El arañazo terroso descendía un centenar de metros hasta las primeras casas, construcciones bajas hechas con una piedra de apariencia tan sólida como el pasado. A lo lejos, el sol rozaba el océano, que se presentaba como una incomprensible mancha oscura. El cielo ardía. Juntos, sol, océano y cielo, se enzarzaban en un baile para el que no existían palabras.

Long se detuvo, más acuciado por los resuellos de Pessoa que por la vista. Le dolía la espalda. Estaba literalmente chorreando sudor. Preveía que esa noche le visitarían unos galantes calambres en las piernas. Se mantuvo en silencio hasta que el escritor llegó a su altura. Le ofreció el brazo.

—Hemos llegado, señor Pessoa.

—No —contestó él—. Aún queda un trecho hasta los acantilados. Pero si quiero llegar con vida, más vale que hagamos noche en Cascais. Pronto lloverá.

No añadió nada más. Long tampoco. En los pocos días que habían pasado juntos, había aprendido cuánto valoraba los silencios aquel hombre menudo y complejo, tanto propios como ajenos. Le habría gustado deleitarse con la visión del Atlántico, pero a la vista de aquel pueblo menudo y contrahecho tuvo que admitir que lo que sentía era una suerte de temor amortiguado. La Boca del Infierno no estaba lejos. Era una idea preocupante.

Recorrieron el resto del camino hasta Cascais en lo que tarda en llegar la noche. La oscuridad cubrió las casas con un manto siniestro. Se sintieron muy pequeños. Las paredes se inclinaban unas hacia otras como amantes separados que luchan por intercambiar secretos. Estaba nublado. No había farolas. Tampoco había gente. Las calles eran estrechas y retorcidas como una herida mal curada. Olía a bosta de vaca, a sal, a silencio.

Para cuando llegaron a la plaza mayor, las primeras gotas habían salido a recibirles. Empezaron tímidamente, apenas un roce en la mano, el contacto juguetón del agua que cae por casualidad en la mejilla. Pero cada gota llevaba dentro la promesa del chaparrón que se gestaba sobre sus cabezas.

En mitad de la plaza había una fuente. A plena luz del día habría sido una sirena, pero en aquella oscuridad era una forma siniestra, mitad hombre y mitad pez, que proyectaba una sombra alargada y deforme bajo la única luz que fueron capaces de encontrar. En el otro extremo de la plaza se veía el resplandor de unas ventanas encendidas.

—Es ahí —dijo Pessoa—. La pensión donde nos alojamos la última vez.

—¿Usted y Crowley? —preguntó Long. Le respondió el silencio.

La pensión tenía nombre de mujer, y un cartel que aspiraba a reproducir la silueta de la sirena en la fuente. La realidad parecía más bien un manchurrón de óxido. La sangre del hierro, pensó Long.

Entraron.

Parecía imposible, pero el interior se le antojó a Long más oscuro incluso que el pueblo. La lluvia empezó a descargar con fuerza en el mismo momento en que atravesaron las puertas. Una deferencia desacostumbrada. Una campanita en la puerta tañó con un sonido torpe. Al otro extremo de un recibidor hecho de listones de madera de ataúd había un mostrador desangelado. Detrás de él se abrió una puerta, que vomitó un hombre enjuto con la piel del color del mármol.

Long sacudió la cabeza. Este clima se te está metiendo en el cerebro, Belknapius. Deja de pensar así.

Pessoa tomó la iniciativa. Hubo un trueque, frases mojadas del escritor a cambio de monosílabos del hombre gris. Long se descubrió prestando atención, intentando cazar palabras amenazantes. De los labios de Pessoa surgió el nombre *Boca do Inferno*. El hostelero reaccionó arrugando su rostro ya arrugado. Algo se endureció en su mirada, algo que decapitó la conversación entre los dos hombres. Hurgó debajo de la mesa. Dejó una llave sobre el mostrador, como quien se desprende de un animal muerto y lleno de gusanos.

Pessoa dejó que su silencio se despidiera por él. Agarró la llave y se volvió hacia Long.

—Descansemos.

Subiendo la escalera, a Long se le ocurrió interrumpir los quejidos torturados de los escalones.

—¿No vamos a cenar?

—No es animadversión. No es antipatía, ni recelo, ni cautela. Es simplemente el Atlántico, que se te mete dentro en noches como esta. No se lo tome a mal. Es muy posible que en primavera, cuando la pesca es abundante y el sol hace hervir la cal en

las paredes, pueda verse alguna sonrisa asomando en las caras de esta gente.

En la ventana, la lluvia les llamaba con dedos de vampiro. Las habitaciones eran sobrias hasta extremos presidarios. Pessoa se había sentado en el escritorio, como le correspondía. Un cristo marrón de facciones borrosas agonizaba en la pared tras su cabeza. Long se bañaba en su mutismo sentado en una de las dos camas, esperando el momento adecuado para preguntar:

—¿Qué es lo que vieron allí, señor Pessoa? ¿Qué hay en *Boca do Inferno*?

Fernando Pessoa dejó hablar a la lluvia por unos segundos. Se acarició la barbilla con una mano que ya conocía la unción del vitíligo. Su bigotito se movió de izquierda a derecha.

—Jamás creímos salir de allí con vida. Estuvimos encerrados varios días. Quizá fueron incluso semanas, nunca llegamos a ponernos de acuerdo. El océano se nos tragó, pero no nos encontró de su agrado. Los portugueses somos correosos, y me imagino que Aleister tiene un sabor amargo como nacer. Nos escupió en una playa no lejos de aquí. Nos miramos, y él empezó a reír. Reía y reía con unas carcajadas perrunas, desagradables, como nunca le había oído antes. Tampoco le había visto morir antes. Hemos vuelto, Fernando. Hemos vuelto para contarle. Y seguía riendo.

Su voz se hundió en las profundidades del recuerdo. Long esperó pacientemente hasta que volvió a resurgir.

—Acordamos no hablar nunca de lo que habíamos visto ahí dentro. Yo le estreché la mano sabiendo que no cumpliría su promesa. Por mi parte, no es honor lo que me obliga a callar. Es miedo. Aunque sí me atreveré a devolverle una pregunta, señor Long: ¿está seguro de que quiere ir a la Boca del Infierno? Esta podría ser su última oportunidad de dar la vuelta.

Long meditó sus palabras, porque sabía que así lo quería aquel hombrecillo hecho de pausas y penas. Ya no podía dar la vuelta, pensó. Su casa estaba hacia delante, más allá de ese animal cruel y gigantesco que era el océano. A su espalda solo había muerte. Howard y Sonia habían desaparecido, y la única pista que se le ocurría para encontrarles eran aquellos acantilados de la locura.

Eso se disponía a responder, cuando le interrumpió un chasquido de ramas rotas.

Estaban intentando abrir la puerta.

Un escalofrío eléctrico le sacudió desde la base de la columna hasta los brazos. El pomo estaba girando. Tras el señor Pessoa, el Cristo apartaba el rostro perdido en su agonía.

El pomo encontró un tope. La puerta no se abrió. La llave estaba echada. Long miró a Pessoa con una mezcla de desconcierto y gratitud.

—¿Quién es? —preguntó absurdamente, movido por un impulso.

Le respondió un coro de gruñidos y exabruptos. Un golpe hizo temblar la hoja. Varias voces blasfemaban en perfecta sintonía.

—No me había esperado esto —comentó Pessoa en tono neutro. Sonaba como un hombre al que acaban de acusar de un delito del que creía haberse librado.

—Tenemos que salir de aquí. —La puerta volvió a retumbar. Long se abalanzó hacia la ventana—. La van a echar abajo.

Era un primer piso. Si se descolgaban, tendrían una caída de algo menos de dos metros. Miró a Fernando Pessoa. Su fragilidad le envolvía como el aura de un santo. Una nueva embestida hizo saltar un gozne. Eso despejó sus dudas.

—Vamos, señor Pessoa. Por la ventana.

Él recibió la noticia con una calma manchada de escepticismo. No dijo nada, se limitó a levantarse. Long se encaramaba ya al poyete.

—Yo saltaré primero. —Otro golpe—. Intentaré frenar su caída desde abajo, ¿le parece?

Pessoa asintió. Con el corazón galopando en el pecho, Long se sentó en el poyete. Así, con los pies colgando, se le antojó que era el aventurero más desastroso de la historia. Se sujetó con las manos y dejó caer su peso hacia el otro lado. Vio la cara de luna menguante de Fernando Pessoa asomada a la ventana, sobre él. Abrió las manos y se encontró volando. El suelo le recibió con un beso adoquinado. Se hizo daño. En el mismo momento, oyó sobre su cabeza el inequívoco sonido de una puerta que se rompe.

Fernando Pessoa no abrió la boca cuando un enjambre de manos se cernió sobre él. Le taparon la boca, los ojos, le agarraron de la pechera y de las mangas. Quizá pudo haberle pedido ayuda, o exhortado a huir, pero no tuvo tiempo. La ventana se lo tragó como un animal de gran tamaño que engulle un parásito molesto. Luego sucedió lo más aterrador de todo: la luz del cuarto se apagó.

Long tragó saliva. El chaparrón caía sobre él casi con saña. La calle lateral a la plaza seguía una sinuosa curva y se internaba en una nada negra. Oyó gritos. Se sintió de pronto un ratón atrapado en un laberinto sin más premio al final que su propia vida.

Izquierda o derecha, no podía ir a los dos lados y ninguno parecía más halagüeño que el otro. Llegar a la plaza le expondría. Por otro lado, la dirección opuesta suponía internarse en aquel laberinto negro. Los gritos crecieron. Aún luchaba con la duda cuando decidieron por él.

Un grupo de figuras apareció en el extremo de la calle que desembocaba en la plaza. Bajo la escuálida luz de las ventanas, apenas se apreciaban contornos deformes y bestiales. La cortina de agua que les separaba no ayudaba. Frank Long no se detuvo a vislumbrar qué eran. Dio media vuelta y echó a correr como alma que lleva el diablo, o más bien como alma a la que persigue el diablo.

Todas las calles eran la misma. Frank Long corría. Luchaba contra la lluvia que se metía a bocanadas por sus ojos, su boca, su nariz. Tropezaba y caía y se volvía a

levantar. Se les oía gruñir. Les tenía cerca. Daba vueltas como un loco, sin saber adónde iba ni dónde estaba. Así fue como el océano le encontró.

Las calles le escupieron a un terraplén que descendía hacia la playa y se alejaba del pueblo. Estaban cerca. No pensó en otra alternativa. Descendió, y ese momento fue el que eligió la tormenta para despertar.

Las nubes estaban encima del pueblo. Un rayo trajo el mundo a la vida con un resplandor salido de los cuentos de Radcliffe y Maturin. El trueno le llenó de terror. La playa era inmensa. El océano la abrazaba como una bestia celosa. Las olas restallaban reclamando atención. La tormenta no quiso ser menos. Otro rayo se descargó a lo lejos, descorriendo de nuevo el telón que cubría al mundo.

La iglesia de Cascais se alejaba del pueblo. Surgía de entre las casas como una protuberancia maligna. El campanario respondió al trueno con un tañido húmedo y enfermizo, la llamada de un miserere. De la entrada de la iglesia brotaba un camino que descendía directamente hasta la playa y se internaba en el agua. Long dedicó una fracción de segundo a preocuparse por quién recorrería ese camino, y en qué sentido. Luego vino la oscuridad. Las campanas volvieron a gemir. Un tercer relámpago les respondió. Esta vez iluminó mucho más de lo que Long habría querido ver.

Un grupo de figuras se acercaba a él a través de la arena. Caminaban despacio, seguros de tenerle ya en su poder. Estaban tan empapados que podrían haber surgido del mar. El trueno les dio la bienvenida. Long intentó retroceder. Un par de pasos en la oscuridad, y un nuevo resplandor les reveló más cerca aún. Long tragó saliva. Las piernas no le sostuvieron. Cayó sobre la arena, al tiempo que el mundo volvía a apagarse. La lluvia ahogaba. El océano desgranaba su canción de furia y sal.

Cuando el cielo se iluminó de nuevo, alargaban ya sus manos hacia él.

Eran todas mujeres.

La humedad calaba hasta los huesos, incluso en el interior de la iglesia. A buen seguro pillaría una buena pulmonía. Eso, por supuesto, si conseguía salir vivo de allí. Ver a Fernando Pessoa a su lado podría haberle aliviado, pero no fue así. El hombrecillo gris miraba al suelo con aire resignado, atado a la silla igual que Frank Long.

Las mujeres les rodeaban. Jóvenes, niñas, ancianas. El agua de lluvia goteaba de sus manos, de sus mandíbulas apretadas. Permanecían inmóviles como arpías esperando para caer sobre su presa. Lo peor de todo era el silencio. No era el mismo silencio que el de Fernando Pessoa, sino una terrible anticipación, la seguridad de que algo horrendo les iba a suceder. Había metal candente en aquellas miradas. Long no pudo soportarlo más.

—Señor Pessoa —llamó—. Por favor, señor Pessoa.

El poeta volvió la cabeza en su dirección.

—Pregúnteles qué quieren de nosotros, por favor.

Él suspiró.

—Creo que está muy claro lo que quieren, señor Long.

Una de sus captoras soltó un par de frases talladas en leño, como si hubieran escapado de sus labios a traición. Era una mujer madura. Tenía la nariz puntiaguda y un matojo de patas de gallo aderezándole los ojos. Dos mechones blancos le tiznaban una melena mojada y negrísima. Por algún motivo incomprensible, Frank Long sintió una aguda atracción hacia ella. Se movió un poco en la silla para disimular la erección.

—Creo que ha llegado el momento, señor Long —anunció Pessoa—. Quieren saber por qué queríamos ir a *Boca do Inferno*. Me temo que cuando se lo digamos nos matarán.

—Eso es imposible —tartamudeó—. No pueden matarnos así como así. Hay gente que sabe que estamos aquí.

—Yo no tengo a nadie —manifestó él en tono neutro—. ¿Y usted?

Long respiró hondo para ahogar el sollozo que le burbujeaba en el pecho.

—Dígales que venimos buscando a mis amigos. Que los perdí en Berlín. Que me mataron, pero volví. Que en toda mi vida no he tenido a nadie que me comprenda tanto como Howard Lovecraft. Por favor, dígales que no quiero morir sin saber que él está bien, que... que...

La voz de Long había ido decayendo poco a poco hasta casi desaparecer. La mujer alzó la mano. Ladró otro par de palabras a Pessoa. Long se encogió de hombros mentalmente. Tanto daba ya.

Pessoa habló mucho rato. Las mujeres escucharon con atención. Las olas restallaban cerca y lejos al mismo tiempo. Las llamas en los candiles incitaban a las sombras a bailar una danza de serpientes. Sobre el altar había una gruesa cruz sin ocupante.

Pessoa terminó su explicación. Durante unos segundos, no sucedió nada. Entonces la primera mujer dijo una frase. Palabras cortas, hirientes. Las demás reaccionaron como si hubiese sonado un pistoletazo en una carrera. Se dirigieron a la salida. Abrieron las puertas y la tormenta rugió aún más fuerte.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Long—. ¿Por qué se van?

Pessoa no habló hasta que estuvieron a oscuras, atados en mitad de una iglesia vacía en uno de los lugares donde antaño se creía que terminaba el mundo.

—Ha dicho que nos dejan en manos del sacerdote nuevo.

—¿Y quién es el sacerdote nuevo?

—Yo.

La voz sonó potente y grave en la iglesia vacía. Long soltó un chillido.

Algo chasqueó en algún punto de la negrura. Se encendió un quinqué de aspecto grande y aparatoso. El hombre que lo portaba se acercó a ellos. Era alto, con un rostro

plano y afilado que le daba aspecto amenazador. Se le notaba incómodo con la sotana. Dejó el quinqué a un lado, se sentó en un banco frente a ellos y les habló en un inglés con un ligero acento.

—Soy el padre Paolo Ardolino. ¿Qué tal si me cuentan a mí la historia que no les han contado a las mujeres de Cascais?

El temporal había empeorado a la mañana siguiente, si eso era posible. El padre Ardolino había escuchado con atención toda su historia, sin hacer preguntas, fumando un cigarrillo tras otro incluso dentro de la iglesia. Al final consintió en desatarles, e incluso les permitió dormir en la sacristía. Cuando despertaron, había preparado un modesto desayuno y café fuerte en un termo.

—¿Para qué es todo esto? —preguntó Long.

—Hoy vamos a ir de excursión.

A la luz del día, Frank Long pudo observarle mejor. No parecía en absoluto un sacerdote de pueblo, mucho menos de un pueblo perdido en Portugal.

—Usted no es de por aquí.

—Soy romano. Al Vaticano le interesa enormemente este pueblo. Creemos que las almas de los habitantes de Cascais están particularmente en peligro. Siempre debe haber un párroco para cuidar de la iglesia y de su congregación. Por desgracia, ha pasado más de un año desde que el anterior párroco desapareció. Cascais no está muy bien comunicado, así que hasta hace pocas semanas no me enviaron a mí.

—Debe de tener usted mucho trabajo, entonces —ironizó Long, pero bajó la vista ante la expresión ceñuda de Ardolino—. Disculpe.

—No se preocupe. Su llegada es providencial: nadie mejor que ustedes para acompañarme a ver la fuente de nuestras preocupaciones.

—*Boca do Inferno* —señaló Fernando Pessoa, que hasta entonces había estado callado.

Ardolino bajó la voz.

—Usted sabe qué hay ahí abajo, ¿verdad? Sabe qué esconden esos acantilados.

Pessoa no respondió.

El sacerdote le dedicó una mirada tan intensa que Long pensó que el café iba a hervir de nuevo. El poeta se la sostuvo como quien se mira los zapatos mientras los lustran. Al final, Ardolino se levantó bruscamente y salió de la sacristía.

—Les estaré esperando fuera. Coman bien. Necesitaremos energía.

Boca do Inferno estaba apenas a un paseo del pueblo. Al otro lado de una colina, la tierra se interrumpía abruptamente en una escarpada caída de varios metros, como si un monstruo mitológico hubiese desgarrado el continente de un mordisco. En el fondo del acantilado se abría una abertura de tamaño considerable. Las rocas afiladas y la furia de las olas que batían contra ella le daban un aspecto feroz. Long apreció que la poca luz que dejaban pasar los nubarrones negros se aliaba con el océano y

producía un extraño efecto óptico. Daba la impresión de ser una garganta muy, muy profunda.

—Bienvenidos a la boca del infierno —dijo el sacerdote en tono rimbombante—. Estoy ansioso por saber cómo demonios quieren bajar ahí.

La tormenta se había desinflado hasta convertirse en una llovizna incesante y molesta. A cambio, el viento había arreciado de tal manera que parecía llover desde todos lados al mismo tiempo. De vez en cuando, las nubes se iluminaban con un resplandor lejano, como si el cielo les recordase que no había dicho su última palabra. Long contempló los salientes rocosos con aprensión.

—Es imposible. Está todo mojado.

—Aquí siempre está mojado —respondió Ardolino—. Llevo en este agujero tres semanas y no ha parado de llover ni un solo día.

—No podemos esperar a que deje de llover. ¿Dónde podríamos encontrar equipo de escalada?

—En Lisboa.

Entonces Fernando Pessoa echó a andar hacia el acantilado. El viento hizo girar sus palabras antes de engullirlas.

—Sígueme, caballeros.

Empezó a rodear un saliente rocoso sin más explicaciones. Long sintió cómo su estómago se encogía al ver a Pessoa descolgarse por un lado del precipicio y empezar a descender.

—¡Señor Pessoa! —exclamó—. ¡Eso es peligroso!

El poeta se detuvo.

—Lo que hay detrás de usted también es peligroso, señor Long. Como en la vida, solo hay que saber dónde poner los pies. Confíe en mí, he recorrido antes este camino.

El camino al que se refería Pessoa no era más que una serie de relieves más pronunciados en la cara virulenta del acantilado. Desde arriba era imposible distinguirlos del resto de las rocas, mientras que desde abajo ninguna barca o nadador llegaría jamás a acercarse lo suficiente. No si las mujeres de Cascais hacían bien su trabajo e iluminaban la costa en la tormenta.

Siguieron la línea que marcaban los escalones hasta la entrada. Pessoa iba en cabeza, seguido de Long. El padre Ardolino cerraba la marcha, la sotana arremangada cómicamente hasta la cintura. Long descubrió que era más fácil de lo que parecía. Solo había que apoyar el pie con cuidado en el mismo sitio donde lo apoyaba Pessoa y pegarse a la pared con toda su alma cuando el viento lanzaba aquellas ráfagas. El hombrecillo se movía con decisión. Era difícil no admirarle, pensó Long.

Llegaron hasta la entrada de la cueva. Los salientes continuaban en un lado de la garganta, introduciéndose en la oscuridad.

—¡Espere! —gritó entonces Ardolino—. ¡Ahí dentro está oscuro!

Pessoa continuó avanzando como si no le hubiera oído. Long miró atrás. Ardolino estaba aterrorizado. Se dio cuenta por su expresión de que no era el acantilado lo que causaba aquel pavor. Las olas estallaban a su alrededor con una potencia estremecedora. El océano no quería que estuvieran allí.

—¡Padre, tenemos que continuar!

—¡No me llame padre! —aulló él—. ¡Maldita sea, no me llame así! ¡Ahí dentro está oscuro, joder! ¿Por qué demonios me han traído aquí?

Consciente de que hacía una temeridad, Long soltó una mano de su agarre y tocó la del sacerdote.

—Ahora no podemos volver —dijo—. No podemos dejar al señor Pessoa solo. No tenga miedo, estaremos con usted.

Ardolino resollaba. Long estuvo seguro de que parte de la humedad en su frente era sudor, no solo agua salada. Apretó su mano con más fuerza, consciente de que otra racha de viento podría arrojarle al mar con facilidad.

—Ya ha llegado hasta aquí. Solo un paso más y encontraremos lo que estamos buscando.

—¿Y qué pasa si no es un paso más? ¿Qué pasa si esa cueva no se acaba?

Long meneó la cabeza.

—No lo sabremos si nos quedamos aquí.

Empezó a seguir a Pessoa. No había recorrido ni cinco pasos cuando oyó un exabrupto. Ardolino iba detrás de él, el rostro blanco y desencajado.

Se introdujeron en la Boca del Infierno.

Estaba oscuro. Muy oscuro.

Ardolino gemía.

La voz de Fernando Pessoa despuntó por encima del estruendo de las olas.

—Aquí hay un saliente. Si se dejan caer a su derecha, estarán en un camino estrecho pegado a la roca. No se aparten mucho.

Long respiró hondo. Pessoa les pedía poco menos que un salto de fe. La humedad y el olor eran terribles. La caverna amplificaba el sonido del mar. Se dejó caer y aterrizó en suelo firme, pero comprobó enseguida que se acababa apenas a un metro de la pared.

La voz de Ardolino llegó hasta él en un hilo tenso.

—No puedo moverme.

—No hay nada que temer, padre. El señor Pessoa tiene razón. Hay un saliente. Estamos seguros.

—Está oscuro. Hay piedras sobre nuestras cabezas.

—No se muevan —dijo Pessoa entonces—. No hagan ningún movimiento.

—¿Por qué? —exclamó Ardolino—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha visto? ¿Qué hay en la

cueva? Oh, Dios...

—Cálmese, padre, por favor.

Pasaron los segundos. Las olas seguían rompiendo contra la entrada, aunque apenas llegaban hasta ellos. Era más la combinación de la oscuridad mezclada con el tremendo estallido. Y por supuesto, la incertidumbre de lo que estaba haciendo Pessoa. Long apoyó la cabeza contra la pared. ¿Qué harían si oían un chasquido, un murmullo, un gruñido, el ruido de algo voluminoso que se acercaba a ellos? ¿Qué harían si oían gritar a Pessoa, si les pedía auxilio o, peor aún, si les gritaba que corriesen por sus vidas? Long cerró los ojos con fuerza y pensó en Howard. Howard tiene que estar aquí, en algún lugar. Se lo llevaron de Berlín y lo trajeron aquí. Howard tenía...

Se oyó un chasquido.

Un murmullo.

Luego se encendió una luz.

Un resplandor eléctrico se iluminó no lejos de donde estaban. La silueta de Pessoa se perfiló debajo.

—¡Luz! —gritó Ardolino.

—Vamos —le conminó Long, casi sin aliento.

El sacerdote, envalentonado, pegó un salto y cayó a su lado. Ambos se dirigieron hacia Pessoa. Una lámpara eléctrica colgaba del techo. El agua desaparecía bajo sus pies, internándose en las profundidades de la roca. A partir de ahí era todo piedra.

De la lámpara eléctrica surgía un cable que se internaba en la cueva. A pocos metros, una lámpara idéntica iluminaba otra sección. Ardolino las contempló fascinado, como si hubiese descubierto al Espíritu Santo debajo del pueblo de Cascais.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Long—. ¿Quién se ha tomado las molestias de construir un tendido eléctrico en una cueva inaccesible?

—Sospecho que no es tan inaccesible —comentó Pessoa—. Por desgracia, este es el único camino que conozco. Fue el que recorrí con Aleister Crowley la primera vez.

Al oírle, Ardolino compuso una expresión sorprendida.

—¿Conoce usted a Aleister Crowley?

Pessoa le respondió con una mirada plana.

—¿Le conoce usted?

Ardolino desvió la vista. Carraspeó.

—Ahí dentro puede ser peligroso. Quizá deberíamos volver...

Pessoa se cruzó de brazos.

—Este sería un buen momento para que nos diga quién es usted en realidad.

Ardolino retrocedió un paso.

—No sé de qué me está hablando.

Pessoa le siguió taladrando con su mirada de siglos.

—Usted no es sacerdote. El Vaticano no se interesa por Cascais más de lo que se interesa por todo Portugal. Usted no es el reemplazo del padre Carvalho. Yo vi morir al padre Carvalho. El padre Carvalho era un sacerdote. Usted no.

Ardolino dio otro paso atrás, como si le hubieran abofeteado. Long le contempló. No supo si era la magia de las palabras de Pessoa, pero de pronto le pareció obvio que aquel hombre brusco era lo opuesto a un sacerdote católico. Él echó un vistazo atrás, como si ponderase las posibilidades de escapar. El océano le devolvió la mirada. Hundió los hombros.

—Está bien. Claro que no soy cura. Maldita sea, ni siquiera puedo creer que la gente de Cascais se lo haya tragado tanto tiempo.

—A veces la gente está ansiosa por creer —comentó Pessoa—. Sobre todo en un sitio como este. ¿Qué hace aquí?

—Lo mismo que ustedes. Busco el Necronomicón.

—¿Qué? —exclamó Long con voz de gallina.

—Me dedico a... soy una especie de consultor para gente con muchos recursos que prefiere mantenerse en el anonimato. Me encargo de agenciarles obras de arte y otras rarezas.

—Es usted un ladrón —tradujo Long.

—Como usted quiera. Estuve en la subasta del Museo Británico el mes pasado. Asistí al escándalo que se montó. Se me ocurrió que muchos de los asistentes pagarían dinero por ese libro. He pasado las últimas semanas buscándolo, y mis pesquisas me han traído hasta aquí.

—Aleister Crowley —dijo Pessoa, y sonó como un insulto.

—Entre otros —admitió Ardolino—. Me enteré de la desaparición del padre Carvalho, y me pareció una buena idea hacerme pasar por cura e indagar un poco en el pueblo. Me imaginaba que los acantilados tendrían que ver con el libro de alguna manera. —Desvió la vista—. Solo había un problema.

—Tiene usted nictofobia —dijo Long.

Ardolino negó.

—En realidad es claustrofobia. La mayoría de las veces puedo controlarla, sobre todo cuando sé que estoy acompañado. Pero hay algo aquí que me pone muy nervioso.

—No es para menos. Hay algo aquí que nos pone nerviosos a todos.

Ardolino les enseñó las palmas de las manos.

—No he matado a nadie. Sí, he engañado a la gente de Cascais, pero no les he robado nada. No quiero más que lo que quieren ustedes. Solo he usado otros métodos.

Long miró a Pessoa interrogativamente. El poeta dejó pasar unos segundos en los

que solo hablaron las olas. Luego se encogió de hombros.

—Yo que usted me desprendería de esa sotana. Se va a tropezar.

—Joder. Joder, joder, joder, maldita sea, joder.

La reacción de Ardolino ante el cadáver no pudo ser más explícita. Cada uno lidió con la visión de la manera que pudo. Frank Long se apartó corriendo y vomitó junto a una pared. Pessoa, por su parte, se quedó de pie, delante del cuerpo atado al poste, la mirada perdida.

Las primeras moscas habían aparecido unos metros más adelante. El olor del mar fue dando paso poco a poco a otro. Un hedor mucho más penetrante, dulzón y nauseabundo, que trepaba por las paredes y se introducía por la fuerza en su nariz y en su boca, dándoles el regalo de unas perfectas náuseas. Al poco, el cableado eléctrico se interrumpió de manera brusca. Justo ahí empezaba el musgo. Las paredes estaban cubiertas de un hongo grueso y verdoso que despedía una luminiscencia enfermiza. Bajo su resplandor podían ver perfectamente, aunque habrían deseado no hacerlo.

La garganta de *Boca do Inferno* terminaba en una enorme cueva de techos abombados. El musgo cubría las paredes. En un lateral habían dibujado un pulpo, cuyos tentáculos cegaban el hongo y se extendían más de tres metros en todas direcciones. Otros pasadizos huían hacia la oscuridad.

En el centro de la cueva había un cuerpo atado a un poste. Estaba medio podrido. La humedad y los insectos se habían ensañado con él. Sus manos estaban atadas, y el cuerpo caía hacia delante en actitud sumisa. Era imposible saber si era un hombre o una mujer.

Le habían arrancado la piel.

Frank Long se limpió la boca con la manga. Las piernas le temblaban. Cerró los ojos, volvió a respirar hondo tres veces más y se dio media vuelta. Ardolino se cubría los ojos con la mano. Pessoa permanecía impávido delante del cadáver. Long se obligó a contemplarlo de nuevo, preso de una súbita y funesta idea. Era más bajo que Howard, y bastante más corpulento. Las moscas se amontonaban en los orificios de sus ojos. Como si hubieran estado todo ese tiempo esperando a que ellos perturbasen el aire a su alrededor, un chorro de gusanos cayó de su boca sin labios.

Long vomitó de nuevo.

Pasó mucho tiempo hasta que volvió a sentirse entero. Rodeó el cadáver con paso inseguro. En el suelo de la cueva, alguien había dibujado el mismo pulpo que había en la pared. El poste estaba clavado en el centro. Había hojas medio podridas por todas partes. Cogió una y estrechó los ojos.

—«Lo que ha surgido ahora puede hundirse» —leyó con dificultad—, «y lo que se ha hundido puede surgir. La abominación espera y sueña en las profundidades del mar, y sobre las vacilantes ciudades de los hombres flota la destrucción»... Oh, Dios

mío.

La voz de Ardolino le sobresaltó.

—¿Qué es eso?

Long dejó caer el papel al suelo.

—Es un fragmento de *La llamada de Cthulhu* —anunció tristemente—. Una historia de Howard Lovecraft.

—No entiendo nada. ¿Qué ha pasado aquí?

—Aquí pasaron muchas cosas —dijo Pessoa—. Este es el padre Carvalho. Si alguno de ustedes reza, les agradecería que le tuvieran en sus plegarias la próxima vez que lo hagan.

—Por favor, señor Pessoa —articuló Long, y su propia voz le sonó atiplada y pusilánime—, explíquenos qué sucedió aquí.

Pessoa permaneció inmóvil.

—Se sacrificó por nosotros. Entramos los tres, como ahora. Crowley, él y yo. Nos descubrieron en el acto. Nos retuvieron aquí durante semanas. Pero él nos dio la oportunidad de escapar. Nos lanzamos al agua. Sus gritos resonaban por toda la cueva.

—Pero ¿por qué? —Long le agarró de los hombros—. ¿Por qué le hicieron esto?

—Bibliopegia antropodérmica.

—¿Qué?

—Bibliopegia. El arte de encuadernar libros. Antropodérmica viene de *andros*, hombre, y *dermis*...

Long terminó por él.

—... piel. —Se sintió como un estúpido al hacer la siguiente pregunta. Pero, oh Dios, tenía que hacerla—. ¿Qué es lo que querían encuadernar?

—¿No lo ha adivinado ya? —respondió él en un hilo de voz—. No podían encontrarlo, así que decidieron crearlo de nuevo. Intentaron obligarnos a Aleister y a mí. Un escritor, un oficiante, una piel. Están escribiendo el Necronomicón.

Frank Belknap Long sintió cómo se le secaba la boca.

—Eso fue hace un año —dijo—. ¿Dónde están ahora?

Pessoa arrugó el semblante.

—Aquí no funcionó. Este no es el lugar donde se escribió el primer Necronomicón. Tiene que hacerse allí. Allí.

—¿Dónde? —preguntó Ardolino.

Se oyó un ruido.

Algo se acercaba.

Algo grande.

Nuestra arma secreta

22 de diciembre, 1931

La estación era un hervidero. El sol hundía dedos candentes en los adoquines, sorbiendo el agua de las plantas y de los cuerpos. Un ejército de viajeros se entremezclaba a una velocidad frenética. Se sucedían los anuncios a voz en grito de los revisores, las llamadas desesperadas de los rezagados, los cantos de los vendedores de baratijas. A un lado de la entrada a los andenes se amontonaban los tapices y las alfombras que los ociosos compraban a última hora. Olía a sudor, a mugre, a fritanga de carne especiada.

Un chico pasó al lado de Frank Long cargado con un enorme armatoste a la espalda. Vendía agua. Long negó con la cabeza y apretó contra sí su maletín. Intentó sacudirse la sensación de paranoia que le decía al oído que todo el mundo intentaba robarle, aprovecharse de él, exprimirle todo su dinero de turista rico. A veces era difícil luchar contra la educación americana. Se recordó que allí el extranjero era él, y que aquella gente no hacía más que proseguir su camino hacia dondequiera que fueran.

Atisbó la cabeza de Ardolino abriéndose paso entre la bulliciosa multitud. De alguna parte llegaba el sonido sincopado de una cítara, pero se mezclaba con la escandalera reinante. Long parecía ser el único a quien molestaba. Ardolino se paró frente a él con expresión triunfante. Le tendió un fajo de papeles apretados con una goma elástica.

—Señor Carter —dijo—. Tal y como usted pidió. No ha sido fácil, pero ya tenemos visado para entrar en Siria. A partir de ahora, se llama usted Randolph Carter y es médico.

—¿Médico? —Long se guardó los documentos sin mirarlos—. ¿Por qué médico?

—He averiguado que Damasco está en cuarentena. Puede que nos prohíban la entrada, pero si les mostramos credenciales de médico será más fácil entrar.

—¿Cuarentena? —Long se sentía estúpido repitiendo las palabras de Ardolino—. ¿Qué clase de cuarentena? ¿Es peligroso?

Él meneó la cabeza. Sin la sotana, con su traje de lino blanco y su piel curtida por el sol, parecía un turco cualquiera. Long había presenciado cómo cambiaba de identidad y de atuendo en las semanas que pasaron recorriendo el camino de occidente a oriente. En cada nuevo destino, Ardolino se había mimetizado con el ambiente, había sabido con quién contactar y qué hilos mover para seguir avanzando a través de un mundo que aún se recuperaba de la guerra.

—¿Cómo se llama usted ahora?

—Mailloux. Doctor Paul Mailloux. Residente en Tous. Me dirijo a Damasco para ayudar en lo que pueda.

Long asintió, pensativo.

—¿Y cómo se llama usted en realidad?

Ardolino, ahora Mailloux, le mostró una sonrisa que contenía toda la respuesta que pensaba darle.

—Más vale que nos demos prisa. Su tren está a punto de partir.

—¿Cómo que mi tren? —preguntó Long, alarmado—. ¿Y usted?

Mailloux le agarró del brazo sin ninguna sutileza y empezó a caminar hacia los andenes. Abrirse paso entre la multitud era como nadar en arenas movedizas.

—Yo me desviaré. Tengo amigos en Siria a quien visitar. Me reuniré con usted mañana por la tarde en el Hotel de Ville de Damasco.

—¿Le parece a usted que es momento de visitar a amigos?

—No sea ingenuo. Para lo que vamos a hacer necesitaremos armas, y no podemos pasarlas por la frontera.

Long no respondió. Salieron a los andenes, que apestaban aún más que la estación, si aquello era posible. Mailloux le llevó a empujones hasta uno de los trenes.

—Tiene el billete en los documentos. No hay números de asiento, búsquese un sitio cualquiera y quédese ahí.

Long se agarró a la barra de apoyo para subir al tren, pero antes de hacerlo se volvió hacia él.

—Paul —dijo—, ¿qué fue lo que vimos? ¿Qué fue lo que había en esa cueva?

Él se puso serio de repente.

—No lo sé, señor Carter. No puedo explicar lo que había allí dentro. Quizá fuera un animal. Quizá era otra cosa.

—Ya... supongo que el señor Pessoa nos lo habría podido explicar.

La seriedad se convirtió en pena.

—Sí, quizá él habría podido —carraspeó—. Vamos. El tren partirá en breve. Nos veremos mañana.

—¿Cuánto dura el viaje? —le preguntó Long a gritos, ya subido al tren.

—¡Mucho! —contestó él, alejándose—. ¡Le aconsejo que duerma o que aprenda árabe! ¡Tendrá muchas horas que llenar!

Su risa se perdió en el rugido de la multitud que subía y bajaba de los trenes con ansias casi piratas. Long le vio sumergirse de nuevo en la marea humana. Sintió un ligero aguijonazo de cariño por aquel extraño compañero de viaje, tan versátil y tan cobarde, capaz de cruzar el mundo entero y al mismo tiempo incapaz de entrar en una cueva a oscuras. Experimentó la súbita certeza de que no le vería más, y eso le provocó más congoja que angustia.

Entró en uno de los vagones. Había siete hombres ya sentados y un hueco libre. Long lo ocupó. El viajero sentado junto a él, un hombre de rostro plagado de arrugas, le mostró una sonrisa manchada de sarro y asintió varias veces.

—Buenos días —saludó Long—. Me imagino que no habla usted ni una palabra de inglés, ¿verdad?

El hombre le mostró una sonrisa manchada de sarro y asintió varias veces.

Long suspiró.

—Va a ser un viaje muy largo.

—Admito que no sé qué era. Solo sé que era enorme. Y el rugido que emitió...

El hombre sentado a su lado atendía a su explicación como si realmente pudiera entenderla. Long había esbozado en la parte de atrás de su visado un dibujo del pulpo grabado en la pared de *Boca do Inferno*. Se dio cuenta de que quizá aquel hombre nunca había visto el mar. Para él aquella criatura debía parecer alienígena, terrorífica, quizá incluso mitológica. El tren avanzaba hacia el sudeste, huyendo del sol poniente. El calor había aflojado un poco sus tuercas. Long se sentía sucio, manchado por el aliento y los gases corporales de sus compañeros de viaje. Todos estaban inclinados hacia él, siguiendo su cháchara incomprensible.

—No llegué a verlo, esa es la verdad. Pero ese rugido bastó para que saliéramos corriendo, aterrados. Pessoa cayó al suelo. Ojalá pudiera decir que volví a por él, pero no lo hice. Corrí en la primera dirección que encontré. Ardolino, o Mailloux, o como se llame, hizo lo mismo. Les perdí a los dos. Me interné por uno de los túneles. El grito de Pessoa resonó por toda la cueva. Le respondió otro rugido igual. Yo tuve suerte, imagino. El suelo desapareció bajo mis pies y me encontré nadando en mitad de una corriente asesina. El agua estaba helada. Estuve seguro de que me ahogaría, pero, como el mismo Pessoa dijo, el océano no me encontró de su gusto. Perdí el conocimiento, y para mí fue como volver a morir. Pero cuando lo recobré...

Los hombres se inclinaron un poco más hacia él, tanto que Long estuvo convencido por un segundo de que todos podían hablar inglés y lo habían estado ocultando.

—... estaba en la playa de Cascais. Llovía. Una figura se acercaba tambaleándose desde el arrecife. Era Ardolino. A él también le había escupido el Atlántico. No encontramos ni rastro de Pessoa, y ninguno de los dos se atrevió a volver a la cueva.

Uno de los hombres suspiró.

—Convencí a Ardolino para que viniéramos aquí. Abdul Alhazred escribió el *Necronomicón* en Damasco. Pessoa fue muy claro en eso. Howard y Sonia tienen que estar allí. No quiero pensar en la posibilidad de equivocarnos de nuevo. No quiero pensar en cuántas vidas más costará esta búsqueda...

Le interrumpió un estampido. Y otro. Sus compañeros de vagón se sobresaltaron. Hubo gritos. Uno se asomó por la ventana y exclamó algo. Los demás se

apelotonaron también, intentando ver. Long se levantó.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede?

El tren soltó un mugido de bestia herida. Empezó a aminorar la marcha. Todos los viajeros se llevaban las manos a la cabeza o las alzaban al cielo. Volvieron a oírse varios estampidos. Esta vez quedó claro para Long que eran disparos. Venían de fuera. Volvió a sentarse, amilanado. Apretó el maletín contra el pecho.

Cuando el tren se detuvo por completo, los demás también regresaron a sus asientos. Se sumieron en un silencio crispado. Long pudo por fin asomar la vista a través de la ventana. Lo que vio hizo que una bola de miedo creciera en su estómago.

Había al menos un centenar de jinetes rodeando el tren. Montaban camellos. Iban cubiertos por ropas oscuras y sucias de la cabeza a los pies. Llevaban rifles. También había un par de camionetas con más hombres armados. En ese momento pasó otro jinete justo por delante de la ventana. Long contuvo un chillido.

Se oyeron ruidos en otros vagones. No era difícil traducir el significado del alboroto: habían subido al tren.

—¿Qué sucede? —preguntó Long—. ¿Quiénes son? ¿Qué está pasando?

Esta vez no hubo asentimiento, ni sonrisa manchada de sarro.

Durante los minutos siguientes se oyeron más gritos. Golpes. Sonó un disparo. Los hombres guardaban silencio. El ruido estaba cada vez más cerca. Temblaban. Long también. De pronto, la puerta del compartimento se abrió para dejar pasar un rifle de aspecto antiguo y descascarillado. Al final del rifle había un hombre envuelto en ropas oscuras. Solo podían verse sus ojos, clarísimos en contraste con unas pobladas cejas negras. Gritó algo brusco a los viajeros. El rifle se paseó por el compartimento. Ellos bajaban la cabeza, sumisos.

Entonces se fijó en Frank Long.

Empezó a lanzarle lo que no podían ser sino imprecaciones. El arma gesticulaba por él. Parecía muy enfadado. Long se quedó paralizado. Los demás viajeros eran tortugas con la cabeza escondida en el caparazón. Le agarró por la pechera y le sacudió. Long era incapaz de reaccionar.

El hombre le arrancó el visado de la mano y lo observó.

Tiempo después, Long reflexionaría sobre ese momento. ¿Qué impulsó al hombre a dar la vuelta al papel? ¿Por qué no leyó simplemente que era un médico que iba a Damasco y le dejó ir? ¿Qué diablillo de la perversidad le susurró que mirase el reverso del documento, donde normalmente nadie escribe nada? Jamás encontró respuestas para estas preguntas, y jamás se contentó con la simple explicación de que fue casualidad. El caso es que el hombre le dio la vuelta al papel. Se quedó mirando el pulpo que había dibujado Long.

Sus ojos se estrecharon.

Long soltó un gritito cuando le volvió a agarrar por la pechera. Le obligó de un

tirón a salir del compartimento. Él quiso explicarse, decir algo, pero fue imposible. Se vio llevado a empujones a lo largo del tren. El hombre lo condujo hasta la parte trasera y ahí lo lanzó al suelo de una patada.

Cayó torpemente y se hizo daño en la rodilla. La arena le llenó el rostro. Escupió. Ante él había dos camionetas cargadas de aquellos desalmados. También había varios camellos con jinetes, uno de los cuales se acercó con parsimonia. El hombre que le había sacado del tren le tendió los papeles al jinete. Este contempló largo tiempo el dibujo del pulpo, mientras el otro hombre desgranaba una apresurada explicación. El jinete se quedó mirando a Long. Para entonces, ya estaba seguro de que le iban a matar.

A continuación el jinete le habló:

—*François?*

Long se quedó boquiabierto.

—*François?* —repitió.

Long negó con la cabeza, incapaz de articular palabra.

El jinete hizo una seña más allá de su hombro. Entonces un dolor agudo en la cabeza borró todo lo demás, salvo quizá el áspero tacto de la arena cuando cayó sobre ella.

Regresó al mundo de los vivos de la misma manera que lo había abandonado; con una terrible punzada en la nuca. Estaba tirado cuan largo era en un suelo incómodo, de piedra irregular. Olía a humedad. Se quedó quieto, sin abrir los ojos. En otra época se habría revuelto, intentando recuperar la dignidad o exigiendo saber dónde estaba. Ahora no. Había estado en peligro muchas veces como para no saber reconocer su sabor en el aire.

Alguien pronunció unas palabras incomprensibles. El tono distendido no dejaba lugar a dudas. Unas risas lo secundaron. La puntera de una bota hurgó suavemente en su estómago, para después darle unos golpecitos. Sabían que estaba despierto. Long abrió los ojos.

Era de noche. Estaba en una cueva iluminada con antorchas. Le rodeaban varias personas armadas, los mismos hombres que le habían sacado del tren. La abertura de la cueva estaba a pocos metros. La luna brillaba sobre el desierto. Ojalá hubiera podido disfrutarla.

Ahora podía ver sus rostros aceitunados. Creyó intuir una ligera diferencia con la fisonomía de los turcos de Iskenderún. Narices más aguileñas, rostros más estilizados. No pudo concretarlo.

Uno de ellos le habló. Era un hombre maduro, con la piel curtida por el sol y la arena. Un enorme bigote explotaba desde su labio superior en todas direcciones. Tenía dos penetrantes ojos negros y la misma voz del jinete.

—Carter —dijo. Tenía los papeles de Mailloux en la mano—. Doctor.

Long se irguió. Alguien le empujó desde atrás y le envió al suelo de nuevo. Cambió de idea y se sentó. Asintió.

—Francés no —dijo el hombre—. ¿Inglés?

Long negó con la cabeza. Se señaló el pecho.

—América.

Una serie de gruñidos recorrió a los hombres a su alrededor. Un sonido tintado de una leve amenaza, o al menos de animadversión. Long echó de menos Cascais.

El hombre le dio la vuelta al visado de Long. Le puso su dibujo del pulpo enfrente. Long maldijo en silencio la hora en que le entraron ganas de contar su historia.

—¿Cuándo? —preguntó el hombre señalando el pulpo—. ¿Cuándo?

Long le miró sin comprender.

—¿Cuándo qué?

El hombre señaló con más vehemencia.

—¿Cuándo? —Le señaló a él—. Carter. Doctor. —Y volvió a señalar al pulpo—. ¿Cuándo?

Un engranaje chasqueó en la cabeza de Long.

—Ah, quién. Quién —repitió, y se señaló—. Yo soy Carter. Eso... no sé qué es.

El hombre le atravesó con la mirada. No le había comprendido.

—¿Cuándo? —volvió a preguntar, alzando el tono.

Los demás hombres se le acercaron un paso. No le costó imaginarles lanzándole por la ladera de dondequiera que estuviese aquella cueva. Decidió intentar otra cosa.

—¡Amigo! —exclamó—. ¿Amigo?

El hombre se detuvo. Hizo un gesto que Long quiso interpretar como un sí.

—Carter. —Alzó un puño, y a continuación el otro—. Amigo de Carter.

Él le observó sin decir nada. Long acercó los dos puños al dibujo del pulpo, y después apartó el suyo.

—Amigo de Carter —dijo—. Llevar. Eso llevar amigo de Carter.

Luchó por vencer el sentido del ridículo. Por las expresiones de los demás, parecían estar entendiéndole. Le daba igual que pensasen que era idiota. Mejor un idiota vivo que un erudito muerto.

—Carter, Damasco —concluyó—. Carter amigo. Eso, no amigo. Carter busca amigo de Carter.

Hubo un silencio. Varios pares de ojos se clavaron en él. Sin embargo, por una vez, Long pensó que había conseguido salir del atolladero. Uno de los hombres le preguntó algo al primero. Este respondió una palabra corta y dura. Pareció meditar un poco más, y luego señaló a Long.

—Carter. América. —Se señaló a sí mismo—. Samir. Druso.

—Samir —repitió Long, aliviado—. Hola, Samir. Encantado de conocerte. Por

favor, no me mates.

Samir agarró a Long de un hombro y le hizo levantarse. Los demás atendían, expectantes. Le llevó de un brusco tirón hasta la entrada de la cueva. Allí había tres hombres más. Estaban en una colina arcillosa en mitad de la nada. El brillo de las estrellas era sobrecogedor, pero Long no tuvo tiempo de disfrutarlo. El tal Samir le dio una orden a uno de los hombres, que sacó un catalejo y se lo tendió. Samir se lo dio a Long y le señaló en una dirección.

Long se dio cuenta de que a varios kilómetros de allí había algo. Brillaban luces tenues. Tiendas. Tomó el catalejo de manos de Samir y miró a través de él. Era una especie de campamento, ahora podía verlo bien. Era...

Dejó caer el catalejo.

Una de las tiendas tenía un pulpo pintado.

Frank Long se volvió hacia Samir. Había seriedad en su cara.

—¿Quiénes sois vosotros? —le preguntó. Señaló a su pecho—. ¿Cuándo?

Samir también se señaló a su pecho.

—Druso. Bueno. —Señaló al campamento, con tanta intensidad que pareció querer fulminarlo en la distancia—. Francés. Malo. Malo.

Long asintió lentamente.

—¿Qué queréis hacer?

Samir volvió a señalar al campamento. Luego se pasó un pulgar por el cuello.

—Mañana —dijo—. Noche. Francés, malo, *kaputt*.

—¿Vais a atacar el campamento? —tradujo Long para nadie en particular—. Pero ¡mi amigo está ahí! ¡Carter, amigo!

Samir le miró con una expresión condescendiente, como se mira a un niño que no comprende las decisiones de su padre. Unió los dos puños como él mismo había hecho hacía pocos minutos.

—Carter, amigo. Francés, *kaputt*. Mañana noche.

Sonrió.

Long sintió un vacío en el estómago.

—Oh, Dios. ¿Cómo te has metido en esto, Belknapius?

Mailloux apuró el vaso de un trago. El alcohol le abrasó la garganta, pero la sensación no fue del todo desagradable. Al menos le recordaba que estaba vivo. Dios, habría matado por un buen bourbon. Ya ni recordaba la última vez que probó un licor de verdad, no aquella mierda clandestina que los sirios bebían abiertamente incluso en ramadán.

—Por una cueva —dijo en voz alta—. Por una maldita cueva. He atravesado medio mundo para cagarme en los calzones por una maldita cueva.

El hombre sentado a su lado atendía a sus palabras. Reclinado en el asiento, de espaldas a una de las pocas ventanas lo suficientemente limpia como para dejar pasar

algo de luz, su rostro aparecía envuelto en sombras. El local estaba medio vacío. Mailloux había conseguido salir de la medina sin apenas esfuerzo, para descubrir que buena parte de la ciudad nueva se había evaporado. La noticia de la enfermedad y la cuarentena había hecho estragos entre los ricos y los comerciantes. Cuando se fue el dinero, todo lo demás le siguió. Le costó muy poco encontrar una habitación donde quedarse. Aún no lo había admitido, pero esperaba un golpe de suerte que le trajese a los Carter con el Necronomicón bajo el brazo.

—Porque ese es precisamente el meollo de la cuestión, ¿sabes? —le dijo a su acompañante—. El maldito libro. Está ahí, al alcance de la mano. Solo hay que meterse en esa cueva y localizarlo. Sí, hay armas de por medio, pero no es la primera vez que tengo que esquivar alguna bala. Al final todo vale la pena si vuelves con el tesoro. Y créeme, hay un verdadero tesoro detrás de ese libro. Miles de libras. En plural.

Le hizo una seña al bigotudo de la barra para que escanciara un poco más de aquellas botellas que guardaba en la parte de atrás. Cuando lo hizo, volvió a apurar el vaso. Antes de que el camarero se fuera, le quitó la botella de las manos y la dejó en la mesa. Hizo ademán de llenar el vaso del otro hombre, pero este negó con un gesto. Su vaso seguía intacto.

—Como quieras —dijo, y se echó otro trago al gaznate—. Por una maldita cueva, joder.

Su acompañante se inclinó hacia él y preguntó:

—¿Dónde dices que está esa cueva?

Mailloux se le quedó mirando. De repente se dio cuenta de que tenía la cabeza embotada por el alcohol.

—¿Quién demonios eres tú, de todos modos? —barbotó—. ¿Por qué te has sentado a mi lado?

El otro dio una chupada al cigarrillo que tenía entre los labios.

La brasa se iluminó en medio de aquel rostro en tinieblas.

Los dos hombres se besaban con fruición, casi con hambre. Estaban enzarzados en una lucha lenta y arenosa. Rodaban por el suelo, increpándose con voces estranguladas, agarrándose del uniforme y forcejeando por dominar al otro. Ni siquiera parecía que se cayesen bien. Era un acto instintivo, producto del calor, de la soledad, del desierto. La luna creciente brillaba sobre ellos. Gotas de plata se reflejaron en el cuchillo que rebanó la garganta del primero. Murió con un sonido borboteante que podría haber sido una llamada de auxilio. Un silbido le salió por la garganta, la última llamada del tren que se llevaba su vida quién sabía adónde. Su compañero se revolvió, los pantalones anudados en los tobillos. Le llovió encima una andanada de golpes, escupitajos y maldiciones masculladas. Si llegó a saber quiénes les habían matado, se llevó su conocimiento al país donde los huesos florecen.

Frank Long observó los cadáveres de los dos soldados franceses. Se sintió ruborizar. En el día y medio que habían tardado en llegar hasta el campamento había sido testigo de la brutalidad de los drusos. Sin embargo, verles ahora golpear a los dos muertos con las culatas de sus rifles le encogió por dentro. Samir estaba entre ellos. Dio una orden seca, y los demás arrastraron los dos cadáveres detrás de una duna. Long lo vio todo desde el escondite. Se preguntó una vez más dónde se había metido, por qué no volvió a casa en lugar de entrar en el Empire State Building aquella noche.

El campamento seguía en silencio. Nadie les había visto. Samir se agachó junto a sus hombres y continuó impartiendo órdenes, sin prestar más atención a los dos franceses muertos de la que habría dedicado a un trozo de hojarasca bajo su bota. Cuando terminó de hablar, los demás se alejaron en ambas direcciones, avanzando en parejas, fusil en mano. Frank Long se armó de valor y tiró de la manga de Samir.

—Samir —llamó—. Por favor. Amigo. Amigo Carter.

Él frunció el ceño. Long pensó que se había olvidado de él, o que habría preferido dejarle en mitad del desierto.

—Por favor —insistió—. Amigo.

Samir miró a ambos lados. Sus hombres se encaminaban hacia las posiciones que había indicado.

—Carter, aquí. Samir, francés *kaputt*. Carter, amigo.

—No —gimió Long—. No, no, no. Si atacáis el campamento y Howard está ahí dentro, podéis...

No le dejó continuar. Un empujón en el pecho le recordó cuál era su posición. Cayó al suelo, y solo pudo alzar la vista hacia Samir, como un caballo cojo esperando a que le rematen.

—Carter aquí —sentenció Samir en el mismo tono en el que se dirigía a sus hombres.

Dio media vuelta y fue a ocupar su posición. Long se quedó tumbado, la mitad del rostro cubierta de arena. Los dos cadáveres seguían tirados como despojos cerca de él. Long apenas podía reunir la suficiente fuerza de voluntad para erguirse. Se quedó así largo tiempo, sin pensar en nada en concreto, paladeando una vez más el miedo a lo inminente. Se había convertido, ahora lo veía, en un personaje más de las historias de Howard. Sin capacidad de acción, sin voluntad alguna, poco más que un títere arrastrado por acontecimientos mucho más grandes que él mismo.

El primer disparo hizo añicos su parálisis. Hubo gritos. Una explosión. En ese momento, Long miró de nuevo a los cadáveres de los dos franceses. Ahí, tirados uno sobre el otro, abrazados en la muerte como lo habían estado en vida, unidos hasta que los buitres y el sol hicieran su trabajo. Apretó los puños. Un fuego empezó a iluminar alguna parte del campamento. El caos estaba despertando, y con él venía la muerte.

Howard estaba allí dentro. Sonia también, pensó por primera vez.

Apenas pudo controlar el temblor de las manos mientras rebuscaba entre las ropas de los dos hombres. Encontró una pistola en cada uno de sus cintos. Las sacó. Las sujetó con decisión, pensando que no sería capaz de dispararlas. Pensó en Robert Howard. Bob. Las lágrimas brotaron espontáneamente de sus ojos. Sorbió con fuerza por la nariz, apretó las pistolas y se internó en el campamento.

No había recorrido ni diez metros cuando cayó por el hoyo.

La sorpresa cortó el grito que podía haber lanzado. Los cantos de las piedras le hicieron innumerables cortes. Rodó como un pelele hasta dar con sus huesos en el suelo. Un dolor crepitante le retorció los músculos del cuello y la espalda. El aire se le escapó del pecho. Creyó desvanecerse por unos instantes, pero al cabo pudo abrir los ojos. No se había desmayado. Enseguida constató otra realidad que le dejó aún más perplejo.

—No tengo asma —dijo para sí—. No tengo asma. Puedo respirar.

Experimentó una oleada de júbilo que contrastó con el escándalo de gritos y fuego que llegaba hasta él desde arriba. Comprobó que había caído por un túnel en pendiente. Se había desgarrado la ropa y la piel en varias partes, pero no estaba ni de lejos herido de gravedad. Se hallaba en un pasadizo pobremente iluminado con una lámpara eléctrica. A su lado había un mueble de madera donde descansaban varios quinqués. Un cartel con instrucciones en árabe colgaba a su lado. El pasadizo avanzaba en la oscuridad. Pero lo que hizo que un escalofrío le recorriera la parte interior de los brazos fue el pulpo dibujado con trazo preciso en una esquina del cartel.

—Está aquí —dijo, sin ser consciente de que estaba hablando consigo mismo—. Belknapius, está aquí. Vas por buen camino.

Agarró el quinqué que parecía más lleno. Lo encendió. La luz mortecina le iluminó el rostro, y de pronto se sintió a salvo. Arriba, drusos y franceses se quitaban la vida unos a otros por quién sabía qué motivo. Pero ahí abajo estaba Howard. Él tenía que estar ahí. Tenía que encontrarle. Que encontrarles, se corrigió con cierta desgana.

Se internó en el pasadizo.

El túnel era estrecho. A pesar de lo mucho que había adelgazado en los últimos meses, tenía que caminar de lado y medio encorvado. La sensación de claustrofobia, los miles de toneladas que debía de haber sobre su cabeza, le restaba aire. Pensó en mineros, en canarios muertos, en grisú y en derrumbamientos. Su imaginación siempre se encargaba de proveerle con nuevas maneras de morir.

Antes de que pudiera reprenderse y obligarse a continuar, se oyó un ruido.

Se quedó quieto. De repente fue terriblemente consciente de la luz del quinqué. Fue a apagarlo, pero se detuvo. Ni muerto se quedaría a oscuras en aquel lugar. El

ruido volvió a oírse. Algo se movía más adelante. Pies rozando la roca. Quizá zarpas. Hubo un tintineo metálico. Long pensó en dar la vuelta, pero desechó la idea al instante. Atrás solo le esperaba la carnicería que se estaba desatando en esos instantes sobre su cabeza. Inspiró hondo, como si eso fuera a darle fuerzas. Tenía que continuar.

Unos metros más adelante vio el resplandor. Emanaba de una abertura a pocos metros de él. Se acercó muy lentamente. Asomó la cabeza por la abertura.

La sala estaba vacía, a excepción del pulpo pintado en la pared. Long lo observó con una calma inusitada, como quien encuentra a un viejo rival en una marea de rostros desconocidos. Dio un par de pasos dentro de la sala, la vista siempre fija en el pulpo. Dejó el quinqué en el suelo. Las paredes estaban cubiertas de un musgo brillante, muy parecido al que ya había visto en *Boca do Inferno*. Alejó de sí el pensamiento. Fue entonces cuando vio la linterna.

La reconoció al instante. Era la linterna de Howard. De tía Lillian, mejor dicho. La sostuvo frente a él, sin saber muy bien qué hacer a continuación. ¿Significaba aquello que Howard seguía con vida, o por el contrario era una prueba de que les habían matado allí mismo? No. Se negó a aceptar la muerte de Howard. No sin una prueba fehaciente. Volvió a dejar la linterna en el suelo.

Un ruido le hizo volver la cabeza de un latigazo. Había surgido de uno de los pasadizos que se abrían en la sala. Frank Long se vio a sí mismo acercarse a la abertura, sin saber qué haría si surgía de allí algo parecido a lo que les habría perseguido en Portugal. Algo respiraba allí dentro, no había duda. El hongo no se atrevía a entrar, la oscuridad estaba en sombras. Pero había una presencia, estaba seguro. Una presencia maligna.

Se retiró poco a poco, a sabiendas de que aquella bestia podía saltar sobre él en cualquier momento. Fue retrocediendo casi a tientas hasta su quinqué, los ojos fijos en el agujero. Ya presa del terror, se internó por un pasadizo cualquiera. Lo importante era escapar de esa nueva amenaza.

Los cantos no sorprendieron tanto a Frank Long como a Howard y a Sonia. Después del episodio con la criatura oculta, algo había hecho mella en su interior. Quizá cobró la súbita conciencia de que no saldría vivo de allí. Con lo que había visto hasta entonces, lo más seguro era que le capturasen y le despellejasen vivo. Bibliopegia antropodérmica. Sacudió la cabeza. Vamos, céntrate, Belknapius.

—Céntrate, Belknapius —susurró—. Están por aquí. En alguna parte. Están vivos.

Salió a una terraza desde la que pudo comprobar los trabajos de minería que se desarrollaban en los pisos inferiores. Desde el lugar donde estaba, pudo ver la majestuosidad de aquella ciudad subterránea. Se preguntó cómo la habían descubierto, quién la había construido y con qué propósito. De repente, una puerta del

nivel inferior se abrió bruscamente. Frank Long se sintió desfallecer al ver aparecer a Justin. ¡Estaba vivo! Contempló fascinado el tatuaje del pulpo en su pecho. Le seguían más hombres. Long se echó hacia atrás. Apagó el quinqué con gestos apresurados. El corazón le latía a mil por hora en el pecho. ¿Qué había pasado? ¿Le habían capturado? ¿Era uno de ellos? ¿De dónde había salido ese tatuaje? Le oyó gritar desde abajo. Imprecaba a los trabajadores para que dejaran lo que estaban haciendo y le siguiesen. No, no podía ser. Estaba con ellos. O bien estaba interpretando un papel.

¿Podía ser cierto? ¿Quizá se había infiltrado en aquella organización, o lo que fuese? Elzevier les había advertido de que estaba aliado con Helldorf y sus secuaces, pero después el mismo Helldorf le había recompensado con un tiro en el vientre. Aunque no le había visto sangrar, solo caer al suelo. Y ahora estaba allí, impartiendo órdenes y con un pulpo tatuado en el cuerpo. Todo aquello era demasiado confuso.

Long se obligó a calmarse. Fuera cual fuese la verdad, había una cosa muy clara: tenía que seguir a Justin para encontrar a Howard.

Empezó a deslizarse por la terraza. Vio el pasadizo por donde se había introducido Justin. Aquella cueva estaba hueca como un queso suizo. Si continuaba desde la terraza hasta uno de los túneles inferiores no habría problema en llegar al pasadizo. Dios, que no le vieran. Empezó a deslizarse lentamente. No tardó en encontrar la salida.

El campamento estaba ardiendo. Drusos y franceses se disparaban atrincherados entre cajas, vehículos y cadáveres. Había muertos por todos lados. En alguna parte estalló un mortero. El generador, un armatoste del tamaño de una caseta, había reventado. Solo existía ya el resplandor del fuego y los fogonazos de los fusiles. Long se echó al suelo. Gritos por todos lados. Calor. De repente se encontraba en una guerra. Howard, tenía que encontrar a Howard y salir de allí lo más rápido posible. Había dejado de pensar en el Necronomicón hacía mucho tiempo. Pero ni siquiera salvar a Howard era lo más importante. Ahora la prioridad era ponerse a salvo. Reptó como pudo entre la línea de cadáveres hasta una de las pocas tiendas que seguía intacta. Se deslizó por debajo de la lona.

Nada podía haberle preparado para lo que encontró allí.

El olor le golpeó incluso antes de ver nada. Ya había oído algo así antes, pero no pudo concretar dónde. El calor no ayudaba a contenerlo. Le mareó de inmediato. Tuvo que cubrirse la nariz y la boca con la manga. Entonces pudo reconocer lo que había ante sus ojos.

La tienda era amplia como una carpa de circo. La comparación destelló en su cabeza, porque la ocupaba una enorme jaula de gran tamaño y gruesos barrotes. Dentro había una horda de criaturas de aspecto humano. Debía de haber más de cincuenta. Estaban cubiertas con harapos sucios, supurantes de pus y otras

secreciones. Todas estaban aullando. Le pareció imposible no haberse percatado del infernal ruido que producían antes de introducirse por debajo de la lona. Estiraban los brazos entre los barrotes, como si intentasen apresar desesperadamente cualquier cosa que hubiera a su alcance.

Luego vio a Justin.

El irlandés estaba a un lado de la jaula. Le estaba mirando con expresión anonadada, seguramente la misma que debía de tener Frank Long.

—¿Qué...? —tartamudeó el irlandés—. ¿Qué hace usted aquí?

—Lo mismo iba a preguntarle yo. ¿Qué está pasando?

Justin se recompuso con rapidez. Algo en su expresión no le gustó nada a Frank Long.

—Nos están atacando, eso es lo que pasa.

Justin dijo algo más, pero Long no le prestó atención. Se acababa de percatar de algo. Esas criaturas. Esos brazos estirados, aullando. Esos ojos fijos en él, en ellos. No había amenaza alguna en esos ojos. Había súplica. Había dolor. Una llamada de auxilio. Esas manos. Esa piel blanca, cuarteada, como tiza.

Frank Long cayó en la cuenta de dónde había percibido antes ese olor. Había sido en Nueva York. En el piso setenta y dos del Empire State Building.

—Personas —dijo—. ¡Son personas!

Justin le miró seriamente.

—Se equivoca —dijo—. No son personas. Son nuestra arma secreta.

Y descorrió la cadena que bloqueaba la puerta.

Bibliopegia antropodérmica

23 de diciembre, 1931

El cuchillo cortó un trozo de carne.

El tenedor la pinchó.

Hubo un sonido húmedo y truculento.

John Raskob, aún con la boca llena, sonrió.

—Deliciosa. La carne americana es cara de importar, pero vale la pena.

Una nube de genuina preocupación pasó por encima de su rostro.

—¿No comen ustedes?

Lovecraft y Sonia se miraron. Frente a ellos, en la mesa, sus platos estaban intactos.

—No tenemos hambre —dijo Sonia.

John Raskob se encogió de hombros y siguió comiendo.

—Una pena, considerando que es una ocasión para celebrar. Hemos perdido a un Escritor, pero Dios nos ha enviado a otro.

—Debería darle vergüenza —espetó ella.

Raskob la miró sin comprender. A su alrededor, de pie, se distribuían unos pocos de los soldados franceses que habían sobrevivido al ataque de los drusos. El resto se afanaba en recoger los despojos del exterior. La tienda de Raskob había sido una de las menos dañadas. Ahora, sentados en una alargada mesa digna de un conde, el millonario supuestamente muerto un año atrás exudaba un sereno aire de victoria.

—Me temo que no la entiendo, querida.

—No me llame «querida». ¿Le parece divertido lo que está sucediendo aquí?

Raskob perdió toda su cordialidad como si un prestidigitador la hubiera hecho desaparecer.

—Por supuesto que no me parece divertido. Esto no es una broma. Es un mandato divino.

—¿Mandato divino? —estalló ella—. Ha torturado a un hombre hasta la muerte, ha secuestrado y esclavizado a medio Damasco. ¿Cómo llama usted a eso?

—Religión, así lo llamo. Estamos predestinados a comenzar algo muy grande aquí. En Damasco. Aquí hemos vuelto a escribir el *Libro*. Nuestro profeta vino a nosotros, y ahora ha dado la vida por el culto. ¿Qué más señales quiere?

—No quiero ninguna señal. Esto no son más que tonterías. Tonterías de un loco con mucho dinero.

Raskob trinchó otro pedazo de carne.

—Pobre mujer. Pobre ciega mujer. ¿Qué pruebas necesita? ¿Acaso no le parece

decisivo lo que hay bajo nuestros pies? Me han dicho que ya han estado en la ciudad subterránea. ¿No han visto la efígie de Cthulhu?

—Eso no es más que un pulpo, y lo dibujaron ustedes.

—Siguiendo las indicaciones de Jakob Elzevier, por supuesto. Él encontró la ciudad. Le aseguro que ha sido mucho más difícil que encontrar agua en un páramo. Él nos contó lo que habitaba aquí. Lo que duerme en las profundidades de la Tierra.

—El pobre hombre les dijo lo que querían oír —contestó Sonia, testaruda—. Esperaba que le dejaran marchar. Y usted le mató. Está loco.

John Raskob dio un puñetazo en la mesa. Hasta los guardias se sobresaltaron. El plato y los cubiertos salieron volando. Raskob fue hacia ella con la mirada desorbitada.

—¡Un loco no tiene poder para hacer todo esto! —chilló—. ¡Estamos a punto de encontrar el lugar de la invocación! ¡Hemos reescrito el Necronomicón! ¡Tenemos creyentes en todo el planeta, y más que se unirán!

—Señor Raskob.

Las dos palabras pronunciadas por la voz aflautada de Lovecraft tuvieron un sorprendente efecto. Raskob, inclinado sobre Sonia de manera que sus narices casi se tocaban, retrocedió. De pronto volvió a ser un hombrecillo de apariencia inofensiva.

—¿Sí?

—Imagino que es usted el Coleccionista.

—Pues imagina mal, señor Lovecraft. El Coleccionista no es nadie. Es un iluso que se ha quedado sin poder. Nosotros seremos mucho más grandes de lo que él ha sido jamás.

Pasaron unos segundos, tras los que Lovecraft añadió:

—Le agradecería que nos dijese por qué se ha hecho pasar por muerto todo este tiempo.

—Ah. —De nuevo aquella sonrisa de tiburón blanco—. ¿De veras cree que voy a contarle la historia de mi vida, señor Lovecraft? El villano es usted. Usted debería contarme sus maquiavélicos planes, ahora que ya no podrá cumplirlos.

Lovecraft parpadeó.

—No tengo planes a corto plazo, señor Raskob. Solo he venido hasta aquí buscando a un amigo.

—Bueno. —Raskob se tomó su tiempo en recoger él mismo los cubiertos y el plato. Enseguida le trajeron más carne. Volvió a tomar asiento—. Está bien que no tenga planes inmediatos, señor Lovecraft. Usted y yo tenemos una cita con el destino.

—¿A qué se refiere? —preguntó Sonia.

Raskob se volvió hacia ella. Su expresión se suavizó al instante.

—Usted no tiene nada que ver en esto, querida. A usted se le dará un billete de avión para Estados Unidos. El señor Lovecraft se quedará aquí.

—¿También le va a torturar? —Sonia se arrepintió al instante de lanzar aquella pulla.

Raskob no reaccionó a ella.

—No será necesario —respondió, y aquella frase, lo que implicaba, fue lo más espeluznante de todo—. Elzevier terminó su tarea.

Chasqueó los dedos. Uno de los soldados se aproximó con una cajita grabada con inscripciones en árabe. Raskob la abrió y sacó un grueso taco de folios pintarrajeados. Los apartó casi con reverencia, sin mirarlos fijamente. Sonia sintió el cosquilleo del desasosiego en el estómago.

—¿Qué es eso?

—Esto, querida, es el Necronomicón. El verdadero. El nuevo. Lo hemos conseguido. —Echó a Lovecraft la mirada que le dedica el gato al ratón—. Pero no vamos a dejarlo así. Necesitamos un libro real. Con una encuadernación digna de su contenido.

Lovecraft parpadeó varias veces. Sonia no comprendía.

—Pero usted estará ya en casa, no se preocupe.

—¿Qué le hace pensar que no iré a la policía? —lo retó Sonia, y de nuevo volvió a morderse la lengua por su impetuosidad.

—El millón de dólares que se llevará con usted. Le solucionaremos la vida a cambio de que se olvide de nosotros.

Esta vez Sonia no dijo nada. Raskob sonrió y volvió a comer.

En ese momento se corrió la lona de la entrada. Justin apareció a través de ella.

—John, hemos reanudado las excavac...

Se quedó parado, boquiabierto, mirando a Lovecraft y Sonia.

—Hola, Justin —saludó el millonario de forma casual—. Saluda al señor Lovecraft y a la señorita Greene.

—Usted... —balbuceó Justin—, usted...

—Por favor —dijo Raskob—. Llévalos a la jaula. Seguramente allí estarán a salvo de sí mismos mientras ultimamos los detalles finales.

Volvió a chasquear los dedos. Dos soldados obligaron a Sonia y a Lovecraft a levantarse. Aunque no hubieran tenido las manos atadas, habría servido de poco resistirse. Sonia giró la cabeza hacia Raskob antes de salir de la tienda.

—¿Qué nos va a pasar ahora?

Raskob sonrió.

El cuchillo cortó un trozo de carne.

La puerta de la jaula se cerró con un chasquido. Estaba vacía, a no ser por un bulto arrebujado en el centro.

—¡Frank! —Sonia corrió hacia él, aún con las muñecas atadas. Comprobó que estaba vivo, aunque tenía una herida en la cabeza. Un reguero de sangre seca le

bajaba por la coronilla. Se volvió hacia Justin—. Es usted un monstruo.

Justin seguía delante de las rejas, frente a Howard Lovecraft. Ambos reconocieron el momento como un eco pervertido del día en que se habían conocido en una celda en Providence. Lovecraft permanecía de pie, la vista clavada en él.

—Puede —admitió el irlandés—. O puede que simplemente sea una persona normal que no quiere morir siendo pobre.

—¿Dinero? —Sonia estaba asqueada—. ¿Hace esto por dinero?

—¿Le parece poco? —respondió él—. América se muere. El mundo entero se muere. Han jugado con nuestros sueños, y nuestros sueños eran dinero. He visto la muerte y el hambre corriendo por las calles de la Cocina del Infierno en Nueva York. He sobrevivido a todo y sin ayuda de nadie.

—Solo de su talento para engañar —dijo entonces Lovecraft—. ¿Cómo convenció a Raskob de que el Necronomicón existe?

Justin soltó una risotada amarga.

—Vuelve a estar usted muy equivocado, señor Lovecraft. Yo soy nuevo en toda la historia del Necronomicón. Jamás había leído sus relatos antes de conocer a John.

—Hace aproximadamente un año —interrumpió Lovecraft—. En el Empire State Building.

Justin se quedó paralizado.

—¿Cómo lo sabe?

Pero Lovecraft no le dio tregua.

—¿Qué hacía allí? ¿Estaba robando? ¿Desvalijaba alguno de los apartamentos?

Justin torció el gesto.

—No tiene usted ni idea —escupió—. Estaba durmiendo, eso es lo que hacía. Todos los apartamentos estaban vacíos. Era muy fácil colarse y protegerse del frío allí dentro. No había muebles, pero cuando vives en la calle te vuelves menos quisquilloso con esos detalles.

—Fue entonces cuando asistió al intercambio, ¿no es cierto?

En los ojos de Justin había una mezcla de admiración y resentimiento.

—Maldita sea, Lovecraft, ¿cómo sabe todo eso?

—¿Qué fue lo que ocurrió? —insistió—. ¿Alguno de los tres se volvió codicioso? ¿Acaso Raskob se negó a pagarles?

El irlandés dio una patada a la reja, que resonó con un ruido de calaveras. Se apartó furioso y se dirigió a la salida.

Se detuvo a medio camino y volvió.

—¿Estaba usted allí? ¿Era uno de los encapuchados?

Lovecraft guardó silencio.

—¿De qué está hablando? —sollozó Sonia—. ¿Qué pasó en el Empire State?

Justin agarró los barrotes con ambas manos. Miraba a Lovecraft, pero veía algo

más allá de él.

—No sé cómo empezó todo. Cuando oí los gritos, debían de llevar allí mucho tiempo. Yo dormía justo en el piso de abajo. Una mala elección. Subí a zancadas, intentando ocultarme. Pensé que eran mafiosos. Pero no. Era algo peor. Los tres europeos tenían armas, o al menos uno de ellos. Raskob estaba allí. Había más gente. Iban vestidos con túnicas negras. La planta estaba aún en construcción, no había paredes. Yo me agaché detrás de una viga. Se gritaban unos a otros. El alemán tenía el libro entre las manos, lo apretaba contra sí como si fuera un bebé. Entonces hubo un disparo. Ahí fue donde todos se volvieron locos. No tengo ni idea de cómo empezó el fuego. —Rió—. Allí no había nada que pudiera arder, ¿lo entiende? Aquello era aún el esqueleto de un edificio. No había moqueta, ni cortinas. Nada. Tuvo que originarse de otra manera, de una manera en la que no quiero pensar. De pronto, todo el mundo corría. Una viga cayó encima de Raskob. Yo le reconocí por las portadas de los periódicos. Más personas cayeron. El alemán también, pero otro de los europeos agarró el libro como un gato y salió corriendo. Pasó a mi lado. Apártate, chaval, me dijo. Yo me quedé paralizado. El fuego se extendía. No sabía qué hacer. Miré a la escalera y a los hombres que morirían en el incendio. Recuerdo que lo pensé así, estos son los hombres que morirán en el incendio. Entonces reaccioné, yo qué sé por qué. Agarré a Raskob y lo saqué de allí. Mover la viga no fue lo más difícil, me crean o no. Lo llevé hasta la planta inferior y volví a por el alemán. Para entonces, el fuego se había extendido por toda la planta setenta y dos. Pero, cuando llegué, había desaparecido.

Se quedó callado. Sonia estaba boquiabierta. Lovecraft había escuchado la voz de su recuerdo sin mover un músculo.

—Luego tuvo que explicar su presencia allí, ¿no es cierto?

Justin le mostró media sonrisa, amarga, amarga como la hiel.

—Túnicas negras. Un libro. Un fuego imposible. Sí, me inventé una explicación paranormal. Le dije que había visto en sueños lo que iba a suceder, y que una fuerza invisible me llamó para que le salvara. Y me creyó.

—Supongo que el último año ha sido el más extraño de su vida —dijo Lovecraft.

—Pues sepa que he estado a la altura. Encontré el Necronomicón. Le encontré a usted. Maldita sea, hasta me he tatuado esta mierda de pulpo en el pecho. He sabido alimentar la leyenda del libro, y ahora medio mundo cree en él.

—¿Cómo dieron con Elzevier?

—Él dio con nosotros. Apareció un día en Damasco. Él quería ser el Escritor, ¿comprende? Fue él quien nos guió hasta la ciudad subterránea. Y ahora lo hemos reescrito. John volverá a la vida con más poder del que nadie haya soñado jamás.

—¿Y qué le pasará a Beth Raskob?

Justin bajó la vista.

—Beth Raskob ha muerto.

—¿Por qué tengo la sensación de que acaba de mentirme?

Él arrugó el ceño.

—No tengo por qué mentirle. Ha muerto. No consiguió reunirse con su marido, después de todo. Esa maldita enfermedad nos ha estado persiguiendo desde Nueva York hasta Damasco.

Sonia se cubrió la boca con ambas manos.

—Los *djinns* —susurró.

Justin no dijo nada.

—No es una enfermedad —dijo Lovecraft—. Es una maldición. Es la maldición del Necronomicón. No les persigue, ustedes la llevan allá donde van.

—Váyase al infierno.

—Creo que no seré yo quien vaya allí, joven —respondió Lovecraft—. He perdido la cuenta de las muertes de las que es usted responsable.

Justin se acercó a la reja, a menos de un palmo de la cara de Lovecraft.

—Yo no soy un asesino —dijo entre dientes.

—No me dio esa impresión en el Hospital Bethanien.

El irlandés bajó la vista. De pronto volvió a ser un niño indigente de veintitantos años, atrapado por el torbellino de unos acontecimientos que le superaron largo tiempo atrás. Le brillaban los ojos.

—Yo no quería que muriera nadie. —Tenía la voz pastosa—. No quería que muriera nadie.

Las manos de Lovecraft asomaron por entre los barrotes hasta donde le permitían las ataduras. Justin las agarró como si fuera la última oportunidad de tocar las manos de su padre.

—Nosotros vamos a morir, Justin. Por el Necronomicón. Por John Raskob. Vamos a morir. Esa gente de ahí fuera nos va a matar. A menos que usted nos ayude.

El chico levantó la vista. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Por un momento, siguió apretando las manos de Lovecraft. Los ojos de los dos hombres se enfrentaron, sus rostros quietos, presos de una serenidad de tormenta en ciernes. Sonia acunaba a Frank Long en su regazo.

El irlandés habló:

—No puedo hacer nada más por usted, señor Lovecraft. Lo siento.

Giró sobre sus talones y salió de la tienda.

—¡Justin, no! —gritó Sonia.

Lovecraft se quedó unos segundos más junto a la reja, perplejo. Luego dio media vuelta y fue a sentarse en el suelo, junto a Sonia y Frank Long.

—¿Qué vamos a hacer, Howard? —preguntó ella—. ¿Qué vamos a hacer?

Lovecraft se abrazó a sus propias rodillas, con aire derrotado.

No respondió.

Les despertó el chasquido de la puerta. Sonia y Howard estaban arrebujaos el uno al lado del otro, junto a un Frank Long aún inconsciente. Eran muchos. Todos vestían holgadas faldas negras. Máscaras ocre cubriendo sus facciones, tiras de cuero que imitaban tentáculos cayendo desde su mentón hasta la mitad del torso descubierto. El calor de las antorchas les acariciaba la piel del rostro.

Uno de ellos se adelantó. La voz de Justin se oyó amortiguada por la máscara.

—Hemos encontrado lo que buscábamos. Es la hora.

—Cállate, Justin —ordenó John Raskob detrás de otra máscara—. Vengan con nosotros.

Hizo un gesto, y otros hombres entraron en la jaula y les obligaron a levantarse. Cogieron a Frank Long entre dos. El escritor no reaccionó a sus zarandeos.

Fuera volvía a ser de noche. La luna brillaba por encima de las montañas. Debían de haber dormido todo el día. Recorrieron el campamento en silencio hasta una de las aberturas que daban al complejo de cuevas. Muchos de los trabajadores, los que aún excavaban zanjas para los muertos, les seguían con la mirada. Lovecraft se dejaba llevar. Los pies de Frank Long trazaban surcos en la arena. De haber estado consciente, quizá habría podido reconocer el cadáver de Samir en una pila de cuerpos amontonados.

Se introdujeron por una abertura que no conocían. No era la misma que habían usado ellos. Justo antes de entrar, Raskob se quedó mirando al cielo. Había una expectación contenida en su voz cuando dijo:

—Contemplad. Las estrellas están alineadas.

Cthulhu ftaghn. Los cánticos empezaron en el mismo momento en que entraron. Los hombres canturreaban aquellas dos malditas palabras una y otra vez. Sus voces fueron creciendo a medida que descendían la espiral que llevaba al fondo. Sonia se percató de que la zona donde los trabajadores habían estado excavando estaba ahora despejada. Se veía la entrada de un nuevo túnel. Al atravesar la abertura, Sonia experimentó la devastadora certeza de que jamás desandaría ese camino. Su respiración se aceleró. Todo se acababa allí. Qué final tan extraño, tan... tan poco merecido. A su lado, Howard se movía como un autómata. La conversación con Justin, su abandono, debía de haberle dejado en estado de shock. Sonia sintió pena por él, por todos ellos. Reconoció que Howard había sido de las pocas cosas que había dado sentido a su vida. Pensó en su hija Florence, y tuvo ganas de llorar. No miró hacia atrás. Estaba lista para lo que viniera.

La abertura desembocaba en una caverna aún más amplia que la anterior. Le llegó un olor intenso e indefinible, algo que hedía a las mismas entrañas de la Tierra. Algo vivo. Habían iluminado apresuradamente el interior, pero ni siquiera las antorchas podían abarcar las dimensiones de aquel lugar. Sintió que le faltaba el aliento.

La senda excavada en la roca llegaba hasta la orilla de un lago subterráneo. Una quietud horrible se hacía dueña del agua. Tres gruesos postes de madera les esperaban en el borde. A su lado, sobre un bloque macizo de piedra descansaban tres cosas. Una, la copia del Necronomicón que habían perseguido por medio mundo. Dos, las siniestras hojas que había escrito Jakob Elzevier durante su año de encierro. Y tres, entre ambos libros, un abultado rollo de terciopelo negro. Justin lo desplegó ante el millonario. El fuego de las antorchas destelló en una colección de bisturís, escalpelos y demás objetos punzantes.

—Atadles —ordenó Raskob.

—No lo puedo creer —dijo Frank Long, tras escuchar el relato de Sonia—. Nos buscábamos unos a otros y hemos terminado aquí.

—Pues créelo, Frank.

—Es una señal más —les interrumpió Raskob—. Él les ha traído hasta aquí. Es el destino.

Ninguno de los dos respondió. Frank Long contemplaba la escena estupefacto. Los demás asistentes continuaban en silencio, embutidos en sus máscaras, quizá sin saber cómo reaccionar o sin atreverse a hacerlo. El agua negra seguía expectante.

Lovecraft observó los afilados instrumentos sin pestañear.

John Raskob cogió un escalpelo. Se adelantó un paso y extendió las manos, mirando a su escueta congregación.

—Hace un año, John Raskob murió para el mundo. Desapareció. Las tinieblas del otro lado se lo llevaron. Hoy, el hombre que se presenta ante vosotros ha renacido. He muerto, he esperado, he regresado.

Dio un paso al frente y lanzó un tajo como un espadachín inexperto. La camisa de Lovecraft se abrió en dos dejando al descubierto un pecho hundido, pálido y lampiño. Un surco rojo apareció en su piel. Lovecraft bajó la cabeza como un cordero que espera el último golpe del matarife.

—¡No! —gritó Sonia.

Raskob la silenció de una bofetada.

—¡He regresado a vosotros! —continuó—. Y conmigo he traído algo, un conocimiento oculto, un saber negro, una ciencia prohibida. Lo que la muerte me ha regalado está en ese libro. —Señaló las hojas amontonadas—. Yo he conseguido que se escriba de nuevo. Yo he desafiado al Coleccionista, y he triunfado.

—Pero ¿es que no entiende que esto es una locura? —exclamó Frank Long.

Raskob también le abofeteó. El agua del lago permanecía quieta.

—Hemos encontrado la ciudad sin nombre —prosiguió Raskob—. Aquí, entre estas paredes, se escribió el Necronomicón original. El *Al Azif*. Aquí se sacrificó la primera carne al rostro de Dios, se le entregó la primera vida para que los secretos del submundo volvieran al mundo de la luz. *Iä! Iä!*

—*Iä! Iä!* —gritó el irlandés con desgana. Los demás le secundaron.

—Justin, por favor —llamó Sonia—. Sabe que esto es una locura. Por favor. Usted no quería disparar a Howard. Usted no quiere que muera nadie.

Justin no la miró. Seguía sosteniendo las herramientas de cirujano, atento a las palabras de Raskob.

—Ahora tenemos nuestra propia Biblia. Nuestro Necronomicón. No importa lo que hagamos ahora, será la Palabra de Dios. Será el *Libro* quien hable, quien justifique nuestro poder, quien nos guíe. —Se volvió hacia Lovecraft—. Solo necesitamos vestirlo. Le daremos forma de libro con la mejor envoltura carnal posible: la del hombre que quiso engañar al mundo. El hombre que se atrevió a presumir de haberlo creado. El elegido del Coleccionista. Howard Phillips Lovecraft.

Se situó justo delante de él. De un tirón, le bajó la camisa rota hasta los codos. Lovecraft agachaba la cabeza, en silencio. Raskob levantó el bisturí. El agua enmudecía.

Entonces ocurrió.

Howard Phillips Lovecraft comenzó a hablar.

Dijo:

—Ph'nglui.

La mano de Raskob se detuvo.

Y Lovecraft dijo:

—Mglw'afh.

Y dijo:

—Cthulhu R'lyeh.

Lovecraft levantó la cabeza.

Miraba a John Raskob.

Y dijo:

—Wgah'nahl fhtagn.

Raskob retrocedió un paso. Lovecraft se irguió y dijo:

—*Ph'nglui mglw'afh, Cthulhu R'lyeh. Wgah'nahl fhtagn.* En su morada de R'lyeh, Cthulhu muerto espera. —Elevó la voz—: *Ph'nglui mglw'afh! Cthulhu R'lyeh! Iä!*

Un escalofrío eléctrico recorrió todo el cuerpo de Frank Long. Miró a Lovecraft con los ojos desorbitados. Algo muy parecido al terror asomaba al rostro de Sonia.

Lovecraft levantó las manos. La cuerda cayó al suelo, cortada en dos.

Y dijo:

—*Cthulhu R'lyeh! Wgah'nahl fhtagn! Cthulhu fhtagn!* Cthulhu muerto espera. ¡Cthulhu espera! ¡CTHULHU ESPERA!

Justin soltó los instrumentos. Muchos de los hombres empezaron a retroceder. Las antorchas caían al suelo. La cueva se volvía oscura. El agua permanecía quieta.

—¡No! —gritó Raskob. Cayó de rodillas.

Lovecraft dio dos pasos en su dirección. Había fuego en su mirada.

—¿De verdad creías que te permitiríamos hacer esto? —preguntó—. ¿De verdad lo creías?

Raskob hundió la cabeza en la tierra.

—¡Perdóname! ¡Oh, Dios! ¡No lo sabía! ¡No sabía quién eras! ¡Perdóname!

Lovecraft se apartó de él como si ya no existiera. Frank Long y Sonia le observaban extasiados. Los demás ceremoniantes habían imitado a Raskob y pedían perdón en una mezcla de inglés, árabe y francés.

Howard Phillips Lovecraft se detuvo a un palmo de Justin. Por un momento, no se dijeron nada. El irlandés se arrancó la máscara y la tiró al suelo. No había miedo en su expresión. Resignación, quizá.

—Váyase de aquí —siseó Lovecraft—. No quiero volver a verle nunca.

Justin retrocedió. Trastabilló con los instrumentos esparcidos por el suelo. Chocó con el altar improvisado, giró sobre sí mismo y salió corriendo.

Entonces Lovecraft se acercó a Frank Long. Él se encogió como si estuviera ante un monstruo a punto de devorarlo. En lugar de eso, Lovecraft se situó a su espalda. Long notó un tirón en las muñecas. De pronto estaba libre.

Lovecraft le puso algo en las manos.

—Por favor, libera a Sonia y larguémonos de aquí.

Cuando creía que no podía sorprenderse más, Long comprobó que le había dado la pequeña navaja roja de Justin.

—¿Qué...?

—Belknapius —dijo él entre dientes—. Hazme el favor de hacer lo que te digo. Si piensan por un momento que esto es una pose, estamos perdidos.

Long se quedó boquiabierto. Lovecraft le hizo un rapidísimo guiño con el ojo izquierdo. Fue de nuevo hasta Raskob. Plantó los pies a pocos centímetros de su cara agachada.

—Me llevo a mis sirvientes. No se os ocurra seguirnos. Seguiréis aquí encerrados hasta que el mundo se olvide de vosotros y de vuestra insolencia.

Frank Long desató a Sonia. Ella no sabía qué hacer, qué decir. Long casi dejó escapar una risita. Se contuvo a tiempo. Lovecraft se volvió hacia ellos. Había un brillo pícaro en sus ojos.

Y el agua dejó de estar quieta.

En un primer instante, solo percibo un borboteo. Luego crece y crece hasta convertirse en un clamor demoníaco. Me giro. De alguna manera, sé lo que va a suceder. Debo enfrentarme a ello. Ahora puedo. Ahora quiero. Ahora me atrevo.

Ha llegado el momento.

Las aguas se agitan. Hierven. La negrura baila en ellas, se refocila y aúlla como

una bestia viva y sedienta de sangre, un inconmensurable monstruo que sufre sus primeros dolores de parto. Porque eso es lo que están contemplando mis ojos. Un parto infernal.

Surge poco a poco de la vasta masa de agua. Al principio emergen las protuberancias de su colosal lomo, astillas de hueso y piel escamosa como jamás ningún ser vivo ha visto. Chorrea agua negra. Yo contemplo su ascensión, el material del que están hechas las pesadillas, el nombre que jamás podré ponerle a los miedos que me asaltan cada noche cuando cierro los ojos. Su cabeza emerge como una erupción verdosa. El magma gris que son sus ojos podría devorarme con solo asomarme a ellos. De repente la cueva ya no existe. Sus ridículas dimensiones jamás podrían albergar la terrible magnitud de este cuerpo que no es cuerpo, de este ser que no es un ser, de esta entidad que encierra todo el terror que cabe en la imaginación de un insignificante hombre. Solo estamos él y yo en esta nada negra e infinita. Él, que acaba de surgir del abismo más profundo de la locura. De mi locura. Yo, que le contemplo con la reverencia y el temblor de quien ve por primera vez a Dios.

Me mira.

Los tentáculos tiemblan, ahítos de almas que devorar. Culebrean en mi dirección, me rodean. Uno de ellos, de menor tamaño, se enrolla alrededor de mi cintura. Mis pies se apartan del suelo. Me veo elevado por los aires, un insecto a punto de ser aplastado por la indiferencia de este horror.

Me sostiene ante sus ojos, tan gigantescos que podrían edificarse imperios en ellos. No tiene nada de lo que en mi vida he entendido como humano. No hay ninguna posibilidad de redención ante esta mirada de eones. Podría erradicarme para siempre, borrar me de la existencia, devorar mi alma, mis recuerdos, mi pasado y mi futuro. En lugar de eso, me habla.

Oigo sus palabras aunque no emite ningún sonido. Comprendo lo que dice, no con mis oídos, sino con todo mi ser. El secreto negro que introduce en mí se queda ahí, un cáncer que un día acabará devorándome. Lloro, pero no sé por quién.

Cuando me deposita de nuevo en el suelo, vuelvo a estar en la cueva. Le veo menguar, sumergirse, desaparecer. Me deja a un lado y regresa a su encierro, para seguir soñando conmigo. Y una mano me agarra del brazo.

—Howard —susurró Frank Long—, vámonos.

Lovecraft se giró. El agua del lago permanecía quieta y helada, ajena a los devaneos de aquellos pobres mortales que llevarían mucho tiempo muertos antes de que se secase. Por unos largos segundos, se la quedó mirando. Luego asintió.

—Sí, vámonos.

Sonia se acercó al altar. Soltó una maldición desacostumbrada en ella.

—Las hojas de Elzevier no están.

—Se las ha llevado Justin —dedujo Frank Long—. Maldito sea.

—No importa —dijo Lovecraft—. Coged el libro. No queremos que se quede aquí.

—Cógelo tú, si quieres —respondió Frank Long—. Yo no pienso volver a tocarlo.

Lovecraft sostuvo el Necronomicón en sus manos. Durante un instante, Long pensó que lo abriría, pero el momento pasó. Echaron a andar hacia la salida, dejando atrás aquella locura.

En la entrada del túnel había alguien. Se detuvieron. A contraluz con el resplandor que surgía del túnel principal, solo pudieron ver su silueta. La brasa de un cigarrillo se iluminó en algún punto de su cara en sombras.

—¿Quién es? —susurró Sonia.

—Le he visto antes —contestó Long—. No está aquí para ayudarnos. ¿Qué hacemos?

Lovecraft se adelantó un paso. Extendió las manos y le enseñó el libro.

El desconocido volvió a dar una chupada al cigarrillo.

Luego se apartó.

—Adelante —susurró Howard—. Continuemos. No le miréis.

—Pero ¿quién es? —insistió Sonia, mientras pasaban junto al manto de sombras donde se había introducido el desconocido.

—Creo que esa será una de las cosas que uno se pregunta siempre al acabar la historia, querida —dijo Lovecraft—. Un perfecto cabo suelto que no me apetece atar.

Ninguno volvió a hablar hasta que salieron. El aire de la noche les acarició la piel. Las estrellas estaban en la posición correcta. Los trabajadores no les prestaron más atención que a una ráfaga de viento del desierto. Respiraron hondo, y se sintieron como si hubieran despertado de una pesadilla. Una que había durado demasiado.

—Volvamos a casa —dijo Lovecraft, por una vez prescindiendo de adjetivos y circunloquios.

—¿Qué se te pasó por la cabeza para hacer semejante representación ahí abajo, Howard? —preguntó Frank Long.

Lovecraft sonrió.

—Ya me conoces, Belknapius. Soy un *posseur* nato.

INTERLUDIO

A, porque eres Adorable

La estación estaba abarrotada de gente. Había marineros con el petate al hombro que se despedían de su familia entre lágrimas, risas y besos; solitarios viajeros pegados a un maletín que subían y bajaban de trenes, envueltos en pesados gabanes; novios que prolongaban la despedida en un interminable abrazo. Los chillidos de los chavales vendiendo la prensa diaria rivalizaban con los silbidos de las máquinas de vapor y sus escupitajos de dragón. El aire era frío como solo puede serlo a las puertas de abril, cuando el invierno lanza sus últimos golpes cansados antes de derrumbarse sobre la lona del tiempo. Fuera llovía, pero eso jamás sería una novedad en Providence.

Howard Lovecraft se bajó del tren. Dio un par de pasos y dejó la maleta en el suelo. Hinchó el pecho, como si quisiera atrapar en sus pulmones todo el aire de la ciudad. Sus labios se ensancharon en una sonrisa desacostumbrada, de muchos dientes, que incluso se contagió a las personas a su alrededor sin que se dieran cuenta. Era un hombre feliz. A su lado pasó un revisor anunciando a voz en grito que el tren efectuaría una parada de diez minutos.

—Oh, mucho más, mi querido amigo —dijo por lo bajo—. La parada será mucho más larga, se lo aseguro.

Frank Long bajó detrás de él. Se había afeitado la barba. Aparte de algún kilo menos, era el mismo de siempre. Le siguió Sonia, envuelta en un vestido claro que había comprado en París poco antes de tomar el avión hacia Boston. Ella también parecía satisfecha y relajada, aunque una ligera arruga se insinuaba en su frente.

Lovecraft se giró hacia ellos, aún armado con aquella sonrisa desacostumbrada.

—Bienvenidos a Providence. Sería baladí cantaros las excelsas maravillas que para vosotros alberga mi adorada polis, puesto que las conocéis, me atrevería a decir, incluso mejor que yo mismo. Sin embargo, permitidme al menos el merecido regocijo de anunciaros la buena nueva: hemos vuelto a casa.

Sonia no dijo nada.

—Lo conseguimos, Howard. —Frank Long le palmeó el hombro—. Hemos sobrevivido, y encima hemos vuelto con el Necronomicón.

Una nube pasajera amenazó lluvia en la sonrisa de Lovecraft.

—No hablemos de cosas desagradables, Belknapius, te lo imploro.

Frank Long arrugó el rostro.

—Pero ¿y esa enfermedad, Howard?

Lovecraft puso los ojos en blanco.

—¿De verdad quieres tener esta conversación de nuevo, Belknapius? ¿No te

bastan meses de viaje dándole vueltas?

—Es que...

—Belknapius, te lo diré por última vez: nada de lo que hemos encontrado en nuestro estrambótico viaje tiene un origen sobrenatural. Nada. Todos eran embaucadores.

—Pero ¿qué pasa con esa enfermedad de la piel? ¿Quién es el Coleccionista? ¿Qué había en las hojas de Elzevier? Howard, por Dios...

El buen humor de Lovecraft no se redujo un ápice.

—No lo sé, mi querido Belknapius. No tengo respuestas para ti. Esto es la vida real, y en la vida real hay preguntas para las que uno nunca halla la respuesta. Es mejor que sea así.

—Entonces ¿por qué no hemos leído el libro? —se empecinaba él—. ¿De qué tienes miedo?

—De muchas cosas. Leer el libro simplemente no me apetece.

Sonia atendía a la conversación de los dos amigos en silencio. No era la primera vez que la tenían, pero sabía respetar el espacio entre los dos. Reconocía sus palabras como lo que eran: Howard se estaba despidiendo, y Frank no quería.

—Déjalo estar, Belknapius. Por favor.

Él bajó la vista.

—Como quieras.

Howard Lovecraft volvió a mostrar esa sonrisa de ardilla. Abrió los brazos.

—Sugiero que, para celebrar que los héroes han regresado al Valhalla en alas de las valkirias de la victoria, esta noche cenemos en el restaurante más elegante que podamos encontrar. Me atrevería incluso a la audacia de probar un sorbito de ese licor francés burbujeante que tantos dolores de cabeza han causado a nuestros compatriotas, si no estuviera prohibido. En cualquier caso, sí que me lanzaré sin el menor reparo a devorar una buena porción de bizcocho con helado a la hora de los postres.

Long rió. La fugaz mirada que lanzó a Sonia terminó bruscamente entre sus zapatos. Ella continuaba callada. La arruga en su frente se había acentuado un poco.

—Bueno, Howard —dijo Frank Long—, comprendo que quieras celebrar el retorno, pero yo aún estoy viajando. Mis padres me esperan en Nueva York. Y te aseguro que tienen tantas ganas de verme como tus...

Su voz murió antes de pronunciar la última palabra. La sonrisa se borró de un plumazo de la cara de Howard, para ser reemplazada de nuevo por aquella mueca de labios apretados.

—¿No te quedas?

Long también se puso serio.

—Lo siento. —Desvió la vista hacia Sonia—. Aún tengo fuerzas para el último

tramo. Pero, Sonia, creo que me dijiste que estabas agotada. ¿Por qué no te quedas tú? Estoy seguro de que en la calle Barnes encontrarás una habitación de invitados tremendamente confortable.

Lovecraft y Sonia le miraron con una expresión casi cercana a la alarma. Esta vez le tocó a Long componer una pose de pícaro.

—Vamos, hemos desafiado a la muerte varias veces. Dormir bajo el mismo techo no supondrá un problema para vosotros.

—Yo también debería continuar... —empezó Sonia, dubitativa.

—Puede esperar —zanjó Long—. Lo mejor es que te quedes y descanses. Siempre que a Howard no le importe, claro.

—¿A mí? —preguntó él, como sorprendido de tener voz en el asunto.

—Por supuesto que no le importa —se apresuró a decir Long—. Así que espero que reposéis tranquilos, deis largos paseos por el club náutico y me aviséis si os apetece visitarme en Nueva York uno de estos días.

—Yo no tengo ninguna intención... —empezó a decir Lovecraft, pero de pronto guardó silencio. Sonia, que había tumbado a Alexander Elzevier de un puñetazo, que había atravesado el Museo Británico en coche mientras las balas silbaban a su lado, que había sido encarcelada en mitad del desierto sirio, que había estado a punto de morir en una sinagoga ardiendo, estaba ruborizada—. Gracias, Belknapius.

Y Howard Lovecraft hizo algo que habría sorprendido a todos los que en su vida le conocieron, algo que habría llenado de incredulidad a sus corresponsales, a sus amigos y a sus futuros biógrafos. Algo que Frank Long nunca compartió con nadie más, algo que prefirió atesorar en el gabinete de maravillas de sus recuerdos: Howard Lovecraft se adelantó un paso y le abrazó.

—Eres el mejor amigo que podría desear un escritor fracasado, Frank —le susurró, la voz estrangulada.

—Tú no eres un escritor fracasado, Abuelo —le contestó él al oído, sin atreverse a responder a su abrazo—. A mí me encantan tus historias.

Se separaron, y Long sintió su ausencia como un golpe. Era consciente de que ese abrazo jamás volvería a repetirse. Quizá por eso sería un momento precioso, único como una gota de océano.

Lovecraft hurgó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo algo.

—Desde que llegamos al aeropuerto de Boston lo he estado pensando. Lo más justo es que te la quedes tú.

Le tendía el sobrecito con la ficha de biblioteca. Aquella maldita pista muerta que había comenzado toda la locura que vino después.

—Al fin y al cabo, te la enviaron a ti.

—Gracias —dijo, aceptando el sobre—. ¿Tienes idea de qué harás con el libro?

—Oh, tengo una idea muy precisa. Pretendo olvidarme de él, metódica y

sistemáticamente. Me olvidaré de él cada día con tanta pasión y tanta entrega que...

—Howard —le cortó Sonia—. Vámonos. Dejemos que Frank siga su camino.

Le pasó una mano por debajo del brazo. Lovecraft parpadeó varias veces, pero no se apartó. Sonrió a su amigo, que ya subía al tren.

—Habla pronto, ¿de acuerdo?

Frank Long meneó la cabeza.

—Prefiero que me escribas, Howard.

El tren celebró su última frase con un restallido de vapor. El revisor comenzó a llamar a los viajeros.

Y la vida siguió su curso.

—Me da un poco de miedo —admitió Sonia.

—A mí también. Pero no pasará nada. Tía Lillian llorará un rato y luego empezará a preparar comida. Nada más.

Caminaban, cargando con las maletas, cerca del campus de la Universidad Brown. Al llegar al cruce de Waterman y Prospect, Lovecraft giró a la derecha.

—¿Dónde vas? —preguntó Sonia—. Creía que la calle Barnes estaba en aquella dirección.

Lovecraft se quedó parado, en mitad del cruce.

—He pensado que podíamos dar un... —Se detuvo en mitad de la frase—. No, tienes razón. Mi casa está a la izquierda. Sigamos.

El paisaje entre Providence y Nueva York se diluía en un espejismo de velocidad. Frank Long escrutaba a través de la ventana. Trataba de otear un pasado que ya no volvería. El niño sentado frente a él no le dejaba concentrarse. Tendría unos seis años. No paraba de chillar. Estaba sentado en el asiento de delante, junto a una mujer de mediana edad que se iba poniendo cada vez más colorada mientras intentaba controlar a su hijo. No se estaba quieto, hacía lo posible por bajarse del asiento, por encaramarse a la ventana y por salir del compartimento, todo a la vez. Su madre estaba enfrascada en un forcejeo silencioso con él, intentando no llamar la atención que demandaba el pequeño. De vez en cuando lanzaba miradas apuradas a Frank Long. Él se esforzaba por parecer ajeno a la escandalera, más por cortesía que por verdadera empatía.

Con un gesto ausente, Long sacó la ficha de la biblioteca. La sostuvo entre los dedos y la hizo girar. El niño seguía desgañitándose. Él intentó abstraerse.

—Venga —decía la madre en aquel momento—, vamos a cantar la canción que te ha enseñado la señorita Smith en la escuela. ¿Cómo era? ¿Te acuerdas, Mervin?

—¡No quiero! ¡Quiero bajarme!

—Nos bajaremos dentro de poco. Venga, vamos a cantarla. A...

El niño se cruzó de brazos en un gesto empecinado. Su madre seguía esforzándose por hacerle olvidar la espera.

—Vamos, Mervin. Cántasela a mamá.

—¡No!

—Cántasela a este señor. A...

Long suspiró. Quería olvidarse de la realidad, pasar las horas que le quedaban reviviendo en su mente la historia que habían vivido. Pero parecía que la realidad no le iba a dejar escapar.

—Me encantaría oír la canción —dijo en tono comprensivo.

La madre le sonrió. En realidad, a pesar de su evidente madurez tenía un aspecto muy agradable. Y una voz dulce. Long se sorprendió preguntándose si sería viuda.

—A... —entonó la madre.

—... porque eres Adorable —cantó el niño en un tono mucho más estridente.

—B...

—... porque eres Bonita.

—C...

—C, porque te tengo Cariño. D, porque eres Dulce. E, porque me Encantas.

—Es la A, B, C, D, E —se adelantó la madre, y el niño la secundó—. Venga, Mervin, ahora la segunda estrofa. F...

Pero Frank Long ya no escuchaba.

Contemplaba boquiabierto la ficha de la biblioteca.

QUINTA PARTE

LOS NOMBRES MUERTOS

Le prometí a tu madre que siempre cuidaría de ella, y que te protegería incluso de la verdad.

De la película *The Shuttered Room*.

Deduje de todo que lo que hoy llamamos Necronomicón fue una pequeña parte de una obra mucho más extensa.

COLIN WILSON, *The Strength to Dream*.

La calle Barnes

6 de marzo, 1932

Golpeó con los nudillos. La puerta tardó un rato en abrirse. Cuando lo hizo, apareció una enorme nariz, detrás de la cual había una mujer oronda, ojerosa y de aspecto descuidado.

—¡HOWARD! —El agudísimo grito de tía Lillian les apuñaló los oídos. Se lanzó sobre él como una bestia que arrastra un hambre atroz durante semanas. A pesar de su menudo cuerpo, le abrazó con tal fuerza que le levantó medio palmo del suelo.

—¡Tía! —gritó él, y no estuvo claro si era un saludo o una súplica.

—¡Cariño! ¡Has vuelto! ¡Has vuelto! ¡Creíamos que no volverías nunca! Oh, Howard, ¿qué te han hecho? ¿Dónde has estado? —Se separó de él un instante, y entonces vio a Sonia Greene. Un cuchillo oxidado rajó la alegría en su voz—. ¿Qué hace ella aquí?

Sonia se encogió.

—Tía Lillian, la señorita Greene será nuestra invitada durante los próximos...

—¿Qué? —gruñó ella, de repente bloqueando la puerta—. Pero Howard, no sé si sería apropiado. A lo mejor tendríamos que llamar a tía Annie...

—Paparruchas —cortó Lovecraft, empujándola suavemente—. El sobrino pródigo acaba de volver, y te diré una cosa más, tía Lillian: está muy hambriento.

Aquello animó en cierta medida a su tía. Se apartó de la puerta, no sin antes lanzar una mirada a Sonia Greene. Una mirada en la que viajaba un sentimiento atávico, territorial, una amenaza velada que nadie se atrevería a poner en palabras.

Sonia entró en la casa.

Sonaron unos golpes débiles. Se repitieron.

—¿Howard? —preguntó la voz amortiguada de Sonia—. ¿Estás despierto?

Lovecraft levantó la cabeza. Le dolía el cuello. Llevaba más de cuatro horas inclinado sobre el escritorio. No había escrito ni una sola línea. A través de la ventana, la luna brillaba en un cielo huérfano. Los gatos reinaban en la calle y los chotacabras soñaban sueños de viento y campanas rotas.

—Yo siempre estoy despierto a esta hora, querida —dijo, aún desde el asiento.

—¿Puedo pasar?

—No creo que sea buena idea. Son las tres de la madrugada. No sería decente. Imagina qué pensaría la gente si supiera que una señorita entra a horas intempestivas en el cuarto de un caballero.

Sonia se mordió el labio inferior. Detrás de ella había un pasillo a oscuras. Se había orientado como había podido por la casa hasta dar con la habitación de

Howard, en el piso de abajo. Tía Lillian se las había arreglado para dejarle una habitación en el extremo más alejado. Los segundos se habían arrastrado a través de ella mientras estaba tumbada en la cama, sola, mirando el techo. Cuando no había podido soportarlo más, un impulso invisible la había sacado de la habitación a tientas. No sabía qué iba a hacer. Solo sabía que tenía que llegar hasta aquella puerta. Ahora estaba allí.

Y Howard no quería abrir.

—Está bien —dijo—. Está bien... yo... solo quería decirte... quería...

—¿Sí?

Mírate. Estás justo en el lugar donde nunca has querido estar. No solo perdiste la guerra contra esta maldita ciudad, sino que has permitido que te traiga hasta aquí, que te tome prisionera. Te has humillado, doblegado, has claudicado, y ahora te arrastras hasta esta condenada puerta mendigando un poco de amor. Porque eso es lo único que quieres. Amor. La persona a quien quieres está detrás de esta puerta y tú tienes que venir a suplicarle el amor que no se atreve a darte. No es justo.

—No es justo —prosiguió—. Quería decirte que no es justo.

Algo se movió al otro lado de la puerta. No hubo respuesta. Eso la enfadó aún más.

—No es justo —repitió—. Te quiero, Howard. Te he querido siempre, desde que nos conocimos en aquella convención de prensa amateur. No me preguntes por qué. No puedo explicártelo. Sé que te quiero a pesar de tus manías, y tus prejuicios, y tus miedos y tus inseguridades y todo ese muro detrás del que te has escondido. Te quiero y tú me quieres, y lo sé, y voy a cumplir cuarenta y siete años y me merezco que me quieras, porque me quieres a pesar de todo. Y venía a decirte que no es justo que yo te quiera y tú me quieras y estemos separados por esta barrera estúpida, que no ha habido nunca ninguna razón para que no podamos estar juntos, que sé que te da miedo la vida y que no me importa porque quiero espantar ese miedo junto a ti y no es justo que tú no me dejes porque sí que quieres, y que quiero... que quiero... que quiero leer tus historias y opinar sobre ellas y encontrar quien las publique y visitar a Frank Long contigo y que no es justo, no es justo, no es justo, maldita sea...

Había empezado a llorar en algún momento. No era el llanto romántico que se esperaba de una dama que confiesa su amor en un arrebató. Las lágrimas y los mocos se le mezclaban en la cara, y tenía la garganta irritada y le dolía la cabeza de llorar y aquello no iba a salir bien y no sabía qué estaba haciendo allí y pensaba que había llegado a lo más hondo de la humillación y que tenía que salir de allí y la puerta se abrió.

La puerta se abrió. Al otro lado estaba Howard. No estaba Lovecraft, ni el Abuelo, ni Randolph Carter, ni ninguno de sus disfraces. Allí solo estaba Howard, el hombre que había atisbado en todos esos años juntos. Estaba quieto, los puños

apretados, los ojillos marrones brillando por algún motivo. Sonia le veía borroso a través de las lágrimas, pero era él.

Ninguno dijo nada. Sonia entró. Howard le dio la mano. Estaba fría al tacto. La apretó.

La puerta se cerró.

La casa continuaba en silencio.

Se despertó a causa del grito. Por un momento, no estuvo segura de si lo había oído en su sueño. Entonces volvió a repetirse. Desgarrador, profundo. El grito de una persona torturada. Howard ya le había hablado de los gritos de tía Lillian, pero oírlos era una historia diferente.

Miró a través de la ventana. Aún era de noche. Howard se revolvió a su lado. Se separó de ella, refunfuñando en sueños. Sonia consideró despertarle, pero le dejó ir. Nunca le había gustado dormir abrazado, eso no iba a cambiar. Se preguntó si algo iba a cambiar. Pero eso no importaba. Eso sería mañana. Ahora era de noche, y no quería que el mundo llamase a la puerta.

Se levantó despacio, con cuidado de no despertarle. Fue desnuda hasta la ventana, regodeándose en su falta de pudor. Se detuvo ante ella, frente a la mesita donde Howard escribía sus cartas. Llovía con fuerza. No era una novedad en Providence. Maldita ciudad. Un relámpago estalló cerca. El trueno le secundó casi al instante. Fue un sonido grave, el bramido de una criatura enorme. Sonia se estremeció. De repente tuvo frío. Bajo el resplandor del relámpago, se dio cuenta de lo que había sobre la mesita.

Howard se movió en la cama, inquieto.

Sonia se sentó con cuidado. El Necronomicón estaba cerrado, impertérrito, como si realmente solo fuera un libro. Sonia apoyó una mano en la tapa. Creía que se revolvería bajo el contacto de su piel. No fue así. A su espalda, Howard empezó a murmurar. Sonia dudó. Otro rayo cayó sobre Providence. El trueno retumbó. Quizá fue algo en la luz plateada. Quizá no.

Sonia abrió el Necronomicón.

Howard lanzó un gemido al mismo tiempo que los ojos de Sonia se posaban sobre aquellas líneas escritas con letra apretada, casi ilegible. Leyó. Howard estaba sollozando en sueños. Ella siguió leyendo, mientras las nubes lloraban sobre Providence con una pena sin nombre.

Es una habitación pequeña. Todo está oscuro. Los listones de madera tiemblan. El aire parece cargado, turbio, envenenado. Hay una camita en una esquina. Y un pequeño bulto en la cama, embutido en las sábanas. Está temblando. Yo también. No quiero entrar, pero ya estoy dentro. Estoy en la cama. Contemplo la escena desde todos los ángulos posibles, desde todas las perspectivas del miedo.

—¿Howard?

En la puerta aparece una silueta. Recortada a contraluz, no se le ve el rostro. Apoya un brazo en el dintel.

El bulto en la cama se queda quieto.

—¿Estás despierto, Howard?

Me quedo quieto.

Esto es la locura. Esto es el horror. Siento que enloquezco. No, por favor. Hoy no. Otra vez no.

La figura sin rostro llega hasta la cama. Las sábanas se estremecen. Me estremezco. Se sienta en el borde. La espalda recta. Las manos en el regazo. Donde deberían estar sus facciones hay un agujero negro, negro, negro.

—¿Tienes frío?

Una mano enorme, de dedos alargados terminados en uñas sucias, se planta sobre las sábanas como la zarpa de un oso. Un oso malo. La caricia provoca un gemido amortiguado y suplicante. Me hace cosquillas en el estómago. Pero no puedo reír. Todo está oscuro.

—Mi niño. Mi pobre niño tiene frío. Mi niño. Mi niño.

Algo cambia. De repente hace frío. El mundo es un erial helado.

A través de la ventana, la luna nos mira.

—Feo. Mi pobre niño feo. Eres feo. Eres feo, feo, feo. Eres repulsivo.

La zarpa sigue acariciando.

—Eres repugnante. Me das asco. Mírate. Asco.

El gemido se convierte en llanto. Un llanto desconsolado se arrastra por debajo de las sábanas. La zarpa crece, ocupa el mundo, lo borra, lo hace trizas. No se detiene. Las cosquillas se vuelven incontrolables. No son cosquillas. Por favor, por favor. Por favor. El olor a naftalina se mezcla con otro distinto, un olor que nadie, nadie, nadie debería oler jamás.

Me golpeo la frente, una y otra vez. Basta, basta, basta. Quiero arrancarme los ojos. Quiero no ver más, no ser más. Pero ahora ya no soy yo. Ahora solo es él. Howard. Un niño feo, un niño desagradable, repugnante. Un niño solo.

—Me das asco. No soporto mirarte. Eres malo, feo, repulsivo. Debería darte vergüenza. Debería darte vergüenza.

Grito. Grito, por fin. Un sonido agudo, chirriante y desagradable que surge de lo más profundo de mi ser. Un vendaval que surge de mis entrañas, borra mis recuerdos, extirpa de mi memoria este sueño, esta incontrolable retahíla de nombres muertos.

Nombres muertos. Es lo único que queda en mi interior. Estos malditos nombres muertos que nadie más que yo podrá comprender jamás. Aún no sé por qué lo hice. Sigo maldiciendo cada día aquella nube negra que cubrió mi corazón, aquella podredumbre en las entrañas que me llevó tantas veces a la puerta de tu cuarto.

Perdóname, Howard.

Perdóname.

Cuando acabó de leer, Sonia lloraba. Se levantó lentamente, segura de que las piernas no le sostendrían y que caería al suelo. Howard había dejado de gimotear. Decidió volver a la cama, abrazarle y no romper nunca más su abrazo. Fue entonces cuando lo vio.

Uno de los muebles del cuarto de Howard estaba tapado con una sábana.

Caminó hasta el mueble, teniendo cuidado de no hacer ruido. Las tablas de madera crujían bajo su peso. Cayó otro rayo. Esta vez la sobresaltó. El rugido del trueno encerraba una advertencia. No te acerques, Sonia. No te asomes tras la puerta de Barbazul.

Fue hasta el mueble y apartó la sábana. El rayo volvió a caer una vez más. Esta vez fue Sonia quien gritó. Lo que hizo que su corazón se encogiera no fue su propia imagen. Fue la figura negra que vio a su lado, reflejada en el espejo que había bajo la sábana.

Una mano le tapó la boca.

Las tinieblas dejaron escapar una voz cubierta de cicatrices.

La voz de tía Annie.

—Nunca deberías haber entrado aquí.

El 454 de la calle Angell

7 de marzo, 1932

A la mañana siguiente, Long salió temprano, ignorando las protestas de su madre. Aún le dolía el estómago de la opípara cena que había preparado, después de pasar toda una hora llorando abrazada a él. Long sentía la emoción de la aventura en su piel, acariciándole la espalda. Había conseguido dominar las ganas de telefonear a Lovecraft y contarle lo que le rondaba por la cabeza. Quería estar seguro.

Estaba lloviendo, pero eso no le importó. Recorrió las avenidas con paso vivo, recordando la canción del niño en el tren. A veces el elemento más inocente puede despertar en ti la solución de un buen relato, Belknapius. Cualquier escritor te lo dirá, incluso uno fracasado.

En algún punto del camino, una fuerte ráfaga de viento le arrebató el paraguas. No le importó. Siguió corriendo bajo la lluvia, cada vez más ansioso por llegar a su destino. Subió de dos en dos los escalones de la Biblioteca Pública. Los leones en la entrada parecían estar esperándole. La tormenta arreciaba. Parecía el presagio de que algo terrible iba a ocurrir. O que ya había ocurrido.

Pasó por las puertas gigantescas con la impresión de estar entrando en una catedral. El silencio al otro lado reafirmó la sensación. El tiempo tenía prohibida la entrada. Reinaba una calma de alta mar, la más traicionera. Se ungía soberana de aquel lugar, desde el suelo hasta los enormes techos, entre las estanterías y las pieles curtidas de sus ocupantes. Había personas que pasaban de un lado a otro, cargadas con torres de libros mudos.

Decenas de miradas se clavaron en él como saetas. Estaba chorreando como un naufrago que acabase de ser vomitado por una ballena. Caminó con paso tranquilo hasta el mostrador principal. Fueron apenas diez metros. El sonido húmedo y estridente del agua escapando de sus zapatos incomodó al aire. Así hablaban los violines desafinados. Se detuvo ante el mostrador. El guardia de seguridad, un hombre rubio y corpulento, le salió al paso. Long fue más rápido. Para cuando le alcanzó, ya estaba inclinado sobre la bibliotecaria, una chica joven con gruesas gafas metálicas que daban a sus ojos aspecto de besugos en una pecera. Long tuvo la conciencia lejana de que su mirada era lo más atemorizante de su aspecto. Debía de parecer un loco.

—Señor —empezó el guardia—, no puede entrar aquí de esa guisa. Si me permite...

—Necesito un sistema de catalogación Dewey —dijo Long, interrumpiendo al guardia y dirigiéndose a la chica—. Por favor.

—Señor —insistió el guardia.

—Por favor —repitió Long, quizá un poco más alto de lo que habría debido.

El guardia le agarró del brazo. Long se zafó de un manotazo.

—¡Solo estoy mojado! —gritó, y de pronto se dio cuenta de que toda la biblioteca atendía a la escena. Su voz se convirtió en un susurro—. Les pido disculpas. La tormenta me ha pillado a la intemperie. Quizá me ha alterado mojarme tanto. Solo necesito consultar un libro, es relativamente urgente.

Aquello pareció liberar la tensión. El guardia de seguridad adoptó una pose más relajada. Después de todo, aquel hombrecillo del bigotito y la pajarita no podía ser peligroso. Long sacó de la cartera su carnet de socio y se lo mostró a la bibliotecaria.

—Un sistema de catalogación Dewey, por favor. Lo consultaré aquí mismo.

La bibliotecaria le trajo un grueso tomo encuadernado en pastas azules. El guardia de seguridad se alejó con un gruñido, pero no perdió de vista a Long.

Cuando abrió el libro, aún sobre el mostrador, las manos le temblaban. Y le temblaron todavía más al sacar la ficha de la biblioteca.

ALHAZRED, ABDUL.

NECRONOMICÓN.

AARHUM, 1228

WORM, OLE (TR.)

516 P., IL., FOL.

GRABADOS EN MADERA, ENC., TABLAS,

TAM. FOL. 62 CM., BUEN ESTADO. EX LIBRIS

520, 225, 482, 173, 800, 160, 454

Long usó todo su autocontrol para pedirle una pluma a la bibliotecaria sin alzar la voz. Incapaz de contener los temblores que le dominaban, dio la vuelta a la ficha y escribió al dorso:

520

225

482

173

800

160

454

Pasó las páginas con torpeza. Se le pegaban a los dedos. Reprimió el impulso de arrancarlas, consciente del escrutinio del guardia y la bibliotecaria. Localizó lo que

estaba buscando y garabateó:

520 - *Astronomía*
225
482
173
800
160
454

Pasó más páginas. Anotó y volvió a buscar. Transpiraba. Notaba que le faltaba el aire, pero era más la emoción del arqueólogo que desentierra su primer sarcófago. Para cuando terminó de escribir, el dorso de la tarjeta tenía este aspecto:

520 - *Astronomía*
225 - *Nuevo Testamento*
482 - *Griego mitología clásica*
173 - *Ética de las relaciones familiares*
800 - *Literatura*
160 - *Lógica*
454 - *No asignado*

—¿Se encuentra bien? —preguntó la voz del guardia de seguridad a su lado.

No, no se encontraba bien. Le temblaban las piernas. Arañó el papel tres veces más y se quedó mirando el resultado.

—Dios mío —acertó a decir.

520 - *Astronomía*
225 - *Nuevo Testamento*
482 - *Griego mitología clásica*
173 - *Ética de las relaciones familiares*
800 - *Literatura*
160 - *Lógica*
(454) - ~~*No asignado*~~

—Querían que lo encontrásemos —dibujaron sus labios—. Todo este tiempo estaba ahí. Querían que lo encontrásemos.

—Amigo, está usted molestando a todo el mundo —advirtió el guardia de seguridad—. Será mejor que se vaya.

Long se abalanzó sobre la bibliotecaria como un maníaco sexual.

—¡Necesito usar su teléfono!

Sintió un golpe en la nuca.

La casa se despertaba. Era la última en despertarse en el vecindario, y lo hacía al revés que el resto de las casas. Comenzaba por el tejado, como un ligero temblor en la chimenea que habría sido alarmante en otras circunstancias, quizá en otro país. Luego se extendía por los tablones amarillos, longitudinales y gastados algunos, otros remendados a lo largo de los años. Por las capas de pintura y los gritos y los velatorios y las lágrimas y los partos que habían tenido lugar entre aquellos muros. Se entretenía en los extravagantes balcones laterales, vacilaba en la herrumbre de la escalera de incendios, y terminaba desplomándose con un gran bostezo frente a la puerta del porche verde.

No era extraño que la casa de la calle Barnes fuese la última en despertarse, conociendo los hábitos nocturnos de su ocupante.

Howard Phillips Lovecraft abrió los ojos. Disfrutó unos segundos de la penumbra congestionada de la habitación, del polvillo que viajaba en los rayos de luz que entraban a través de la persiana echada. No recordaba haberla bajado, pero no importaba. La primavera estaba cerca y él estaba en casa. Hoy lucía el sol. Quizá incluso haría calor. Presentía que su buen humor se despertaría y saldría de su hibernación. Se irguió en la cama con parsimonia, estirando los segundos al máximo. Se deleitaba con cada fracción de movimiento. Se puso en pie y estiró su desgarrada anatomía. Ignoraba cuántas horas había estado durmiendo. Pero estaba seguro de que no eran suficientes.

Abrió la persiana. Las calles estaban mojadas, había llovido la noche anterior. Por la posición del sol, constató que aún era temprano, probablemente no habían dado las dos. Quizá, pensó con indolencia gatuna, fuera el momento de una retirada estratégica hacia las sábanas.

Entonces vio el libro.

Estaba abierto sobre la mesita frente a la ventana.

Recordó.

—¿Sonia? —preguntó al silencio—. ¿Querida?

No obtuvo respuesta. Estaba solo. Giró sobre sus talones. El espejo estaba cubierto. La cama estaba revuelta. Le sonrojó el recuerdo de lo que había sucedido allí la noche anterior. Sus ojos volaron al libro, a las líneas que había leído la última persona que lo abrió.

—Dios —murmuró, sin ser consciente de que era la primera vez en mucho tiempo que invocaba a alguien distinto a su querido Azathot.

Salió de la habitación con cautela. No sabía si esperaba que un hacha ensangrentada cayese a plomo sobre su cuello. No sucedió nada. Miró a izquierda, derecha y al frente. La penumbra melosa y haragana se extendía de su cuarto al resto

de la casa. Aguzó el oído. Hasta el silencio aguardaba. Recorrió el pasillo con apresurados pasitos de ratón. Estaba demasiado preocupado como para sentir ridículo, aunque sí experimentó un atisbo de pudor al comprobar que no tenía puesto su gorro de dormir.

—¿Querida? —preguntó de nuevo. Ojalá no le hubiera temblado la voz.

Un sonido metálico se oyó en alguna parte de la casa. El poco vello que tenía se le erizó. Se repitió, y entonces supo de dónde venía.

Pasó junto a la escalera que subía a las habitaciones de tía Lillian. Por algún motivo, se obligó a no mirar hacia arriba. Las dejó atrás y se detuvo junto a una puerta cerrada. Inspiró hondo dos, tres veces. Agarró el picaporte. Empujó.

—¡Howard! ¡Me has asustado!

Tía Lillian estaba en mitad de la cocina, embadurnada en harina, azúcar y polvo de cacao. La oronda mujer había dado un salto cuando abrió la puerta. Estaba enfrascada en la preparación de un bizcocho de proporciones titánicas. Howard Lovecraft se quedó en el dintel, picaporte en mano. Tía Lillian le sonrió.

—¿Quieres un chocolate caliente?

Él fue hasta la mesa del centro, en la que a veces desayunaba mientras alternaba la lectura del periódico y el escrutinio desapegado de lo que ocurría en el vecindario. Tomó asiento. Al instante, tía Lillian le sirvió un vaso de zumo y un plato con un pastelito de chocolate.

—Ten. Come algo. Luego te haré un desayuno en condiciones. Me has pillado preparándote la tarta de bienvenida. —Le dio unos golpes cariñosos en el hombro—. Me-has-es-tro-pe-a-do-la-sor-pre-sa.

Lovecraft se bebió buena parte del zumo de un solo trago. Su tía se había enfrascado una vez más en batir huevos.

—¿Dónde está?

Tía Lillian se detuvo un instante. Solo un instante. Luego continuó batiendo, aún de espaldas a su sobrino.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién, querido?

—Sabes bien de quién te hablo, tía.

Tía Lillian batió con más fuerza.

—Se ha ido esta mañana, temprano. Dijo... bueno, dijo algo horrible. Yo le pedí que retirase lo que había dicho, pero ella se rió. Lo volvió a repetir y se fue.

—¿Qué dijo?

—No creo que una dama deba...

—Haz el favor de decírmelo, tía.

Entonces tía Lillian dejó de batir y se volvió. Le brillaban los ojos.

—¿Por qué me hablas así, Howard? ¿Qué te he hecho yo? ¿Te parece bonito tratar

de esa manera a tu tía?

Lovecraft bajó la cabeza.

—Lo siento, tía.

Ella siguió batiendo.

—No pasa nada, cariño.

—¿Qué dijo?

Tía Lillian gruñó. Fue un sonido desacostumbrado en ella, que hizo que Lovecraft enarcara una ceja.

—Si quieres saberlo, dijo que no le interesaba estar cerca de un perdedor. Que tenía cientos de hombres mejores que tú haciendo cola en su puerta.

—Oh. —Lovecraft parpadeó. Su espalda se encorvó varios grados más, mientras sus ojos bajaban hasta sus zapatos.

Tía Lillian se aproximó a él y le acarició.

—Lo siento, cariño. Pero no te preocupes, ya se ha ido. Come un poco de bizcocho. Te sentirás mejor.

Lovecraft permaneció callado unos segundos. Se levantó.

—Creo que iré a echarme un rato más, tía.

—Como quieras. —Ella se puso de puntillas y le ofreció la mejilla.

Lovecraft le plantó un beso en la piel arrugada.

—Mejor te dejo hacer tus cosas. —Se dirigió a la puerta—. Gracias, tía. Eres la luz de mi vida.

—De nada, cariño —dijo tía Lillian, mirando a su sobrino.

Tenía los ojos entrecerrados.

Lovecraft entró en su habitación. Cerró la puerta. Echó la llave con cuidado de que no sonase muy alto. Empezó a vestirse. Eligió el traje negro. El del abuelo. Le quedaba estrecho en las mangas y en las perneras, pero en aquellas circunstancias apenas importaba. Se abotonó la camisa blanca. Le temblaban los dedos. Tuvo que anudarse la corbata tres veces. El sol entraba a raudales por la ventana. Cuando estuvo listo, se detuvo delante del espejo cubierto. Cerró los ojos. Apartó la sábana.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Quién eres?

El picaporte de la puerta se movió.

—¿Howard? —se oyó la voz de tía Lillian al otro lado—. Te he preparado más zumo. ¿Por qué has cerrado la puerta?

—¿Quién eres? —preguntó Lovecraft. Empezó a abrir los ojos.

—¿Howard? —gritó tía Lillian, luchando con el pomo—. ¿Estás bien?

Distinguió una silueta.

Tía Lillian forcejeaba con la puerta.

—¡Howard! Abre la puerta, me estás preocupando.

La silueta se perfilaba.

—¡Howard! —Esta vez fue más un rugido que un grito. Tía Lillian embistió contra la puerta.

Lovecraft volvió a tapar el espejo y corrió a la ventana. La abrió con rapidez, mientras la hoja temblaba. Seguro de que trastabillaría y se rompería el cuello, pasó una pierna por el alféizar. Luego otra. Dio gracias a su decisión de vivir en la planta baja. Dentro de la casa empezó a sonar el teléfono. Cuando ya tenía medio cuerpo fuera, se acordó de algo. Introdujo los brazos por la ventana y asió el Necronomicón.

La puerta saltó. Tía Lillian irrumpió en la habitación. Sudaba y tenía la cara congestionada.

—Cariño —dijo al verle fuera. Fue curioso que esa palabra contuviera tanta ira y tanta desesperación.

—No te molestes en seguirme, tía —dijo Lovecraft—. Esto tiene que acabar.

Echó a correr calle abajo, abrazado al Necronomicón, sin prestar atención al aullido inhumano de tía Lillian.

Frank Long colgó el teléfono. Le dolía la cabeza. Llevaba todo el camino apretándose un buen trozo de hielo envuelto en el pañuelo contra la nuca. Al parecer no estaba funcionando. Y encima, la cabina se había tragado sus monedas.

—Está bien, Belknapius —habló en voz alta—. Tendrás que hacer esto solo.

El tren soltó un silbido al tiempo que Long salía de la estación de Providence. Se giró, por un momento asaltado por la idea de que Providence le daba una bienvenida siniestra. ¿Cuándo se había desatado hasta ese punto su imaginación? ¿En qué momento había pasado de ser un escritor racionalista a un soñador romántico? Se reprendió. Aquello era serio. Si lo que sospechaba era cierto, sería incluso peligroso.

Echó a andar, camino a la parte norte de Providence. Su respiración se resintió al subir la cuesta que llevaba al campus de Brown. Por un momento creyó que aquel sería el retorno triunfal del asma, pero no fue así. Al alcanzar la cumbre de la colina donde descansaban los edificios administrativos de la universidad se detuvo. No estaba lejos del cruce de Prospect y Waterman.

Se rascó la barbilla, pensativo.

Una vieja idea cruzó el río de sus pensamientos.

¿En qué más había mentido Lovecraft?

Echó a andar hacia la John Hay.

La atisbó desde lejos. Los trabajos de reforma habían concluido. La fachada era ahora de un blanco inmaculado, un terrón de sal en medio del campus. La ventana por la que se habían colado, iniciando toda aquella locura, estaba reparada y cerrada. Le asomó una sonrisa a los labios, una en la que iban muchas más sensaciones que la mera nostalgia. Subió los escalones de la biblioteca sintiéndose un cowboy. No podía creer que estuviera a punto de hacer aquello. Pero había hecho muchas cosas en los últimos meses de las que jamás se habría creído capaz. Abrió las puertas dobles de un

enérgico empujón. El interior no había cambiado. Al otro lado del recibidor y sus dos bustos anónimos, una bibliotecaria de pelo blanco y gafas doradas apoyadas en el puente de la nariz levantó la vista hacia él. Long se sintió descubierto. Permaneció un segundo quieto.

Luego echó a correr escaleras arriba.

—¿Señor? —se oyó la voz de la bibliotecaria. Lejana, muy lejana—. ¡Oiga!

Subió los escalones de dos en dos. Con la luz del día, la John Hay no era más que un edificio anodino de paredes en un aburrido tono beige. Salvó los últimos escalones y se encontró en un pasillo largo y flanqueado por puertas cerradas. Oyó ruidos abajo. Pronto vendrían a por él, pero tenía que hacerlo. Caminó con paso vivo, deteniéndose apenas un latido ante cada puerta, comprobando los letreros.

De repente se detuvo. Allí estaba.

Colecciones especiales.

Comprobó el picaporte. Estaba cerrada. Long miró por encima del hombro. Aún no había subido nadie. Le pareció extraño, pero la excitación del momento borró las dudas. Santiguándose mentalmente, dio un paso atrás y lanzó una patada a la puerta. El cierre saltó con un ridículo sonido de muelle roto. Quiso exclamar algo, un juramento de bárbaro, pero no le salió nada más fiero que un sonidito asfixiado.

Al otro lado de la puerta había una habitación a oscuras. Tanteó en la pared lateral y encontró un interruptor. Lo accionó, pero no sucedió nada. Entró igualmente. Un cosquilleo de anticipación le recorría los brazos.

Colecciones Especiales estaba vacía, a excepción de un pequeño pedestal, más parecido a la tribuna de un púlpito. Sobre él descansaba un libro. Long se acercó con cautela. Sentía algo parecido al fervor.

Era una copia del Necronomicón.

Oyó un ruido a su espalda.

Se volvió. En el dintel había una figura recortada a contraluz. Long ya la conocía. La había visto en una caverna en Damasco.

—No hace falta que encienda un cigarrillo —dijo—. Ya sé quién es usted.

La lluvia ha dejado una huella de tierra húmeda en el aire. Me había equivocado. Hace frío. El sol no llega a calentar, a pesar de que siento su caricia en mi piel. No sé discernir si es o no lo adecuado. Por algún motivo, me siento triste. Ojalá siguiera lloviendo. Creo que sería lo más adecuado para este momento, aunque no sé por qué.

La calle Barnes desemboca en Hope, la arteria principal del noreste de Providence. Giro a la derecha. Miro hacia atrás. Tía Lillian no me sigue. Eso me tranquiliza.

Camino en dirección sur. Tardo poco más de quince minutos en llegar al cruce con la calle Angell. Los árboles que circundan el camino están a punto de emerger del invierno, pero aún son esqueléticas manos de caníbal alargándose al cielo con

dedos quebradizos. Las casas han enmudecido. No pasan coches, ni se oye el lejano soniquete de una radio estudiantil profiriendo esa estridente música de negros. Hoy Providence solo está habitada por el viento y los secretos.

Me detengo. Estoy delante de la casa. El 454 de la calle Angell. No puedo encontrar palabras para describirla. Su sombra es una maldición que cae a pico sobre mí. Aquí, de pie, abrazado al libro, me siento más que nunca un niño feo, huérfano, solo. Entre esos muros que ahora se me antojan negros he pasado los primeros años de mi vida. He jugado en ese jardín descuidado, me he asomado a esas ventanas cegadas y he sentido miedo. Como ahora.

La reja está oxidada. Se abre sin dificultad, aunque con un chirrido de protesta. Las matas y las alimañas campan a su antojo por el sendero que lleva al porche. Las estatuas que lo circundaban han desaparecido, solo quedan dos pedestales abandonados. Mis pasos arrancan susurros de tierra removida. No existo. Estoy delante de la casa del abuelo.

Subo los escalones del porche. Estoy asustado. No puedo pensar en nada. La mosquitera está caída, plegada por una esquina, vencida por el tiempo que me borrará también a mí de la faz de la Tierra. Mi infancia se resiste a volver a mí. Me paro delante de la puerta. La toco.

Está abierta.

Un impulso irrefrenable casi me obliga a salir corriendo. No hay centímetro de mi piel que no se erice. No quiero entrar aquí. Pienso en Jakob Elzevier. Quiero pedir socorro, pero el mundo está vacío. Nadie va a venir a ayudarme. Entro.

Al otro lado de la puerta hay un recibidor sin nadie a quien recibir. El aire me recuerda. En él hay algo que busca venganza, una cualidad de historia inconclusa. Los colores han muerto. Están enterrados. No quiero seguir adelante, pero no puedo parar. Doy un paso, y luego otro. Todo parece más pequeño. Quiero gritar, pero no tengo voz. Estoy llorando. La puerta me está esperando como una boca hambrienta, plagada de dientes y saliva. Aprieto el libro contra mí con más fuerza. No me ofrece consuelo alguno. Este es el fin. Aquí acaban todos los caminos. Este es el principio. Aquí empezó todo. Atravieso la puerta de mi cuarto.

Me está esperando ahí dentro. Plantada en el centro de la habitación. Inmóvil como una estatua que hubiese aprendido a respirar. Su piel de obsidiana refulge bajo una luz que viene de ninguna parte. Está junto a mi cama. Sus alas están plegadas. Su sombra se aparta de mi camino. Creo que me tiene miedo. Ya no siento cosquillas. Ya no siendo nada. Alarga una mano hacia mí. Yo vacilo. La cama está vacía. Tomo la mano de la alimaña descarnada de la noche. Por fin veo su rostro.

Y sé, por primera vez, que esto es real.

—Esto es real —dijo Lovecraft.

Se oyó una voz desde la puerta.

—Howard.

Lovecraft se giró, sin saber que, por esas casualidades en las que los místicos encuentran patrones existenciales, en ese momento Frank Long estaba viviendo una situación muy parecida en la Biblioteca John Hay. Había una silueta en el dintel. Situada a contraluz, no pudo verle la cara.

Pero había reconocido la voz.

—Hola, tía Annie.

Ella dio un par de pasos adelante. Lovecraft retrocedió.

—¿No te dije que te mantuvieses lejos de la casa del abuelo? —dijo en tono autoritario—. ¿No te lo dije, Howard?

—Me lo dijiste. Pero no te he hecho caso.

Ella se detuvo a un paso de él. Era bastante más baja. Su mirada era un yunque y su voz el martillo con el que doblegaba almas. Sonrió ferozmente y dijo algo que Lovecraft no había esperado.

—Jamás pensé que llegaría este día. Estoy muy orgullosa de ti.

—¿Qué?

—Ven, anda.

Dio media vuelta y salió sin comprobar si él la seguía. Lovecraft dudó un instante. Echó el último vistazo de su vida a su habitación de niño. Tía Annie avanzaba por el pasillo con porte solemne. Lovecraft arrastraba los pies detrás de ella.

—¿Desde cuándo hacéis esto? —se atrevió a preguntar.

—Desde siempre, cariño. Desde siempre. Tú has mandado tus cartas, nosotras hemos mandado las nuestras. Tú has tenido tus seguidores y nosotras los nuestros.

Annie Gamwell giró un recodo y se detuvo delante de una puerta. Lovecraft no recordaba adónde llevaba.

—Pero ¿cómo lo habéis conseguido? Convencer a todo el mundo de que tía Lillian y tú sois el Coleccionista...

La risa de tía Annie le erizó hasta el alma. Sintió ganas de soltar el Necronomicón, dar media vuelta y empezar a correr hasta donde le alcanzaran las fuerzas.

—Qué cosas tienes, Howard. Tu tía y yo, el Coleccionista. La pobre Lillian se morirá de la risa cuando se lo cuente.

—Entonces ¿quién...?

De repente, tía Annie se puso seria. Empujó la puerta cerrada.

—Coleccionista no hay más que uno.

Lovecraft no pudo evitar asomarse al interior.

El libro se le escurrió de las manos y cayó al suelo.

—Usted estaba en Damasco —dijo Frank Long.

Ephenetus Dexter, bibliotecario jefe de la John Hay de Providence, dio un paso al

interior de Colecciones Especiales.

—Y en Londres. Y en Berlín. Sus zascandileos me han llevado por medio mundo.

Long retrocedió. De repente se dio cuenta de que estaba en una habitación con una sola salida, sin ventanas ni luz. El tartamudeo surgió en sus labios como sangre de una herida recién abierta.

—¿Por... por qué?

Dexter dio otro paso más, que él secundó en dirección contraria. No tenía dónde escapar. El bibliotecario bloqueaba la salida.

—¿Qué más le da? No podrá usted contárselo a nadie.

—Quiere matarme.

—Quiero que el Necronomicón sea un secreto. Por ahora.

—Esta es la copia que está en Miskatonic —comprendió Long, demasiado tarde—. Providence, Universidad Brown.

—Muy agudo.

—Es usted... el Coleccionista.

Dexter rió. Su cara se contrajo en un mar de arrugas desagradables.

—No sea absurdo. El Coleccionista es mucho mayor que yo. Yo no soy más que un pobre bibliotecario. Yo soy el peón. El Coleccionista es el rey.

El cerebro de Long trabajaba a marchas forzadas.

—No puede matarme. Me han visto subir aquí. Hay testigos.

Ephenetus Dexter movió la cabeza. Sacó del bolsillo una navaja de gran tamaño. Parecía una bayoneta antigua, de las que se usaban en la Gran Guerra. Se hizo un corte transversal en la mejilla, muy, muy lentamente.

—La policía está de camino. Usted ha entrado por la fuerza en la biblioteca. Ha forzado la puerta de Colecciones Especiales. Quería robar un artículo muy valioso. Yo he intentado impedirselo, pero me ha herido con un cuchillo que llevaba. Por suerte, he podido reducirle. Hemos forcejeado, y usted ha resultado malherido. Eso le enseñará que los bibliotecarios somos más peligrosos de lo que aparentamos. —Volvió a mostrar aquella sonrisa desagradable—. ¿Le parece bien como historia, señor escritor?

Se había ido acercando a él mientras hablaba. La espalda de Long chocó contra el pedestal. No había adónde huir.

—Dígame al menos por qué hace esto.

Dexter afianzó la bayoneta en la mano.

—Lo hago por Howard.

Se lanzó sobre él sin un grito, sin un gruñido o una advertencia. Como lo hacen los asesinos y los depredadores. Long actuó sin pensar. Agarró el libro a su espalda y descargó un golpe oblicuo con todas sus fuerzas. El Necronomicón, un volumen encuadernado en pasta dura de unos buenos cinco kilos de peso, se estrelló contra un

lado de la frente de Ephenetus Dexter.

El bibliotecario se desplomó.

El cuchillo rebotó en el suelo con un tintineo.

Después de todo, los bibliotecarios no sois tan peligrosos. Eso es lo que Robert Howard habría dicho, justo antes de encenderse un cigarrillo. Long, en cambio, se limitó a lanzar un gimoteo de perro apaleado. Paralizado, incapaz de contener el temblor de las manos, se quedó mirando al bibliotecario. Se abrazó al libro que le había salvado la vida. De pronto, el mundo de las posibilidades se esfumó. Todo era cierto.

El 454 de la calle Angell.

Salió corriendo pasillo abajo, rogando por ser más rápido que la policía.

Si se hubiera detenido un segundo en el pasillo, si hubiera tenido la suficiente presencia de ánimo para volver la vista atrás, habría visto cómo Ephenetus Dexter abría los ojos. Habría visto cómo se erguía lenta, muy lentamente. Y habría visto la media sonrisa dibujada en aquellos labios desacostumbrados a sonreír.

No vio nada de todo esto, del mismo modo que no le oyó decir:

—Corra, señor Long. Howard le necesita, y el *Libro* también.

Howard Lovecraft había sido un niño precoz. A los tres años ya sabía leer. A los cinco recitaba y escribía sus propias poesías. Nadie se había explicado esa repentina pasión. Solo el abuelo Phillips la había alentado. El joven Lovecraft había pasado muchas horas de su infancia entre aquellos muros.

Ahora, la biblioteca de su abuelo tenía un aspecto diferente.

Otra persona distinta se habría fijado primero en la persona en el centro de la habitación. Lovecraft no. Lovecraft la pasó por alto y se quedó mirando a las paredes, extasiado. Libros. Libros y más libros ocupando las estanterías que cubrían toda la superficie de la biblioteca. Y un solo título. Grabado en oro, escrito con trazos apresurados, arrancado, escarbado, dibujado, labrado o simplemente rascado. Aparecía en varios idiomas, con diferente estilo y textura. Pero era siempre la misma palabra, repetida hasta el infinito en cada uno de los lomos que se amontonaban en las paredes como las escamas de un dragón moribundo.

Al Azif.

Necronomicón.

A Lovecraft le temblaba la mandíbula. Dio un par de pasos al interior. Contemplaba incrédulo la increíble sucesión de copias del maldito volumen que le había costado la vida a Robert Howard, a Arthur Machen, a la familia Elzevier. De repente su búsqueda se le antojó ridícula, infantil. Todo estaba allí. Todos los Necronomicones. Él había traído la última pieza de la colección. La joya que Jakob Elzevier se había llevado consigo. Recordó sus propias palabras el día anterior: el sobrino pródigo ha vuelto a casa. Sintió ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

Tía Annie cerró la puerta desde fuera. El chasquido devolvió a Lovecraft a la realidad. Por fin se fijó en la figura que, sentada frente al escritorio situado en el centro de la biblioteca, le observaba con expresión solemne. Él le devolvió la mirada. Una lágrima se atrevió a rebasar la frontera de sus párpados. Cayó marcando sobre su mejilla una cicatriz candente de congoja pura.

Había cambiado mucho en los últimos años. Casi no le quedaba pelo en la cabeza, apenas una pelusa blanca que no llegaba a cubrir la red de venas azules que atravesaba su cráneo. Era imposible calcular cuánto peso había perdido, era apenas un esqueleto disfrazado con el pellejo de una abuela. Tenía un desagradable bulto en un lado del cuello, casi del mismo tamaño que la cabeza, que la obligaba a inclinarla unos cuarenta y cinco grados. Se cubría con un vestido negro del cuello a los tobillos. Estaba sentada en una silla de ruedas de aspecto arcaico, la misma silla que la había transportado de un ala a otra del Hospital Butler mientras la sometían a todo tipo de pruebas.

Su piel estaba blanca y ajada como un pedrusco de tiza. Parecía a punto de desmenuzarse. Su voz, en cambio, seguía siendo el mismo látigo acabado en punta.

—Hola, Howard. Estás muy delgado.

—Hola, madre —dijo él, alzando la vista hasta los últimos anaqueles repletos de copias del Necronomicón—. Bonita colección.

Se quedaron unos segundos así, sin hablar. Las pesadas cortinas negaban cualquier atisbo de luz que pudiera entrar por las ventanas. La única luz provenía de dos quinqués situados en el escritorio. Las escuálidas llamas apenas servían para convertir a su madre en un espectro, una aparición salida de los cuentos de terror que de niño le robaron el alma entre esas mismas paredes.

Fue Susie Lovecraft quien rompió el silencio:

—Supongo que tienes muchas preguntas.

—No. No quiero preguntarte nada, madre. No quiero saber. He vivido bien hasta ahora sin saber.

Ella meditó su respuesta. Asintió.

—Entonces déjame que pregunte yo. —Lovecraft no afirmó ni negó. Permaneció quieto—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Lo sospeché desde que leí la copia del Necronomicón de la John Hay.

Su madre asintió.

—Colecciones Especiales.

—Ephenetus. —Lovecraft negó con la cabeza, incrédulo.

—Desde el principio tuve claro que necesitaba imponer orden en la biblioteca. Convencer al pobre señor Dexter me costó muy poco. Casi diría que estaba ansioso por servirme. Es mi adepto más entregado. Su amor por ti no tiene límites, Howard. Es tan grande que ya no existe diferencia con el odio.

—Solo tuviste que pedirle que aparentase odiarme durante diez años. Que matase por ti.

—Por ti, Howard. Que matase por ti. Solo tuve que hablar con él. Es lo único que he hecho en esta vida. Hablar. Y escribir. Igual que tú. Te sorprendería lo persuasiva que puede llegar a ser tu pobre madre.

—No, no me sorprendería.

Paseó con aire distraído por la biblioteca. Ella le seguía con la vista, girando el cuello en su dirección. Lovecraft pasó la punta de los dedos por los diferentes lomos del Necronomicón.

—Diez años. Llevas muerta diez años. No has parado de escribir en todo ese tiempo, imagino.

Su madre soltó un cacareo que sonó a escombros.

—No son todos míos. No sabes cuántos han intentado reproducir la obra de Alhazred. Gracias al excelente servicio postal americano, tenemos seguidores en todo el mundo: Seattle, Nueva Orleans, La Habana, Oxford, Lisboa, Ginebra, Linz, Toledo, Copenhague, París, Buenos Aires... algunos han cesado su actividad, otros continúan. Pero todos han leído tus obras.

—También tenéis competidores.

El rostro enfermizo de Susie Lovecraft se contrajo.

—Raskob —casi escupió—. Sus contribuciones fueron un soplo de vida. No sabes lo que un par de millones pueden ayudar al principio. Luego se volvió ambicioso, aunque no original. No es el primero que intenta escribir su propio Necronomicón. Por suerte, tú has acabado con él.

Lovecraft se detuvo. Pensó por un segundo en las últimas palabras de Jakob Elzevier.

—Tú has planeado esto desde el principio.

Ella negó.

—Soy tu madre, Howard. Jamás habría querido para ti tanto dolor. Te quiero.

Lovecraft sintió un repentino pinchazo en la cabeza. Un borrón negro cubrió su visión. Se llevó una mano a la frente. Te quiero. Mi pobre niño feo. Me das asco.

—Esperaba que John Raskob te contactase inmediatamente e intentase desentrañar los secretos del Necronomicón que le di a Jakob. En la ficha de biblioteca había una clave para que pudieras encontrarme. No se me ocurrió que los socios de Jakob se volverían tan codiciosos. A partir de ahí, todo se nos escapó de las manos. Ephnetus tuvo que ir en tu búsqueda.

—Y en la del libro.

—Sí. El libro debía volver a mí, contigo. Así ha sido, pero el camino se ha torcido más de lo que esperaba. El mundo aún no está preparado para él, pero pronto lo estará. Hoy en día, hay una copia del Necronomicón allí donde tú escribiste que debía

de estar...

—Incluyendo Arkham —interrumpió Lovecraft, pensando en las Colecciones Especiales.

—Hoy nos revelamos ante ti, Howard, pero pronto nos revelaremos al mundo. Lovecraft se detuvo. Por primera vez formuló una pregunta.

—¿Qué?

Susan Phillips Lovecraft parecía muy tranquila.

—Es tu destino. Lo supe desde el día en que tu padre nos dejó. Todo lo hemos hecho por ti, Howard. Tenías que escribirlo. Tenías que escribirlo todo. El día antes de mi muerte, fui hasta ti y te susurré el nombre del libro mientras dormías: Necronomicón. El libro de los nombres muertos. Primero ha aparecido en tus cuentos. Ahora gente de todo el mundo cree en él. Dejé listo en mi testamento que esta casa jamás fuese a parar a tus manos, mi escondite tendría que ser secreto para llevar a cabo esta tarea. Te hemos estado vigilando de cerca todos estos años, Howard. Estás preparado. El Coleccionista ha cumplido su tarea. Es la hora del Escritor.

Lovecraft retrocedió, incrédulo. Su espalda chocó contra la hilera de copias del libro. Del *Libro*. Sus ojos descendieron y vieron a sus pies la copia que él mismo había perseguido por todo el mundo, aún tirada en el suelo. No supo qué decir.

Su madre sí.

—Todo esto ha sido por ti, Howard. Serás conocido en todo el mundo. Ellos me han dicho cómo hacerlo. La gente creerá en ti. Te leerán, harán películas, repetirán tus palabras, las susurrarán a los niños por la noche para asustarles. Al principio pensarán que es ficción, que te lo inventaste todo. Pero el Necronomicón cambiará las cosas. Nadie sabrá hasta qué punto es ficción y hasta qué punto realidad. Y poco a poco, la gente volverá a ti. Serás inmortal. Serás el Mesías.

—El Mesías...

—¿Qué mayor gloria literaria puede haber que escribir la Biblia? —Sonrió como solo puede hacerlo una madre. Pedazos de piel cayeron de la comisura de su boca al vestido negro, convirtiéndolo en una constelación malsana donde las estrellas no estaban alineadas.

—¿Qué te pasa en la piel, madre?

Ella le mostró las palmas de las manos.

—Es lo que me está matando, cariño. Ni los doctores del Butler supieron lo que era. Pero lo he soportado como un estigma durante estos diez años, separada de ti, esperando a que estuvieras listo. Me he mantenido viva por ti. Ellos me hablan. Sus voces me han dicho lo que debía hacer. Vendrán a este mundo a través de tus historias. Serán reales. Esta es la marca de los Antiguos, Howard.

—Y se la has contagiado a medio mundo.

Susie Lovecraft frunció el delgado ceño.

—¿Te parece bonito hablarle así a tu madre? ¿Por qué me tratas así?

Lovecraft bajó la vista al instante. Se encogió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Algo en su interior le gritaba, le suplicaba que levantase la vista, que se enfrentase a ella y que volcase sobre ella todo el dolor, toda la rabia y la vergüenza y el miedo que llevaba arrastrando desde que era un niño, desde que... desde que...

—Lo siento.

—Así está mejor —dijo su madre de repente. Cogió del escritorio una pequeña campanita plateada. La agitó—. Se me olvidaba el último detalle.

El tintineo agudo taladró los oídos de Lovecraft en el silencio de la biblioteca. La puerta se abrió.

Tía Annie entró. Llevaba a Sonia cogida de un brazo. Tenía las manos atadas. Lovecraft sintió que su estómago se revolvía. Estaba cubierta de latigazos. Sonia le miró, a él y a su madre. La rabia contenida que exhibían sus ojos se tornó en incredulidad.

—Usted... —dijo. Le habían partido el labio—. Usted...

—Howard —la interrumpió Susie Lovecraft en un tono sin inflexiones, duro y frío como un bloque de hielo de la Antártida—. Da la bienvenida a nuestro cordero sacrificial.

—¿Qué?

—Esta zorra —tía Annie la sacudió— estuvo a punto de apartarte del camino, Howard. Del destino para el que has nacido.

—Eres el Escritor, hijo. Tienes que romper con tu vida anterior. Acaba con lo que te apartó de mí. De tu destino.

Susie abrió uno de los cajones del escritorio. Sacó de él un cuchillo aserrado. No era una daga de sacrificios. Era un cuchillo de cocina, para trinchar pollos. Pero parecía afilado.

Tía Annie empujó a Sonia hacia delante.

—Mátala, Howard —dijo tía Annie—. Nadie sabrá qué ha pasado. Ella no le importa a nadie.

—Mátala —repitió su madre—. Conviértete en el Escritor.

Lovecraft miró a Sonia y al cuchillo que le tendía su madre.

—No me defraudes, Howard.

Sonia. Y el cuchillo. No me defraudes.

Lovecraft lo cogió por el mango.

Las sirenas de la policía se oían calle abajo. Long corría. El libro pesaba un quintal. Debería haber cogido la bayoneta. Debería haber rematado a Dexter, o haberle atado. Debería estar haciendo algo más útil que simplemente correr. El aire le

dolía al entrar en sus pulmones. Por favor, Belknapius, no te desmayes ahora.

Siguió corriendo.

Llegó al 454 de la calle Angell sin resuello. Se apoyó en el capó de un coche aparcado justo enfrente. Su respiración se había convertido en un bufido agudo. Pero lo había conseguido. Estaba delante de la casa. Había pasado por aquella calle innumerables veces, acompañando a Howard Lovecraft en sus paseos, pero rara vez se había fijado en ella realmente. Era una casa anodina. La dejadez y el descuido le habían dado un toque decadente, de casa encantada. Pero no era más que un edificio de dos plantas con un jardín demasiado crecido.

Long se apartó del coche, dejando las huellas de sus manos en la reluciente carrocería. Echó a andar a trompicones hacia la entrada.

Lovecraft empuñaba el cuchillo.

—Está muy afilado.

Colocó la punta en su propia muñeca.

—Si me corto, no habrá manera de cerrar la herida. Se acabará esta pesadilla.

Susie Lovecraft resopló, divertida.

—Tú no vas a quitarte la vida, Howard. Eres demasiado débil para eso. — Lovecraft enarcó una ceja—. Se necesita valor para morir, y tú no lo tienes.

—Solo tienes que hacer lo que te diga tu madre —espetó tía Annie.

Lovecraft dudó.

Sonia había asistido a la conversación en silencio, conmovida. Le dolía cada centímetro de su cuerpo, un dolor lacerante que apenas la dejaba pensar. Se le ocurrió que quizá fuera mejor que Howard la matara. Así se liberaría de aquel peso que arrastraba desde hacía años.

—Oh, Howard —barbotó—. ¿Qué es lo que han hecho con tu vida?

Él la miró. En aquella mirada menguaba el hombre que abrió la puerta de la habitación la noche anterior.

—Ella te apartó de mí, Howard —insistió su madre—. Vuelve ahora conmigo. Mátala.

Lovecraft soltó el cuchillo. Cayó al suelo con un golpe sordo.

—Ella no me apartó de ti, madre. Fuiste tú. Tú decidiste hacerte pasar por muerta y encerrarte aquí. Tú has alimentado esta locura. Y decidiste hacerlo cuando te dije que estaba enamorado de Sonia. Prefieres tener un Mesías que un hijo. Has pasado diez años rumiando tu rencor hacia Sonia cuando lo único que ha hecho ha sido quererme. —Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, pero su voz no vaciló—. Yo no soy papá. Yo no soy tu marido. No puedo quedarme siempre a tu lado. No puedo.

Susan Lovecraft se encogió en la silla de ruedas. Su mandíbula temblaba. Sus ojos se habían reducido a dos rendijas incandescentes.

Cuando Lovecraft terminó de hablar, su madre dijo solo dos palabras:

—Mátala, Annie.

—¡No! —gritó Lovecraft. Se abalanzó sobre el cuchillo, pero tropezó con sus propios pies y dio con los huesos en el suelo. Tía Annie levantó el cuchillo y se volvió hacia Sonia.

Ella le devolvió la mirada. A pesar de estar herida y atada, su voz no vaciló.

—Nombres muertos —dijo.

Tía Annie se detuvo. La madre de Lovecraft alzó la vista.

—¿Qué?

—Eso es lo único que le has dejado a tu hijo, Susan. Un rastro de nombres muertos que le persiguen. Lo innombrable, el peor recuerdo que una criatura pueda tener. No puedes enfrentarte a lo que hiciste, por eso lo has vomitado en estos libros. Lo has escrito una y otra y otra vez en los libros como la maldita loca que eres. Eso significa el Necronomicón. Al final, es un verdadero libro de secretos oscuros.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Susan Lovecraft.

Sonia torció el labio superior en un remedo de sonrisa amarga.

—Mírate, Susan. Tú has escrito buena parte de esta biblioteca y ni siquiera recuerdas lo que hay dentro. Yo he tardado en descubrirlo, pero lo he hecho. Anoche me atreví a leer el Necronomicón y encontré tu confesión en sus páginas. Yo conozco ese secreto que tú no te atreves a revelarte ni a ti misma. Yo he visto esos nombres muertos que hay en tu cabeza. Están en el Necronomicón. Has llenado una biblioteca entera con tu vergüenza pero no has podido arrancártela de dentro.

Susie le clavó una mirada congelada. El párpado izquierdo le temblaba. Lovecraft también la miraba desde el suelo.

—Annie —dijo la madre de Lovecraft—, por favor, tráeme una copia del *Libro*.

—Susie...

—Tráeme una copia del *Libro*, Annie.

Y tía Annie, aún sin soltar el cuchillo, recogió la copia del Necronomicón que había tirada en el suelo. Se la llevó a su hermana y la puso sobre la mesa. Susan la abrió y empezó a pasar páginas.

—La leyenda del libro es fuerte, pero no inamovible —le dijo Sonia a tía Annie—. Tarde o temprano, alguien tiene los arrestos de abrir el Necronomicón. Y se encuentra con tu confesión. Qué decepción, pensar que has matado, que has despellejado a un ser humano, que has condenado tu vida por una triste pedófila. Aunque sea tu hermana.

—¡Cállate! ¡CÁLLATE! —Tía Annie enarboló el cuchillo en su dirección.

La voz de Susan Lovecraft surgió de su cuerpecito menudo y frágil como una criaturilla que se enfrenta por primera vez en su vida al invierno.

—Annie —dijo—, llévatelos. A los dos.

—¿Susie?

Ella seguía pasando páginas, leyendo por primera vez de forma consciente las líneas que su cerebro se había negado a registrar mientras las escribía.

—Enciérralos en el ático. Necesito pensar.

—Madre... —imploró Lovecraft.

Susie se volvió hacia él. Durante unos largos segundos, solo existieron aquellos ojos diminutos, intensos y candentes, fijos en su hijo y en la mujer que se lo había arrebatado. Susie Lovecraft se acercó a ellos con un golpe de rueda.

Su mano se cerró sobre la muñeca de Sonia.

—Esto no se ha terminado —dijo, apretando los dedos tanto como le permitieron sus escasas fuerzas. A continuación la soltó—. Llévatelos, Annie.

Dos personas adultas, un hombre recién entrado en la cuarentena y una mujer saliendo de ella, llevadas a punta de cuchillo por una septuagenaria descarnada a través de una casa abandonada. Podría haber sido el punto de partida de un buen relato de terror. La realidad era muy distinta. Tía Annie caminaba despacio, y su silencio resultaba mucho más amenazante que aquel instrumento reluciente que apretaba en una mano de nudillos blancos. Las venas de su cuello se marcaban en un ideograma de rencor y amargura. Lovecraft agarraba a Sonia, cada vez más débil, temblorosos sus pasos como los de un títere desganado. La sangre le corría por la espalda. Tía Annie les hizo subir la escalera sin que a ninguno de los dos se le ocurriese interponer la mínima resistencia.

—¿Te das cuenta del disgusto que le has dado a tu madre, Howard? —latigueó aquella lengua envenenada—. ¿Así nos devuelves todo el amor que te hemos dado? Somos tu familia, Howard. Mírate, sosteniendo a esa ramera. Qué pena.

El ático estaba en sombras, como el resto de la casa. Todos los muebles que el abuelo Phillips había amontonado allí a lo largo de los años habían desaparecido. Ahora era simplemente un espacio vacío, desabrigado, con una ventana circular cegada por un jirón de tela negra y numerosas vigas silenciosas como guardias papales.

El cuchillo cimbrió en el aire. Tía Annie dijo:

—Te vas a quedar aquí pensando en lo que has hecho. Podrás bajar cuando estés dispuesto a disculparte.

Aquello fue demasiado para Sonia.

—Pero ¿está usted completamente loca? —explotó.

Tía Annie confirmó su pregunta con una mirada de caballo desbocado.

—No te atrevas a dirigirte a mí —dijo de corrido, como una sola palabra estrangulada.

Fue entonces cuando Sonia se percató de la cabeza que asomaba por la trampilla del ático. Apartó los ojos tan rápido como pudo.

—Me atrevo a eso y a mucho más —dijo—. Me atrevo a dirigirme a ti, a decirte que eres una vieja desgraciada y sola y desequilibrada. Me atrevo a decirte que no te mereces ni una pizca del amor de tu sobrino, que no has hecho más que amargarle la vida desde el mismísimo día en que nació. Me at...

Tía Annie lanzó un rugido y se arrojó sobre Sonia con el cuchillo por delante. Lovecraft gritó. Sonia alzó los brazos para protegerse. Entonces se oyó un golpe y el cuerpo de la mujer cayó al suelo. Se quedó ahí, inerte.

Detrás de ella estaba Frank Belknap Long, con un libro grueso entre las manos.

—Creo que le voy cogiendo el...

Una sombra cayó sobre él, rugiendo, babeando, soltando esputos y maldiciones. Lovecraft volvió a soltar una exclamación de sorpresa.

Susie Lovecraft oyó el ajeteo sobre su cabeza. No le prestó atención. Sus ojos, casi rojos a causa de aquella maldita enfermedad, estaban anegados de lágrimas. Su piel estaba apergaminada, podrida. Sentía que su alma estaba aún en peores condiciones. Tenía el Necronomicón en el regazo.

Mi niño.

Estaba abierto.

Mi pobre niño feo.

Las llamas del quinqué iluminaban pobremente su obra.

Eres repulsivo.

Su confesión.

Me das asco.

Notó el movimiento a su espalda mucho antes de verlo. Cerró los ojos, y las lágrimas se desbordaron y corrieron por sus mejillas. Se dio la vuelta en la silla de ruedas. Empezó a abrir los ojos lentamente. Distinguió una figura.

Asco.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Quién eres?

Terminó de abrirlos. La figura apareció turbia ante su visión anegada de lágrimas. El sabor de la sal se introdujo en su paladar marchito. Se acercó. Contempló las alas oscuras, las terribles garras, la piel de obsidiana. Había un rostro en aquella negrura maldita. Era el suyo.

Susie Lovecraft comprendió.

Agarró el quinqué.

Frank Long y tía Lillian rodaron por el suelo. La mujer menuda, dulce y amante de los bizcochos había desaparecido para siempre. En su lugar había un animal rabioso, despeinado y virulento, que intentaba sacarle los ojos al escritor neoyorquino y al mismo tiempo arrancarle la garganta de un mordisco. Frank Long sujetaba desesperado las manos de tía Lillian, pero la mujer era más corpulenta que él. Una fuerza descomunal había surgido de aquel cuerpo cimarrón.

—¡Howard! —se las arregló para gritar—. ¡Ayúdame!

—¡Haz algo, Howard! —suplicó a su vez Sonia.

—¿Qué quieres que haga? —chilló él—. ¡Es mi tía!

Entonces tía Lillian se zafó de las manos de Frank Long. Intentó hundirle la cara en el cuello. Long se movió a un lado y los dientes de tía Lillian se clavaron en su hombro. Un chorretón de sangre manchó las tablas del ático. Long aulló.

Sonia se lanzó sobre el cuerpo de tía Annie. Le arrebató el cuchillo de un tirón. No tuvo tiempo de pensar lo que estaba haciendo. Apretó los dientes y clavó con todas sus fuerzas el arma en la espalda de tía Lillian.

La anciana abrió los ojos como platos. Liberó la presa de Frank Long de un modo brusco, torpe. Gateó lejos de él, herida de muerte. Se irguió con dificultad y se volvió hacia ellos. Lovecraft temblaba. Sonia se cubría la boca con las manos. La mujer tenía la cara desencajada, cubierta por la sangre de Frank Long. Boqueó, intentando decir unas palabras que jamás salieron de su boca. Gesticuló hacia ellos y cayó al suelo.

Frank Long se apartó de ella como si aún pudiera hacerle daño. La chaqueta había impedido que tía Lillian le arrancase el músculo. Aun así, la sangre chorreaba de su hombro, empapando su camisa y el suelo. Estaba pálido como un fantasma.

—Necesito... —balbuceó—... necesito un médico...

Los ojos de Lovecraft iban de Sonia a los cuerpos de sus tías.

—Las... las habéis matado...

—Lo siento, Howard —dijo Sonia.

Entonces llegó hasta ellos el olor a quemado.

—Oh, Dios —exclamó Lovecraft con voz desmayada—. Madre.

Bajaron corriendo la escalera. El humo había inundado ya buena parte del piso de arriba. Sonia se apoyaba en Lovecraft. Long avanzaba a trompicones, cada vez más pálido, una mano apretando la herida del hombro con un pañuelo. La planta baja era ya un borrón ennegrecido. Una humareda negra anegaba el aire, lo robaba. Oyeron el crepitar del fuego, el lamento gutural de la madera.

—¡Tenemos que salir! —gritó Frank Long.

—¡No! ¡Tengo que encontrar a mi madre!

Las puertas de la biblioteca estaban cerradas. El pomo no abría. Lovecraft dejó a Sonia en la pared y se lanzó contra ellas. Su cara se contrajo en una mueca de dolor. Volvió a lanzarse otra vez. Y otra. El calor era agobiante. Al cuarto intento, las puertas cedieron.

La biblioteca estaba en llamas.

Las cortinas ardían, y el fuego se extendía desde ellas en todas direcciones. La madre de Lovecraft estaba en el centro de la biblioteca. Las llamas lamían sus ropas. Se volvió hacia ellos justo antes de que las llamas la envolvieran por completo.

Tendió los brazos hacia su hijo.

Antes de morir, Susan Lovecraft emitió un grito inarticulado, un lamento de arpía. Sus ojos estaban clavados en su hijo Howard, el pequeño niño feo que ella habría cambiado gustosamente por una niña, el pequeño hombrecito sin el que no pudo imaginarse vivir. Quizá ese chillido intentaba pedirle perdón. Quizá era una llamada. Quizá le pedía que se uniera a ella, que juntos borrasen aquel pecado que había lanzado una sombra sobre sus vidas. Nadie llegaría jamás a saberlo, porque su cuerpo cayó de bruces, muerto.

Y en ese instante se derrumbó la biblioteca.

Todo se volvió muy confuso. Los libros habían prendido con rapidez. Una lengua de fuego había crecido en pocos segundos por buena parte de la pared hasta el techo, que cedió como lo que era, un montón de tablones carcomidos. El polvo y el humo lo inundaron todo. Long gritó. Algo golpeó a Lovecraft en la cabeza. De repente, se encontraba en el tercer nivel del infierno. Se arrastró. Supo que lo que le corría por la cabeza era sangre. Tosió. Quiso llamar a su madre, pero su cuerpo era solo un foco de llamas a pocos pasos de él. Llamas que se extendían en su dirección. Llamas que pretendían devorarlo.

Avanzó a gatas entre el humo. Apenas podía respirar. Cerró los ojos con todas sus fuerzas e invocó los pocos recuerdos de su niñez que pudiera tener. Creyó atravesar la puerta de la biblioteca. El fuego abrazaba la casa como un animal vivo. Un animal hambriento. El calor era insoportable. Una sección del pasillo también se derrumbó. Lovecraft se apoyó en la pared, llorando y tosiendo y reprimiendo sin éxito el terror que sentía. Se cubrió la cabeza con la chaqueta del abuelo y cruzó el pasillo en llamas.

Se encontró en la calle antes de ser consciente de adónde tenía que ir. Avanzó a trompicones y fue a dar contra un coche negro. Había respirado humo. Lloró y vomitó y siguió llorando. A su espalda, la casa del 454 de la calle Angell ardía con una saña casi sobrenatural. Las páginas de aquellos libros, aquellas confesiones malditas, habían liberado todo el horror que tenían dentro. Dios, Azathot, Cthulhu, no importaba cómo lo llamase. Era justicia divina.

Distinguió un movimiento a su lado. Frank Long había salido antes que él. Tosía violentamente, acurrucado en el suelo. Alzó la vista. Tenía el bigote y la perilla chamuscados.

—Sonia —se atragantó—. Sonia está dentro.

Lovecraft se quedó paralizado. Sonia. La casa pertenecía al fuego. No había nada que pudiera haber sobrevivido allí dentro. La había perdido. Apoyó la cabeza contra el coche. Un llanto muy diferente al del humo se despertó en su pecho. Las lágrimas trazaron un surco blanco en su rostro cubierto de hollín.

Entonces abrió los ojos y se vio.

Vio su cara reflejada en la carrocería metálica del coche.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Quién eres?

Se miró, boquiabierto. En el reflejo distorsionado veía a un hombre de cuarenta y un años, vestido de negro, alto. Anodino. Nadie le habría mirado dos veces de cruzárselo por la calle. Su mano acarició la superficie de metal donde se reflejaba. No era un monstruo. Era Howard Phillips Lovecraft.

Dio media vuelta, secándose las lágrimas con la manga. Inspiró hondo.

—¿Howard? —dijo Frank Long—. ¡Howard!

Lovecraft echó a correr hacia la casa.

El calor era insoportable. El humo asfixiaba. La casa entera ardía. Era imposible orientarse. El pasillo había desaparecido. Todo era una muralla ardiente. La manga de la chaqueta se le prendió. Se la quitó y la lanzó lejos. Avanzó dando bandazos entre el fuego. La llamaba. Ella no contestaba.

Una mano surgió de entre el humo y le agarró el brazo.

El cabello había desaparecido de la cabeza de tía Annie. Toda la parte izquierda de su cara era una horrible, horrible cicatriz carbonizada. Le atravesó con el único ojo que le quedaba en el cráneo.

—No vas a escaparte, Howard —escupió—. Vas a quedarte con tu familia.

Lovecraft apretó los labios.

—Voy a salvar a mi familia, tía.

Jamás llegaría a saber de dónde sacó la fuerza de voluntad. Su mano se estrelló contra la cara de tía Annie. Resultó que su mano estaba cerrada en un puño. Ella le soltó el brazo. El fantasma negro que era su tía trastabilló y cayó sobre una montaña de escombros ardiendo. Él siguió avanzando. No miró atrás.

La biblioteca se había convertido en un mefítico círculo de fuego y humo. Se había extendido por todas las estanterías. Trozos incendiados de madera caían a pocos metros de él.

Sonia, inmóvil, estaba tumbada en mitad de aquel infierno en miniatura.

Se abalanzó sobre ella. La sostuvo en sus brazos.

—No —sollozó—. No, no, no, no, querida, no, por favor. No te vayas. Ahora no. Lo he conseguido, querida. He venido a salvarte. Estoy aquí. No te vayas. No es justo.

Sacudía su cuerpo inerte. Lloraba. El calor evaporaba sus lágrimas. Un nuevo trozo de techo cayó sobre la entrada de la biblioteca. Estaban atrapados. Cerró los ojos.

Sonia tosió.

—¡Sonia! —gritó Lovecraft—. ¡Estás viva!

Ella le miró con ojos llorosos. Él la abrazaba.

—Howard. Me has salvado.

Sonrió. El mundo se derrumbaba a su alrededor en un miasma de fuego. Y él respondió a su sonrisa.

—Aún no. Pero voy a salvarte.

La afianzó en sus brazos. Sonia le rodeó el cuello con las manos. Lovecraft se irguió, cargando con ella. Casi al mismo tiempo, una de las paredes se derrumbó. Había un camino de salida.

Lovecraft elevó la vista a las alturas.

—Gracias —masculló.

Atravesó la abertura, decidido. Cinco pasos después, le faltaba el aire. Un calambre en los brazos le hizo soltar el cuerpo de ella. Cayó de rodillas. La casa no les iba a dejar escapar. Intentó levantarse, pero le fallaron las fuerzas. Se quedó tendido allí, a su lado.

—Howard —llamó ella.

—Lo siento —tosió—. Lo siento, Sonia. No puedo. No he podido salvarte.

Sonia Greene se irguió con dificultad. Sus manos se cerraron sobre los brazos de su marido.

—No te preocupes —dijo—. No necesito que me salves.

Vamos, Belknapius. Entra. Tienes que ayudarle. Entra.

La casa entera ardía. Un vacío inenarrable se había apoderado de las entrañas de Frank Long. Howard Lovecraft había atravesado las puertas a la carrera. Él había intentado obligarse a seguirle, pero no había podido. Una sección del techo se hundió. Long se mordió el labio inferior. Todos los vecinos habían salido a la calle. Contemplaban el espectáculo como hipnotizados. Se oían sirenas en la lejanía. Long supo que llegarían tarde.

Entonces se dibujó una silueta en mitad de aquel infierno.

Long se quedó boquiabierto.

Sonia emergió de entre las llamas. Chamuscada, herida, destrozada. Y caminando. Encorvada, llevaba a Howard Lovecraft como un saco sobre la espalda. Ambos estaban conscientes. Ambos estaban vivos.

—Sí... —murmuró—, sí, sí, sí. ¡Maldita sea, sí! ¡Joder, maldita sea mi alma! ¡Sí, joder, sí! ¡Lo conseguisteis, maldición!

Sonia bajó los escalones de la entrada. Ambos, ella y Lovecraft, se derrumbaron en el suelo. Long fue a su encuentro. Los tres se abrazaron, riendo y llorando y riendo.

—¡Sí! —no dejaba de gritar Frank Long—. ¡Por todas las putas del infierno, sí!

—Belknapius —susurró Lovecraft con voz ahogada—. Vigila esa lengua. Estás delante de mi esposa.

Sonia cruzó los brazos alrededor del cuello de Howard y le plantó un beso en los labios. Las cejas de él se enarcaron. Sonia rió.

Sin embargo, no pudo evitar echar un vistazo a su muñeca izquierda. Los dedos de Susie Lovecraft habían dejado una marca roja en su piel.

EPÍLOGO

Alguien pronunció su nombre.

Se revolvió ante el contacto de una mano sobre su hombro. Los recuerdos seguían pegados a su piel. Estaba sentado en su cama, cubierto por un batín empapado en sudor. Su gorro de dormir había desaparecido. Podía ser que las sábanas lo hubieran devorado, como todas las noches. Tenía frío. Sobre su cabeza, en algún lugar del piso de arriba, alguien gritó con tanta fuerza que parecía estar siendo torturado.

A su lado, una mujer le palmeó la espalda.

No llegó a reconocerla hasta escuchar su voz.

—No pasa nada —dijo—. Es ella. Está gritando en sueños otra vez. Tranquilo. Debes de haberla oído mientras dormías y has tenido una pesadilla. No te preocupes.

No respondió. Se apartó un poco de ella cuando intentó rodearle con sus brazos. Se sujetó las rodillas. Se balanceó en la cama al mismo ritmo que los gritos se desgranaban sobre sus cabezas. Su mirada estaba vuelta hacia algún punto perdido en su memoria, un rincón al que no podía, no quería, no se atrevía a acercarse. El sueño pasó dedos de escarcha por su nuca. Las garras. Oh, sus garras.

—Tranquilo —repitió ella, ignorando los gritos—. Deja que te ayude a relajarte...

Su mano se deslizó por debajo del batín. Él saltó de la cama en cuanto sus pieles se tocaron. No podía evitarlo, y tampoco se molestó en ocultar su vergüenza. Ella hizo lo propio con su disgusto. Un nuevo grito hizo añicos el silencio entre los dos. Tenía que decir algo. Ella estaba esperando a que dijera algo. Di algo.

—No era una pesadilla cualquiera —puntualizó, y supo que eso no es lo que debería haber dicho—. Era la pesadilla.

Un mohín apareció en su rostro.

—Ha vuelto.

Asintió. No había mucho más que decir. Ella se reclinó hacia atrás. Las sombras engulleron sus facciones.

—Será mejor que vayas arriba, Howard.

—Si voy arriba, no sé qué pasará con mi cordura.

—Empiezas a hablar como un personaje de tus historias.

Se encogió de hombros.

—Siempre he hablado así.

Se dio la vuelta sin esperar su reacción. No podía, no quería, no se atrevía a enfrentarse a ella. Temblando de frío y miedo, giró el picaporte de la puerta. Los gritos se habían extinguido. Se detuvo un instante. Inspiró hondo. Desde el pasillo, la noche le devolvió la mirada.

—Gracias por cuidar de mí, querida —dijo—. No sabes cuánto te aprecio.

Volvió la cabeza. Solo un poco. A su espalda, la cama seguía vacía. La huella de un solo cuerpo, de su cuerpo, se dibujaba en sus estrechas dimensiones. Fuera, la nieve se amontonaba en el alféizar de la ventana. La luna había escondido la cara tras una bandada de nubes.

Salió al pasillo, a oscuras.

Solo.

Subió sin prisa los escalones hasta el primer piso. La casa de la calle Barnes aguantaba la respiración. Fue arrastrando los pies hasta una de las puertas. Se detuvo delante de ella. Sus dedos culebrearon en el aire, retrasando el momento. Un nuevo grito detrás de la hoja de madera le devolvió a la realidad. Su mano se cerró sobre el pomo. Abrió.

Estaba allí. Tumbada en la cama como un ídolo hambriento de sacrificios. Como el final de todos los caminos. La luz de la luna entraba por la ventana y bañaba su frágil cuerpo. La piel se le había ajado. Se había vuelto blanca y quebradiza, como un bloque de tiza. Se había vuelto hipersensible a la luz, solo podía contemplar la claridad de la luna. Sus sueños se habían plagado de nombres muertos que le arrancaban gritos en mitad de la noche.

Ahora estaba despierta.

—Hola, Howard.

—Hola, Sonia.

—Te estaba esperando.

Él no respondió al instante. Tardó un momento en digerir lo que había dicho.

—Son las voces, ¿verdad?

Sonia Greene Lovecraft asintió.

—He empezado a oírlas, Howard. Me hablan.

—¿Y qué te dicen?

Ella soltó un gruñido de bestia herida.

—Me dicen que el *Libro* ha sido escrito. Que el verdadero Necronomicón está entre nosotros.

Howard Phillips Lovecraft cerró los ojos. Su labio inferior tembló. Cuando pudo controlarse, habló:

—Mañana telefonaré a Frank Long.

Ella no contestó. Pasaron varios segundos más así, hasta que Lovecraft se dio la vuelta.

Antes de cerrar la puerta, dijo:

—Adiós, Sonia.

—Adiós, Howard. No sabes cuánto te aprecio.

CODA

Era de noche, pero la ciudad no dormía. No estaba acostumbrada. El salón estaba sumido en un silencio que no merecía ese nombre, macerado en el zumbido de varios aparatos extraños. No había luces encendidas, ni velas, ni santos. No hacían falta. La misma estancia parecía estirarse y contraerse emulando una garganta de mármol; las baldosas ajedrezadas se movían al compás de una marea tardía. El aire estaba viciado, pero eso no era una novedad.

En el centro, ella esperaba.

La noche se torció. Se abrió una puerta que parecía estar muy lejos. El dintel escupió a un hombre cansado y polvoriento. No tenía aspecto de estar volviendo a casa. No tenía aspecto de tener adónde volver. Todo su cuerpo era una amalgama de sombras y millas apelmazadas. El zumbido en el aire casi descendió ante su presencia. Casi.

El hombre dudó. Ella esperaba.

Por fin, se acercó con pasos irregulares. No tenía un guión que seguir, aunque había imaginado esa escena miles de veces, una por cada paso que le había acercado a esa noche. Se detuvo ante ella, dejó que le estudiase, que le reconociese. A ella poco le importaba. Lo único distinguible en él, lo único que ella quería reconocer era el fajo de hojas sudorosas y ajadas que se apretaba bajo su brazo, atadas torpemente con un hilo de bramante.

Tras las ventanas, la luna les miraba.

La mujer pronunció su nombre.

—Justin.

—Beth —respondió él, alzando el fajo—. Lo hemos conseguido.

—El Necronomicón de Elzevier.

Por un momento, ninguno de los dos añadió nada más. Quizá paladeaban el instante de victoria, o quizá no se atrevían a romper el cristal de sus sueños. Por supuesto, fue Beth quien se atrevió a hacerlo.

—Léemelo, Justin. Léelo para mí.

Con una honda respiración, Justin desató el hilo de bramante. Su mano temblaba cuando sostuvo ante él la primera hoja.

Beth Raskob esperaba.

A su espalda, la puerta del salón se había quedado entreabierta.

En el marco, entre las sombras, se iluminó la brasa de un cigarrillo.

Berlín, agosto de 2009 - Cádiz, septiembre de 2011

Relación De Personajes

Abraham Elzevier: anciano orfebre berlinés residente en el Nikolaiviertel en Berlín. Padre de Alexander y Jakob Elzevier.

Adolf Hitler: líder del Partido Nacional Socialista alemán.

Aleister Crowley: renombrado hechicero inglés, fundador de la Sociedad Golden Dawn, muerto en un accidente de escalada en los acantilados de *Boca do Inferno*, en Portugal.

Alexander Elzevier: bibliotecario de la Universidad Humboldt de Berlín. Hijo de Abraham, hermano de Jakob.

Annie Gamwell: tía materna de Howard Phillips Lovecraft.

Arsenius Ashcombe: investigador profesional especializado en localizar libros extraños. Residente en el barrio de Whitechapel en Londres.

Arthur Machen: escritor inglés, considerado uno de los maestros de la literatura de terror sobrenatural. Autor de historias tan emblemáticas como *La novela del polvo blanco* o *El Gran Dios Pan*.

Beth Raskob: viuda del multimillonario neoyorquino John Raskob.

Charles: misterioso miembro de la Orden Esotérica de Cthulhu. Todos sus miembros se dirigen a él con reverencia.

Clifford Morton: capataz de las obras en la Biblioteca John Hay en Providence.

Coleccionista, el: personaje anónimo cuyo nombre siempre aparece relacionado a los rumores sobre el Necronomicón.

Colin Chalmers: empleado del Departamento de Adquisiciones de Sotheby's, desaparecido en extrañas circunstancias.

Desmond Jemnitz: joven inspector de la Kriminalpolizei de Berlín.

Dom: empleado del Teatro Old Vic de Londres.

Ephenetus Dexter: bibliotecario jefe de la Biblioteca John Hay de Providence.

Erik Jan Hanussen: prestidigitador y adivino profesional instalado en el barrio de Charlottenburg en Berlín. Propietario actual de la *Wunderkammer* de Olaus Wormius.

Everett Johnson: vigilante nocturno en la Biblioteca John Hay de Providence.

Fernando Pessoa: escritor y poeta portugués involucrado en la leyenda del Necronomicón y en los sucesos que desembocaron en la muerte de Aleister Crowley en *Boca do Inferno*.

Frank Belknap Long: escritor neoyorquino de ciencia ficción y terror. Uno de los mejores amigos de Howard Phillips Lovecraft y miembro de su círculo de colaboradores.

George Francis Hill: director del Museo Británico en Londres.

Harold: empleado del Departamento de Adquisiciones de Sotheby's en Londres.

Heirinch von Helldorf: aristócrata berlinés estrechamente vinculado con el Partido Nacional Socialista alemán.

Howard Phillips Lovecraft: escritor de Rhode Island especializado en literatura de terror.

Jakob Elzevier: hijo menor de Abraham Elzevier, dado por muerto en Damasco en 1930.

John Raskob: multimillonario neoyorquino propietario del Empire State Building. Muerto en extrañas circunstancias durante su construcción.

John Ronald Reuel Tolkien: escritor y académico británico asistente a la subasta del Museo Británico en Londres.

Jürgen: agente de la Kriminalpolizei de Berlín.

Justin: joven irlandés colaborador de Beth Raskob.

Karl: guardia del escondite en los muelles de Canary Wharf.

Leonora Piper: miembro de la Orden Esotérica de Cthulhu.

Lillian Clark: tía materna de Howard Phillips Lovecraft. Hermana de Susie Phillips Lovecraft y de Annie Gamwell.

Maike Brüggén: jefa del Departamento de Adquisiciones de Sotheby's en Londres. Jefa de Sonia Greene.

Mary Elizabeth Wilson: miembro de la Orden Esotérica de Cthulhu.

Paolo Ardolino: nuevo sacerdote enviado desde el Vaticano a la congregación de Cascais a raíz de la desaparición del anterior.

Paul Mailloux: médico de ascendencia siriofrancesa establecido en Tous, de camino a Damasco para ayudar en una supuesta epidemia de origen desconocido.

Robert E. Howard: escritor tejano miembro del círculo de Lovecraft, considerado el padre del género de espada y brujería.

Rodney: empleado del Departamento de Adquisiciones de Sotheby's.

Rupert Morris: agente de policía en la cárcel de Providence.

Samir: soldado comandante de un grupo de la guerrilla drusa que lucha contra la ocupación francesa en Damasco.

Samuel Goldmann: rabino de la congregación de Abraham Elzevier, desaparecido en extrañas circunstancias.

Socio 555, el: personaje relacionado con Jakob Elzevier y su búsqueda del Necronomicón.

Sonia Greene: ex esposa de Howard Phillips Lovecraft y empleada del Departamento de Adquisiciones de Sotheby's en Londres.

Stanislawa Tomczyk: miembro de la Orden Esotérica de Cthulhu.

Theodor: silencioso personaje que acompaña a Jakob Elzevier en su búsqueda del Necronomicón.

Youssef: trabajador de la excavación al sur de Damasco, huido y vuelto a

capturar.

Agradecimientos

Una de las primeras cosas que hago al comprarme un libro de un autor que me gusta es leer los agradecimientos. Probablemente lo hago por si se me pega algo. Los leo y los releo a ver si descubro en ellos el mecanismo para escribir una buena novela. Después de años haciéndolo, creo que he entendido dónde está el truco. Es más sencillo de lo que parece. Reside en las personas.

Probablemente habría terminado escribiendo esta novela sin la gente que voy a mencionar a continuación. Pero no sería tan buena. Aunque estoy muy orgulloso del libro que tienes entre tus manos, soy consciente de que sería mucho peor sin ellos y ellas.

Camilla Rjosk, Pia Mann y Lina Tegtmeier estuvieron presentes durante buena parte del proceso de escritura. Las tres escucharon mis dudas y compartieron mi entusiasmo sin entender ni papa de lo que les contaba. Les estoy muy agradecido.

Guillem López y Alberto Morán Roa mostraron una entrega tan grande con este proyecto que parece que lo han parido ellos. En cierto modo es así. Jordi Biosca aportó su ojo crítico y me volvió a sacar los colores señalando todo lo mejorable. Claudio Cerdán me dio algunos de los consejos más certeros. Los cantos más afilados de esta historia se deben a él.

No escribo ni un párrafo más sin nombrar a mis agentes, Mamen de Zulueta y Elena Martínez Blanco. Si esta novela está en Random House Mondadori es gracias a su buen hacer. Son las mejores. Y punto.

Dentro del mundo editorial hay muchos compañeros que han apoyado esta obra de un modo u otro. Gracias a la propuesta de Miguel Puente (aunque se equivocara de calle), a Fernando Martínez Gimeno por su fe, a la apuesta desde el principio de Ángeles Pavía, a Carmen Moreno por su ocho sobre diez, a Ángel Luis Sucasas por las musas siamesas y a Ramón Merino porque, simple y llanamente, es un hacha.

En Cádiz hay un grupo de lectores sin pelos en la lengua. Ellos me ayudaron a entender dimensiones de la novela y de sus personajes en las que no habría caído jamás. David Abeijón y Jacobo Cortés me hicieron una sugerencia que cambió mi manera de ver el final. Jesús García diseccionó con buen ojo todo lo que se leyó. Gracias a Víctor Beiro descubrí lo que le faltaba a Berlín. La ficha de biblioteca del Necronomicón salió de la pluma de Luisma Escalona. Por último, Sandra Vázquez sigue siendo mi fan número uno, y está dispuesta a leer más libros míos incluso pagando. Por todo ello les doy las gracias.

Emily Ardolino y Catherine Mailloux me acogieron en su casa en Providence durante una semana a pesar de que en principio iba para dos días. Aparte de llevarme de juerga por toda Nueva Inglaterra, también aguantaron mi cháchara sobre Lovecraft, los nazis, el arte, el ocultismo y los monstruos marinos. Tan agradecido les

estoy que he introducido sus nombres en la novela.

Maike Brüggén existe. Es exactamente como aparece en el libro, salvo el pequeño detalle de que aún no ha cumplido cincuenta años y que nunca ha huido de una guerra. Maike consiguió colarme de estranjis en una subasta privada de Sotheby's en Londres. Toda la escena en el Museo Británico es un plagio descarado de lo que viví en esa subasta, con la posible excepción del tiroteo y la persecución. He dicho posible.

Ulan Baigud me escoltó durante toda mi divertida y accidentada visita a Londres, desde Canary Wharf a Whitechapel pasando por Highgate. Muchas gracias, Ulan.

Si no eres como yo y has dejado los agradecimientos para el final, ya sabrás que este es un libro de libros. De libros y de bibliotecas. Mi más sincero agradecimiento va para el personal de la Biblioteca Pública de Cádiz, de la Biblioteca del Instituto Cervantes de Berlín, de la Biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín, de la Biblioteca del John Fitzgerald Kennedy Institute de Berlín, de la Biblioteca John Hay de Providence y de la Biblioteca del Congreso de Washington. Todos ellos me facilitaron de un modo u otro la escritura.

Quisiera agradecerlos a todos los fans de Lovecraft. Vuestro entusiasmo es el mío. También quiero pedirlos perdón en caso de que la versión de Lovecraft que habéis encontrado en este libro no se corresponda con la vuestra. Recordad, es solo mi visión. Gracias por no prenderle fuego a mi casa.

Ya casi estamos terminando. Quiero presentar mis respetos a todas las personas reales cuyos nombres he usado para los personajes de la novela. He dado mi versión de ellos, que en poco o nada se parece a la realidad. En especial quiero expresar mi respeto por Susan Phillips, la madre de Howard Phillips Lovecraft, y toda su familia. Sus contrapartidas en esta ficción no tienen nada que ver con las personas que en realidad fueron. Por último, y hasta donde he podido averiguar, Frank Belknap Long nunca tuvo asma.

Mil gracias a Emi Lope y a Ricard Ruiz Garzón, editora y asesor de la colección Fantasy, por confiar en esta novela y ayudarme a aprovechar todo su potencial. Ha sido un gustazo y un honor recorrer la recta final de este viaje con vosotros. Y lo que nos queda.

La última persona a quien tengo que dar las gracias es la más importante. Me refiero a ti. El mecanismo para escribir una buena novela reside en ti. Gracias por asomarte a *Los nombres muertos*.

Nos leemos.

JESÚS CAÑADAS